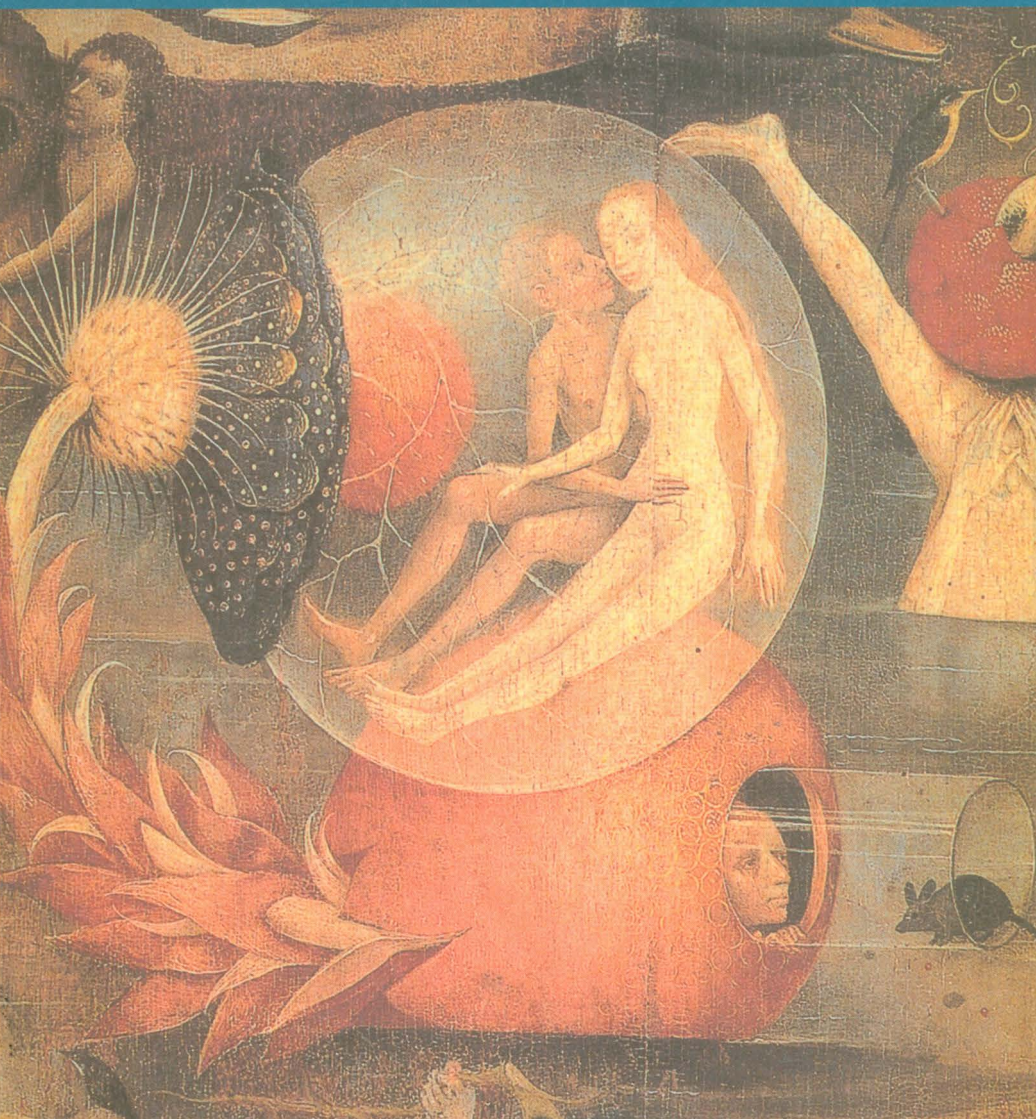
Del Cielo y del Infierno

Emanuel Swedenborg

Siruela



Emanuel Swedenborg

Del Cielo y del Infierno

Introducción y apéndices de
Bernhard Lang

Notas de
George F. Dole, Robert H. Kirven
y Jonathan S. Rose

Traducción de
María Tabuyo y Agustín López

El Árbol del Paraíso **Ediciones Siruela**

1.ª edición: abril de 2002
2.ª edición: octubre de 2006

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Este libro ha sido publicado con la ayuda
de la Swedenborg Society, London WC1A 2TH

Título original: *Heaven and Hell*
En cubierta: Detalle de *El Jardín de las Delicias*, de El Bosco
Colección dirigida por Victoria Cirlot y Amador Vega
(para este título con Jacobo Stuart)
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© The Swedenborg Foundation, Inc., 2000
© De la traducción, María Tabuyo y Agustín López
© Ediciones Siruela, S. A., 2002, 2006
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

Índice

Nota de los traductores
María Tabuyo y Agustín López 13
Introducción
Bernhard Lang 15
Apéndice I. Algunas ideas del Barroco sobre la vida después de la muerte y sobre el cielo y el infierno 79
Apéndice II. Cuadro cronológico 85
Obras citadas en la Introducción 87
Obras de Swedenborg 97

Del Cielo y del Infierno

Parte I. El cielo y el infierno

§ 1 [Prólogo del autor] 105
[1] §§ 2-6 El Señor es el Dios del cielo 107
[2] §§ 7-12 La naturaleza divina del Señor constituye el cielo 110
[3] §§ 13-19 La naturaleza divina del Señor en el cielo es el amor a él y la caridad para con el prójimo 113
[4] §§ 20-28 El cielo está dividido en dos reinos 117
[5] §§ 29-40 Hay tres cielos 121
[6] §§ 41-50 El cielo está compuesto de incontables comunidades 127
[7] §§ 51-58 Cada comunidad es un cielo a escala reducida, y cada ángel, un cielo a escala aún más reducida 131

[8] §§ 59-67 El conjunto del cielo, entendido como una sola entidad, refleja un único hombre 136
[9] §§ 68-72 Cada comunidad de los cielos refleja un único hombre 140
[10] §§ 73-77 Por tanto, cada ángel es una forma humana perfecta 142
[11] §§ 78-86 Se debe a lo humano-divino del Señor que el cielo, en su totalidad y en sus partes, refleje un hombre 146
Referencias a los pasajes de *Los arcanos celestiales* relativos al Señor y su condición humano-divina 150
[12] §§ 87-102 Hay correspondencia entre todo lo que pertenece al cielo y todo lo que pertenece al hombre 155
[13] §§ 103-115 Hay correspondencia del cielo con todas las cosas de la tierra 162
[14] §§ 116-125 El sol del cielo 170
[15] §§ 126-140 La luz y el calor del cielo 176
[16] §§ 141-153 Las cuatro regiones del cielo 187
[17] §§ 154-161 Cómo cambian los estados de los ángeles en el cielo 194
[18] §§ 162-169 El tiempo en el cielo 198
[19] §§ 170-176 Las representaciones y apariencias en el cielo 201
[20] §§ 177-182 Las vestiduras con que aparecen los ángeles 204
[21] §§ 183-190 Los hogares y casas de los ángeles 207
[22] §§ 191-199 El espacio en el cielo 211
[23] §§ 200-212 Cómo el cielo determina la forma de asociarse y comunicarse 215
[24] §§ 213-220 Las formas de gobierno en el cielo 223
[25] §§ 221-227 El culto divino en el cielo 228
[26] §§ 228-233 El poder de los ángeles del cielo 231
[27] §§ 234-245 El lenguaje de los ángeles 234
[28] §§ 246-257 Cómo nos hablan los ángeles 241
[29] §§ 258-264 Materiales escritos en el cielo 248
[30] §§ 265-275 La sabiduría de los ángeles del cielo 252

[31] §§ 276-283 El estado de inocencia de los ángeles en el cielo 262
[32] §§ 284-290 El estado de paz en el cielo 268
[33] §§ 291-302 La unión del cielo con el género humano 273
[34] §§ 303-310 La unión del cielo con nosotros a través de la Palabra 281
[35] §§ 311-317 El cielo y el infierno proceden del género humano 288
[36] §§ 318-328 Los paganos, o los que están fuera de la Iglesia, en el cielo 294
[37] §§ 329-345 Los niños en el cielo 302
[38] §§ 346-356 Los sabios y los simples en el cielo 312
Referencias a los pasajes de *Los arcanos celestiales* relativos a los diferentes tipos de conocimiento 322
[39] §§ 357-365 Ricos y pobres en el cielo 326
[40] §§ 366-386 Los matrimonios en el cielo 335
[41] §§ 387-394 Lo que hacen los ángeles en el cielo 349
[42] §§ 395-414 Alegría y felicidad celestial 353
[43] §§ 415-420 La inmensidad del cielo 366

Parte II. El mundo de los espíritus y el estado del hombre después de la muerte

[44] §§ 421-431 El mundo de los espíritus 375
[45] §§ 432-444 Cada ser humano es interiormente un espíritu 380
[46] §§ 445-452 La resurrección de la muerte y la entrada en la vida eterna 385
[47] §§ 453-460 Después de la muerte, estamos en forma humana completa 390
[48] §§ 461-469 Después de la muerte, disfrutamos de todos los sentidos, la memoria, los pensamientos y los sentimientos que teníamos en el mundo: no dejamos nada atrás salvo el cuerpo terrenal 397

[49] §§ 470-484 Lo que somos después de la muerte depende del tipo de vida que hayamos llevado en el mundo 408
[50] §§ 485-490 Después de la muerte, los placeres de la vida se transforman en cosas que se corresponden con ellos 423
[51] §§ 491-498 Nuestro primer estado después de la muerte 430
[52] §§ 499-511 Nuestro segundo estado después de la muerte 434
[53] §§ 512-520 Nuestro tercer estado después de la muerte, que es un estado de instrucción para los que entran en el cielo 444
[54] §§ 521-527 Nadie entra en el cielo sólo por misericordia 451
[55] §§ 528-535 No es tan difícil llevar una vida encaminada al cielo como se suele creer 457

Parte III. El infierno

[56] §§ 536-544 El Señor gobierna los infiernos 469
[57] §§ 545-550 El Señor no envía a nadie al infierno: los espíritus van por sí mismos 473
[58] §§ 551-565 Todos los que están en los infiernos están absortos en los males y las consecuentes falsedades que derivan de su amor a sí mismos y al mundo 476
[59] §§ 566-575 El fuego del infierno y el crujir de dientes 487
[60] §§ 576-581 La maldad y las indecibles artimañas de los espíritus infernales 495
[61] §§ 582-588 Apariencia, situación y número de los infiernos 499
[62] §§ 589-596 El equilibrio entre el cielo y el infierno 505
[63] §§ 597-603 Nuestra libertad depende del equilibrio entre el cielo y el infierno 510

Referencias a los pasajes de *Los arcanos celestiales* relativos a nuestra libertad, el influjo y los espíritus que son los medios de comunicación 514

Notas 517
Obras citadas en las notas 547
Índice de pasajes escriturarios 551

Nota de los traductores

Swedenborg escribió *Del Cielo y del Infierno* en latín. La presente traducción se ha realizado básicamente a partir de dos ediciones en inglés: la norteamericana, con traducción del latín de George F. Dole, *Heaven and Hell*, Swedenborg Foundation, West Chester, Pensilvania 2000, y la inglesa, con traducción de J. C. Ager, revisada por Doris H. Harley, *Heaven and its Wonders and Hell from Things Heard and Seen*, The Swedenborg Society, Londres 1958. Aunque en ciertas cuestiones terminológicas se ha seguido la versión de J. C. Ager, la referencia básica ha sido la traducción de G. F. Dole, recogiéndose asimismo en esta edición española lo fundamental del aparato crítico contenido en la edición americana.

Las notas a pie de página, introducidas por letras, contienen las referencias del propio Swedenborg a su obra anterior *Los arcanos celestiales*. En estas notas recogemos entre corchetes y en cursiva las correcciones a ciertos errores en cuanto a la numeración de los pasajes, que figuraban en la primera edición en latín, siguiendo el criterio de la citada edición de G. F. Dole. En un par de casos, dichas referencias entre corchetes no van en cursiva sino en redonda, lo que indica que no se trata de una corrección sino de una adición. El mismo criterio se sigue con las citas bíblicas, que se han tomado siempre para la presente edición en español de la traducción de la Biblia de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera.

La edición de G. F. Dole contiene igualmente una serie de notas al final del texto, introducidas por números, bien del propio traductor, bien de otros dos comentadores: Robert H. Kirven y Jonathan S. Rose. Se incluyen en esta edición aquellas que se han considerado más significativas. Las iniciales entre corchetes al final de cada nota ([GFD], [RHK], [JSR]) indican el autor de la misma.

Siguiendo el criterio de J. C. Ager se han intercalado eventualmente en el texto, siempre entre corchetes, algunos términos latinos utilizados por Swedenborg con relación a ciertos conceptos importantes que podrían dar lugar a confusión o ambigüedad.

Swedenborg no numeró los capítulos de *Del Cielo y del Infierno*. De acuerdo con el criterio de G. F. Dole la numeración se incluye sin embargo en el índice. No obstante, los estudios swedenborgianos suelen referirse a las obras de este autor indicando título y número de parágrafo, prescindiéndose habitualmente tanto de la paginación como del número de capítulo. Así por ejemplo, *Los arcanos celestiales* 123 debe entenderse como el parágrafo 123 de la obra citada.

Los títulos de las obras de Swedenborg se dan de forma abreviada. En las págs. 97-ss. encontrará el lector una relación de su correspondencia con los títulos completos y los datos de la primera edición de las obras respectivas.

María Tabuyo y Agustín López

Introducción

Herr Swedenborg es probablemente, entre todos los visionarios, el que ha escrito de manera más explícita. Discute, cita fuentes, aduce argumentos y causas, etc. Todo el edificio tiene coherencia y con toda su rareza está construido siguiendo un estudiado pensamiento. El libro tiene, además, tantos giros nuevos e inesperados que se puede leer de principio a fin sin aburrirse.

Carl Gustaf Tessin
Diario, entrada del 4 de julio, 1760
(Sigstedt 1981, 274-275)

Pero repito una vez más mi convicción de que el *sentido* de Swedenborg es la verdad; y el deber de sus seguidores, para asegurar este sentido a los lectores de sus obras, es recoger de sus numerosos volúmenes aquellos pasajes en los que dicho sentido se exprese en términos tan claros que no pueda ser erróneamente interpretado; una introducción de 50 páginas bastaría para este objetivo.

Samuel Taylor Coleridge
Nota al margen en Swedenborg, *Heaven and Hell*
(Coleridge 2000, 410)

Emanuel Swedenborg (1688-1772) fue un hombre que siguió una doble trayectoria en su vida: una en ciencias y otra en teología. La primera finalizó en 1747, cuando abandonó su puesto en el Real Colegio de Minas de su país natal, Suecia. Con los recursos que había heredado, aumentados por un pequeño salario, el erudito de cincuenta y nueve años se marchó al extranjero, pasando mucho tiempo en Londres y Amsterdam, ciudades que conocía por visitas anteriores. Londres era la ciudad en la que en abril de 1745 había tenido una visión de «Dios, Señor, Creador y Redentor del mundo» que le permitió ver «el mundo de los espíritus, el

cielo y el infierno» (Tafel 1875, 36)[1]. Desde entonces, dedicó todo su tiempo y su energía a escribir libros de carácter teológico. El principal fruto de sus esfuerzos iniciales llegó a su conclusión en 1756 con la publicación del tomo octavo y último de *Arcana Coelestia, Quae in Scriptura Sacra, seu Verbo Domini Sunt, Detecta: ...Una cum Mirabilibus Quae Visa Sunt in Mundo Spirituum, et in Coelo Angelorum* (Una revelación de los arcanos celestiales contenida en la Sagrada Escritura, o la Palabra del Señor,... Junto con cosas asombrosas vistas en el mundo de los espíritus y en el cielo de los ángeles)[2]. Por expreso deseo del escritor, los volúmenes aparecieron sin ninguna indicación de autoría. Completada a los sesenta y ocho años, constituye la obra teológica fundamental de Swedenborg.

El docto autor podía haberse retirado entonces definitivamente, pues, en todos los sentidos, era mucho lo que había conseguido. Además, tras todos esos años de escritura, debía de estar exhausto, o al menos así cabría imaginarlo. En realidad, nada de eso sucedía. Swedenborg debió de pensar que una obra de ocho grandes tomos de exégesis bíblica, reflexión teológica e información sobre las visiones del autor no encontraría muchos lectores, al menos, no inmediatamente. Así pues, preparó varios libros más breves y menos impresionantes, algunos de los cuales estaban basados muy directamente en *Los arcanos celestiales*. Cinco de ellos aparecieron en 1758, poco después del septuagésimo cumpleaños del autor[3]. Todos esos libros estaban en latín, impresos en Londres por John Lewis, que tenía una librería en Paternoster Row (Acton 1955, 523). Aparecieron de manera anónima y se inspiraban en gran medida en *Los arcanos celestiales*, obra hacia la que parecían querer dirigir la atención. Estos nuevos libros más breves se basaban principalmente en ciertos capítulos de *Los arcanos celestiales* donde los temas teológicos particulares están desarrollados sistemáticamente, capítulos que destacan por contraste con el interés

[1] Un análisis de esta visión y de la autenticidad del informe pertinente puede encontrarse en Benz 1949, 278-288.

[2] A lo largo de esta edición, se utiliza el título abreviado *Los arcanos celestiales* en lugar del título latino.

[3] Swedenborg no fue el único autor de un compendio de su *Los arcanos celestiales* en su época. En el sur de Alemania, Friedrich Christoph Oetinger (1702-1782), ministro luterano, deploró la inaccesibilidad de los enormes cuatro tomos en latín y en 1765 publicó un resumen de cien páginas (Oetinger [1765] 1855, 15-116).

principal del libro, que es un comentario espiritual sobre Génesis y Éxodo.

Uno de estos libros menores de 1758 se titulaba *De Coelo et Ejus Mirabilibus, et de Inferno, ex Auditis et Visis* (El cielo y sus maravillas y el infierno, a partir de las cosas oídas y vistas)[4]. Al parecer se imprimieron un millar de ejemplares (Acton 1955, 524). Concebido como una especie de introducción a algunas ideas de *Los arcanos celestiales*, era breve, conciso y bien organizado; la pretensión pedagógica es perceptible a lo largo de todo el libro en el sencillo estilo latino, los frecuentes anuncios de lo que se examinará después y los resúmenes que puntúan el libro. Swedenborg mismo anotó el libro con referencias a *Los arcanos celestiales* y añadió a determinados capítulos unos sumarios de ciertos temas tratados en esa obra (por ejemplo, después del § 86), de manera que el lector es continuamente remitido a la obra mayor. Como texto introductorio basado en un trabajo teológico más amplio, *Del Cielo y del Infierno* forma parte de todo un cuerpo de textos. Ocasionalmente, Swedenborg se refiere también a otros escritos como *De Nova Hierosolyma et Ejus Doctrina Coelesti* (*La nueva Jerusalén*: véase *Del cielo y del Infierno* § 78) y *De Ultimo Judicio, et de Babylonia Destructa* (*El Juicio Final*; véase *Del Cielo y del Infierno* § 559), ambos pertenecientes a la misma serie de libros impresos en 1758. Aunque pensado como una introducción accesible para «los hombres de Iglesia en la actualidad» y específicamente para «gentes de fe y corazón simple» (§ 1), *Del Cielo y del Infierno* no es una obra completa en sí misma, y todo estudio concienzudo debe tener en cuenta este hecho. Se podría decir que lo que realmente quiere expresar Swedenborg solamente se puede encontrar mediante un estudio minucioso de todo el corpus, no simplemente mediante la consideración de una parte aislada de él. El reconocimiento de la importancia del contexto de *Del Cielo y del Infierno* llevó al autor romántico inglés Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) a garabatear en el margen de su ejemplar en latín el comentario citado anteriormente. En lo que sigue, sin embargo, no se recalca el carácter in-

[4] En la presente edición, se utiliza el título abreviado *Del Cielo y del Infierno* en lugar del título latino. Como es habitual en los estudios swedenborgianos, las citas de textos se refieren no a los números de página, sino a los números de los capítulos de Swedenborg, que son los mismos en todas las ediciones. En esta introducción debe entenderse que las referencias a números de capítulo en las que no se especifica ninguna obra corresponden a *Del Cielo y del Infierno*. Así, «§ 90» significa «*Del Cielo y del Infierno*, § 90».

completo y abierto de *Del Cielo y del Infierno*, pues hacerlo presentaría inconvenientes, especialmente para los lectores que no son conocedores de la obra de Swedenborg. Por el contrario, *Del Cielo y del Infierno* se estudia como un fragmento representativo que transmite y hace resonar el espíritu y el significado de la *œuvre* teológica de Swedenborg. Aquí se considera como si fuera una obra completa cuyo contenido puede resumirse y entenderse como una presentación coherente de la enseñanza del autor.

1. *Del Cielo y del Infierno*, un mapa del universo

La mejor forma de resumir el contenido de *Del Cielo y del Infierno* es reconstruir su enseñanza a la manera de un mapa del universo (véase fig. 1). El mundo material *(mundus)* en el que vivimos es solamente una pequeña parte de la totalidad. Rodeado por inmensos mundos espirituales, es comparable a un pequeño principado rodeado de vastos imperios. El primero de estos imperios es el *mundus spirituum* (§ 421), el mundo de los espíritus de los muertos. Inmediatamente después de la muerte, los seres humanos se encuentran en esa región.

Después de algún tiempo, bajan a las regiones infernales (*inferna*, los infiernos) o ascienden al cielo. El cielo tiene una estructura compleja que reproduce la forma humana. En el nivel principal se diferencia en dos reinos, el celestial y el espiritual. En un examen más detallado, se divide en tres cielos: el cielo primero o cielo más exterior, el cielo segundo o medio y el tercer cielo o cielo más interior. Cada cielo consta de innumerables comunidades, y cada comunidad, de numerosos ángeles. La estructura del infierno es semejante a la del cielo, aunque invertido en relación a él. Cada comunidad del infierno está equilibrada por una comunidad del cielo entregada a una forma opuesta de amor. Toda la estructura está envuelta y animada por el Señor *(Dominus)*.

En *Del Cielo y del Infierno* Swedenborg describe su mapa del universo partiendo del nivel superior, de manera que después de hablar de Dios, trata del cielo, después del reino de los espíritus y, finalmente, del infierno, en un nivel inferior. Nuestro mundo, es decir, el área central, no es tratado en un capítulo aparte, pero se lo menciona siempre que resulta necesario. La descripción que viene a continuación parte del planteamiento de Swedenborg empezando por el reino central del mapa –nuestro mundo– y avanza luego hacia los reinos que lo envuelven: el mundo

de los espíritus, el cielo, el infierno y, por último, el Señor como realidad última. Pero una vez se comprende el mapa, se puede abrir el libro de Swedenborg por cualquier lugar y empezar a leer por donde se quiera.

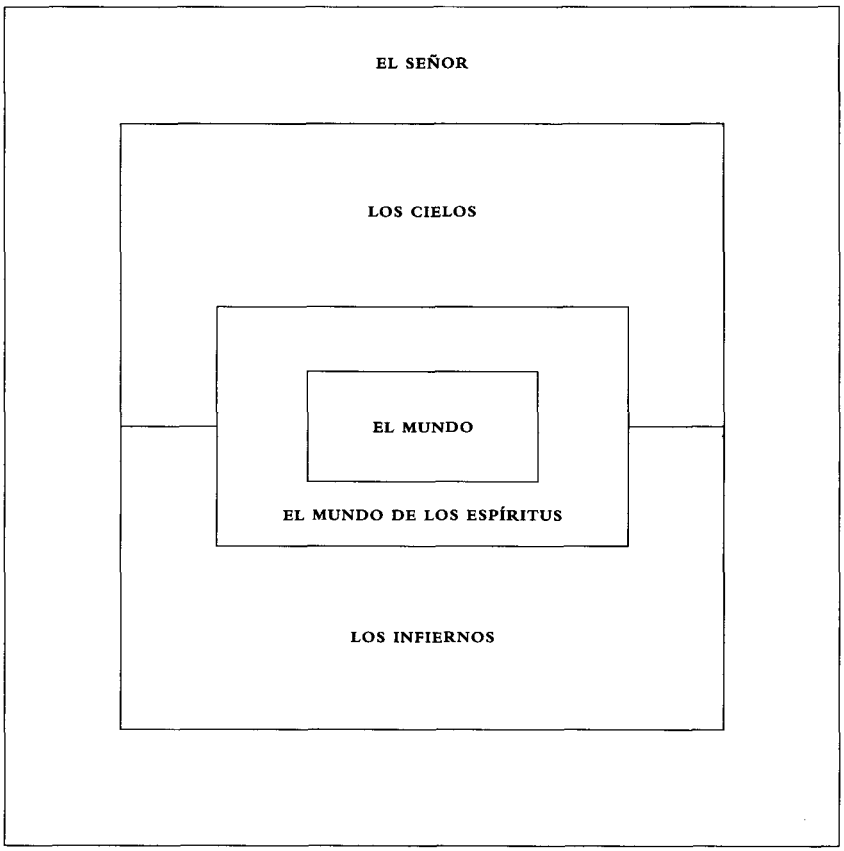


Figura 1. Mapa del universo de Swedenborg (primera versión). En *Del Cielo y del Infierno* Swedenborg describe los diversos reinos que configuran el universo; esta descripción podría resumirse de varias maneras. El esquema aquí sugerido coloca a nuestro mundo en el centro de los reinos; compárese con la figura 2.

a. El mundo

«El mundo» *(mundus)*, situado en el centro del esquema, está el mundo material en que vivimos. Este mundo se compone de numerosas tierras dispersas por el universo, de las que nuestro planeta es solamente una entre muchas (§ 417). Todas las tierras están habitadas por seres humanos. No obstante, para un objetivo práctico, basta equiparar el mundo con nuestra tierra. En la tierra encontramos la Iglesia, definida como «el cielo del Señor en la tierra» (§ 57). En el mundo, la Iglesia cristiana es responsable de enseñar a los fieles la cosmovisión adecuada, esto es, todo sobre los diversos mundos espirituales que rodean y envuelven el *mundus*. Sin embargo, las iglesias tradicionales generalmente han fracasado. Aunque *Del Cielo y del Infierno* no tenga una parte independiente que trate de este mundo, Swedenborg se refiere no obstante a él muy frecuentemente, pues todo lo que explica es para conocimiento y beneficio de quienes viven en este reino. Estructuralmente, la característica más importante del mundo es su localización entre el cielo y el infierno. Estos dos reinos tratan de influir en el mundo y en la vida de los individuos; en consecuencia, las dos fuerzas se neutralizan recíprocamente, de manera que los humanos son libres: no están forzados a someterse al mal ni tampoco al bien (§§ 597-602). Pueden decidir libremente entre el bien y el mal. En el diagrama hay que incluir una característica subrayada por Swedenborg: la influencia del cielo y el infierno sobre nuestro mundo no es inmediata, sino que se ejerce mediante espíritus activos en el mundo de los espíritus (§ 600).

En un mundo de libre decisión, es importante ser guiado moralmente. Swedenborg tiene mucho que decir y recomendar sobre la vida correcta y la vida equivocada en el mundo y ofrece su consejo. Los temas centrales se refieren al trabajo, el matrimonio y la práctica eclesial. Una vida productiva, activa, de servicio a la sociedad es el ideal. Swedenborg previene sobre la ociosidad y el ascetismo. La ociosidad nunca hace feliz al ser humano (§ 403), y la separación de la vida activa, como sucede en las comunidades monásticas, tiende a inflar a cada uno con el sentimiento de su propia valía y le aísla así de las fuerzas divinas con las que hay que asociarse para ser feliz aquí y en la otra vida (§ 535). En cuanto al matrimonio, *Del Cielo y del Infierno* advierte contra la actitud de dominio en la relación conyugal, pues «cualquier deseo de control de uno sobre el otro destroza completamente el amor conyugal» (§ 380). El libro advierte tam-

bién contra el matrimonio entre personas de religiones diferentes, pues entre ellos no se desarrolla un verdadero amor conyugal (§ 378). Incluso se ofrece una interpretación de la intimidad marital: «El placer conyugal, que es el placer del tacto más puro y delicado, supera todos los demás debido a su servicio, la procreación del género humano y, de esta manera, de los ángeles del cielo» (§ 402). En relación a la religión, Swedenborg pronuncia un veredicto sobre aquellos que piensan que la práctica y el rezo constante son el camino recto (§ 535). Conocía los límites y peligros espirituales de lo que externamente parece ser una vida santa y devota. En resumen, el mensaje ético del vidente es de optimismo: «No es tan difícil llevar una vida encaminada al cielo como se suele creer» (título de §§ 528-535).

Viviendo todavía en el mundo material, a Swedenborg se le concedieron vislumbres de los inmensos reinos que transcienden y envuelven el reino terrenal. Mientras que en la Edad Media Dante podía presentar su visión del mundo en la forma de una narración coherente, Swedenborg prefiere una descripción filosófica, más sistemática. En muchos puntos, sin embargo, su descripción incluye afirmaciones narrativas con carácter autobiográfico: como visionario, Swedenborg conversó con los residentes de otras regiones. No hay nada extraño en esta comunicación, nos asegura, pues todos los seres que encuentra son personas que vivieron antaño una vida humana normal en este mundo.

b. El mundo de los espíritus

El mundo de los espíritus *(mundus spirituum)* es el reino que envuelve inmediatamente nuestro mundo material. Las observaciones de Swedenborg sobre este mundo pueden encontrarse bajo el encabezamiento «El mundo de los espíritus y el estado del hombre después de la muerte» (§§ 421-535). Como indica este encabezamiento, la muerte desplaza la conciencia primaria desde el mundo material al mundo de los espíritus. Durante su estancia en ese mundo intermedio, los seres humanos atraviesan varias etapas:

1. La primera puede describirse como etapa de introducción. Al llegar a ese mundo, las personas parecen seguir siendo las mismas. Se encuentran como en su vida terrenal: «...podemos hablar con cualquiera cuando queremos, con los amigos y conocidos de nuestra vida física, especialmente esposo o esposa, y también hermanos y hermanas. He visto cómo un pa-

dre reconocía a sus seis hijos y hablaba con ellos. He visto a muchas otras personas con sus parientes y amigos», relata el visionario (§ 427).

2. La segunda es una etapa de transformación. Las personas se encuentran con los ángeles, antiguos seres humanos materiales, delegados por el cielo para ofrecer instrucción sobre el Señor, la existencia celestial y los valores de la bondad y la verdad (§ 548). Como receptor de la instrucción angélica, el ser humano se centra cada vez más en su actitud espiritual básica, de modo que se afirma su carácter positivo o negativo. Manifiesta sus verdaderos pensamientos, sentimientos y actitudes y así revela su verdadera naturaleza. Sucede que la personalidad de algunas personas honradas incluye ciertos elementos falsos y no depurados en cuanto a su pensamiento y orientación. Después de un período de sufrimiento semejante al purgatorio, pueden ser incluidos entre los justos (§ 513). Finalmente, las personas cambian. Se despojan de la forma del cuerpo físico, que habían recibido de sus padres, para que su propia forma interior individual, anteriormente oculta, se haga visible, una forma modelada por su naturaleza, carácter y orientación verdaderos. Las personas de carácter bueno tienen ahora un rostro hermoso, mientras que quienes siguen una mala orientación lo tienen feo (§ 457).

3. Habiendo alcanzado su forma definitiva al final de la segunda etapa, el justo y el malvado se separan para llevar cada cual su propia vida. Los réprobos pueden abandonar el mundo de los espíritus inmediatamente, arrojándose de cabeza al infierno. En cambio los justos atraviesan una etapa adicional de instrucción angélica que los prepara para la existencia celestial (§ 512).

Aunque algunas personas permanecen mucho tiempo en el mundo de los espíritus –hasta treinta años–, la mayor parte de los recién llegados encuentran pronto su particular camino al cielo o al infierno (§ 426). El camino que cada uno recorre depende de la orientación interior que se haya adoptado durante la vida en la carne y que se ha confirmado en respuesta a la instrucción angélica. Los réprobos eligen el infierno; los justos, el cielo.

c. El cielo

Del Cielo y del Infierno dedica la mayor parte de su extensión a describir el cielo y la existencia celestial (§§ 20-420). Aunque gran parte del texto se basa en nociones psicológicas y filosóficas abstractas y pueden pa-

recen impenetrables a algunos lectores no iniciados en el pensamiento del autor, muchos se han sentido atraídos y fascinados por las vívidas descripciones del vidente del mundo de los ángeles. Los ángeles, según Swedenborg, no son otra cosa que los bienaventurados: personas que, después de haber vivido en el mundo *(mundus)* y después de haber pasado algún tiempo en el mundo de los espíritus *(mundus spirituum)*, han encontrado su morada permanente en uno de los reinos celestiales. Hablando de todos los humanos, dice Swedenborg: «Hemos sido creados para entrar en el cielo y convertirnos en ángeles» (*homo creatus est ut in coelum veniat, et fiat Angelus*, § 57).

Aunque muchos se imaginan a los ángeles como «mentes sin forma», como «algo etéreo con una cierta vitalidad en su interior», Swedenborg insiste en su forma verdaderamente humana (§ 74). «Tienen cara, ojos, oídos, pecho, brazos, manos y pies. Se ven unos a otros, se oyen unos a otros y hablan entre sí. En suma, no carecen de nada de lo que es propio de los humanos, pero no están revestidos de un cuerpo material» (§ 75). Como su padre, el obispo luterano Jesper Swedberg (1653-1735), Swedenborg insiste en que los habitantes del cielo no están privados del más elemental medio de comunicación, el lenguaje[5]. «Los ángeles hablan entre sí como hacemos nosotros en este mundo. Hablan de cosas diversas: asuntos domésticos, preocupaciones de la comunidad, cuestiones de la vida moral y de la vida espiritual», explica el vidente (§ 234). Añade que «el lenguaje angélico, como el lenguaje humano, se diferencia en palabras. Se pronuncia y se oye igualmente por medio de sonidos» (§ 235). Mientras que su padre había especulado que los suecos hablarían sueco en el cielo pero comprenderían otras lenguas sin dificultad, Swedenborg propone la visión más filosófica de que «todos en el cielo tienen el mismo lenguaje», independientemente de su lugar de procedencia (§ 236).

En el cielo, los ángeles de naturaleza y mente semejantes se reconocen entre sí con facilidad y se reúnen para formar comunidades *(societas)*. Swedenborg las describe muy semejantes a lo que puedan ser las ciudades, pueblos y aldeas de la tierra: las mayores de esas comunidades constan de decenas de miles de individuos, otras más pequeñas de algunos miles y las más pequeñas de todas de varios centenares. Algunas personas viven solas (§ 50). El vidente insiste repetidamente en el hecho de que las

[5] Sobre el interés de Jesper Swedberg en el lenguaje de los santos, véase Lamm 1922, 5.

comunidades no se forman según una ley impuesta desde el exterior; más bien, cada comunidad celestial está constituida por el ser interior de cada miembro. En palabras de Swedenborg: «El cielo no está fuera de los ángeles, sino dentro de ellos» (§ 53). Los miembros de la comunidad celestial viven en casas; éstas son «igual que las casas de la tierra, lo que podemos llamar un hogar, pero más hermosas. Tienen habitaciones, salas y dormitorios en abundancia, y patios con jardines, bancadas de flores y césped a su alrededor» (§ 184). Las casas forman ciudades con calles, callejones y plazas «como las que vemos en las ciudades de la tierra» (§ 184).

Como antiguos hombres y mujeres, los ángeles son masculinos y femeninos (§ 366). En consecuencia, forman parejas. El compañero es atraído hacia la compañera cuando sus mentes pueden unirse en una sola. Se aman uno a otro a primera vista y contraen matrimonio. Con numerosas personas reunidas a su alrededor, también celebran una fiesta con motivo de su unión (§ 383). El Señor bendice su amor mutuo y los hace felices. Las parejas celestiales se diferencian de sus homólogas terrenales solamente en que no tienen hijos (§ 382b).

¿Consiste la dicha celestial en una vida de ocio? No, responde el vidente, pues la ociosidad no conduce a la felicidad (§ 403). Lejos de ser ociosa, la vida celestial es una vida activa. Los asuntos domésticos, cívicos y eclesiásticos mantienen a los ángeles ocupados no sólo en su propia comunidad (§ 388), sino también fuera. Por regla general, las comunidades celestiales tienen asignados deberes específicos. Los miembros de algunas trabajan como ángeles guardianes en el mundo; su tarea es apartar a los seres humanos de sentimientos y pensamientos perversos y ayudarles a controlar sus acciones (§ 391). Otros trabajan con los que acaban de llegar al mundo de los espíritus. Otros educan a los niños que han muerto en la infancia. Swedenborg asegura a su padres que «todos los niños, nacidos dentro o fuera de la Iglesia, son adoptados por el Señor y se convierten en ángeles» (§ 416).

d. El infierno

Las regiones infernales *(inferna)*, con su división en un nivel superior denominado región de los espíritus *(regnum spirituum)* y otro inferior denominado región de los demonios (*regnum geniorum*, véase § 596), son tratadas ampliamente, aunque no tan extensamente como los reinos celestiales (§§ 536-588). Los espíritus *(spiritus)* y demonios *(genii)* no son sino

antiguos seres humanos. Según Swedenborg, no hay diablos ni demonios creados por Dios en un acto independiente de creación; esta creencia común, dice Swedenborg, está completamente injustificada. Los espíritus y los demonios han vivido en la tierra, han muerto y han pasado algún tiempo en el mundo de los espíritus. ¿Por qué están en el infierno, un lugar de «un hedor fétido y repugnante» (§ 429)? Swedenborg afirma que la razón de que los pecadores entren en el infierno no es que el Señor esté enojado con ellos (§ 545). Habitan allí porque durante su existencia terrenal prefirieron el mal al bien y se asociaron cada vez más con los reinos infernales. A resultas de ello, acabaron como espíritus en la región de los espíritus malignos o, peor, en la región de los demonios.

¿Qué les sucede a los espíritus malignos y a los demonios en el infierno? Ningún juicio basado en el registro de crímenes y ofensas pasadas se celebra ante un tribunal[6], y no existe ninguna prisión propiamente hablando, ni fuego, ni diablos con tridente. En cambio, los réprobos sufren por su propio estado espiritual (§ 547). Sin embargo, debemos tener cuidado y no interpretar erróneamente a Swedenborg: él no psicologiza los tormentos del infierno hablando de ellos en términos de infelicidad interior[7]; en lugar de ello, se refiere de manera consecuente a los tormentos del infierno como un daño infligido desde el exterior. «La turba infernal no ansía ni quiere nada más que hacer daño, especialmente maltratar y torturar» (§ 550). Los Evangelios describen el infierno como un lugar de total oscuridad, de «lloro y crujir de dientes» (Mateo 8, 12), y el pasaje conduce fácilmente a una interpretación psicológica. Swedenborg comenta específicamente el texto bíblico, pero lo remite a los «conflictos y luchas» entre los moradores del infierno (§ 575). A diferencia de Swedenborg, su contemporáneo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) define el infierno en términos mucho más psicológicos. Según el libro 4 del *Emilio*, los corazones humanos están «corroídos por la envidia, la avaricia y la ambición», por eso el infierno está «en el corazón del malvado» (Rousseau [1762] 1991, 284). Rousseau y Swedenborg consideran los corazones malvados y los actos perversos como una unidad, y los dos saben que el mal se origina en

[6] Debe observarse que § 462b: 7 termina de manera poco habitual con la sugerencia de un «proceso judicial».

[7] El sufrimiento interior *(dolor)* según Swedenborg no es nunca un estado permanente de infelicidad, sino solamente un estado o sentimiento temporal (véase § 400: 3-4).

el corazón humano. Sin embargo, a pesar de esta semejanza, Rousseau subraya el corazón, y Swedenborg acentúa los actos. El infierno de Rousseau podría describirse como un manicomio, mientras que el infierno de Swedenborg es una sociedad en la que gobierna el malvado. En el infierno, liberado de las coacciones sociales, el corazón malvado se expresa libremente en actos perversos continuamente renovados.

¿Y qué hay del castigo? En el infierno, el castigo existe, pero no se basa en el registro de los pecados cometidos durante la vida terrenal. En lugar de ello, se incurre en el castigo exclusivamente por las acciones realizadas en el infierno (§ 509). Esta función es realizada por otros demonios, que nunca se abstienen de frustrar y atormentar a sus semejantes en cuanto pueden.

El estado en que se encuentran los malvados depende de sus impulsos individuales y sus cualidades interiores (§ 508), las cuales reflejan el amor a sí mismo y el amor al mundo en grados diversos (§ 554). Ante los justos, aparecen como «monstruos» (§ 80) de forma «distorsionada, oscura y grotesca» (§ 99), vestidos únicamente con «harapos sucios y asquerosos» (§ 182). «Algunos rostros son negros, otros como pequeñas antorchas, otros con granos o con grandes llagas ulcerosas» (§ 553). Pero, pregunta Swedenborg, ¿están definitivamente perdidos para el cielo? ¡Sí! Definitivamente; es decir, es en este mundo, el mundo del tiempo y el espacio, en el que podemos y debemos elegir. Una vez que el carácter maligno de alguien se ha ratificado, no habrá ya ningún cambio, y por tanto no habrá escapatoria del infierno en toda la eternidad. «Una abundante experiencia me ha convencido también de que después de la muerte permanecemos igual para siempre» (§ 480). Por consiguiente, «los habitantes de los infiernos no pueden ser salvados» (§ 595). Sin embargo, Swedenborg ofrece a los moradores del infierno una última esperanza: a veces el Señor envía ángeles a los que allí se encuentran para impedir que se atormenten excesivamente entre sí (§ 391).

Swedenborg describe brevemente la condición miserable y las actividades de los espíritus infernales. Viviendo en toscas chozas, los espíritus infernales se empeñan en «disputas, hostilidades, peleas y violencias constantes. Las calles y callejuelas están llenas de ladrones y atracadores. En algunos infiernos no hay nada sino burdeles, de aspecto repugnante y llenos de todo tipo de suciedades y excrementos» (§ 586). El vidente insinúa en un capítulo (§ 600) que tratan de influir en las personas que viven en

el reino terrenal. Los espíritus peores, los demonios *(genii)*, «se deleitan de manera particular en hacerse imperceptibles y flotar alrededor de los otros como fantasmas, haciendo daño de manera encubierta, vaporizando el mal a su alrededor como el veneno de las serpientes» (§ 578). Swedenborg señala que los espíritus también atacan el cielo (§ 595); pero no sirve de nada, pues cuando los cielos se defienden del infierno, los ángeles, mediante un simple esfuerzo de voluntad, dispersan a los espíritus malignos y los arrojan de nuevo al infierno (§ 229). El resultado de este conflicto y antagonismo constante es un drama dinámico. Supervisada y dirigida por el Señor, que siempre apoya a las fuerzas celestiales, la acción de los poderes antagónicos tiene como resultado un gran equilibrio cósmico (§§ 592-593). Lejos de estar en un estéril estado de homeostasis, el universo rebosa de vida.

El carácter dinámico del universo de Swedenborg emerge aún más claramente cuando se compara con las nociones escolásticas tradicionales de la vida después de la muerte. Según gran parte de la tradición cristiana, la vida humana se detendrá finalmente en el cielo y en el infierno. Habiendo alcanzado su meta, dejará de existir. En el cielo, los bienaventurados serán recompensados, esencialmente mediante la visión beatífica de Dios. En el infierno, los condenados serán castigados con un sufrimiento eterno. *Del Cielo y del Infierno* no presenta nada semejante a esto. El cielo, realidad dinámica, significa una vida armónica bajo el influjo divino, mientras que el infierno significa una vida inarmónica separada del Señor. Para el autor de *Del Cielo y del Infierno* la vida humana continuará para siempre, tanto en este mundo como en los universos espirituales que lo rodean.

e. El Señor

Toda esta vida procede del Señor *(Dominus)*, que envuelve y sostiene toda la estructura cósmica. Todo lo que existe y vive debe su ser al Señor, y efectivamente extrae su poder de ser en cada momento del Señor (§ 9). Separado de su fuente de ser, todo se desvanecería inmediatamente en la nada. En el mundo *(mundus)*, no todas las personas se vuelven hacia el Señor como fuente de su ser, pero en el mundo espiritual todos los ángeles lo hacen. Para los ángeles del reino celestial, el Señor es visible como un sol por encima de los cielos (§ 118), «rojizo y resplandeciente, con un brillo tal que no se puede describir» (§ 159).

La metáfora solar para el Señor se utiliza de manera que da al universo teocéntrico de Swedenborg una estructura heliocéntrica: «Puesto que el Señor es el sol del cielo... el Señor es el centro común *[Dominus est Centrum commune]*» (§ 124). En otros lugares Swedenborg utiliza expresiones más tradicionales, de verticalidad, según las cuales Dios está por encima de todo y los diversos cielos se denominan inferiores y superiores (§ 22). Sin embargo, una lectura atenta revela que Swedenborg orienta a menudo su lenguaje desde las metáforas de verticalidad hacia las metáforas del centro. De esta manera, los ángeles y los cielos superiores se denominan también ángeles y cielos «más interiores», esto es, aquellos que están más cerca del centro divino (§§ 22, 29, 31). «La perfección aumenta cuando nos dirigimos hacia dentro y disminuye cuando vamos hacia fuera, porque las cosas más interiores están más cerca del Señor y son intrínsecamente más puras, mientras que las cosas más exteriores están más lejos del Señor y son intrínsecamente más bastas» (§ 34). La figura 2 es un intento de mostrar el discurso de Swedenborg basado en el centro y ofrece una alternativa al anterior mapa del universo (fig. 1).

Swedenborg procura corregir los malentendidos comunes de la idea de Dios. Los teólogos desvirtúan con frecuencia la naturaleza del Señor al creer en tres seres divinos (§ 2) o negando la divinidad del Señor y reconociendo solamente al Padre (§ 3). Existe un solo Dios, un solo Señor, que se manifestó en la tierra como Jesús y que se manifiesta en el cielo como el sol o la luna (§§ 117-118). Puede manifestarse también en forma angélica, esto es, humana (§§ 55, 121). La automanifestación y la visibilidad del Señor son hechos muy recalcados por Swedenborg: sólo los filósofos descaminados piensan en Dios como invisible y por consiguiente como incomprensible (§§ 82, 86). Quienes describen a Dios como el alma invisible del universo, como un ser más allá de la comprensión de la cognición humana (§ 3), están claramente equivocados. Leído como una crítica de esta filosofía naturalista, *Del Cielo y del Infierno* de Swedenborg emerge como una celebración del conocimiento de las realidades divinas. Al vidente le fue dado ese conocimiento en dos formas que se apoyan mutuamente: por vía de una comunicación mística con los ángeles y por vía de comprensión del sentido interior de los escritos bíblicos. «Me ha sido concedido estar con los ángeles y hablar con ellos cara a cara», explica. «Se me ha autorizado igualmente a describir lo que he visto y oído, con la esperanza de derramar luz donde hay ignorancia y disipar así el escepticismo» (§ 1).

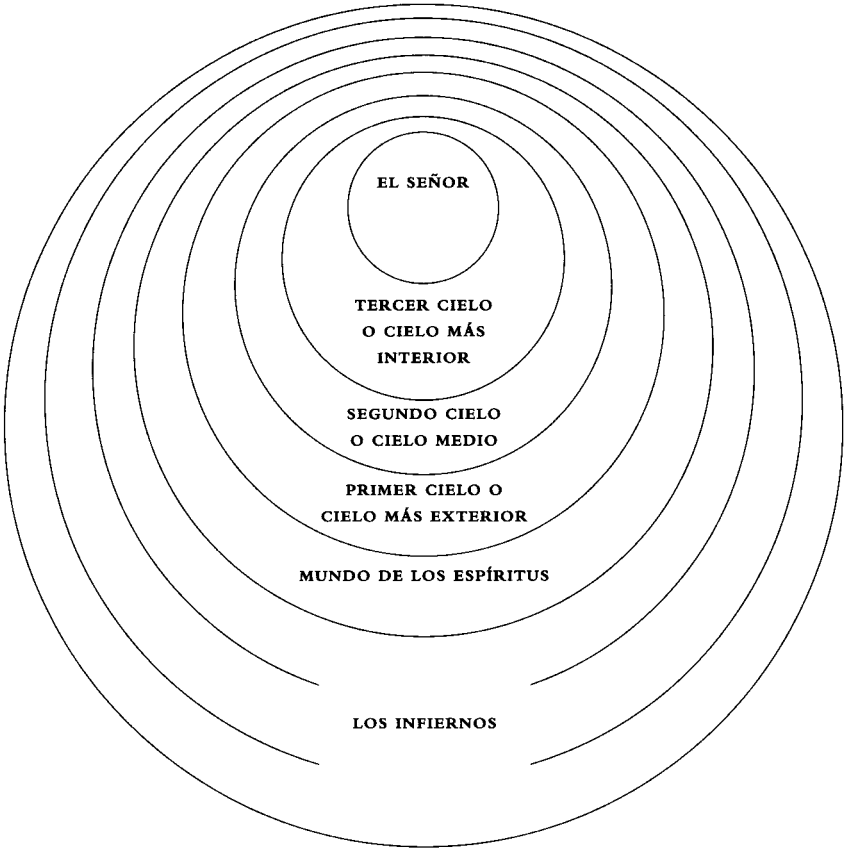


Figura 2. Mapa del universo de Swedenborg (segunda versión). Mientras que el esquema ofrecido en la figura 1 sitúa a Dios en la periferia, haciendo que envuelva el universo, en el texto de Swedenborg está implícita una representación alternativa. El vidente habla también de los diversos niveles del cielo en tanto que más cercanos o más alejados del centro divino. Este esquema sitúa al Señor en el centro y relega todo lo demás a la periferia.

II. Elementos de interpretación

Las palabras que acabamos de citar son como un sólido punto de partida para un examen del contexto de la época de Swedenborg: «Me ha sido concedido estar con los ángeles y hablar con ellos cara a cara. También se me ha permitido ver, a lo largo de trece años, lo que hay en el cielo y en el infierno» (§ 1). Desde que se escribieron estas palabras, han impactado a muchos que las han leído o han oído hablar de ellas. Durante los últimos años de su vida, Emanuel Swedenborg se convirtió en una especie de celebridad y la gente le buscaba en su casa de Estocolmo y de Londres o en cualquier lugar en que pudiera encontrarse. Y a él no le importó que se le acercaran. Uno de estos visitantes, el poeta alemán Gottlieb Friedrich Klopstock (1724-1803), quería que le pusiera en contacto con sus amigos difuntos, a lo que Swedenborg, sin embargo, se negó (Tafel 1890, 697). Klopstock y muchos otros le consideraban como un vidente de espíritus, y la gente quería oírle hablar sobre los ángeles o sus parientes muertos, por pura curiosidad. Confiaban en él por lo que habían oído o quizás a raíz de una lectura muy superficial de libros como *Del Cielo y del Infierno*, que parecía a algunos un conglomerado de alucinaciones disparatadas. Aunque es cierto que Swedenborg pretendía estar en contacto con el otro mundo, muchos contemporáneos interpretaron erróneamente o simplemente pasaron por alto el hecho de que él quería establecer los cimientos de una nueva teología. Tampoco comprendían su lenguaje, sobrio y perfectamente razonable, ni su tipo de pensamiento. Por eso, el resumen precedente ha tratado de insistir en el carácter coherente y sistemático de la enseñanza de *Del Cielo y del Infierno*.

En las páginas que siguen la enseñanza de Swedenborg es examinada desde un ángulo diferente, desde un punto de vista histórico. La comprensión histórica de un texto tan alejado de nuestra época y tan complejo como *Del Cielo y del Infierno* exige investigar en los diversos niveles de su trasfondo cultural, filosófico y religioso. La metáfora de los estratos adquiere su sentido cuando el lector considera el hecho de que *la filosofía de Swedenborg pertenece a la tradición ecléctica*. Actualmente el eclecticismo tiene mala fama, pues se da este nombre a sistemas de pensamiento que de manera arbitraria combinan elementos de una diversidad de fuentes sin una estructura adecuada para tal combinación. En cambio, en los siglos XVII y XVIII muchos filósofos y científicos celebraban el eclecticis-

mo como el único método adecuado. La verdad, decían, no puede alcanzarse confiando incondicionalmente en una escuela tradicional como la fundada por Platón (427-347 a. C.), Aristóteles (384-322 a. C.), o los estoicos; solamente puede encontrarse mediante la experiencia y el examen cuidadoso y en profundidad y posiblemente depurado de las ideas recibidas y de las nociones que se pueden encontrar en el enorme repertorio del pensamiento acumulado a lo largo del tiempo. Tradición, es decir, las ideas recibidas, e innovación, es decir, las nuevas perspectivas adquiridas a través de la experiencia y la observación cuidadosa, interactúan en los siglos XVII y XVIII para producir un conocimiento nuevo. Las mentes eclécticas estaban abiertas a todo tipo de ideas, combinándolas en configuraciones siempre nuevas, desarrollándolas por nuevos caminos, y raramente trataban de rastrear –o de revelar– sus fuentes últimas.

En la ciencia, la edad de oro del eclecticismo se desarrolla alrededor de 1700, cuando en Alemania Johann Christoph Sturm (1635-1704) aparecía como su representante principal (Albrecht 1994, 307-357). Como estudioso de la «filosofía natural» (como entonces se llamaba), Sturm escribió sobre matemáticas y física, introdujo la física experimental en los cursos que impartía en Altdorf (en la universidad de Nuremberg, Baviera), trabajó junto al químico inglés Robert Boyle (1627-1691), y atrajo la atención del filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716). Sturm explicaba su enfoque en un tratado titulado *De Philosophia Sectaria et Electiva* (Sobre la filosofía sectaria y ecléctica, 1679), y a su última colección de escritos la tituló *Philosophia Eclectica* (Filosofía ecléctica; 1686, 1698). Para integrar en la mente los fenómenos naturales, insistía Sturm, no basta con estudiar los libros antiguos; es preciso investigar también en «el libro de la naturaleza». Sturm practicó un método de tres pasos: primero hay que describir los fenómenos tan fielmente como sea posible; luego hay que hacer un inventario de las teorías explicativas propuestas por las autoridades antiguas y modernas; y, finalmente, extraer la explicación adecuada de la literatura disponible. En la ciencia, el eclecticismo era «moderno» y «elitista» (Albrecht 1994, 330). Cuando Swedenborg estudió matemáticas y física a principios del siglo XVIII, los primeros científicos compartían la filosofía básica de Sturm, y el sueco lo hizo suyo. El espíritu del eclecticismo se extendía más allá de la filosofía natural y llegó a incluir toda la filosofía. Toda filosofía verdadera, afirmaba Denis Diderot (1713-1784) en la *Enciclopedia*, es ecléctica por naturaleza.

«La philosophie eclectique» existía en la antigüedad, pero luego «permaneció olvidada hasta finales del siglo XVI», cuando renació con Giordano Bruno (1548-1600), Francis Bacon (1561-1626), René Descartes (1596-1650), Thomas Hobbes (1588-1679), Gottfried Wilhelm Leibniz, Nicolás de Malebranche (1638-1715) y una larga lista de héroes de Diderot (Diderot [1755] 1876, 345). Entre los filósofos eclécticos, algunos no parece que pensaran incluir ideas cristianas en su sistema; otros, sin embargo, estuvieron abiertos a las afirmaciones cristianas tradicionales, aceptaron la idea de revelación divina y rechazaron la descripción puramente mecanicista de la naturaleza (Gaier 1984, 90-91; Dreitzel 1991, 332-333).

Como corresponde a un hombre de esta creencia filosófica, el saber de Swedenborg era vasto y ecléctico, siendo su pensamiento el resultado de una variedad de fuentes. Retrospectivamente, Ralph Waldo Emerson (1803-1882) –hombre familiarizado con los logros del eclecticismo– podía escribir: «Swedenborg nació en una atmósfera de grandes ideas. Es difícil decir lo que era de su propiedad» (Emerson [1849] 1903, 103). Si se comparara el pensamiento de Swedenborg con una casa, en ella se combinarían materiales de construcción de orígenes diversos para formar una unidad nueva y sólida. Pero ¿cuáles eran esos materiales y de dónde procedían? En las páginas siguientes se intentará precisar cuáles son algunos de los materiales intelectuales con los que Swedenborg construyó su sistema y rastrear sus orígenes históricos. Se pueden discernir elementos arcaicos, neoplatónicos, renacentistas, barrocos y románticos. El primer tema será el carácter arcaico de su visión del mundo.

a. Una cosmovisión arcaica

Los pueblos antiguos se encontraban en un mundo marcado por dos experiencias opuestas y contrarias (Cohn 1993, 3-76). Había estabilidad y orden, que se manifestaba en el ciclo perenne de día y noche, nacimiento y muerte. «Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche» (Génesis 8, 22). Ese orden se extendía de la naturaleza a la sociedad y se consideraba válido también para el reino de los espíritus y las deidades. Divinamente fijado e invariable, el orden era esencialmente eterno. Sin embargo, nunca era plenamente tranquilo y estable, pues existía la segunda experiencia, igualmente imponente, de inestabilidad, conflicto y

caos. La sequía podía trastornar las estaciones, la esterilidad amenazaba la continuidad de las generaciones, la enfermedad y la guerra daban el poder a la muerte más que a la vida y la prosperidad. Sin embargo, pese a todo su poder destructivo, las fuerzas del caos no podían triunfar nunca completamente sobre el orden de la creación divinamente establecido. Aunque el mundo está siempre expuesto a la perturbación y lleno de conflictos, los dioses, al parecer, mantienen el mundo en un equilibrio intemporal entre cosmos y caos, con la balanza ligeramente inclinada, por lo general, en la dirección del orden cósmico. La visión global del mundo de la humanidad arcaica era de una estabilidad visible y en definitiva firme, atemperada por un fuerte sentido de inseguridad.

El mundo de los pueblos arcaicos no se detenía en los límites de la conciencia cotidiana, sino que se extendía mucho más allá de esos confines. Alguna forma de cielo e infierno –residencia de los favorecidos y los menos favorecidos de entre los muertos– pertenecía a esa visión del mundo. Este reino bienaventurado se describe repetidamente en el Rig Veda, antiguos himnos sánscritos compuestos alrededor del 1200 a. C. en la India (Cohn 1993, 76). En esos himnos, el cielo aparece como lleno de luz, armonía y alegría. Sus habitantes se alimentan de leche y miel. Hacen el amor con tanto mayor deleite cuanto que han sido liberados de todo defecto corporal. El sonido del dulce canto y de la flauta es fácilmente audible. Un infierno típico era el de la antigua Mesopotamia: un otro-mundo poblado por demonios que a veces se escapan al mundo de los vivos e incluso asaltan el mundo de los dioses. El mismo otro-mundo albergaba también los espíritus de los seres humanos muertos, o al menos de gran parte de ellos. Descrito como un reino de oscuridad y gobernado por una diosa poco amistosa, el infierno era un lugar tenebroso y desagradable.

En su diálogo *Fedón*, el filósofo griego Platón discute el destino de las almas después de la muerte, asignándoles lugares de acuerdo con su vida de santidad o de pecado:

> Cuando llega al lugar en que las otras almas están reunidas, el alma que va sin purificar y ha realizado acciones impuras, que ha ejecutado horribles asesinatos u otros crímenes similares, que resultan hermanos de ésos, o actos propios de almas hermanas en el crimen, a ésa todo el mundo la rehúye y le vuelve la espalda; nadie quiere ser su compañero ni su guía, y ella va sola y errante, en total indigen-

cia hasta que se cumple un cierto tiempo, cuando es irresistiblemente arrastrada al lugar que le corresponde... Aquellos que parecen ser incurables por la gran magnitud de sus crímenes, que cometieron numerosos y horribles actos sacrílegos, asesinatos injustos y violentos, o cosas semejantes, ésos son arrojados al Tártaro, que es el destino que les conviene, y de donde nunca saldrán... Los que se distinguieron por la santidad de su vida son liberados de su prisión terrenal [esto es, el cuerpo], y se dirigen a su hogar puro que está en lo alto, y habitan en la tierra más pura. Y de entre éstos, aquellos que se han purificado debidamente mediante el ejercicio de la filosofía viven en lo sucesivo completamente sin cuerpo, en mansiones todavía más hermosas, que no pueden ser descritas, ni tenemos tampoco ahora tiempo suficiente para contarlo (*Fedón* 108b-c, 113e, 114b-c).

Platón parece haber añadido algunas ideas propias –llamar al cuerpo la prisión del alma y ver la filosofía como el medio más poderoso de alcanzar un estado post mortem elevado– pero, en su designación de un destino particular a cada tipo de alma, su visión básica concuerda con nociones arcaicas.

El profeta iranio Zoroastro, que vivió hacia el año 1200 a. C., revisó la cosmovisión arcaica intensificando su dimensión dramática[8]. El conflicto entre las fuerzas del orden y los poderes del caos no sería simplemente eterno; por el contrario, el conflicto debe desembocar algún día en un choque final de armas y ejércitos. Esta guerra de dimensiones apocalípticas significaría la victoria del dios creador y la derrota final, si no la aniquilación, de sus adversarios. En consecuencia, la historia humana se detendría y se establecería un mundo nuevo sin conflicto. La cosmovisión de Zoroastro influyó en las creencias judías antiguas y, a través de ellas, en las doctrinas escatológicas cristianas. El tema de la guerra se completó con el tema del juicio, de manera que el dramático final y la consumación de la historia humana se consideraron dos actos terminales: la derrota de Satanás y el Juicio Final.

En *Del Cielo y del Infierno*, Swedenborg deja de lado intrépidamente la doctrina zoroastriano-cristiana para volver a la cosmovisión arcaica. Para él, la historia continuará por siempre como lugar de conflicto entre el bien y el mal, la verdad y la falsedad, el orden y el desorden. Ofrece una nueva interpretación radical de las enseñanzas cristianas tradicionales sobre el

[8] Boyce (1975, 190) sitúa a Zoroastro entre 1400 y 1000 a. C.

Juicio Final, arguyendo que los textos bíblicos correspondientes han sido mal comprendidos (§§ 1, 307, 312). Afirma Swedenborg que se le ha concedido el descubrimiento del verdadero significado oculto en la Biblia. Aunque no trate de ello, se puede inferir de *Del Cielo y del Infierno* que para Swedenborg el Juicio Final ya ha tenido lugar como acontecimiento no en la tierra, sino en el mundo espiritual. En *El Juicio Final* § 45 lo describe como un acontecimiento del que él mismo había sido testigo en 1757. *Del Cielo y del Infierno* incluye una breve descripción:

> He visto montañas que eran morada de gente malvada demolidas y allanadas, a veces sacudidas de una punta a otra como sucede en nuestros terremotos. He visto acantilados hendiéndose hasta el fondo y tragando a los malvados que estaban sobre ellos. He visto también cómo los ángeles dispersaban varios cientos de miles de espíritus perversos y los arrojaban al infierno (§ 229).

Aunque este relato está acompañado de una referencia a *El Juicio Final*, que describe el acontecimiento real detalladamente, los lectores poco informados apenas sospecharán que el autor habla aquí sobre el Juicio Final como un acontecimiento pasado, un episodio contemporáneo de la historia humana más que su culminación y su final. Swedenborg prefiere dedicar un libro independiente –*El Juicio Final*– a este importante tema.

Según el credo cristiano, Cristo «volverá en su gloria para juzgar a vivos y muertos y su reino no tendrá fin»[9]. Este artículo de fe es comprendido generalmente en términos apocalípticos como referencia a un gran drama cósmico que marca el final de la historia humana. En la teología moderna, la creencia en el «fin del mundo» se ha convertido en un tema muy discutido y muchos teólogos buscan un significado más allá de las meras palabras. Para ellos, los elementos escatológicos descritos en el Nuevo Testamento y resumidos en el Credo no son ni predicciones ni información sobre acontecimientos futuros. En vez de ello, deben de tener algún significado simbólico que hay que recuperar mediante especiales estrategias de interpretación.

Tres de estas estrategias se han vuelto muy comunes entre los teólogos. Una escuela considera el drama apocalíptico del Nuevo Testamento como un nivel secundario, postjesuánico, de la tradición cristiana primi-

[9] Del credo constantinopolitano del año 381 d. C. Véase Leith 1973, 33.

tiva. Sobre esta premisa, el ministerio de Jesús puede comprenderse dentro de la cosmovisión arcaica. Visto desde esta perspectiva, sus curaciones aparecen como victorias temporales en la batalla contra las fuerzas del mal, apuntando al establecimiento del gobierno real de Dios entre los pueblos. Aunque Jesús pudo pretender la curación de la sociedad judía como un todo, nunca esperó algo más que un triunfo inmediato aunque temporal sobre las fuerzas del mal. El restablecimiento del gobierno divino de Jesús es realista y a pequeña escala, y supone un episodio de la lucha entre el orden y el caos. No hay necesidad de hacer de ello un preludio menor a un acontecimiento apocalíptico de dimensiones universales. El Jesús histórico, como algunos historiadores modernos le ven, nunca dio a su mensaje una estructura utópica y apocalíptica (Lang 1997, 94-96).

Una segunda estrategia de la revisión de las creencias escatológicas cristianas tradicionales puede apreciarse en la obra del teólogo católico del siglo XX Gerhard Lohfink. Según él, solamente habrá un juicio individual después de la muerte de cada persona; como drama cósmico, el Juicio Final no tendrá nunca lugar y puede comprenderse como la expresión de que, desde la perspectiva eterna de Dios, todos los juicios individuales suceden al mismo tiempo (Lohfink 1975, 70-81).

La tercera estrategia pertinente, representada por el teólogo luterano del siglo XX Rudolf Bultmann, mantiene que la escatología mitológica debe de tener un mensaje existencial. Más que ser un anuncio literal del Juicio Final, sirve como llamamiento urgente a enfrentarse con Dios aquí y ahora y descubrir el auténtico ser interior. Cuando se descubre a Dios como la realidad última, entonces todo lo demás –el mundo material y su historia– desaparece. Así es como explica Bultmann el significado interior, real, del mensaje bíblico del «fin del mundo»:

> La predicación escatológica considera el tiempo presente a la luz del futuro, y dice que este mundo presente de naturaleza e historia, el mundo en que vivimos nuestra vida y hacemos nuestros planes, no es el único mundo; que este mundo es temporal y transitorio; sí, en el fondo, vacío e irreal frente a la eternidad (Bultmann 1958, 23).

Como Swedenborg, gran parte de la teología moderna elimina los temas apocalípticos. Sin embargo, el Juicio Final de Swedenborg es único

en la medida en que lo describe como un único acontecimiento significativo que ya ha tenido lugar.

b. Características neoplatónicas

Una de las primeras cosas que se nos dicen en *Del Cielo y del Infierno* es que «lo Divino es uno» (*quod Divinum unum sit*, § 2). Este Uno *(unum)* es el «Principio» *(Primum)*, y todo lo que existe en este mundo y en los otros reinos del universo le debe su existencia. No debemos pensar que los seres existentes –materiales e inmateriales, animados e inanimados, animales y humanos– se mantienen por sí mismos. Más bien, deben ser continuamente plenificados desde el Principio, fuente de todo ser. Todo depende del Principio en fuerza y vitalidad. «Si las cosas no se mantuvieran en una relación constante con el Principio, a través de elementos intermedios, instantáneamente se desintegrarían y desaparecerían» (§ 9). Nada permanece en sí mismo como una substancia completa e independiente; todo obtiene su capacidad de ser de una fuente transcendente, alejada del mundo: del Uno o Principio.

Estas afirmaciones constituyen la lección ontológica fundamental no sólo de Swedenborg, sino de una larga y venerable tradición filosófica iniciada en la Grecia antigua por Platón en el siglo IV a. C. y renovada y desarrollada por Plotino (205-270) en el siglo III d. C.[10]

La filosofía platónica enseña tres doctrinas principales. Primera, que existen dos mundos: un mundo material y un mundo espiritual, transcendente, siendo el mundo espiritual el reino más puro y poderoso. Segunda, que ambos mundos derivan en definitiva de una fuente común de ser y poder que transciende todo lo espiritual y lo material. Se puede hablar de esta fuente como el Bien, el Uno, el Principio, o la Deidad. Tercera, el ser humano pertenece esencialmente al mundo espiritual o divino, y por lo tanto transciende la muerte; la forma habitual de referirse a esta doctrina es decir que el alma humana individual es inmortal.

Expresada en estos términos generales, mucho de la teología cristiana, si no todo, es comparable al pensamiento platónico o neoplatónico. Sin embargo, Swedenborg utiliza en ocasiones la misma terminología empleada por la escuela de Platón, por ejemplo, cuando designa a Dios como

[10] Para una síntesis introductoria de la filosofía de Plotino y el impacto que produjo en la vida intelectual occidental, véase Harris 1976.

«Principio». Según la doctrina más importante de Platón, todo lo que existe obtiene su ser de una fuente supremamente transcendente y debe permanecer en contacto con esa fuente para no caer en la nada. Dios, o el Bien, simbolizado en Platón y en Swedenborg por el sol, trae las entidades «a la existencia y les da crecimiento y alimento»; «derivan del Bien... su ser y realidad» (*República* 6, 509b). Swedenborg utiliza también ideas y enseñanzas específicamente neoplatónicas. La afirmación citada anteriormente es un ejemplo perfecto: «Si las cosas no se mantuvieran en una relación constante con el Principio, a través de elementos intermedios *[in nexu continue tenetur per intermedia cum Primo]*, instantáneamente se desintegrarían y desaparecerían» (§ 9). El Principio, en el pensamiento platónico, es transcendente y está muy lejos de las realidades materiales y espirituales, de manera que debe existir un *intermedium* o mediador que lo conecte con su suprema fuente de ser. «Todo lo que existe después del Principio debe surgir necesariamente de dicho Principio, sea de forma inmediata o remontándose a él a través de elementos intermedios», afirma Plotino (*Enéadas*, V, 4, 1). Los platónicos dedicaron mucho esfuerzo a tratar de definir este *intermedium*; Plotino, por ejemplo, desarrolló la teoría de un alma cósmica que vincula todas las cosas, conectándolas con el Uno o Principio. En Swedenborg, encontramos a los ángeles en la función de *intermedium*: «No podemos dar un paso sin el influjo *(influxus)* del cielo», observa. Añade que «se permitió a los ángeles activar mi andar, mis acciones, mi lengua y mi conversación como desearan, fluyendo en mi voluntad y en mi pensamiento» (§ 228). También Plotino se refiere a la guía divina mediante el influjo: «Una vez el alma recibe una corriente [emanación] que llega a ella de Dios, es excitada y embargada con locura báquica y colmada de deseos incitantes: de esta manera nace el amor... Sin embargo, una vez que un calor procedente del Bien la ha alcanzado, es fortalecida y despertada» (VI, 7, 22). La «corriente» (de lo Divino) y el «influjo» (en el alma) que en Plotino excita al alma a amar se generaliza en Swedenborg a todos los movimientos de la voluntad y el pensamiento humanos. Todas las formas de amor –el amor conyugal *(amor conjugialis)* así como las formas más simples del amor mutuo *(amor mutuus)*– se derivan también del influjo celestial. («El amor conyugal desciende del Señor a través del cielo»; *Amor conjugialis a Domino per Coelum descendat*, § 385.)

Plotino y Swedenborg comparten una característica notable en su escritura y su forma de razonar: la alternancia de la discusión conceptual con

la descripción vívida de experiencias espirituales. Cuando escriben de forma abstracta sobre el bien y la verdad y su emanación del Señor y su influjo en los seres humanos, raramente dan por finalizada la discusión sin ilustrar su argumentación con las «cosas oídas y vistas» en el mundo espiritual. Los dos filósofos concuerdan en su empeño de agotar los recursos del lenguaje y la comunicación para lograr su objetivo. De aquí la tendencia

[de Plotino] a concluir pasajes de árida discusión dialéctica con alguna de sus vívidas descripciones de contemplación o experiencia mística, y su hincapié en que solamente a la luz de tales experiencias pueden resolverse todas las dificultades. También es significativo en este contexto el empleo de imágenes por parte de Plotino, especialmente de las llamadas «imágenes dinámicas», en las que se utilizan procesos tomados del mundo material para ilustrar la actividad de orden espiritual (Wallis 1972, 41).

Las siguientes parábolas, que ilustran la presencia divina en el mundo, pueden dar una idea de la belleza con que Plotino utiliza parábolas e imágenes:

El Alma [del mundo] observa el universo incesantemente cambiante y sigue el destino de todas sus obras. Ésa es su vida, y no conoce ningún respiro en el cuidado de su obra, sino que está siempre trabajando en pos de la perfección, planeando llevarlo todo, incesantemente, a un estado de excelencia; como un agricultor, que primero siembra y planta y luego arregla los estragos que hacen las tormentas, las largas escarchas y los grandes vendavales (*Enéadas*, II, 3, 16).

Imagina que se ha construido una gran casa majestuosa y variada. Nunca ha sido abandonada por su arquitecto, quien, sin embargo, no está atado a ella. La ha considerado digna en toda su longitud y anchura de todo el cuidado que pueda servir a su ser –en la medida en que puede participar del ser– o a su belleza, pero un cuidado que no es carga para el que la dirige, que nunca desciende, sino que lo preside todo desde arriba. Tal es el modo en que el cosmos está animado, por un alma que no le pertenece, pero que está presente en él; dominado, no dominante; no poseedor, sino poseído. El alma lo sostiene, y está dentro de él, sin que haya parte alguna que no participe de ella (*Enéadas*, IV, 3, 9).

El alma cósmica, para Plotino, es una emanación del Uno que, a tra-

vés de su presencia en todo, conecta todo con el Uno como su fuente suprema y divina de ser. Un ejemplo final, el empleo simbólico del cuerpo humano, puede servir para ilustrar cómo el lenguaje plotiniano puede estar muy cerca del de Swedenborg. El autor de *Del Cielo y del Infierno* utiliza a menudo en sus argumentos el cuerpo humano como analogía luminosa. Así, afirma que el universo en su conjunto tiene forma humana, y que el cielo supremo o tercer cielo se corresponde con la cabeza del Hombre Universal (§ 65). En la escuela de Platón encontramos ideas similares. Considérese el siguiente pasaje de Plotino:

> En todo ser vivo, las partes superiores –cabeza, rostro– son las más bellas, mientras que las de en medio y las más bajas no lo son tanto. En el universo, los miembros intermedios y los más bajos son los seres humanos; por encima de ellos, los cielos y los dioses que allí habitan. Estos dioses, con toda la extensión que rodea los cielos, constituyen la mayor parte del cosmos (*Enéadas*, III, 2, 8).

Si sustituimos los ángeles por los dioses de Plotino, tenemos entonces una afirmación que se acerca a lo que Swedenborg podría haber escrito. Así, en muchas de las ideas de Swedenborg resuena el pensamiento y el lenguaje de la filosofía más antigua y venerable de Europa. Dicho esto, debemos señalar una diferencia importante entre *Del Cielo y del Infierno* y la idea neoplatónica de Dios. En el neoplatonismo clásico, el Principio o Uno permanece alejado de la creación y es difícil de alcanzar incluso mediante la meditación filosófica. El neoplatonismo cristiano de Swedenborg insiste en que el Uno es el Señor, es decir, Jesucristo, que se manifestó en el reino del mundo creado y, por lo tanto, se puede pensar en él, creer en él y amarle. (Es interesante que Swedenborg no plantee ninguna crítica del neoplatonismo. Su crítica de aquellos que hablan de una deidad más o menos idéntica a la naturaleza pero que no puede ser captada por el pensamiento ni el amor humano, que se encuentra en § 3, parece dirigirse directamente contra la filosofía neoestoica.)

No sólo las *Enéadas* de Plotino, sino también otras obras neoplatónicas pueden ser comparadas de manera provechosa con *Del Cielo y del Infierno*. Aquí, la fuente más destacada es el *Corpus Hermeticum*, una serie de tratados filosóficos y religiosos que datan de los siglos II y III. Según uno de los libros incluidos en ese corpus y que recuerda a Swedenborg (Hermes Trismegisto, libro 16), dos poderes compiten por el dominio de

cada alma humana. Uno de esos poderes está representado por la hueste de los demonios, los espíritus malignos

que moldean nuestras almas con otra forma, y las ponen fuera de sí mismas, asentadas en nuestros nervios [o tendones], en nuestra médula, venas y arterias, penetrando incluso en nuestros órganos más internos... Estos demonios se abren paso a través del cuerpo y entran en las dos partes irracionales del alma; y cada demonio pervierte el alma de una manera diferente, según su modo especial de acción (Scott 1924, 271).

Sin embargo, hay una tercera parte, racional, del alma, y esta parte es inasequible a los asaltos demoníacos:

Pero la parte racional del alma humana permanece libre del dominio de los demonios y está capacitada para recibir a Dios en sí misma. Si entonces la parte racional del alma humana es iluminada por un rayo de la luz de Dios, la obra de los demonios se frustra con respecto a ese ser humano, pues ni demonios ni dioses tienen poder contra un solo rayo de la luz de Dios. Pero esos humanos son, en verdad, escasos (Scott 1924, 271).

Fiel a su elitismo neoplatónico, el *Corpus Hermeticum* afirma que sólo unas pocas personas han sido tocadas por la luz divina.

La filosofía neoplatónica intrigó e inspiró a los pensadores cristianos de la Antigüedad, incluido Orígenes (*ca.* 185-254), Agustín (354-430), y el Pseudo-Dionisio (que vivió hacia el 500). El filósofo italiano Marsilio Ficino (1433-1499), enamorado del pensamiento de Plotino, tradujo las obras del autor griego al latín, haciéndolas accesibles a los lectores europeos. Ficino realizó también una versión latina del *Corpus Hermeticum*, al que entonces se consideraba entre los textos más antiguos del mundo, anteriores incluso a los libros bíblicos escritos por Moisés. En el siglo XVII, los llamados platónicos de Cambridge, escuela representada por Henry More (1614-1687) y Ralph Cudworth (1617-1688), revitalizaron el pensamiento platónico, defendiéndolo contra los científicos que adoptaban una visión mecanicista del mundo. Entre los investigadores más tempranos, Martin Lamm recalcó la cercanía, si no la deuda, de Swedenborg a la filosofía neoplatónica (Lamm 1922). Sólo una vez el autor de *Del Cielo y del Infierno* menciona a Plotino por su nombre, en una cita de Agustín

(Swedenborg 1931, 138), pero parece haber conocido las obras de Plotino por la traducción de Ficino. La Biblioteca diocesana de Linköping, Suecia, posee una copia latina de las obras de Plotino (publicada en Basilea en 1580) que Swedenborg había firmado con su nombre en 1705 (Lamm 1922, 62). Así pues, en algún momento de su larga carrera intelectual debió de haber conocido el pensamiento neoplatónico y éste pudo haberle inspirado, llevándole a pensar en una línea semejante. Entre las autoridades filosóficas conocidas por Swedenborg, Leibniz es quizá el más cercano al neoplatonismo (Nemitz 1991 y 1994); véase por ejemplo su afirmación de que «la criatura depende continuamente de la operación divina, y depende de ella no menos después de sus comienzos que cuando aparece por vez primera. Esta dependencia implica que no seguiría existiendo si Dios no siguiera actuando» (Leibniz [1710] 1952, 355 = § 385). En este importante punto, Plotino, Leibniz y Swedenborg coinciden.

Durante los siglos XVII y XVIII, los intelectuales europeos se esforzaron en desarrollar lo que ahora denominamos ciencia, pero que entonces se llamaba filosofía natural. Algunos autores barrocos –principalmente aquellos que ahora consideramos científicos de la Ilustración– rechazaron la noción de una naturaleza animada, basaron sus ideas exclusivamente en la experiencia verificable y adoptaron una visión del mundo mecanicista (Bonk 1999). En cambio otros, como George Berkeley (1685-1753), se mantuvieron próximos a las tradiciones neoplatónicas, de las que extrajeron y crearon los elementos clave de su «philosophia eclectica» (Sladek 1984, 145). Aunque siempre religioso, Swedenborg había adoptado una visión del mundo mecanicista en sus obras filosóficas tempranas. Finalmente, encontró lo que quería y se inclinó por una perspectiva más neoplatónica.

c. Ideas e ideales del Renacimiento

Plotino y Swedenborg permanecieron solteros, sin prestar demasiada atención a la comida[11], y dedicaron toda su vida a la búsqueda intelectual. También ellos compartían ideas filosóficas básicas sobre lo divino. Sin

[11] Porfirio [301] 1991, *Vida de Plotino* § 8: «Incluso su sueño se mantenía iluminado por la abstinencia que a menudo le impedía tomar algo más que un trozo de pan». En los años posteriores a su visión de Cristo, Swedenborg no parecía comer mucho (Tafel 1890, 537, 544; Cuno 1947, II), viviendo con frecuencia con una sencilla dieta de uvas y almendras (Tafel 1890, 540).

embargo, no todas las enseñanzas de Swedenborg reproducen ideas neoplatónicas. En ciertos aspectos, el autor de *Del Cielo y del Infierno* era muy diferente de Plotino. Sus actitudes respectivas hacia la riqueza y las ocupaciones mundanas diferían considerablemente.

El filósofo antiguo elogiaba a uno de sus amigos, el senador romano Rogatianus, presentándole como modelo a aquellos que aspiraban a llevar una vida filosófica. Rogatianus, según la *Vida de Plotino*, de Porfirio, había «llegado a tal desapego de las ambiciones políticas que dejó todas sus propiedades, despidió a todos sus esclavos, renunció a toda dignidad... Incluso abandonó su casa, pasando su tiempo aquí y allá en casa de sus amigos y conocidos, durmiendo y comiendo con ellos y haciendo una sola comida cada dos días» (Porfirio [301] 1991, § 7). Plotino recomendaba una vida de pobreza y renuncia del mundo, prefiriendo la contemplación y la meditación a la vida activa en el mundo. En su forma agustiniana, la filosofía neoplatónica se ajustaba a los ascetas y renunciantes del mundo cristiano y podía ser invocada por los monjes medievales. Swedenborg no quiere saber nada de esto. Sólo la gente ignorante prefiere una existencia caracterizada por «despreciar los asuntos mundanos, especialmente los referidos al dinero y el prestigio, vivir en constante meditación devota sobre Dios, la salvación y la vida eterna, y dedicar la vida entera a la oración y la lectura de la Palabra [es decir, la Biblia] y la literatura religiosa». No, dice Swedenborg, «si queremos aceptar la vida del cielo, debemos por todos los medios vivir en el mundo y participar en sus deberes y asuntos» (§ 528). Basada en el fondo en el egoísmo y en un alto grado de amor a sí mismo –como opuestos al desinterés y al servicio a la comunidad– la mortificación hace la vida lúgubre y triste; nos prepara para el infierno más que para la santidad en el cielo (§§ 528, 535).

Lo que dice Swedenborg respecto de los deberes mundanos se aplica también a la riqueza, que no obstaculiza el camino de la autenticidad espiritual.

> Es completamente correcto adquirir riquezas y acumular bienes mientras no se haga mediante fraude o estratagemas malvadas. Es correcto comer y beber con elegancia, siempre que no pongamos en ello nuestra vida. Es correcto vivir en una casa tan grata como corresponda a la propia condición, charlar con otros, frecuentar lugares de diversión o hablar sobre los asuntos mundanos... No es necesario dar a los pobres excepto cuando el espíritu nos mueve a ello (§ 358).

En otras palabras, Swedenborg no dice a nadie que venda sus propiedades y lleve una vida diferente. No habría aprobado a Rogatianus, el amigo de Plotino. Para él, Rogatianus debía de ser un hombre extraño. Le habría dicho que lo que en el fondo cuenta no es el comportamiento externo, sino el estado interior, pues «nuestra cualidad es en realidad la de nuestro sentimiento y nuestro pensamiento, o la de nuestro amor y nuestra fe» (*homo enim talis est qualis ejus affectio et cogitatio*, § 358).

En su actitud negativa hacia la renuncia del mundo y su valoración de la riqueza, el autor de *Del Cielo y del Infierno* se separa de la tradición neoplatónica y de la católica medieval. Sus valores son los del Renacimiento. Aunque la actitud medieval seguía siendo visible en el siglo XVIII, el Renacimiento, con su nuevo estilo cultural, intelectual, político y religioso había penetrado en toda Europa, incluidas Suecia e Inglaterra. Estudiosos y comerciantes, poetas y prelados, consideraban que la vida «en el mundo» era al menos tan pura y valiosa como la del retiro de los monjes. Más que renunciar al mundo, decían, deberíamos darle forma y disfrutarlo. La teología del Renacimiento insistía en que como seres nobles estamos invitados a disfrutar más que a renunciar al mundo. El capítulo primero del libro del Génesis sancionaba el ideal de una vida activa, detallando cómo la humanidad creadora refleja la imagen del Dios Creador. Amando, disfrutando y participando en el mundo de Dios, los cristianos despliegan su amor a Dios (Trinkaus 1970). A comienzos del siglo XVI, Rodrigo Borgia (1431-1503; como papa, Alejandro VI), Erasmo de Roterdam (1466?-1536), Maquiavelo (1469-1527) y Miguel Ángel (1475-1564) representaron el interés del Renacimiento por el arte y la arquitectura, los libros y las construcciones, la riqueza, el sexo opuesto y el poder mundano. En el siglo XVIII, los mismos intereses seguían fascinando a la elite cultural e intelectual, y la afirmación de Swedenborg «fuera de la vida activa, no hay felicidad ninguna» (*absque vita activa, nulla vitae felicitas*, § 403) puede pasar fácilmente por una máxima del Renacimiento. No habría existido ni Gottfried Wilhelm Leibniz ni Immanuel Kant (1724-1804) en Alemania, ni Voltaire (1694-1778) en Francia, ni Isaac Newton (1642-1747) en Inglaterra, ni Emanuel Swedenborg en Suecia, si el Renacimiento no les hubiera preparado el camino.

Lorenzo Valla (1405-1457), uno de los autores más importantes del Renacimiento, rompió con muchas ideas católicas medievales. En *La profesión del religioso* negaba que la virtud monástica institucionalizada tuvie-

ra una validez superior y afirmaba que las buenas acciones espontáneas eran superiores (Trinkaus 1948, 151). La actitud crítica de Swedenborg hacia el monaquismo y su exhortación a dar a los pobres «cuando el espíritu nos mueve» (§ 358) habla el mismo lenguaje y refleja la misma atmósfera de pensamiento del Renacimiento.

Como se ha demostrado, la valoración renacentista de la riqueza y la mundanidad reposa en una firme base teológica: la idea de la bondad de la creación. Descansa también en un fundamento filosófico: la idea de la libertad y la autodeterminación humanas. A diferencia de los animales, los seres humanos pueden determinar su destino libres de las coacciones de las disposiciones innatas. Unas pocas líneas del famoso *Oratio de Hominis Dignitate* [*Discurso sobre la dignidad del hombre*, 1486] de Giovanni Pico della Mirandola puede servir como informe condensado de la atmósfera en la que Swedenborg desarrolló su pensamiento. Pico pone las siguientes palabras en boca de Dios cuando habla a Adán en el Paraíso:

> Adán, no se te ha dado una morada fija ni una única forma que sea la tuya ni ninguna función peculiar con el fin de que según tu anhelo y según tu juicio puedas tener y poseer toda morada, toda forma y toda función que desees. La naturaleza de todos los demás seres está acotada y coartada por los límites de leyes prescritas por nosotros. Tú, sin ninguna coacción a tus límites, de acuerdo con tu libre albedrío, en cuyas manos te hemos colocado, ordenarás por ti mismo los límites de tu naturaleza. Te hemos puesto en el centro del mundo para que desde ahí puedas observar más fácilmente todo lo que está en el mundo. No te hemos hecho ni del cielo ni de la tierra, ni mortal ni inmortal, para que con libertad de elección y con integridad, como si fueras el creador y formador de ti mismo, puedas darte la forma que prefieras. Tendrás el poder de degenerar en las formas inferiores de la vida, que son bestiales. Tendrás el poder, por el juicio de tu alma, de renacer en las formas superiores, que son divinas (Pico della Mirandola 1948, § 3).

La libertad, para los filósofos del Renacimiento y para Swedenborg, tiene que ver con la facultad humana de la voluntad o volición. En este contexto, como en muchos otros, el autor de *Del Cielo y del Infierno* se centra en la distinción entre voluntad y entendimiento como nuestras capacidades mentales básicas (§§ 423-425, 500). El vocabulario que utiliza puede presentarse como sigue:

capacidades mentales esenciales:	voluntad/volición/ intención *(voluntas)*	intelecto/entendimiento *(intellectus, cogitatio)*
estados mentales:	amor *(amor)*	sabiduría *(sapientia)*
realidades extramentales:	bien *(bonum)* o mal *(malum)*	verdad *(verum)* o falsedad *(falsum)*

Si el ser humano debe ser libre, debe tener una voluntad libre. Antes de Pico, Agustín había afirmado este hecho en *De Libero Arbitrio* [*Sobre el libre albedrío*, entre 388 y 395]; después de él, el príncipe de los humanistas, Erasmo de Roterdam, había hecho lo mismo en una obra con el mismo título, *De Libero Arbitrio* (1524). Aquí tenemos que recordar que en el Renacimiento, el debate filosófico sostenía la idea de que la voluntad humana orientada a la acción, más que el intelecto orientado a la contemplación, era la facultad humana más noble (Trinkaus 1970, 73). Mientras que los escolásticos medievales invocaban la autoridad de Aristóteles para defender sus ideales contemplativos, los escritores del Renacimiento prefirieron a Cicerón (106-43 a. C.), estadista y orador, el hombre de la voluntad. Esta tradición renacentista llegó a Swedenborg a través de autores como Malebranche (m. 1715), Leibniz (m. 1715) y Christian Wolff (m. 1754)[12]. Según Swedenborg, la facultad humana de la voluntad *(voluntas)* también está por encima del intelecto o capacidad cognoscitiva. Se da prioridad a la voluntad humana y, por consiguiente, a todo lo que está en el centro del diagrama: voluntad, amor y bien. «Nuestra voluntad –afirma– es la substancia de nuestra vida... mientras que nuestro entendimiento es la manifestación consecuente de la vida» (§ 26, nota i). En el mundo espiritual, el reino superior del cielo –el llamado reino celestial– es definido como «el lado volitivo del cielo» (§ 95). Expresado en unos términos más filosóficos, «el pensamiento no es nada sino la forma de nuestra voluntad» (*cogitatio non aliud est quam voluntatis forma*, § 500). En el orden de las facultades de la mente humana, pues, la volición tiene el rango superior. Para el autor de *Del Cielo y del Infierno* se sigue que «na-

[12] Véase Swedenborg 1931, 54-59 para los extractos de Swedenborg sobre la noción de voluntad. Nemitz 1991 y 1994 comenta la influencia de Leibniz y Wolff en Swedenborg.

da es nunca libre a menos que proceda de nuestra voluntad» (§ 598, 2).

Pero ¿cómo puede ser libre la persona humana? Según Swedenborg, en la atmósfera en que viven los humanos las influencias buenas y malas se mezclan: «Por medio de los espíritus del infierno nos encontramos con nuestro mal, y por medio de los ángeles del cielo encontramos el bien que le debemos al Señor. En consecuencia, estamos en un equilibrio espiritual, esto es, en libertad» (§ 599). Es en libertad como los humanos pueden decidir si asociarse con el cielo o con el infierno y así fijar su destino final. Como los únicos seres libres del universo, los hombres y las mujeres están en el centro del cosmos. Pueden o bien abrirse al influjo del bien y la verdad del Señor, o cerrarse a esa influencia. De esta manera, el cielo y el infierno están habitados por seres libres. La idea renacentista de la libertad humana nunca se ha afirmado de manera más coherente.

Todos los seres humanos disfrutan de esta libertad, no sólo los cristianos. Por consiguiente, todos los seres humanos pueden vivir una vida moral en la que se unan al bien y al Señor. Y, por consiguiente, todos pueden alcanzar la existencia celestial. Mientras que la teología cristiana tradicional estaba dispuesta a relegar a los paganos al infierno (como hizo Dante en su *Inferno*), Swedenborg reconoce su capacidad para entrar en el cielo (§§ 318-328). Al hacerlo, tiene de su lado a famosos humanistas del Renacimiento: Erasmo de Roterdam y el reformador suizo Ulrico Zwinglio (1484-1531). Para Erasmo, no es necesario ser cristiano para convertirse en santo; y los cristianos pueden incluso confiar en la intercesión pagana en el cielo; por eso, ¿por qué no rezar *«Sancte Socrates, ora pro nobis»*?: San Sócrates, ora por nosotros (Erasmo [1552] 1997, 194). A diferencia de otros reformadores menos liberales, Zwinglio también admitía a los paganos en el cielo. Esperando atraerse al rey francés Francisco I (1494-1547) a la causa protestante, Zwinglio le prometió la felicidad eterna en compañía de sus piadosos antepasados así como de figuras bíblicas. Con un espléndido estilo humanista añadía que personajes como Hércules, Sócrates, los Catones y los Escipiones también esperarían al rey en el cielo (Zwinglio [1531] 1953, 275-276; véase Stephens 1995). Junto con Jesús, Sócrates constituía el paradigma moral del Renacimiento, y por eso no tenía sentido excluirle del cielo. Si todos somos libres para llevar una vida verdaderamente moral y espiritual, entonces el cielo está abierto a todos.

El disfrute de la riqueza y la capacidad universal de la libre autodeterminación forma parte de lo que los filósofos del Renacimiento llamaron la dignidad del ser humano. Pero aunque riqueza y libertad sean aspectos importantes de esa dignidad, son de alguna manera secundarios. Swedenborg escarbó más hondo, insistiendo en que esa dignidad humana debe tener mayor contenido. Afirmaba que en el ser humano existe un punto interior de contacto con la Deidad que es el fundamento de la propia dignidad. De las vacilaciones de su lenguaje podemos ver que a Swedenborg le resultó difícil expresarse sobre este tema; sin embargo, su sentido es bastante claro. Dentro de cada ser humano existe «algo central y superior *[intimum et supremum quoddam]*, donde la vida divina del Señor fluye de forma íntima y eminente». Es este «nivel central o superior lo que nos hace humanos y nos diferencia de los animales, puesto que éstos carecen de él. Por eso nosotros, a diferencia de los animales, podemos ser elevados por el Señor hacia él... Por eso también vivimos para siempre» (§ 39). La presencia divina en la persona humana está más allá de nuestra percepción, o en otras palabras, pertenece a la estructura ontológica básica. Es ese «algo central y superior» lo que nos convierte en algo central y superior en el universo. Nos convierte en los únicos compañeros inteligentes y sensibles del Señor.

Los compañeros del Señor, según algunos pensadores renacentistas, no tienen por qué tener su origen en el planeta Tierra. En el siglo XV el cardenal Nicolás de Cusa (1401-1464), en *La docta ignorancia* (1440), sostiene la idea de una pluralidad de mundos y la existencia de vida en la luna y el sol. La afirmación más interesante del Renacimiento proviene del teólogo franciscano Guillaume de Vaurouillon (1392-1463), que enseñaba en París. Aunque no creía en la existencia de mundos diferentes al nuestro, sostenía que no existía ninguna dificultad para que Dios los creara. «Infinitos mundos, más perfectos que éste, están escondidos en la mente de Dios... Es posible que las especies de cada uno de esos mundos sean distintas de las del nuestro» (citado por O'Meara 1999, 15). Vaurouillon no pensaba que el conocimiento de esos mundos, lejanos y separados, pudiera llegar a la tierra salvo a través de la comunicación angélica o algún otro medio divino especial. Pronto la idea recibió el apoyo tanto de la cosmología científica como de la tradicional. En 1473, el libro recientemente descubierto *De Rerum Natura [De la naturaleza de las cosas]*, escrito en el siglo I a. C. por el filósofo epicúreo Lucrecio (*ca.* 96-55 a. C.), estaba dis-

ponible; la enseñanza pluralista de este libro hizo que los intelectuales europeos se familiarizaran con la idea. En el siglo XVI, el apoyo científico llegó de Nicolás Copérnico (1473-1543), cuya redescripción heliocéntrica del universo hizo de la tierra uno más entre otros planetas posiblemente habitados. Por el siglo XVIII, la idea de un universo habitado se había convertido en un lugar común y era compartida por la mayor parte de los filósofos y científicos (Crowe 1997, 152), incluido Swedenborg (véase *Del Cielo y del Infierno* § 147, y su obra *Las tierras en el universo*). Cuando el papa Benedicto XIV (1675-1758) levantó el interdicto sobre las obras que exponían el heliocentrismo, en 1757 (Randles 1999, 217), la historia del cosmos medieval llegó a su fin y una nueva historia pudo comenzar: la de un universo infinito con una pluralidad de mundos.

d. La otra vida en el pensamiento del Barroco

Las biografías de Emanuel Swedenborg incluyen regularmente una lámina con uno de los pocos retratos que existen de él: un hombre de constitución erguida y vigorosa, grandes ojos risueños, con una peluca blanca, rizada y empolvada, un frac de terciopelo negro y camisa blanca de mangas con chorreras: un hombre al que se puede reconocer fácilmente como un aristócrata modestamente ataviado del período barroco. El retrato nos recuerda el hecho de que el autor de *Del Cielo y del Infierno*, aunque perfectamente al corriente de las tradiciones del pasado, era también un hombre de su siglo y de su cultura. Conocidos como el período barroco, los siglos XVII y XVIII se jactaban de una rica cultura artística, literaria, religiosa y política, de la que los términos «Ilustración» (es decir, racionalismo barroco) y «música clásica» sólo recogen unos aspectos parciales. Una característica particular de la mentalidad barroca es su extremado y casi excesivo interés por los detalles, sea en la elaboración de un mapa, en los informes de viajes, en la pintura, la historiografía, la biografía, los diarios, las novelas, la teología o en cualquiera de los asuntos por los que se sentía fascinada. Escritores, artistas y científicos se esforzaban por satisfacer el hambre de un conocimiento preciso, detallado y bien informado, tanto del mundo visible del presente y de los reinos invisibles del pasado, como de los lugares remotos y del mundo transcendente.

Aunque ejemplos pertinentes de la excesiva atención a la elaboración y el detalle en las crónicas de viaje, diarios y novelas pueden quedar relegados a las notas, este modo de presentación en la cartografía, el arte, la

historiografía y la teología merece aquí al menos un breve comentario[13].

En 1492, Cristóbal Colón descubrió el continente que llegaría a conocerse como América. Durante los dos siglos siguientes, los exploradores viajaron alrededor del mundo, a menudo al servicio de la realeza europea. Su pretensión era la de conquistar nuevas islas, nuevas riquezas y nuevos tesoros para sus señores y para sí mismos. Generalmente, los informes de esas expediciones eran considerados secretos de estado y por lo tanto no se hacían públicos. Puesto que el camino a las «islas del tesoro» debía permanecer oculto, los cartógrafos recibían poca información que pudieran utilizar en sus mapas (Scheuerbrandt 1993, 38). Esta actitud de secreto cambió alrededor de 1700, cuando comenzó una nueva era de exploración. Los exploradores del siglo XVIII como el danés Vitus Bering (1681-1741), el alemán Carsten Niebuhr (1733-1815), y el capitán inglés James Cook (1728-1779) buscaban conocimiento, no tesoros, y por consiguiente cuidaron de registrar sus descubrimientos en forma de informes detallados y mapas cada vez más precisos. Vinculaban sus mapas con las coordenadas determinadas astronómicamente que habían sido establecidas por cartógrafos franceses a finales del siglo XVII (Musall 1993, 66-67). En torno a 1700, los europeos conocían alrededor del 60,6% de la tierra; hacia 1800, conocían el 82,6% (Scheuerbrandt 1993, 41). Hacia finales del siglo XVIII, los cartógrafos podían realizar mapas bastante fiables de la mayor parte del mundo, y aquellos mapas se parecían mucho a los que utilizamos actualmente.

Los artistas barrocos, y en particular los pintores holandeses, nos dejaron una visión plena, realista y casi fotográfica de su mundo. Se suponía que los pintores debían mostrar escenas del pasado –batallas históricas, personajes, encuentros de grandes hombres– con el mismo toque

[13] Podemos mencionar a Georg Forster (1754-1794), que realizó la crónica de las expediciones marítimas del capitán Cook (*A Voyage round the World*, 1777) y Carsten Niebuhr (1733-1815), que exploró y describió Arabia y los países adyacentes (*Beschreibung von Arabien*, 1772). Los típicos diarios barrocos incluyen los de los ingleses Samuel Pepys (1633-1703) y James Boswell (1740-1795). También entre ellos se encuadra el breve diario de sueños de Swedenborg y su gran diario de experiencias espirituales. La novela inglesa es esencialmente un producto del siglo XVIII; no superada en cuanto a detalle es *Tristram Shandy* (1760-1767), de Laurence Sterne (1713-1768), en el que el autor alcanza el tercer volumen antes de llegar al nacimiento del protagonista.

realista con la esperanza de despertar sentimientos patrióticos y religiosos. En el siglo XVIII, la pintura histórica podía considerarse como el tipo más noble y más elevado de arte. «Quien pinta bien la historia –escribía Jonathan Richardson (1665-1745)– debe ser capaz de escribirla; debe estar totalmente informado de todas las cosas relacionadas con ella, y concebirla clara y noblemente en su mente, o nunca podrá expresarla en el lienzo: debe tener un juicio sólido, con una imaginación viva, y saber qué figuras y qué incidentes deben ser representados y lo que cada uno debía decir y pensar. Por consiguiente, un pintor de este tipo debe poseer todas las buenas cualidades que se exigen a un historiador» (Richardson [1725] 1996, 215). La valoración de la pintura histórica refleja el deseo del período barroco de visualizar todo tan concreta y detalladamente como sea posible.

El siglo XVIII conoció el primer desarrollo de la historiografía moderna; Voltaire compuso su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, David Hume (1711-1776) su *Historia de Inglaterra*, y Edward Gibbon (1737-1794) la célebre *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, obras que siguen estando entre los clásicos de la narrativa histórica. Una mayor riqueza de detalles insignificantes podía incluirse, por supuesto, en las biografías (por no mencionar los diarios privados, entonces no publicados), de los que *Life of Samuel Johnson [La vida del doctor Samuel Johnson]*, de James Boswell (1740-1795), sigue siendo el primer ejemplo. La gente leía estas obras con admiración y miraba con temor el trabajo de los historiadores. Se esperaba que los historiadores recrearan el pasado con detalles vívidos, que hicieran casi presentes los grandes momentos y nos ofrecieran vislumbres de la vida doméstica y cotidiana. Pero la historiografía no aspiraba a una mera acumulación de acontecimientos, nombres y descripciones. Pretendía ofrecer una imagen coherente y explicar el curso de la historia: ¿Por qué decayó el imperio romano (Gibbon)? ¿Qué impulsó a los monarcas ingleses a actuar como lo hicieron? ¿Cuáles son los límites del poder institucional (Hume)? ¿Cómo es determinada la historia por la religión, la economía, el comercio y las distintas costumbres y visiones del mundo (Voltaire)? Lejos de identificar la historia con la simple relación de dinastías y crónicas de batallas, los historiadores consideraban su tarea como algo eminentemente filosófico y moral. Swedenborg no era historiador, pero ¿no tenía un espíritu afín al de los historiadores, como demuestra cuando trata de describir el otro mundo

con la mayor viveza posible a la vez que explicaba las disposiciones internas de las personas y el trato que Dios tenía con ellos? Cuando un temprano defensor alemán de Swedenborg trató de caracterizar al vidente, lo comparaba con un historiador: «Cuando [Swedenborg] se refiere a los estados de revelación que dice haber tenido, se nos muestra como quien, con el espíritu de un historiógrafo, observa con percepción clara y narra de manera veraz y precisa» (*Prüfungsversuch* 1786, XLIV)[14].

Como parte integral de la cultura de los siglos XVII y XVIII, la religión participa del ansia por el detalle, lo específico y la precisión. La casuística moral católica describía y definía los actos pecaminosos y sus circunstancias con detalles sutiles. Compitiendo con todos los demás en elaborar descripciones morales y «descripciones de comportamientos», predicadores de todas las iglesias asestaban largos sermones a sus feligreses, a menudo el domingo mañana y tarde (con el conocido disgusto de Swedenborg). La religiosidad barroca puede medirse por la intensidad de su deseo de imaginar escenas de la Biblia, de la vida de los santos y del mundo celestial. Teólogos, visionarios y poetas se esforzaban todos por incluir en sus escritos tantos detalles sobre el otro mundo como incluían los pintores de temas históricos en el lienzo. En el siglo XVII, el libro clásico sobre el cielo se debía al teólogo puritano Richard Baxter (1615-1691). Titulado *The Saints' Everlasting Rest* [El eterno descanso de los santos] (1649), se esforzaba por describir con el máximo número posible de detalles un cielo centrado en Dios, un cielo de santos que alaban al Señor eternamente. Aunque esta perspectiva continuó a lo largo de todo el siglo XVII, gradualmente fue dejando lugar a una visión diferente, más centrada en lo humano (McDannell y Lang 1988, 177-180, 224-227). Un primer paso en esta dirección fue el presupuesto, tan hábilmente sostenido por el jesuita Athanasius Kircher (1602-1680), de que la morada eterna de los santos debe ser un *ambiente* verdaderamente humano, en el que los sentidos físicos funcionen, en el que los colores puedan verse, los sonidos

[14] El original alemán dice: «Wenn er von seinen (von ihm behaupteten) Offenbarungszuständen etwas erzählet, so findet man an ihm den Geist eines mit gutem Bewusstsein beobachtenden, sehr treu und genau erzählenden Geschichtschreibers» (*Prüfungsversuch* 1786, XLIV). El anónimo autor conocía *Del Cielo y del Infierno*, de la que cita el § 358 para afirmar el carácter práctico y sobrio de la ética de Swedenborg y defender al vidente del reproche de entusiasmo sectario (*Prüfungsversuch* 1786, XL-XLI).

puedan oírse, etc. (Randles 1999, 165). Cada vez más los autores insistían en el carácter verdaderamente humano de la otra *vida*, imaginada y descrita con conmovedoras escenas de reencuentros, y hablaban del cielo como un hogar.

El consentimiento general en la especulación sobre los detalles de la vida eterna puede ser ilustrado recurriendo a una fuente muy inesperada: *Life of Samuel Johnson* (1791), de James Boswell. El doctor Johnson (1709-1784), el célebre lexicógrafo inglés, fue inmortalizado en la magnífica biografía de James Boswell, que se sitúa entre las más importantes obras de la literatura inglesa. Presto a observar todo lo que Johnson decía, recoge un diálogo mantenido entre los dos una noche de 1772. Así es cómo Boswell describía la conversación:

> Yo [Boswell] volví a visitarle [al Dr. Johnson] por la noche. Al encontrarle de muy buen humor, me aventuré a llevarle al tema de nuestra situación en un estado futuro, pues tenía gran curiosidad por conocer sus ideas sobre este asunto. Johnson: «Yo creo, Sir, que la felicidad de un espíritu desencarnado consistirá en la conciencia del favor de Dios, en la contemplación de la verdad, y en la posesión de ideas dichosas». Boswell: «¿Hay algo de malo, Sir, en que hagamos conjeturas en cuanto a las particularidades de nuestra felicidad, aunque la Escritura no diga sino muy poco al respecto? "No sabemos lo que seremos"». Johnson: «Nada malo, Sir» (Boswell [1791] 1952, 192).

La conversación entra entonces en esas «particularidades» de la felicidad eterna –encontrarse con amigos, oír música y tener un cuerpo, pues «hay algunos filósofos y teólogos que han mantenido que no seremos espiritualizados hasta ese grado, sino que algo de materia, muy refinada, permanecerá» (Boswell [1791] 1952, 193). Johnson y Boswell eran ingleses normales de su época, interesados por todo, pero no excesivamente preocupados por la religión. Leyendo sus palabras podemos tener una ligera idea del espíritu barroco: se consideraba normal –«no hay nada malo»– plantear especulaciones sobre la vida celestial. El diálogo entre los dos apoya la idea recientemente sugerida por Philip Almond en su estudio *Heaven and Hell in Enlightenment England* [El cielo y el infierno en la Ilustración en Inglaterra]: en los siglos XVII y XVIII, la influencia de filósofos platónicos como Henry More lo impregnaba todo y proporcionaba el trasfondo al diálogo de Boswell-Johnson. Además, la idea de que en

la muerte el alma cambia su vehículo terrenal por uno de aire u otro más refinado de éter era común a todos los platónicos de la época, incluidos More en Inglaterra (Almond 1994, 29-33) y Leibniz en Alemania (Swedenborg 1931, 281)[15].

Según la escuela platónica moderna, el otro mundo no sólo era coextensivo con el universo físico; situado dentro del universo, compartía el mismo reino espaciotemporal. La teoría del vehículo del alma mantenía a los espíritus, demonios y ángeles dentro del reino físico y eran así susceptibles de investigación científica o, al menos, de una especulación razonable. Según Almond (1994, 36-37), el mapa de los platónicos constaba de los dos niveles siguientes:

1. El nivel más alto era el reino celestial etéreo, en el que habitaban Dios, los ángeles, los santos y las almas de los bienaventurados.

2. Debajo del reino celestial había un reino aéreo poblado por algunas almas. Incapaces de penetrar en los niveles superiores del reino aéreo, las almas perversas y los espíritus malignos tenían que permanecer próximos a la tierra. Algunos espíritus malignos vivían en cavidades en el interior de la tierra.

Si se comparan las ideas platónicas con las de los autores enumerados en el apéndice I, se pueden hacer las siguientes observaciones. Primero, *Del Cielo y del Infierno* de Swedenborg encuentra su lugar natural, por decirlo así, entre los autores barrocos. Comparte su interés por la vida después de la muerte y su esfuerzo por ofrecer descripciones precisas de la otra vida. Detalles de su descripción tienen paralelos: el tema del reencuentro con amigos y parientes, insinuaciones de placeres sexuales y la colocación de los niños muertos en el cielo y no en el infierno. Segundo,

[15] Que los ángeles, espíritus y almas humanas tienen todos algún tipo de cuerpo era creído por muchos filósofos y teólogos en el principio de la Edad Moderna. En su *Colloquium Heptaplomeres de Abditis Sublimium Arcanis* (1593), el escritor político y jurista francés Jean Bodin (1530-1596) resume el razonamiento como sigue: «Si un ángel no tuviera cuerpo, como piensan Aristóteles y la mayor parte de los teólogos, su substancia estaría en todas partes y tendría un ser de una extensión infinita. Además, de ello se seguiría que las inteligencias y los espíritus del mal podrían hacer lo mismo que Dios, y así todo estaría confundido... Tenemos pues una demostración clara... de que los ángeles, los espíritus del mal y las almas tienen cuerpos y límites, y que sus naturalezas están sujetas al cambio» (Maxwell-Stuart 1999, 177-178).

entre las obras consideradas, *Del Cielo y del Infierno* –y su obra de origen *Los arcanos celestiales*– ofrece con mucho la descripción más detallada. Ninguno prefigura el relato de Swedenborg del reino espiritual como un mundo de aristócratas con refinados vestidos, castillos y parques. Ninguno tiene la idea de que incluso podría existir un cielo superior, el reino celestial, en el que vivan los ángeles en condiciones primitivas, noblemente salvajes, desnudos y con sencillas iglesias de madera (§§ 179 y 223)[16]. Tercero, Swedenborg se separa del paradigma platónico establecido por Henry More y otros en el sentido de que modifica las ideas de tiempo y espacio en el cielo y el infierno (§§ 162-169, 191-199). A diferencia de los defensores del nuevo paradigma platónico, Swedenborg no incluye el cielo y el infierno en el universo material tal como lo conocemos, sino que afirma la existencia de un universo espiritual conectado con el físico mediante correspondencias. Cuarto, Swedenborg es el único autor que pretendió haber estado en contacto con el otro mundo. Al hacerlo, fue único en su tiempo. Algunos le consideraron loco, e Immanuel Kant, en su *Träume eines Geistersehers* [*Los sueños de un visionario*, (1766) 1987], con su crítica aparentemente mordaz de la obra del visionario sueco, demuestra lo extraño que resultaba el modo visionario al temple ilustrado. En la época barroca, la especulación sobre el otro mundo era posible, como Kant incluso concedía; sin embargo, debía hacerse dentro de los límites de la razón, argüía Kant, pues no puede haber ninguna experiencia real del más allá. Como visionario, Swedenborg anuncia otro movimiento intelectual, el del romanticismo.

e. El amanecer de la Edad Romántica

En 1772, un joven de veintitrés años escribía una reseña de los varios volúmenes de *Aussichten in die Ewigkeit* [Perspectivas de eternidad] de Johann Kaspar Lavater (1741-1801) en un diario impreso en Frankfurt, Alemania. Aunque el crítico encontró algunos pasajes interesantes en las cartas que

[16] En su visión de los ángeles que viven en el reino celestial, Swedenborg repite las ideas del «noble salvaje» en un estado de devoción y moralidad no corrompido por la civilización urbana. Quizás esto subyace a su afirmación de que «entre los gentiles, los africanos son especialmente valorados» (§ 326). Para la idea de Swedenborg de África, véase Odhner 1978. La descripción de Swedenborg del reino celestial corre pareja con las descripciones clásicas de la «Edad de Oro» (§ 115), sobre ello, véase Frazier 1998.

constituyen ese tratado sobre la otra vida, su reacción de conjunto fue reservada: «En la carta 17, la única sobre las alegrías sociales del cielo, hay mucho calor y bondad de corazón, pero no suficiente para llenar nuestra alma con el cielo»[17]. Le parecía que el autor suizo había tratado un tema interesante de manera fría, pedante e insensible, lleno de razón pero carente del fuego del sentimiento y el poder contagioso del entusiasmo. El crítico termina con una nota lírica. El autor debería buscar la inspiración de

ese vidente de nuestra época divinamente elegido que estaba impregnado de las alegrías del cielo, a quien los espíritus hablaban a través de todos los sentidos y del cuerpo entero, en cuyo pecho vivían los ángeles: la gloria de ese hombre debería irradiar sobre él y, si fuera posible, hacerle brillar, para que pudiera sentir la bendición y apreciar la voz tartamudeante de los profetas cuyo espíritu se llena de palabras indecibles[18].

El joven crítico era Goethe (1749-1832), y el hombre que recomendaba, aunque no lo nombre, no era otro que Swedenborg (Peebles 1933, 148)[19].

[17] Goethe [1772] 1987, 384.

[18] Goethe [1772] 1987, 385.

[19] Que en los años 1772 y 1773 Goethe estaba muy dispuesto a reconocer la autoridad de un genio divinamente inspirado es evidente no sólo por la reseña de Lavater, sino también por su ensayo «Zwo wichtige, bisher unerörterte biblische Fragen» [Dos importantes problemas bíblicos hasta ahora descuidados] (1773). Este texto finaliza con una exhortación retórica dirigida a aquellos a quienes Dios ha dado experiencia de la realidad divina: «Cuando el Espíritu eterno lanza una mirada de su sabiduría, proyecta una chispa de amor sobre su elegido, entonces éste debe darse a conocer y decir tartamudeando lo que siente. ¡Se dará a conocer! ¡Y nosotros le honraremos! ¡Bendito seas, de dondequiera que vengas! ¡Tú, que iluminas a los paganos! ¡Tú, que entusiasmas a las naciones!» (Goethe [1773] 1987, 443). El elegido es Swedenborg, y la referencia a «la sabiduría y el amor» tiene un fuerte timbre swedenborgiano (véase, por ejemplo, § 158: el amor y la sabiduría proceden del Señor). Probablemente, Goethe conocía el libro de Oetinger sobre Swedenborg. En los escritos de la amiga de Goethe Katharina von Klettenberg (1723-1774) se encontraron algunas páginas de extractos del libro de Oetinger (Weis 1882, Fuchs 1900); estos extractos representan la traducción alemana de Oetinger de *Los arcanos celestiales* §§ 449-553, texto ampliamente repetido en *Del Cielo y del Infierno* §§ 395-414. Por eso puede argumentarse el conocimiento indirecto de Goethe de al menos un capítulo de *Del Cielo y del Infierno*.

En Europa, desde mediados del siglo XVIII, tres movimientos culturales e intelectuales rivalizaban entre sí: la antigua tendencia barroca, representada por el devoto y erudito Lavater; la ilustrada, que, en la persona de Kant, era crítica con la religión tradicional, hostil a las pretensiones místicas e insistía en los límites de la especulación filosófica y teológica; y el romanticismo, que, permaneciendo firmemente dentro de la tradición cristiana, expresaba su interés en el misticismo, los sueños y la experiencia visionaria, y que a menudo dio expresión a sus sentimientos en la poesía y en la novela. El espíritu del joven Goethe estaba teñido de sentimiento romántico, y Swedenborg unía el temple barroco y romántico en una sola alma[20].

A diferencia de sus predecesores barrocos, los románticos no se encontraban satisfechos con las especulaciones devotas sobre la otra vida. Querían mirar más allá del mundo cotidiano en el que la gente vive sus vidas ordinarias y experimentar realmente mundos superiores. Según la tradición romántica, sólo un delgado velo divide nuestro mundo del mundo real, y se pensaba que los sueños, las experiencias místicas, las visiones, la clarividencia, incluso la telepatía y el sonambulismo, daban acceso a él. Tanto las personas educadas como las carentes de educación creían en la existencia de espíritus, en su actividad e influencia sobre el reino material y en la capacidad de individuos dotados para comunicar con ellos (Sawicki 1999). Algunos se zambullían en las artes ocultas y formaban círculos que buscaban ávidamente información sobre el estado de las personas difuntas a través de mensajes espiritistas (Sigstedt 1981, 343). En Alemania, dos mujeres visionarias lograron una fama inesperada debido al interés romántico por sus visiones: la monja católica Anna Katharina Emmerich (1774-1824) y la laica protestante Friedericke Hauffe (1801-1829). Mientras que las visiones de la hermana Anna fueron transcritas y publicadas por el poeta Clemens Brentano (1778-1842) para convertirse en clásicos de la literatura devocional católica, Hauffe fue inmortalizada como «la vidente de Prevorst» por su doctor, el escritor suabio Justinus Kerner (1786-1862).

Un análisis que incluya a Swedenborg en el movimiento romántico debería subrayar al mismo tiempo su independencia de él. Más que integrante de ese movimiento, debe ser considerado su precursor y su fuen-

[20] Véase Lamm 1918, que escribe sobre una corriente romántica dentro de la Ilustración del siglo XVIII, mencionando a Swedenborg como uno de sus principales representantes.

te de inspiración. Se puede apreciar la influencia de Swedenborg en todo el movimiento romántico, especialmente en Alemania[21]. La naturalidad con que los escritores románticos de Inglaterra, Alemania y Francia pudieron apreciar las ideas swedenborgianas demuestra el romanticismo inherente al autor de *Del Cielo y del Infierno*.

Del Cielo y del Infierno invoca frecuentemente la experiencia visionaria, a menudo para ilustrar las nociones abstractas con las descripciones más vívidas, de manera que el espíritu romántico completa y en ocasiones prevalece sobre la racionalidad barroca. La enseñanza de Swedenborg sobre las «apariencias» celestiales da a su otro mundo una cualidad romántica particularmente visionaria. La apariencia externa de cada ángel expresa su ser interior; de esta manera, la bondad interior aparece como belleza resplandeciente (§ 459), y un carácter perverso se manifiesta como fealdad visible. Que el estado interior crea la apariencia externa es también cierto en cuanto a la vestimenta que llevan los ángeles en el reino espiritual: cuanto más elegante, brillante o festivo es el atuendo, mayor es la inteligencia que está presente en esa persona. «Los más inteligentes llevan vestidos que brillan como si estuvieran en llamas, otros irradian como si fueran luminosos. Los que no son tan inteligentes llevan vestidos de un blanco puro y suave que no brilla» (§ 178). La misma relación con el interior se produce en el entorno en el que viven los ángeles, pues «en los cielos, todo viene a la existencia desde el Señor como respuesta a la naturaleza más profunda de los ángeles» (§ 173). A los ángeles centrados en la inteligencia «se les muestran jardines y parques llenos de toda clase de árboles y flores»; en estos árboles «hay frutos según la cualidad del amor de la que esos ángeles inteligentes participan» (§ 176). Se puede comparar este mundo psicológico con el proyectado por una linterna mágica: la linterna y su repertorio de imágenes corresponden al alma angélica y sus estados, la luz que se proyecta corresponde al influjo divino, y las imágenes proyectadas al entorno de los ángeles. Todos los estados interiores no sólo se manifiestan en el mundo exterior, sino que realmente crean ese mundo. En palabras de Swedenborg: «Nunca se puede decir que el cielo está fuera de nadie. Está dentro, pues cada ángel recibe el cielo que está fuera de él en concordancia con el que está dentro» (§ 54).

En parte debido al influjo divino, en parte debido al propio humor de

[21] Véase *infra*, al final de esta introducción.

los ángeles, la naturaleza de éstos se encuentra en cambio constante, de manera que nunca son exactamente el mismo (§ 155). Y otro tanto sucede con su entorno. Las casas en que viven los ángeles «cambian ligeramente como respuesta a los cambios de estado de sus naturalezas más profundas» (§ 190). «Así como cambian los estados interiores de amor y sabiduría de los ángeles, así cambian también los estados de las diversas cosas que los rodean y son visibles a sus ojos; pues la apariencia de las cosas que rodean a los ángeles está en función de las cosas que están en su interior» (§ 156). En otras palabras: la realidad celestial, aunque obra del Señor, es constantemente modelada y remodelada por los ángeles. En consecuencia, los ángeles individuales se encuentran siempre en un entorno semejante a su estado mental, como si el entorno fuera una proyección o emanación de su estado. Se podría decir que en el cielo todos tienen el cielo en su interior, y por ello Swedenborg puede decir de cada individuo que es un cielo completo: «El cielo no está fuera de los ángeles, sino dentro de ellos. Sus niveles más profundos, los niveles de su mente, están ordenados en forma de cielo y por tanto dispuestos para aceptar todos los elementos del cielo que se encuentran en el exterior... En consecuencia, un ángel es también un cielo» (§ 53).

La noción visionaria romántica de un mundo ideal en el que todo emerge del ser interior de hombres y mujeres eternamente jóvenes y bellos (§ 414) inspiró a uno de sus biógrafos más reticentes llevándole a reconocer los logros del maestro. Escribe Martin Lamm: «Gracias a su capacidad única para dar un significado simbólico al mundo espiritual forjado a partir de ideas terrenales, [Swedenborg] pudo darle la misma cualidad fantástica, semejante a los sueños, que debe de haber tenido en sus propias visiones originales» (Lamm 1922, 367).

Además del modo visionario de experiencia y descripción, una característica más prefigura –y en definitiva impregna profundamente– la Edad Romántica: el tema del amor celestial entre hombres y mujeres. El canon clásico del pensamiento cristiano en esta materia no se tiene en cuenta, pues en el cielo, según la doctrina cristiana ordinaria, toda dicha deriva del disfrute del alma con Dios solo. En la teología barroca, el jesuita francés Pierre Nicole (1625-1695) resume esta enseñanza diciendo que en el cielo, los bienaventurados no tendrán ningún deseo fuera de Dios. La «capacidad de sus almas para amar, desear y disfrutar quedará tan agotada que les será imposible amar y desear algo aparte de Dios» (Nicole

[1715-1732] 1971, 375). Para Nicole, la comunión de los bienaventurados entre sí es tan poco importante que habla de la existencia celestial como *solitude eternelle avec Dieu seul*: «El ser humano ha sido creado para vivir en un soledad eterna con Dios solo» (Nicole [1715-1732] 1971, 506). Durante la época barroca, como se ha visto, la enseñanza clásica tal como la expresa Nicole fue modificada gradualmente, y se podía imaginar una idea de amor, incluso de amor erótico, entre los bienaventurados. Pero aunque el tema sale a la superficie en los escritos más tempranos, nunca alcanza tanto desarrollo como en la obra de Swedenborg.

A primera vista, lo que dice *Del Cielo y del Infierno* sobre los hombres y las mujeres suena muy convencional: «En cuanto a la naturaleza innata, los hombres actúan sobre la base de la razón *[ex ratione]*, mientras que las mujeres actúan sobre la base de sus sentimientos *[ex affectione]*. En cuanto a la forma, el hombre tiene un rostro más tosco y menos atractivo, una voz más profunda y un cuerpo más fuerte, mientras que la mujer tiene un rostro más suave y atractivo, una voz más dulce y un cuerpo más delicado» (§ 368). Un lectura más minuciosa revela que el pensamiento de Swedenborg es más matizado de lo que esta cita parece sugerir. Para él los sentimientos están relacionados con la voluntad, lo que, como se ha mostrado, se valora más que la facultad de pensar y razonar; así, *Del Cielo y del Infierno* está cerca de admitir la superioridad de las mujeres. Pero no es la celebración de la superioridad femenina lo que interesa a Swedenborg. Celebra la unión marital celestial como una fusión de los dos sexos, y la unión es tan completa que los dos ángeles aparecen más como uno que como dos seres diferentes (§ 367). Comparten plenamente razonamiento *(ratio)* y sentimiento *(affectio)*. «Los ángeles me han dicho –afirma el vidente– que cuanto más comprometidos están los dos esposos en este tipo de unión, más unidos están en el amor conyugal y, al mismo tiempo, en inteligencia, sabiduría y felicidad» (§ 370). Éste es el material del que está hecha la visión romántica del amor. Sin Swedenborg, Novalis (1772-1801) nunca habría descrito la felicidad celestial en los términos de «dulce conversación de deseos susurrados: esto es todo lo que escuchamos y miramos en los ojos benditos para siempre, y no saboreamos nada sino la boca y el beso» (Novalis 1978, 401)[22]. Swedenborg dio al romanticismo una de sus más atrevidas fantasías.

[22] Este poema fue escrito por Novalis en 1800, pero sólo se publicó después de su muerte.

III. Algunos lectores tempranos de *Del Cielo y del Infierno*

En nuestro intento de ofrecer elementos de interpretación, *Del Cielo y del Infierno* emerge como una obra en la que resuena una variedad de corrientes intelectuales y culturales. Swedenborg construyó su pensamiento sobre la visión arcaica del permanente conflicto entre el bien y el mal; adoptó las ideas neoplatónicas de la Deidad; recurrió a la valoración renacentista de la voluntad humana y de una vida en la que la riqueza puede ser legítimamente disfrutada; describió el cielo y el infierno a la manera detallada de los escritores espirituales del barroco, superándolos; y, finalmente, desarrolló ideas atrevidas sobre el amor conyugal en el cielo y trató de ser fiel a las experiencias visionarias de su propio espíritu romántico. De este modo, Emanuel Swedenborg creó una obra de una complejidad impresionante. A pesar del objetivo confesado de que sirviera como resumen e introducción a la voluminosa obra *Los arcanos celestiales* para las «gentes de fe y corazón simple» (§ 1), *Del Cielo y del Infierno* va dirigido a lectores cultos, inteligentes. Lo que sigue es un resumen de las reacciones de la primera generación de dichos lectores. Afortunadamente, algunas de estas personas confiaron sus pensamientos en diarios privados o los expresaron libremente en reseñas y anécdotas publicadas. Aunque las fuentes pertinentes son escasas, permiten no obstante una clasificación en cuatro tipos: el lector de la clase educada, el traductor, el teólogo y el fundador de una nueva iglesia.

a. Lectores de la clase educada en Suecia, Amsterdam y Londres

Dos suecos y un alemán, que conocieron personalmente a Swedenborg, se pueden incluir en la primera categoría, el lector culto de la clase acomodada. Al escribir sus notas privadas o memorias entre 1759 y 1770, el conde Gustaf Bonde, Carl Gustaf Tessin y Johann Christian Cuno nos han dejado las respuestas más tempranas de los lectores a la edición original latina de *Del Cielo y del Infierno*. A estos tres educados lectores puede añadirse un cuarto, el recensor anónimo del *Treatise concerning Heaven and Hell* [Del Cielo y del Infierno] en *The Gentleman's Magazine* de 1778.

Tras haber publicado *Del Cielo y del Infierno* así como otros cuatro libros en Londres en 1758, Swedenborg regresó a Suecia, llevando con él,

según parece, sólo unos pocos ejemplares de sus nuevas publicaciones (Tafel 1890, 397; Acton 1955, 529). Un ejemplar llegó a Suecia a través de canales desconocidos y fue vendido al conde Gustaf Bonde (1682-1764), entonces canciller de la Universidad de Uppsala y viejo conocido de Swedenborg. Bonde, o su librero, deben de haber sido los primeros en Suecia en adivinar o descubrir que Swedenborg era el autor de la obra impresa anónimamente.

En nota personal no publicada y de fecha incierta –1759 o 1760– el conde Bonde enumera algunas de las objeciones que planteó cuando la leyó[23]. La enseñanza de Swedenborg de que «lo que somos después de la muerte depende del tipo de vida que hayamos llevado en el mundo» (título de §§ 470-484) parecía contradecir «los principios de nuestra fe y la esperanza de la vida eterna para el pobre pecador». Los luteranos creen en la condición pecadora esencial de todo ser humano, de manera que, si Swedenborg tenía razón, todos ellos terminarían en el infierno. Según Bonde, Swedenborg no tomaba en consideración los méritos de Cristo y la misericordiosa intervención de Dios en favor del pecador. No es la vida que llevamos en la tierra, sostiene Bonde, sino la misericordia de Dios lo que determina la vida eterna; por consiguiente, existe esperanza de vida eterna incluso para el pobre pecador. Otras visiones swedenborgianas eran igualmente problemáticas: ¿Cómo podría la serpiente haber tentado a Adán y Eva si ángeles y demonios no hubieran existido antes que los seres humanos en el paraíso? El conde teme que si, en lugar de fundamentar la fe en la pura letra de la Escritura, se tiene que buscar un «sentido interno», entonces cualquiera pueda inventar una religión especial a su medida, descubriendo el significado que le plazca. Lo que sorprendía al conde Bonde era la crítica de Swedenborg a la doctrina luterana de la «salvación por la fe por medio de la misericordia divina» (véase §§ 521 y 522) y su redefinición de los ángeles, lo que equivalía al abandono de la creencia tradicional en los ángeles como especies separadas, no humanas, en la creación de Dios (§ 311). Curiosamente, Bonde no parece sorprendido por la pretensión del autor de estar en contacto con los ángeles. Las

[23] El breve documento se encuentra en los Archivos Estatales de Estocolmo; puede encontrarse una copia en la Academy Collection of Swedenborg Documents, vol. 6, n. 809 (Swedenborg Library, Bryn Athyn, Pennsylvania). La Academy Collection fecha el documento en 1760, mientras que Sigstedt (1981, 270) propone el 5 de enero de 1759.

creencias luteranas de Bonde eran tolerantes con las revelaciones angélicas, pero intolerantes con todo lo que contradijera su doctrina de la misericordia divina.

Otra anotación de los lectores primeros es la de Carl Gustaf Tessin (1695-1770), arquitecto y antiguo presidente de la Cámara de los Nobles de Suecia. Lo que sobrevive de su diario incluye varias notas sobre Swedenborg. La primera recoge la visita de Tessin a Swedenborg en Estocolmo:

Por pura curiosidad, para conocer a un hombre singular, fui a ver al asesor Swedenborg la tarde del 5 de marzo de 1760. Vive en la parte alta de Hornsgatan en una pequeña y elegante casa de madera en un amplio terreno con jardín que le pertenece. Encontré allí a un anciano de unos setenta y tres años de edad de aspecto muy parecido al del difunto obispo Swedberg, pero no tan alto. Tenía ojos tenues, boca grande y tez pálida, pero era alegre, amistoso y parlanchín. Me pareció que yo era bienvenido, y como no tenía interés en hacer muchos prolegómenos, empecé enseguida a hablar de la obra *Del Cielo y del Infierno* (Tessin, citado en Sigstedt 1981, 273; véase Tafel 1890, 398-399).

Aparentemente, Tessin había oído hablar de este libro, pero no había visto ningún ejemplar. Swedenborg tuvo que decirle que en aquel momento no había ningún ejemplar en Suecia:

Él [Swedenborg] dijo que aparte de su propio ejemplar tenía solamente otros dos, que había pensado entregar a dos obispos en el próximo Riksdag [reunión del parlamento]; pero como había oído que había entrado una copia en el país sin su conocimiento, y había sido vendida a Su Excelencia el conde Bonde, había reconsiderado el asunto y había dado una de sus copias al senador conde Höpken y la otra al concejal Oelreich, censor de libros. Esperaba que le llegaran cincuenta ejemplares más de Inglaterra la primavera siguiente y entonces me enviaría una (Tessin, citado en Sigstedt 1981, 273; véase Tafel 1890, 399).

Estos cincuenta ejemplares debieron de llegar enseguida, pues en julio Tessin ya tenía su ejemplar de *Del Cielo y del Infierno*. El día 4 de julio de 1760 comenta sobre el libro en su diario:

Herr Swedenborg es probablemente, entre todos los visionarios, el que ha escrito de manera más explícita. Discute, cita fuentes, aduce argumentos y cau-

sas, etc. Todo el edificio tiene coherencia y con toda su rareza está construido siguiendo un estudiado pensamiento. El libro tiene, además, tantos giros nuevos e inesperados que se puede leer de principio a fin sin aburrirse. Lo que dice en [§] 191... respecto al espacio en el cielo es un sueño bien razonado. A lo largo de todo el libro se reconoce al hijo del obispo Swedberg, que sueña con una profundidad mucho mayor que el padre... Todo esto puede leerse con la misma fe que uno concede al Alkorán de Mahoma (Tessin, citado en Sigstedt 1981, 274-275)[24].

Tessin leyó *Del Cielo y del Infierno* con mucho interés, reconoció su coherencia, valoró su novedad e incluso su profundidad, pero finalmente decidió colocarlo con el Qur'an, libro revelado de otro pueblo, libro no aceptado ni aceptable como fuente normativa *de nuestra* religión. La referencia al Qur'an llegaría a ser algo normal en la polémica antiswedenborgiana; aparecerá también *infra* en la discusión de las reacciones de Johann Christian Cuno y John Wesley, pero la nota de 1760 de Tessin parece ser el primer testimonio[25].

Johann Christian Cuno (1708-1796) –tercer y último lector de los que mencionaremos en este apartado– era un culto comerciante y escritor alemán que vivía en Amsterdam. A mediados del siglo XIX, el bibliotecario de la Biblioteca Real en Bruselas fue alertado de la existencia de un manuscrito autógrafo alemán de cuatro mil páginas: la autobiografía de Cuno. August Scheler, el bibliotecario, leyó el manuscrito y decidió publicar el capítulo que trataba de Swedenborg (Cuno 1947 es una traducción inglesa).

Cuno conoció a Swedenborg en una librería de Amsterdam el 4 de noviembre de 1768, y los dos hombres simpatizaron mutuamente. En

[24] La transcripción de Tessin 1760 indica que los tres pasajes aquí citados fueron escritos el 5 de marzo de 1760. Sin embargo, Sigstedt cita la fecha de esta particular entrada del diario como 4 de julio de 1760; y debería señalarse que Sigstedt copió todas esas entradas de los diarios originales de Tessin en la biblioteca de su familia en el castillo de Åkerö, en Södermanland, en 1915. Véase Sigstedt 1981, notas 443 y 447.

[25] En la comparación con el Qur'an está implícita la idea común de un Paraíso celestial que sería demasiado sensual. Los escritores del siglo XVIII se refieren con frecuencia al Qur'an o a los «mahometanos» cuando rechazan ideas sensuales sobre el cielo; por ejemplo, véase *The Gentleman's Magazine* 1739, 9: 5b, citado en Apéndice I.

aquella época Swedenborg vivía en Amsterdam, donde estaba supervisando la impresión de algunos de sus libros, y fue en esta ciudad donde Cuno se convirtió en uno de sus amigos y de sus más ávidos lectores. Entre 1768 y 1770, vio a Swedenborg con frecuencia, y a menudo tuvo ocasión de preguntarle sobre sus visiones religiosas y sus publicaciones. Cuno poseía algunos libros de Swedenborg; otros –incluido *Del Cielo y del Infierno*– los pidió prestados al autor (Cuno 1947, 17). Leyó *Del Cielo y del Infierno* en 1769, «once años» después de su publicación (Cuno 1947, 52), tomó muchas notas, apuntó comentarios e incluyó todo ello en su autobiografía. Hombre devoto, practicante regular y autor de libros religiosos, Cuno estaba totalmente familiarizado con la teología y se dio cuenta inmediatamente de que *Del Cielo y del Infierno* se apartaba de la enseñanza bíblica tal como habitualmente se entendía (Cuno 1947, 43-68). Observó que en la teología de Swedenborg todos los ángeles y espíritus del mal han sido primero humanos en la tierra; hay matrimonios en el cielo; la resurrección significa en realidad la entrada en el mundo de los espíritus. Tuvo la sospecha de que el autor caía en la trampa del maniqueísmo, herejía que plantea la coexistencia eterna de dos principios contrapuestos, uno bueno y otro malo, uno realizado en el cielo, el otro en el infierno. Para Cuno las pretensiones visionarias de Swedenborg eran la característica más irritante de la teología de su amigo. ¿Era posible que un caballero del siglo XVIII fuera superior a san Pablo, que había sido incapaz de hablar de sus visiones celestiales? Swedenborg había escrito sobre los entusiastas que, con la mente centrada exclusivamente en asuntos religiosos, ahondaban en el mundo de los espíritus y eran engañados por espíritus mentirosos (§ 249). ¿Era posible que Swedenborg, a pesar de sus pretensiones de lo contrario, fuera uno más de tales entusiastas (Cuno 1947, 114)?

Con todo, Cuno admite que encuentra «aquí y allá... un grano de oro» (Cuno 1947, 97), y disfrutó de lo que Swedenborg escribía sobre la admisión de paganos sabios y virtuosos como Cicerón en el cielo (Cuno 1947, 52). Sin embargo, aun así, permanecían las dudas:

> Yo mismo [Cuno] no puedo en absoluto sostener la corrección de los escritos de Swedenborg. Pero si, hace once años, cuando esta obra de la que estoy hablando, a saber, *Del Cielo y del Infierno*, se publicó, un teólogo con fundamentos firmes hubiera dejado bien sentado lo que es bueno y hubiera refutado

sensatamente lo que es erróneo y contradictorio, entonces el autor, si no se lo impedían sus imaginaciones, se habría visto obligado a ser más cuidadoso en el futuro y a no inundar el mundo con sus múltiples escritos (Cuno 1947, 52).

Si las afirmaciones de Bonde, Tessin y Cuno fueran representativas de los primeros lectores de *Del Cielo y del Infierno*, entonces tendríamos que decir que la respuesta fue muy crítica y sólo marginalmente elogiosa. Sin embargo, hubo otros lectores, y algunos de ellos respondieron de modo favorable, si no con entusiasmo. Cuando, en 1778, la primera traducción inglesa de *Del Cielo y del Infierno* estuvo disponible, una publicación mensual entonces de moda, *The Gentleman's Magazine*, de Londres, la honró con una reseña de algo más de dos columnas en letra pequeña. El anónimo crítico ofreció amplios extractos del prólogo del traductor para introducir a Swedenborg («Swedenberg» en la reseña), el científico y el visionario[26]. Un seductor y breve comentario sobre *A Treatise concerning Heaven and Hell* constituye la conclusión:

> Únicamente observaremos, en general, que sea cual sea el juicio que el público pueda formular de la parte visionaria de la obra, la parte doctrinal es irreprochable; y como la primera encuentra una defensa muy inteligente por parte del escritor del prólogo, la última no necesita ninguna justificación (*Gentleman's Magazine* 1778, 326b).

Ningún lector contemporáneo habrá dejado de advertir el tono amable de la crítica, y por eso se puede concluir que en 1778, cuando apareció el primer comunicado público sobre el libro de Swedenborg, los lectores ilustrados de Inglaterra tomaron la obra con seriedad. Lamentablemente, no se puede encontrar ninguna información sobre el crítico en los ficheros que quedan del editor (Kuist 1982). En cambio, el nombre del «muy inteligente defensor» que escribió el prólogo de *A Treatise concerning Heaven and Hell* ha sido establecido: Thomas Hartley. Pertenece a aquellos lectores primeros de *Del Cielo y del Infierno* cuyo entusiasmo les impulsó a ofrecer versiones vernáculas del libro latino.

[26] El número de abril de 1772 de *The Gentleman's Magazine* (42: 198b) incluía la siguiente nota necrológica: «Hon. y docto Emanuel Swedenburgh *[sic]*, célebre por sus obras matemáticas y visionarias».

b. Primeros traductores

El libro de Swedenborg tuvo la suerte de captar la atención no sólo de personas de la clase culta con un interés pasajero en el tema, sino también de personas devotas que trataron de promoverlo en traducciones vernáculas. Pronto *Del Cielo y del Infierno* se convirtió en *Vom Himmel und von den wunderbaren Dingen desselben* (1775, alemán), *A Treatise concerning Heaven and Hell* (1778, inglés) y *Les Merveilles du Ciel et de l'Enfer* (1782, francés).

El primero en traducir *Del Cielo y del Infierno* fue un alemán. Aunque *Vom Himmel und von den wunderbaren Dingen desselben* no mencione el nombre del traductor, un diccionario biográfico contemporáneo alemán la atribuye a Johann Christoph Lenz (1748-1791), que está identificado como secretario y maestro contable de la Universidad de Leipzig (Hamberger and Meusel 1797). Lenz debió de tener una considerable colección de libros que clasificaba como «obras alquímicas y teosóficas» (Breymeyer 1984, 227). Muy probablemente, encontró los libros de Swedenborg más interesantes que otros y por lo tanto eligió dos de ellos para traducir: *La comunicación entre el alma y el cuerpo*, que apareció como *Von der Vereinigung der Seele und des Leibes* (1772) y *Del Cielo y del Infierno*, aparecido como *Vom Himmel...* (1775).

Hartley y Cookworthy, los dos traductores ingleses, habían conocido y admirado personalmente a Swedenborg, y su obra provocó un impacto enorme en muchos lectores. Thomas Hartley (1709-1784) era un clérigo anglicano. Como párroco ausente de Winwick, Northhamptonshire, solicitó un coadjutor para que hiciera el trabajo parroquial ordinario. Liberado de ese deber, Hartley llevó una vida de intelectual y escritor interesado en el misticismo. Conocía a Selina, condesa de Huntingdon (1707-1791), la famosa patrocinadora de la espiritualidad inglesa barroca, así como a William Law (1686-1761) y a George Whitefield (1714-1770) (Beilby 1931). William Cookworthy (1705-1780), que era por lo demás un activo químico, fabricante de porcelana y empresario, encontró tiempo para servir a la comunidad cuáquera de Plymouth como presbítero (Selleck 1978). Durante la década de 1760, los dos se interesaron por la obra de Swedenborg. Finalmente se conocieron, se hicieron amigos y visitaron al maestro en Londres. Su historia refleja la devoción por la obra de Swedenborg. Tras la muerte de este último, los dos colaboraron en la traducción de *Del Cielo y del Infierno*. Aunque el reverendo Hartley era en-

tonces un frágil anciano de más de setenta años, rehizo el proyecto de Cookworthy. Hacia 1778 Cookworthy lo publica a sus expensas, pagando cien libras esterlinas al impresor (Tafel 1890, 539).

Hartley escribió una larga introducción a *A Treatise concerning Heaven and Hell* en la que defendía la pretensión de Swedenborg de tener conocimiento del mundo espiritual por experiencia personal[27]. Sabía que la época no era favorable a esas pretensiones, pues «la creencia en todas las dispensaciones extraordinarias o sobrenaturales está entre nosotros en su punto más bajo» (Hartley 1778, VI). Los contemporáneos de Hartley querían –y en un caso conocido por él, realmente lo consiguieron– que se atribuyera a las personas que conversaban con los ángeles «un estatuto de locura» y que se las enviara al manicomio (Hartley 1778, XVIII). Esta actitud descansa no solamente en «una indebida exaltación de las facultades y poderes racionales naturales del hombre, como prueba suficiente de la Verdad revelada», sino también en la creencia de que los milagros dejaron de existir en tiempos de la iglesia primitiva (Hartley 1778, VI). Sin embargo, esto no puede ser cierto, pues no parece racional despachar los numerosos informes de visiones conocidos en todos los períodos de la historia de la Iglesia como invenciones y falsificaciones (Hartley 1778, XIII). De esta manera, Hartley pensaba que podía apelar a la creencia popular como si la realidad de los contactos ultramundanos fuera cosa de dominio público:

> Y quién dirá que el ojo natural del hombre es incapaz... de discernir los vehículos sutiles de ciertos espíritus, sean éstos de aire o de éter; cierto es que o por condensación o de alguna otra manera pueden hacerse visibles, y conversar con nosotros, como un hombre con otro, y, en efecto, innumerables son los ejemplos de ello, como también de sus descubrimientos, advertencias, predicciones, etc., de modo que puedo aventurarme a afirmar, apelando a una verdad de todos conocida, que hay pocas familias antiguas en cualquier condado de la

[27] La introducción a *A Treatise concerning Heaven and Hell* es anónima, pero, en general, los investigadores admiten la autoría de Hartley. *The Gentleman's Magazine* 1791, 61: 619b-620a publicó una carta de «Candidus». Candidus recomendaba a un corresponsal que preguntaba por la verdadera personalidad de Swedenborg que leyera el prefacio de *A Treatise concerning Heaven and Hell*, afirmando que había sido «escrito por el Rev. T. Hartley, clérigo respetable y piadoso de la Iglesia de Inglaterra» (620a).

Gran Bretaña que no estén en posesión de documentos o tradiciones de estos hechos en sus propias familias, aunque el saduceísmo que prevalece en nuestros días pueda haber hundido su crédito, del mismo modo que ha cortado en gran medida las comunicaciones de este tipo (Hartley 1778, XXII-XXIII).

Para muchos contemporáneos de Hartley, éste era un argumento frágil. En Gran Bretaña, el caso «Cock Lane» de 1762 había dejado su marca en la memoria de la gente (Uglow 1997, 625-655). En enero de 1762, Fanny Lynes, que había muerto hacía poco de viruela, se apareció supuestamente en la casa de Richard Parsons en Cock Lane, Londres. A través de unos golpes peculiares en el cuarto de la hija de Parsons, que tenía once años, ésta pensó que se le estaba indicando que había sido asesinada. Todo Londres discutió el caso, y el comité de investigación incluyó a celebridades como el doctor Samuel Johnson. Pronto el «fantasma de Cook Lane» se reveló como una mixtificación. Aunque el fraude todavía se recordaba en 1778, la creencia en los fantasmas estaba demasiado firmemente establecida en la tradición popular británica como para ser erradicada por esa denuncia. El crítico anónimo de *A Treatise concerning Heaven and Hell* cita la apelación de Hartley a las visiones británicas de fantasmas sin señalar ninguna reserva en contra (*Gentleman's Magazine* 1778, 326a).

Hartley finaliza su largo prefacio con la explicación de dos de las enseñanzas de Swedenborg: la doctrina de las «correspondencias» y la doctrina del estado intermedio en el que el difunto se encuentra entre la muerte y su destino en el cielo o en el infierno. A modo de conclusión, aquí están las recomendaciones de Hartley sobre la lectura de *A Treatise concerning Heaven and Hell.* Se puede considerar a Swedenborg como «el vidente iluminado y el mensajero extraordinario de importantes noticias del otro mundo»; o, si no, se le podría considerar como un «intérprete cristiano sabio y divino de las Escrituras». Si tampoco esto se aceptase, se le podría «leer como un sensato moralista y un agudo metafísico; o también como profundo filósofo; o si no se quieren admitir estas características, se le podría leer al menos como el ingenioso autor de una novela magnífica» (Hartley 1778, XXXVIII).

La traducción de Cookworthy y Hartley de *Del Cielo y del Infierno* causó un gran impacto al menos en algunos de sus contemporáneos, tanto positiva como negativamente. Hubo dos importantes lectores de su

traducción. Robert Hindmarsh y John Wesley leyeron *A Treatise concerning Heaven and Hell* en 1782, y, como veremos, llegaron a conclusiones muy diferentes. Pero antes de discutir sus opiniones debemos mencionar a otro traductor temprano: el abad Pernety.

La vida de Antoine Joseph Pernety (1716-1801), traductor al francés de *Del Cielo y del Infierno*, está marcada por la inquietud de un hombre que pasó de un monasterio benedictino a la corte de un príncipe; al mismo tiempo, el católico devoto se convirtió en un escritor de temas esotéricos (Williams-Hogan 1998, 235-239). El mismo año en que Swedenborg había editado *Del Cielo y del Infierno*, Pernety publicaba sus *Fables égyptiennes et grecques dévoilées et réduites au même principe* [Fábulas egipcias y griegas reveladas y reducidas a un mismo principio, París 1758]. Pernety llegó a Prusia durante el reinado de Federico el Grande y sirvió en el puesto de bibliotecario entre 1767 y 1783. Fue como bibliotecario como conoció la obra de Swedenborg; en 1779 leyó *Amor conyugal*. En su correspondencia con Carl Fredick Nordenskjöld, sueco, refiere cómo llegó a convencerse del valor y la verdad espiritual de la obra de Swedenborg. Pernety había reunido a su alrededor a un grupo de personas interesadas en las artes esotéricas con las que practicaba una especie de oráculo. Su cosmovisión neoplatónica no le permitía comunicar directamente con el Uno, la Deidad Suprema; pero se podía contactar con una de las emanaciones del Uno, llamada «la Sainte Parole» (la Santa Palabra) por medio de un procedimiento oracular. La respuesta que dio la Santa Palabra a su pregunta sobre Swedenborg era enteramente favorable: Swedenborg había hablado con verdad («il a dit vrai»)[28]. En consecuencia, Pernety realizó una versión francesa bastante libre de *Del Cielo y del Infierno*, y los dos volúmenes de *Les Merveilles du Ciel et de l'Enfer* se imprimieron en Berlín en 1782.

La traducción de Pernety incluye un largo prólogo titulado «Observations ou notes sur Swédenborg» [Observaciones o notas sobre Swedenborg] en el que Pernety comenta la vida y obra de Swedenborg. Algunas de las anécdotas sobre el autor de *Del Cielo y del Infierno* llegaron a Pernety a través de sus corresponsales suecos, los hermanos Nordenskjöld, Carl Fredrick y August. Una de las anécdotas relata la pre-

[28] Pernety aparece citado en Williams-Hogan 1998, 236. Para una transcripción de la carta original del 20 de octubre de 1781, en la que aparece la cita, véase Pernety 1781. Para más información sobre Pernety, véase Tafel 1875, 637.

gunta que se hizo a Swedenborg sobre si sus visiones eran compatibles con las del místico alemán Jacob Boehme (1575-1624). «Boehme era un hombre bueno, respondió Swedenborg; es una pena que en sus escritos se deslizaran algunos errores, especialmente con respecto a la Trinidad». Igualmente, se le preguntó a Swedenborg si existía alguna verdad en la filosofía hermética: «Sí, contestó, pienso que es verdadera, y una de las mayores maravillas de Dios; pero no aconsejo a nadie que trabaje en ese tema» (Pernety 1782, 78; Tafel 1875, 62). Aunque no hay forma de autentificar estas anécdotas, reflejan el interés de August Nordenskjöld y Pernety por las tradiciones esotéricas[29].

En obediencia a «la Sainte Parole», Pernety dejó finalmente Berlín y viajó al sur para establecer el reino de la nueva Jerusalén. El núcleo de ese reino debía ser una sociedad esotérica que fundó en la ciudad de Aviñón, en Provenza.

Se sabe poco sobre la acogida que pudo tener *Les Merveilles du Ciel et de l'Enfer*, pero hay una anécdota digna de ser contada. El escritor francés Honorato de Balzac (1799-1850) conocía el libro, y cuando en 1832 escribió su novela *Louis Lambert* –la historia de un joven genio– colocó la traducción de Pernety en las manos de su protagonista. A los catorce años, Louis, hijo de un curtidor, fue encontrado por Madame De Staël cuando leía «une traduction du *Ciel et de l'Enfer*», una traducción de *Del Cielo y del Infierno* (Balzac [1832] 1980, 595). Es el año 1811, y Balzac añade que en esa época sólo un puñado de intelectuales franceses había oído hablar de Swedenborg. En la novela, Madame de Staël se apiada del chico y corre con los gastos de sus estudios en un convento cercano. Balzac nos ofrece toda la lista de las lecturas de su genio: cuando De Staël le descubrió, ya había complementado sus estudios bíblicos mediante la lectura de los grandes místicos: Santa Teresa de Jesús, Madame Guyon y *Les Merveilles du Ciel et de l'Enfer* (Balzac [1831] 1980, 594). Así es como piensa Balzac que debería comenzar una vida mística. Y, en realidad, algunos de los pensamientos filosóficos con los que Balzac termina su novela revelan la influencia de Swedenborg (Wilkinson 1996, 156-171).

[29] Tal vez Swedenborg repita a Agustín, que en la *Ciudad de Dios* (8, 23) sugiere que Hermes «hace muchas afirmaciones conformes a la verdad respecto del único Dios verdadero, creador del mundo».

c. Un lector teológico: John Wesley

Impresionantes visiones sobrenaturales de Dios y de los ángeles, comunión con los espíritus, percepciones de la presencia y la ayuda angélica: todo esto estaba presente en el entorno de John Wesley (Ayling 1979, 300-303). A Wesley (1703-1791) le gustaban los ángeles y creía que éstos enviaban mensajes a nuestra conciencia, a veces mientras dormimos, pero a veces también cuando estamos despiertos (Wesley [1782] 1856, 77). El fundador del movimiento metodista creía ávidamente en signos y prodigios. No es pues sorprendente que Wesley, cuando oyó hablar de Swedenborg, quedara intrigado por su experiencia del otro mundo. Aunque tanto Wesley como Swedenborg vivían en Inglaterra, habían oído hablar cada uno del otro y se interesaban mutuamente en sus obras respectivas, nunca se conocieron. Poco antes de su muerte, en 1772, Swedenborg le había enviado un ejemplar de su última obra teológica, *La verdadera religión cristiana* (Wesley [1782] 1856, 403).

La experiencia de la lectura de la obra de Swedenborg puede seguirse en su diario privado a partir del 28 de febrero de 1770, donde cuenta que se sentó «a leer y a considerar seriamente alguno de los escritos del barón Swedenborg» (Wesley s. f., 5: 354). Aunque Wesley no consigna de qué obras se trataba, pudiera ser perfectamente que *Del Cielo y del Infierno* estuviera entre ellas. En la anotación de su diario del 8 de diciembre de 1771 vuelve sobre el tema: «Leí algo más de ese extraño libro, *Theologia Coelestis* del barón Swedenborg» (Wesley s. f., 5: 440). El título latino que da (que significa *La teología del cielo*) parece ser una versión algo inexacta del título latino de *Del Cielo y del Infierno*, aunque también podría referirse a *Los arcanos celestiales*. Luego Wesley parece haber abandonado la lectura durante muchos años. La reanudó sólo después de haber recibido algunas versiones inglesas de los libros de Swedenborg. Su colección incluía ahora *A Treatise concerning Heaven and Hell*, la traducción inglesa de *Del Cielo y del Infierno* publicada en 1778. La anotación del 22 de abril de 1779 de su diario es más larga y detallada que las anteriores, y se refiere a *A Treatise concerning Heaven and Hell* como «Baron Swedenborg's *Account of Heaven and Hell*» (Wesley s. f., 6: 230); en su diario, Wesley no se preocupaba en absoluto de anotar los títulos exactos de los libros que leía.

Entre 1770 y comienzos de 1779, Wesley encontró siempre algo positivo en las obras de Swedenborg, aunque tenía sus dudas y le aplicaba lo que Milton escribiera de Satanás: «Su mente no ha perdido aún todo su

brillo original, sino que aparece majestuosa, aunque en ruinas» (Wesley s. f., 5: 440)[30]. A pesar de esta cautela, sus comentarios globales pudieron ser muy positivos. En carta dirigida a su amiga Miss Elizabeth Ritchie se encuentran las siguientes palabras: «Tengo pruebas abundantes de que la fiebre que el barón Swedenborg[31] padeció treinta años antes de morir afectó mucho a su entendimiento. Sin embargo, su opúsculo es "majestuoso, aunque en ruinas". Tiene pensamientos vigorosos y hermosos, y puede ser leído con provecho por un lector serio y precavido» (Wesley [1782] 1856, 58). Wesley no especifica a qué «opúsculo» se refiere, pero la referencia podría ser el recientemente publicado *A Treatise concerning Heaven and Hell*. Aunque la carta de Wesley fechada el 12 de febrero de 1779 recomienda con cautela a Swedenborg, la anotación de su diario del 22 de abril de 1779 está cercana a una condena total: «De esta obra en particular *[A Treatise concerning Heaven and Hell]* debo observar que la doctrina en él contenida no sólo no está nada probada, resultando muy precaria de principio a fin, en tanto que se basa íntegramente en la afirmación de un simple trastornado mental, sino que, en muchos casos, es contraria a la Escritura, a la razón y a ella misma» (Wesley s. f., 6: 231).

No fue antes de principios de 1782 cuando John Wesley se tomó tiempo para pensar en todos los libros de Swedenborg que había acumulado en su estudio: volumen I de *The True Christian Religion [La verdadera religión cristiana]* (cuya primera edición fue publicada en Inglaterra en 1781), *A Treatise concerning Heaven and Hell* (edición inglesa de 1778), y *Marriage Love [Amor conyugal]* (en la edición latina de 1768). Se refiere al título latino de esta última, *Delitiae Sapientiae de Amore Conjugiali* [Delicia de la sabiduría del amor conyugal] como *De Nuptiis Coelestibus* [Sobre los matrimonios del cielo] con su característico descuido por la referencia exacta. Sus «Thoughts on the Writings of Baron Swedenborg» [Pensamientos sobre los escritos del barón Swedenborg], terminados el 9 de mayo de 1782 y publicados en 1783 en el *Arminian Magazine*, repre-

[30] Véase *El paraíso perdido* 2, 305.

[31] Wesley se refiere en repetidas ocasiones a esta «fiebre» (Wesley s. f., 5, 440; Wesley s. f., 6, 230; Wesley [1782] 1856, 402). Al parecer en respuesta a Wesley, Hartley (1778, XXXII) descarta el incidente de la «fiebre» como si constituyera alguna prueba de la locura de Swedenborg. Investigadores recientes consideran la fuente de Wesley apócrifa y dudosa; véase Rogal 1988, 297-298.

sentan su única declaración pública sobre el tema. Aquí Wesley examina la vida de Swedenborg, ofrece una selección de extractos de sus libros y termina con un detallado análisis de nueve páginas de *A Treatise concerning Heaven and Hell.* Comparado con las anotaciones de su diario, el tono no ha cambiado. Una vez más, Swedenborg es acusado de locura y su teología considerada inaceptable. A partir del análisis de Wesley se puede extraer la siguiente relación de los errores más importantes que observa en Swedenborg:

1. Swedenborg no cree en la divina Trinidad, sino sólo en un Dios.

2. Rechaza la creencia común de que Dios creó a los ángeles como tales. «Esta postura, que recorre todas sus obras, de que todos los ángeles y diablos fueron antaño hombres, sin la que toda su hipótesis se derrumba, es palpablemente opuesta a la Escritura» (Wesley [1782] 1856, 416).

3. Cree en una especie de purgación de algunas almas después de la muerte, por eso llega a afirmar las creencias católicas: «¡Qué pequeña es la diferencia entre el purgatorio místico y el papista!» (Wesley [1782] 1856, 415).

4. Cree en los matrimonios en el cielo. Wesley pregunta: «¿Cómo concuerda esto con las palabras de nuestro Señor, "En la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo"?» (Wesley [1782] 1856, 416, citando Mateo 22, 30).

5. Describe cavernas en las rocas, minas subterráneas, casas en ruinas y toscas chozas en el infierno. «¿Pero cómo concuerda esto con lo que leemos en la Escritura referente al fuego del infierno?» (Wesley [1782] 1856, 418). Según Apocalipsis 20, 15, «Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Wesley [1782] 1856, 422).

6. Describe, especialmente en *La verdadera religión cristiana*, una vida relativamente decente en el infierno: una vida en la que la gente trabaja, descansa e incluso se mantienen relaciones con el sexo opuesto[32]. Aquí se refiere a Swedenborg como «un soñador obsceno..., que se cuida de proporcionar prostitutas, en vez de fuego y azufre, a los diablos y los espíritus condenados en el

[32] En el infierno, cada hombre «es informado también de que cada uno está en libertad de caminar, conversar y después dormir, cuando ha hecho su trabajo; es entonces llevado a una parte interior de la caverna, donde hay prostitutas, y se le permite tomar una y llamarla su esposa, pero está prohibido so pena de castigo relacionarse con más de una» (*La verdadera religión cristiana*, § 281).

infierno» (Wesley [1782] 1856, 422). «Así, ¡el Corán cristiano excede incluso al mahometano! Mahoma permitía que estuvieran en el paraíso, pero nunca pensó en colocarlas en el infierno» (Wesley [1782] 1856, 421). «¡Oh, cuánto más cómoda es la posición de estos espíritus en el infierno que la de los esclavos de las galeras en Marsella o la de los indios en las minas de Potosí!» (Wesley [1782] 1856, 420). Wesley considera la descripción del infierno de Swedenborg como «la parte más peligrosa de sus escritos», pues «tiende a familiarizar con ella a los impíos, a quitarle todo su terror y hacer que se lo considere no como un lugar de tormento, sino como una situación muy tolerable» (Wesley [1782] 1856, 417).

Aparte de lo que ve como errores flagrantes, a Wesley le desagrada el estilo de *A Treatise concerning Heaven and Hell*, pues carece de dignidad. De la descripción del cielo de Swedenborg, Wesley escribe:

> Sería tedioso indicar las particulares rarezas y absurdos... Puede bastar con señalar en general que no contiene nada sublime, nada acorde con la dignidad del tema. La mayoría de las imágenes son bajas, mediocres y terrenales, no elevan, sino que hunden la mente del lector; representar a los ángeles de Dios de esa manera, podría movernos no a adorarlos sino a despreciarlos. Y hay una grosería y una ordinariez en toda la descripción del mundo invisible, que temo que tenderá claramente a confirmar a los infieles racionales en una total increencia (Wesley [1782] 1856, 417).

En otro lugar, exclama: «¡Qué insignificante es este texto! Tan pueril, tan por debajo del tema, que alguien que no conociera el carácter del escritor [esto es, de Swedenborg] podría imaginar de forma natural que pretendía ser una parodia» (Wesley [1782] 1856, 419).

John Wesley, a una edad en la que tendía a mirar hacia atrás, a sus propias realizaciones, se sentía incapaz de aceptar ninguna de las visiones de Swedenborg. La propia teología de Wesley del cielo y el infierno era muy convencional. Hacía tiempo, había incluido un resumen de *Saints' Everlasting Rest*, de Richard Baxter, en el conjunto de cincuenta volúmenes titulado *Biblioteca Cristiana* (1749-1755). En el cielo de Baxter, los santos descansaban y alababan a Dios más que empeñarse en ocupaciones más terrenales como las descritas por Swedenborg. Aparentemente, el único resultado de la renovada consideración de Wesley de la obra de Swedenborg fue que retomó el tema de los ángeles y el infierno en va-

rios sermones, en los que repetía visiones completamente convencionales[33]. En los círculos metodistas, Swedenborg sería considerado *persona non grata*. «Oh, hermano –decía Wesley dirigiéndose a los lectores metodistas del *Arminian Magazine*– ¡que ninguno de vosotros recomiende a ese escritor nunca más!» (Wesley [1782] 1856, 422).

d. El fundador de una nueva iglesia: Robert Hindmarsh

A Wesley, ya anciano, no se le podía convencer fácilmente ni se le podían arrancar sus viejas y tradicionales ideas teológicas. Robert Hindmarsh ofrece una historia completamente diferente, incluso, en muchos aspectos, opuesta. A la impresionable edad de veintidós años, Robert Hindmarsh (1759-1835), impresor, trabó relación con George Keen, cuáquero interesado por Swedenborg. Keen prestó dos libros de Swedenborg a Hindmarsh el 2 de enero de 1782, día que éste recordaba bien: fue el mismo en que conoció a su futura esposa, Sarah Paramor (1761?-1833). Las dos obras eran *A Treatise concerning Heaven and Hell* y *On the Commerce between the Soul and the Body [La comunicación entre el alma y el cuerpo]* (ambos traducidos por Hartley). Hindmarsh leyó inmediatamente los dos volúmenes y al punto se convenció de su «origen celestial» (Hindmarsh 1861, 11); pronto fue un seguidor convencido de Swedenborg. En 1784 había fundado una asociación «con el propósito de promover las doctrinas celestiales de la nueva Jerusalén mediante la traducción, edición y divulgación de los escritos teológicos del honorable Emanuel Swedenborg» (Hindmarsh 1861, 23). Con sede en Londres, esta «Sociedad Teosófica» pronto se vanaglorió de tener cerca de un centenar de miembros (todos varones), de los cuales uno, John Flaxman (1755-1826), habría de convertirse en un famoso escultor (Hindmarsh 1861, 23). En 1784, Hindmarsh había publicado también la segunda edición de *A Treatise concerning Heaven and Hell.*

Aunque la Sociedad Teosófica se disolvería en menos de una década, Hindmarsh no abandonó la idea de organizar un grupo de personas interesadas en la obra de Swedenborg. Con Robert Hindmarsh a la cabeza, una facción escindida de la Sociedad Teosófica se estableció como

[33] Tres sermones fechados entre 1782-1783 se titulan «De los ángeles buenos», «De los ángeles malos» y «Del infierno» (Wesley 1986, 3-44).

iglesia y pidió al padre de Robert Hindmarsh, el ministro metodista James Hindmarsh (1731?-1812), que oficiara su primer servicio de culto el 27 de enero de 1788. La swedenborgiana «Iglesia de la nueva Jerusalén» se remonta a este acontecimiento. Sin el entusiasmo de Robert Hindmarsh por *A Treatise concerning Heaven and Hell*, esto nunca habría tenido lugar.

Los primeros lectores de *A Treatise concerning Heaven and Hell* prefiguraron e incluso dieron forma al camino para que generaciones posteriores respondieran al libro. Hoy es evidente que en 1782 los primeros lectores habían formulado ya las tres principales respuestas de los siglos XIX y XX. Muchos seguirían las fuertes críticas de John Wesley y despacharían *A Treatise concerning Heaven and Hell* como pura fantasía, engaño, herejía o, peor, como inspirado por «los espíritus de la oscuridad» (Wesley [1782] 1856, 422). En ocasiones, Wesley llegó casi a ridiculizar las visiones de Swedenborg, pero para él y su audiencia el tema era demasiado serio como para someterlo a un comentario satírico. Esto cambió en el siglo XX, cuando Mark Twain (1835-1910) publicó «Captain Stormfield's Visit to Heaven» ([1907] 1995). Un segundo grupo consideraría *A Treatise concerning Heaven and Hell* como lo hiciera su traductor francés, Antoine Joseph Pernety: como una introducción a una visión del mundo nueva y esotérica que permitía la recepción de la inspiración de los espíritus o ángeles. Un impresionante número de poetas y artistas románticos apreciaron el libro de Swedenborg o estuvieron de una forma u otra influidos por él; entre éstos, William Blake (1757-1827) y Samuel Taylor Coleridge en Inglaterra, Friedrich Wilhelm Schelling (1775-1854) en Alemania, y Honorato de Balzac en Francia[34]. Un tercer grupo, representado por

[34] Las fuentes secundarias sobre la influencia de Swedenborg sobre el romanticismo incluyen: Peebles 1933 (Goethe), Benz 1941 (Schelling), Schuchard 1949 (Goethe), Roos 1952 (Novalis y otros), Heinrichs 1979 (Schelling, Goethe), Gaier 1984 y 1988 (Goethe), Paley 1985 (Blake), Bellin y Ruhl 1985 (Blake), Sjödén 1985 (Balzac y otros), Bellin 1988 (Blake), Wilkinson 1996 (Balzac y otros), Horn 1997 (Schelling), Ford 1998, 95-96, 147-151 (Coleridge). Coleridge anotó un ejemplar de *Del Cielo y del Infierno* de Swedenborg; las notas, conservadas en la Biblioteca Británica, están editadas en Coleridge 2000, 403-425; parecen datar de 1819-1820. Dos expresiones del temperamento romántico francés, las utopías ultramundanas y el espiritualismo, parecen incluir también un elemento swedenborgiano (Kselman 1993, 143-162). El movimiento romántico más importante de América, el transcendentalismo, también estuvo profundamente influido por Swedenborg (Taylor 1988).

Robert Hindmarsh, haría de *A Treatise concerning Heaven and Hell* parte de los escritos sagrados reconocidos por una nueva iglesia cristiana y lo aceptaría como una gran afirmación teológica de la vida después de la muerte, o bien lo consideraría el comienzo de una nueva filosofía religiosa. En el haber de este grupo, a cuyos miembros generalmente se denomina ahora «swedenborgianos», está la traducción de *Del Cielo y del Infierno* a muchas lenguas modernas. Un swedenborgiano, Johann Friedrich Immanuel Tafel (1796-1863), bibliotecario jefe de la Universidad de Tubinga, en Alemania, publicó también una nueva edición del texto latino original (1862). Debido al esfuerzo de sus traductores, *Del Cielo y del Infierno* de Emanuel Swedenborg figura como uno de los pocos libros religiosos del siglo XVIII que se sigue editando y continúa ejerciendo una considerable atracción en comparación con muchos otros escritos de la misma época. Gracias a ellos, *Del Cielo y del Infierno* se puede descubrir todavía como una obra que, como dijo Tessin, tiene «tantos giros nuevos e inesperados que se puede leer de principio a fin sin aburrirse».

Bernhard Lang

El autor agradece la amable ayuda recibida de Jane Williams-Hogan, que ha sido asesora sobre Swedenborg durante muchos años. Recibí también ayuda valiosa de Reinhard Breymayer, Nancy Dawson, Heather Jackson, Carroll Odhner, Jonathan S. Rose, Stuart Shotwell y Eberhard Zwink.

Apéndice I
Algunas ideas del Barroco sobre la vida después de la muerte y sobre el cielo y el infierno

En nuestros tiempos, la vida después de la muerte y la naturaleza del cielo y el infierno han dejado de ser temas que surjan fácilmente en la conversación. En los siglos XVII y XVIII se tenía una actitud diferente. Casi todo el mundo se interesaba en el asunto, y no fueron pocos los filósofos y teólogos que publicaron sus pensamientos sobre el cielo y el infierno. Se discutía sobre todo «el problema de la inmortalidad», pero de vez en cuando el cielo y el infierno figuraban en el debate. En Gran Bretaña, más o menos desde 1650 en adelante y al menos durante un siglo, «casi cada aspecto de la vida después de la muerte dio pie a la especulación o el debate entre los estudiosos» (Houlbrooke 1998, 50). Pero no sólo en Gran Bretaña. Un autor enumeró los libros sobre la inmortalidad publicados en Alemania entre 1751 y 1758 –en los años inmediatamente anteriores a *Del Cielo y del Infierno*– y señaló cincuenta y cuatro obras (Unger 1944, 11). En otros países europeos encontraríamos sin duda cifras semejantes: los filósofos y teólogos del Barroco y la Ilustración tienen en su haber la primera explotación real del tema. La breve lista de autores y visiones del mundo relacionados con el asunto que se facilita a continuación, proporciona el contexto en el que Swedenborg desarrolló su pensamiento y publicó *Del Cielo y del Infierno*, y propone las obras con las que algunos de los lectores primeros de Swedenborg pudieron haber comparado *Del Cielo y del Infierno* y sus traducciones vernáculas.

1. *The Immortality of the Soul* (1659) [La inmortalidad del alma]. El filósofo de Cambridge Henry More, conocido como seguidor de Platón, ofrecía mucho más de lo que el título de su obra parece indicar. Como otros platónicos de su época, trató de evitar la separación estricta entre el mundo material y el espiritual, haciendo del mundo espiritual una parte del universo tal como lo conocemos. Para los platónicos del siglo XVII, explica el historiador Philip Almond, «no

se establecía un abismo de separación entre los vivos y los muertos» (Almond 1994, 36). Vivos y muertos pertenecían al mismo reino espaciotemporal, con los ángeles, los santos y Dios situados en las regiones superiores, y las almas malvadas y Satanás en el aire, alrededor de la tierra y en sus cavidades interiores (Almond 1994, 36-37). En ocasiones, las almas de los bienaventurados «cantan, juegan y bailan juntas, disfrutando los placeres lícitos de la propia vida animal, en un grado muy superior a aquel del que eran capaces en el mundo» (More 1659, 420). Según More, las almas conservan algunas características masculinas y femeninas (McDannell y Lang 1988, 212; Almond 1994, 31). La obra de More se recordó durante algún tiempo: el doctor Johnson la mencionaba en una conversación que había mantenido con James Boswell en 1772 (Boswell [1791] 1952, 192-193).

2. *Two Treatises... of the Immortality of Reasonable Soules* (1644) [Dos tratados... de la inmortalidad de las almas racionales]. Sir Kenelm Digby, filósofo y científico católico (Almond 1994, 70-71), negaba la existencia del juicio divino. Afirmaba que «si un hombre muere con un sentimiento desordenado por algo en cuanto a su bien principal, permanece eternamente, por necesidad de su propia naturaleza, en el mismo sentimiento; y no existe ninguna disparidad en que, al pecado eterno, se le imponga un castigo eterno» (Digby 1644, 445). Más tarde, Swedenborg describiría la existencia eterna en el infierno del mismo modo.

3. *Von den vier letzten Dingen: nämlich von dem Tod, Gericht, Hölle und Himmelreich* (1680) [Sobre las postrimerías del hombre: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria]. Escrita por el fraile capuchino Martin de Cochem, esta obra introducía a los católicos del Barroco en un mundo post mortem muy sensual. Se refiere a «un río real, árboles reales, frutos reales y flores reales que agradan a nuestra vista, gusto, olfato y tacto de manera insuperable» (Martin 1753, 170).

4. *The Pilgrim's Progress* (1678-1684) *[El peregrino]*. En la segunda parte de su conocida obra puritana, John Bunyan incluía un análisis sobre la alegría que debe sentir el cristiano cuando está unido a su esposa cristiana y sus hijos en la ciudad celestial (Bunyan [1678-1684] 1965, 351).

5. *Systema theologicum*, 1686 [Sistema teológico]. En este manuscrito, el famoso filósofo y matemático Gottfried Wilhelm Leibniz sostenía que el estado espiritual en el que uno muere determina realmente su destino en el mundo espiritual. «Cuando un alma deja el cuerpo en estado de pecado mortal, esto es, estando a mal con Dios, cae por decirlo así automáticamente en los abismos del infierno, como algo pesado que está roto y no está sostenido por ningún agente externo. Alejado de Dios, se impone la condena a sí mismo» (Leibniz 1966,

193). Las almas humanas «continúan obviamente el camino que llevaban y permanecen en el estado espiritual en que murieron» (Leibniz 1966, 9). Aunque este documento no se publicó hasta el siglo XIX, demuestra sin embargo que una de las enseñanzas de Swedenborg (*Del Cielo y del Infierno* 363, 477) estaba dentro de las perspectivas de los pensadores del Barroco.

6. *A Vindication of the Immortality of the Soul and a Future State* (1703) [Justificación de la inmortalidad del alma y un estado futuro]. William Assheton, párroco de Beckenham, en Kent, trató de refutar la idea de que los que morían descubrían que la vida celestial consiste en «especulación pura, en mirarse unos a otros y admirar mutuamente las respectivas perfecciones». En el cielo se llevará una vida activa. El Reino de Dios tendrá «leyes, estatutos, gobernadores y súbditos, y diferentes rangos, órdenes y grados» (Assheton 1703, 57-60).

7. *The Spectator*, nº III, 7 de julio de 1711. Este número del famoso *Spectator*, uno de los «diarios morales» en los que los autores de la Ilustración trataban de difundir sus ideas entre las personas educadas, está dedicado a «la inmortalidad del alma». El ensayista Joseph Addison rechazó el carácter inmutable de la santidad, afirmando que debe existir movimiento y progreso en el más allá. Dios nos ofrece aquí solamente los «rudimentos de la existencia, y después seremos transplantados a un clima más favorable, donde podamos desplegarnos y florecer por toda la eternidad» (Addison [1711] 1965, 458). Addison no describe el cielo. En un número posterior del *Spectator* John Hughes se refiere al diálogo de Cicerón *Sobre la ancianidad* en el que Catón espera encontrar a sus amigos y antepasados en el otro mundo (Hughes [1712] 1965, 418-420). Swedenborg pudo haber leído el *Spectator* durante una de sus primeras estancias en Gran Bretaña (véase la nota del editor sobre *Diario espiritual* § 5565 en Swedenborg 1889).

8. *Death and Heaven; or the Last Enemy Conquered, and Separate Spirits Made Perfect* (1722) [La muerte y el cielo; o el último enemigo conquistado y los espíritus separados perfeccionados]. Isaac Watts, autor de himnos («O God, Our Help in Ages Past») y ministro de una iglesia independiente en Londres, describe un cielo lleno de movimiento y vida. Los bienaventurados servirán a Dios «quizás como sacerdotes en su templo, y como reyes, o virreyes, en sus extensos dominios» (Watts [1722] 1812, 398-399). Sus ejemplos de los empleos celestiales incluyen la «ejecución fiel de alguna comisión divina» y el gobierno «sobre los grados inferiores de los espíritus felices» o sobre «todas las provincias de los seres inteligentes en las regiones inferiores» (Watts [1722] 1812, 402-403). Aunque esto no se mencione en *Death and Heaven*, Watts también cuestionaba las ideas tradicionales de la Trinidad. *Death and Heaven* había alcanzado cuatro ediciones en

1737, y dieciséis en 1818: esto lo convierte en el libro que, sobre este tema, mejor podían conocer los lectores ingleses de Swedenborg.

9. *Festum Magnum* (1724, sueco) [La gran festividad]. Jesper Swedberg, obispo luterano de Skara en la Suecia central y padre de Emanuel Swedenborg, fue un autor prolífico. Algunos de sus libros devocionales, escritos todos en sueco, incluyen referencias al cielo y la vida celestial. En *Festum Magnum* escribe sobre el interés de los santos por la vida de sus parientes en la tierra. En otro libro, *Sanctificatio Sabbati* (1734, sueco) [Santificación del Sabbath], expone sus ideas de cómo los santos hablan entre sí en el cielo: aunque todo el mundo utiliza su lengua natal, todos se comprenden. Aunque el obispo no parece haber ofrecido ninguna descripción fundamentada de la otra vida, sus escritos revelan interés por el tema y son un ejemplo de la naturalidad con la que éste podía aparecer en la predicación del Barroco (Lamm 1922, 5-6).

10. *The Gentleman's Magazine*, 1739. Esta conocida publicación mensual no sólo recogía y comentaba sucesos cotidianos, sino que incluía también una sección de correspondencia en la que los lectores, a menudo con pseudónimo, se expresaban libremente sobre el tema elegido. En el número de enero un tal «Theophilus» se queja de los autores que, siguiendo *El paraíso perdido* de John Milton, están «corrompiendo nuestras ideas de las cosas espirituales y sensualizando nuestras ideas del cielo en un grado que puede tener efectos nocivos sobre la religión en general: se permite que la fantasía entrometa su exuberancia salvaje en el lugar de la verdad y la razón, y se abre camino al tipo más absurdo y grosero de entusiasmo, y si debemos interpretar sus otras descripciones [es decir, de Milton] según los mismos criterios, su cielo es tan sensual como el de los mahometanos» (*Gentleman's Magazine*, 1739, 5b). En el número de abril del mismo año, «Cleomenes» propone a los lectores discutir la otra vida de los niños que mueren a edad temprana, sugiriendo que sus almas o son aniquiladas después de la muerte o transmigran de nuevo a otros cuerpos (*Gentleman's Magazine*, 1739, 177-179). A partir del número de enero del *Gentleman's Magazine*, 1740, el editor incluyó muchas respuestas a «Cleomenes» (*Gentleman's Magazine*, 1740, 3-4, 52-54, 167-168, 245-246, 341-342, 441-443; véase Houlbrooke 1998, 52-53). «G. F.», el primer participante en el debate, insistía en que cualquier respuesta a la cuestión debería estar basada en «la razón guiada por la revelación» (*Gentleman's Magazine*, 1740, 4b).

11. *Émile ou de l'Education* (1762) *[Emilio o la educación]*. El célebre tratado de Jean-Jacques Rousseau sobre la educación no comenta de manera específica temas escatológicos, pero rechaza las ideas tradicionales sobre el infierno. Según és-

tas, los niños no bautizados que morían en la primera infancia pasarían la vida eterna sufriendo en el infierno. En el *Emilio*, libro 4, Rousseau discute y rechaza esa opinión: «Mantenemos que ningún niño que muera antes de la edad de la razón será privado de la felicidad eterna» (Rousseau [1762] 1991, 258). Swedenborg dice lo mismo (§ 410). Véase también el debate en *Gentleman's Magazine* 1739-1740, mencionado *supra*.

12. *Aussichten in die Ewigkeit* (1768-1778) [Perspectivas de eternidad]. El autor de esta obra, Johann Caspar Lavater, fue ministro reformado en Zurich, Suiza, y figuraba como conocida celebridad junto a Moses Mendelssohn y Goethe. En la vida eterna, decía, «tendremos cuerpo, viviremos en mundos corpóreos, tendremos relación con objetos materiales, sensuales, y formaremos una o más comunidades» (Lavater 1773, 93)[35]. Por la fecha de ese escrito, es posible que Lavater conociese la obra de Swedenborg. En 1772, Goethe reseña el *Aussichten* en *Frankfurter Gelehrte Anzeigen* (Goethe [1772] 1987).

13. *Life of Samuel Johnson* (1791) *[La vida del doctor Samuel Johnson]*. Como ya se mencionó, James Boswell recogió una conversación que había mantenido con Samuel Johnson sobre la vida eterna. Después de la muerte, dice Johnson, numerosas amistades dejarán de existir, pues «hacemos muchas amistades por equivocación, imaginando que la gente es diferente a como realmente es. Después de la muerte, veremos a cada uno a la luz de la verdad» (Boswell [1791] 1952, 193). Esto es algo que también Swedenborg podía haber dicho: la idea no era extraña en aquella época. Juan dice del Señor: «Le veremos tal como él es» (1 Juan 3, 2), y la idea se puede aplicar también a los demás.

[35] Para el conocimiento por parte de Lavater de la obra de Swedenborg, véase Acton 1955, vol. 2, 641-643, y Benz 1938. Benz especula sobre que Lavater estuvo inspirado en gran medida por Swedenborg, con el que trató en vano de contactar para conocer su opinión sobre sus libros. Quería también información sobre un amigo muerto (Benz 1938, 155-156). Lavater parece haber evitado el reconocimiento de su deuda con Swedenborg debido a la crítica de Immanuel Kant en *Los sueños de un visionario* (Kant [1766] 1969).

Apéndice II
Cuadro cronológico

1688 *29 de enero* Nace Emanuel Swedberg en Estocolmo, Suecia.

1719 *26 de mayo* El hijo del obispo Jesper Swedberg se ennoblece y cambia su nombre por Swedenborg.

1745 *Abril* Swedenborg recibe una llamada divina en Londres.

1747 *17 de julio* Swedenborg abandona el Colegio Real de Minas de Suecia.

1749 *Verano* Se publica en Londres, de manera anónima, el primer volumen de *Los arcanos celestiales* (principal obra teológica de Swedenborg).

1756 *Junio* Se publica el último volumen de *Los arcanos celestiales*.

1758 Publicación anónima de *Del Cielo y del Infierno* en Londres.

1759 *5 de enero* Primera reacción a *Del Cielo y del Infierno* en unas notas breves, no publicadas, del conde Gustaf Bonde, sueco.

1760 *5 de marzo* Carl Gustaf Tessin visita a Swedenborg en Estocolmo y habla con él sobre *Del Cielo y del Infierno.*

1769 Anotaciones de Johann Christian Cuno sobre *Del Cielo y del Infierno*.

1770 *28 de febrero* Primera anotación del diario de John Wesley sobre Swedenborg, con posible referencia a *Del Cielo y del Infierno.*

1772 *29 de marzo* Swedenborg muere en Londres.
Goethe, en una reseña del *Aussichten in die Ewigkeit*, de Lavater, recomienda la obra de Swedenborg.

1775 *Vom Himmel und von den wunderbaren Dingen desselben* (traducción alemana de *Del Cielo y del Infierno*), publicada en Leipzig, Alemania.

1778 Se publica en Londres *A Treatise concerning Heaven and Hell* (traducción inglesa de *Del Cielo y del Infierno*).

julio A Treatise concerning Heaven and Hell recibe una crítica favorable en *The Gentleman's Magazine*, Londres.

1779 *12 de febrero* John Wesley recomienda la obra de Swedenborg a Elizabeth Ritchie.

1782 Se publica en Berlín, Alemania, *Les Merveilles du Ciel et de l'Enfer* (traducción francesa de *Del Cielo y del infierno*).

2 de enero Robert Hindmarsh toma prestado de un amigo *A Treatise concerning Heaven and Hell.*

1783 Se publica el artículo de John Wesley «Thoughts on the Writings of Baron Swedenborg» [Pensamientos sobre los escritos del barón Swedenborg] (escrito el 9 de mayo de 1782) en el *Arminian Magazine.*

1784 Robert Hindmarsh funda en Londres la Sociedad Teosófica. Robert Hindmarsh publica la segunda edición de *A Treatise concerning Heaven and Hell.*

Obras citadas en la Introducción

1. Fuentes

a. Fuentes antiguas

Hermes Trismegistus. Véase Scott, Walter.

Platón. 1952. *The Dialogues*, Encyclopaedia Britannica, Chicago. [Platón, *Diálogos*, trad. de J. Calonge, E. Lledó y C. García Gual, Gredos, Madrid 2000.]

Plotino. 1952. *The Six Enneads*, Encyclopaedia Britannica, Chicago. [Plotino, *Enéadas*, trad. de J. Igal, Gredos, Madrid, 1985 ss.]

Porfirio. [301] 1991. «On the Life of Plotinus», en Plotino, *The Enneads*, Penguin Books, Londres.

Scott, Walter, ed. y trad. 1924. *Hermetica. The Ancient Greek and Latin Writings Which Contain Religious or Philosophic Teachings Ascribed to Hermes Trismegistus*, vol. I, Clarendon Press, Oxford.

b. Fuentes del Renacimiento y de comienzos de la modernidad

Acton, Alfred. 1955. *The Letters and Memorials of Emanuel Swedenborg*, vol. 2, Swedenborg Scientific Association, Bryn Athyn (Pa.).

Addison, Joseph. [1711] 1965. Ensayo nº III [7 de julio], *The Spectator*, vol. 1, Clarendon Press, Oxford.

Assheton, William. 1703. *A Vindication of the Immortality of the Soul and a Future State*, Londres.

Balzac, Honoré de. [1832] 1980. *Louis Lambert*, en vol. II de *La Comédie humaine*, Gallimard, París. [*La comedia humana*, trad. de R. Cansinos Assens, Aguilar, Madrid 1987.]

Bonde, conde Gustaf. 1759-1760. Academy Collection of Swedenborg Documents, vol. 6, nº 809, Swedenborg Library, Academy of the New Church, Bryn Athyn (Pa.).

Boswell, James. [1791] 1952. *Life of Samuel Johnson*, Encyclopaedia

Britannica, Chicago. [*La vida del doctor Samuel Johnson*, trad. de F. Savater, Espasa-Calpe, Madrid 1998.]

Bunyan, John. [1678-1684] 1965. *The Pilgrim's Progress*, Penguin, Harmondsworth. [*El peregrino*, Clie, Barcelona 1982.]

Cuno, Johann Christian. 1947. *J. C. Cuno's Memoirs on Swedenborg*, The Academy Book Room, Bryn Athyn (Pa.).

Diderot, Denis. [1775] 1876. «Eclectisme», en *Encyclopédie*, en vol. 14 de *Œuvres complètes de Diderot*, Garnier Frères, París. [*La Enciclopedia*, trad. de J. Torbado, Guadarrama, Madrid 1970.]

Digby, Kenelm. 1644. *Two Treatises... of the Immortality of Reasonable Soules*, Blaizot, París.

Erasmo de Roterdam. [1522] 1997. «The Godly Feast» *[Convivium Religiosum]*, en vol. 39 de *Collected Works of Erasmus*, University of Toronto Press, Toronto.

Gentleman's Magazine. 1739. [Problemas relativos al estado post mortem], vol. 9, Edward Cave, Londres.

–, 1740. [Continuación de los problemas relativos al estado post mortem], vol. 10, Edward Cave, Londres.

–, 1772. [Nota necrológica sobre Swedenborg], vol. 42, 198b, D. Henry, Londres.

–, 1778. [Reseña anónima de: Swedenborg, *A Treatise concerning Heaven and Hell*], vol. 48, 325a-326b, D. Henry, Londres.

–, 1791. [Carta de «Candidus»], vol. 61, 619b-620a, John Nichols, Londres.

Goethe, Johann Wolfgang. [1772] 1987. Reseña de *Aussichten in die Ewigkeit in Briefen an J. G. Zimmermann*, de Johann Caspar Lavater, en Johann Wolfgang Goethe, *Sämtliche Werke, Münchener Ausgabe*, vol. 1: 2, Carl Hanser Verlag, Munich.

–, [1773] 1987. «Zwo wichtige bisher unerörterte biblische Fragen», en Johann Wolfgang Goethe, *Sämtliche Werke, Münchener Ausgabe*, vol. 1: 2, Carl Hanser Verlag, Munich.

Hamberger, Georg Christoph y Johann Georg Meusel. 1797. «Lenz, Johann Christoph», en *Das gelehrte Teutschland; oder Lexikon der jetzt lebenden teutschen Schriftsteller*, 5ª ed., vol. 4, Meyersche Buchhandlung, Lemgo.

Hartley, Thomas. 1778. Prefacio a *A Treatise concerning Heaven and Hell*, de Emanuel Swedenborg, James Phillips, Londres.

Hindmarsh, Robert. 1861. *Rise and Progress of the New Jerusalem Church*, Hodson & Son, Londres.

Hughes, John. [1712] 1965. Ensayo nº 537 [15 de noviembre], *The Spectator*, vol. 4, Clarendon Press, Oxford.

Kant, Immanuel. [1766] 1969. *Dreams of a Spirit Seer*, Vantage Press, Nueva York. [*Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica*, trad. de P. Chacón e I. Reguera, Alianza, Madrid 1987.]

Lavater, Johann Caspar. 1773. *Aussichten in die Ewigkeit in Briefen an J. G. Zimmermann*, 2ª ed., vol. 3, Buchhändlergesellschaft, Hamburgo.

Leibniz, Gottfried Wilhelm. [1710] 1952. *Theodicy*, Yale University Press, New Haven. [*La Teodicea o Tratado sobre la libertad del hombre y el origen del mal*, trad. de E. Ovejero, Yagües, Madrid 1928.]

–, [1686] 1966. *Theologisches System*, Olms, Hildesheim.

Martin von Cochem. 1753. «Von den vier letzten Dingen: nämlich von dem Tod, Gericht, Hölle und Himmelreich», apéndice en *Das grosse Leben Christi*, Holtzmayr, Mariazell.

Maxwell-Stuart, P. G., ed. y trad. 1999. *The Occult in Early Modern Europe: A Documentary History*, St. Martin's Press, Nueva York.

More, Henry. 1659. *The Immortality of the Soul*, Morden, Londres.

Nicole, Pierre. [1715-1732] 1971. *Essais de Morale*. vol. I, Slatkine, Ginebra.

Novalis. 1978. «Song of the Dead», en *Tagebücher und Briefe*, vol. I, Carl Hanser Verlag, Munich.

Oetinger, Friedrich Christoph. [1765] 1855. *Swedenborgs und anderer irdische und himmlische Philosophie*, part. I. Rupp & Baur, Reutlingen.

Pernety, Antoine Joseph. 1781. Academy Collection of Swedenborg Documents, vol. 10, nº 1663.18, Swedenborg Library, Academy of the New Church, Bryn Athyn (Pa.).

–, 1782. «Observations ou notes sur Swédenborg», en E. Swedenborg, *Les Merveilles du Ciel et de l'Enfer*, vol. I, G. J. Decker, Berlín.

Pico della Mirandola, Giovanni. 1948. «On the Dignity of Man», en *The Renaissance Philosophy of Man*, The University of Chicago Press, Chicago. [*De la dignidad del hombre*, trad. de L. Martínez, Editora Nacional, Madrid 1984.]

«Prüfungsversuch, ob es wol ausgemacht sei, dass Swedenborg zu den Schwärmern gehöre». 1786. En *Revision der bisherigen Theologie* [tra-

ducción alemana de *Breve exposición*], de Emanuel Swedenborg, Gottlieb Löwe, Breslau.

Richardson, Jonathan. [1725] 1996. «An Essay on the Theory of Painting», en *Historienmalerei*, Reimer, Berlín.

Rousseau, Jean-Jacques. [1762] 1991. *Emile, or On Education*, Penguin Books, Londres. [*Emilio*, trad. de M. Armiño, Alianza, Madrid 1998.]

Spectator. Véanse Addison, Joseph y Hughes, John.

Swedenborg, Emanuel. [1758] 1775. *Vom Himmel und von den wunderbaren Dingen desselben*, Gleditsch, Leipzig.

–, 1781. *True Christian Religion*, vol. I, R. Hawes, Londres.

–, [1758] 1782. *Les Merveilles du Ciel et de L'Enfer*, G. J. Decker, Berlín.

–, 1931. *A Philosopher's Note Book*, Swedenborg Scientific Association, Filadelfia.

–, 1889. *The Spiritual Diary of Emanuel Swedenborg*, vol. 4, James Speirs, Londres.

Tafel, Rudolph Leonard. 1875. *Documents concerning the Life and Character of Emanuel Swedenborg*, vol. I, Swedenborg Society, Londres.

–, 1890. *Documents concerning the Life and Character of Emanuel Swedenborg*, vols. 2-3, Swedenborg Society, Londres.

Tessin, Carl Gustaf. 1760. Academy Collection of Swedenborg Documents, vol. 6, nº 793.12, Swedenborg Library, Academy of the New Church, Bryn Athyn (Pa.).

Twain, Mark. [1907] 1995. «Captain Stormfield's Visit to Heaven», en *The Bible according to Mark Twain*, The University of Georgia Press, Athens (Ga.).

Watts, Isaac. [1722] 1812. «The Happiness of Separate Spirits», en *Works*, vol. 2, Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, Londres [Éste es el discurso 2 de «Death and Heaven; or the Last Enemy Conquered, and Separate Spirits Made Perfect; With an Account of the Rich Variety of their Employments and Pleasures»].

Wesley, John. [1782] 1856. «Thoughts on the Writings of Baron Swedenborg», en *The Works of the Rev. John Wesley*, vol. 13, John Mason, Londres.

–, 1931. *The Letters of John Wesley*, vol. 6, The Epworth Press, Londres.

–, 1986. *The Works of John Wesley*, vol. 3, Abingdon Press, Nashville.

–, s. f. [1909-1916]. *The Journal of the Rev. John Wesley*, vols. 5 y 6, Charles H. Kelly, Londres.

Zwingli, Ulrich. [1531] 1953. «Exposition of the Faith», en *Zwingli and Bullinger*, SCM Press, Londres.

2. Bibliografía secundaria

a. Historia cultural y teología

Albrecht, Michael. 1994. *Eklektik: Eine Begriffsgeschichte mit Hinweisen auf die Philosphieund Wissenschaftsgeschichte*, Frommann-Holzboog, Stuttgart.

Almond, Philip C. 1994. *Heaven and Hell in Enlightenment England*, Cambridge University Press, Cambridge.

Ayling, Stanley. 1979. *John Wesley*, Collins, Londres.

Beilby, A. E. 1931. *Rev. Thomas Hartley, A. M.*, New Church Press, Londres.

Benz, Ernst. 1938. «Swedenborg und Lavater», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 57: 153-216.

–, 1949. «Nachwort», en *Ausgewählte religiöse Schriften* de Emanuel Swedenborg, Simons-Verlag, Marburg.

Bonk, Sigmund. 1999. *Abschied von der Anima mundi: Die britische Philosophie im Vorfeld der industriellen Revolution*, Verlag Karl Alber, Friburgo.

Boyce, Mary. 1975. *History of Zoroastrianism*, 3 vols., Brill, Leiden.

Breymeyer, Reinhard. 1984. «Ein radikaler Pietist im Umkreis des jungen Goethe», en *Pietismus und Neuzeit*, vol. 9, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga.

Bultmann, Rudolf. 1958. *Jesus Christ and Mythology*, Charles Scribner's Sons, Nueva York.

Cohn, Norman. 1993. *Cosmos, Chaos, and the World To Come: The Ancient Roots of Apocalyptic Faith*, Yale University Press, New Haven. [*El cosmos, el caos y el mundo venidero*, trad. de B. Blanch, Crítica, Barcelona 1995.]

Crowe, Michael J. 1997. «A History of the Extraterrestrial Life Debate», en *Zygon* 32: 147-162.

Dreitzel, Horst. 1991. «Zur Entwicklung und Eigenart der eklektischen Philosophie», en *Zeitschrift für historische Forschung* 18: 281-343.

Frazier, Scott I. 1998. «Echoes from the Past: A Look at Classical

Influences within Swedenborg's "Golden Age"», en *Scripta: Bryn Athyn College Review* 1: 27-44.

Harris, R. Baine. 1976. «A Brief Description of Neoplatonism», en *The Significance of Neoplatonism*, State University of New York Press, Albany (N. Y.).

Houlbrooke, Ralph. 1998. *Death, Religion and the Family in England, 1480-1750*, Clarendon Press, Oxford.

Kuist, James M. 1982. *The Nichols File of* The Gentleman's Magazine: *Attributions of Authorship and Other Documentation in Editorial Papers at the Folger Library*, University of Wisconsin Press, Madison (Wis.).

Lamm, Martin. 1918. *Upplysningstidens romantik: Den mystik sentimentala strömingen i svensk litteratur*, Estocolmo.

–, 1922. *Swedenborg: Eine Studie über seine Entwicklung zum Mystiker und Geisterseher*, Felix Meiner, Leipzig.

Lang, Bernhard. 1997. *Sacred Games: A History of Christian Worship*, Yale University Press, New Haven.

Leith, John H., ed. 1973. *Creeds of the Churches*, ed. rev., John Knox Press, Richmond.

Lohfink, Gerhard. 1975. «Zur Möglichkeit christlicher Naherwartung», en Gisbert Greshake y Gerhard Lohfink, *Naherwartung-Auferstehung-Unsterblichkeit*, Herder, Friburgo.

McDannell, Colleen y Bernhard Lang. 1988. *Heaven: A History*, Yale University Press, New Haven.

Musall, Heinz. 1993. «Weltkarten vom Ende des 17. bis zur Mitte des 19. Jahrhunderts», en *Imago mundi moderna: Weltkarten des Zweiten Entdeckungszeitalters*, Badische Landesbibliothek, Karlsruhe.

Nemitz, Kurt P. 1991. «Leibniz and Swedenborg», en *The New Philosophy* 94: 445-488.

–, 1994. «The German Philosophers Leibniz and Wolff in Swedenborg's Philosophic Development», en *The New Philosophy* 97: 411-425.

Odhner, J. Durban. 1978. «Reflections on Africa», en *The New Philosophy*, 81: 255-270.

O'Meara, Thomas F. 1999. «Christian Theology and Extraterrestrial Intelligent Life», en *Theological Studies* 60: 1-30.

Randles, W. G. L. 1999. *The Unmaking of the Medieval Christian Cosmos, 1500-1760*, Ashgate, Aldershot.

Rogal, Samuel J. 1988. «Swedenborg and the Wesleyans: Opposition

or Outgrowth?», en *Swedenborg and His Influence*, The Academy of the New Church, Bryn Athyn (Pa.).

Sawicki, Diethard. 1999. «Die Gespenster und ihr Ancien régime: Geisterglauben als Nachtseite der Spätaufklärung», en *Aufklärung und Esoterik*, Meiner, Hamburgo.

Scheuerbrandt, Arnold. 1993. «Die Entdeckungs- und Forschungsreisen bis zum Beginn des 19. Jahrhunderts», en *Imago mundi moderna: Weltkarten des Zweiten Entdeckungszeitalters*, Badische Landesbibliothek, Karlsruhe.

Selleck, A. Douglas. 1978. *Cookworthy and His Circle*, Baron Jay, Plymouth.

Sigstedt, Cyriel Odhner. 1981. *The Swedenborg Epic: The Life and Works of Emanuel Swedenborg*, Bookman Associates, Nueva York 1952. Reed., Swedenborg Society, Londres.

Sladek, Mirko. 1984. *Fragmente der hermetischen Philosophie in der Naturphilosophie der Neuzeit*, Verlag Peter Lang, Fráncfort.

Stephens, W. Peter. 1995. «Zwingli and the Salvation of the Gentiles», en *The Bible, the Reformation and the Church*, Sheffield Academic Press, Sheffield.

Trinkaus, Charles. 1948. Introducción [a Lorenzo Valla], en *The Renaissance Philosophy of Man*, The University of Chicago Press, Chicago.

–, 1970. *In Our Image and Likeness: Humanity and Divinity in Italian Humanist Thought*, The University of Chicago Press, Chicago.

Uglow, Jenny. 1997. *Hogarth: A Life and a World*, Faber and Faber, Londres.

Wallis, R. T. 1972. *Neoplatonism*, Gerald Duckworth, Londres.

Williams-Hogan, Jane. 1985. *A New Church in a Disenchanted World: A Study of the Formation and Development of the General Conference of the New Church in Great Britain*. Conferencia en la Universidad de Pensilvania, Filadelfia. University Microfilms, Ann Arbor.

–, 1998. «Emanuel Swedenborg and Western Esotericism», en *Western Esotericism and the Science of Religion*, Peeters, Lovaina.

b. Influencia de Swedenborg en el movimiento romántico

Bellin, Harvey F. y Darrell Ruhl, eds. 1985. *Blake and Swedenborg: Opposition is True Friendship*, Swedenborg Foundation, Nueva York.

Bellin, Harvey F. 1988. «Opposition Is True Friendship: Swedenborg's Influences on William Blake», en *Emanuel Swedenborg: A Continuing Vision*, Swedenborg Foundation, Nueva York.

Benz, Ernst. 1941. «Swedenborg als geistiger Wegbahner des deutschen Idealismus und der deutschen Romantik», en *Deutsche Vierteljahresschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte* 19: 1-32.

Coleridge, Samuel Taylor. 2000. *The Collected Works of Samuel Taylor Coleridge*, vol. 12: 5, en *Marginalia*, Princeton University Press, Princeton.

Emerson, Ralph Waldo. [1849] 1903. *Representative Men: Seven Lectures*, Houghton, Mifflin and Company, Boston. [*Hombres representativos*, trad. de J. Farrán, Iberia, Barcelona 1960.]

Ford, Jennifer. 1998. *Coleridge on Dreaming: Romanticism, Dreams and the Medical Imagination*, Cambridge University Press, Cambridge.

Fuchs, G. F. 1900. «Zu dem Aufsatz: Von dem Himmel und der himmlischen Freude», en *Goethe-Jahrbuch*: 21: 281-282.

Gaier, Ulrich. 1984. «Nachwirkungen Oetingers in Goethes *Faust*», en *Pietismus und Neuzeit. Ein Jahrbuch zur Geschichte des neueren Protestantismus*, vol. 10, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga.

–, 1988. «Könnt' in Magie von meinem Pfad entfernen–Swedenborg im Magischen Diskurs von Goethes *Faust*», en *Emanuel Swedenborg 1688-1772. Naturforscher und Kundiger der Überwelt*, Württembergische Landesbibliothek, Stuttgart.

Gladish, Robert W. 1973. «Swedenborg among the Nineteenth-Century Literati», *The New Philosophy* 76: 498-510.

Heinrichs, Michael. 1979. *Emanuel Swedenborg in Deutschland: Eine kritische Darstellung der Rezeption des schwedischen Visionärs im 18. und 19. Jahrhundert*, Verlag Peter D. Lang, Fráncfort.

Horn, Friedemann. 1997. *Schelling and Swedenborg*, Swedenborg Foundation, West Chester (Pa.).

Kselman, Thomas A. 1993. *Death and the Afterlife in Modern France*, Princeton University Press, Princeton.

Paley, Morton D. 1985. «A New Heaven Is Begun: Blake and Swedenborgianism», en *Blake and Swedenborg: Opposition Is True Friendship*, Swedenborg Foundation, Nueva York.

Peebles, Waldo C. 1933. «Swedenborg's Influence upon Goethe», en *The Germanic Review* 8: 147-156.

Roos, Jacques. 1952. *Aspects littéraires du mysticisme philosophique et l'influence de Boehme et de Swedenborg*, P.-H. Heitz, Estrasburgo.

Schuchard, Gottlieb C. L. 1949. «The Last Scene in Goethe's Faust», en *Publications of the Modern Language Association* 64: 417-444.

Sjödén, Karl-Eric. 1985. *Swedenborg en France*, Almqvist & Wiksell International, Estocolmo.

Taylor, Eugene. 1988. «Emerson: The Swedenborgian and Transcendentalist Connection», en *Emanuel Swedenborg: A Continuing Vision*, Swedenborg Foundation, Nueva York.

Weis, L. 1882. «Goethe und Swedenborg», en *Goethe-Jahrbuch* 3: 349-351.

Wilkinson, Lynn R. 1996. *The Dream of an Absolute Language: Emanuel Swedenborg and French Literary Culture*, State University of New York Press, Albany (N. Y.).

Obras de Swedenborg

Obras teológicas publicadas en vida de Swedenborg

Los arcanos celestiales

Título original: *Arcana Coelestia, Quae in Scriptura Sacra, seu Verbo Domini sunt, Detecta: ...Una cum Mirabilibus Quae Visa Sunt in Mundo Spirituum, et in Coelo Angelorum*, Londres, 1749-1756.

Del Cielo y del Infierno

Título original: *De Coelo et Ejus Mirabilibus, et de Inferno, ex Auditis et Visis*, Londres, 1758.

La nueva Jerusalén

Título original: *De Nova Hierosolyma et Ejus Doctrina Coelesti: Ex Auditis e Coelo: Quibus Praemittitur Aliquid de Novo Coelo et Nova Terra*, Londres, 1758.

El Juicio Final

Título original: *De Ultimo Judicio, et de Babylonia Destructa: Ita Quod Omnia, Quae in Apocalypsi Praedicta Sunt, Hodie Impleta Sunt: Ex Auditis et Visis*, Londres, 1758.

El caballo blanco

Título original: *De Equo Albo, de Quo in Apocalypsi, Cap. XIX: Et Dein de Verbo et Ejus Sensu Spirituali seu Interno, ex Arcanis Coelestibus*, Londres, 1758.

Las tierras en el universo

Título original: *De Telluribus in Mundo Nostro Solari, Quae Vocantur Planetae, et de Telluribus in Coelo Astrifero, deque Illarum Incolis, Tum de Spiritibus et Angeli Ibi: Ex Auditis et Visis*, Londres, 1758.

La doctrina del Señor

Título original: *Doctrina Novae Hierosolymae de Domino*, Amsterdam, 1763.

La doctrina de la Sagrada Escritura

Título original: *Doctrina Novae Hierosolymae de Scriptura Sacra*, Amsterdam, 1763.

La doctrina de la vida

Título original: *Doctrina Vitae pro Nova Hierosolyma ex Praeceptis Decalogi*, Amsterdam, 1763.

La doctrina de la fe

Título original: *Doctrina Novae Hierosolymae de Fide*, Amsterdam, 1763.

Suplementos

Título original: *Continuatio de Ultimo Judicio: Et de Mundo Spirituali*, Amsterdam, 1763.

Amor divino y sabiduría divina

Título original: *Sapientia Angelica de Divino Amore et de Divina Sapientia*, Amsterdam, 1763.

Divina providencia

Título original: *Sapientia Angelica de Divina Providentia*, Amsterdam, 1764.

El Apocalipsis revelado

Título original: *Apocalypsis Revelata, in Qua Deteguntur Arcana Quae Ibi Praedicta Sunt, et Hactenus Recondita Latuerunt*, Amsterdam, 1766.

Amor conyugal

Título original: *Delitiae Sapientiae de Amore Conjugiali: Post Quas Sequuntur Voluptates Insaniae de Amore Scortatorio*, Amsterdam, 1768.

Breve exposición

Título original: *Summaria Expositio Doctrinae Novae Ecclesiae, Quae per Novam Hierosolyman in Apocalypsi Intelligitur*, Amsterdam, 1769.

La comunicación entre el alma y el cuerpo

Título original: *De Commercia Animae et Corporis, quod Creditur Fieri vel per Influxum Physicum, vel per Influxum Spiritualem, vel per Harmoniam Praestabilitam*, Londres, 1769.

La verdadera religión cristiana

Título original: *Vera Christiana Religio, Continens Universam Theologiam Novae Ecclesiae a Domino Apud Danielem Cap. VII: 13-14, et in Apocalypsi Cap. XXI: 1, 2 Praedictae*, Amsterdam, 1771.

Obras no teológicas y publicadas póstumamente

Elogio gozoso

Título original: *Festivus Applausus in Caroli XII... in Pomeraniam Suam Adventum*, Greifswald [1714-1715].

La musa del norte

Título original: *Camena Borea cum Heroum et Heroidum Factis Ludens*, Greifswald, 1715.

Dinámica del dominio del alma

Título original: *Oeconomia Regni Animalis in Transactiones Divisa*, Amsterdam, 1740-1748.

Psicología racional

Título original: *[Psychologia Rationalis]*, 1742.

El reino animal

Título original: *Regnum Animale, Anatomice, Physice, et Philosophice Perlustratum*, La Haya, 1744-1745.

El Antiguo Testamento explicado

Título original: *Explicatio in Verbum Historicum Veteris Testamenti*, 1745-1747.

Diario espiritual

Título original: *Experientiae Spirituales*, 1745-1765.

El Apocalipsis explicado

Título original: *Apocalypsis Explicata secundum Sensum Spiritualem, Ubi Revelantur Arcana, Quae Ibi Praedicta, et Hactenus Recondita Fuerunt*, 1757-1759.

Del Cielo y del Infierno

Parte I

El Cielo y el Infierno

[Prólogo del autor]

1. En el capítulo 24 de Mateo, el Señor[1] habla a sus discípulos sobre el final de los tiempos y lo que será el último período de la vida de la Iglesia[a,2]. Al terminar sus profecías sobre los estados que se habrán de suceder con respecto al amor y la fe[b,3], Jesús dice:

E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a los escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro (Mateo 24, 29-31)[4].

Quienes entienden estas palabras en sentido literal, deben pensar que tales cosas sucederán exactamente como allí se describe, al final de los tiempos, en el llamado Juicio Final[5]. Por consiguiente, no sólo creen que el sol y la luna se oscurecerán y las estrellas caerán del firmamento, que el signo del Señor aparecerá en el cielo y se le verá sobre las nubes, rodeado de ángeles haciendo sonar sus trompetas, sino también, según se profetiza en otras partes, que todo el mundo visible será destruido y que aparecerá posteriormente un cielo nuevo y una tierra nueva.

En la actualidad, son muchos en la Iglesia[6] los que comparten esta opinión. Sin embargo, quienes creen estas cosas no son conscientes de los

[a] Sobre el final de nuestra era como tiempo postrero de la Iglesia: 4535, 10672 *[10622]*.

[b] Para una explicación de lo que dice el Señor en Mateo 24 y 25 sobre el final de los tiempos, su venida, y la consecuente destrucción gradual de la Iglesia y el Juicio Final, véase el material que precede a los capítulos 5-24 *[26-40]* de Génesis. Véase, en particular, 3353-3356, 3486-3489, 3650-3655, 3751-3759 *[3751-3757]*, 3897-3901, 4056-4060, 4129-4231, *[4229-4231]*, 4332-4335, 4422-4424, [4335], 4635-4638, 4661-4664, 4807-4810, 4954-4959, 5063-5071.

abismos ocultos que se esconden en los detalles de la Palabra[7]. En efecto, hay en esos detalles un sentido espiritual, pues no sólo se refieren a los acontecimientos terrenales y exteriores que encontramos en el nivel literal, sino también a acontecimientos de orden espiritual y celestial; y esto se aplica no sólo al sentido global de las frases, sino incluso a cada palabra en particular[c].

En realidad, la Palabra ha sido escrita basándose en correspondencias puras[d,8], de tal manera que en sus detalles se esconden sentidos profundos. Las posibles preguntas sobre la naturaleza de estos sentidos ocultos podrán encontrar respuesta en lo que anteriormente expuse en *Los arcanos celestiales*[9]. El lector encontrará también una selección de todo ello en mi explicación sobre el caballo blanco mencionado en el libro del Apocalipsis[10]. Es en este sentido más profundo en el que se debe entender lo que dice el Señor en el pasaje que acabamos de citar acerca de su venida entre las nubes del cielo. El sol que se oscurecerá significa el Señor desde el punto de vista del amor[e], la luna significa el Señor desde el punto de vista de la fe[f]. Las estrellas significan las cogniciones del bien y la verdad, o del amor y la fe[g]. La señal del Hijo del Hombre en el cielo significa la manifestación de la verdad divina. Los lamentos de las tribus de la tierra significan todo lo relativo a la verdad y el bien, o a la fe y el amor[h]. La venida del Señor sobre las nubes del cielo en poder y gloria significan su

[c] Hay un sentido más profundo en cada detalle de la Palabra: 1143, 1984, 2135, 2333, 2395, 2495, 4442, 9049, 9086.

[d] La Palabra se compone de correspondencias puras, de manera que cada uno de sus detalles sugiere un significado espiritual: 1404, 1408, 1409, 1540, 1619, 1659, 1709, 1783, 2900, 9086.

[e] En la Palabra el sol designa al Señor desde el punto de vista del amor, y por tanto el amor al Señor: 1529, 1837, 2441, 2495, 4060, 4696, 4996 *[4966]*, 7083, 10809.

[f] En la Palabra la luna designa al Señor desde el punto de vista de la fe, y por tanto la fe en el Señor: 1529, 1530, 2495, 4060, 4996 *[4669]*, 7083.

[g] En la Palabra las estrellas significan cogniciones de lo que es bueno y verdadero: 2495, 2849, 4697. [A diferencia de G. F. Dole y de acuerdo con D. H. Harley, utilizamos el término «cogniciones» para el latín *cognitiones*. Designa una forma de conocimiento espiritual, superior al conocimiento sensorial. Véase *infra* nota 24. *N. de los T.*]

[h] Las tribus representan una síntesis de todos los elementos de bien y de verdad, o de todos los elementos de fe y de amor: 3858, 3926, 4060, 6335.

presencia en la Palabra[i] y su revelación; las nubes se refieren al sentido literal de la Palabra[j], y la gloria a su sentido interior[k]. Los ángeles con trompeta y gran voz significan el cielo, de donde procede la verdad divina[l].

Esto nos permite comprender que las palabras del Señor quieren decir que al final de la Iglesia, cuando ya no haya amor, y por tanto tampoco fe, el Señor abrirá la Palabra sacando a la luz su sentido interior y revelará los arcanos del cielo[11]. Los arcanos que serán desvelados en las páginas que siguen tienen que ver con el cielo y el infierno y con nuestra vida después de la muerte.

En la actualidad los hombres de Iglesia[12] no saben prácticamente nada sobre el cielo y el infierno o la vida después de la muerte, aunque existan descripciones comprensibles de todo ello en la Palabra. Incluso muchos que han nacido en la Iglesia niegan esas realidades, preguntándose en lo más profundo de sí mismos quién ha vuelto de allí para hablarnos de ello.

Para evitar que esta actitud negativa –particularmente extendida entre aquellos que han adquirido una gran sabiduría mundana– infecte y corrompa a las gentes de fe y corazón simple, me ha sido concedido estar con los ángeles y hablar con ellos cara a cara. También se me ha permitido ver, a lo largo de trece años, lo que hay en el cielo y en el infierno. Se me ha autorizado igualmente a describir lo que he visto y oído, con la esperanza de derramar luz donde hay ignorancia y disipar así el escepticismo.

Tal revelación directa se hace ahora porque eso es lo que significa la venida del Señor[13].

El Señor es el Dios del cielo

2. Antes de nada, tenemos que saber quién es el Dios del cielo, pues todo lo demás está en función de eso. En todo el cielo, nadie es reconocido como Dios salvo el Señor[14]. Los ángeles dicen lo que él mismo en-

[i] La venida del Señor es su presencia en la Palabra y su revelación: 3900, 4060.

[j] En la Palabra las nubes significan la Palabra en la letra, es decir, su significado literal: 4060, 4391, 5922, 6343, 6752, 8106, 8781, 9430, 10551, 10574.

[k] En la Palabra la gloria significa la verdad divina como es en el cielo y en el sentido interior de la Palabra: 4809, 5292 *[?]*, 5922, 8267, 8427, 9429, 10574.

[l] La trompeta o cuerno significa la verdad divina en el cielo y revelada desde el cielo: 8815, 8823, 8915. La voz tiene el mismo sentido: 6971, 9926.

señó, a saber, que es uno con el Padre, que el Padre está en él y él en el Padre, que quien le ve a él ve al Padre, y que toda santidad procede de él (Juan 10, 30. 38; 14, 9-11[15]; 16, 13-15). Con frecuencia he hablado de este asunto con los ángeles, y su firme testimonio ha sido que en el cielo no pueden dividir a lo Divino[16] en tres, porque conocen y perciben que lo Divino es uno y que esta «unidad» está en el Señor. Me dijeron también que cuando desde la tierra llegan personas con la idea de tres seres divinos no pueden ser admitidos en el cielo, pues su pensamiento vacila entre una opinión y la otra, y en el cielo no se les permite[17] pensar «tres» y decir «uno»[a,18].

Los que están en el cielo hablan directamente desde su pensamiento, de manera que encontramos allí una especie de discurso cogitativo o pensamiento audible. Esto quiere decir que quienes en el mundo han dividido lo Divino en tres y mantienen una imagen separada de los tres sin reunirlos ni concentrarlos en uno, no pueden ser aceptados. En el cielo hay una comunicación de todos los pensamientos, de modo que quienes llegan pensando «tres» y dicen «uno», son reconocidos de inmediato y expulsados de allí.

Sin embargo, hay que comprender que quienes no han puesto el bien en un lado y la verdad en otro, quienes no han separado la fe del amor, aceptan en la otra vida la idea celestial del Señor como Dios del universo una vez que se les ha enseñado. Es diferente, no obstante, con las personas que han separado la fe de la vida, es decir, que no han vivido según los principios rectores de la fe verdadera.

3. Aquellos que en la Iglesia han ignorado al Señor y han reconocido sólo al Padre, cerrando sus mentes a otros pensamientos, son excluidos del cielo. Puesto que no reciben ningún influjo[19] del cielo, donde sólo se adora al Señor, pierden gradualmente su capacidad para pensar con verdad acerca de todas las cosas y finalmente terminan por enmudecer o son incapaces de expresarse. Vagan sin objeto de un lado para otro con los brazos colgando flácidamente como si toda fuerza hubiera escapado de sus articulaciones.

Por otra parte, las personas que negaron la naturaleza divina del Señor

[a] En la otra vida, se ha examinado a los cristianos para ver cuál era su idea de Dios, y ha resultado que pensaban en tres dioses: 2329, 5256, 10736, 10738, 10821. Sobre el reconocimiento en el cielo de una trinidad en el Señor: 14, 15, 1729, 2005, 5256, 9303.

y solamente reconocieron su naturaleza humana (como los socinianos[20]) también son excluidos del cielo. Son empujados un poco hacia delante, a la derecha[21], y se les deja caer en el abismo, totalmente separados del reino cristiano. Están también los que profesan la creencia en un Divino invisible llamado el Ser *[Ens]* del Universo y rechazan toda fe en el Señor. Cuando se examina su pensamiento, se comprueba que no creen realmente en ningún Dios, puesto que su Divinidad invisible es como la naturaleza en sus primeros principios, lo que resulta incompatible con la fe y el amor, porque elude todo pensamiento real[b]. Estas personas son desterradas junto con los llamados «materialistas»[22].

Las cosas suceden de manera diferente con los que han nacido fuera de la Iglesia, los llamados «gentiles». Nos ocuparemos de ellos más adelante[23].

4. Todos los niños pequeños (que constituyen la tercera parte del cielo) son llevados primero al reconocimiento y la creencia de que el Señor es su padre, y, después, al reconocimiento y la creencia de que él es el Señor de todo, y por consiguiente Dios del cielo y de la tierra. Más adelante se verá que los niños pequeños maduran en el cielo y por medio de cogniciones[24] llegan a la plena inteligencia y sabiduría angélicas[25].

5. No puede haber duda alguna entre los hombres de Iglesia de que el Señor es Dios del cielo, porque él mismo enseña que todo lo del Padre le pertenece (Mateo 11, 27; Juan 16, 15 y 17, 2) y que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mateo 28, 18). Se dice «en el cielo y en la tierra» porque el que gobierna el cielo gobierna también la tierra, ya que lo uno depende realmente de lo otro[c]. Su «gobierno del cielo y de la tierra» significa que recibimos de él todo el bien que es inherente al amor y toda la verdad que es inherente a la fe, y por consiguiente, toda inteligencia y toda sabiduría, así como toda felicidad; en resumen, la vida eterna.

Esto es también lo que el Señor nos enseña cuando dice: «El que cree

[b] Un Ser Divino que no puede ser aprehendido en un concepto no puede ser aceptado por la fe: 5110, 5633 *[5663]*, 6982, 6996, 7004, 7211, 9359 *[quizá 9356]*, 9972, 10067.

[c] La totalidad del cielo pertenece al Señor: 2751, 7086. Suyo es el poder en los cielos y en la tierra: 1607, 10089, 10827. Como el Señor gobierna el cielo, gobierna también todo cuanto depende del cielo, lo que significa todas las cosas de este mundo: 2026, 2027, 4523, 4524. Sólo el Señor tiene el poder de desterrar a los infiernos, separar a los hombres del mal y unirlos al bien; es decir, el poder de salvar: 10019.

en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida» (Juan 3, 36). Y añade: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente» (Juan 11, 25-26)[26]. Y también: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14, 6).

6. Hubo algunos espíritus que reconocieron al Padre pero creyeron que el Señor era únicamente un hombre como cualquier otro, y, por consiguiente, no creían que fuera el Dios del cielo. A éstos se les permitió marchar de aquí para que preguntaran a todos si existía algún cielo que no fuera el del Señor. Preguntaron durante varios días pero no encontraron respuesta.

Hubo quienes pusieron su felicidad en la gloria y en el ejercicio del poder, mas como no pudieron lograr lo que tanto anhelaban, y como se les dijo que tales sentimientos no formaban parte del cielo, se sintieron insultados. Querían un cielo en el que pudiesen dominar a los otros y sobresalir en el tipo de gloria que habían tenido en este mundo.

La naturaleza divina del Señor constituye el cielo

7. Aunque llamamos cielo a la reunión de todos los ángeles porque, en efecto, lo forman, lo que realmente constituye el cielo de manera global y en cada parte específica es la naturaleza divina que procede del Señor, fluye hacia los ángeles y es recibida por ellos. La naturaleza divina que procede del Señor es el bien intrínseco del amor y la verdad intrínseca de la fe. En la medida en que los ángeles reciben del Señor el bien y la verdad, en esa medida los ángeles son ángeles y el cielo es cielo.

8. Todos en el cielo saben, creen e incluso perciben que el yo no pretende ni realiza nada bueno y que no piensa ni cree nada verdadero, pues todo el bien y la verdad proceden de lo Divino, es decir, del Señor. Nada que sea bueno o verdadero para el yo es realmente bueno o verdadero, porque no hay vida de lo Divino en él. Los ángeles del cielo central[27] perciben y sienten el influjo de manera distinta. Cuanto más reciben, más les parece estar en el cielo, pues más plenamente absortos están en el amor y la fe, en la luz de la inteligencia y la sabiduría y en la alegría celestial que de ello deriva. Una vez comprendemos que todas estas cualidades proceden de la naturaleza divina del Señor, queda claro que es

ésta la que constituye el cielo. Los ángeles no hacen nada con sentido de propiedad[a].

Por eso en la Palabra se llama al cielo «la morada» y «el trono» del Señor y se dice de los que allí viven que están «en el Señor»[b]. Sobre la forma en que la divinidad procede del Señor y llena el cielo nos explicaremos más adelante[28].

9. En su sabiduría, los ángeles van aún más lejos. Dicen que no sólo todo bien y toda verdad procede del Señor, sino también cualquier partícula de vida. Confirman de este modo que nada puede nacer de sí mismo, pues la existencia de cualquier cosa presupone algo anterior. Esto significa que todo ha nacido de un Principio, al que consideran el Ser esencial *[Esse]* de la vida de todo. Todo perdura de la misma manera, pues perdurar es un constante venir a la existencia[29]. Si las cosas no se mantuvieran en una relación constante con el Principio[30], a través de elementos intermedios, instantáneamente se desintegrarían y desaparecerían. Añaden, además, que únicamente existe una fuente de vida, y que la vida humana es una corriente que fluye desde ella. Si la vida no estuviera constantemente alimentada por su fuente, se agotaría de inmediato.

[2] Es más: dicen que nada fluye de esa fuente única de vida que es el Señor que no sea divinamente bueno y divinamente verdadero, lo que afecta a cada individuo según la forma en que lo reciba. Quienes lo aceptan en su fe y en su vida encuentran el cielo en ello, pero quienes lo rechazan o sofocan lo transforman en infierno. En verdad, estos últimos transforman el bien en mal y la verdad en falsedad, en suma, la vida en muerte.

Los ángeles confirman también su creencia de que el Señor es la fuente de toda vida al observar que todo lo que existe en el universo remite al bien y la verdad. Nuestra vida volitiva, la vida de nuestro amor, remite al

[a] Los ángeles reconocen que todo bien procede del Señor y no de ellos mismos, y que el Señor mora en ellos en lo que es de él y no en nada que ellos puedan reclamar como suyo: 9338, 10125, 10151, 10157. En consecuencia, los «ángeles» significan en la Palabra algo que pertenece al Señor: 1925, 2821, 3093, 4085, 8192, 10528. Debido a su aceptación de la divinidad del Señor, los ángeles son llamados dioses: 4295, 4402, 7268, 7873, 8192, 8301. En verdad, el Señor es la fuente de todo lo que es realmente bueno y de todo lo que es realmente verdadero, de toda paz, amor, caridad y fe: 1614, 2016, 2751, 2882, 2883, 2891, 2892, 2904. Es también la fuente de toda sabiduría e inteligencia: 109, 112, 121, 124.

[b] De quienes están en el cielo se dice que están en el Señor: 3637, 3638.

bien, mientras que nuestra vida cognitiva, la vida de nuestra fe, remite a la verdad. Habida cuenta que todo bien y toda verdad vienen a nosotros de lo alto, se deduce de ello que ésa es la fuente de toda nuestra vida.

[3] Como ésta es la creencia de los ángeles, rechazan cualquier agradecimiento que se les pueda ofrecer por el bien que llevan a cabo. En realidad, se sienten heridos y protestan si alguien les atribuye a ellos algún bien. Se sorprenden de que alguien pueda creer que son sabios o que hacen el bien por sí mismos. Hacer el bien por uno mismo, en su lenguaje, no puede calificarse de «bueno», porque es una actitud que procede del yo. Hacer el bien por el bien es lo que ellos llaman «el bien de lo Divino», y dicen que éste es el tipo de bien que constituye el cielo, porque ese tipo de bien es el Señor[c].

10. Los espíritus que durante su vida terrena quedaron persuadidos de ser ellos mismos la fuente del bien que hacían y de la verdad que creían, o que reclamaron esas virtudes como propias, no son aceptados en el cielo. Ésa es la creencia de todos aquellos que atribuyen mérito a sus buenas acciones y pretenden ser justos. Los ángeles los evitan, considerándolos estúpidos y ladrones: estúpidos porque están continuamente pensando en sí mismos y no en lo Divino, y ladrones porque se apropian de lo que realmente pertenece al Señor. Contradicen la creencia del cielo de que la naturaleza divina del Señor en los ángeles es lo que constituye el cielo.

11. Quienes están en el cielo o en la Iglesia están en el Señor y el Señor está en ellos. Esto es lo que el Señor nos enseñó cuando dijo: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto en sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15, 4-7 *[4-5]*).

12. Por último, esto nos permite concluir que el Señor habita en los ángeles en lo que le pertenece, y por consiguiente que el Señor es la esencia y la totalidad del cielo. La razón de que así sea es que el bien que procede del Señor es el Señor en ellos y entre ellos, puesto que lo que procede de él es él mismo. En consecuencia, el bien del Señor, y no algo que pertenezca a ellos mismos, es el cielo para los ángeles.

[c] El bien que procede del Señor tiene al Señor en su interior, pero el bien atribuido a uno mismo, no: 1802, 3951, 8478.

La naturaleza divina del Señor en el cielo es el amor a él y la caridad[31] para con el prójimo

13. En el cielo, la naturaleza divina que emana del Señor se llama verdad divina, por la razón que se expondrá más adelante. La verdad divina se derrama en el cielo desde el Señor, desde su amor divino. El amor divino y la verdad divina que deriva de él son semejantes al fuego y la luz que desde el sol llegan hasta nuestro mundo. El amor es como el fuego del sol, y la verdad que de él procede es como la luz del sol. Además, por razones de correspondencia, el fuego significa el amor y la luz significa la verdad que fluye desde él[a].

Esto nos permite determinar el carácter de la verdad divina que procede del amor divino: en su esencia, es el bien divino unido a la verdad divina, los cuales, al estar unidos, dan vida a todo en el cielo, como el calor del sol unido a su luz hacen que todo fructifique en la tierra en primavera y verano. Es diferente cuando el calor no está unido a la luz, cuando la luz es, por tanto, fría. Entonces todas las cosas van más despacio y están como apagadas.

El bien divino, que hemos comparado al calor, es el bien del amor entre los ángeles y dentro de ellos, y la verdad divina, que hemos comparado a la luz, es el medio y el origen de ese bien de amor.

14. La razón de que lo Divino en el cielo (que, en realidad, constituye el cielo) sea amor es que el amor es unión espiritual. Une a los ángeles con el Señor y a éstos entre sí, y lo hace tan perfectamente que a ojos del Señor son como un solo ser[32]. Además, el amor es el verdadero ser *[esse]* de toda vida individual, y, por tanto, la fuente de la vida de los ángeles y de la vida de los seres humanos en este mundo. Quien reflexione acerca de ello se dará cuenta de que el amor es nuestro núcleo vital. Nos calentamos gracias a su presencia y nos enfriamos por su ausencia, hasta que, privados por completo de él, morimos[b]. Debemos comprender que

[a] En la Palabra, «fuego» significa amor en ambos sentidos [esto es, amor por el bien y por el mal]: 934, 4906, 5215; el fuego sagrado y celestial significa el amor divino y todo sentimiento que le corresponda: 934, 6314, 6832; la «luz» que procede del fuego significa la verdad que fluye del bien del amor, y la luz en el cielo es la verdad divina: 3395 *[3195]*, 3485, 3636, 3643, 3993, 4302, 4413, 9548, 9684.

[b] El amor es el fuego de la vida, y la vida procede realmente del amor: 4906, 5071, 6032, 6314.

la condición de nuestro amor determina la condición de nuestra vida[33].

15. Hay dos formas de amor perfectamente diferenciables en el cielo: el amor al Señor y el amor al prójimo. El amor al Señor es característico del tercer cielo o cielo central, mientras que el amor al prójimo es característico del segundo cielo o cielo intermedio[34]. Ambos proceden del Señor y cada uno crea un cielo.

A la luz del cielo, es fácil ver en qué difieren estas dos formas de amor y cómo están unidas, pero en nuestro mundo eso sólo se puede ver de forma vaga. En el cielo «amar al Señor» no quiere decir amarle por la imagen que proyecta[35], sino amar el bien que procede de él. Además, «amar al prójimo» no significa amar a los semejantes por la imagen que proyectan, sino amar la verdad que procede de la Palabra. Amar la verdad es quererla y llevarla a la práctica. Podemos comprobar, por tanto, que esas dos formas de amor difieren del mismo modo que difieren el bien y la verdad, y se unen, también, de la misma forma que el bien se une con la verdad[c].

Pero todo esto difícilmente podrá ser comprendido por quien no sepa qué es el amor, qué es el bien y qué es el prójimo[d].

16. En numerosas ocasiones he hablado de todo esto con los ángeles, que han expresado su asombro porque los miembros de la Iglesia no sepan que amar al Señor y amar al prójimo es amar lo que es bueno y verdadero y hacerlo intencionadamente. Los hombres deberían comprender que demostramos nuestro amor queriendo y haciendo lo que otro quiere. Y así es también como llegamos a ser amados, no «amando» al otro pero negándonos a hacer lo que el otro desea, pues, en esencia, eso no es amar en absoluto. Deberían comprender igualmente que el bien que procede del Señor es una imagen del Señor, pues él está ahí. Nos convertimos en imagen de él y estamos unidos a él cuando hacemos del bien y la verdad los principios de nuestra vida, en intención y

[c] Amar al Señor y a nuestro prójimo significa vivir según las leyes del Señor: 10143, 10153, 10310, 10578, 10648.

[d] Amar al prójimo no es amar la imagen que proyecta, sino amar lo que está dentro de él y que es, por tanto, su verdadero origen, a saber, el bien y la verdad: 5025 *[5028]*, 10336; si se ama al individuo pero no lo que está dentro de él, y que constituye por tanto su origen, se ama el mal tanto como el bien: 3820; «caridad» significa buscar lo que es verdadero y ser influido por cosas intrínsecamente verdaderas: 3876, 3877; caridad para con el prójimo es hacer lo que es bueno, justo y honrado en toda tarea y oficio: 8120-8122.

acción, pues tender intencionadamente hacia algo es querer hacerlo. El Señor nos enseña que esto es cierto cuando dice: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada con él» (Juan 14, 21. 23)[36], y también, «Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Juan 15, 10. 12)[37].

17. Toda mi experiencia en el cielo atestigua el hecho de que la naturaleza divina que procede del Señor, que afecta a los ángeles y constituye el cielo, es amor. De hecho, todos los que allí están son formas de amor y caridad y parecen tener una belleza inefable. Sus rostros, sus palabras y todos los detalles de su conducta irradian amor[e].

Además, en torno a cada ángel y cada espíritu hay un aura[38] de vida espiritual que emana de ellos y los envuelve. Por medio de esta aura se puede reconocer incluso a distancia la cualidad de sus sentimientos y de su amor, pues fluye desde la vida de los sentimientos y los pensamientos consecuentes de cada uno, es decir, de la vida de su amor y de su consiguiente fe. El aura que emana de los ángeles está tan llena de amor que puede llegar hasta los rincones más recónditos de la vida de aquel en que se manifiesta. Yo la he percibido en ciertas ocasiones y me ha conmovido profundamente[f].

He podido constatar que el amor es la fuente de la vida de los ángeles, pues todos en la otra vida se vuelven en la dirección determinada por su amor. Quienes permanecen en el amor al Señor y en el amor al prójimo están constantemente vueltos hacia el Señor, mientras que aquellos que están empeñados en el egoísmo están volviendo de continuo la espalda al Señor. Esto sigue siendo cierto independientemente de la dirección que tomen, pues en la otra vida las relaciones espaciales están determinadas por la naturaleza interna de las personas, que determina también las regiones geográficas, cuyas fronteras no están trazadas a la manera en que lo están en el mundo físico, sino que dependen del lugar hacia el que se mira. Realmente, no son los ángeles quienes se vuelven hacia el Señor,

[e] Sobre los ángeles como formas de caridad: 3804, 4735, 4797, 4985, 5199, 5530, 9879, 10177.

[f] El aura espiritual, que es un aura de vida, se derrama en oleadas desde cada persona, cada espíritu y cada ángel y se adhiere a ellos: 4464, 5179, 7454, 8630. El aura fluye desde la vida de los sentimientos y sus pensamientos consiguientes: 2489, 4464, 6206.

sino el Señor el que vuelve hacia sí a todos aquellos a quienes complace hacer todo lo que tiene su origen en él[g,39]. Pero trataremos más ampliamente este asunto más adelante, cuando examinemos las regiones geográficas en la otra vida[40].

18. La razón de que la naturaleza divina del Señor en el cielo sea amor es que el amor es receptáculo de toda cualidad celestial, es decir, de la paz, la inteligencia, la sabiduría y la felicidad. El amor es receptivo de todo cuanto está en armonía con él. Lo anhela, lo busca, lo absorbe espontáneamente porque tiene el constante propósito de unirse con todo ello y salir de este modo enriquecido[h]. Los seres humanos reconocen realmente este hecho, puesto que el amor que está en su interior inspecciona la memoria, por decirlo así, y saca de ella todas las cosas que concuerdan con él, reuniéndolas y disponiéndolas dentro y debajo de sí; dentro de sí, de manera que pueda poseerlas, y debajo para que puedan servirle. Por el contrario, desecha y erradica las cosas que no armonizan con él[41].

He podido ver muy claramente que el amor tiene una plena capacidad intrínseca para aceptar los elementos de verdad que se adaptan a él y también un deseo de unirlos a sí mismo. Pude comprenderlo con claridad observando a quienes han sido llevados al cielo. Incluso aquellos que en este mundo formaban parte de la gente sencilla llegaron a la sabiduría angélica y la felicidad celestial en compañía de los ángeles, pues amaban lo que es bueno y verdadero por ser bueno y verdadero. Habían implantado esas cualidades en su vida y de este modo se habían hecho capaces de aceptar el cielo y todas sus inefables riquezas.

Sin embargo, quienes están encerrados en el amor a sí mismos y al mundo no tienen esa capacidad receptiva. Se apartan de esas cualidades, las rechazan, y a su primer toque o influjo tratan de escapar de ellas. Se alían entonces con quienes están en el infierno, atrapados en un amor como el suyo.

[g] Los espíritus y los ángeles se vuelven continuamente en dirección a lo que aman, lo que significa que en los cielos todos están constantemente vueltos hacia el Señor: 10130, 10189, 10420, 10702. En la otra vida, las regiones geográficas dependen, para los individuos particulares, de la dirección en la que miren; esto es lo que establece sus fronteras, a diferencia de lo que ocurre en el mundo físico: 10130, 10189, 10420, 10702.

[h] El amor incluye incontables elementos y recibe en sí todo lo que está en armonía con él: 2500, 2572, 3078, 3189, 6323, 7490, 7750.

Había espíritus que dudaban de que ese amor fuera tan pleno y quisieron saber si era realmente verdadero. Para que pudiesen averiguarlo, se les llevó a un estado de amor celestial, se quitaron de en medio todos los obstáculos y fueron conducidos a considerable distancia hasta un cielo angélico. Hablaron conmigo desde allí y me dijeron que experimentaban una felicidad más intensa de lo que se puede expresar con palabras, lamentando el tener que regresar a su anterior estado. También otros han sido elevados al cielo, y cuanto más profundo o más alto se les ha llevado, más profundamente y más intensamente han penetrado en la inteligencia y la sabiduría, llegando a comprender cosas que antes les habían resultado incomprensibles. Vemos así que el amor que emana del Señor está abierto al cielo y a todas sus riquezas.

19. Podemos concluir que el amor a Dios y el amor al prójimo abarcan en sí mismos toda la verdad de lo Divino, pues así se deduce de lo que el Señor dijo sobre estas dos formas de amor: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» (Mateo 22, 37-40). La Ley y los profetas son la totalidad de la Palabra, lo que significa toda la verdad divina.

El cielo está dividido en dos reinos

20. Como en el cielo hay una variedad infinita –ya que, de hecho, no hay comunidad ni ser individual que sea idéntico a otro[a]– se encuentran, en consecuencia, unas divisiones generales, otras más específicas y otras particulares. En su conjunto, el cielo está divido en dos reinos, más específicamente en tres cielos, y, más en particular, en innumerables comunidades[42]. A continuación examinaremos los detalles. La denominación de «reinos» se debe a que el cielo es «el reino de Dios».

21. Hay ángeles que aceptan la naturaleza divina que emana del Señor

[a] Hay una variedad infinita, y nada puede ser idéntico a otra cosa: 7236, 9002. Hay también una variedad infinita en el cielo: 684, 690, 3744, 5598, 7236. La variedad en el cielo es variedad de lo que es bueno: 3744, 4005, 7236, 7833, 7836, 9002. De este modo se diferencian todas las comunidades del cielo entre sí y cada ángel de los otros dentro de una misma comunidad: 690, 3241, 3519, 3804, 3986, 4067, 4149, 4263, 7236, 7833, 7836. Sin embargo, todos forman una sola entidad por el amor del Señor: 457, 3986.

en un nivel más profundo y otros que la aceptan menos profundamente. A los que la aceptan más profundamente se les llama ángeles celestiales, y a los que la aceptan menos profundamente, ángeles espirituales. El cielo está por tanto dividido en dos reinos, uno llamado reino celestial, y el otro, reino espiritual[b].

22. Los ángeles que constituyen el reino celestial aceptan la naturaleza divina del Señor en un nivel más profundo, y por tal razón se les llama ángeles superiores o interiores. Consecuentemente, los cielos que constituyen son denominados cielos superiores o interiores[c]. Empleamos las palabras «superior» e «inferior» para referirnos, respectivamente, a las cosas más internas y a las más externas[d,43].

23. El amor que envuelve a quienes están en el reino celestial se llama amor celestial, y el que envuelve a quienes están en el reino espiritual, amor espiritual. El amor celestial es amor al Señor, y el amor espiritual es caridad hacia el prójimo. Además, como todo bien está relacionado con el amor (pues todo lo que amamos es bueno en nuestra consideración), el bien de un reino se llama celestial y el bien del otro, espiritual. De este modo podemos observar cómo se distinguen estos dos reinos entre sí: a saber, de la misma forma que se distingue el bien del amor al Señor del bien de la caridad hacia el prójimo[e]. Puesto que el primer bien es un bien más profundo y el primer amor es un amor más profundo, los ángeles celestiales son ángeles más interiores y se denominan «superiores».

24. El reino celestial recibe también el nombre de reino sacerdotal del Señor y, en la Palabra, se le llama «su morada»; y al reino espiritual se le llama su reino regio; en la Palabra, «su trono». En el mundo, el Señor se

[b] En su conjunto, el cielo está dividido en dos reinos, un reino celestial y un reino espiritual: 3887, 4138. Los ángeles del reino celestial aceptan la naturaleza divina del Señor en su aspecto volitivo, y por tanto más profundamente que los ángeles espirituales, que la aceptan en su aspecto cognitivo: 5113, 6367, 8521, 9935 *[9915]*, 9995, 10124.

[c] A los cielos que constituyen los reinos celestiales se les llama «superiores», mientras que a los que constituyen el reino espiritual se les llama «inferiores»: 10068.

[d] Todo lo que es más profundo se designa como superior, y lo que es superior como más profundo: 2148, 3084, 4599, 5146, 8325.

[e] El bien del reino celestial es el bien del amor al Señor, y el bien del reino espiritual es el bien de la caridad hacia el prójimo: 3691, 6435, 9468, 9680, 9683, 9780.

llamó «Jesús» por su naturaleza divina celestial, y «Cristo» por su naturaleza divina espiritual.

25. Los ángeles del reino celestial del Señor superan a los ángeles del reino espiritual en sabiduría y esplendor porque aceptan la naturaleza divina del Señor en un nivel más profundo. Viven en continuo amor a él y, por consiguiente, más íntimamente unidos a él[f]. La razón de su excelencia es que han aceptado y continúan aceptando las verdades divinas directamente en su vida, sin colocarlas primero en la memoria y el pensamiento, como hacen los ángeles espirituales. Esto significa que las han grabado en sus corazones y las perciben –las ven, podríamos decir–, dentro de sí mismos. Nunca calculan si son o no son ciertas[g]. Son como aquellos que describe Jeremías:

> Pondré mi ley en su mente y la grabaré en su corazón: y no enseñará ya ninguno a su prójimo diciendo, «conoce a Jehová»[44]; desde el más pequeño de ellos al más grande, me conocerán (Jeremías 31, 33-34).

En Isaías, se les llama «los hijos que han sido enseñados por Jehová» (Isaías 54, 13). En Juan 6, 45-46, el Señor mismo enseña que los que son enseñados por Jehová son los mismos que son enseñados por el Señor.

26. Hemos afirmado que tienen más sabiduría y esplendor que los otros porque han aceptado y siguen aceptando las verdades divinas directamente en su vida. Desde el momento en que las escuchan, se sienten atraídos por ellas y quieren vivirlas, sin necesidad de referirlas a la memoria y sin dedicarse a pensar si son verdaderas. Esos ángeles conocen instantáneamente, por influjo directo del Señor, si las verdades que están oyendo son realmente verdaderas o no. El Señor penetra directamente en nuestras intenciones, e indirectamente, a través de ellas, en nuestro pensamiento. En otras palabras, el Señor fluye directamente en

[f] Los ángeles celestiales son mucho más sabios que los ángeles espirituales: 2718, 9995. Sobre la naturaleza de la diferencia entre los ángeles celestiales y los ángeles espirituales: 2088, 2669, 2708, 2715, 3235, 3240, 4788, 7068, 8121 *[8521]*, 9277, 10295.

[g] Los ángeles celestiales no argumentan sobre las verdades de la fe porque las comprenden desde dentro de sí mismos, mientras que los ángeles espirituales argumentan sobre si son ciertas o no: 202, 337, 597, 607, 784, 1121, 1387 *[1384]*, 1398 *[1385, 1394]*, 1919, 3246, 4448, 7680, 7877, 8780, 9277, 10786.

lo que es bueno en nosotros, e indirectamente, a través de eso que es bueno, en lo que es verdadero[h]. Llamamos «bueno» a todo lo que incumbe a la voluntad y, por tanto, a la acción, y «verdadero» a todo lo que incumbe a la memoria y, por tanto, al pensamiento. Sin embargo, mientras una verdad cualquiera está en la memoria, y por tanto en el pensamiento, ni es buena ni está viva. No ha sido asimilada por la persona, pues una persona es tal en virtud de su voluntad, en primer lugar, y de su entendimiento, en segundo lugar, no en virtud del entendimiento separado de la voluntad[i,45].

27. Al existir una diferencia entre los ángeles del reino celestial y los ángeles del reino espiritual, no viven juntos ni asociados unos con otros. Pueden comunicarse sólo a través de comunidades angélicas mediadoras llamadas «espirituales-celestiales»: por su mediación el reino celestial fluye en el reino espiritual[j]. El resultado de ello es que aunque el cielo esté dividido en dos reinos, ambos sin embargo forman uno solo. El Señor provee siempre de ángeles mediadores como éstos a través de los cuales puede haber comunicación y unión.

28. Puesto que se tratará ampliamente de los ángeles de cada reino en las páginas siguientes, renuncio a dar más detalles aquí.

[h] El influjo del Señor es en el bien y a través del bien en la verdad, y no al revés. Así también en nuestra voluntad y a través de ella en el entendimiento, y no al revés: 5482, 5649, 6027, 8685, 8701, 10153.

[i] Nuestra voluntad es la substancia de nuestra vida y es lo que recibe el bien del amor, mientras que nuestro entendimiento es la manifestación consecuente de la vida y es lo que recibe los elementos buenos y verdaderos de la fe: 3619, 5002, 9282. Por consiguiente, nuestra vida volitiva es nuestra vida fundamental, y nuestra vida cognitiva deriva de ella: 585, 590, 3619, 7342, 8885, 9285 *[9282]*, 10076, 10109, 10110. Son las cosas aceptadas en nuestra voluntad las que se convierten en materia de vida y son asimiladas por nosotros: 3161, 9386, 9393. Se es persona en virtud de la voluntad, y secundariamente en virtud de la capacidad cognitiva: 8911, 9069, 9071, 10076, 10106, 10110. Quienes tienden al bien y piensan bien son amados y valorados por los otros, mientras que aquellos que piensan bien pero no quieren el bien son rechazados y despreciados: 8911, 10076. Después de la muerte, lo que corresponde a la voluntad y el entendimiento que de ella deriva permanece en nosotros, pero todo lo que es solamente materia de cognición, y no de volición, desaparece, porque no está realmente dentro de nosotros: 9069, 9071, 9282, 9386, 10153.

[j] Existe comunicación y unión de los dos reinos por medio de comunidades angéli-

Hay tres cielos

29. Hay tres cielos, que se distinguen muy claramente entre sí. Hay un cielo central o tercero, un cielo intermedio o segundo y un cielo exterior o primero[46]. Se suceden en este orden y hay entre ellos una mutua relación, semejante a la que existe entre la cabeza o parte superior del cuerpo humano con el torso o parte media y con los pies o parte inferior; o también como las partes alta, media y baja de una casa. La vida divina que emana y desciende del Señor sigue igualmente ese mismo modelo. Y es la necesidad del orden divino lo que determina la disposición tripartita del cielo.

30. Los niveles más profundos de la mente y la disposición[47] humanas siguen también un modelo semejante. Tenemos una naturaleza central, otra intermedia y otra exterior, pues cuando fue creada la humanidad, todo el orden divino se concentró en el ser humano, hasta el punto de que, en cuanto a su estructura, el hombre es el orden divino y es, por consiguiente, un cielo en miniatura[a]. Por la misma razón, estamos en relación con el cielo en cuanto a nuestra naturaleza interior y estaremos en compañía de los ángeles después de la muerte, ya sea de los ángeles del cielo central, del intermedio, o del exterior, según haya sido nuestra aceptación del bien y la verdad divina del Señor en el transcurso de nuestra vida terrena.

31. La naturaleza divina que fluye del Señor y es aceptada en el tercer cielo o cielo central se llama celestial, y, por consiguiente, los ángeles que le corresponden son los ángeles celestiales. La naturaleza divina que fluye del Señor y es aceptada en el segundo cielo o cielo interme-

cas denominadas «espirituales-celestiales»: 4047, 6435, 8787 *[8796]*, 8881 *[8802]*. Sobre el influjo del Señor a través del reino celestial en el espiritual: 3969, 6366.

[a] Todos los elementos del orden divino están reunidos en el ser humano, y, por la creación, el ser humano es, estructuralmente, el orden divino: 4219, 4220 *[4222]*, 4223, 4523, 4524, 5114, 5368 *[3628, 5168]*, 6013, 6057, 6605, 6626, 9706, 10156, 10472. En el hombre, la persona interior está estructurada a semejanza del cielo, y la exterior a semejanza de la tierra, y por eso los antiguos consideraban al ser humano como un microcosmo: 4523, 5368 *[3628, 5115]*, 6013, 6057, 9279, 9706, 10156, 10472. Así, por la creación, el hombre es un cielo en miniatura en cuanto a las cosas interiores, un espejo del macrocosmo, y también la persona que fue creada de nuevo o regenerada por el Señor: 911, 1900, 1982 *[1928]*, 3624-3631, 3634, 3884, 4041, 4279, 4523, 4524, 4625, 6013, 6057, 9279, 9632.

dio se llama espiritual, y a sus ángeles se les llama, por consiguiente, ángeles espirituales. La naturaleza divina que fluye del Señor y es aceptada realmente en el tercer cielo o cielo exterior se llama natural. No obstante, puesto que lo «natural» de ese cielo no es como lo «natural» de nuestro mundo, sino que tiene algo de espiritual y celestial, ese cielo es llamado «espiritual-natural» o «celestial-natural», y los ángeles que en él están son llamados ángeles «espirituales-naturales» o «celestiales-naturales»[b]. Los ángeles llamados espirituales-naturales son los que aceptan el influjo del cielo intermedio o segundo, que es el cielo espiritual, mientras que los ángeles llamados celestiales-naturales son los que aceptan el influjo del cielo central o tercero, que es el cielo celestial. Los ángeles espirituales-naturales y los ángeles celestiales-naturales son diferentes entre sí, pero constituyen un solo cielo porque están todos en el mismo nivel.

32. Cada cielo tiene una parte exterior y otra interior. A los ángeles que están en la región interior se les llama «ángeles interiores», mientras que a los de la región exterior se les llama «ángeles exteriores». La parte exterior e interior de los cielos (o de cada cielo particular) son como nuestro lado volitivo y su aspecto cognitivo. Todo lo volitivo tiene su lado cognitivo, pues no se da lo uno sin lo otro. Lo volitivo es como una llama, y lo cognitivo como la luz que la llama emite[48].

33. Debe quedar muy claro que es la naturaleza interior de los ángeles lo que determina el cielo en que se encuentran. Cuanto más se han abierto los niveles profundos, más interior es el cielo en el que están. Hay tres niveles internos en cada ángel o espíritu, y también en cada ser humano. Aquéllos cuyo tercer nivel ha sido abierto están en el cielo central, mientras que quienes sólo tienen abierto el segundo o el primero están en el cielo intermedio o en el más exterior, respectivamente.

Los niveles más profundos se abren por nuestra aceptación de los dones del bien divino y la verdad divina. Quienes son realmente afectados

[b] Hay tres cielos, uno central, otro intermedio y otro exterior, o bien, cielos tercero, segundo y primero: 684, 8594 *[9594]*, 10270. Las diferentes clases de bien siguen también esta triple secuencia: 4938, 4939, 9992, 10005, 10017. El bien del cielo central o tercero se denomina celestial, el bien del cielo intermedio o segundo se denomina espiritual y el bien del cielo exterior o primero se denomina espiritual-natural: 4279, 4286, 4938, 4639, 9992, 10005, 10017, 10068.

por los dones de la verdad divina y los admiten directamente en su vida –en sus intenciones y, por tanto, en sus acciones– están en el cielo central o tercero, y su situación en él depende de su aceptación del bien en respuesta a la verdad. Quienes no permiten que esos dones de la verdad entren directamente en sus intenciones, sino sólo en su memoria y, desde allí, en su entendimiento, queriéndolos y realizándolos como resultado de ese proceso, están en el cielo intermedio o segundo. Aquellos que llevan una vida moral recta y creen en lo divino sin ningún interés especial en aprender, están en el cielo exterior o primero[c]. Por consiguiente, podemos concluir que el estado de nuestra naturaleza interior es lo que constituye el cielo y que el cielo está dentro de cada uno de nosotros, y no fuera. Esto es lo que el Señor nos enseña cuando dice:

El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: helo aquí, o helo allí; porque he aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas 17, 20-21).

34. La perfección aumenta cuando nos dirigimos hacia dentro y disminuye cuando vamos hacia fuera, porque las cosas más interiores están más cerca del Señor y son intrínsecamente más puras, mientras que las cosas más exteriores están más lejos del Señor y son intrínsecamente más bastas[d]. La perfección angélica consiste en inteligencia, sabiduría, amor y toda clase de bien, y en la felicidad que de todo ello se deriva, pero no en alguna felicidad desprovista de esas cualidades, pues, sin ellas, la felicidad es meramente superficial y carece de toda profundidad.

Puesto que las facultades interiores de los ángeles del cielo central están abiertas en el tercer nivel, su perfección sobrepasa con mucho la de los ángeles del cielo intermedio, cuyas facultades interiores están abiertas

[c] Hay en el ser humano tantos niveles de vida como en los cielos, y éstos se abren después de la muerte según la forma en que el individuo haya vivido: 3747, 9594. El cielo está dentro de nosotros: 3884. Por eso las personas que han aceptado el cielo dentro de sí en este mundo entran en el cielo después de la muerte: 10717.

[d] Las cosas más interiores son más perfectas porque están más cerca del Señor: 3405, 5146, 5147. Hay miles y miles de cosas en el interior que aparecen exteriormente como si fueran una sola cosa general: 5707. En la medida en que se nos lleva desde las preocupaciones exteriores hacia las interiores, entramos en la luz y por tanto en la inteligencia, y este ascenso es como salir de la bruma al aire limpio: 4598, 6183, 6333 *[6313]*.

en el segundo nivel. Por la misma razón, la perfección de los ángeles del cielo intermedio sobrepasa la de los ángeles del cielo exterior.

35. Debido a esta diferencia, los ángeles de un cielo no pueden reunirse con los ángeles de otro cielo: los ángeles de un cielo inferior no pueden subir a uno superior, y los de un cielo superior no puede bajar a uno inferior. Quien sube de un cielo a otro es presa de una inquietud que llega incluso al dolor y no puede ver a quienes están allí, y mucho menos hablar con ellos. Quien desciende de un cielo superior a otro inferior pierde su sabiduría, su habla se vuelve balbuceante y pierde toda confianza en sí mismo.

Hubo quienes, procedentes del cielo exterior y no instruidos acerca de que el cielo depende de las cualidades más profundas de los ángeles, creyeron que encontrarían mayor felicidad angélica con tan sólo ser admitidos en el cielo en que aquellos ángeles vivían. Se les permitió visitarlos, pero cuando llegaron, aunque había allí numerosos ángeles, no veían a ninguno por mucho que miraban, pues los niveles más profundos de los recién llegados no habían sido abiertos en el nivel en que vivían los ángeles interiores, de manera que carecían de visión. Muy pronto se apoderó de ellos tal angustia que, al final, apenas podían decir si estaban vivos o no, así que rápidamente decidieron volver al cielo del que procedían, contentos de encontrarse de nuevo entre sus iguales. Prometieron entonces que nunca pretenderían condiciones superiores a las que convenían a su propia forma de vida.

Es diferente cuando el Señor sube a alguien desde un cielo inferior a otro superior para que vea su esplendor, lo que sucede con gran frecuencia. Los que así son ascendidos son preparados por adelantado y se les asignan ángeles mediadores que sirven como agentes de comunicación.

Vemos, pues, que los tres cielos son muy distintos entre sí.

36. Sin embargo, los que viven en el mismo cielo pueden asociarse allí con quien quieran, y el deleite de tales reuniones está en proporción a la afinidad de sus valores. Hablaremos más sobre ello en otros capítulos[49].

37. Aunque los cielos sean tan distintos que los ángeles de uno no puedan tener trato regular con los de otro, sin embargo el Señor une todos los cielos por medio de influjos directos e indirectos. El influjo directo va de él a todos los cielos, y el indirecto, de un cielo a otro[e]. De es-

[e] El influjo del Señor procede directamente de él y también indirectamente cuando

ta manera, el Señor efectúa la unidad de los tres cielos. Están todos enlazados, desde el Principio[50] al último cielo, de modo que no hay nada que no esté conectado. Nada que no esté vinculado con el Principio por algún elemento mediador puede permanecer, sino que se desintegra y se convierte en nada[f].

38. Quien no sepa de qué modo el orden divino está dispuesto en niveles no puede comprender cómo se distinguen los cielos entre sí, o qué significa la diferencia entre la persona interior y la persona exterior (en un individuo). La única idea que la mayor parte de la gente de este mundo tiene de las cosas interiores y exteriores es una idea de continuidad, de coherencia a lo largo de una estructura continua desde lo más sutil a lo más basto. Sin embargo, las cosas interiores y las cosas exteriores no están dispuestas en una estructura continua, sino que tienen límites definidos.

Hay dos tipos de niveles, continuos y discontinuos. Los niveles continuos son como los niveles decrecientes de luz procedente de una llama, hasta llegar a la oscuridad, o como la disminución en la visión de los objetos, desde los que están iluminados hasta los que están en la sombra, o como los niveles de densidad de la atmósfera, del inferior al superior. Estos niveles se miden por la distancia.

[2] Sin embargo, los niveles discontinuos están separados como lo anterior y lo posterior, la causa y el efecto, el productor y el producto. Cualquiera que lo examine atentamente advertirá que este tipo de fases, de producción y composición, se encuentran en todas las cosas del mundo, cualesquiera que sean: una cosa surge de otra, y de ahí una tercera, y así sucesivamente.

[3] Las personas que no adquieren una comprensión de estos niveles no tienen forma de saber cómo están ordenados los cielos o cuál es la

va de un cielo a otro, y lo mismo sigue siendo cierto en cuanto a nosotros respecto de nuestros procesos más internos: 6063, 6307, 6472, 9682, 9683. Sobre el influjo directo de la divinidad del Señor: 6058, 6474-6478, 8717, 8728. Sobre el influjo indirecto a través del mundo espiritual en el mundo natural: 4067, 6982, 6985, 6996.

[f] Todas las cosas vienen a la existencia a partir de otras anteriores a ellas y, por consiguiente, de un Principio. Se mantienen en el ser de la misma manera, puesto que la continuidad en el ser es un nacimiento constante. Por consiguiente, no existe nada que no esté relacionado: 3626-3628, 3648, 4523, 4524, 6040, 6056.

disposición de nuestras capacidades, desde las más profundas hasta las más exteriores, así como tampoco pueden saber cuál es la diferencia entre el mundo espiritual y el mundo natural, o entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Esto implica también que no puedan comprender qué son las correspondencias[51] y las imágenes[52], ni qué es el influjo. Aquellos que sólo están atentos a sus sentidos físicos no comprenden estas diferencias, sino que las consideran como ejemplos de crecimiento y decrecimiento según un modelo de niveles en continuidad[53]. En consecuencia, no pueden hacerse una idea de lo espiritual si no es como lo natural en un grado más puro; por eso están en el exterior, muy distantes de la inteligencia[g].

39. Por último, desvelaré un secreto particular sobre los ángeles de los tres cielos del que nadie hasta ahora era conocedor, pues no se había comprendido la realidad de los niveles. El secreto es éste: que en el interior de cada ángel –y dentro de cada uno de nosotros– hay un nivel central o superior, o algo central y superior, donde la vida divina del Señor fluye de forma íntima y eminente. Desde ese centro el Señor dispone dentro de nosotros todos los demás aspectos, relativamente internos, que se suceden en concordancia con los niveles del orden global. Ese nivel central o superior puede llamarse la puerta de entrada del Señor hacia los ángeles o hacia nosotros, su morada esencial dentro de nosotros.

Es ese nivel central o superior lo que nos hace humanos y nos diferencia de los animales, puesto que éstos carecen de él. Por eso nosotros, a diferencia de los animales, podemos ser elevados por el Señor hacia él hasta en los niveles más profundos de nuestra mente y de nuestro carácter. Por eso podemos creer en él, amarle, y por consiguiente verle. Por eso podemos recibir la inteligencia y la sabiduría y hablar racionalmente. Por eso también vivimos para siempre.

Sin embargo, lo que está previsto y dispuesto por el Señor en ese cen-

[g] Las realidades interiores y exteriores no son una estructura continua, sino que están dispuestas en niveles distintos y separados, con una frontera en cada nivel: 3691, 4145 *[5145]*, 5114, 8603, 10099. Cada nivel se forma a partir de otro, y las cosas formadas de esta manera no son una estructura continua de lo más fino a lo más basto: 6326, 6465. Quien no comprenda la diferencia entre las realidades internas y las externas según niveles de este tipo no puede comprender la persona interior y la exterior o el cielo interior y el exterior: 5146, 6465, 10099, 10181.

tro no fluye abiertamente para la percepción de cualquier ángel, ya que supera el pensamiento angélico y transciende su sabiduría.

40. Hemos expuesto, pues, algunos datos generales sobre los tres cielos. En las páginas siguientes tendremos ocasión de hablar con más detenimiento sobre cada uno de ellos[54].

El cielo está compuesto de incontables comunidades

41. Los ángeles de un determinado cielo no están todos reunidos en un lugar, sino que se encuentran separados en comunidades más amplias o más pequeñas en función de las diferencias que entre ellos existen en cuanto a los buenos efectos del amor y la fe. Los ángeles que ejercen actividades similares forman una misma comunidad. Hay una variedad infinita de buenas actividades en el cielo, y cada ángel individual es, por decirlo así, su propia actividad[a].

42. La distancia entre las comunidades angélicas del cielo varía en la medida en que difieren sus actividades, en general y en particular. Pues la única causa de distancia en el mundo espiritual es la diferencia en cuanto al estado de la naturaleza interior de unos y otros, y en los cielos, por tanto, la diferencia en cuanto a los estados de amor. Cuando las comunidades son muy diferentes, la distancia entre ellas es grande; cuando la diferencia es pequeña, la distancia también lo es. La semejanza es causa de unidad[b].

43. Los individuos de una misma comunidad están distanciados entre sí por el mismo principio. Los mejores, esto es, aquellos que son más perfectos en bondad y por consiguiente en amor, sabiduría e inteligencia, se encuentran en el centro. Aquellos que destacan menos se sitúan a su al-

[a] Hay una variedad infinita, y nunca nada se repite: 7236, 9002. Hay una variedad infinita en los cielos: 684, 690, 3744, 5598, 7236. Las variedades infinitas que existen en los cielos son variedades del bien: 3744, 4005, 7236, 7833, 7836, 9002. Estas variedades vienen a la existencia por medio de verdades, que son múltiples y de ellas procede el bien de cada individuo: 3470, 3804, 4149, 6917, 7236. En consecuencia, todas las comunidades de los cielos, y todos los ángeles de cada comunidad, se diferencian unos de otros: 690, 3241, 3519, 3804, 3986, 4067, 4149, 4263, 7236, 7833, 7836. Sin embargo, actúan de forma concordante por el amor del Señor: 457, 3986.

[b] Todas las comunidades del cielo tienen localizaciones permanentes que dependen de las diferencias en su estado de vida, por tanto, de sus diferencias en cuanto al amor y

rededor a una distancia que está en proporción a su disminuida perfección, del mismo modo que la luz va disminuyendo desde el centro hacia la circunferencia. Los que se encuentran en el centro están envueltos por la luz más intensa; los de la periferia del círculo, por una luz progresivamente más tenue.

44. Las almas tienden espontáneamente, por decirlo así, hacia las que se les asemejan, pues se sienten con ellas como si estuvieran con su propia familia, en su casa, mientras que con las otras se sienten extrañas, como fuera de su hogar. En compañía de sus iguales, las almas disfrutan de libertad y experimentan los deleites de la vida.

45. Vemos así que es el bien lo que reúne a todos en los cielos, y que los ángeles se diferencian por el grado de su bien. Con todo, no son los ángeles los que realizan esa unión, sino el Señor, que es el origen de todo bien. Él los guía, los reúne, los diferencia y los mantiene en libertad en la medida en que están empeñados en el bien. De esta manera, mantiene a cada uno en la vida de su amor y de su fe, de su inteligencia y sabiduría, y, por tanto, en la felicidad[c].

46. Por otra parte, las personas de cualidades semejantes se reconocen entre sí, aunque puedan no haberse visto nunca anteriormente, igual que las personas de este mundo conocen a sus vecinos, parientes y amigos. Así sucede porque la única forma de relación, parentesco y amistad en la otra vida es la forma espiritual, y por consiguiente está en función del amor y la fe[d].

A menudo se me ha permitido ver todo esto cuando estaba en el espíritu y por tanto fuera de mi cuerpo y en compañía de los ángeles. Me daba la impresión de que a algunos los conocía desde la infancia, mientras que otros me resultaban enteramente desconocidos. Aquellos que

la fe: 1274, 3638, 3639. Información importante sobre distancia, localización, lugar, espacio y tiempo en la otra vida o en el mundo espiritual: 1273-1277.

[c] Toda libertad es una cuestión de amor y atracción, pues todo lo que amamos lo hacemos libremente: 2870, 3158, 8907 *[8987]*, 8990, 9585, 9591. Puesto que la libertad es una cuestión de amor, es fuente de vida y alegría para cada ser individual: 2873. Nada parece ser nuestro a menos que proceda de la libertad: 2880. La verdadera esencia de la libertad consiste en ser guiado por el Señor, porque de esa manera somos conducidos por el amor al bien y la verdad: 892, 905, 2872, 2886, 2890, 2891, 2892, 9096, 9586-9591.

[d] En el cielo, todas las cuestiones de proximidad, familia, parentesco y relación con-

creía haber conocido desde la infancia eran los que se encontraban en un estado espiritual semejante al mío, mientras que los otros me parecían desconocidos por encontrarse en un estado distinto[55].

47. Todos los ángeles que forman una comunidad particular tienen en general una cierta semejanza facial, pero difieren en los detalles. Yo podía captar en alguna medida esa semejanza general y las diferencias particulares basándome en las situaciones similares de este mundo. Sabemos que cada raza presenta rasgos generales de semejanza en la cara y en los ojos que nos hace posible reconocerla y distinguirla de las otras razas, y que eso mismo ocurre también, incluso de forma más acentuada, entre las familias. Pues esto es aún más perfectamente verdadero en los cielos, porque allí los sentimientos más profundos son visibles y brillan en el rostro, ya que en el cielo el rostro es la forma exterior que los expresa. En el cielo nadie puede tener un rostro que no sea el de sus sentimientos[56].

También se me mostró cómo esta semejanza general variaba en los detalles entre los miembros de una misma comunidad. Había una especie de rostro angélico que se me mostraba, y que variaba según las peculiares cualidades del sentimiento de bien y verdad de los miembros de una comunidad particular. Estas variaciones se prolongaban durante un rato, y a lo largo de todas ellas observé que el mismo rostro general permanecía constante como base, y todo lo demás eran simplemente derivaciones y variaciones a partir del mismo rostro. También de esta manera se me mostraron los sentimientos de toda la comunidad que daban lugar a las diferencias en los rostros de sus miembros, pues como ya he señalado, el rostro de los ángeles es la forma que toman sus cualidades más profundas, lo que significa que es la forma de los sentimientos de amor y de fe.

48. Por eso también un ángel de particular sabiduría ve la cualidad de los otros instantáneamente por su rostro. En el cielo, nadie puede ocultar su carácter íntimo por la expresión facial, no puede fingir, y mucho menos mentir y engañar a los otros mediante embuste o hipocresía.

Sucede en ocasiones que elementos hipócritas entren furtivamente en las comunidades celestiales; estos hipócritas, expertos en esconder su naturaleza profunda y en disponer su apariencia externa con el aspecto benevolente que presentan en público, engañan de este modo a los ángeles

sanguínea surgen del bien y dependen de afinidades y diferencias: 695 *[685]*, 917, 1394, 2739, 3612, 3815, 4121.

de luz. Sin embargo, no pueden permanecer mucho tiempo en su entorno, pues pronto empiezan a sentir malestar y tormento interiores, sus rostros se ponen lívidos, y llegan casi a desmayarse: son cambios provocados por la contradicción que supone la vida que allí fluye y que les afecta. Por eso, en seguida son rechazados de nuevo a los infiernos y ya no se atreven a subir de nuevo. Es precisamente a éstos a los que se refieren las palabras evangélicas sobre el hombre que fue descubierto entre los invitados a la cena sin el traje de boda y fue arrojado a las tinieblas exteriores (Mateo 22, 11[-14]).

49. Todas las comunidades se comunican entre sí, pero no por una interacción abierta. Realmente, no son muchos los que dejan su propia comunidad para ir a otra, porque dejar la comunidad propia es como dejarse a sí mismo, o dejar la propia vida, y pasar a otra que no es la que a uno le corresponde. Más bien, se comunican por medio de las auras que emanan de la vida de cada uno[57]. Un aura de vida es un aura de los sentimientos que derivan del amor y la fe. Ésta se extiende hacia fuera y llega a las comunidades circundantes, más lejos y más ampliamente en la medida en que los sentimientos sean más profundos y perfectos[e]. Los ángeles poseen inteligencia y sabiduría en proporción al alcance de su aura. Los que están en el cielo interior y por tanto en el centro tienen un alcance o capacidad de difusión que llega a todo el cielo, de manera que existe una comunicación en el cielo de cada uno con todos y de todos con cada uno[f]. Nos referiremos más detenidamente a este alcance en páginas venideras, cuando hablemos de la forma celestial en que están dispuestas las comunidades angélicas (y también cuando hablemos de la sabiduría e inteligencia de los ángeles), pues la difusión o alcance de los sentimientos y pensamientos está en concordancia con esa forma[58].

50. Hemos observado anteriormente que existen en el cielo unas comunidades mayores y otras más pequeñas. Las más grandes constan de de-

[e] El aura espiritual, un aura de vida que fluye de cada persona, cada espíritu y cada ángel, y los envuelve: 4464, 5179, 7454, 8630. Fluye desde la vida de sus sentimientos y pensamientos: 2489, 4464, 6206. En las comunidades angélicas, el alcance de estas auras es proporcional a la cualidad e intensidad de su amor: 6598-6613 *[6598-6612]*, 8063, 8794, 8797.

[f] En el cielo hay participación de todo bien porque el amor celestial comparte todo lo que tiene con los otros: 549, 550, 1390, 1391, 1399, 10130, 10723.

cenas de miles de individuos, las pequeñas, de algunos miles, y las más pequeñas de unos centenares. Incluso hay quienes viven solos, cada uno en su casa, por decirlo así, y también reunidos por familias. Incluso los que viven separados responden sin embargo a un orden semejante al de los que viven en comunidades, con los más sabios en el centro y los más simples en la periferia. Están muy directamente bajo la guía del Señor y son los mejores entre los ángeles.

Cada comunidad es un cielo a escala reducida, y cada ángel, un cielo a escala aún más reducida

51. La razón de que cada comunidad sea un cielo a escala reducida y cada ángel un cielo a escala aún más reducida es que lo que constituye el cielo es la actividad del amor y la fe. Esta actividad del bien está presente en cada comunidad y en cada ángel de una comunidad, y aunque pueda ser diferente y varíe en cada lugar, es siempre el bien del cielo. La única diferencia es que el cielo tiene una cualidad distinta en cada lugar. Por eso, cada vez que alguien es elevado a una comunidad del cielo, se dice que ha llegado al cielo, y de quienes están en esas comunidades se dice que están en el cielo, cada uno en el suyo. Todos los que han llegado a la otra vida comprenden esto; por eso los que están fuera o por debajo del cielo, si ven a lo lejos una reunión de ángeles, dicen que allí se encuentra el cielo.

Es como la situación de los oficiales, funcionarios y sirvientes de un palacio o corte real. Aunque vivan de forma separada cada uno en sus habitaciones, unas superiores a otras, sin embargo todos están en un mismo palacio o en una misma corte, desempeñando cada uno una función particular al servicio del rey. Así podemos entender lo que quieren decir las palabras del Señor cuando afirma que «en la casa de mi Padre hay muchas moradas» (Juan 14, 2) o las expresiones «cámaras del cielo» y «los cielos de los cielos» que utilizan los profetas[59].

52. También podemos deducir que una comunidad es un cielo a escala reducida del hecho de que la forma celestial de cada comunidad es de la misma naturaleza que el cielo en su conjunto. En el cielo en su conjunto (como decíamos en el § 43), los individuos más sobresalientes están en el centro, y a su alrededor, en orden decreciente hasta la periferia del círculo, están los menos eminentes. Se deriva también de este hecho que el Señor conduce a todos los que están en el conjunto del cielo como si

fueran un solo ángel, y hace lo mismo con aquellos que pertenecen a una comunidad particular. En consecuencia, toda una comunidad angélica aparece a veces como una sola entidad con la forma de un ángel, visión que el Señor me ha permitido contemplar. Además, cuando el Señor aparece en medio de los ángeles, no aparece rodeado por una multitud, sino como un solo individuo en forma angélica. Por eso en la Palabra se denomina ángel al Señor, cuando es también toda una comunidad: Miguel, Gabriel y Rafael no son otra cosa que comunidades angélicas a las que se dan esos nombres debido a sus funciones[a].

53. Así como una comunidad en su conjunto es un cielo a escala más pequeña, así también un ángel es un cielo en su forma mínima. Pues el cielo no está fuera de los ángeles, sino dentro de ellos. Sus niveles más profundos, los niveles de su mente, están ordenados en forma de cielo y por tanto dispuestos para aceptar todos los elementos del cielo que se encuentran en el exterior. Aceptan esos elementos según la cualidad de bien que existe en su interior procedente del Señor. En consecuencia, un ángel es también un cielo[60].

54. Nunca se puede decir que el cielo está fuera de nadie. Está dentro, pues cada ángel recibe el cielo que está fuera de él en concordancia con el que está dentro. Vemos pues cómo se equivocan aquellos que piensan que ir al cielo consiste simplemente en ser trasladado al lugar en que se encuentran los ángeles, sin que importe la cualidad de su vida interior, creyendo que el cielo se concede sencillamente por la misericordia del Señor[b]. Por el contrario, a menos que el cielo esté dentro de cada hombre, nada del cielo que está fuera entra ni es aceptado en él.

Hay muchos espíritus que mantienen esta opinión y que, debido a su fe, han sido llevados al cielo. Sin embargo, una vez llegaron allí, como su

[a] En la Palabra, al Señor se le llama ángel: 6280, 6831, 8192, 9303. Una comunidad en su conjunto es denominada ángel, y Miguel y Rafael son comunidades angélicas llamadas de esa manera en razón de sus funciones: 8192. Las comunidades angélicas y los ángeles individuales no tienen nombres particulares, sino que se identifican por la cualidad de su bien y por algún concepto de él: 1705, 1754.

[b] El cielo no se concede por misericordia, sino según sea la vida de cada uno; cada aspecto de la vida por la que somos conducidos al cielo por el Señor procede de su misericordia, y ése es el significado de la «misericordia»: 5057, 10659. Si el cielo se concedie-

vida interior era contraria a la de los ángeles, quedaron cegados en su entendimiento hasta el punto de volverse virtualmente idiotas, al tiempo que empezaron a ser atormentados en su voluntad, llegando a comportarse como personas que se hubieran vuelto locas. En suma, quienes llegan al cielo tras haber vivido inicuamente llevan su alma consigo y son atormentados como pez fuera del agua, debatiéndose en el aire, o como animal en el éter, en una burbuja de aire cuando el aire se agota[61]. Es evidente, pues, que el cielo está dentro de nosotros y no fuera[c].

55. Puesto que cada cual acepta el cielo que está en el exterior según sea la cualidad del cielo que está en su interior, los ángeles aceptan al Señor de la misma forma, pues es la naturaleza divina del Señor la que constituye el cielo. En consecuencia, cuando el Señor se hace presente en una comunidad particular, su apariencia depende de la naturaleza del bien que actúa en esa comunidad. Por lo tanto, no es exactamente la misma en todas las comunidades[62]. La diferencia no está en el Señor: está en los individuos que le ven desde su propio bien y por consiguiente en concordancia con él. Su visión depende de la cualidad de su amor. Quienes le aman profundamente son profundamente afectados, mientras que quienes le aman con menor profundidad son afectados en un grado menor. A los réprobos, que están fuera del cielo, su presencia les resulta intensamente dolorosa.

Cuando el Señor aparece en una comunidad, aparece como un ángel, pero se le puede identificar por la cualidad divina que irradia.

56. El cielo es el lugar donde se reconoce al Señor, se confía en él y se le ama. Las diferentes formas en que se le adora –con variaciones que resultan de la diferencia de actividad entre las diversas comunidades– no ocasionan ningún inconveniente, sino que procuran beneficio, pues son fuente de perfección celestial.

Resulta difícil explicar esto de manera que pueda ser comprendido sin recurrir a expresiones como las que habitualmente se utilizan en los círculos académicos para explicar cómo un todo perfecto está formado por una variedad de elementos. Cada conjunto perfecto es el resultado de

ra estrictamente por misericordia, se concedería a todos: 2401. Información sobre personas malvadas que fueron rechazadas del cielo y que creyeron que el cielo se concedía a todos por la mera misericordia: 4276 *[4226]*.

[c] El cielo está dentro de nosotros: 3884.

una variedad de elementos, pues un conjunto que no esté formado de este modo no es realmente nada, no tiene forma y, por lo tanto, no tiene cualidad. Sin embargo, cuando un conjunto resulta de una variedad de elementos que tienen una forma perfecta, cada uno de los cuales está asociado con el que le sigue en la serie como dos amigos que simpatizan, entonces el conjunto tiene una cualidad perfecta. Del mismo modo, el cielo es un solo conjunto compuesto por una variedad de elementos dispuestos en la forma más perfecta; pues de todas las formas posibles, la más perfecta es la forma del cielo.

Podemos comprobar que éste es el origen de toda perfección en cada ejemplo de belleza, encanto y deleite que conmueve nuestros sentidos y nuestro espíritu. Esos ejemplos surgen y fluyen de manera invariable del concierto armónico de una pluralidad de cosas que están en concordancia, ya se hayan reunido de manera simultánea o se sucedan en una secuencia. No fluyen de una unidad simple que carezca de diversidad. Por eso decimos que la variedad deleita, y reconocemos que el deleite depende de la cualidad de la variedad. A partir de ahí podemos ver, como en un espejo, que también en el cielo la perfección es el resultado de la variedad, puesto que las cosas que suceden en el mundo natural nos ofrecen un reflejo de lo que son las cosas en el mundo espiritual[d].

57. Podemos decir de la Iglesia lo mismo que decimos del cielo, puesto que la Iglesia es el cielo del Señor en la tierra. También tiene numerosos componentes, y sin embargo cada uno se llama iglesia y lo es en la medida en que las cualidades de amor y fe la gobiernan. En ella, el Señor forma un solo conjunto a partir de una variedad de elementos, y hace por tanto una sola Iglesia de las muchas iglesias[e].

De cada miembro individual de la Iglesia se puede decir más o menos lo mismo que hemos dicho anteriormente de la Iglesia en general, a saber, que la Iglesia está dentro y no fuera, y que cada uno es una

[d] Cada conjunto surge de la armonía y el concierto de múltiples elementos, pues de otro modo no habría cualidad alguna: 457. El cielo en su conjunto es una sola entidad: 457. Por eso todos los que allí se encuentran están centrados en un único objetivo, a saber, el Señor: 9828.

[e] Si el bien fuera la característica esencial de la Iglesia y no la verdad separada del bien, la Iglesia sería una: 1285, 1316, 2982, 3267, 3445, 3451, 3452. Por otra parte, todas las iglesias constituyen una sola Iglesia a los ojos del Señor en razón de su cualidad: 7395 *[7396]*, 9276.

Iglesia en la que el Señor está presente en las cualidades del amor y la fe[f].

Lo mismo que se ha dicho del ángel que tiene el cielo en su interior, puede decirse del hombre que tiene la Iglesia dentro de sí: que es una Iglesia a escala reducida como el ángel es un cielo a escala reducida. Más aún, podemos decir que el hombre que tiene la Iglesia en su interior es un cielo tanto como lo es el ángel, pues hemos sido creados para entrar en el cielo y convertirnos en ángeles. Por eso, quien tiene la cualidad del bien del Señor es un hombre-ángel[g].

Vale la pena señalar lo que tenemos en común con los ángeles y aquello que nosotros poseemos y de lo que ellos carecen. Tenemos en común con los ángeles el hecho de que nuestro nivel más profundo está formado a imagen del cielo y que también nosotros nos convertimos en imágenes del cielo en la medida en que participamos de las cualidades del amor y la fe. Aquello que nosotros tenemos y de lo que los ángeles carecen es que nuestro nivel más exterior está formado a imagen de este mundo; de este modo, en la medida en que estamos comprometidos con el bien, nuestro mundo interior está subordinado al cielo y le sirve[h], y entonces el Señor está presente con nosotros en los dos niveles, como lo está en su cielo. Está realmente presente en ambos niveles en su orden divino, pues Dios es orden[i].

[f] La Iglesia está dentro del hombre y no fuera, y la Iglesia en general está constituida por personas que tienen la Iglesia dentro de sí mismas: 3884.

[g] El individuo que es una Iglesia es un cielo a escala reducida, a imagen del cielo más grande, porque los niveles más profundos de su mente están ordenados en la forma del cielo y dispuestos por tanto para aceptar todos sus elementos: 911, 1900, 1982 *[1928]*, 3624-3631, 3634, 3884, 4041, 4279, 4523, 4524, 4625, 6013, 6057, 9279, 9632.

[h] Tenemos una naturaleza interior y una naturaleza exterior, nuestra naturaleza interior formada desde la creación a imagen del cielo, y la exterior a imagen del mundo, por eso los antiguos consideraban al ser humano como microcosmo: 4523, 4524, 5368 *[3628]*, 6013, 6057, 9279, 9706, 10156, 10472. Hemos sido creados así para que el mundo sirva al cielo en nosotros, lo que sucede realmente en las personas de bien; por el contrario, sucede lo inverso en los malvados, en los que el cielo está subordinado al mundo: 9283, 9278.

[i] El Señor es orden porque el bien y la verdad divinos que emanan del Señor constituyen el orden: 1728, 1919, 2201 *[2011]*, 2258, 5110, 5703, 8988, 10336, 10619. Las verdades divinas son leyes de orden: 2247, 7995. En la medida en que vivimos según el orden

58. Para concluir, habría que advertir que las personas que tienen el cielo en su interior tienen el cielo no solamente en sus aspectos más amplios o generales, sino también en los más pequeños o específicos, con esos aspectos más pequeños reflejando los más amplios. La razón de que así sea es que, como individuos, somos nuestro amor y nuestra cualidad depende de la cualidad del amor que nos rige. Todo lo que gobierna fluye hacia los aspectos específicos y los ordena, e impone en todas partes su propia imagen[j]. En el cielo, gobierna el amor al Señor, porque allí se ama al Señor sobre todas las cosas y, por tanto, el Señor es allí la suma y la esencia de todo, derramándose absolutamente en todo, disponiéndolo todo, cubriéndolo todo con su forma y convirtiendo en cielo el lugar donde él está. Por eso un ángel es un cielo a escala reducida, una comunidad es un cielo a escala algo mayor, y todas las comunidades juntas un cielo a escala máxima. Sobre la naturaleza divina del Señor como lo que constituye el cielo, y como su intrínseca esencia, véase *supra*, §§ 7-12.

El conjunto del cielo, entendido como una sola entidad, refleja un único hombre

59. Es un secreto aún no conocido en este mundo que el cielo, entendido globalmente y de modo que lo incluya todo, refleja un único hombre. En el cielo, sin embargo, nada es mejor conocido. Estar al tanto de esto, conocer sus particularidades y detalles, es el sello de la inteligencia angélica. En verdad, de ello se derivan otras muchas cosas que no se muestran a la mente de manera clara y distinta si no se tiene en cuenta ese principio general. Puesto que los ángeles saben que todos los cielos con sus comunidades reflejan un único hombre, se refieren al cielo

–es decir, en la medida en que vivimos en el bien en tanto que determinado por las verdades divinas– en esa medida somos humanos y tenemos la Iglesia y el cielo dentro de nosotros: 4839, 6605, 8067 *[8513]*.

[j] El amor gobernante o dominante de cada individuo se encuentra en cada detalle de su vida y por lo tanto en cada detalle de su pensamiento y su voluntad: 6159, 7648, 8067, 8853. La cualidad de cada uno de nosotros depende de la cualidad dominante de nuestra vida: 918, 1040, 1568, 1571 *[?]*, 3570, 6571, 6934 *[6935]*, 6938, 8854, 8856, 8857 *[8858]*, 10076, 10109, 10110, 10284. Cuando la fe y el amor gobiernan, están presentes en todos los deta-

como *el Hombre divino y universal*[a]: «divino» porque la naturaleza divina del Señor constituye el cielo (véase *supra*, §§ 7-12)[63].

60. Quienes no tienen una idea justa de las realidades espirituales y celestiales no pueden comprender el hecho de que dichas realidades estén ordenadas y relacionadas de esta forma y según esta imagen. Piensan que los elementos materiales y terrenales que constituyen la forma exterior[64] que les es propia les hacen ser realmente lo que son y que sin ellos no serían humanos. Deberían saber, sin embargo, que no son seres humanos a causa de esos elementos, sino por su capacidad para comprender la verdad y desear el bien. Éstas son las realidades celestiales y espirituales que los hacen humanos.

Es generalmente reconocido que la humanidad de cada individuo depende de la cualidad de su comprensión y de sus intenciones. Puede comprenderse también que el cuerpo terrenal se formó para servir a los seres humanos en este mundo y realizar acciones útiles de manera adecuada a la esfera externa de la naturaleza. Por eso el cuerpo no hace nada por sí mismo, sino que actúa con entera obediencia a las órdenes de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad. Esto es cierto hasta el punto de que la lengua y la boca dicen todo lo que pensamos, y el cuerpo y sus miembros hacen todo lo que nos proponemos. Lo que actúa, por consiguiente, es nuestro entendimiento y nuestra voluntad, no el cuerpo por sí mismo. Deducimos de ello que es todo lo relacionado con el entendimiento y la voluntad lo que nos hace humanos, y como actúan sobre los elementos particulares del cuerpo de la misma manera que una realidad interior actúa sobre una exterior, deben tener una forma semejante. Por este motivo podemos llamarnos seres espirituales e interiores. El cielo es este tipo de hombre en su forma más grande y perfecta.

61. Ésta es la concepción angélica del ser humano, por eso los ángeles nunca prestan atención a lo que hace el cuerpo de alguien, sino más bien a la intención a partir de la cual el cuerpo actúa. Llaman a eso la persona esencial, junto con el entendimiento, en la medida en que éste actúe al unísono con la voluntad[b].

lles particulares de nuestra vida, aunque no seamos conscientes de ello: 8854, 8864, 8865.

[a] El cielo globalmente entendido se muestra en forma de hombre, y por eso se llama al cielo el Hombre Universal: 2996, 2998, 3624-3649, 3636-3643, 3741-3745, 4625.

[b] La voluntad es el ser esencial *[esse]* de la vida, y el entendimiento es la manifestación

62. En verdad, los ángeles no ven el cielo en su globalidad según una forma de este tipo, puesto que la totalidad del cielo no está al alcance de la visión de ningún ángel. Sin embargo, de manera coherente ven comunidades particulares constituidas por muchos miles de ángeles como unidades simples con esa forma; y tomando la comunidad como muestra, sacan conclusiones sobre la totalidad del cielo. Es así porque en la forma más perfecta los elementos generales están dispuestos como las partes, y las partes como los elementos generales. La única distinción es la que existe entre lo mayor y lo menor. Por eso los ángeles dicen que la totalidad del cielo *tiene* esa forma a los ojos del Señor, porque lo Divino lo contempla todo desde el centro que es también el punto más alto[65].

63. Puesto que el cielo tiene esta naturaleza, está gobernado también por el Señor como si fuera un solo hombre y por tanto una sola unidad. Nosotros constamos de innumerables elementos diferentes, en conjunto y en cada parte. En conjunto estamos constituidos de miembros, órganos y vísceras, y *en cada parte* de grupos de nervios, fibras y vasos sanguíneos; así pues, de miembros dentro de otros miembros y de partes dentro de otras partes. Sin embargo, damos por supuesto que cuando hacemos algo, lo hacemos como individuos globales. Algo así ocurre también con el cielo, bajo la guía y la vigilancia del Señor.

64. La razón de que tantos elementos variados actúen como uno solo en cada ser humano es que no hay nada en él que no contribuya en alguna medida al bien común y a la realización de algo útil. El cuerpo global sirve a sus partes y las partes sirven al cuerpo global, porque el cuerpo global está constituido de partes y las partes constituyen el cuerpo global. Por eso se atienden de manera recíproca, se cuidan mutuamente y están unidos de tal forma que cada componente tiene relación con la entidad global y su bienestar. Esto es lo que los capacita para actuar como una unidad.

[2] Sucede lo mismo con las asambleas de los cielos. Allí las personas se unen en una forma de este tipo para la consecución de una actividad útil. Consiguientemente, quienes no son de utilidad para el conjunto son

existencial de esa vida *[existere]*: 3619, 5002, 9282. La vida de nuestra voluntad es nuestra vida principal, y la vida de nuestro entendimiento fluye de ella: 585, 590, 3619, 7342, 8885, 9282, 10076, 10109, 10110. Una persona es tal en razón de la voluntad y del consecuente entendimiento: 8911, 9069, 9071, 10076, 10109, 10110.

expulsados del cielo, por falta de adaptación. «Ser de utilidad» es querer el bien de los otros por el bien común, mientras que «no ser de utilidad» significa querer el bien de los otros no por el bien común, sino por el de uno mismo. Quienes actúan de esta última forma son aquellos que se aman a sí mismos sobre todas las cosas, mientras que los que actúan de la primera forma son aquellos que aman al Señor sobre todas las cosas. Por eso, en el cielo todos actúan al unísono no desde sí mismos sino desde el Señor. En realidad, se centran en él como fuente única de todas las cosas, y en su reino como comunidad[66] a la que se debe atender. Éste es el significado de las palabras del Señor: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» (Mateo 6, 33). «Buscar su justicia» es buscar su bien[c].

[3] En el mundo hay gentes que aman el bien de su país más que el suyo propio y el bien de su prójimo tanto como el suyo. Ésos son los únicos que aman y buscan el reino del Señor en la otra vida, puesto que allí el reino del Señor toma el lugar del país de cada cual. Además, quienes son amantes de hacer el bien a los otros, no por razones egocéntricas sino por el bien mismo, aman también a su prójimo, puesto que en la otra vida el bien es el prójimo[d]. Quienes así actúan están en el Hombre Universal, es decir, en el cielo.

65. Puesto que el cielo en su totalidad refleja un solo hombre, y es en realidad el Hombre espiritual divino en su forma e imagen suprema, el cielo se diferencia en miembros y partes, igual que una persona, a los que se atribuyen nombres similares. Los ángeles saben en qué miembro está cada comunidad y dicen que esta comunidad se encuentra en el miembro o región de la cabeza, aquella otra en el miembro o región del pecho, la de más allá en el miembro o región de los genitales, etc.

En general, el tercer cielo o cielo superior forma la cabeza hasta el cuello, el segundo o medio forma el torso hasta los genitales y las rodi-

[c] En la Palabra, «justicia» se refiere al bien, y «juicio», a la verdad, por eso «hacer justicia y juicio» es hacer lo que es bueno y verdadero: 2235, 9857.

[d] En un sentido superior, el Señor es nuestro prójimo, y por eso amar al Señor es amar lo que de él procede, puesto que él está presente en todo lo que procede de él, y por tanto lo que es bueno y verdadero es también nuestro prójimo: 2425, 3419, 6706, 6711, 6819, 6823, 8123. Por consiguiente, todo bien que viene del Señor es nuestro prójimo, y buscar y hacer ese bien es amar a nuestro prójimo: 5028, 10336.

llas, y el primero o inferior forma los pies hasta sus plantas y también los brazos hasta los dedos de las manos, puesto que brazos y manos están entre nuestras «cosas inferiores» aunque estén a ambos lados. También a partir de aquí se puede ver con claridad por qué existen tres cielos.

66. Los espíritus que son indignos del cielo se quedan asombrados cuando oyen y ven que el cielo está debajo y por encima de ellos, pues participan de la creencia y la idea común entre las gentes de este mundo de que el cielo está únicamente arriba. En verdad no saben que la posición de los cielos es similar a la de los miembros, órganos y vísceras del ser humano, con unos arriba y otros abajo, y también a la de las partes de cada miembro y órgano exterior o interior, con unas partes dentro y otras fuera. Ésta es la razón de sus confusas ideas sobre el cielo.

67. Hemos querido establecer estas afirmaciones sobre el cielo como Hombre Universal porque de otro modo no se habrían podido comprender las cosas del cielo que se expondrán a continuación. En efecto, no se habría podido sacar ninguna idea clara del cielo, de la unión del Señor con el cielo, ni de la unión del cielo con nosotros en la tierra, así como tampoco de la influencia del mundo espiritual en el mundo natural y de sus correspondencias, temas que serán tratados en las páginas que siguen. Así pues, lo dicho hasta ahora se ha expuesto ante todo para proyectar luz sobre estos asuntos.

Cada comunidad de los cielos refleja un único hombre

68. En varias ocasiones se me ha permitido ver que cada comunidad del cielo refleja un único individuo y es a semejanza de un hombre. Había una comunidad en la que se había infiltrado cierto número de espíritus hipócritas que sabían cómo asumir la apariencia de ángeles de luz. Cuando estaban siendo apartados por algunos ángeles, observé que toda la comunidad aparecía primero un tanto nebulosa, después, gradualmente, tomó una forma humana, aunque todavía algo vaga, y finalmente apareció a la luz como un ser humano. Los que estaban en aquel hombre y lo constituían eran los que participaban en la benevolencia de la comunidad. Los otros, que no estaban en aquel hombre y no lo constituían, eran los hipócritas. Estos últimos fueron expulsados, mientras que los primeros se mantuvieron donde estaban. Así fue como se realizó la separación.

Los hipócritas son personas que hablan bien e incluso se comportan bien, pero que están centrados específicamente en sí mismos. Hablan como los ángeles sobre el Señor, el cielo, el amor y la vida celestial y también se comportan bien, de manera que su carácter parece estar en concordancia con sus palabras. Sin embargo, piensan de manera diferente. No creen nada ni quieren a nadie sino a sí mismos. Todo el bien que pueden hacer lo hacen por su propio interés. Si es en beneficio de los otros, es por aparentar, y por tanto por su propio interés.

69. También se me permitió ver que toda una comunidad angélica aparece como una sola entidad en forma humana cuando el Señor se hace presente. Arriba hacia el este, se veía algo que parecía una nube; era blanca al principio, fue enrojeciendo luego, y estaba rodeada por algunas estrellas. Bajó poco a poco, y a medida que descendía se fue haciendo más brillante hasta adquirir finalmente una forma humana perfecta. Las pequeñas estrellas que rodeaban la nube eran ángeles, que se veían de ese modo merced a la luz del Señor.

70. Tenemos que comprender que aunque todos los miembros de una comunidad del cielo parezcan una sola entidad de forma humana cuando están todos juntos, sin embargo ninguna comunidad se muestra como el mismo hombre que otra. Se diferencian entre sí como los rostros de los individuos de una misma familia. La razón de que así sea es la misma que se dio anteriormente, en el § 47, a saber, que difieren según las diversas actividades del bien en que participan y que son las que les dan su forma. Las comunidades que están en el cielo superior o central y que están en su centro aparecen en la forma humana más hermosa y perfecta.

71. Merece la pena señalar que cuantos más miembros hay en una sola comunidad y más unidos están en la acción, más perfecta es su forma humana. Esto se debe a que la variedad dispuesta en forma celestial crea perfección, como ya se explicó en el § 56; y la variedad se da donde hay muchos individuos.

Cada comunidad del cielo crece diariamente en número, y cuanto más crece, más perfecta se vuelve. De esta forma, no sólo se perfecciona la comunidad, sino que también el cielo en general se perfecciona, puesto que las comunidades constituyen el cielo.

Puesto que el cielo se perfecciona por su incremento numérico, podemos comprender qué equivocados están aquellos que creen que el cielo se cerrará para impedir un crecimiento excesivo. En realidad, es justo

al contrario, pues nunca se cerrará y su siempre creciente plenitud lo hace progresivamente más perfecto. Por eso los ángeles nada anhelan más que el hecho de que nuevos ángeles invitados lleguen al cielo.

72. La razón de que cada comunidad aparezca en forma humana cuando se la ve como una unidad es que el cielo en su conjunto tiene esa misma apariencia, como ya se dijo en el capítulo anterior; y en la forma más perfecta, como es la forma del cielo, existe semejanza entre las partes y el todo, entre lo menor y lo mayor. Los elementos y las partes menores del cielo son las comunidades que lo integran, cada una de las cuales es un cielo en forma más pequeña, como se dijo *supra*, en los §§ 51-58.

La razón de esta constante semejanza es que en los cielos todas las cualidades proceden de un solo amor y, por tanto, de una sola fuente. El solo amor que es origen de todo bien en el cielo es el amor del Señor al Señor. Por eso el cielo en su conjunto es una imagen del Señor a gran escala, cada comunidad una imagen a una escala menor, y cada ángel una imagen de manera específica. Véase lo dicho anteriormente sobre este asunto en el § 58.

Por tanto, cada ángel es una forma humana perfecta

73. Hemos explicado en los dos capítulos precedentes que el cielo en su conjunto refleja un solo hombre y que otro tanto es cierto de cada comunidad del cielo. De esta cadena de causas aquí presentadas se deriva que cada ángel refleja también lo mismo. Así como un cielo es un ser humano en forma mayor y una comunidad del cielo es un ser humano en forma menor, también un ángel es un ser humano en la forma más pequeña; pues en la forma más perfecta, como es la forma del cielo, hay semejanza del todo en la parte y de la parte en el todo. El motivo de que así sea es que el cielo es una comunidad. En verdad, comparte todo lo que tiene con cada individuo, y los individuos reciben todo lo que tienen de la comunidad. Un ángel es un receptáculo, y por tanto un cielo en forma menor, como hemos dicho en el capítulo anterior.

En la medida en que aceptan el cielo, también aquí los seres humanos son un receptáculo, un cielo y un ángel (véase *supra*, § 57).

Esto se describe en el Apocalipsis de la forma siguiente: «Y midió su

muro [el muro de la Jerusalén celestial] ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel» (Apocalipsis 21, 17). En este pasaje, «Jerusalén» es la Iglesia del Señor, y en un sentido más elevado, el cielo[a]. El muro es la verdad que la protege del ataque de las cosas falsas e inicuas[b]. «Ciento cuarenta y cuatro» se refiere a todas las cosas buenas y verdaderas en su conjunto[c]. La «medida» se refiere a su cualidad[d]. El hombre está donde se encuentran todas esas cosas, en general y específicamente, y por tanto donde se encuentra el cielo; y como un ángel es también un hombre en razón de estas características, se dice «medida de hombre, la cual es de ángel». Éste es el significado espiritual de esas palabras. Sin esta interpretación, ¿quién podría comprender que la medida del muro de la Jerusalén celestial fuera la medida de un hombre, que sería también la medida del ángel?[e]

74. Pero volvamos ahora a la experiencia. Que los ángeles son formas humanas, o personas, es algo que yo he visto miles de veces. He hablado con ellos cara a cara, a veces individualmente, a veces en grupos de varios, y en cuanto a lo que se refiere a su forma, no vi en ellos nada diferente a la de un ser humano. En ocasiones, me sorprendí de que así fuera; y para que no se dijera que se trataba de alguna ilusión o alucinación, se me permitió contemplarlos estando plenamente despierto, en plena posesión de mis facultades físicas y en estado de clara percepción.

Con frecuencia les he dicho que los cristianos están sumidos en una ignorancia tal sobre los ángeles y los espíritus que piensan que son algo así como mentes sin forma, meros pensamientos, y sólo pueden conce-

[a] «Jerusalén» es la Iglesia: 402, 3654, 9166.

[b] Un muro es la verdad que la protege del ataque de las cosas falsas e inicuas: 6419.

[c] Doce se refiere a todas las cosas buenas y verdaderas tomadas en conjunto: 577, 2089, 2129, 2130, 3272, 3858, 3913. Lo mismo sirve para setenta y dos y para ciento cuarenta y cuatro, porque ciento cuarenta y cuatro es doce multiplicado por sí mismo: 7973. Todos los números en la Palabra significan algo: 482, 487, 647, 648, 755, 813, 1963, 1988, 2075, 2252, 3252, 4264, 4495, 5265. Los múltiplos tienen el mismo significado que los números simples que los generan: 5291, 5335, 5708, 7973.

[d] En la Palabra, la medida significa la cualidad de una entidad respecto a la verdad y el bien: 3104, 9603.

[e] Sobre el significado espiritual o interior de la Palabra, véase la obra explicativa *El caballo blanco* y el apéndice a *La nueva Jerusalén*.

birlos como algo etéreo con una cierta vitalidad en su interior. Además, como no les atribuyen nada humano salvo la capacidad de pensar, creen que los ángeles no pueden ver porque no tienen ojos, que no pueden oír porque no tienen oídos, y que no pueden hablar porque no tienen boca ni lengua.

[2] Los ángeles me respondieron que ya sabían que son muchos los que en la tierra tienen una creencia de este tipo y que tales ideas predominan entre las personas instruidas y, sorprendentemente, entre el clero. Me dijeron que esta situación se debía a que ciertos hombres instruidos, particularmente eminentes, que elaboraron estas ideas sobre ángeles y espíritus, lo hicieron sobre la base de las facultades sensibles de la persona externa. Si los seres humanos piensan sobre esta base y no parten de la luz interior y de la común idea innata a cada uno, no podrán evitar construir imágenes como ésa, porque las facultades sensibles de la persona externa comprenden solamente lo que está dentro de los límites de la naturaleza y no las cosas superiores; por consiguiente, no comprenden nada del mundo espiritual[f]. Desde estas personas eminentes que cumplían la función de guías, las falsas ideas sobre los ángeles se difundieron entre el pueblo que no pensaba de manera independiente sino que dependía de esos hombres eminentes, y a quienes permiten que su pensamiento dependa principalmente de los otros y forme su fe, para después examinar esos asuntos con su mente, les cuesta mucho abandonar esas ideas. En consecuencia, muchos de ellos cooperan en la difusión de esas falsas creencias.

[3] Los ángeles me han dicho también que las personas de fe y corazón simple no se enredan en tales ideas acerca de los ángeles, sino que tienen una imagen de ellos como personas del cielo. Esto se debe a que no permiten que la erudición destruya la imagen que les ha sido transmitida desde el cielo y a que no pueden comprender nada a menos que tenga alguna forma. Por eso los ángeles que vemos esculpidos y pintados

[f] A menos que nos elevemos por encima de las facultades sensibles de la persona exterior, nuestra sabiduría será escasa: 5089. La persona sabia piensa en un nivel superior al de las facultades sensibles: 5089, 5094. Cuando somos elevados por encima de las facultades sensibles, estamos en una luz más clara y en última instancia en una luz celestial: 6183, 6313, 6315, 9407, 9730, 9922. Ser elevado y liberado de las facultades sensibles era una experiencia habitual para los antiguos: 6313.

en las iglesias están representados invariablemente como seres humanos. En cuanto a la imagen que les ha sido transmitida desde el cielo, los ángeles me dicen que es algo divino que fluye en las personas que viven en el bien de la fe y de la vida.

75. En virtud de toda mi experiencia, que ha durado desde hace varios años hasta ahora[67], puedo decir con toda seguridad que la forma de los ángeles es plenamente humana. Tienen cara, ojos, oídos, pecho, brazos, manos y pies. Se ven unos a otros, se oyen unos a otros y hablan entre sí. En suma, no carecen de nada de lo que es propio de los humanos, pero no están revestidos de un cuerpo material. Los he visto en su propia luz, que es mucho, muchísimo más intensa que el mediodía en nuestra tierra, y en esa luz he visto todos los detalles de su rostro de forma más clara y directa que los rostros de quienes están en este mundo.

Se me ha permitido también ver a un ángel del cielo central. Su rostro era más glorioso y radiante que el de los ángeles de los cielos inferiores. Lo miré muy de cerca, y tenía una forma humana en toda su perfección.

76. No obstante, debemos comprender que no podemos ver a los ángeles con nuestros ojos corporales, sino solamente con los ojos del espíritu[g], porque ellos están en el mundo espiritual, mientras que todo lo corporal está en el mundo natural. Lo semejante ve lo semejante porque es de substancia semejante. Además, el órgano visual del cuerpo, el ojo, es tan basto que como todo el mundo sabe ni siquiera ve los elementos más pequeños de la naturaleza sin una lente, y mucho menos las cosas que, como todas las realidades del mundo espiritual, están por encima de la esfera de la naturaleza, aunque podemos verlas cuando nos liberamos de la visión corporal y se abre la visión de nuestro espíritu. Esto sucede instantáneamente cuando place al Señor que veamos. Entonces nos parece exactamente como si estuviéramos viendo con nuestros ojos corporales. Así es como los ángeles fueron vistos por Abraham, Lot, Manoa y los profetas. Así también como fue visto el Señor por los discípulos después de la resurrección. Y así es, igualmente, como yo he visto a los ángeles.

Precisamente porque los profetas vieron de este modo, fueron llama-

[g] En cuanto a nuestros niveles interiores, somos espíritus: 1594. El espíritu es la persona esencial, y es desde el espíritu como el cuerpo vive: 447, 4622, 6054.

dos «videntes» y se les designó como «aquéllos cuyos ojos están abiertos» (1 Samuel 9, 9; Números 23, 3 *[24, 3]*); y se llama «abrir los ojos» al acto que permite ver de este modo. Esto es lo que le sucedió al criado de Eliseo, de quien leemos: «Y oró Eliseo y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos, para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo» (2 Reyes 6, 17).

77. Algunos espíritus rectos con los que hablé de esto se sentían profundamente desolados de que hubiera tal ignorancia en la Iglesia sobre el estado del cielo así como sobre los espíritus y los ángeles. Me insistieron en que yo debía transmitir el mensaje de que no eran mentes sin forma ni alientos etéreos, sino que tenían forma humana y que veían, oían y sentían igual que la gente de este mundo[h].

Se debe a lo humano-divino del Señor que el cielo, en su totalidad y en sus partes, refleje un hombre

78. Esta conclusión –que el cielo, en su totalidad y en sus partes, refleja un hombre debido a la naturaleza humano-divina del Señor– se deriva de todo lo dicho en los capítulos anteriores: 1) el Señor es Dios del cielo [§§ 2-6]; 2) es la naturaleza divina del Señor lo que constituye el cielo [§§ 7-12]; 3) los cielos están formados por comunidades incontables, y cada comunidad es un cielo a escala reducida y cada ángel un cielo a escala más reducida [§§ 41-58]; 4) el cielo en su conjunto, entendido como una sola entidad, refleja un solo hombre [§§ 59-67]; 5) cada comunidad del cielo refleja un solo hombre [§§ 68-72]; 6) por consiguiente, cada ángel tiene una forma humana perfecta [§§ 73-77]. Todas estas proposiciones llevan a la conclusión de que, puesto que lo Divino crea el cielo, es humano en su forma.

Puede verse con un poco más de claridad que esto es lo humano divino del Señor a partir de las referencias a *Los arcanos celestiales* al final de

[h] Todos los ángeles, al ser receptáculos del orden divino del Señor, tienen una forma humana cuya perfección y belleza son proporcionales a su receptividad: 322, 1880, 1881, 3633, 3804, 4622, 4735, 4797, 4985, 5199, 5530, 6054, 9879, 10177, 10594. La verdad divina es el medio del orden y el bien divino es la esencia del orden: 2451, 3166, 4390, 4409, 5232, 7256, 10122, 10555.

este capítulo, pues ese compendio proporciona un resumen. Puede deducirse también de esas referencia que lo humano del Señor es divino, contrariamente a la creencia de la Iglesia de que no lo es. Eso puede deducirse también de lo que se dice sobre el Señor al final de *La nueva Jerusalén.*

79. Numerosas experiencias, a algunas de las cuales me referiré a continuación, me han demostrado que todo esto es verdadero.

Los ángeles que están en los cielos no ven nunca lo Divino sino en forma humana. Y lo que aún es más notable: los ángeles de los cielos superiores no piensan en todo lo divino de ninguna otra forma. Deben pensar necesariamente así debido a la divinidad esencial que fluye en su interior y también a causa de la forma del cielo, que determina la forma en que sus pensamientos se extienden a su alrededor. Cada pensamiento de los ángeles se difunde por el cielo, y su inteligencia y sabiduría está en proporción a su alcance. Ésta es la razón de que todos en el cielo reconozcan al Señor, puesto que lo humano divino existe únicamente en él. No sólo he oído todo esto por boca de los ángeles, sino que se me permitió percibirlo directamente cuando fui elevado a una esfera más interior del cielo.

Vemos, pues, que los ángeles son más sabios cuanto más claramente perciben estas cosas, y por eso el Señor es visible para ellos. El Señor aparece en una forma angélica divina, que es una forma humana, a quienes reconocen un Ser divino visible y confían en él, pero no a quienes sólo reconocen y confían en un Ser divino invisible. Los primeros pueden ver la forma divina del Señor, pero no los últimos.

80. Puesto que los ángeles no perciben a un Ser divino invisible (que ellos llaman lo Divino sin forma) sino a un Ser divino visible en forma humana, es práctica común en ellos decir que sólo el Señor es un hombre, y que ellos lo son gracias a él. Dicen también que cada uno de nosotros es humano en la medida en que acepta al Señor. Por «aceptar al Señor» entienden aceptar el bien y la verdad que procede de él, porque el Señor está presente en su bien y en su verdad. Los ángeles llaman a esto sabiduría e inteligencia. Dicen que todo el mundo sabe que la inteligencia y la sabiduría son lo que nos hace humanos, y no simplemente la mera forma externa.

Estas verdades son realmente visibles a los ángeles de los cielos interiores. Como el Señor los mantiene en el bien y la verdad, y por lo tan-

to en la sabiduría y la inteligencia, poseen la forma humana más hermosa y perfecta; mientras que los ángeles de los cielos inferiores tienen una forma menos hermosa y menos perfecta.

Todo está invertido en el infierno. A la luz del cielo, quienes allí se encuentran apenas parecen humanos, sino más bien monstruos. Están atrapados en el mal y la mentira en lugar de permanecer en el bien y la verdad, y se encuentran por tanto en el lado opuesto a la sabiduría y la inteligencia. En consecuencia, su vida no se llama vida, sino muerte espiritual.

81. Puesto que el cielo en su totalidad y en sus partes refleja un hombre debido a lo humano divino del Señor, los ángeles dicen que están «en el Señor» e incluso que están «en su cuerpo», queriendo expresar con ello que están en la substancia misma de su amor. Esto es también lo que el Señor nos enseña cuando dice: «Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí, porque separados de mí nada podéis hacer. Permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Juan 15, 4-10).

82. Puesto que es así como el Ser divino es percibido en los cielos, es instintivo en todo aquel que acepta el influjo del cielo pensar en el Señor con apariencia humana. Así lo hicieron los antiguos y también las gentes de hoy en día, fuera y dentro de la Iglesia. La gente sencilla le ve en su pensamiento como un anciano en la gloria.

Pero esta facultad instintiva ha sido ahogada por aquellos que se han distanciado del influjo celestial a causa del orgullo de su inteligencia y de su vida en el mal. Los que la han asfixiado por el orgullo de su inteligencia prefieren un Dios invisible, mientras que quienes lo han hecho por su mala vida no prefieren ningún Dios en absoluto. Ni siquiera saben de la existencia de esta facultad instintiva, pues no está en ellos, aunque es la naturaleza divina celestial en su esencia que fluye en nosotros continuamente desde el cielo porque hemos nacido para el cielo; y nadie entra en el cielo sin alguna idea del Ser divino.

83. Por eso quienes no participan de la idea del cielo (esto es, de la idea del Ser divino que constituye el cielo) no pueden ser elevados ni siquiera al primer umbral del cielo. En cuanto alguien así llega al cielo, siente una oposición perceptible y una fuerte resistencia. Ocurre de este modo porque el nivel más profundo de esas personas, que debería estar

preparado para aceptar el cielo, se encuentra realmente cerrado pues no tiene la forma del cielo. En verdad, cuando más se acercan esas personas al cielo, más herméticamente se cierra su nivel más profundo.

Éstos son todos aquellos que en la Iglesia niegan al Señor y quienes, como los socinianos, niegan su divinidad[68]. De quienes han nacido fuera de la Iglesia y no le conocen ni están en posesión de la Palabra hablaremos más adelante[69].

84. Podemos decir que los antiguos tenían una imagen de lo Divino como ser humano por la forma en que lo Divino se apareció a Abraham, Lot, Josué, Gedeón, Manoa y su mujer y otros. Aunque vieron a Dios como hombre, sin embargo le adoraron como Dios del universo, llamándole «Dios del cielo y de la tierra» y «Jehová». En Juan 8, 56, el Señor dice que era él a quien Abraham había visto. De las propias palabras del Señor se deduce que era el Señor quien fue visto por otros: «A Dios nadie le vio jamás. Nunca habéis oído su voz ni habéis visto su aspecto» (Juan 1, 18; 5, 37).

85. Pero quienes juzgan todo sobre la base de sus sentidos externos tienen gran dificultad para comprender el hecho de que Dios sea un ser humano. En realidad, la única forma en que los seres humanos centrados en los sentidos pueden pensar en el Ser divino es sobre la base de este mundo y lo que contiene, por eso piensan en el hombre espiritual y divino del mismo modo que lo hacen de un hombre natural y corpóreo. Esto les lleva a la conclusión de que si Dios es un ser humano, debe ser tan grande como el universo, y si gobierna el cielo y la tierra, debe ser a través de muchos subalternos, a la manera en que los reyes gobiernan la tierra. Si se les dice que en el cielo no existe el tipo de espacio extenso que tenemos en este mundo, no pueden comprenderlo en absoluto. Los que piensan sobre la base y a la sola luz de la naturaleza no pueden evitar hacerlo en términos del espacio extenso que está ante nuestros ojos, pero están lamentablemente equivocados cuando piensan lo mismo del cielo. La «extensión» que allí existe no es como la de nuestro mundo. En nuestro mundo está determinada y es, por tanto, mensurable, mientras que en el cielo no está determinada y por tanto es inmensurable. No obstante, se dirá algo más sobre la extensión en el cielo más adelante, en los capítulos acerca del espacio y el tiempo en el mundo espiritual[70].

Por otra parte, todo el mundo sabe cuán lejos alcanza nuestra vista, hasta el sol y las estrellas, que están muy alejados. Cualquiera que piense

más profundamente sabe también que la visión interior que pertenece al pensamiento llega incluso más lejos, y que una visión aún más interior debe llegar todavía más lejos. ¿Qué diremos entonces de la visión divina, que es la más interior y la más elevada de todas?

Dado que los pensamientos tienen ese tipo de extensión, todas las cosas del cielo se comunican allí a todo el mundo, como también se comunica toda la naturaleza divina que constituye el cielo y lo llena, tal como he explicado en capítulos anteriores.

86. Los ángeles se asombran de que los hombres se crean inteligentes por pensar en Dios como algo invisible, algo que no se puede comprender de ninguna forma, y que consideren a quienes piensan de otra manera poco inteligentes e incluso necios, cuando la verdad es justo lo contrario. Afirman que si los que por este motivo se consideran inteligentes se examinaran a sí mismos, encontrarían la naturaleza en el lugar de Dios: algunos, la naturaleza que está frente a ellos; otros, una naturaleza que no pueden ver con sus ojos. Se darían cuenta de que son tan ciegos que no saben qué es Dios, un ángel, un espíritu, o el alma que vive después de la muerte, que no saben qué es la vida del cielo para nosotros, o muchas otras cosas que incumben a la inteligencia. Sin embargo, todos aquellos a quienes consideran simples saben esas cosas a su manera. Tienen una imagen de Dios como Ser divino en forma humana, una imagen del ángel como el hombre celestial, piensan que el alma que seguirá viviendo después de la muerte es como un ángel y creen que la vida del cielo para nosotros consiste en vivir aquí según los mandamientos de Dios. Los ángeles consideran a esas personas inteligentes y capacitadas para el cielo, pero de los otros dicen que no son inteligentes.

Referencias a los pasajes de *Los arcanos celestiales* relativos al Señor y su condición humano-divina

[2] El Señor tiene un elemento divino desde el momento mismo de su concepción: 4641, 4963, 5041, 5157, 6716, 10125. Sólo el Señor tiene una semilla divina: 1438. Su alma era Jehová: 1999, 2004, 2005, 2018, 2025. Así, lo más interior del Señor era lo Divino mismo; y su vestimenta era de su madre: 5041. Lo Divino mismo era el Ser *[Esse]* de la vida del Señor, y su naturaleza humana emergió y se convirtió en la existencia *[Existere]* de ese Ser *[Esse]*: 3194, 3210, 10270 *[10269]*, 10372.

[3] En la Iglesia, donde está la Palabra y donde el Señor es conocido a través de ella, no cabe negación alguna de la naturaleza divina del Señor ni de la sagrada emanación a partir de él: 2359. Quienes están en la Iglesia y no reconocen al Señor no tienen ninguna unión con lo Divino; es diferente para quienes están fuera de la Iglesia: 10205. La esencia de la Iglesia es reconocer la naturaleza divina del Señor y su unidad con el Padre: 10083, 10112, 10370, 10738 *[10728]*, 10730, 10816, 10817, 10818, 10820.

[4] La Palabra tiene mucho que decir sobre la glorificación del Señor: 10828. Esto aparece en todas partes en el sentido interior de la Palabra: 2249, 2523, 3245. El Señor glorificó su naturaleza humana, pero no su naturaleza divina, porque esta última estaba glorificada intrínsecamente: 10057. El Señor vino al mundo a glorificar su naturaleza humana: 3637, 4286 *[4287]*, 9315. El Señor glorificó su naturaleza humana por medio del amor divino que estaba en él desde la concepción: 4727. El amor del Señor por todo el género humano fue la vida del Señor en este mundo: 2253. El amor del Señor transciende todo entendimiento humano: 2077. El Señor salvó al género humano mediante la glorificación de su naturaleza humana: 4180, 10019, 10152, 10655, 10659, 10828. De otra manera, todo el género humano habría perecido en la muerte eterna: 1676. Sobre los estados de glorificación y humillación del Señor: 1785, 1999, 2159, 6866. Atribuir la «glorificación» al Señor significa que su humanidad se hace una con la divinidad, y «glorificar» significa «hacer divino»: 1603, 10053, 10828. Cuando el Señor glorificó su humanidad, dejó a un lado lo humano que había recibido de su madre tan completamente que ya no era su hijo: 2159, 2574, 2649, 3036, 10829 *[10830]*.

[5] El Hijo de Dios desde la eternidad era la verdad divina en el cielo: 2628, 2798, 2803, 3195, 3704. Cuando estuvo en el mundo, el Señor hizo también su naturaleza humana divinamente verdadera mediante el bien divino que estaba en él: 2803, 3194, 3195, 3210, 6716, 6864, 7014, 7499, 8127, 8724, 9199. El Señor entonces dispuso todo dentro de sí en la forma celestial que concuerda con la verdad divina: 1928, 3633. Por eso el Señor es llamado la Palabra, que es la verdad divina: 2533, 2818 *[2813]*, 2859, 2894, 3393, 3712. Sólo el Señor poseía percepción y pensamiento por sí mismo y por encima de toda percepción y pensamiento angélicos: 1904, 1914, 1915 *[1919]*.

El Señor unió la verdad divina que era él mismo con el bien divino

que estaba en sí mismo: 10047, 10052, 10076. Esta unión fue recíproca: 2004, 10067.

[6] Cuando el Señor dejó este mundo, hizo también su humanidad divinamente buena: 3194, 3210, 6864, 7499, 8724, 9199, 10076. Esto es lo que se quiere decir con «salir del Padre» y «volver al Padre»: 3194, 3210. Así es cómo se hizo uno con el Padre: 2751, 3704, 4766. Desde esta unión, la verdad divina emana del Señor: 3704, 3712, 3969, 4577, 5704, 7499, 8127, 8241, 9199, 9398. Ejemplos de la forma en que emana la verdad divina: 7270, 9407. El Señor unió su naturaleza humana a su naturaleza divina por su propio poder: 1616, 1749, 1753 *[1752]*, 1813, 1921, 2025, 2026, 2523, 3141, 5005, 5045, 6716. Es por tanto evidente que la naturaleza humana del Señor no era como la naturaleza humana de ningún hombre, porque fue concebida por lo Divino mismo: 10125, 10826. Su unión con el Padre, que era la fuente de su alma, no fue una unión entre dos entidades, sino la unión del alma y el cuerpo: 3737, 10824.

[7] Los antiguos no eran capaces de adorar un Ser divino, sino una Existencia divina, que es lo humano divino; por eso el Señor vino al mundo para convertirse en la existencia divina del Ser divino: 4687, 5321. Los antiguos reconocieron lo Divino porque se les apareció en forma humana, y esta forma era lo humano divino: 5110, 5663, 6846, 10737. El ser infinito no puede fluir en el cielo entre los ángeles o hacia los hombres en la tierra salvo a través de lo humano divino: 1646 *[1676]*, 1990, 2016, 2035 *[2034]*. En el cielo no se percibe otro Divino que lo humano divino: 6475, 9303, 9267 *[9315, 9356]*, 10067. Lo humano divino desde la eternidad era la verdad divina en el cielo y la naturaleza divina atravesando el cielo; así fue la existencia divina, que más tarde, en el Señor, llegó a ser el Ser divino *per se*, la fuente de la existencia divina en el cielo: 3061, 6280, 6880, 10579. Cuál era el estado del cielo antes de la venida del Señor[71]: 6371, 6372, 6373. Lo Divino no era perceptible salvo si pasaba a través del cielo: 6982, 6996, 7004.

[8] Los habitantes de todos los planetas adoran lo Divino en forma humana, por consiguiente, al Señor: 6700, 8541-8547, 10736-10738. Se llenaron de alegría cuando oyeron que el Señor se hizo realmente hombre: 9361. El Señor acepta a todo el que está comprometido en lo que es bueno y adora lo Divino en forma humana: 9359. Es imposible pensar en Dios salvo en forma humana, y lo que es incomprensible no concuerda[72] con ninguna idea, de manera que no concuerda con la fe: 9359, 9972.

Podemos adorar algo de lo que tenemos alguna idea, pero no algo de lo que no tenemos ninguna: 4733, 5110, 5633 *[5663]*, 7211, 9267 *[10067]*, 10267. Por eso, la mayor parte de los humanos adoran lo Divino en forma humana; y es así por un influjo del cielo: 10159. Cuando aquéllos cuya conducta no se aparta de lo que es bueno piensan en el Señor, piensan en un humano divino y no en algún humano separado de lo divino. Es diferente para aquéllos cuya conducta se aparta de lo que es bueno: 2326, 4724, 4731, 4766, 8878, 9193, 9198. Actualmente, quienes piensan en lo humano del Señor separado de lo divino son aquellos que en la Iglesia siguen el camino del mal en su conducta y que separan la solicitud de la fe; también, algunas razones de por qué no comprenden lo que es lo humano divino: 3212, 3241, 4689, 4692, 4724, 4731, 5321, 6372 *[6872]*, 8878, 9193, 9198. Lo humano del Señor era divino porque su alma procedía de la misma realidad del Padre; ilustrado por la semejanza entre un padre y su hijo: 10270 *[10269]*, 10372, 10823. También porque procede del amor divino, que fue el auténtico Ser de su vida desde el momento de la concepción: 6872. La naturaleza de cada individuo está determinada por su amor más profundo; y cada uno de nosotros es su propio amor más profundo: 6872, 10177, 10284. El Señor hizo divina toda su naturaleza humana, sus componentes internos y externos: 1603, 1815, 1902, 1926, 2093, 2803 *[2083]*. Así, a diferencia de cualquier otro hombre, resucitó con todo su cuerpo: 1729, 2083, 5078, 10825.

[9] La divinidad de lo humano del Señor se reconoce en su omnipresencia en la Santa Cena: 2343, 2359. Se reconoce también en su transfiguración ante los tres discípulos: 3212; y también por la Palabra del Antiguo Testamento, donde se le llama «Dios»: 10154; y donde se le llama «Jehová»: 1603, 1736, 1815, 1902, 2921, 3035, 5110, 6281, 6303, 8864, 9194, 9315. En el sentido literal, se hace una distinción entre el Padre y el Hijo o entre Jehová y el Señor, pero esto no sucede en el sentido interior de la Palabra al que los ángeles llegan: 3035. En el mundo cristiano, lo humano del Señor no es reconocido como divino, situación que tiene por objeto que el papa pueda ser reconocido como su vicario: 3035 *[4738]*.

[10] Algunos cristianos fueron examinados en la otra vida para determinar qué clase de idea tenían del Dios único, y se descubrió que pensaban en tres dioses: 2329, 5256, 10736, 10737, 10738, 10821. Una trinidad o una tríada divina en una persona –y por consiguiente, un solo Dios– es

concebible, pero una trinidad en tres personas no lo es: 10738, 10821, 10824. En el cielo se reconoce una tríada divina en el Señor: 14, 15, 1729, 2005 *[2004]*, 5256, 9303. La tríada en el Señor es la naturaleza divina esencial llamada Padre, lo humano divino llamado Hijo, la divina procesión[73] llamada Espíritu Santo, y esta tríada divina es una: 2149, 2156, 2288, 2321 *[2319]*, 2329, 2447, 3704, 6993, 7182, 10738, 10822, 10823. El Señor enseña que el Padre y él son uno: 1729, 2004, 2005, 2018, 2025, 2751, 3704, 3736, 4766; y lo sagrado divino emana de él y es suyo: 3969, 4673, 6788, 6993, 7499, 8127, 8302, 9199, 9228, 9229, 9270 *[9264]*, 9407, 9818, 9820, 10330.

[11] Lo humano divino fluye en el cielo y constituye el cielo: 3038. El Señor es todo en el cielo, y es la vida del cielo: 7211, 9128. El Señor habita entre los ángeles en lo que es suyo: 9338, 10125, 10151, 10157. Así, aquellos que están en el cielo están en el Señor: 3637, 3638. La unión del Señor con los ángeles se realiza según sea su aceptación de la cualidad de amor y solicitud del Señor: 904, 4198, 4206 *[4205]*, 4211, 4320 *[4220]*, 6280, 6832, 7042, 8819, 9680, 9682, 9683, 10106, 10811 *[10810]*. La totalidad del cielo corresponde directamente al Señor: 551, 552. El Señor es el centro común del cielo: 3633. Todo el mundo allí se vuelve hacia el Señor, que está por encima de los cielos: 9828, 10130, 10189. Sin embargo, los ángeles no se vuelven hacia el Señor; más bien, el Señor los vuelve hacia él: 10189. No hay ninguna presencia de los ángeles con el Señor, sino que hay una presencia del Señor con los ángeles: 9415. No hay ninguna unión con lo Divino esencial en el cielo, pues la que hay es con lo humano divino: 4211, 4724, 5633 *[5663]*.

[12] El cielo se corresponde con lo humano divino del Señor, y el cielo en conjunto es por tanto como un solo hombre; y por lo tanto, se denomina al cielo el Hombre Universal: 2996, 2998, 3624-3649, 3636-3643, 3741-3745, 4625. El Señor es el Hombre único, y sólo aquellos que aceptan algo divino de él son humanos: 1894. En la medida en que lo aceptan, son seres humanos e imágenes suyas: 8547. Por lo tanto, los ángeles son formas de amor y caridad en forma humana, que es concedida por el Señor: 3804, 4735, 4797, 4985, 5199, 5530, 9879, 10177.

[13] El cielo en su conjunto pertenece al Señor: 2751, 7086. Él tiene todo poder en los cielos y en la tierra: 1607, 10089, 10827. Como el Señor gobierna el cielo entero, gobierna también lo que depende de él, por lo tanto, todo el mundo: 2026, 2027, 4523, 4524. Sólo el Señor posee el po-

der de apartar los infiernos de nosotros, protegernos del mal, mantenernos en el bien, y de este modo salvarnos: 10019.

Hay correspondencia entre todo lo que pertenece al cielo y todo lo que pertenece al hombre

87. Actualmente no se sabe en qué consiste la «correspondencia». Numerosas son las razones de esta ignorancia, pero la fundamental es que nos hemos alejado del cielo por nuestro amor a nosotros mismos y al mundo. Como se puede comprobar, quienes se aman a sí mismos y al mundo sobre todas las cosas sólo prestan atención a los bienes terrenales que proporcionan satisfacción a sus sentidos externos y gratifican sus inclinaciones. No se preocupan por los asuntos espirituales que ofrecen satisfacción a sus sentidos más profundos y gratifican su mente. Dejan estos asuntos a un lado, alegando que son demasiado elevados para pensar en ellos.

Los hombres de antaño se conducían de manera muy diferente. Para ellos, el conocimiento sobre las correspondencias era el más importante de todos los conocimientos. Por medio de él, adquirían inteligencia y sabiduría, y quienes pertenecían a la Iglesia tenían comunicación con el cielo. El conocimiento sobre las correspondencias es en verdad un conocimiento angélico.

Los antiguos, que eran hombres celestiales, pensaban a partir de las correspondencias, como los ángeles, de tal modo que podían incluso hablar con ellos. Además, con frecuencia el Señor se hacía visible para ellos y les enseñaba. Sin embargo, en la actualidad este conocimiento se ha perdido de forma tan completa que ya no se sabe qué es la correspondencia[a].

88. Ahora bien, sin una idea de lo que es la correspondencia, no se puede conocer con claridad el mundo espiritual o su influjo en el mundo natural, ni se puede comprender nada de lo que significa lo espiritual respecto de lo natural, ni sobre el espíritu humano al que se llama «alma», ni de cómo afecta al cuerpo interiormente, ni nada tampoco acerca de

[a] En qué medida el conocimiento de las correspondencias es superior a cualquier otro conocimiento: 4280. El conocimiento fundamental de los antiguos era el conocimiento de las correspondencias, pero éste ha sido olvidado: 3021, 3419, 4280, 6749 *[4749]*, 4844, 4964, 4965 *[4966]*, 6004, 7729, 10252. El conocimiento de las correspondencias floreció en el Oriente Próximo y en Egipto: 5702, 6692, 7097, 7779, 9391, 10407.

nuestro estado después de la muerte. Por estos motivos, debo explicar qué es la correspondencia, para preparar así el camino a los asuntos que vendrán después.

89. En primer lugar, debo decir qué es la correspondencia. Todo el mundo natural –no sólo en general sino también en sus aspectos particulares– se corresponde con el mundo espiritual. Por eso, de todo lo que aparece en el mundo natural procedente del mundo espiritual se dice que «está en correspondencia con» él. Se debe comprender que el mundo natural surge del mundo espiritual y es sostenido en el ser por el mundo espiritual, exactamente como un efecto se relaciona con su causa eficiente.

Por «mundo natural» quiero decir toda realidad extensa[74] que está bajo nuestro sol[75] y recibe su luz y su calor. Todas las cosas que son mantenidas en el ser por esa fuente pertenecen a ese mundo. El mundo espiritual, por el contrario, es el cielo, y a ese mundo pertenecen todas las cosas que están en los cielos.

90. Puesto que el ser humano es un cielo *y* un mundo a escala reducida a imagen del mayor (véase *supra*, § 57), existe un mundo espiritual y un mundo natural dentro de cada uno de nosotros. Los elementos más profundos, que pertenecen a la mente y se relacionan con el entendimiento y la voluntad, constituyen nuestro mundo espiritual, mientras que los elementos más externos, que pertenecen al cuerpo y se relacionan con los sentidos y las acciones, constituyen nuestro mundo natural. Todo lo que ocurre en nuestro mundo natural (esto es, en nuestros cuerpos y sus sentidos y acciones) viene a la existencia a partir de nuestro mundo espiritual (esto es, procede de nuestra mente y su entendimiento y voluntad) y decimos que está en correspondencia con él.

91. Veamos cómo es la correspondencia en el rostro humano. En un rostro que no ha sido enseñado a disimular, todos los sentimientos de la mente se manifiestan visiblemente de forma natural, como si fuera su imagen, y por ello decimos que el rostro es el «espejo del alma». Éste es nuestro mundo espiritual en el interior de nuestro mundo natural. Igualmente, elementos del entendimiento se manifiestan en las palabras; y lo relacionado con la voluntad, en el comportamiento físico. Por eso lo que sucede en el cuerpo, sea en el rostro, en las palabras o en el comportamiento, se denomina también correspondencia.

92. Vemos también a partir de ahí qué es la persona interior y qué es la persona exterior, a saber, lo interior es lo que se llama persona espiri-

tual, y lo exterior, persona natural. Vemos también que son distintas entre sí como lo son el cielo y la tierra, y que todo lo que sucede y aparece en la persona natural o exterior procede de la persona espiritual o interior.

93. Hemos hablado de la correspondencia de nuestra persona espiritual o interior con la natural o exterior. En lo que sigue trataremos de las correspondencias del cielo en su totalidad con el ser humano individual.

94. Se ha explicado ya que el cielo en su totalidad refleja un solo hombre, y que es un hombre a su imagen y por tanto se denomina Hombre Universal. Se ha explicado también que, por esta razón, las comunidades celestiales que constituyen el cielo están dispuestas como los miembros, los órganos y las vísceras del ser humano. Así, hay comunidades que se localizan en la cabeza, en el pecho, en los brazos y en las partes específicas de estos miembros (véase *supra*, §§ 59-72). Las comunidades que están en un miembro particular se corresponden, pues, con el miembro semejante del ser humano. Por ejemplo, las que están en la cabeza del cielo se corresponden con nuestra cabeza, las que allí están en el pecho se corresponden con nuestro pecho, las de los brazos se corresponden con nuestros brazos, y lo mismo con las demás. Seguimos en la existencia debido a estas correspondencias, pues el cielo es la única base de nuestra existencia continuada.

95. La diferenciación del cielo en dos reinos, uno llamado reino celestial y el otro reino espiritual, ha sido planteada anteriormente en el capítulo correspondiente[76]. El reino celestial en general corresponde al corazón y a todas las extensiones del corazón a lo largo del cuerpo. El reino espiritual corresponde a los pulmones y a todas sus extensiones en el cuerpo. Por otra parte, el corazón y los pulmones forman dos reinos en nosotros, con el corazón que gobierna a través de las arterias y las venas y los pulmones a través de los nervios y las fibras motoras, actuando conjuntamente en todo esfuerzo y acción.

Dentro de cada uno de nosotros, en nuestro mundo espiritual que se denomina persona espiritual, existen también dos reinos. Uno volitivo y otro cognitivo: el volitivo gobierna a través del sentimiento por lo que es bueno y el cognitivo a través del sentimiento por lo que es verdadero. Estos reinos se corresponden también con los reinos del corazón y los pulmones en el cuerpo. Lo mismo ocurre en los cielos. El reino celestial es el lado volitivo del cielo, donde gobierna el bien que fluye del amor.

El reino espiritual es el lado cognitivo del cielo, donde gobierna la verdad. Estos dos reinos se corresponden en nuestro cuerpo con las funciones del corazón y los pulmones.

Debido a estas correspondencias «el corazón» significa en la Palabra volición y bien de amor, mientras que «el soplo del espíritu» significa entendimiento y verdad de la fe. Por eso también adscribimos los sentimientos al corazón, aunque no residan ni se originen allí[b].

96. La correspondencia de los dos reinos del cielo con el corazón y los pulmones es la correspondencia general del cielo con el hombre. Sin embargo, hay una correspondencia menos general con cada uno de los miembros, órganos y vísceras, que también debe ser observada[77].

Quienes están en la cabeza del Hombre Universal que es el cielo disfrutan del bien supremo. En verdad, están inmersos en el amor, la paz, la inocencia, la sabiduría, la inteligencia y, por tanto, en el deleite y la felicidad. De allí fluyen en la cabeza y en los componentes de la cabeza dentro de nosotros y se corresponden con ellos.

Los que están en el pecho del Hombre Universal que es el cielo participan de las cualidades de caridad y fe, y también fluyen en nuestro pecho y se corresponden con él. Sin embargo, las personas que están en la ingle del Hombre Universal o cielo y en los órganos dedicados a la reproducción están en el amor conyugal[78].

Quienes están en los pies están en el cielo más exterior, que es llamado «bien natural-espiritual». Los que están en los brazos y manos participan del poder de la verdad que procede del bien. Los que están en los ojos participan del entendimiento; los que están en los oídos participan de la atención y la obediencia; los que están en la nariz participan de la

[b] Sobre la correspondencia del corazón y los pulmones con el Hombre Universal que es el cielo, basada en la experiencia: 3883-3896. El corazón corresponde a los que están en el reino celestial, mientras que los pulmones corresponden a quienes se encuentran en el reino espiritual: 3685 *[3885]*, 3886, 3887. En el cielo hay una pulsación semejante a la del corazón y un soplo como el de los pulmones, pero en un nivel más profundo: 3884, 3885, 3887. El latido del corazón varía allí según los estados de amor, y el soplo varía según los estados de caridad y fe: 3886, 3887, 3889. «El corazón» en la Palabra es la voluntad, de modo que lo que procede del corazón es lo que procede de la voluntad: 2930, 7542, 8910, 9113, 10336. Por eso también, el corazón en la Palabra significa amor, de modo que lo que procede del corazón procede del amor: 7542, 9050, 10336.

percepción; los que están en la boca y la lengua participan de la capacidad de conversar con discernimiento y percepción.

Los que están en los riñones participan de la verdad que prueba, discrimina y purifica; los que están en el hígado, el páncreas y el bazo participan de los diversos aspectos de purificación de lo que es bueno y verdadero; y así sucesivamente. Fluyen en las partes similares del ser humano y se corresponden con ellas.

El influjo del cielo está en las funciones y usos de esos miembros, y puesto que los usos se originan en el mundo espiritual, toman forma por medio de elementos característicos del mundo natural y así se hacen presentes en sus efectos. Éste es el origen de la correspondencia.

97. En la Palabra esos mismos miembros, órganos y vísceras significan cosas semejantes, pues allí todo tiene un significado según su correspondencia. La cabeza significa la inteligencia y la sabiduría; el pecho, la caridad; las ingles, el amor conyugal; los brazos y las manos, el poder de la verdad; los pies, lo que es natural; los ojos, el discernimiento; la nariz, la percepción; los oídos, la obediencia; los riñones, la búsqueda de la verdad, etc.[c]

Por eso también se dice habitualmente de quien es inteligente y sabio que tiene una buena cabeza, o de quien es una persona solícita que es un amigo íntimo, de un individuo especialmente perceptivo que tiene buen olfato, de alguien juicioso que tiene una visión profunda[79], de alguien poderoso que tiene el brazo largo[80], de alguien que actúa intencionadamente que obra con el corazón; éstas y muchas otras expresiones del lenguaje humano proceden de las correspondencias. Esas expresiones se originan realmente en el mundo espiritual, aunque los hombres no sean conscientes de ello.

98. La realidad de este tipo de correspondencia de cada elemento del

[c] El pecho en la Palabra significa caridad: 3934, 10081, 10087. Los lomos y los órganos reproductores significan amor conyugal: 3021, 4280, 4462, 5050-5052. Los brazos y las manos significan el poder de la verdad: 878, 3091, 4931-4937, 6947, 7205, 10017 *[10019]*. Los pies significan lo natural: 2162, 3147, 3761, 3986, 4280, 4938-4952. Los ojos significan discernimiento: 2701, 4403-4421, 4523-4534, 6923, 9051, 10569. La nariz significa percepción: 3577, 4624, 4625, 4748, 5621, 8286, 10054, 10292. Los oídos significan obediencia: 2542, 3869, 4523, 4653, 5017, 7216, 8361, 8990, 9311, 9396 *[9397]*, 10061. Los riñones significan indagación y purificación de lo que es verdadero: 5380-5386, 10032.

cielo con cada elemento del hombre se me ha mostrado mediante la experiencia, hasta el punto de estar tan convencido de ello que me parece completamente obvio y fuera de cualquier duda. Pero no puedo referirme a las pruebas de esa experiencia, pues su abundancia no permite su inclusión aquí. El lector puede encontrarlas en *Los arcanos celestiales*, donde se trata de las correspondencias, las representaciones, el influjo del mundo espiritual en el mundo natural y la interacción del alma con el cuerpo[d].

99. Aunque todas las cosas del hombre físico se correspondan con las cosas del cielo, no somos todavía imágenes del cielo en la forma externa, sino solamente en la interna. Nuestros aspectos interiores son receptores del cielo, mientras que los exteriores son receptores de este mundo. En la medida, pues, en que lo más interior de nosotros acepta el cielo, somos cielos a escala reducida, a imagen del cielo mayor; pero en la medida en que lo más interior no lo acepta, no somos cielos ni imágenes del cielo mayor. Con todo, nuestros aspectos más externos, que son receptivos al mundo, pueden estar de alguna forma en concordancia con el orden del mundo, y por lo tanto ser de mayor o menor belleza. La belleza física, exterior, tiene su origen en nuestros padres y deriva de nuestra formación en el útero, y por tanto se mantiene después mediante el influjo general del mundo. Ésta es la razón de que nuestra forma natural difiera notablemente de nuestra forma espiritual.

En ocasiones se me ha mostrado cómo era la forma de una persona espiritual, y he visto que algunas personas que eran hermosas y atractivas en su apariencia física tenían una forma interior distorsionada, oscura y grotesca; es decir, parecían una imagen del infierno más que del cielo; mientras que otros que no eran bellos, tenían una forma interior elegan-

[d] Sobre las correspondencias de todos los miembros de nuestro cuerpo con el Hombre Universal o cielo, en general y en detalle, basado en la experiencia: 3021, 3624-3649, 3741-3751 *[3741-3750]*, 3883-3896, 4039-4051 *[4039-4054]*, 4218-4228, 4318-4331, 4403-4421, 4523-4534, 4622-4633, 4652-4660, 4791-4805, 4931-4953, 5050-5061, 5171-5189, 5377-5396, 5552-5573, 5711-5727, 10030. Sobre el influjo del mundo espiritual en el mundo natural, o del cielo en la tierra, y el influjo del alma en todos los elementos del cuerpo, basado en la experiencia: 6053-6058, 6189-6215, 6307-6327, 6466-6495, 6598-6626. Sobre la interacción del alma y el cuerpo, basado en la experiencia: 6053-6058, 6189-6215, 6307-6327, 6466-6495, 6598-6626.

te, radiante y angélica. Después de la muerte, nuestro espíritu tiene el aspecto de lo que es actualmente dentro del cuerpo, mientras vivimos en este mundo.

100. Pero la correspondencia se extiende mucho más allá de los seres humanos. Existe una correspondencia de los cielos entre sí. El cielo segundo o intermedio corresponde al tercero o central, el cielo primero o exterior corresponde al segundo o intermedio, y el cielo primero o exterior corresponde a nuestras formas físicas, las formas propias de nuestros miembros, órganos y vísceras. Por eso el cielo viene a parar finalmente en la naturaleza corporal del hombre, en la que se apoya como cimiento. Pero este misterio será explorado más adelante[81].

101. Es absolutamente necesario comprender que toda correspondencia con el cielo es correspondencia con lo humano divino del Señor, porque el cielo procede de él y porque él es el cielo, como se ha explicado en los capítulos precedentes. Pues a menos que lo humano divino fluyera en cada fragmento de cielo y, de acuerdo con las correspondencias, en cada pedazo de nuestro mundo, no existirían los ángeles ni existiríamos nosotros.

Podemos comprender, pues, a partir de aquí por qué el Señor se hizo hombre en la tierra y revistió su naturaleza divina con una naturaleza humana de principio a fin. Sucedió así porque lo humano divino de que el cielo dependía antes de la venida del Señor[82] no era ya adecuado para sostenerlo todo, pues nosotros, cimientos del cielo, habíamos socavado y destruido el orden.

En los pasajes a que me he referido al final del capítulo anterior se puede estudiar cuál era la condición y la naturaleza de lo humano divino antes de la venida del Señor, así como el estado del cielo en aquel momento.

102. Los ángeles se quedan estupefactos cuando escuchan que hay quienes atribuyen todo a la naturaleza y nada a lo Divino, personas que piensan que sus cuerpos, en los que se reúnen tantas maravillas del cielo, son formados por la naturaleza, e incluso que ésta es el origen de su capacidad racional. Muy al contrario, si las gentes elevaran sus mentes por poco que fuese, podrían ver que cosas como ésas proceden de lo Divino y no de la naturaleza, y que la naturaleza fue creada simplemente para cubrir lo espiritual y representarlo de forma sensible en el nivel más bajo del orden total. Los ángeles comparan a esas personas con las lechuzas, que ven en la oscuridad pero no ven nada a la luz.

Hay correspondencia del cielo con todas las cosas de la tierra

103. En el capítulo anterior hemos explicado qué es la correspondencia, y también que en el cuerpo del alma absolutamente todo es una correspondencia. El próximo paso es explicar que todo lo terrenal y en general todo lo que pertenece a nuestro mundo es una correspondencia[83].

104. Todas las cosas terrenales se diferencian en tres clases que llamamos «reinos», a saber, el reino animal, el reino vegetal y el reino mineral. Los miembros del reino animal son correspondencias[84] de primer nivel porque están vivos. Los miembros del reino vegetal son correspondencias de segundo nivel porque meramente crecen. Los miembros del reino mineral son correspondencias de tercer nivel porque ni viven ni crecen.

Las correspondencias en el reino animal son las criaturas vivas de diversas clases, las que caminan y reptan sobre la tierra y las que vuelan por el aire. No necesitamos enumerarlas todas, porque son conocidas. Las correspondencias del reino vegetal son todas las cosas que crecen y florecen en jardines, bosques, campos y praderas, que también son conocidas y que tampoco es necesario enumerar. Las correspondencias del mundo mineral son los metales nobles y básicos, las piedras preciosas y las comunes y las tierras de diversas clases, así como los cuerpos de agua. Aparte de todo esto, las cosas fabricadas a partir de tales elementos por la industria humana para nuestro uso son correspondencias, cosas como alimentos de todo tipo, ornamentos, casas, grandes construcciones, etc.

105. Las cosas que están por encima de la tierra, como el sol, la luna y las estrellas, son también correspondencias e igualmente todo lo que aparece en nuestra atmósfera, como nubes, nieblas, tempestades, rayos y truenos. Las emanaciones del sol en su presencia y en su ausencia, como luz y sombra, calor y frío, son también correspondencias; y también lo son esos corolarios como las estaciones del año llamadas primavera, verano, otoño e invierno, y los momentos del día, mañana, mediodía, tarde y noche.

106. En una palabra, absolutamente todas las cosas de la naturaleza, de lo más pequeño a lo más grande, son correspondencias[a]. La razón de

[a] Todas las cosas del mundo y sus tres reinos se corresponden con las cosas celestiales que están en el cielo; o las cosas del mundo natural se corresponden con las cosas del mundo espiritual: 1632, 1881, 2758, 2890-2893 [2990-2993], 2897-3003 [2987-3003], 3213-3227, 3483, 3624-3649 [3624-3639], 4044, 4053, 4116, 4366, 4939, 5116, 5377, 5428,

que las correspondencias existan es que el mundo natural, incluyendo todo lo que hay en él, surge del mundo espiritual y está sostenido por él, y ambos mundos proceden de lo Divino. Decimos también que «está sostenido» porque todo está sostenido por aquello de lo que surge, siendo en realidad su permanencia un perpetuo nacimiento[85], pues nada puede perdurar de manera independiente, sino que necesita de algo anterior, un Principio, y perecería y desaparecería totalmente si se separara de dicho Principio.

107. Todo es una correspondencia que surge y permanece en la naturaleza según el orden divino. Lo que constituye el orden divino es el bien divino que emana del Señor. Comienza a partir de él, emana de él a través de los cielos que se suceden hasta llegar al mundo, y ahí termina en las cosas más remotas. Las cosas que están en armonía con el orden divino son correspondencias. Las cosas que están en armonía con el orden son todo lo que es bueno y perfecto para algún uso, pues todo bien es bueno según su utilidad. Su forma refleja lo que es verdadero porque la verdad es la forma del bien. Por eso todas las cosas del mundo en su conjunto y del mundo de la naturaleza que están en armonía con el orden divino se remiten al bien y la verdad[b].

108. El hecho de que todas las cosas de en este mundo surjan de lo Divino y estén revestidas con los elementos de la naturaleza que las capacitan para estar presentes en el mundo natural, tener algún uso y, por lo tanto, corresponder, se deriva claramente de lo que podemos observar en los reinos animal y vegetal. En ambos reinos existen cosas que cualquiera que tenga un pensamiento profundo puede ver que deben proceder del cielo. Como ejemplo, mencionaré sólo algunas de las innumerables que se podrían citar.

En primer lugar, algunas del reino animal. En este campo, muchos saben qué tipo de conocimiento es virtualmente instintivo en cada criatura. Las abejas saben cómo recoger la miel de las flores, construir celdas de

5477, 9280. A través de las correspondencias, el mundo natural está unido con el mundo espiritual: 8615. Por eso la naturaleza en su totalidad es un escenario que representa el reino del Señor: 2758, 2999, 3000, 3483, 4938, 4939, 8848, 9280.

[b] Todo lo del cielo y de este mundo que está en armonía con el orden remite al bien y la verdad: 2451, 3166, 4390, 4409, 5232, 7256, 10122; y a la unión de los dos, para que pueda tener existencia: 10555.

cera en las que almacenarla, y de esa manera disponer de alimento para ellas y sus familias durante el invierno siguiente. La reina pone los huevos, mientras que las otras los cubren y los cuidan para que pueda nacer una nueva generación. Viven bajo un tipo de gobierno que todos sus miembros conocen de manera instintiva, protegiendo a sus miembros útiles y expulsando a los inútiles y privándoles de sus alas. Hay aún más maravillas que les son dadas por el cielo para su utilidad. Su cera es utilizada en todo el mundo por los seres humanos para hacer velas, y su miel se emplea para endulzar los alimentos.

[2] ¡Y qué decir de las orugas, las criaturas más inferiores del reino animal! Saben cómo alimentarse con la savia de las hojas y a su debido tiempo cómo hacer una envoltura en torno a sí mismas y meterse virtualmente en un útero para incubar la descendencia de su especie. Algunas se transforman primero en ninfas y crisálidas y fabrican hilos, y después de un trabajo agotador se adornan con nuevos cuerpos y se engalanan con alas. Entonces, vuelan por el aire como si éste fuera su cielo, celebran sus «bodas», ponen sus huevos, y de esta manera aseguran su posteridad.

[3] Además de estos ejemplos particulares, todas las aves del aire conocen los alimentos que son buenos para ellas; no sólo cuáles son, sino también dónde están. Saben cómo construir sus nidos, cada especie de manera diferente a las otras, cómo poner en ellos sus huevos, incubarlos, empollarlos, alimentar a sus polluelos y expulsarlos del nido cuando pueden conseguirse uno por sí mismos. Conocen también los enemigos particulares que deben evitar y los aliados con los que pueden asociarse, todo desde la más tierna infancia. No diré nada acerca de las maravillas de los mismos huevos, donde todo lo necesario para la formación y el alimento de los polluelos embriónicos está disponible de la forma adecuada, ni de otras innumerables maravillas.

[4] ¿Habrá alguien que pensando con sabiduría racional pueda decir que esas cosas surgen de otra fuente que no sea el mundo espiritual, al que sirve el mundo natural revistiendo todo lo que de él procede con un cuerpo, o presentando como consecuencia lo que es espiritual en su origen?

La razón de que los animales terrestres y las aves del aire nazcan con todos estos conocimientos y de que nosotros, que somos realmente superiores, no nazcamos con ellos, es que los animales están en el mode-

lo adecuado de su vida y, al no ser racionales, no pueden destruir lo que del mundo espiritual está dentro de ellos. No ocurre lo mismo con nosotros, que pensamos desde el mundo espiritual. Como nos hemos corrompido viviendo de manera contraria a la que la razón misma nos recomendaba, no podemos escapar al hecho de nacer en total ignorancia, para que desde ella, por medios divinos, podamos regresar al orden del cielo.

109. Podemos deducir cómo los miembros del reino vegetal se corresponden con una multitud de cosas; por ejemplo, el hecho de que semillas diminutas se conviertan en árboles, engendren hojas, flores y luego frutos en los que depositan otra generación de semillas, y que estas cosas se sucedan y emerjan todas juntas en ese maravilloso orden es algo que no se puede describir en pocas palabras. Serían necesarios varios volúmenes y todavía habría misterios más profundos relativos a su uso que nuestro conocimiento no podría comprender.

Como estas cosas son el resultado del mundo espiritual o cielo, que tiene forma de hombre (como se explicó en el capítulo correspondiente [*supra*, §§ 78-86]), también los detalles de ese reino tienen una relación con las características humanas, hecho reconocido por algunos representantes del mundo académico.

Una gran cantidad de experiencias me han mostrado con claridad que todas las cosas de ese reino son también correspondencias. Muy a menudo, cuando he observado los árboles, frutas, flores y plantas de los huertos, he llegado a ser consciente de las cosas que les corresponden en el cielo. Entonces, he hablado con personas próximas y me he informado de dónde procedían esas plantas y cuáles eran sus características.

110. Actualmente, sin embargo, nadie sabe a qué cosas espirituales del cielo corresponden las cosas naturales del mundo, salvo los que están en el cielo, pues el conocimiento de las correspondencias se ha perdido por completo. Me gustaría presentar unos ejemplos para poner de manifiesto la correspondencia de las cosas espirituales con las cosas naturales.

En general, las criaturas vivas de la tierra corresponden a los sentimientos, las amables y útiles a los sentimientos buenos, las feroces e inútiles a los sentimientos malos. Específicamente, el ganado vacuno y los becerros corresponden a los sentimientos de la mente natural, las ovejas y los corderos a los sentimientos de la mente espiritual. Las criaturas vo-

ladoras, especie por especie, corresponden a las actividades cognitivas de cada nivel mental[c]. Por eso animales varios como vacas, becerros, carneros y ovejas, machos cabríos y cabras, corderos y corderas, así como palomas y tórtolas fueron aceptados para el uso sagrado en la iglesia israelita, que era una iglesia representativa[86]. Los emplearon para sus sacrificios y holocaustos, y con estos usos correspondían de hecho a las realidades espirituales que se comprenden en el cielo de acuerdo con su correspondencia.

La razón de que los animales sean sentimientos, según su género y especie, es que están vivos, y la fuente única de vida de cualquier criatura procede de los sentimientos y está en concordancia con ellos. Los hombres somos como los animales en lo que se refiere a nuestra persona natural, por eso nos comparamos con ellos en el habla común. Por ejemplo, decimos de una persona mansa que es una oveja o un cordero, de una violenta que es un oso o un lobo, de alguien astuto que es como un zorro o una serpiente, etc.

111. Hay una correspondencia similar con las cosas del reino vegetal. Un jardín, en términos generales, corresponde al cielo respecto de la inteligencia y la sabiduría, y por eso al cielo se le llama jardín de Dios y paraíso[d], y por eso lo llamamos paraíso celestial.

Los árboles, según las especies, corresponden a las percepciones y el conocimiento directo del bien y la verdad, lo que produce inteligencia y sabiduría. Por eso los antiguos, que tenían el conocimiento de las corres-

[c] En razón de las correspondencias, los animales están en relación con los sentimientos; los animales amables y útiles con los buenos sentimientos, los feroces e inútiles con los malos: 45, 46, 142, 143, 246, 714, 716, 719, 2179, 2180, 3519, 9280; ejemplos de la experiencia sacados del mundo espiritual: 3218, 5198, 9090. Sobre el influjo del mundo espiritual en la vida de los animales: 1633, 3646. En razón de la correspondencia, vacas y becerros están en relación con los sentimientos de la mente natural: 2180, 2566, 9391, 10132, 10407. Lo que significan las aves: 4169, 4809. Lo que significan los corderos: 3994, 10132. Las criaturas voladoras significan las actividades cognitivas: 40, 745, 776, 778, 866, 988, 993 *[991]*, 5149, 7441; variadas como indica su género y especie, según la experiencia del mundo espiritual: 3219.

[d] En razón de las correspondencias, jardín o paraíso significa inteligencia y sabiduría: 100, 108; según la experiencia: 3220. Todo lo que se corresponde tiene el mismo significado también en la Palabra: 2890 *[2896]*, 2987, 2989, 2990, 2971 *[2991]*, 3002, 3225.

pondencias, celebraban sus cultos en arboledas[e]. Por esta razón los árboles son mencionados tan a menudo en la Palabra y por eso mismo el cielo, la Iglesia y las personas son comparados con ellos –con la vid, por ejemplo, el olivo, el cedro y otros– y el bien que hacemos se compara con un fruto.

Además, los alimentos que obtenemos de ellos, especialmente de los cultivos plantados en los campos, corresponden a los sentimientos por el bien y la verdad porque alimentan nuestra vida espiritual igual que los alimentos terrenales alimentan nuestra vida natural[f].

El pan, hablando en general, corresponde a un sentimiento por el bien porque es el fundamento de la vida y porque es símbolo de todo alimento. Debido a esta correspondencia el Señor se llama a sí mismo pan de vida; y es también por la misma razón por lo que se dio al pan una atribución sagrada en la iglesia israelita; de hecho, hicieron un lugar al pan en la mesa del tabernáculo y lo llamaron «el pan de la presencia»[87], y todo el culto divino que realizaban mediante sacrificios y holocaustos también fue denominado «pan». Debido asimismo a esta correspondencia el acto de culto más sagrado de la iglesia cristiana es la Santa Cena, en la que se comparten el pan y el vino[g].

112. De estos pocos ejemplos podemos inferir qué son las correspondencias.

Podemos observar brevemente cómo la unión del cielo con el mundo se establece por medio de correspondencias. El reino del Señor es un reino de finalidades que son funciones[88] o –lo que viene a ser lo mismo– de funciones que son finalidades. Por esta razón, el universo ha sido crea-

[e] Los árboles significan percepción y conocimiento experimental: 103, 2163, 2682, 2722, 2972, 7692. Por eso los antiguos celebraban su culto divino en arboledas, bajo árboles determinados según su correspondencia: 2722, 4552. Sobre el influjo del cielo en los miembros del reino vegetal, por ejemplo en árboles y plantas pequeñas: 3648.

[f] En razón de las correspondencias, alimento significa la clase de cosas que alimenta nuestra vida espiritual: 3114, 4459, 4792, 4976, 5147, 5293, 5340, 5342, 5410, 5426, 5576, 5582, 5588, 5656 *[5655]*, 5915, 6277, 8562, 9003.

[g] El pan significa todo lo bueno que alimenta nuestra vida espiritual: 2165, 2177, 3478, 3735, 3813, 4211, 4217, 4735, 4976, 9323, 9545, 10686. Las hogazas que estaban en la mesa del tabernáculo tienen un significado semejante: 3478, 9545. Los sacrificios en general fueron denominados «pan»: 2165. «Pan» incluye todo alimento: 2165. Por eso significa todo alimento espiritual y celestial: 276, 680, 2165, 2177, 3478, 6118, 8410.

do por lo Divino de tal modo que las funciones puedan revestirse de materiales que las capaciten para hacerse presentes en actos o en resultados, primero en el cielo y luego en este mundo, y así, paso a paso, hasta las cosas más inferiores en cuanto a su naturaleza. Podemos ver de esta manera que la correspondencia de los fenómenos naturales con los espirituales, o de este mundo con el cielo, tiene lugar a través de funciones que establecen la unión entre dichos fenómenos. Vemos también que las formas que revisten las funciones son correspondencias y uniones en la medida en que son formas de funciones.

En los tres reinos de la naturaleza terrenal, todas las cosas que suceden según el orden son formas externas de sus funciones o resultados formados por la función para la función. Ésta es la razón de que las cosas que ocurren en la naturaleza sean correspondencias.

En cuanto a nosotros, nuestros actos son servicios en formas en la medida en que vivimos según el orden divino, esto es, en el amor al Señor y en la caridad para con el prójimo. En esa medida, nuestros actos son correspondencias que nos unen al cielo. En términos generales, amar al Señor y a nuestro prójimo es ser útil[h].

Debemos saber también que el mundo natural está unido con el mundo espiritual a través de la humanidad, es decir, que nosotros somos el ne-

[h] Todo bien obtiene su deleite de sus funciones y en proporción a ellas, y éste es también el origen de su cualidad; por eso la naturaleza de la función determina la naturaleza del bien: 3049, 4984, 7038. La vida angélica consiste en la realización de buenas acciones de amor y caridad, por tanto en ser útil: 453 *[454]*. El Señor –y esto es cierto también para los ángeles– no se fija en nada sino en finalidades que son funciones respecto de nosotros: 1317, 1645, 5844 *[5854]*. El reino del Señor es un reino de funciones y, por consiguiente, de finalidades: 453 *[454]*, 696, 1103, 3645, 4054, 7038. Servir al Señor es ser útil: 7038. Absolutamente todo en nosotros está formado por alguna función: 3565 *[3570]*, 4104, 5189, 9297; y todo procede de las funciones; por eso la función es anterior a nuestras formas orgánicas a través de las cuales se ejercen las funciones, porque la función surge del influjo del Señor a través del cielo: 4223, 4926. Además, las estructuras más profundas de nuestra mente se forman cuando maduramos a partir de la función y por la función: 1964, 6815, 9297. Por eso la cualidad de un individuo está determinada por la cualidad de la función individual: 1568, 3570, 4054, 6571, 6934, 6938, 10284. Las funciones son finalidades causativas: 3565, 4054, 4104, 6815. La función es nuestro comienzo y nuestro fin, y por lo tanto toda nuestra humanidad: 1964.

xo de unión. Pues hay dentro de nosotros un mundo natural y también un mundo espiritual (véase *supra*, § 57); por eso, en la medida en que somos espirituales, somos un nexo de unión. Por el contrario, en la medida en que somos naturales y no espirituales, no somos nexo de unión. El influjo del Señor en el mundo y en las cosas del mundo que pertenecen al hombre continúa incluso sin nuestra mediación, pero no penetra en nuestro funcionamiento racional.

113. Así como todo lo que está en armonía con el orden divino corresponde al cielo, todo lo que es contrario al orden divino corresponde al infierno. Todo lo que corresponde al cielo refleja lo que es bueno y verdadero, y lo que corresponde al infierno refleja lo que es malo y falso.

114. Ahora podemos decir algo sobre el conocimiento de las correspondencias y su uso. Acabamos de exponer que el mundo espiritual, que es el cielo, está unido al mundo natural por medio de correspondencias; es decir, que la comunicación con el cielo nos viene dada por medio de correspondencias. Los ángeles del cielo no piensan en términos de fenómenos naturales como hacemos nosotros, por eso cuando tenemos conocimiento de las correspondencias podemos, en cuanto a los pensamientos de la mente, estar en compañía de los ángeles, y, en cuanto al ser interior o espiritual, estar unidos a ellos.

Para que pudiera haber una unión del cielo con la humanidad, la Palabra fue escrita en correspondencias puras. Absolutamente todo en ella son correspondencias[i]. Por eso, si estuviéramos impregnados de un conocimiento de las correspondencias, comprenderíamos la Palabra en su sentido espiritual y seríamos capaces de conocer los tesoros escondidos en ella que no advertimos en absoluto en su sentido literal. La Palabra tiene en realidad un significado literal y un significado espiritual[j]. El significado literal se compone de cosas como las que hay en nuestro mundo, mientras que el significado espiritual se compone de cosas como las que hay en el cielo; y puesto que la unión del cielo con nuestro mundo se establece por las correspondencias, se nos ha dado una Palabra en la que los detalles están en correspondencia, hasta la última jota.

115. Se me ha enseñado en el cielo que los antiguos habitantes de

[i] La Palabra fue escrita en correspondencias puras: 8615. A través de la Palabra, hay una unión de la humanidad con el cielo: 2899, 6943, 9396, 9400, 9401, 10375, 10452.

[j] Sobre el significado espiritual de la Palabra, véase *El caballo blanco*.

nuestro planeta, que eran hombres celestiales, pensaban sobre la base de las correspondencias reales, y que los fenómenos naturales del mundo que se presentaban a su vista les servían como medio para pensar de esa manera. Al tener este carácter, estaban en compañía de los ángeles y hablaban con ellos, y de este modo, por su mediación, el cielo se unía con el mundo. Por eso aquellos tiempos recibieron el nombre de Edad de Oro. Los autores clásicos la describieron como un tiempo en que los habitantes del cielo moraban con los mortales y los acompañaban como un amigo acompaña a un amigo[89].

Pero pasados aquellos tiempos, aparecieron personas que no pensaban mediante correspondencias reales, sino mediante un conocimiento de las correspondencias. Había todavía una unión del cielo con la humanidad, pero ya no tan íntima. A aquel tiempo se le llamó la Edad de Plata.

Los que vinieron después conocían en efecto las correspondencias, pero no basaban su pensamiento en el conocimiento de las correspondencias. Esto se debía a que vivían en el bien natural, y no, como sus antepasados, en el bien espiritual. Esa época fue llamada Edad de Bronce.

Se me enseñó, finalmente, que después de esa era la humanidad se centró cada vez más en lo exterior y, por último, sólo en lo físico. Entonces el conocimiento de las correspondencias se perdió por completo, y con él, toda conciencia del cielo y sus riquezas.

Los nombres de esas edades –Oro, Plata y Bronce– proceden también de las correspondencias[k], porque el oro, en razón de la correspondencia, significa la bondad celestial en la que vivieron los más antiguos. La plata, en cambio, significa la bondad espiritual propia de sus sucesores, los antiguos. El bronce significa la bondad natural característica de los que vinieron después. Por el contrario, el hierro, que dio su nombre a la última era, significa una verdad endurecida, desprovista de bien[90].

El sol del cielo

116. El sol de nuestro mundo no es visible en el reino celestial, ni es algo que se derive de él, pues es completamente natural. La naturaleza,

[k] En razón de las correspondencias, el oro significa el bien celestial: 113, 1551, 1552, 5658, 6914, 6917, 9510, 9874, 9881. La plata significa el bien espiritual, o la verdad de un origen celestial: 1551, 1552, 2954, 5648 *[5658]*. El bronce significa el bien natural: 425, 1551. El hierro significa la verdad en el nivel más bajo del orden: 425, 426.

en realidad, tiene su principio en el sol, y todo lo que es producido por él se denomina natural. La realidad espiritual en la que existe el cielo está, sin embargo, por encima de la naturaleza y es completamente distinta de cualquier cosa natural. La realidad espiritual y la realidad natural se comunican entre sí sólo a través de las correspondencias.

La naturaleza de la distinción puede deducirse de lo que se dijo anteriormente sobre los niveles en el § 38, y la naturaleza de la comunicación, de lo dicho en los dos últimos capítulos sobre las correspondencias.

117. Sin embargo, aunque ni el sol de este mundo ni nada que de él se derive sea visible en el cielo, allí hay un sol; hay luz y calor, existen todas las cosas que tenemos en nuestro mundo y muchas más, aunque su origen sea distinto, puesto que las cosas del cielo son espirituales, mientras que las cosas de nuestro mundo son naturales.

El sol del cielo es el Señor; la luz que allí hay es la verdad divina, y el calor es el bien divino que irradia desde el Señor como sol. Todo lo que viene al ser y se manifiesta en los cielos procede de esa fuente. Examinaremos la luz, el calor y las cosas que surgen de ellos en los capítulos siguientes; aquí, nos limitaremos al sol.

La razón de que en el cielo el Señor aparezca como sol es que él es el amor divino del que proceden todas las cosas espirituales, y, a través de la acción del sol de nuestro mundo, también todas las cosas naturales. Ese amor es lo que brilla como un sol.

118. En cuanto a la aparición real del Señor en el cielo como sol, esto es algo que no simplemente me han dicho los ángeles, sino que también se me ha permitido ver en varias ocasiones; por eso, me gustaría en este punto describir brevemente lo que he visto y oído[91] respecto del Señor como sol.

El Señor no aparece como un sol *en* los cielos, sino por encima de ellos y no en lo más alto, sino frente a los ángeles, en una elevación media. Aparece en dos lugares, claramente separados, uno ante el ojo derecho y el otro ante el izquierdo. Para el ojo derecho aparece como un sol, más o menos con el mismo fuego y tamaño que el sol de nuestro mundo. Para el ojo izquierdo, sin embargo, no aparece como un sol, sino como una luna, con un brillo similar aunque más centelleante y con tamaño muy semejante al de la luna de nuestra tierra; pero parece estar rodeado de muchas pequeñas lunas, todas similares en brillo y esplendor.

La razón de que el Señor aparezca en dos lugares, de manera tan di-

ferente, es que se muestra a los ángeles según su receptividad. Se aparece de una forma a quienes le aceptan a través del bien del amor, y de otra forma distinta a quienes le aceptan a través del bien de la fe. A quienes lo aceptan a través del bien del amor, aparece como un sol, ardiente y llameante en respuesta a su receptividad. Éstos están en su reino celestial. A quienes le aceptan a través del bien de la fe, sin embargo, aparece como una luna, brillante y resplandeciente como respuesta a su receptividad. Éstos están en su reino espiritual[a]. Esto es debido a que el bien del amor corresponde al fuego, de manera que el fuego, en su sentido espiritual, es amor; mientras que el bien de la fe corresponde a la luz, de manera que la luz, en su sentido espiritual, es fe[b].

La razón de que aparezca ante los ojos es que los niveles más profundos de la mente *[mens]* ven a través de los ojos, mirando desde el bien del amor a través del ojo derecho y desde el bien de la fe a través del ojo izquierdo[c]. Todo lo que está en el lado derecho de un ángel o de cualquiera de nosotros corresponde al bien que produce la verdad, mientras que todo lo que está en el lado izquierdo corresponde a la verdad que procede del bien[d,92]. «El bien de la fe» es esencialmente la verdad que procede del bien.

[a] El Señor es visto en el cielo como un sol, y es el sol del cielo: 1053, 3636, 3643, 4060. El Señor se aparece como un sol a las personas del reino celestial, donde reina el amor a él, y como una luna a las personas del reino espiritual, donde reinan la caridad para con el prójimo y la fe: 1521, 1529, 1530, 1531, 1837, 4696. El Señor aparece en una elevación media como sol para el ojo derecho y como luna para el ojo izquierdo: 1053, 1521, 1529, 1530, 1531, 3636, 3643, 4321, 5097, 7078, 7083, 7173, 7270, 8812, 10809. El Señor ha sido visto como un sol y como una luna: 1531, 7173. La divinidad esencial del Señor está muy por encima de su divinidad en los cielos: 7270, 8760.

[b] El fuego en la Palabra significa amor por el bien o por el mal: 934, 4906, 5215. El fuego sagrado o fuego celestial significa amor divino: 934, 6314, 6832. El fuego del infierno significa amor a sí mismo y al mundo, y toda aspiración relacionada con estas formas de amor: 1861, 5071, 6314, 6832, 7575, 10747. El amor es el fuego de la vida, y la vida procede realmente de él: 4096 *[4906]*, 5071, 6032, 6314. La luz significa la verdad de la fe: 3395 *[3195]*, 3485, 3636, 3643, 3993, 4302, 4413, 4415, 9548, 9684.

[c] La visión del ojo izquierdo corresponde al aspecto de la verdad de la fe, y la visión del ojo derecho corresponde a su aspecto de bien: 4410, 6923.

[d] Lo que está en nuestro lado derecho se refiere al bien del que deriva la verdad,

119. Por eso en la Palabra se compara al Señor con el sol cuando el centro se sitúa en el amor y con la luna cuando el centro se sitúa en la fe. Por eso también el sol significa un amor al Señor que procede del Señor, y la luna significa una fe en el Señor que procede del Señor. Compárense los pasajes siguientes:

Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días (Isaías 30, 26).

Y cuando te haya extinguido, cubriré los cielos y haré entenebrecer sus estrellas; el sol cubriré con nublado, y la luna no hará resplandecer su luz (Ezequiel 32, 7).

Y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor (Isaías 13, 10).

El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas retraerán su resplandor; el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre (Joel 2, 2. 10. 31; 3, 15)[93].

Y el sol se puso negro como tela de cilicio[94], y la luna se volvió toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra (Apocalipsis 6, 12 [-13]).

E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo (Mateo 24, 29).

Y en otras partes. En esas páginas, el sol significa amor, y la luna, fe, mientras que las estrellas son ejemplos de reconocimiento del bien y la verdad[e]. Se dice que se oscurecen, que pierden su luz, y que caen del cielo cuando dejan de existir.

La aparición del Señor como un sol en el cielo puede deducirse también de su transfiguración ante Pedro, Santiago y Juan, cuando «resplandeció su rostro como el sol» (Mateo 17, 2). Así es como el Señor fue vis-

mientras que lo que está en nuestro lado izquierdo se refiere a la verdad que procede del bien: 9495, 9604.

[e] En la Palabra, las estrellas grandes y pequeñas significan ejemplos de reconocimiento del bien y la verdad: 2495, 2849, 4697.

to por aquellos discípulos cuando fueron sacados de sus cuerpos y estuvieron en la luz del cielo.

Por esta razón, los antiguos (que constituían una iglesia representativa) se volvían hacia el sol en el este cuando celebraban el culto divino. Por eso construyeron sus templos orientados hacia el este.

120. Podemos deducir la magnitud y naturaleza del amor divino, comparándolo con el sol de nuestro mundo: se crea o no, ese amor es más intenso, mucho más intenso. Por eso el Señor como sol no fluye directamente en los cielos, sino que la intensidad de su amor es atemperada por grados en su trayectoria. Esos grados son como aureolas resplandecientes alrededor del sol. Además, los ángeles están protegidos por una nube del espesor conveniente para no resultar dañados por el influjo[f]. Como consecuencia, los cielos están distanciados según su receptividad. Los cielos superiores, al estar en el bien del amor, se encuentran más próximos al Señor como sol. Los cielos inferiores, sin embargo, al estar en el bien de la fe, se encuentran más lejos de él. Quienes no están en el bien, como los que están en el infierno, se encuentran aún más lejos, a una distancia proporcional a su oposición al bien[g].

121. Sin embargo, cuando aparece el Señor *en* el cielo (lo que sucede muy a menudo) no aparece vestido con el sol, sino en forma angélica, distinguible de la de los ángeles por la cualidad divina que resplandece en su rostro. Realmente, no está allí en persona –puesto que el Señor «en per-

[f] La cualidad y la magnitud del amor divino, ilustradas por comparación con el fuego del sol de nuestro mundo: 6834, 6844 *[8644]*, 6849. El amor divino del Señor es un amor al género humano en su conjunto, para su salvación: 1820, 1865, 2253, 6872. El amor que procede del fuego del amor del Señor no entra en el cielo, sino que aparece alrededor del sol como un halo resplandeciente: 7270. Además, los ángeles están protegidos por una nube del espesor conveniente, para no resultar dañados por el influjo del calor del amor: 6849.

[g] La presencia del Señor con los ángeles depende de su aceptación del bien del amor y de la fe que procede de él: 904, 4198, 4320, 6280, 6832, 7042, 8819, 9680, 9682, 9683, 10106, 10811. El Señor aparece a cada individuo según su propia cualidad individual: 1861, 2235 *[3235]*, 4198, 4206. Los infiernos están distanciados de los cielos porque no pueden soportar la presencia del amor divino que procede del Señor: 4299, 7519, 7738, 7989, 8157 *[8137]*, 8266 *[8265]*, 9327. Por eso los infiernos están efectivamente muy lejos del cielo, y constituyen el «gran abismo»: 9346, 10187.

sona» está siempre vestido de sol– sino que está presente en apariencia. Es un lugar común en el cielo que las cosas se vean como si estuvieran presentes en el lugar en que se centra o se fija la mirada, aunque se esté muy lejos del lugar en que realmente se encuentran. Esta presencia se llama «presencia de la visión interior», y la examinaremos más adelante[95].

Además, también he visto al Señor en lo alto, fuera del sol, en forma angélica, un poco por debajo del sol, y también cerca en forma semejante; una vez, incluso entre algunos ángeles, y parecía como un rayo de luz llameante.

122. A los ángeles, el sol de nuestro mundo les parece algo lóbrego, opuesto al sol del cielo, y nuestra luna algo débil, opuesta a la luna del cielo, y esto de forma permanente. La razón de que así sea es que el fuego de nuestro mundo corresponde al amor a nosotros mismos, y la luz que emite corresponde a la distorsión que surge de ese amor. El amor a sí mismo es lo absolutamente opuesto al amor divino, y la distorsión que surge de él es lo absolutamente opuesto a la verdad divina[96]. Todo lo que se opone a la verdad y el amor divinos es oscuridad para los ángeles.

Por eso, en la Palabra, adorar el sol y la luna de nuestro mundo y reverenciarlos significa amarse a sí mismo y representa también la distorsión que surge de la egolatría, todo lo cual debe ser abolido (Deuteronomio 4, 19; 18, 3-5 *[17, 3-5]*; Jeremías 8, 1-2; Ezequiel 8, 15-16. 18; Apocalipsis 16, 8; Mateo 13, 6)[h].

123. Puesto que el Señor aparece en el cielo como un sol debido al amor divino que está en él y procede de él, todos allí se están volviendo constantemente hacia él. Los habitantes del reino celestial se vuelven hacia él como sol, mientras que los habitantes del reino espiritual se vuelven hacia él como luna. En cambio, los habitantes del infierno se vuelven hacia la oscuridad y las tinieblas, que están en el lado opuesto, y se apartan por tanto del Señor, pues todos los que están en los infiernos están atrapados en el amor a sí mismos y al mundo, y son por consiguiente opuestos al Señor. Quienes se vuelven hacia la oscuridad que representa el sol

[h] El sol de nuestro mundo no es visible a los ángeles, sino que en su lugar hay algo lóbrego, opuesto al sol del cielo o del Señor: 7078, 9755. En su sentido opuesto, el sol significa amor a sí mismo: 2441; y en este sentido, «adorar al sol» significa adorar cosas que son contrarias al amor celestial o al Señor: 2441, 10584. Para los que están en el infierno, el sol del cielo es oscuridad: 2441.

de nuestro mundo están detrás en los infiernos y son llamados «demonios», mientras que los que se vuelven a la oscuridad que representa nuestra luna están delante en el infierno y se les llama «espíritus»[97]. Por eso, de quienes están en los infiernos se dice que están en la oscuridad, y de quienes están en los cielos se dice que están en la luz. La «oscuridad» significa la falsedad que surge del mal, y la «luz» significa la verdad que surge del bien.

La razón de que se vuelvan de este modo hacia uno u otro lado es que en la otra vida todos miramos hacia lo que gobierna nuestra naturaleza más profunda, por tanto hacia lo que es objeto de nuestro amor; y esta naturaleza más profunda forma los rostros de los ángeles y los espíritus. Además, en el mundo espiritual los puntos cardinales no se fijan como en el mundo natural, sino que están determinados por la dirección hacia la que se mira.

Nosotros mismos, en espíritu, nos volvemos también de la misma forma, apartándonos del Señor si estamos enredados en el amor a nosotros mismos y en el amor al mundo, y acercándonos a él si vivimos en el amor a él y a nuestro prójimo. Pero no somos conscientes de esto porque estamos en un mundo natural donde los puntos cardinales están determinados por la salida y la puesta del sol. Como esto es difícil de comprender, se darán más adelante algunos ejemplos sobre los puntos cardinales y el significado del espacio y el tiempo en el cielo[98].

124. Puesto que el Señor es el sol del cielo, y puesto que todo lo que procede de él mira hacia él, el Señor es el centro común, el fundamento de toda dirección y orientación[i]. También por eso todas las cosas por debajo de él están en su presencia y bajo su control, todo lo que está en los cielos y en la tierra.

125. Esto nos permite ver con mayor claridad las cosas que se han dicho sobre el Señor en los capítulos anteriores, a saber, que el Señor es el Dios del cielo (§§ 2-6), que su naturaleza divina constituye el cielo (§§ 7-12), que hay una correspondencia de todo lo que pertenece a nuestro mundo con el cielo, y a través del cielo con el Señor (§§ 87-115)[99], y que el sol de nuestro mundo y su luna son entidades correspondientes (§ 105).

La luz y el calor del cielo

126. Quienes piensan solamente sobre la base de la naturaleza no pueden comprender el hecho de que haya luz en los cielos; sin embargo, en

[i] El Señor es el centro común hacia el que todo se vuelve en el cielo: 3633.

los cielos hay una luz mucho más intensa que la luz de mediodía en la tierra. Yo la he visto a menudo, incluso durante nuestras tardes y nuestras noches. Al principio, me quedé asombrado cuando oí decir a los ángeles que la luz de nuestro mundo no era nada sino sombra en comparación con la luz del cielo, pero ahora que la he visto, yo mismo puedo dar testimonio de ello. Su claridad y su brillo están más allá de toda descripción. Lo que he visto en el cielo lo he visto envuelto en esa luz, y por tanto más clara y distintamente que todo lo que he visto en este mundo.

127. La luz del cielo no es natural como la luz de nuestro mundo, sino espiritual. Realmente procede del Señor como sol, y ese sol, según expliqué en capítulos precedentes, es el amor divino. Lo que emana del Señor como sol se llama en los cielos la verdad divina, aunque en esencia es el bien divino en tanto que uno con la verdad divina. Ésta es la fuente de la luz y el calor para los ángeles; ellos obtienen su luz de la verdad divina y su calor del bien divino.

Por tanto podemos concluir que la luz del cielo, vista la naturaleza de su fuente, es espiritual y no natural, y lo mismo puede decirse de su calor[a].

128. Si la verdad divina es luz para los ángeles es porque éstos son espirituales y no naturales. Las personas espirituales ven las cosas desde su sol, y las personas naturales desde el suyo. La verdad divina es lo que proporciona discernimiento a los ángeles, y el discernimiento es su luz interior, que fluye en su visión exterior y la produce. Así que todo lo que se ve en el cielo del Señor como sol se ve en la luz[b]. Puesto que ésa es la fuente de la luz del cielo, ésta varía según la aceptación de la verdad divina del Señor o (lo que viene a ser lo mismo) según la inteligencia y la sabiduría de los ángeles que participan en ella. Esto significa que la luz es diferente en el reino celestial y en el reino espiritual, y diferente también en cada comunidad. La luz del reino celestial parece ardiente porque los ángeles que están allí reciben la luz del Señor como sol. La luz en el reino espiritual, sin embargo, es blanca porque los ángeles que están allí re-

[a] Toda la luz de los cielos procede del Señor como sol: 1053, 1521, 3195, 3341, 3636, 3643, 4415, 9548, 9684, 10809. La verdad divina que emana del Señor aparece en el cielo como luz y constituye toda la luz del cielo: 3195, 3222 *[3223]*, 5400, 8644, 9399, 9548, 9684.

[b] La luz del cielo ilumina la visión y el discernimiento de los ángeles y los espíritus: 2776, 3138.

ciben la luz del Señor como luna (véase *supra*, § 118). Además, la luz no es la misma en todas las comunidades. Incluso difiere en el interior de cada una. Los que están en el centro están envueltos en una luz mayor, y los que están alrededor, en una menor (véase *supra*, § 43).

En resumen, los ángeles tienen luz en la medida en que están abiertos a la verdad divina (esto es, en la medida en que participan de la inteligencia y sabiduría del Señor)[c]. Por eso los ángeles del cielo se llaman ángeles de luz.

129. Como el Señor en los cielos es la verdad divina y allí la verdad divina es luz, al Señor se le llama «luz» en la Palabra, pues toda verdad procede de él. Considérense los siguientes pasajes:

Otra vez, Jesús les habló diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan 8, 12).

Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo (Juan 9, 15 *[9, 5]*).

Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz para que no os sorprendan las tinieblas. Entre tanto que tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Yo, la luz, he venido al mundo para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas (Juan 12, 35-36. 40 *[46]*).

La luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz (Juan 3, 19).

En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo (Juan 1, 4. 9).

El pueblo, asentado en tinieblas, vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció (Mateo 4, 16).

[c] La luz en el cielo es proporcional a la inteligencia y la sabiduría de los ángeles: 1524, 1529, 1530, 3339. Hay tantas variaciones de luz en los cielos como comunidades, porque hay variaciones constantes respecto del bien y la verdad y, por tanto, respecto de la sabiduría y la inteligencia: 684, 690, 3241, 3744, 3745, 4414, 5598, 7236, 7833, 7836.

Te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones (Isaías 42, 6).

También te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra (Isaías 49, 6).

Y las naciones que hubieran sido salvas, andarán a la luz de ella (Apocalipsis 21, 24).

Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán (Salmos 43, 3).

En estos y otros pasajes se llama «luz» al Señor en razón de la verdad divina que procede de él y la verdad misma es igualmente llamada «luz». Porque el Señor como el sol es luz en los cielos, como cuando se transfiguró ante Pedro, Santiago y Juan:

Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz (Marcos 9, 3; Mateo 17, 2).

Si las ropas del Señor aparecieron de este modo fue porque eran una imagen de la verdad divina que procede de él en los cielos. Las ropas en la Palabra se refiere también a las verdades[d], por eso dice en David, refiriéndose a Jehová, «el que se cubre de luz como de vestidura» (Salmos 104, 2)[100].

130. Podemos inferir, pues, que la luz de los cielos es espiritual y que esa luz es la verdad divina desde el momento en que consideramos que también nosotros tenemos luz espiritual y que somos iluminados por ella en la medida en que participamos en la inteligencia y en la sabiduría basadas en la verdad divina. Nuestra luz espiritual es la luz de nuestro entendimiento, cuyo objeto son las cosas verdaderas que ese entendimiento ordena mediante un proceso de análisis y configura en relaciones, de las que saca una serie de conclusiones[e].

[d] Las ropas en la Palabra significan las verdades que visten lo que es bueno: 1073, 2576, 5248, 5319, 5954, 9216, 9952, 10536. Las ropas del Señor cuando se transfiguró significaban la verdad divina que emana de su amor divino: 9212, 9216.

[e] La luz del cielo ilumina nuestro entendimiento, haciéndonos individuos racionales: 1524, 3138, 3167, 4408, 6608, 8707, 9126 *[9128]*, 9399, 10659 *[10569]*. El entendimiento es

Las personas naturales no son conscientes de que la luz que nos permite ver esas cosas es una luz verdadera porque no la ven con sus ojos ni la perciben con su pensamiento. Sin embargo, muchos la reconocen y la distinguen de la luz natural en que se encuentran cuando piensan de manera natural y no espiritual. Las personas piensan de manera natural cuando se fijan solamente en este mundo y atribuyen todo a la naturaleza. Pero piensan de manera espiritual cuando se fijan en el cielo y atribuyen todo a lo Divino.

Con frecuencia se me ha permitido percibir que la luz que ilumina la mente es una luz verdadera *[lux]*, muy diferente de la luz que llamamos natural *[lumen]*. También se me ha permitido verlo. He sido elevado interiormente de forma gradual a esa luz, y cuando era elevado, mi discernimiento se iluminaba en la medida en que podía captar lo que anteriormente había sido incapaz de comprender, las cosas últimas que de ningún modo pueden ser comprendidas por el pensamiento de la luz natural. A veces, me irritaba el hecho de que fueran incomprensibles a la luz natural cuando se percibían de manera tan clara y evidente a la luz celestial[f].

Puesto que nuestra mente tiene luz, hablamos de ella igual que de nuestros ojos; por ejemplo, decimos que ve y está iluminada cuando comprende algo, y que está en la oscuridad y en la sombra cuando no lo hace; y podemos encontrar otras muchas expresiones semejantes.

131. Puesto que la luz del cielo es la verdad divina, esa luz es también sabiduría e inteligencia divina. Por consiguiente, «ser elevado a la luz del cielo» significa lo mismo que «ser elevado en inteligencia y sabiduría» y

iluminado porque es receptáculo de la verdad: 6222, 6608, 10659 *[10569]*. El entendimiento es iluminado en la medida en que aceptamos lo que es verdadero en el bien del Señor: 3619. La cualidad de nuestro entendimiento está determinada por la cualidad de las verdades percibidas de las que está formado: 10064. El entendimiento tiene la luz del cielo como la vista tiene la luz del mundo: 1524, 5114, 6608, 9128. La luz del cielo del Señor está siempre presente con nosotros, pero fluye [solamente] en la medida en que estamos comprometidos en la verdad en razón de lo que es bueno: 4060, 4213 *[4214]*.

[f] Cuando somos elevados por encima del nivel sensorial entramos en una luz más suave, y finalmente en la luz celestial: 6313, 6315, 9407. Un incremento real de la luz del cielo tiene lugar cuando somos elevados a la inteligencia: 3190. Cuánta luz percibí cuando se me despojó de mis conceptos mundanos: 1526, 6608.

lo mismo también que «ser iluminado». Por eso, igualmente, los ángeles tienen exactamente el mismo grado de luz que de inteligencia y sabiduría.

Como la luz del cielo es sabiduría divina, las personas son reconocidas a la luz del cielo por lo que realmente son. La naturaleza interna de cada uno resplandece en el rostro tal cual es, sin que nada quede oculto. Además, a los ángeles del cielo interior les gusta que todo cuanto hay en ellos sea visible, pues no anhelan nada sino el bien. Es diferente para quienes están por debajo del cielo y no buscan el bien, pues ésos tienen un profundo temor a ser vistos a la luz del cielo. Especialmente los que están en el infierno parecen humanos unos a otros, pero a la luz del cielo parecen monstruos, con rostros y cuerpos espantosos, en la forma exacta de su mal[8].

Nosotros tenemos una apariencia similar en cuanto a nuestros espíritus cuando somos observados por los ángeles. Si hay bondad en nosotros tenemos un aspecto hermoso de acuerdo con nuestra bondad; si hay maldad, parecemos monstruos, deformados de acuerdo con nuestro mal. Vemos, pues, que todo es claro a la luz del cielo, y es claro porque la luz del cielo es la verdad divina.

132. Puesto que la verdad divina es la luz de los cielos, todas las cosas verdaderas son luminosas allí donde se producen, ya sea dentro de un ángel, fuera de un ángel, dentro de los cielos o fuera de los cielos. Con todo, las verdades que están fuera de los cielos no brillan igual que las verdades que están dentro. Las verdades de fuera de los cielos tienen un brillo frío, como algo níveo, sin calor, porque a diferencia de las verdades del interior de los cielos, su esencia no deriva del bien. Por eso la luz fría desaparece al contacto con la luz del cielo; y si hay algún mal subyacente, vuelve a la oscuridad. He visto esto varias veces, junto con otras muchas cosas extraordinarias respecto de las verdades luminosas, que renuncio a contar por ahora[101].

133. Ahora debemos decir algo sobre el calor del cielo. En esencia, el calor del cielo es amor. Emana del Señor como sol, que es amor divino al Señor y desde el Señor, como se ha explicado en el capítulo anterior.

[8] Quienes están en el infierno parecen humanos a su propia luz, que es como luz de carbones encendidos; pero a la luz del cielo, parecen monstruos: 4532 *[4531]*, 4533, 4674, 5057, 5058, 6605, 6626.

Podemos ver, por tanto, que el calor del cielo es tan espiritual como su luz, ya que ambos proceden de la misma fuente[h].

Hay dos cosas que emanan del Señor como sol, la verdad divina y el bien divino. La verdad divina aparece en el cielo como luz y el bien divino como calor. Sin embargo, la verdad divina y el bien divino están tan unidos que no son dos, sino uno, aunque para los ángeles estén separados, pues hay ángeles que aceptan el bien divino más fácilmente que la verdad divina, y ángeles que aceptan la verdad divina más fácilmente que el bien divino. Quienes están más abiertos al bien divino están en el reino celestial del Señor; quienes están más abiertos a la verdad divina están en el reino espiritual del Señor. Los ángeles más perfectos son aquellos que están igualmente abiertos a ambos.

134. El calor del cielo, como la luz del cielo, es diferente en lugares diferentes. Tiene una naturaleza en el reino celestial y otra en el reino espiritual. También difiere en cada comunidad no sólo en intensidad, sino también en cualidad. El calor es más intenso y puro en el reino celestial del Señor porque allí los ángeles aceptan más el bien divino. Es menos intenso y puro en el reino espiritual del Señor porque allí los ángeles aceptan más la verdad divina. En cada comunidad, varía según la receptividad de las personas. También hay calor en los infiernos, pero es un calor sucio[i].

El calor del cielo está representado por el fuego sagrado y celestial, y el calor del infierno por el fuego profano e infernal. Los dos tienen como referencia el amor: el fuego celestial, el amor al Señor y el amor al prójimo, y el fuego del infierno, el amor a sí mismo y el amor al mundo y el anhelo asociado a esos amores[j].

El hecho de que el amor sea un calor de origen espiritual puede corroborarse por la forma en que aumenta el calor en proporción a nuestro amor, incluso inflamándonos y acalorándonos en proporción a su inten-

[h] Hay dos fuentes de calor y también dos fuentes de luz, el sol de nuestro mundo y el sol del cielo: 3338, 5215, 7324. El calor del Señor como sol es sentimiento, que es amor: 3636, 3643. Por eso, en su esencia, el calor espiritual es amor: 2146, 3338, 3339, 6314.

[i] Hay calor en los infiernos, pero es sucio: 1773, 2757, 3340; y el olor que procede de allí es como el olor del estiércol y los excrementos en nuestro mundo; en los infiernos peores, como el olor de los cadáveres: 814, 815 *[819]*, 817 *[820]*, 943, 944, 5394.

[j] [La nota de Swedenborg en este punto remite al lector a la nota b del § 118 *supra*.]

sidad y cualidad, con todo su calor manifiesto cuando nos asalta. Por eso es habitual hablar de inflamarse, acalorarse, arder, hervir, encenderse, tanto cuando hablamos de los sentimientos de un amor bueno como de los deseos de un amor malo.

135. La razón de que el amor que procede del Señor como sol se experimente como calor en el cielo es que los niveles más profundos de los ángeles están envueltos en un amor que procede del bien divino, que a su vez procede del Señor. A consecuencia de ello, el calor llega también a sus niveles exteriores. Por eso el calor y el amor son recíprocamente sensibles uno a otro en el cielo, de manera que cada ángel está en la clase de calor que armoniza con su amor, como se deriva de lo que acabamos de decir.

El calor de nuestro mundo no entra en el cielo pues es demasiado basto, ya que es natural y no espiritual. Sin embargo, es diferente para nosotros, puesto que estamos en el mundo espiritual y en el mundo natural. En lo que se refiere a nuestros espíritus, nos calentamos exactamente de acuerdo a nuestro amor, pero en lo que se refiere a nuestros cuerpos, respondemos tanto al calor de nuestro espíritu como al calor del mundo. El primero fluye en el segundo, puesto que se corresponden.

Podemos determinar la naturaleza de la correspondencia de estos dos tipos de calor observando el amor en los animales, cuya forma primaria, dirigida a la procreación de la especie, se despierta y se activa en respuesta a la presencia y la influencia del calor del sol de nuestro mundo, un calor que llega principalmente en primavera y en verano.

Quienes creen que el influjo del calor de nuestro mundo despierta ese amor están muy equivocados, pues no hay realmente ningún influjo de lo natural en lo espiritual, sino de lo espiritual en lo natural. Este último influjo es propio del orden divino, mientras que el primero sería contrario al orden divino[k].

136. Lo mismo que los humanos, los ángeles tienen entendimiento y voluntad. La luz del cielo produce su vida cognitiva porque la luz del cielo es la verdad divina y la sabiduría divina que procede de ella; mientras que el calor del cielo produce su vida volitiva porque el calor del cielo es

[k] Hay un influjo espiritual y no físico, por consiguiente hay un influjo del mundo espiritual en el natural y no del natural en el espiritual: 3219, 5119, 5259, 5427, 5428, 5477, 6322, 9110 *[9109]*, 9111 *[9110]*.

el bien divino y el amor divino que procede de él. La vida quintaesencial de los ángeles procede del calor, pero no de la luz, salvo en la medida en que exista calor en ella. Podemos ver que la vida procede del calor porque cuando falta calor la vida muere. Sucede lo mismo con la fe sin amor o con la verdad sin bondad, puesto que la verdad que se atribuye a la fe es luz y la bondad atribuida al amor es calor[1].

Todo esto lo muestran con claridad aún mayor el calor y la luz de nuestro mundo, que se corresponden con el calor y la luz del cielo. Del calor de nuestro mundo, unido a su luz, nacen y crecen todas las cosas de la tierra. Están unidos en primavera y verano. Sin embargo, nada nace ni florece de la luz separada del calor, sino que todo languidece y muere. Están separados en invierno, cuando el calor ha desaparecido pero la luz permanece. Por esta correspondencia, al cielo se le llama paraíso[102], porque allí lo verdadero está unido a lo que es bueno, o la fe al amor, como la luz está unida al calor cuando la primavera llega a la tierra.

Esto confirma con mayor claridad la verdad examinada anteriormente en los §§ 13-19 de que la naturaleza divina del Señor en el cielo es amor a él y caridad para con el prójimo.

137. Se dice en Juan:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho. Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria) (Juan 1, 1. 3-4. 10. 14).

Es evidente que «el Verbo» es el Señor, puesto que se dice que el Verbo se hizo carne. Sin embargo, lo que se quiere decir de forma pre-

[1] Las verdades separadas del bien no son intrínsecamente verdades porque no tienen ninguna vida; en realidad, toda la luz de las cosas verdaderas procede del bien: 9603; por eso son como un cuerpo sin alma: 3180, 9454 *[9154]*. Las verdades sin bien no son aceptadas por el Señor: 4368. La naturaleza de la verdad separada de la bondad, y por lo tanto la naturaleza de la fe sin amor; y la naturaleza de la verdad sincera, y por lo tanto la naturaleza de la fe con amor: 1949-1951, 1964, 5830, 5951. En definitiva, es lo mismo decir «verdad» o «fe», «bien» o «amor», porque la verdad es un atributo de la fe, y la bondad, un atributo del amor: 2839, 4353 *[4352]*, 4997, 7178, 7623, 7624, 10367.

cisa con «el Verbo» no se conoce todavía y por eso es preciso decirlo. El Verbo en este pasaje es la verdad divina que está en el Señor y procede del Señor[m], por eso aquí se la llama también la luz, que es la verdad divina, como se mostró anteriormente en este capítulo. Ahora tenemos que explicar la afirmación de que todas las cosas fueron hechas y creadas por medio de la verdad divina.

[2] En el cielo, es la verdad divina la que posee todo poder, pues ningún otro poder existe fuera de ella[n]. A todos los ángeles se les llama «poderes» a causa de la verdad divina, y son poderes en la medida en que son sus receptáculos o contenedores. Por medio de ella prevalecen sobre los infiernos y sobre todos los que se les oponen. Un millar de enemigos no pueden soportar un solo rayo de la luz celestial, que es la verdad divina. Puesto que los ángeles son lo que son debido a su aceptación de la verdad divina, se sigue de ello que todo el cielo procede de esta fuente y de ninguna otra, puesto que el cielo está formado por ángeles.

[3] Los hombres no puede creer que este tipo de poder sea inherente a la verdad divina desde el momento en que su idea de verdad se refiere a un pensamiento o unas palabras carentes de todo poder salvo en la medida en que otros se lo concedan por medio de la obediencia. Sin embargo, hay un poder intrínseco en la verdad divina, poder de tal naturaleza que por su mediación fueron creados el cielo, el mundo y todo lo que hay en ellos.

Podemos ilustrar el hecho de que este tipo de poder es inherente a la verdad divina mediante dos comparaciones: por el poder de lo que es verdadero y bueno en nosotros y por el poder de la luz y el calor del sol en nuestro mundo.

[m] El Verbo en las Santas Escrituras tiene varios significados: la palabra hablada, el pensamiento de la mente, cada entidad que realmente viene a la existencia, y, en el sentido superior, la verdad divina y el Señor: 9987. «El Verbo» significa la verdad divina: 2803, 2884 *[2894]*, 4692, 5075, 5272, 7830 *[7930]*, 9987. «El Verbo» significa el Señor: 2533, 2859.

[n] La verdad divina que procede del Señor posee todo el poder: 6948, 8200. Todo el poder del cielo pertenece a la verdad del bien: 3091, 3563, 6344, 6413 *[6423]*, 8304, 9643, 10019, 10182. Los ángeles son llamados poderes, y son poderes como resultado de su aceptación de la verdad divina del Señor: 9639. Los ángeles son receptores de la verdad divina del Señor y por consiguiente con frecuencia en la Palabra se les llama «dioses»: 4295, 4402, 8301, 8192, 9398 *[8988]*.

Por el poder de lo que es verdadero y bueno en nosotros. Todo lo que hacemos, lo hacemos por el entendimiento y la voluntad. Por la voluntad, actuamos por medio de lo que es bueno, y por el entendimiento por medio de lo que es verdadero. En realidad, todos los elementos de nuestra voluntad están relacionados con todo lo que es bueno, y todos los elementos de nuestro entendimiento están relacionados con todo lo que es verdadero[o]. Sobre esta base, pues, ponemos todo nuestro cuerpo en movimiento y miles de cosas se precipitan a realizar nuestra orden por su propia iniciativa. Observamos entonces que todo nuestro cuerpo está formado para obedecer a lo que es bueno y verdadero, y, por consiguiente, formado de lo que es bueno y verdadero.

[4] *Por el poder de la luz y el calor del sol en nuestro mundo.* Todo lo que crece en nuestro mundo –cosas como árboles, arbustos, flores, hierbas, frutos y semillas– surge solamente por medio del calor y la luz del sol. Podemos ver, pues, qué tipo de poder productivo es inherente a ese calor y esa luz. ¿Qué es, entonces, la luz divina que es la verdad divina, y qué es el calor divino que es el bien divino, fuente de la que procede el cielo y, por consiguiente, también el mundo, puesto que como hemos mostrado anteriormente es a través del cielo como aparece el mundo?

Esto nos permite determinar cómo debemos comprender la afirmación de que todas las cosas fueron hechas por medio del Verbo, y que sin él nada de lo que se hizo habría sido hecho, y además, que el mundo fue hecho por medio de él, es decir, que se hizo realidad por medio de la verdad divina del Señor[p].

Por eso en el libro de la creación se menciona primero la luz y después las cosas que surgen de la luz (Génesis 1, 3-4). Por eso también todas las cosas en los cielos y en la tierra tienen que ver con el bien y la ver-

[o] El entendimiento es el receptáculo de lo que es verdadero, y la voluntad es el receptáculo de lo que es bueno: 3623, 6125, 7503, 9300, 9930. Por lo tanto, todos los elementos de nuestro entendimiento están relacionados con lo que es verdadero, se trata de cosas realmente verdaderas o que creemos que lo son; y todos los elementos de nuestra voluntad están igualmente relacionados con lo que es bueno: 803, 10122.

[p] La verdad divina que procede del Señor es lo único real: 6880, 7004, 8200. Por medio de la verdad divina fueron hechas y creadas todas las cosas: 2803, 2884, 5272, 7835 *[7796]*.

dad y con su unión, que es necesaria para que puedan acceder a la existencia[q].

139[103]. Debería comprenderse que el bien divino y la verdad divina que proceden del Señor como sol en los cielos no están en el Señor sino que proceden de él. Todo lo que está en el Señor es el amor divino, que es el Ser a partir del cual el bien divino y la verdad divina vienen a la existencia. Existir desde el Ser es lo que significa «procesión»[104]. También esto se puede ilustrar mediante la comparación con el sol de nuestro mundo. El calor y la luz de nuestro mundo no están en el sol, pero proceden de él. En el sol no hay nada sino fuego, y el calor y la luz se manifiestan y proceden de él.

140. Puesto que el Señor como sol es el amor divino, y el amor divino es el bien divino esencial, lo divino que emana de él –su naturaleza divina en el cielo– se llama verdad divina a causa de su claridad, aunque sea el bien divino unido a la verdad divina. La verdad divina es lo que se denomina «lo sagrado» que procede de él.

Las cuatro regiones del cielo

141. En el cielo, como en el mundo, hay cuatro regiones: Este, Sur, Oeste y Norte; están determinadas en cada mundo por su sol, en el cielo por el sol del cielo, que es el Señor, y en la tierra por el sol de la tierra. Sin embargo, existen diferencias importantes. La primera es que en nuestro mundo llamamos «Sur» a la dirección en la que el sol alcanza su máxima altura sobre la tierra, y «Norte» a aquella en la que está más bajo, en la dirección opuesta. El Este es el lugar por donde sale el sol en los equinoccios, y el Oeste el lugar por donde se pone en esa época. Así, en la tierra, todas las direcciones están determinadas sobre la base del Sur[105]. Sin embargo, en el cielo, llaman «Este» a la dirección en que el Señor es visto como sol. Oeste es la dirección opuesta, el Sur en el cielo está a la derecha y el Norte a la izquierda. Esto se mantiene independientemente de hacia dónde se pueda dirigir el rostro o el cuerpo. De esta manera, en el cielo todas las direcciones están determinadas sobre la base del Este.

La razón de que para ellos el Este sea la dirección en la que se ve al Señor como sol es que toda *fuente* u *origen* de vida procede de él en cuanto sol. Además, en la medida que el calor y la luz, o la inteligencia y la

[q] [La nota de Swedenborg en este punto remite al lector a la nota b del § 107 *supra*.]

sabiduría procedentes de él, son aceptados entre los ángeles, éstos dicen que el Señor se ha *levantado* o *resucitado* entre ellos. Por eso también en la Palabra se llama al Señor el Este u Oriente[a,106].

142. Una segunda diferencia es que, para los ángeles, el Este está siempre frente a ellos, el Oeste detrás, el Sur a la derecha y el Norte a la izquierda. Sin embargo, como esto es difícil de comprender en este mundo, ya que nosotros volvemos el rostro hacia todas las direcciones, debe ser explicado.

Todo en el cielo se vuelve hacia el Señor como su centro común, por eso todos los ángeles se vuelven en esa misma dirección. Es sabido que también en la tierra todo apunta hacia un centro común, pero la orientación del cielo es diferente a la de la tierra. En el cielo, son las partes delanteras las que se vuelven hacia el centro común, mientras que en la tierra son las partes inferiores. Esta orientación de nuestro mundo es lo que llamamos fuerza centrípeta, o también gravitatoria. Los niveles más profundos de los ángeles están vueltos efectivamente hacia delante; y puesto que estos niveles profundos se manifiestan en el rostro, es el rostro el que determina la orientación[b].

143. Pero el oriente está siempre enfrente de los ángeles *cualquiera que sea la dirección hacia la que dirijan su rostro o su cuerpo.* Esto es aun más difícil de comprender en nuestro mundo, dado que para nosotros, la dirección que tenemos enfrente depende de la dirección a la que estemos mirando; por eso, también esto debe ser explicado.

Los ángeles giran el rostro y el cuerpo y lo dirigen en cualquier dirección, como hacemos nosotros, pero, sin embargo, el oriente está siempre ante sus ojos. Los movimientos del rostro y el cuerpo de los ángeles no son como los de los hombres, puesto que tienen un origen diferente. Las dos formas de volverse parecen iguales, pero no lo son. Para los ángeles su origen está en el amor que todo lo dirige. Ésta es la base de toda determinación para los ángeles y espíritus, pues, como anteriormente

[a] El Este en su sentido superior es el Señor, porque es el sol del cielo, que está siempre saliendo y nunca se pone: 101, 5097, 9668.

[b] En el cielo todos se vuelven hacia el Señor: 9828, 10130, 10189, 10219. Sin embargo, los ángeles no se vuelven ellos mismos hacia el Señor; es, más bien, el Señor el que los vuelve hacia él: 10189. No hay una presencia de los ángeles con el Señor, sino que hay una presencia del Señor con los ángeles: 9415.

dijimos, sus niveles más profundos están orientados hacia su centro común. Por eso en el cielo se vuelven hacia el Señor, su sol, y como el amor está constantemente presente ante sus niveles profundos, y su rostro es la manifestación a nivel externo de esa interioridad o profundidad, el amor, que predomina sobre todo, está siempre enfrente de su rostro. En el cielo este amor es el Señor como sol, puesto que él es la fuente de todo su amor[c]. Además, puesto que el Señor mismo está con los ángeles en su amor, es el Señor quien hace que le miren a él dondequiera que se vuelvan. Estos asuntos no pueden aclararse más aquí, pero lo serán en los capítulos siguientes. En particular, cuando tratemos de las representaciones y apariencias, así como del tiempo y el espacio en el cielo, se presentarán de manera que puedan comprenderse con mayor claridad[107].

En cuanto a que los ángeles tienen constantemente al Señor frente a sí, es algo que se me ha dado a conocer a través de numerosas experiencias. A veces, cuando he estado en compañía de los ángeles, he observado la presencia del Señor ante mi rostro: aunque yo no le viera, podía decir que él estaba allí debido a la luz. También los ángeles han dado con frecuencia testimonio de esta verdad.

Como el Señor está constantemente delante de los ángeles, en nuestro mundo decimos que los ángeles tienen a Dios ante sus ojos y su rostro, y que quienes creen en él y le aman le miran y le ven. Expresiones como éstas llegan a nosotros desde el mundo espiritual, pues ésa es la fuente de muchas de las expresiones que utilizamos, aunque no seamos conscientes de su verdadera procedencia.

144. Esta orientación hacia el Señor es una de las maravillas del cielo, pues muchos individuos pueden reunirse en un lugar, volviendo el rostro y el cuerpo cada uno hacia el otro, y sin embargo todos tendrán al Señor frente a sí, y cada uno tendrá el Sur a la derecha, el Norte a la izquierda y el Oeste detrás.

Otro hecho extraordinario es que aunque los ángeles estén completa-

[c] En el mundo espiritual todos se vuelven hacia lo que aman, y las direcciones tienen allí su origen y su definición sobre la base del rostro: 10130, 10189, 10420, 10702. El rostro está conformado en correspondencia con los niveles más profundos: 4791-4805, 5695. Por eso los niveles más profundos resplandecen en su rostro: 3527, 4066, 4796. En los ángeles, el rostro está unido a los niveles más profundos: 4796, 4797, 4799, 5695, 8250. Sobre el influjo de los niveles más profundos en el rostro y sus músculos: 3631, 4800.

mente orientados hacia el este, tienen sin embargo visión de las otras tres direcciones. Ahora bien, este hecho concierne a su visión interior, que es una función de su pensamiento.

También se cuenta entre los hechos extraordinarios del cielo que no se permite a nadie estar detrás de nadie y mirar la parte de atrás de su cabeza. Esto perturba el influjo de la verdad y el bien que proceden del Señor.

145. Los ángeles ven al Señor de una manera, y el Señor ve a los ángeles de otra. Los ángeles ven al Señor con sus ojos, mientras que el Señor ve a los ángeles a través de sus frentes. La razón de que así sea es que la frente corresponde al amor, y es a través del amor como el Señor fluye en su voluntad y se hace visible a su mente, a la que corresponden los ojos[d].

146. Pero las regiones de los cielos que constituyen el reino celestial del Señor difieren de las que constituyen su reino espiritual. Esto se debe a que los ángeles en su reino celestial ven al Señor como un sol, mientras que en su reino espiritual lo ven como una luna, y es hacia oriente donde el Señor aparece.

La distancia entre el sol y la luna es de treinta grados[108], por consiguiente hay esa misma distancia entre las direcciones. La división del cielo en los dos reinos llamados reino celestial y reino espiritual fue presentada en el capítulo correspondiente (§§ 20-28), así como el hecho de que el Señor aparezca como sol en el reino celestial y como luna en el reino espiritual (§ 118). Sin embargo, no por ello existe riesgo de confusión entre las direcciones, pues los ángeles espirituales no pueden elevarse al nivel de los ángeles celestiales, ni éstos bajar al nivel de aquéllos (véase *supra*, § 35).

147. Vemos así que la presencia del Señor es en todas partes por igual en los cielos: está en todo lugar y con cada individuo en las cualidades buenas y verdaderas que emanan del Señor. Así, está en los ángeles en todo lo que es realmente de él (como se señaló en el § 12 *supra*).

La percepción que tienen los ángeles de la presencia del Señor radica en su interior. Es desde ahí desde donde sus ojos ven; por eso, al haber

[d] La frente corresponde al amor celestial, por eso en la Palabra la frente se refiere a ese amor: 9936. Los ojos corresponden a nuestro entendimiento, porque el entendimiento es la mirada interior: 2701, 4410, 4526, 9051, 10569. Por eso levantar los ojos y ver significa discernir, percibir y advertir: 2789, 2829, 3198, 3202, 4083, 4086, 4339, 5684.

continuidad, parece estar fuera de ellos. Esto nos permite ver cómo deberíamos comprender el ser del Señor en ellos y el ser de ellos en el Señor, según las palabras del Señor,

Permaneced en mí y yo en vosotros (Juan 15, 4).

y

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él (Juan 6, 56).

La «carne del Señor» significa lo que es divino y bueno, y su «sangre» significa lo que es divino y verdadero[c].

148. En los cielos los ángeles viven en zonas diferentes según las direcciones cardinales. Quienes son sensibles al bien que hace el amor viven junto al eje Este-Oeste: los que tienen una percepción clara de ello, hacia el este; y quienes tienen una percepción más vaga, hacia el oeste. Quienes son sensibles a las emisiones de la sabiduría que resulta de ese bien del amor viven junto al eje Sur-Norte: quienes están en la clara luz de la sabiduría, hacia el sur; y quienes están en una luz de sabiduría más oscura, hacia el norte.

Los ángeles del reino espiritual del Señor viven de forma semejante a los del reino celestial, aunque con las diferencias que se derivan de la distinción entre el bien del amor y la luz de la verdad que procede de ese bien. Es así porque el amor en el reino celestial es amor al Señor, y la luz de la verdad de ese amor es sabiduría. Por su parte, el amor del reino espiritual es el amor a nuestro prójimo, llamado caridad, y la luz de la verdad que procede de él es inteligencia, llamada igualmente fe (véase *supra*, § 23). Difieren también según las direcciones ya que, como hemos observado (§ 146), las direcciones en los dos reinos están separadas por treinta grados.

149. Hay una disposición similar en cuanto a los lugares en que viven los ángeles en cada comunidad particular del cielo. Quienes se encuen-

[c] En la Palabra, la «carne» del Señor significa su naturaleza humano-divina y el bien divino de su amor: 3813, 7850, 9127, 10283; y la «sangre del Señor» significa la verdad divina y la santidad de la fe: 4735, 4978 *[6978]*, 7317, 7326, 7846, 7850, 7877, 9127, 9393, 10026, 10033, 10152, 10204 *[10210]*.

tran en un grado mayor de amor y caridad están hacia el este, y los que están en un grado menor hacia el oeste; quienes están en una luz más intensa de sabiduría se sitúan hacia el sur, y quienes están en una luz menos intensa hacia el norte. La razón de esta disposición es que cada comunidad es un reflejo del cielo y es también un cielo a escala reducida (véase *supra*, §§ 51-58). La misma ordenación se mantiene en sus reuniones. Esta disposición tiene su origen en la forma del cielo, que permite a cada uno conocer su lugar.

Está también previsto por el Señor que haya todo tipo de ángeles en cada comunidad, para que la forma del cielo sea en todas partes la misma. Sin embargo, la disposición del cielo en su conjunto difiere de la de una comunidad como lo que es general difiere de lo que es particular. Esto es, las comunidades que están situadas hacia el este son superiores a las que están hacia el oeste, y las que están hacia el sur son superiores a las que están hacia el norte.

150. Por eso las direcciones cardinales del cielo expresan las cualidades de quienes allí viven. El Este significa el amor y la clara percepción de su bien, el Oeste lo mismo con una percepción más oscura, el Sur significa sabiduría e inteligencia en una luz clara, y el Norte lo mismo en una luz oscura. Además, estos significados propios de las direcciones son igualmente aplicables al sentido espiritual o interior de la Palabra[f], puesto que el sentido espiritual o interior de la Palabra está en perfecta armonía con las cosas del cielo.

151. Lo contrario sucede con los que están en los infiernos. Allí no se centran en el Señor como su sol o su luna, sino que apartan la mirada del Señor hacia el objeto oscuro que ocupa el lugar del sol de nuestro mundo y hacia el objeto tenebroso que ocupa el lugar de la luna de la tierra. Los llamados demonios miran hacia el objeto oscuro que ocupa el lugar de nuestro sol, y los llamados espíritus hacia el objeto tenebroso que ocupa el lugar de nuestra luna[g]. Como explicamos en el § 122, *supra*, el sol

[f] En la Palabra el Este significa el amor claramente percibido: 1250, 3708. El Oeste significa amor oscuramente percibido: 3708, 9653. El Sur significa un estado de luz de sabiduría e inteligencia: 1458, 3708, 5672; y el Norte significa ese estado oscuramente percibido: 3708.

[g] La identidad y naturaleza de los llamados demonios y la identidad y naturaleza de los llamados espíritus: 947, 5035, 5977, 8593, 8622, 8625.

de nuestro mundo y la luna de la tierra no son visibles en el mundo espiritual, sino que en lugar de nuestro sol hay algo oscuro opuesto al sol del cielo y algo tenebroso opuesto a la luna del cielo. Esto significa que los habitantes del infierno tienen direcciones opuestas a las del cielo. Su Este se encuentra allí donde ven ese objeto oscuro o tenebroso y su Oeste donde está el sol del cielo. El Sur está para ellos a su derecha y el Norte a su izquierda, independientemente de hacia dónde vuelvan el cuerpo. No es posible de otro modo, pues todas las tendencias de su naturaleza profunda, toda su orientación, por consiguiente, apunta y tiende hacia esa dirección. Sobre el amor como lo que determina la tendencia de nuestra naturaleza profunda y por tanto la orientación de las acciones de cada uno en la otra vida, véase § 143. El amor de los que están en los infiernos es amor a sí mismos y al mundo, y estos amores están representados por el sol de este mundo y la luna de la tierra (véase § 122). Por otra parte, estos amores se oponen al amor al Señor y al amor al prójimo[h]. Por eso se vuelven hacia la oscuridad, lejos del Señor.

Quienes están en los infiernos también viven dispuestos según las direcciones cardinales. Los que están obsesionados con los males que surgen del amor a sí mismos están junto al eje Este-Oeste, y quienes se obsesionan con las falsedades del mal están junto al eje Sur-Norte. Nos referiremos a ellos más detenidamente cuando hablemos de los infiernos[109].

152. Cuando un espíritu malo está en compañía de los buenos, habitualmente se produce tal confusión de direcciones que los buenos espíritus apenas saben dónde está su oriente. Esto es algo que he observado a menudo, y de ello he oído lamentarse a los espíritus.

153. Los malos espíritus parecen a veces orientarse según las direcciones del cielo, en momentos en que tienen inteligencia y comprenden lo que es verdadero, pero sin sentir ningún afecto por lo que es bueno; así, tan pronto como se orientan de nuevo según sus propias direcciones, quedan desprovistos de toda inteligencia o comprensión de la verdad. Entonces dicen que las cosas verdaderas que habían oído y entendido no son verdaderas sino falsas, e incluso pretenden que las cosas falsas son ver-

[h] Quienes están absortos en el amor a sí mismos y al mundo vuelven la espalda al Señor: 10130, 10189, 10420, 10702. El amor al Señor y la caridad hacia el prójimo constituyen el cielo, y el amor a sí mismo y al mundo constituyen el infierno, porque son opuestos: 2041, 3610, 4225, 4776, 6210, 7366, 7369, 7490, 8232, 8678, 10455, 10741-10745.

daderas. Se me ha hablado acerca de este tipo de cambios y se me ha dicho específicamente que en el caso de esos espíritus malignos la facultad intelectual puede sufrir estos cambios, pero no la facultad de la voluntad. Se me ha dicho también que está previsto por el Señor que, al final, todos podrán tener la capacidad de ver y reconocer la verdad, pero que nadie la aceptará salvo quienes estén centrados en el bien, puesto que el bien –nunca el mal– es lo que acepta las verdades. Por otra parte, algo similar sucede con nosotros, que podemos ser corregidos por medio de las verdades, aunque la medida en que somos corregidos depende de la medida en que nos centramos en el bien. Por eso podemos volvernos igualmente hacia el Señor. Sin embargo, si en nuestra conducta cotidiana estamos inmersos en el mal, inmediatamente le damos la espalda de nuevo y justificamos en nuestro fuero interno las falsas racionalizaciones de nuestro mal frente a las verdades que hemos comprendido y hemos visto. Esto sucede cuando pensamos sobre la base de nuestras inclinaciones más profundas.

Cómo cambian los estados de los ángeles en el cielo

154. Al hablar de «cambios en los estados de los ángeles» nos referimos a sus cambios respecto del amor y la fe y, por consiguiente, respecto de la sabiduría y la inteligencia, es decir, cambios en el estado de su vida. Los estados son atributos de la vida y de lo que pertenece a la vida; y puesto que la vida angélica es una vida de amor y de fe, y por tanto de sabiduría e inteligencia, los estados son los atributos de éstos, y hablamos de estados de amor y de fe y de estados de sabiduría e inteligencia. Ahora debemos describir cómo cambian estos estados en los ángeles.

155. Los ángeles no se encuentran siempre en el mismo estado en cuanto al amor, y por consiguiente tampoco están en el mismo estado en cuanto a la sabiduría, pues toda su sabiduría procede de su amor y es proporcional a su amor. A veces están en un estado de amor intenso, a veces en un estado de amor que no es tan intenso. Decrece gradualmente de una mayor a una menor intensidad. Cuando están en el nivel más alto del amor, están en la luz y el calor más intensos, o en su mayor claridad y deleite. A la inversa, cuando están en los niveles más bajos están en la sombra y la frialdad, o en lo tenebroso y desagradable. De este último estado

vuelven al primero, y así sucesivamente. Las fases se siguen una a otra con una variedad constante.

Estos estados se siguen uno a otro como variaciones de luz y sombra, calor y frío, o como la mañana, el mediodía, la tarde y la noche de los días en nuestro mundo, variando constantemente a lo largo de todo el año. Y no sólo eso, sino que realmente se corresponden: la mañana corresponde al estado de su amor en la claridad, el mediodía al estado de su sabiduría en la claridad, la tarde al estado de su sabiduría en la oscuridad, y la noche a un estado sin amor ni sabiduría. Aunque debe saberse que, en realidad, no existe ninguna correspondencia de la noche con los estados de vida de quienes están en el cielo, sino que la correspondencia se debe establecer, más bien, con la media luz que antecede al alba. La noche se corresponde con las personas que están en el infierno[a].

Debido a esta correspondencia, «día» y «año» significan en la Palabra los estados de la vida en general, el calor y la luz significan el amor y la sabiduría, la mañana el nivel primero y superior del amor, el mediodía la sabiduría en su luz, la tarde la sabiduría en su sombra, y el crepúsculo la media luz que precede a la mañana. La noche, sin embargo, significa la pérdida del amor y la sabiduría[b].

156. Así como cambian los estados interiores de amor y sabiduría de los ángeles, así cambian también los estados de las diversas cosas que los rodean y son visibles a sus ojos; pues la apariencia de las cosas que rodean a los ángeles está en función de las cosas que están en su interior. Describiremos lo que son y cómo son en capítulos posteriores, cuando analicemos las representaciones y apariencias en el cielo[110].

157. Cada ángel experimenta y atraviesa individualmente cambios de

[a] En el cielo, no hay ningún estado que se corresponda con la noche, sino con la media luz que antecede al alba: 6110. La media luz significa el estado intermedio entre lo último y lo primero: 10134.

[b] Las alternancias de un estado en cuanto a iluminación y percepción están ordenadas en el cielo como los momentos del día en el mundo: 5672, 5962, 6310 *[6110]*, 8426, 9213, 10605. Los días y los años significan en la Palabra todos los estados en general: 23, 487, 488, 493, 893, 2788, 3462, 4850, 10656. La mañana significa el comienzo de un nuevo estado, y un estado de amor: 7216 *[7218]*, 8426, 8427, 10114, 10134. La tarde significa un estado en el que la luz y el amor se desvanecen: 10134, 10135. La noche significa un estado sin amor ni fe: 221, 709, 2353, 6000, 6110, 7870, 7947.

estado como éstos, y lo mismo sucede colectivamente a cada comunidad. Sin embargo, cada uno lo hace de manera diferente a los demás, puesto que difieren en amor y sabiduría. Los que están en el centro están en un estado más perfecto que aquellos que están a su alrededor y en los márgenes (véase *supra*, §§ 23 *[43]* y 128). Pero llevaría demasiado tiempo hacer un recuento de las diferencias, puesto que la cualidad del amor y la fe determina la forma de los cambios que sufre cada uno. Por consiguiente, uno puede estar en claridad y deleite mientras otro está en oscuridad y malestar, incluso al mismo tiempo, dentro de una misma comunidad. Los estados difieren en las distintas comunidades, y serán diferentes en las comunidades del reino celestial y en las comunidades del reino espiritual.

Hablando en general, las diferencias de los cambios de estado son semejantes a las variaciones de los días en los distintos climas de la tierra. Puede ser mañana para unos mientras que es de noche para otros, y unos tienen calor mientras otros tienen frío, y viceversa.

158. Se me ha dicho desde el cielo por qué tienen lugar cambios de estado como éstos. Los ángeles me han dicho que existen muchas razones. En primer lugar, el deleite de la vida y del cielo que disfrutan los ángeles debido al amor y la sabiduría que les es dada por el Señor se iría debilitando si estuvieran constantemente en él, a la manera que les sucede a quienes están inmersos en placeres y goces carentes de variedad. Una segunda razón es que los ángeles tienen igual que nosotros un ego o imagen de sí[111], y esto implica el amor a sí mismo. Todos en el cielo están libres del sentido del yo, y en la medida en que el Señor los mantiene libres, disfrutan del amor y la sabiduría. Sin embargo, en la medida en que no se mantienen libres, son atrapados por el amor a sí mismos; y puesto que todos ellos aman el sentido del yo y lo llevan consigo[c], se producen los cambios de estado o alternativas sucesivas. Una tercera razón es que de esta manera se perfeccionan, pues se acostumbran a mantenerse en el amor al Señor y libres del amor a sí mismo. Además, por estas alternati-

[c] La imagen que tenemos de nosotros o ego es amor a nosotros mismos: 694, 731, 4317, 5660. La imagen que tenemos de nosotros o ego debe ser separada de nosotros para que el Señor esté presente: 1023, 1044. Está realmente separada cuando nos mantenemos en lo que es bueno por el Señor: 9334, 9335, 9336, 9445 *[9447]*, 9452, 9453, 9454, 9938.

vas de deleite y malestar, su percepción y su sensibilidad hacia el bien se hace cada vez más delicada[d].

Los ángeles siguieron diciendo que el Señor no produce estos cambios de estado, puesto que el Señor como el sol está siempre fluyendo con calor y luz, esto es, con amor y sabiduría. La causa de los cambios son más bien ellos mismos, puesto que aman su sentido del yo y esto les hace equivocar continuamente los caminos. Para explicarlo, lo comparan con el sol de nuestro mundo, que no es la causa de los cambios de calor y frío, de luz y oscuridad, de la sucesión de los años y los días, puesto que el sol permanece inmóvil. La razón hay que buscarla en la tierra.

159. Se me mostró cómo el Señor, como un sol, aparece ante los ángeles del reino celestial en el primer estado, en el segundo y en el tercero. Vi al Señor como sol, al principio rojizo y resplandeciente, con un brillo tal que no se puede describir. Se me dijo que el Señor como sol aparece así a los ángeles en el primer estado. Más tarde vi un gran halo oscuro alrededor del sol, a causa del cual la cualidad rojiza y resplandeciente que lo hacía tan brillante comenzó a palidecer. Se me dijo que así aparece el sol a los que están en el segundo estado. Luego vi cómo el halo se oscurecía de modo que el sol adquiría un aspecto menos rojizo, paso a paso, hasta que finalmente su aspecto fue completamente pálido. Se me dijo que así es como aparece el sol a los que están en el tercer estado. Después de eso vi el disco pálido moverse a la izquierda hacia la luna del cielo y añadir su luz a la luz de la luna, de modo que ésta brilló de forma excepcional. Se me dijo que éste era el cuarto estado de los que están en el reino celestial y el primer estado de los que están en el reino espiritual. También se me dijo que los cambios de estado en cada reino proceden alternativamente, no en todo el reino a la vez, sino en una comunidad después de otra. Y también se me dijo que estas alteraciones no están prefijadas, sino que suceden de forma más o menos repentina sin que nadie las pueda prever.

Los ángeles siguieron diciendo que el sol en sí y por sí nunca cambia ni se mueve, pero que toma esa apariencia en concordancia con la sucesiva progresión de sus estados, puesto que el Señor se muestra a cada uno

[d] Los ángeles se van perfeccionando hasta la eternidad: 4803, 6648. En el cielo, nunca puede existir un estado exactamente igual a otro, de lo que resulta un perpetuo proceso de perfeccionamiento: 10200.

de acuerdo con la realidad de su estado individual: rojizo a quienes están en un amor intenso, menos rubicundo luego y finalmente pálido cuando el amor declina. La cualidad del estado de cada uno está representada por el aura débil que imponen al sol las aparentes variaciones de llama y de luz.

160. Cuando los ángeles se encuentran en ese último estado, lo que sucede cuando están inmersos en su sentimiento del yo, empiezan a sentirse tristes. He hablado con ellos cuando estaban en ese estado y he sido testigo de su tristeza[112]. Sin embargo, dijeron que vivían en la esperanza de que pronto volverían a su estado anterior y estarían de nuevo en el cielo, por decirlo así, puesto que el cielo es para ellos estar libres de su sentimiento del yo.

161. También hay cambios de estado en los infiernos, pero éstos se describirán más tarde, cuando nos ocupemos del infierno[113].

El tiempo en el cielo

162. Aunque las cosas sucedan en orden y progresen en el cielo igual que lo hacen en el mundo, sin embargo los ángeles no tienen ninguna noción o idea del tiempo y el espacio. La ausencia de estos conceptos es tan completa que simplemente no saben qué es el tiempo o el espacio. Aquí hablaremos del tiempo en el cielo, dejando el espacio para estudiarlo en otro capítulo[114].

163. La razón de que los ángeles no sepan lo que es el tiempo (aunque todo se mueva para ellos sucesivamente, como en nuestro mundo, pues en eso no hay ninguna diferencia) es que en el cielo no existen años ni días, sino sólo cambios de estado. Allí donde hay años y días, hay tiempos, y donde hay cambios de estado, hay estados.

164. La razón de que haya tiempos en nuestro mundo es que nos parece que el sol se mueve de una zona a otra, creando así los tiempos que llamamos estaciones del año. Se mueve también alrededor de la tierra y crea los tiempos que llamamos momentos del día, y lo hace por períodos fijos.

Es diferente lo que sucede con el sol del cielo. No produce los años y los días por movimientos y rotaciones sucesivos, sino que produce aparentes cambios de estado; y no lo hace por períodos fijos, como explicábamos en el capítulo anterior. Por eso los ángeles no pueden tener ninguna idea de tiempo, pero tienen en su lugar una idea de estado. Para lo que es un «estado» puede verse *supra*, § 154.

165. Puesto que los ángeles no tienen ninguna idea derivada del tiempo, como tenemos en nuestro mundo, tampoco tienen ninguna idea del tiempo en sí ni de las cosas que dependen de él. Ni siquiera saben lo que son todas esas cosas temporales como el año, el mes, la semana, el día, la hora, hoy, mañana, o ayer. Cuando los ángeles oyen estas expresiones a alguno de nosotros (el Señor hace que los ángeles estén siempre en contacto con nosotros), perciben en su lugar estados, y cosas que tienen que ver con estados. Por eso nuestra idea natural se transforma en idea espiritual para los ángeles. Por eso las expresiones del tiempo en la Palabra significan estados, y por eso las cosas propias del tiempo como las enumeradas anteriormente significan las realidades espirituales que les corresponden[a].

166. Sucede lo mismo con todas las cosas que existen como resultado del tiempo, como las cuatro estaciones del año llamadas primavera, verano, otoño e invierno; las cuatro partes del día llamadas mañana, mediodía, tarde y noche; nuestras cuatro edades, llamadas infancia, juventud, madurez y vejez; y con las otras cosas que ocurren como consecuencia del tiempo o que se suceden en una secuencia temporal. Cuando nosotros pensamos en ellas es desde un punto de vista temporal, pero un ángel piensa en ellas en tanto que estado. Por consiguiente, todo lo que en ellas es temporal para nosotros se troca en una idea de estado para el ángel. Primavera y mañana se transforman en la idea de amor y sabiduría en el sentido que estos términos tienen para los ángeles en el primer estado; verano y mediodía se transforman en la idea de amor y sabiduría según su sentido para los ángeles del segundo estado; y lo mismo el otoño y la tarde respecto del tercer estado; y la noche y el invierno en las ideas de tales estados según existen en el infierno. Por eso las cosas semejantes están representadas en la Palabra por esos momentos (véase *supra*, § 155). Vemos así cómo los conceptos naturales que surgen en nuestro pensa-

[a] En la Palabra, las expresiones referentes al tiempo significan estados: 2788, 2837, 3254, 3356, 4816 *[4814]*, 4901, 4916, 7218, 8070, 10133, 10605. Los ángeles piensan sin ninguna idea de tiempo ni espacio: 3404. Las razones de esto: 1274, 1382, 3356, 4882, 4901, 6110, 7218, 7381. Lo que «año» significa en la Palabra: 487, 488, 493, 893, 2906, 7828, 10209. Lo que significa «mes» en la Palabra: 3814. Lo que significa «semana»: 2044, 3845. Lo que significa «día»: 23, 487, 488, 6110, 7430 *[7443]*, 8426, 9213, 10062 *[10132]*, 10605. Lo que significa «hoy»: 2838, 3998, 4304, 6165, 6984, 9939. Lo que significa «mañana»: 3998, 10497. Lo que significa «ayer»: 6983, 7124 *[7114]*, 7140.

miento se vuelven espirituales para los ángeles que están con nosotros.

167. Como los ángeles no tienen ninguna noción de tiempo, tienen un concepto diferente de la eternidad del que tenemos los seres humanos en la tierra. Por «eternidad» los ángeles perciben un estado infinito, no un tiempo infinito[b].

En una ocasión pensaba en la eternidad y recurría a una idea de tiempo con la que trataba de comprender lo que supone «hasta la eternidad» –a saber, sin final– pero no podía comprender lo que supone «desde la eternidad» y por tanto no comprendía lo que hacía Dios antes de la creación, desde la eternidad. Al ir aumentando mi ansiedad en mi mente por esta causa, fui elevado a la esfera del cielo y por tanto a la percepción de la eternidad que tienen los ángeles. Así se me iluminó acerca del hecho de que no debemos pensar en la eternidad en términos temporales, sino en términos de estado, y cuando lo hacemos comprendemos lo que supone «desde la eternidad», tal como me sucedió a mí.

168. Los ángeles que hablan con nosotros nunca emplean los conceptos naturales que nos son propios, todos derivados del tiempo, el espacio, la materia, etc. Utilizan conceptos espirituales, derivados de los estados y de los diversos cambios que acaecen en los ángeles y en su entorno. Sin embargo, cuando los conceptos angélicos, que son espirituales, fluyen en nosotros, se transforman instantánea y espontáneamente en aquellos conceptos naturales que, siendo apropiados a nosotros, corresponden exactamente a los espirituales. Ni los ángeles ni nosotros somos conscientes de esto, pero, sin embargo, ésta es la forma en que todos los influjos del cielo actúan en nosotros.

Había unos ángeles a los que se permitió penetrar muy íntimamente en mis pensamientos, hasta en los pensamientos naturales que contenían mucho material relacionado con el tiempo y el espacio. Pero como no podían comprender en absoluto nada de todo eso, enseguida se retiraron; y después de que se hubiesen retirado les oí hablar y decir que habían estado en la oscuridad.

[2] Se me permitió conocer desde la experiencia a qué se parece la ignorancia de los ángeles sobre el tiempo. Había cierto individuo del cielo cuya naturaleza le permitía entrar en conceptos naturales como los nues-

[b] Nuestra idea de eternidad incluye el tiempo, mientras que para los ángeles la eternidad excluye el tiempo: 1382, 3404, 8325.

tros. Hablé con él más tarde, a solas, y al principio él no sabía a qué llamaba yo «tiempo». Por eso tuve que explicarle que el sol parece desplazarse alrededor de nuestra tierra y da lugar a los años y los días y que, como resultado, los años se dividen en cuatro estaciones y en meses y semanas, y los días en veinticuatro horas, y que esos tiempos se repiten a intervalos fijos. Esto da lugar a nuestras expresiones sobre el tiempo. Se quedó asombrado cuando escuchó todo esto, y dijo que no conocía ese tipo de cosas, pues él solamente conocía lo que eran los estados.

[3] En el transcurso de nuestra conversación mencioné que en nuestro mundo se sabía que no hay tiempo en el cielo. En verdad, hablamos realmente como si lo supiéramos, pues cuando la gente muere, decimos que han dejado las cosas temporales y han pasado más allá del tiempo, queriendo decir que han dejado nuestro mundo. Dije también que es conocido por algunos que los tiempos son estados en su origen, pues reconocen que el tiempo se experimenta en concordancia con los estados de ánimo en que nos encontramos. Es breve para nosotros cuando estamos en ocupaciones placenteras y agradables, largo cuando estamos ocupados en cuestiones desagradables y tristes, y variable cuando nos encontramos esperanzados o a la expectativa. En consecuencia, los sabios se preguntan qué son el tiempo y el espacio, y algunos admiten que el tiempo es un atributo de la persona natural.

169. El hombre natural puede creer que no tendríamos ningún pensamiento si se nos privara de los conceptos de tiempo, espacio y materia, pues todo nuestro pensamiento se basa en tales fundamentos[c]. Sin embargo, hay que saber que esos pensamientos están limitados y forzados en la medida en que derivan del tiempo, el espacio y la materia, y que son liberados y expandidos en la medida en que no se derivan de esas cosas, pues en esa misma medida la mente se eleva por encima de consideraciones corporales y mundanas. Éste es el origen de la sabiduría de los ángeles, tan grande que podemos considerarla inabordable, puesto que no se ajusta a las ideas formadas solamente a partir de las cosas corpóreas y mundanas.

Las representaciones y apariencias en el cielo

170. Cualquiera que piense únicamente desde la luz natural no podrá comprender que algo del cielo sea como algo de nuestro mundo, pues la

[c] A diferencia de los ángeles, no pensamos sin algún concepto temporal: 3404.

luz natural les ha llevado a pensar y a convencerse de que los ángeles no son nada sino mentes, y que esas mentes son como alientos etéreos. Esto significaría que los ángeles no podrían tener los sentidos que nosotros tenemos, es decir, no tendrían ojos, y, sin ojos, no habría ningún objeto que ver. Sin embargo, los ángeles tienen todos los sentidos que nosotros tenemos –mucho más refinados, en realidad– y la luz en la que ven es mucho más brillante que la luz en que vemos nosotros.

Sobre los ángeles como personas de forma más perfecta en posesión de todos sus sentidos, véase *supra*, §§ 73-77; y sobre la luz del cielo mucho más brillante que la luz de nuestro mundo, véase §§ 126-132.

171. No hay manera de describir con brevedad cómo se muestran a los ángeles las cosas que hay en los cielos. En un grado considerable, son semejantes a las que vemos en la tierra, pero son más perfectas en su forma y más abundantes en número.

Podemos concluir que existen cosas como éstas en los cielos a partir de lo que vieron los profetas, por ejemplo, lo que vio Ezequiel del nuevo templo y la nueva tierra según lo describe en los capítulos de su libro que van del 40 al 48, lo que describe Daniel en sus capítulos 7 a 12, lo que vio Juan según podemos leer de principio a fin en el Apocalipsis, junto con otras visiones presentadas en los libros históricos y proféticos de la Palabra[115]. Vieron cosas como éstas cuando el cielo se les abrió, y se dice que el cielo se abre cuando nuestra visión interior, la visión de nuestro espíritu, se abre. Pues las cosas que existen en el cielo no pueden verse con nuestros ojos físicos, sino solamente con los ojos de nuestro espíritu, y cuando place al Señor, éstos se abren. En esas ocasiones somos sacados de la luz natural en que se encuentran nuestros sentidos físicos y elevados a la luz espiritual en la que habitamos en razón de nuestro espíritu. En esa luz es en la que he visto las cosas que existen en los cielos.

172. Pero aunque las cosas que se ven en los cielos son muy similares a las cosas de la tierra, no son iguales en su esencia. Las cosas que existen en los cielos proceden del sol del cielo, mientras que las cosas terrenales proceden del sol de nuestro mundo. Las cosas que surgen del sol del cielo se denominan espirituales, mientras que las cosas que surgen del sol de nuestro mundo se denominan naturales.

173. Las cosas que surgen en los cielos no surgen de la misma manera que las de la tierra. En los cielos, todo viene a la existencia desde el Señor como respuesta a la naturaleza más profunda de los ángeles. Los án-

geles tienen, de hecho, una naturaleza interior y otra exterior. Todo lo que es profundo en ellos tiene que ver con el amor y la fe, y por tanto con su voluntad y su entendimiento, puesto que su voluntad y su entendimiento son los vehículos de su amor y su fe. Su naturaleza más externa, sin embargo, corresponde perfectamente a su naturaleza más interna (sobre la correspondencia de su naturaleza externa con su naturaleza interna, véase *supra*, §§ 87-115). Esto puede ilustrarse por lo dicho anteriormente sobre el calor y la luz del cielo, a saber, que los ángeles tienen calor de acuerdo con la cualidad de su amor, y luz de acuerdo con la cualidad de su sabiduría (véase §§ 128-134). Lo mismo es cierto para todas las cosas que se presentan a los sentidos de los ángeles.

174. Cuando se me ha permitido estar en compañía de los ángeles, he visto las cosas de allí exactamente igual que veo las cosas de nuestro mundo, de manera tan perceptible que no sabía si no estaría en nuestro mundo y en la corte de algún rey. También he hablado con los ángeles exactamente igual que una persona habla en este mundo con otra.

175. Puesto que todas las cosas que se corresponden con la naturaleza más profunda de los ángeles también las representan, se les llama *representaciones*. Puesto que varían según los estados de la naturaleza profunda de los ángeles, se les llama *apariencias*, aunque los ángeles ven con sus ojos y perciben con sus sentidos las cosas del cielo tan vívidamente como nosotros vemos y percibimos las cosas de la tierra; en realidad, con mayor claridad, frescura y perceptibilidad. Las apariencias que de esta manera surgen en el cielo son llamadas *apariencias reales*, porque tienen existencia real. Hay también apariencias irreales, cosas que parecen estar presentes pero que no corresponden a realidades profundas[a]. Pero esto será tratado con mayor detenimiento más adelante[116].

[a] Todas las cosas que son visibles a los ángeles son representaciones: 1971, 3213-3226, 3457 *[3342]*, 3475, 3485, 9481, 9574 *[9457]*, 9576, 9577. Los cielos están llenos de representaciones: 1521, 1532, 1619. Las representaciones son más hermosas cuanto más profundamente se entra en los cielos: 3475. Las representaciones son allí apariencias reales porque proceden de la luz del cielo: 3485. El influjo divino se transforma en representaciones en los cielos superiores, y por consiguiente, también en los cielos inferiores: 2179, 3213, 9457, 9481, 9576, 9577. Se llaman representaciones las cosas que aparecen a ojos de los ángeles en formas semejantes a las de la naturaleza y por tanto semejantes a las de nuestro mundo: 9574 *[9457]*. Las cosas internas se transforman en cosas externas de esta manera:

176. Para mayor claridad, me gustaría poner un ejemplo de cómo las cosas aparecen a los ángeles debido a las correspondencias. A los ángeles que se centran en la inteligencia se les muestran jardines y parques llenos de toda clase de árboles y flores. Los árboles están dispuestos en formas hermosas, y se unen para formar arcos abovedados que ofrecen espacios de entrada y de paseo a su alrededor. El conjunto es tan bello que supera cualquier posible descripción. Las personas centradas en la inteligencia pasean por esos lugares recogiendo flores y tejiendo guirnaldas para adornar con ellas a los niños. Hay allí variedades de árboles nunca vistos, ni siquiera imaginables en nuestro mundo. En los árboles hay frutos según la cualidad del amor de la que esos ángeles inteligentes participan. Ven esas cosas porque el jardín y el parque, los frutos y las flores, corresponden a la inteligencia y la sabiduría[b].

Es sabido en la tierra que cosas así existen en los cielos, pero es conocido solamente por aquellos que están en el bien y en cuyo interior no se ha extinguido la luz del cielo a causa de la luz natural y su apariencia engañosa. Cuando piensan en el cielo, piensan y dicen que allí hay *cosas que ojo no vio ni oído oyó*[117].

Las vestiduras con que aparecen los ángeles

177. Puesto que los ángeles son personas y viven juntos como hacen las personas de la tierra, tienen vestidos, casas y muchas otras cosas, aunque con la diferencia de que todo es más perfecto para ellos porque están en un estado más perfecto. Pues así como la sabiduría angélica sobre-

1632, 2987-3002. La naturaleza de las representaciones del cielo ilustrada mediante varios ejemplos: 1521, 1532, 1619-1628, 1807, 1973, 1974, 1977, 1980, 1981, 2299, 2601, 2761, 2762, 3217, 3219, 3220, 3348, 3350, 5198, 9090, 10278 *[10276]*. Todas las cosas que son visibles en los cielos están de acuerdo con las correspondencias y se denominan representaciones: 3213-3226, 3457 *[3342]*, 3475, 3485, 9481, 9574 *[9457]*, 9576, 9577. Todas las cosas que corresponden también representan y significan aquello a lo que corresponden: 2890 *[2896]*, 2987, 2971 *[2991]*, 2989, 2990, 3002, 3225.

[b] «Jardín» y «parque» significan inteligencia y sabiduría: 100, 108, 3220. El significado del jardín de Edén y el jardín de Jehová: 99, 100, 1588. Cómo es la magnificencia de las cosas paradisíacas en la otra vida: 1122, 1622, 2296, 4528, 4529. Los árboles significan las percepciones y cogniciones que dan origen a la sabiduría y la inteligencia: 103, 2163, 2682, 2722, 2972, 7692. Los frutos significan el bien que realizan el amor y la caridad: 3146, 7690, 9337.

pasa nuestra sabiduría en tan gran medida que supera todo lo que se pueda expresar, así también nos sobrepasa todo cuanto aparece a su percepción y su vista, ya que todo lo que es percibido por los ángeles y se les aparece corresponde a su sabiduría (véase *supra*, § 173).

178. Como todo lo demás, las vestiduras que llevan los ángeles también son correspondencias y, precisamente por serlo, tienen existencia real (véase *supra*, § 175). Sus ropas reflejan su inteligencia, por eso todos en el cielo visten según su inteligencia; y puesto que cada ángel quiere sobrepasar a los otros en inteligencia (véase §§ 43 y 128), todos quieren superar en su forma de vestir a los demás. Los más inteligentes llevan vestidos que brillan como si estuvieran en llamas, otros irradian como si fueran luminosos. Los que no son tan inteligentes llevan vestidos de un blanco puro y suave que no brilla, y los menos inteligentes llevan vestidos de colores diversos. Sin embargo, los ángeles del cielo interior van desnudos.

179. Puesto que las vestiduras de los ángeles corresponden a su inteligencia, corresponden también a lo que es verdadero, puesto que toda inteligencia procede de la verdad divina. Por eso se puede decir tanto que los ángeles visten según su inteligencia como que lo hacen según la verdad divina. La razón de que la vestimenta de algunos ángeles brille como si fueran llamas mientras que la de otros irradie como si fuera luz es que la llama corresponde a lo que es conforme al bien, y la luz a lo que es verdadero a causa de ese bien[a]. La razón de que algunos vestidos sean de un blanco puro y suave y no brillen, mientras que otros son de colores diversos es que el bien y la verdad divina son menos deslumbrantes y son aceptados de manera diferente entre los que son menos inteligentes[b]. El blanco puro y suave se corresponde con lo que es verda-

[a] Las vestiduras significan en la Palabra verdades en razón de la correspondencia: 1073, 2576, 5319, 5954, 9212, 9216, 9952, 10536; porque las verdades visten lo que es bueno: 5248. Un velo significa algo intelectual, puesto que el discernimiento es el receptáculo de lo que es verdadero: 6378. Los vestidos blancos de lino significan las verdades de lo Divino: 5319, 9469. La llama significa el bien espiritual, y la luz que procede de ella significa la verdad que procede del bien: 3222, 6832.

[b] A los ángeles y espíritus se los ve vistiendo de acuerdo a sus verdades y por lo tanto a su inteligencia: 165, 5248, 5954, 9212, 9216, 9814, 9952, 10536. Algunos vestidos de los ángeles son radiantes, y otros no: 5248.

dero[c], y los colores se corresponden con los diferentes grados de verdad[d]. La razón de que los ángeles en el cielo interior estén desnudos es que están en la inocencia, y a la inocencia corresponde la desnudez[e].

180. Puesto que los ángeles van vestidos en el cielo, han aparecido vestidos cuando han sido vistos en nuestro mundo, como los que se aparecieron a los profetas y los que se vieron en la tumba del Señor, cuyo «aspecto era blanco como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve» (Mateo 28, 3; Marcos 16, 5; Lucas 22, 4 *[24, 4]*; Juan 20, 11. 13 [20, 12]) y los que fueron contemplados en el cielo por Juan, «vestidos de ropas blancas» (Apocalipsis 4, 4; 19, 11. 13). Y dado que la inteligencia procede de la verdad divina, los vestidos del Señor, cuando fue transfigurado, «se hicieron blancos como la luz» (Mateo 17, 2; Marcos 9, 3; Lucas 9, 29; sobre la luz como la verdad divina que emana del Señor, véase *supra*, § 129). Por eso las ropas significan en la Palabra las cosas verdaderas y la inteligencia que de ellas resulta, como en Juan[118]: «Unas pocas personas que no han manchado sus vestiduras, y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas; el que venciere será vestido con vestiduras blancas» (Apocalipsis 3, 4–5); y «bienaventurado el que vela y guarda sus ropas» (Apocalipsis 16, 15).

Con respecto a Jerusalén, refiriéndose a la Iglesia cuando está centrada en lo que es verdadero[f], se dice en Isaías: «Despierta, despierta, vístete de poder, oh Sión; vístete tu ropa hermosa, oh Jerusalén» (Isaías 52, 1);

[c] El blanco puro y suave significa en la Palabra lo que es verdadero, porque procede de la luz del cielo: 3301, 3993, 4001 *[4007]*.

[d] Los colores del cielo son combinaciones de la luz que allí hay: 1042, 1043, 1053, 1624, 3993, 4530, 4742, 4922. Los colores significan cosas diversas relacionadas con la inteligencia y la sabiduría: 4530, 4677, 4922, 9466. Las piedras preciosas de Urim y Tumim significan, según su color, todas las verdades de los cielos que son el resultado de lo que es bueno: 9865, 9868, 9905. En la medida que los colores derivan del rojo, significan lo que es bueno; mientras que en la medida en que derivan del blanco, significan lo que es verdadero: 9476.

[e] Todas las personas del cielo interior son inocentes, y por lo tanto parecen estar desnudas: 154, 165, 297, 2736, 3887, 8375, 9960. La inocencia se manifiesta en el cielo como desnudez: 165, 8375, 9960. Para las personas inocentes y castas, la desnudez no es motivo de vergüenza porque no hay ocasión para la ofensa: 165, 213, 8375.

[f] Jerusalén significa la Iglesia en la que existe una doctrina genuina: 402, 3654, 9166.

y en Ezequiel: «Te ceñí de lino y te cubrí de seda, y tu vestido era de lino fino, seda y bordado» (Ezequiel 16, 10. 13); y muchos otros pasajes.

En cambio, se dice de quien no está comprometido en las verdades que no lleva el vestido de bodas, como en Mateo: «Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Por eso fue arrojado a las tinieblas de afuera» (Mateo 22, 12-13 *[11-13]*). La casa del festín de bodas significa el cielo y la Iglesia en virtud de su unión con el Señor a través de su verdad divina. Por eso en la Palabra se llama al Señor el Novio y el Esposo, y al cielo y a la Iglesia la novia y la esposa.

181. Podemos decir que los vestidos de los ángeles no solamente parecen vestidos, sino que lo son realmente porque no sólo los ven, sino que también los sienten. Además, tienen muchos vestidos que se quitan y se ponen, guardan los que no usan y sacan los que usan. He visto miles de veces que utilizan prendas diferentes.

Les he preguntado de dónde sacan sus ropas, y me han dicho que proceden del Señor, que les son dadas a ellos, y que a veces están vestidos sin percibirlo. Me han dicho también que sus vestidos cambian según sus cambios de estado, que sus vestidos son radiantes y de un blanco brillante en sus estados primero y segundo, mientras que en el tercero y en el cuarto son más apagados. También esto se debe a las correspondencias, porque esos cambios de estado tienen que ver con su inteligencia y su sabiduría, de lo que ya hemos hablado *supra*, en §§ 154-161.

182. Para todos los integrantes del mundo espiritual, la ropa depende de la inteligencia, y por lo tanto de las verdades que constituyen la inteligencia. Aunque puede parecer que quienes están en los infiernos van vestidos, como carecen de verdades, sus vestiduras no son sino harapos sucios y asquerosos, los de cada individuo de acuerdo con su propia locura. Tampoco pueden vestirse de otra manera. El Señor les permite llevar vestidos para que no vayan desnudos.

Los hogares y casas de los ángeles

183. En el cielo hay comunidades y los ángeles, como nosotros, viven en casas que difieren según el estado de la vida de cada uno. Son espléndidas para quienes tienen un estado especial de dignidad y menos espléndidas para quienes están en un estado inferior.

En ocasiones, he hablado con los ángeles sobre las casas del cielo, y les

he manifestado que actualmente casi nadie admitiría que ellos puedan tener hogares y casas: algunos porque no las ven, otros porque no comprenden que los ángeles son personas, otros porque creen que el cielo angélico es el firmamento que ven por encima de ellos con sus ojos. Puesto que éste parece estar vacío y ellos piensan que los ángeles son formas etéreas, llegan a la conclusión de que los ángeles viven en el éter. Por otra parte, tampoco comprenden el hecho de que en el mundo espiritual exista el mismo tipo de cosas que en el mundo natural, porque no saben nada de lo espiritual.

[2] Los ángeles me han dicho que eran conscientes de esa ignorancia que prevalece en nuestro mundo en la actualidad, y muy especialmente en la Iglesia, y más entre los intelectuales que entre los considerados simples. Me han dicho también que los seres humanos podían conocer por la Palabra que los ángeles son como nosotros porque los únicos que han sido vistos lo fueron de ese modo. Y también el Señor fue como nosotros, adoptando su plena humanidad. Se podría comprender entonces que los ángeles son personas, que tienen casas y hogares y no vuelan por el aire[119], que aunque sean llamados «espíritus» no son viento, como la ignorancia (que los ángeles llaman locura) de algunos pretende. También podrían comprender todo esto si cuando piensan en los ángeles y los espíritus dejaran a un lado sus prejuicios y no se dedicaran a poner todo constantemente en duda, sopesando razonadamente *si realmente es así*. Todo el mundo tiene, en verdad, la idea general de que los ángeles tienen forma humana y de que tienen casas que son denominadas moradas celestiales, más espléndidas que las casas terrenales. Pero esta idea general (que procede de un influjo del cielo) enseguida se desvanece, dicen los ángeles, y se queda en nada cuando se convierte en el centro de la atención consciente y se le hace frente con la pregunta de *si realmente es así*. Esto sucede particularmente entre los investigadores que han usado la inteligencia del yo para alejar de sí mismos el cielo y la luz que procede de él[120].

[3] Lo mismo sucede respecto de la fe en la vida después de la muerte. Los que hablan de este asunto sin tener en cuenta el concepto académico de alma o la doctrina de su unión con el cuerpo físico creen que después de la muerte viviremos como personas –entre los ángeles si hemos vivido rectamente– y que disfrutaremos de visiones excelsas y experiencias de éxtasis. Pero en cuanto se centran en la doctrina de la unión del alma y el cuerpo o en cualquier hipótesis sobre el alma, y comienzan

a preguntar si el alma es realmente así, si todo eso es verdadero, sus ideas anteriores se desvanecen.

184. Pero sería mejor presentar alguna prueba experimental en este punto. Siempre que he hablado con los ángeles frente a frente, he estado con ellos en sus casas. Sus casas eran igual que las casas de la tierra, lo que podemos llamar un hogar, pero más hermosas. Tienen habitaciones, salas y dormitorios en abundancia, y patios con jardines, bancadas de flores y césped a su alrededor. Donde se vive en comunidad, las casas son contiguas, unas al lado de otras, dispuestas en forma de ciudad con calles, caminos y plazas públicas, como las que vemos en las ciudades de la tierra. Se me ha permitido pasear por ellas y mirar por todas partes siempre que quisiera, en ocasiones incluso he entrado en las casas. Esto ha sucedido estando plenamente despierto, con mi visión interior abierta[a].

185. He visto palacios en el cielo tan espléndidos que están más allá de cualquier descripción. Sus pisos altos brillaban como si fueran de oro puro, y los inferiores como si estuvieran hechos con piedras preciosas. Cada palacio parecía más espléndido que el anterior, y lo mismo sucedía con su interior. Las habitaciones estaban engalanadas con adornos tan magníficos que no pueden ser descritos con palabras y que no se ajustan a nuestros conocimientos en artes y ciencias. En la parte orientada al Sur había jardines donde todo resplandecía por igual, las hojas parecían de plata y los frutos de oro, con macizos de flores que con sus colores creaban la sensación de un arco iris. Dentro del horizonte visual había otros palacios que enmarcaban la escena. Así es la arquitectura del cielo, a la que se podría considerar la verdadera esencia del arte, lo que no es una gran sorpresa, puesto que el arte nos viene a nosotros del cielo.

Los ángeles me dijeron que cosas como éstas y otras muchas aun más perfectas son colocadas ante ellos por el Señor; pero que esas visiones deleitan realmente sus mentes más que sus ojos, porque ven correspondencias en los detalles, y a través de esas correspondencias contemplan las cosas divinas.

186. Sobre este tema de las correspondencias, se me ha dicho también que no solamente los palacios y las casas, sino todos los objetos que hay dentro y fuera de ellos corresponden a las cualidades profundas que reci-

[a] Los ángeles tienen ciudades, palacios y casas: 940-942, 1116, 1626-1628, 1630, 1631, 4622.

ben del Señor. En términos generales, sus casas corresponden al bien que hay en ellos y los objetos que hay dentro de las casas a las diversas cosas que constituyen ese bien[b]. Los objetos que están fuera de las casas se refieren a las cosas verdaderas que se derivan del bien, y también a las experiencias de percepción y reconocimiento[c]. Puesto que dichos objetos corresponden a las cosas buenas y verdaderas que reciben del Señor, se corresponden con su amor y por tanto con su sabiduría e inteligencia, porque el amor está relacionado con el bien; la sabiduría, con el bien y la verdad; y la inteligencia, con la verdad que resulta del bien. Éste, me dijeron, es el tipo de cosas que perciben los ángeles cuando miran sus casas; y por eso esas visiones les deleitan y activan su mente más que sus ojos.

187. De esta manera, pude ver por qué el Señor se llama a sí mismo el templo que está en Jerusalén (Juan 2, 19. 21)[d]. También pude ver que si la nueva Jerusalén aparecía como una ciudad de oro puro, con puertas de perlas y cimientos de piedras preciosas (Apocalipsis 21), es porque el templo ofrece una imagen de lo humano divino del Señor; la nueva Jerusalén se refiere a la Iglesia que debía ser fundada; las doce puertas son las verdades que nos llevan al bien, y los cimientos son las verdades sobre las que se funda[e].

[b] Las casas y lo que contienen significan los atributos de la mente del ser humano, y por tanto nuestra naturaleza más interior: 710, 2233, 2234 *[2231]*, 2719 *[2454]*, 3128, 3538, 4973, 5023, 6619 *[6639]*, 6690, 7353, 7848, 7910, 7929, 9150; y por tanto lo que está relacionado con el bien y la verdad: 2233, 2234 *[2231]*, 2559, 4982, 7848, 7929. Las habitaciones y los dormitorios significan las cosas que están en nuestro interior: 3900, 5994 *[5694]*, 7353. El tejado de una casa significa lo más interior: 3652, 10184. Una casa de madera significa lo que está relacionado con el bien, y una casa de piedra lo que está relacionado con la verdad: 3720.

[c] [La nota de Swedenborg remite al lector a la nota b del § 176 *supra*.]

[d] En el sentido superior, «la casa de Dios» significa lo humano divino del Señor respecto del bien divino, y el templo significa lo mismo respecto de la verdad divina. En un sentido relativo, significan el cielo y la Iglesia respecto del bien y la verdad: 3720.

[e] Jerusalén significa la Iglesia en la que hay una doctrina auténtica: 402, 3654, 9166. Las puertas significan una introducción a la doctrina de la Iglesia, y a través de la doctrina, a la Iglesia misma: 2943, 4478 *[4477]*. Los cimientos significan la verdad en la que se basa el cielo, la Iglesia y la doctrina: 9643.

188. Los ángeles que constituyen el reino celestial del Señor viven en su mayor parte en lugares elevados que parecen montañas que se alzan sobre el suelo. Los ángeles que constituyen el reino espiritual del Señor viven en lugares menos elevados que parecen colinas, mientras que los ángeles que viven en las regiones más bajas del cielo viven en lugares que parecen riscos rocosos. Estas cosas resultan también de las correspondencias, puesto que las cosas más profundas corresponden a las más elevadas, y las más exteriores a las más bajas[f]. Por eso las montañas significan en la Palabra el amor celestial, las colinas el amor espiritual y las rocas la fe[g].

189. Hay ángeles que no viven en comunidades, sino aparte, cada uno en su casa. Viven en el centro del cielo porque son los mejores entre los ángeles.

190. Las casas en que viven los ángeles no están construidas como las de nuestro mundo, y les son dadas gratis por el Señor, a cada individuo según su grado de aceptación del bien y la verdad. También ellas cambian ligeramente como respuesta a los cambios de estado de sus naturalezas más profundas (véase *supra*, §§ 154-160).

Todo lo que los ángeles poseen lo consideran dones del Señor, y todo lo que necesitan les es concedido.

El espacio en el cielo

191. Aunque todo en el cielo parece estar situado en el espacio como

[f] En la Palabra, las cosas más interiores son también las «más elevadas», y las cosas superiores, las más interiores: 2148, 3084, 4599, 5146, 8325. «Alto» significa interior, y también cielo: 1735, 2148, 4210, 4599, 8153.

[g] En el cielo, se pueden ver montañas, colinas, rocas, valles y planicies como podemos ver en este mundo: 10608. Los ángeles que están en el bien del amor viven en las montañas; los que están en el bien de la caridad, en las colinas; y los que están en el bien de la fe, en los acantilados: 10438. Por lo tanto, en la Palabra las montañas significan el bien del amor: 795, 4210, 6435, 8327, 8758, 10438, 10608. Las colinas significan el bien de la caridad: 6435, 10438. Las rocas significan el bien y la verdad de la fe: 8581, 10580. La piedra de la que están hechas las rocas significa también la verdad de la fe: 114, 643, 1298, 3720, 6426, 8608 *[8609]*, 10376. Por eso las montañas significan el cielo: 8327, 8805, 9420; y por eso la cima de la montaña significa el cielo superior: 9422, 9434, 10608. Ésta es la razón de que los antiguos celebrasen su culto sagrado en las montañas: 796, 2722.

las cosas en nuestro mundo, sin embargo los ángeles no tienen ningún concepto ni ninguna idea sobre la situación y el espacio. Dado que esto puede parecer una paradoja, y puesto que es muy importante, me gustaría aclararlo.

192. Todo movimiento en el mundo espiritual es consecuencia de los cambios de los estados interiores, hasta el punto de que el movimiento no es otra cosa que un cambio de estado[a]. Así es como yo fui conducido por el Señor a los cielos y también a otros planetas del universo[121]. Esto le sucedió a mi espíritu, mientras mi cuerpo permanecía en el mismo lugar[b]. Así es como se mueven los ángeles, lo que significa que no hay distancias para ellos; y si no hay distancias, no hay espacio. En su lugar tienen los estados y sus cambios.

193. Siendo ésta la naturaleza del movimiento, podemos ver que el acercamiento es semejanza con el estado interior, y el alejamiento, diferencia. Por eso las personas que están cerca se encuentran en un estado semejante, y las que están lejos, en estados diferentes. Por eso en el cielo el espacio no es nada sino los estados exteriores que corresponden a los estados interiores.

Ésta es la única razón de que los cielos se diferencien entre sí, como se diferencian las comunidades de cada cielo y los individuos de cada comunidad. Por eso también los infiernos están completamente separados de los cielos: se encuentran en un estado opuesto.

194. También por eso en el mundo espiritual un individuo está presente ante otro si esa presencia es deseada intensamente. Pues un ángel ve

[a] En la Palabra, lugares y espacios significan estados: 2625, 2837, 3356, 3387, 7381, 10578 *[10580]*; desde la experiencia: 1274, 1277, 1376-1381, 4321, 4882, 10146, 10578 *[10580]*. Las distancias significan diferencias del estado de la vida: 9104, 9967. El movimiento y los cambios de situación en el mundo espiritual son cambios del estado de vida pues éste es su origen: 1273-1275, 1377, 3356, 9440. Lo mismo es cierto de los viajes: 9440, 10734; ilustrado por la experiencia: 1273-1277, 5606 *[5605]*. Por eso en la Palabra viajar significa vivir y también el curso de la vida, y el mismo significado tiene la palabra «emigrar»: 3335, 4554, 4585, 4882, 5493, 5606 *[5605]*, 5996, 8345, 8397, 8417, 8420, 8557. «Ir con el Señor» es vivir con él: 10567.

[b] Un individuo puede ser llevado a grandes distancias en espíritu por cambios de estado, sin que el cuerpo cambie de lugar: desde la experiencia, 9440, 9967, 10734. Lo que significa ser llevado por el espíritu a otro lugar: 1884.

a otro en el pensamiento y se identifica con su estado. A la inversa, uno se aleja de otro en la medida en que hay algún sentimiento de repulsión; y puesto que toda repulsión procede de una oposición de sentimientos y un desacuerdo en el pensamiento, puede ocurrir que varios aparezcan reunidos en un lugar mientras están de acuerdo, pero desaparezcan tan pronto están en desacuerdo.

195. Cuando alguien se traslada de un lugar a otro, sea en su propia ciudad, por sus patios y jardines, o fuera de su comunidad, lo hace con mayor rapidez si tiene un vivo deseo de llegar a ese lugar y más lentamente si no lo tiene. El camino se alarga o se acorta en función de su deseo, aunque sea el mismo. He visto esto con frecuencia, para mi gran sorpresa.

Una vez más podemos ver que la distancia y el espacio dependen enteramente del estado interior de los ángeles[c.122] y por eso ninguna idea o concepto de espacio cabe en su pensamiento aunque tengan espacio como lo tenemos en nuestro mundo.

196. Podemos ilustrar esto mediante nuestros propios pensamientos, que también están desprovistos de espacio; cualquier cosa en que fijemos intensamente nuestro pensamiento está aparentemente presente. Entonces, quien reflexione sobre ello comprenderá que nuestra vista registra el espacio solamente a través de los objetos intermedios de la tierra que vemos de forma simultánea, o recordando la experiencia de que las cosas están a una cierta distancia. Esto es así porque hay una continuidad, y en lo que es continuo no existe distancia aparente salvo por medio de las discontinuidades. Con mayor razón ocurre así con los ángeles, porque su vista actúa al unísono con su pensamiento, y su pensamiento al unísono con sus sentimientos, y también porque las cosas parecen cercanas o lejanas y cambian como respuesta a los estados de su naturaleza más profunda, según hemos dicho.

197. Por eso, en la Palabra, los lugares y los espacios (y todo lo que implica espacio) significan cuestiones que implican estados –por ejemplo, distancias, cercanía y lejanía, caminos, viajes, emigraciones, medidas de longitud, estadios[123], llanuras, campos, jardines, ciudades, calles, movimiento, distintos tipos de medida, longitud, anchura, altura y profundidad, e innumerables cosas más– pues muchas de las cosas que entran en

[c] Lugares y espacios se presentan a la visión como respuesta a los estados interiores de ángeles y espíritus: 5604 *[5605]*, 9440, 10146.

nuestro pensamiento a partir de nuestro mundo se derivan en alguna medida del espacio y el tiempo.

[2] Quisiera subrayar ahora lo que longitud, anchura y altura significan en la Palabra. En este mundo decimos que algo es largo y ancho si es largo y ancho espacialmente, y lo mismo sucede con lo alto. En el cielo, sin embargo, donde el pensamiento no implica el espacio, se entiende la longitud como un estado del bien, y la anchura como un estado de la verdad, mientras que la altura es su diferenciación en cuanto al nivel (tema tratado anteriormente en el § 38). La razón de que estas tres dimensiones se comprendan así es que la longitud en el cielo es de Este a Oeste, que es donde viven los que se encuentran en el bien del amor. La anchura en el cielo es de Sur a Norte, donde viven los que están en la verdad derivada del bien (véase *supra*, § 148); y la altura se aplica en el cielo a ambas dimensiones respecto de su nivel. Por eso las cualidades de este tipo se indican en la Palabra por la longitud, la anchura y la altura, como en Ezequiel 40-48, donde se dan las medidas del nuevo templo y de la nueva tierra, con sus patios, cámaras, puertas, verjas, ventanas y alrededores, aludiendo a la nueva Iglesia y a las cosas buenas y verdaderas que están en ella. Así también todas las medidas de otros lugares. [3] La nueva Jerusalén se describe en el Apocalipsis de la forma siguiente:

> La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él [el ángel] midió la ciudad con la caña, doce mil estadios[124]; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales (Apocalipsis 21, 16).

Aquí, la nueva Jerusalén significa una nueva Iglesia, por eso sus medidas significan los atributos de esa Iglesia, refiriéndose la longitud al bien de su amor, la anchura a la verdad que se deriva de ese bien, y la altura a ambos, el bien y la verdad, respecto de su nivel. Doce mil estadios significa todo lo bueno y verdadero considerado en su conjunto. De otra manera, ¿qué sentido tendría que su altura sea de doce mil estadios, igual a su longitud y su anchura?

Vemos en David que la anchura significa en la Palabra la verdad:

> No me entregaste en mano del enemigo;
> pusiste mis pies en lugar espacioso (Salmos 31, 8)[125].

Desde la angustia invoqué a Jah,
y me respondió Jah poniéndome en lugar espacioso (Salmos 118, 5).

Hay también otros pasajes; por ejemplo, Isaías 8, 8 y Habacuc 1, 6, entre otros.

198. Vemos, pues, que aunque en el cielo exista espacio, como existe en nuestro mundo, allí nada se valora sobre la base espacial, sino solamente sobre la base del estado. Tampoco los espacios pueden medirse allí de la forma que lo hacemos en nuestro mundo, sino que solamente se pueden considerar a partir del estado de su naturaleza más profunda y en concordancia con él[d].

199. La causa primera y esencial de todo esto es que el Señor está presente en cada individuo de acuerdo con su amor y su fe individual[e], y que todo parece cercano o lejano en función de su presencia, puesto que su presencia es lo que define todo lo que existe en los cielos. Esto es lo que da sabiduría a los ángeles, puesto que les proporciona extensión a sus pensamientos, lo que a su vez les permite la comunicación con todos los que viven en el cielo. En una palabra, esto es lo que les capacita para pensar espiritualmente y no naturalmente, como hacemos nosotros.

Cómo el cielo determina la forma de asociarse y comunicarse

200. En alguna medida, podemos determinar cómo es la forma del cielo sobre la base de lo que hemos presentado en los capítulos precedentes, a saber: que el cielo tiene una semejanza básica en sus partes mayores y menores (§ 72); que, por lo tanto, cada comunidad es un cielo a escala reducida y cada ángel lo es en escala aún más reducida (§§ 51-58); que así como el cielo globalmente considerado se asemeja a un solo hombre, así cada comunidad del cielo se asemeja a un hombre a escala redu-

[d] En la Palabra, longitud significa lo que es bueno: 1613, 9487. Anchura significa lo que es verdadero: 1613, 3433, 3434, 4482, 9487, 10179. Altura significa lo que es bueno y verdadero con respecto a su nivel: 9489, 9773, 10181.

[e] La unión y la presencia del Señor con los ángeles depende de su aceptación de su amor y de su caridad: 290, 681, 1954, 2658, 2886, 2888, 2889, 3001, 3741-3743, 4318, 4319, 4524, 7211, 9128.

cida, lo mismo que cada ángel individual, a escala aún más reducida (§§ 59-77); que las personas más sabias están en el centro, con las menos sabias a su alrededor hasta sus últimos confines, y que lo mismo sucede en cada comunidad (§ 43); y que las personas que permanecen en el bien del amor viven a lo largo del eje Este-Oeste y las que permanecen en las verdades que se derivan del bien, a lo largo del eje Sur-Norte, lo que sucede igualmente en cada comunidad (§§ 148-149). Todas estas cosas están determinadas por la forma del cielo, por eso podemos imaginar esa forma en un sentido general[a].

201. Es importante conocer la forma del cielo porque ella determina no sólo cómo se asocian los ángeles entre sí, sino también cómo se realiza su comunicación; y puesto que toda su comunicación es una extensión de sus pensamientos y sentimientos, esto implica que toda su inteligencia y sabiduría debe estar igualmente en concordancia con esa forma. Por eso, la medida en que somos según la forma del cielo (en que somos formas del cielo) determina nuestra sabiduría. Es lo mismo decir «forma del cielo» u «orden del cielo», puesto que la forma de una entidad procede de su orden y está determinada por él[b].

202. En primer lugar hay que aclarar qué significa ser en forma de cielo. Hemos sido creados a imagen del cielo y a imagen de este mundo, con nuestro interior a imagen del cielo y nuestro exterior a imagen de este mundo (véase *supra*, § 57). Decir «a imagen» o decir «según la forma» expresa lo mismo. Sin embargo, por la perversión de nuestra voluntad y las distorsiones de nuestro pensamiento hemos destruido la imagen y, por consiguiente, la forma del cielo en nosotros y hemos introducido en su lugar la imagen y la forma del infierno; debido a ello, nuestro ser interior está cerrado desde el momento del nacimiento. Por eso, a diferencia de todos los demás animales, hemos nacido en completa ignorancia. Para que la imagen o la forma del cielo sea restaurada en nosotros, necesitamos ser educados en los principios del orden; pues la forma, como explicamos anteriormente, depende del orden. La Palabra contiene todas las

[a] El cielo en su conjunto –específicamente todas sus comunidades angélicas– está dispuesto por el Señor según su orden divino, puesto que la naturaleza divina del Señor en los ángeles y a su alrededor constituye el cielo: 3038, 7211, 9128, 9338, 10125, 10151, 10157. Sobre la forma celestial: 4040-4043, 6607, 9877.

[b] La forma de cielo se deriva del orden divino: 4040-4043, 6607, 9877.

leyes del orden divino, pues las leyes del orden divino son los preceptos que allí encontramos. En la medida en que los conozcamos y vivamos por ellos, nuestro ser interior se abrirá, y en él el orden o forma del cielo se formará de nuevo. A partir de ahí podemos constatar lo que significa ser en forma de cielo: a saber, vivir según lo que está en la Palabra[c].

203. En la medida en que alguien es en forma de cielo, está en el cielo y es en realidad un cielo a escala reducida (§ 57). Por otra parte, vive en inteligencia y sabiduría en la misma medida, pues como ya se dijo, todos los pensamientos del entendimiento y todos los sentimientos de la voluntad se extienden a su alrededor en el cielo según su forma, y se comunica maravillosamente con las comunidades allí existentes, y, a su vez, éstas se comunican con él[d].

[2] Hay quienes creen que sus pensamientos y sentimientos no se extienden realmente a su alrededor sino que permanecen en su interior, porque ven lo que piensan como si estuviera dentro de sí mismos y no lejos de ellos. Sin embargo, están lamentablemente equivocados, pues así como nuestra vista alcanza objetos remotos y es afectada por la estructura de las cosas que ve en ese despliegue, así nuestra visión interior, que es un atributo de nuestro intelecto, tiene una extensión semejante en el

[c] Las verdades divinas son las leyes del orden: 2247 *[2447]*, 7995. En la medida que vivimos según el orden –esto es, en la medida en que nuestra vida se ajusta a lo que las verdades divinas nos dicen que es bueno– somos humanos: 4839, 6605, 6626. El ser humano es la criatura en la que todos los elementos del orden divino se reúnen, y desde la creación somos el orden divino en la forma: 4219, 4220 *[4222]*, 4223, 4523, 4524, 5114, 5368 *[4839]*, 6013, 6057, 6605, 6626, 9706, 10156, 10472. Nacemos no en lo que es bueno y verdadero, sino en lo que es malo y falso, en lo contrario del orden divino; y por eso nacemos en completa ignorancia y por eso nos es necesario nacer de nuevo, es decir, ser regenerados, lo que se realiza mediante las verdades divinas del Señor, para que así podamos ser devueltos al orden: 1047, 2307, 2308, 3518, 3812, 8480, 8550, 10283, 10284, 10286, 10731. Cuando el Señor nos forma de nuevo (esto es, nos regenera) dispone todo en nosotros según el orden, por lo tanto, en forma de cielo: 5700, 6690, 9931, 10303.

[d] Todos en el cielo tienen una comunicación vital, lo que podemos llamar su alcance, con las comunidades angélicas que están a su alrededor en concordancia con la cantidad y cualidad de su bien: 8794, 8797. Los pensamientos y los sentimientos tienen este tipo de alcance: 2475, 6598-6613. Nos unimos y separamos de acuerdo a nuestros sentimientos dominantes: 4111.

mundo espiritual, aunque (por las razones expresadas en el § 196) no lo percibamos. La única diferencia es que la vista de nuestros ojos es afectada en el nivel natural porque está hecha de materiales del mundo natural, mientras que la visión de nuestro intelecto es afectada espiritualmente porque está hecha de materiales del mundo espiritual, todos los cuales tienen relación con el bien y la verdad. No sabemos que es así porque no sabemos que existe una cierta luz que ilumina nuestro entendimiento. Sin embargo, sin la luz que ilumina nuestro entendimiento seríamos incapaces de pensar cualquier cosa. (Sobre esta luz, véase *supra*, §§ 126-132.)

[3] Había un espíritu particular que creía que pensaba independientemente, esto es, sin ningún alcance más allá de sí mismo y por lo tanto sin comunicación con las comunidades circundantes. Para que pudiera darse cuenta de que estaba equivocado, fue privado de toda comunicación con las comunidades cercanas. A consecuencia de ello, no sólo perdió la capacidad de pensar, sino que realmente se derrumbó sin vida, agitando sus brazos como un niño recién nacido. Enseguida se restableció la comunicación, y poco a poco, al ser restablecida, volvió a su estado habitual de pensamiento.

[4] Otros espíritus que vieron esto admitieron después que todo su pensamiento y su sentimiento fluía en concordancia con esta comunicación, y puesto que esto era cierto de todo su pensamiento y sentimiento, era cierto también de toda su vida, ya que nuestra vida consiste en nuestra capacidad de pensar y ser movidos por el sentimiento, o, en otras palabras, de comprender y querer[e].

[e] Existe únicamente una vida de la que viven todos en el cielo y en la tierra: 1954, 2021, 2536, 2658, 2886-2889, 3001, 3484, 3742, 5847, 6467. Esa vida procede sólo del Señor: 2886-2889, 3344, 3484, 4319, 4320, 4524, 4882, 5986, 6325, 6468, 6469, 6470, 9276, 10196. Fluye en los ángeles, en los espíritus y en nosotros de forma maravillosa: 2886-2889, 3337, 3338, 3484, 3742. El Señor fluye desde su amor divino, porque por su misma naturaleza quiere que lo que es suyo sea dado a los otros: 3472 *[3742]*, 4320. Por esta razón, nuestra vida parece estar dentro de nosotros y no fluyendo: 3742, 4320. Sobre la alegría de los ángeles, que he percibido y que me ha sido confirmada por su testimonio, debido a que no viven desde sí sino desde el Señor: 6469. Las personas malvadas no quieren convencerse de que su vida fluye en ellos: 3743. La vida del Señor fluye incluso en los réprobos: 2706, 3743, 4417, 10196. Sin embargo, ellos transforman el bien en mal y la verdad en falsedad, porque nuestra cualidad determina nuestra aceptación; con ejemplos: 4319, 4320, 4417.

204. Sin embargo, tenemos que comprender que inteligencia y sabiduría varían en los individuos según la comunicación. Aquéllos cuya inteligencia y sabiduría están formadas de cosas auténticamente buenas y verdaderas, tienen comunicación con comunidades acordes con la forma del cielo; mientras que aquéllos cuya inteligencia y sabiduría no están formadas de cosas realmente buenas y verdaderas, sino sólo de cosas que están de acuerdo con ellas, tienen una comunicación intermitente y sólo parcialmente coherente, porque no se trata de comunidades acordes con el orden característico de la forma del cielo. Por otra parte, hay quienes no están en la inteligencia y la sabiduría y permanecen atrapados en las falsas ideas que resultan de sus males, y ésos están en comunicación con las comunidades del infierno. Su extensión depende de la medida en que sus actitudes han sido interiormente confirmadas.

También se debe saber que esta comunicación con las comunidades no es algo que llegue a la percepción manifiesta de quienes las forman, sino que es una comunicación con la cualidad en la que participan y que se desprende de ellos[f].

205. Todos en el cielo están agrupados según sus afinidades espirituales, que son las del bien y la verdad en su nivel, tanto en el cielo en su conjunto como en cada comunidad y en cada casa. Por eso los ángeles que están implicados en actividades buenas y verdaderas se reconocen entre sí a la manera en que lo hacen los parientes y los espíritus afines, como si se conocieran desde la infancia.

Los elementos buenos y verdaderos que constituyen la inteligencia y la sabiduría están igualmente dispuestos en cada ángel individual. Se reconocen entre sí de la misma manera, y como se reconocen unos a otros, se unen[g].

Como consecuencia, aquellos en los que las cosas buenas y verdaderas están unidas según la forma del cielo ven cómo las cosas se suceden

[f] El pensamiento fluye hacia el exterior a las comunidades circundantes de espíritus y ángeles: 6600-6605. Sin embargo, no agita ni perturba los pensamientos de las comunidades: 6601, 6603.

[g] Lo bueno reconoce su verdad apropiada, y lo verdadero reconoce su bien: 2429, 3101, 3102, 3161, 3179, 3180, 4358, 5407 *[5704]*, 5835, 9637. Ésta es la fuente de la unión de lo bueno y lo verdadero: 3834, 4096, 4097, 4301, 4345, 4353, 4364, 4368, 5365, 7623-7627, 7752-7762, 8530, 9258, 10555; y esto sucede debido al influjo del cielo: 9079.

ordenadamente y cómo las cosas se reúnen armónicamente por todas partes a su alrededor. Es diferente para las personas en las que las cosas buenas y verdaderas no están unidas según la forma del cielo.

206. Es la forma de cada cielo lo que determina la comunicación y el alcance de los pensamientos y sentimientos de los ángeles y la que, por tanto, determina su inteligencia y su sabiduría. La comunicación entre los cielos, esto es, la del tercer cielo o cielo interior con el segundo o intermedio, y de estos dos con el primero o más exterior es, sin embargo, diferente. De hecho, la comunicación entre los cielos no debería llamarse «comunicación», sino «influjo». Acerca de esto es necesario decir algo más. Sobre los tres cielos y sus diferencias, véase el capítulo correspondiente, *supra*, §§ 29-40.

207. Podemos concluir de la forma en que cada cielo está situado en relación a los otros que no existe ninguna comunicación de un cielo con otro, sino un influjo. El tercer cielo o cielo interior está arriba, el segundo o intermedio está abajo, y el primero o exterior está todavía más abajo. Sucede lo mismo en todas las comunidades de cada cielo: por ejemplo, hay algunas en lugares altos que parecen montañas (véase § 188), en cuyas cimas viven aquellos que están en los cielos interiores; debajo de ellos están las del segundo cielo, y debajo de estos últimos, las del cielo exterior. Es así en todas partes, sea en la áreas altas o en las bajas. Una comunidad de un cielo superior no tiene comunicación con otra de un cielo inferior, salvo por medio de las correspondencias (véase *supra*, § 100), y la comunicación por las correspondencias es lo que se llama influjo.

208. Un cielo está unido a otro (o una comunidad de un cielo con una comunidad de otro) sólo por el Señor, a través de un influjo directo e indirecto. El directo procede de él, y el indirecto procede de forma secuencial a través de los cielos superiores a los cielos inferiores[h].

Puesto que la unión de los cielos por medio del influjo se realiza solamente por el Señor, se toman las mayores precauciones posibles para impedir que cualquier ángel de un cielo superior baje la mirada a una comunidad de uno inferior y hable con alguno de sus miembros. Cuando

[h] Hay un influjo directo del Señor y otro indirecto a través del cielo: 6063, 6307, 6472, 9682, 9683. Hay un influjo directo del Señor en los más pequeños detalles de todas las cosas: 6058, 6474-6478, 8717, 8728. Respecto del influjo indirecto del Señor a través de los cielos: 4067, 6982, 6985, 6996.

esto sucede, el ángel pierde inteligencia y sabiduría. Es necesario explicar la razón de esta circunstancia. Cada ángel tiene tres niveles de vida, como los tres niveles del cielo. Los ángeles del cielo interior tienen abierto el tercer nivel o nivel interior, pero el segundo y el primero están cerrados. Los del cielo intermedio tienen abierto el segundo nivel y cerrados el primero y el tercero; y los ángeles del cielo exterior tienen abierto el primer nivel y cerrados el segundo y el tercero. En el momento en que un ángel del tercer cielo mira hacia una comunidad del segundo y habla con alguno de sus miembros, el tercer nivel de ese ángel se cierra; y cuando se cierra, el ángel se ve privado de sabiduría, porque su sabiduría habita en el tercer nivel, y no en el segundo ni en el primero.

Éste es el significado de las palabras del Señor en Mateo:

> El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa (Mateo 24, 17-18).

Y en Lucas:

> En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en su casa, no descienda a tomarlos; y el que en el campo, asimismo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot (Lucas 17, 31-32).

209. No existe ningún influjo de los cielos inferiores en los superiores porque esto va contra el orden divino. Por el contrario, el influjo actúa de los superiores hacia los inferiores. La sabiduría de los ángeles de un cielo superior supera a la sabiduría de los ángeles de uno inferior en razón de mil veces a una. Por eso los ángeles de un cielo inferior no pueden hablar con los de uno superior. De hecho, cuando miran hacia ellos no los ven; su cielo les parece algo nebuloso por encima de sus cabezas. Sin embargo, los ángeles de un cielo superior pueden ver a quienes están en el cielo inferior, aunque no les esté permitido mantener ninguna conversación con ellos, para impedir que pierdan su sabiduría, como ya se ha dicho.

210. Los pensamientos, sentimientos y conversaciones de los ángeles del cielo interior están totalmente fuera de la percepción de los ángeles del cielo intermedio, pues transcienden todo lo que hay en él; pero cuando place al Señor, son visibles en los cielos inferiores como algo semejante

a una llama del cielo superior, mientras que las conversaciones en el cielo intermedio son vistas en el cielo exterior como algo que brilla, a veces como una nube resplandeciente, iridiscente. Los ángeles inferiores pueden conocer en alguna medida lo que dicen los superiores a partir de la manera en que la nube surge y desciende y según la forma que adopta.

211. Esto nos permite concluir cómo es la forma del cielo, a saber, es la más perfecta de todas en el cielo interior, perfecta en el cielo intermedio pero algo menos, y todavía menos en el cielo que está debajo. Podemos también concluir que la forma de un cielo es mantenida por el otro a través del influjo del Señor.

Sin embargo, no se puede comprender cómo es la comunicación por el influjo si no se sabe cómo son los niveles verticales y cuál es la diferencia entre esos niveles y grados de longitud y anchura. La naturaleza de ambas clases de niveles puede verse en el § 38.

212. En cuanto a la forma del cielo y cómo actúa y fluye, esto es algo que ni siquiera los ángeles pueden comprender. Puede llegarse a algún tipo de conceptualización mediante la comparación con la forma de todos los elementos del cuerpo humano cuando es explorado y examinado por alguien que es sabio y experimentado; pues como se explicó anteriormente en los capítulos pertinentes, el cielo como un todo se asemeja a un hombre (§§ 59-72) y todo en el cuerpo humano se corresponde con los cielos (§§ 87-102). Podemos ver en general cuán incomprensible e intrincada es esta forma mirando simplemente nuestras fibras nerviosas, que sirven para entrelazar absolutamente todo en nosotros. No hay manera de poder presentar a nuestros ojos su naturaleza y cómo actúan y fluyen en el cerebro, pues las innumerables cosas ahí presentes son tan complejas que vistas en conjunto parecen una masa indefinida y confusa. Sin embargo, todas y cada una de las funciones de nuestra voluntad y entendimiento fluyen en acto a través de ellas con una perfecta definición. Podemos ver cómo esas fibras se reúnen en el cuerpo observando los diversos plexos –cardíaco, mesentérico y otros– y los nodos llamados ganglios en los que se reúnen múltiples fibras de todo el cuerpo, combinándose en esos nodos y saliendo luego en diferentes ordenaciones hacia funciones diversas, modelo que se repite una y otra vez. Además, existen disposiciones semejantes en todas nuestras vísceras, en cada miembro, en cada órgano, en cada músculo. Quien examine estas y otras maravillas con los ojos de la sabiduría se quedará completamente pasmado; y, sin

embargo, son tan sólo algunas de las cosas que el ojo puede ver, y lo que no puede ser visto por ser de naturaleza más interior es todavía más sorprendente.

Es muy claro que esta forma se corresponde con la forma del cielo si consideramos cómo nuestra voluntad y nuestro entendimiento actúan en ella y de acuerdo con ella, porque todo lo que nos proponemos fluye espontáneamente en acto y todo lo que pensamos recorre las fibras de principio a fin, dando nacimiento a nuestras sensaciones. Por otra parte, puesto que ésta es la forma de nuestros pensamientos y nuestras intenciones, es la forma de nuestra inteligencia y sabiduría.

Ésa es la forma que corresponde a la forma del cielo. De aquí podemos aprender que es esa forma la que determina el modo en que se extiende todo sentimiento y pensamiento de los ángeles, y que éstos disfrutan de inteligencia y sabiduría en la medida en que son en esa forma. Puede comprobarse *supra* (§§ 78-86) que esta forma de cielo procede de lo humano divino del Señor.

Se han incluido estos temas para que también se pueda conocer que la forma del cielo, por su misma naturaleza, nunca puede ser comprendida ni siquiera en general y es incomprensible incluso para los ángeles, como ya se dijo.

Las formas de gobierno en el cielo

213. Como el cielo se diferencia en comunidades, y las comunidades más grandes constan de varios cientos de miles de ángeles (§ 50), y puesto que todos los que viven en una comunidad comparten un bien semejante pero no una sabiduría semejante (§ 43), se sigue necesariamente de ello la necesidad de que existan unas formas de gobierno. El orden debe ser mantenido, y todo lo relativo al orden debe ser observado.

Las formas de gobierno en el cielo son diversas. Son de un tipo en las comunidades que constituyen el reino celestial del Señor, y de otro en las comunidades que constituyen el reino espiritual del Señor. Incluso varían según la función particular de cada comunidad. Ahora bien, en los cielos no existe ningún gobierno salvo el del amor mutuo, y el gobierno del amor mutuo es el gobierno celestial.

214. La forma de gobierno del reino celestial del Señor se llama justicia, puesto que allí todos están en el bien que el amor del Señor hace en nosotros y a través de nosotros, y todo lo que resulta de ese bien se

considera justo. Este gobierno pertenece sólo al Señor. Él los guía y enseña en los asuntos de la vida. Las verdades que asociamos con el juicio están grabadas en sus corazones y todos las conocen, las comprenden y las ven[a]. Por eso las cuestiones de juicio nunca son materia de discusión para ellos, sólo los asuntos de justicia que son asuntos de vida. Los menos sabios preguntan sobre ello a los más sabios, y éstos a su vez preguntan al Señor y aportan las respuestas. Su cielo –su deleite más hondo– es vivir justamente desde el Señor.

215. El gobierno en el reino espiritual del Señor se llama juicio, pues allí están inmersos en el bien espiritual que es el bien de la caridad para con el prójimo, y este bien es en esencia verdadero[b]. Lo que es verdadero es asunto de juicio, y lo que es bueno es asunto de justicia[c].

También estos ángeles son guiados por el Señor, pero de manera indirecta (§ 208); por eso tienen funcionarios, más o menos según las necesidades de la comunidad en la que viven. También tienen leyes, que observan en su vida. Los funcionarios dirigen todo de acuerdo con las leyes; las comprenden porque son sabios, y en los asuntos dudosos son iluminados por el Señor.

216. Puesto que el gobierno sobre la base del bien (lo que es bueno en el reino celestial del Señor) se denomina justicia, y el gobierno sobre la base de la verdad (lo que es bueno en el reino espiritual del Señor) se denomina juicio, en la Palabra se dice «justicia y juicio» cuando se habla

[a] Los ángeles celestiales no piensan ni hablan sobre la base de las verdades como hacen los ángeles espirituales, porque disfrutan de una percepción de todo lo relativo a la verdad desde el Señor: 202, 597, 607, 784, 1121, 1387 *[1384]*, 1398, 1442, 1919, 7680, 7877, 8780, 9277, 10336. Respecto de las verdades, los ángeles celestiales dicen, «Sí, sí» o «No, no», mientras que los ángeles espirituales piensan si son verdaderas o no: 2751, 3246, 4446 *[4448]*, 9166, 10786; donde se da la explicación de las palabras del Señor: «Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no, porque lo que es más de esto, de mal procede» (Mateo 5, 37).

[b] Los que están en el reino espiritual del Señor están fijos en la verdad, y los del reino celestial en el bien: 863, 875, 927, 1023, 1043, 1044, 1555, 2256, 4328, 4493, 5113, 9596. El bien del reino espiritual es el bien de la caridad para con el prójimo, y este bien es esencialmente la verdad: 8042, 10296.

[c] En la Palabra, la justicia está asociada al bien, y el juicio a la verdad, por eso hacer justicia y juicio es hacer lo que es bueno y verdadero: 2235, 9857. «Los juicios grandes» [Éxodo 6, 6] son las leyes del orden divino y, por lo tanto, las verdades divinas: 7206.

del cielo y de la Iglesia; «justicia» significa el bien celestial, y «juicio», el bien espiritual; este último bien, como se explicó anteriormente, es en esencia verdadero. Los ejemplos siguientes pueden servir:

Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo *en juicio y en justicia* desde ahora y para siempre (Isaías 9, 7)[126].

«David» significa aquí el Señor[d] y su reino significa su cielo, como podemos ver en el siguiente pasaje:

Levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso y hará *juicio y justicia* en la tierra (Jeremías 23, 5).

Será exaltado Jehová, el cual mora en las alturas; llenó a Sión *de juicio y de justicia* (Isaías 33, 5).

Sión significa también el cielo y la Iglesia[e].

Yo soy Jehová, que hago misericordia, *juicio y justicia* en la tierra, porque estas cosas quiero (Jeremías 9, 24)[127].

Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en *justicia, juicio* (Oseas 2, 19).

Jehová, hasta los cielos tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios, abismo grande (Salmos 36, 5-6)[128].

Me piden *justos juicios*, y quieren acercarse a Dios (Isaías 58, 2).

Y en otros lugares.

217. En el reino espiritual del Señor hay varias formas de gobierno, difiriendo de una comunidad a otra, pues varían según las funciones que realizan las comunidades. Estas funciones son comparables a las del cuerpo humano, con el que se corresponden; y la variedad de estas últimas es

[d] En los libros proféticos de la Palabra, David significa el Señor: 1888, 9954.

[e] Sión significa la Iglesia, y específicamente la iglesia celestial: 2362, 9055.

bien conocida. El corazón tiene una función, los pulmones otra, el hígado otra, el páncreas y el bazo otra, y así ocurre también con cada órgano sensorio. Así como nosotros tenemos estos diversos servicios funcionando en nuestro cuerpo, así hay también servicios que funcionan en el Hombre Universal que es el cielo, puesto que sus comunidades se corresponden con los órganos. (El lector puede ver *supra*, en el capítulo correspondiente, §§ 87-102, que todo lo que hay en el cielo se corresponde con algo en nosotros.)

Sin embargo, todas las formas de gobierno comparten un núcleo central ya que tienen el bien público como fin, y dentro de ese bien, el bien de cada individuo[f]. Por eso todos en el cielo están bajo la guía del Señor, que a todos ama y que desde su amor divino dispone las cosas en orden al bien común desde el que los individuos reciben lo que es bueno para ellos. Cada individuo recibe su beneficio en proporción a su amor por el conjunto, pues en la medida en que aman al conjunto aman a todos los individuos. Puesto que este amor es el del Señor, son amados y beneficiados proporcionalmente por el Señor.

218. Podemos concluir de aquí cómo son los funcionarios, que disfrutan más que los demás del amor y la sabiduría y que, por tanto, en virtud de ese amor, desean el bien para todos y, en virtud de esa sabiduría, saben cómo hacerlo llegar a los demás. Tales funcionarios no controlan y mandan, sino que atienden y sirven, pues hacer el bien a los otros por amor de lo que es bueno es servir, y asegurarse de que así suceda es atender. No se consideran más importantes que los otros, sino menos, pues ponen el bienestar de la comunidad y del prójimo en primer lugar, y el suyo en el último. Lo que es primero es más importante, y lo que es último lo es menos.

[f] Cada individuo y cada comunidad, incluyendo el país y la Iglesia y, en un sentido universal, el reino del Señor, es nuestro prójimo; y ayudarlos con amor a su bienestar, de acuerdo con su estado, es «amar a nuestro prójimo»; por eso su bienestar (que es el bien común, que debe ser de interés principal) es nuestro prójimo: 6818-6824, 8123. Por otra parte, el bien cívico, que es lo que es justo, es nuestro prójimo: 2915, 4730, 8120-8123. Por eso la caridad hacia nuestro prójimo alcanza todos los aspectos de nuestra vida; y amar lo que es bueno y hacer lo que es bueno por amor a lo que es bueno y verdadero, hacer lo que es justo por amor a lo que es justo en cada función y acción es amar a nuestro prójimo: 2417, 8121-8124.

Sin embargo, tienen respeto y renombre. Viven en el centro de sus comunidades, más altos que los otros, en espléndidas mansiones, y aceptan ese renombre y respeto. Sin embargo, no lo hacen por sí mismos, sino por obediencia, pues saben que ese respeto y ese renombre son dones del Señor, para que puedan ser obedecidos.

Éste es el sentido de las palabras del Señor a sus discípulos:

El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir (Mateo 20, 27-28 *[26-28]*).

Sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige como el que sirve (Lucas 22, 26).

219. Una forma semejante de gobierno, a escala menor, se encuentra en cada casa. Hay un señor y hay servidores; y el señor ama a los servidores y los servidores aman a su señor, y así, por este amor se sirven unos a otros. El señor les enseña cómo vivir y les dice lo que hay que hacer, y los servidores obedecen y cumplen sus funciones. Ser útil es el deleite esencial de la vida de cada uno. Vemos, pues, que el reino del Señor es una estructura organizada de funciones[129].

220. También hay formas de gobierno en los infiernos; pues si no las hubiera, los que allí están no se mantendrían en reclusión. Sin embargo, las formas de gobierno que hay en los infiernos son exactamente lo contrario de las del cielo, pues todas ellas proceden del egoísmo. Todos quieren mandar sobre los otros y ser preeminentes. Odian a quienes no están de acuerdo con ellos y emplean medios depravados para vengarse porque así es el egoísmo. Entre ellos los que mandan son los más depravados y son obedecidos por temor[g]. Pero hablaremos de esto más adelante, cuando tratemos de los infiernos[130].

[g] Hay dos tipos de gobierno, uno procede del amor al prójimo y el otro del amor a nosotros mismos: 10814. Todo bien y felicidad procede del gobierno del amor al prójimo: 10160, 10184. En el cielo, nadie quiere mandar por egoísmo; todos quieren ser útiles, y esto es gobernar por amor al prójimo y ésta es la fuente de todo el poder que poseen: 5732. Todo mal procede del gobierno del egoísmo: 10038. Una vez el amor a uno

El culto divino en el cielo

221. Exteriormente, el culto divino en los cielos no difiere del culto divino de la tierra, pero interiormente es distinto. También allí tienen doctrinas, sermones e iglesias. Las doctrinas concuerdan en lo esencial, pero las de los cielos superiores son de una sabiduría más profunda que las de los cielos inferiores. Los sermones están de acuerdo con las doctrinas; y así como tienen casas y mansiones (§§ 183-190), también tienen iglesias donde se realiza la instrucción.

La razón de que existan cosas así en el cielo es que los ángeles se perfeccionan constantemente en sabiduría y amor. Tienen voluntad y entendimiento como nosotros, y su entendimiento, como su voluntad, está en un continuo esfuerzo de perfeccionamiento: su entendimiento se perfecciona por medio de las verdades que constituyen la inteligencia y su voluntad a través de los valores que constituyen el amor[a].

222. Sin embargo, el culto divino esencial de los cielos no consiste en ir regularmente a la iglesia a escuchar sermones, sino en una vida de amor, caridad y fe de acuerdo con la doctrina. Los sermones de la iglesia sirven solamente como medios de instrucción sobre la forma de vivir.

He hablado de esto con los ángeles y me han dicho que la gente de este mundo cree que el culto divino consiste solamente en ir a la iglesia a escuchar sermones, comulgar tres o cuatro veces al año y observar ciertos rituales según las reglas de la iglesia, así como en rezar y comportarse con devoción. Los ángeles me han dicho que ésos son asuntos externos, con valor pero ineficaces a menos que exista algo interior de lo que fluyen esos actos, y que ese algo interior es una vida según los principios que enseña la doctrina.

223. Para poder informarme de cómo son los servicios de la iglesia, se me ha permitido ocasionalmente asistir a los sermones. El predicador, en el púlpito, está colocado en el Este. Directamente enfrente están sentados los que tienen mayor luz de sabiduría que los otros, mientras que a dere-

mismo y al mundo ha comenzado a tener el poder, las personas se ven forzadas a someterse a dictadores simplemente como medio de seguridad: 7364, 10160, 10814.

[a] El entendimiento se abre a la verdad y la voluntad se abre al bien: 3623, 6125, 7503, 9300, 9930. Así como todo se remite a lo que es bueno y verdadero, así toda nuestra vida se remite al entendimiento y la voluntad: 803, 10122. Los ángeles se están perfeccionando hasta la eternidad: 4803, 6648.

cha e izquierda se sitúan aquéllos cuya luz es menor. Los asientos están dispuestos de forma circular, para que todo el mundo pueda ser visto por el predicador. Nadie está separado, a los lados, fuera de la vista del predicador. Los recientemente iniciados están en la puerta del extremo oriental de la iglesia, a la izquierda del púlpito. No se permite que nadie esté detrás del púlpito; si alguien se sitúa allí, el predicador pierde el hilo de su pensamiento. Lo mismo sucede si alguno de la congregación está en desacuerdo, por eso quien esté en esa situación está obligado a apartar la mirada.

Los sermones que allí se pronuncian tienen tal sabiduría que sus homólogos terrenales no pueden compararse con ellos: realmente la gente de los cielos experimenta una luz más interior.

Las iglesias del reino espiritual parecen estar hechas de piedra, y las del reino celestial de madera. Esto es así porque la piedra corresponde a la verdad que ocupa a las personas del reino espiritual y la madera al bien que ocupa a las personas del reino celestial[b]. Los edificios de este último reino no se llaman «iglesias», sino «casas de Dios».

Los edificios del reino celestial están desprovistos de esplendor, pero en el reino espiritual están más o menos adornados.

224. Hablé también con un predicador particular sobre el estado de santidad de quienes escuchan a los predicadores en la iglesia. Dijo que hay algo reverente, devoto y sagrado en todos nosotros según la profundidad de los niveles de nuestro amor y nuestra fe, puesto que hay algo sagrado en nuestro amor y nuestra fe ya que la presencia divina del Señor está allí. Añadió que no conocía nada que fuera sagrado aparte del amor y la fe. Por otra parte, decía que cuando él pensaba en algo externamente sagrado aparte de eso, posiblemente sería algo que remedaba la santidad en la apariencia externa, algo adquirido por habilidad o por hipocresía. Un fuego engañoso surgido del amor a uno mismo y al mundo generaría y presentaría este tipo de apariencia.

225. Todos los predicadores proceden del reino espiritual del Señor y ninguno de su reino celestial. La razón de que procedan del reino espiritual es que allí están en armonía con las verdades que se derivan del bien,

[b] La piedra significa lo que es verdadero: 114, 643, 1298, 3720, 6426, 8609, 10376. La madera significa lo que es bueno: 643, 3720, 8354. Por eso entre los antiguos, que estaban adaptados al bien celestial, los edificios eran de madera: 3720.

y toda predicación procede de las verdades. La razón de que ninguno sea de su reino celestial es que allí están en armonía con el bien del amor, y ven y comprenden las verdades sobre esta base, pero no hablan de ellas[c].

Aunque los ángeles que están en el reino celestial comprendan y vean las verdades, sin embargo, también allí hay sermones, porque los sermones son medio de iluminación de las verdades que los ángeles ya conocen y llevan a una mayor perfección por medio de muchas cosas que no conocían antes. Cuando escuchan esas verdades, las reconocen y, por consiguiente, las comprenden. Las verdades que comprenden son también amadas por ellos, y al vivir de acuerdo con ellas las hacen parte de su vida. Ellos dicen que vivir según las verdades es amar al Señor[d].

226. Todos los predicadores son designados por el Señor y, por tanto, disfrutan del don de la predicación. A nadie más le está permitido enseñar en la iglesia.

Se los llama predicadores más que sacerdotes. La razón de que no sean llamados sacerdotes es que el sacerdocio del cielo es el reino celestial, al significar el sacerdocio el bien del amor al Señor que caracteriza a quienes están en ese reino celestial. En cambio, la realeza del cielo es el reino espiritual, pues la realeza significa la verdad que procede del bien que caracteriza a quienes están en el reino espiritual (véase *supra*, § 24)[e].

227. Todas las doctrinas que son objeto de la predicación se centran en la vida como fin, ninguna en la fe separada de la vida. La doctrina del cielo interior está más llena de sabiduría que la del cielo intermedio, y ésta a su vez está más llena de inteligencia que la del cielo exterior. Las doctrinas se adaptan, en verdad, a la comprensión de los ángeles de cada cielo.

Lo esencial de todas las doctrinas es el reconocimiento de lo humano divino del Señor.

[c] [La nota de Swedenborg en este punto remite al lector a la nota a del § 214, *supra*.]

[d] Amar al Señor y al prójimo es vivir según los preceptos del Señor: 10143, 10153, 10310, 10578, 10645, 10648 *[10659]*.

[e] Los sacerdotes representaban al Señor respecto del bien divino, los reyes respecto de la verdad divina: 2015, 6148. Por eso, en la Palabra, «sacerdote» se refiere a la persona que está en armonía con el bien del amor al Señor, y «sacerdocio» significa lo que es bueno en sí mismo: 9806, 9809. «Rey» significa en la Palabra la persona que está en armonía con la verdad divina, por eso realeza significa lo que es verdadero del bien: 1672, 2015, 2069, 4575, 4581, 4966, 5044.

El poder de los ángeles del cielo

228. Quienes no saben nada del mundo espiritual y su influjo en el mundo natural no pueden comprender el hecho de que los ángeles tengan poder. Piensan que los ángeles no pueden tener ningún poder porque son espirituales y tan puros e insubstanciales que ni siquiera son visibles a nuestros ojos. Pero quienes examinan más profundamente las causas de las cosas piensan de otra manera. Son conscientes de que todo el poder que nosotros mismos tenemos procede de nuestro entendimiento y nuestra voluntad, puesto que sin ellos no podríamos mover ni un solo dedo. Entendimiento y voluntad constituyen nuestra persona espiritual. Esta persona es la que anima el cuerpo y sus miembros según sus deseos, pues la boca y la lengua dicen lo que ella piensa y el cuerpo hace lo que ella quiere. Incluso concede energía cuando quiere. Nuestra voluntad y nuestro entendimiento están gobernados por el Señor a través de los ángeles y los espíritus; y puesto que esto es verdadero para nuestra voluntad y entendimiento, es verdadero también para cualquier aspecto de nuestro cuerpo, porque todo en él procede de la voluntad y el entendimiento. Se crea o no, no podemos dar un paso sin el influjo del cielo.

Se me ha mostrado que esto es verdadero mediante muchas experiencias. Se permitió a los ángeles activar mi andar, mis acciones, mi lengua y mi conversación como desearan, fluyendo en mi voluntad y en mi pensamiento, y aprendí de forma directa que no podía hacer nada por mí mismo[131]. Me dijeron después que todos estamos gobernados de este modo, y que así se puede aprender de la doctrina de la Iglesia y de la Palabra. De hecho, pedimos a Dios que envíe a sus ángeles para que nos conduzcan, guíen nuestros pasos, nos enseñen e inspiren lo que deberíamos pensar y decir, etc., y sin embargo hablamos y pensamos de manera muy diferente en nuestra vida privada al margen de la doctrina.

Se han mencionado estas cosas para poner de manifiesto el tipo de poder que tienen los ángeles con relación a nosotros.

229. En el mundo espiritual, los ángeles tienen tanto poder que si describiera todo lo que he visto, no se me creería. Si algo debe ser apartado del camino porque se opone al orden divino, lo derriban y lo apartan simplemente con un esfuerzo de la voluntad y una mirada. Así, he visto montañas que eran morada de gente malvada demolidas y allanadas, a veces sacudidas de una punta a otra como sucede en nuestros terremotos. He visto acantilados hendiéndose hasta el fondo y tragando a los malva-

dos que estaban sobre ellos. He visto también cómo los ángeles dispersaban varios cientos de miles de espíritus perversos y los arrojaban al infierno. Una inmensa multitud carece de poder frente a ellos. Las destrezas, artimañas y alianzas de los malos espíritus no significan nada frente a su poder. Los ángeles lo ven todo y lo disipan instantáneamente. Se dicen más cosas al respecto en el relato de la destrucción de Babilonia[132]. Ésta es la clase de poder que tienen los ángeles en el mundo espiritual[133].

También la Palabra muestra que los ángeles tienen un poder semejante en el mundo natural cuando se les concede. Por ejemplo, se dice que acabaron con ejércitos enteros[134], o que desencadenaron una plaga que mató a setenta mil personas. Leemos del ángel que llevó a cabo esta última acción:

> Y cuando el ángel extendió su mano sobre Jerusalén para destruirla, Jehová se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía al pueblo[135]: Basta ahora, detén tu mano. Y David vio al ángel que destruía al pueblo (2 Samuel 24, 16-17).

Entre otros pasajes.

Como los ángeles tienen este tipo de poder se les llama poderes. También se dice en David: «Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza» (Salmos 103, 20).

230. Sin embargo, hay que decir que por sí mismos los ángeles no tienen en absoluto ningún poder, sino que todo su poder les viene del Señor. Además, los ángeles son poderes en la medida en que reconocen ese hecho. Si cualquiera de ellos cree que el poder procede de sí mismo, inmediatamente se vuelve tan débil que no puede enfrentarse ni siquiera con un solo espíritu del mal. Por eso los ángeles no se atribuyen en absoluto ningún mérito a sí mismos y rechazan cualquier alabanza o admiración por cualquier cosa que hagan, atribuyéndolo todo al Señor.

231. Es la verdad divina que emana del Señor la que posee todo poder en los cielos, porque el Señor en el cielo es la verdad divina unida al bien divino (véase §§ 126-140). Los ángeles son poderes en la medida en que están abiertos a esta verdad[a].

[a] Los ángeles son llamados poderes, y son poderes debido a su aceptación de la verdad divina del Señor: 9639. Los ángeles están abiertos a la verdad divina del Señor y, en consecuencia, a lo largo de la Palabra se los llama «dioses»: 4295, 4402, 8301, 8192, 9398 *[8988]*.

Por otra parte, cada ángel individual es su propia verdad o su propio bien, porque la naturaleza de cada uno está determinada por su entendimiento y su voluntad; el entendimiento está formado de la verdad, ya que todas sus funciones se originan en las verdades, y la voluntad está formada del bien porque todas sus funciones se originan en aspectos de lo que es bueno. Como podemos constatar, todo lo que comprendemos lo llamamos verdadero, y todo lo que pretendemos lo denominamos bueno. Por eso cada uno de nosotros es su propia verdad y su propio bien[b]. Por consiguiente, en la medida en que un ángel es la verdad de lo Divino y el bien de lo Divino, ese ángel es un poder porque el Señor está con ella[136] en esa medida. Además, puesto que ninguno disfruta exactamente el mismo bien y la misma verdad que otro (pues en el cielo y en este mundo hay una constante variedad, § 20), ningún ángel goza del mismo poder que otro.

Los ángeles que forman el brazo del Hombre Universal o cielo tienen el mayor poder, porque son los que, más que cualesquiera otros, están centrados en las cosas verdaderas, y el bien fluye en sus verdades desde todo el cielo. También por eso, toda nuestra fuerza está concentrada en nuestros brazos, y todo el cuerpo expresa su poder a través de ellos. Por eso «brazos» y «manos», en la Palabra, significan poder[c].

En ocasiones, un simple brazo parece tener en el cielo tanto poder que podría aplastar cualquier obstáculo, aunque fuera una gran roca sobre la tierra. Una vez se dirigió hacia mí, y vi que podía aplastar mis huesos y reducirlos a polvo.

232. Puede verse *supra*, en el § 137, que todo el poder pertenece a la verdad divina que emana del Señor y que los ángeles son poderes en la medida en que aceptan la verdad divina del Señor. Sin embargo, los ángeles están abiertos a la verdad divina en la medida en que están abiertos al bien divino, puesto que todo el poder que tienen las verdades procede

[b] Los seres humanos y los ángeles son su propio bien y su propia verdad, por tanto su propio amor y su propia fe: 10298, 10367. Son su propio entendimiento y voluntad porque toda su vida procede de esa fuente; la vida del bien es la materia de la voluntad y la vida de la verdad es la materia del entendimiento: 10076, 10177, 10264, 10284.

[c] Sobre la correspondencia de las manos, brazos y hombros con el Hombre Universal o cielo: 4931-4937. En la Palabra, manos y brazos significan poder: 878, 3091, 4931-4932 *[4932-4933]*, 6947, 10017 *[10019]*.

del bien. Las verdades separadas del bien no tienen ningún poder. Además, todo el poder que el bien tiene le viene de la verdad; el bien no tiene ningún poder separado de las verdades. El poder surge de la unión de ambos. Lo mismo es cierto para la fe y el amor, puesto que es lo mismo decir verdad o fe, ya que todo lo que constituye la fe es verdadero, así como es lo mismo decir bien o amor, ya que todo lo que constituye el amor es bueno[d].

Yo he podido comprobar cuánto poder tienen los ángeles a través de las verdades del bien en el hecho de que cuando los ángeles miran simplemente a los espíritus del mal, éstos se desvanecen y ya no parecen humanos, lo que se prolonga hasta que el ángel aparta su mirada. La razón de que la mirada de los ángeles produzca este tipo de efectos es que su vista procede de la luz del cielo, y la luz del cielo es la verdad divina (véase *supra*, §§ 126-132). Los ojos corresponden a las verdades del bien[e].

233. Puesto que todo el poder pertenece a las verdades del bien, las deformaciones deliberadas de la verdad no tienen ninguno[f]. Como todos en el infierno están ocupados en deformaciones deliberadas, no tienen ningún poder contra la verdad y el bien. Pero se describirá más adelante el tipo de poder que los espíritus del mal tienen unos respecto a otros y el que tienen antes de ser arrojados al infierno[137].

El lenguaje de los ángeles

234. Los ángeles hablan entre sí como hacemos nosotros en este mundo. Hablan de cosas diversas: asuntos domésticos, preocupaciones de la comunidad, cuestiones de la vida moral y de la vida espiritual. No hay

[d] Todo el poder en los cielos es una propiedad de la verdad que procede del bien, y por tanto de la fe que procede del amor: 3091, 3563, 6413 *[6423]*, 8304, 9643, 10019, 10182. Todo poder procede del Señor, puesto que él es la fuente de toda verdad que constituye la fe y de todo bien que constituye el amor: 9327, 9410. Este poder se representa mediante las llaves entregadas a Pedro: 6344. Es la verdad divina que emana del Señor la que posee todo poder: 6948, 8200. Este poder del Señor es lo que se designa con la expresión «sentado a la diestra de Jehová»: 3387, 4592, 4933, 7518, 7673, 8281, 9133. «La diestra» es poder: 10019.

[e] Los ojos corresponden a las verdades del bien: 4403-4421, 4523-4534, 6923.

[f] La falsedad del mal no tiene ningún poder porque la verdad del bien lo tiene todo: 6748, 10481.

ninguna diferencia, salvo que hablan entre sí de manera más inteligente de lo que lo hacemos nosotros, pues hablan desde un nivel más profundo de pensamiento.

Con frecuencia se me ha permitido estar en su compañía y hablar con ellos como habla un amigo con otro, o a veces como un extraño con otro; y puesto que en tales ocasiones me encontraba en un estado igual al suyo, parecía exactamente como si estuviera hablando con seres humanos en la tierra.

235. El lenguaje angélico, como el lenguaje humano, se diferencia en palabras. Se pronuncia y se oye igualmente por medio de sonidos. Los ángeles tienen boca y lengua y oídos como tenemos nosotros; y tienen también una atmósfera en la que el sonido de su lenguaje se articula. Sin embargo, es una atmósfera espiritual adaptada a los ángeles, que son espirituales. Los ángeles respiran en su atmósfera y emplean su respiración para pronunciar palabras, como hacemos nosotros en la nuestra[a].

236. Todos en el cielo tienen el mismo lenguaje. Todos se comprenden unos a otros, sin que importe la comunidad de la que procedan, sea ésta próxima o remota[138]. Este lenguaje no es aprendido, sino innato; fluye de su sentimiento y de su pensamiento. El sonido del lenguaje corresponde a su sentimiento y las articulaciones del sonido –las palabras– corresponden a las construcciones mentales que surgen de sus sentimientos. Puesto que su lenguaje corresponde a estos acontecimientos interiores, es también espiritual, pues es sentimiento audible y pensamiento vocal.

[2] Quien reflexione puede comprender que todo pensamiento procede del sentimiento, que es una función del amor, y que las construcciones mentales son formas diversas en las que se desglosa el sentimiento general; pues ningún pensamiento ni concepto, cualesquiera que sean, se producen al margen del sentimiento. Ésta es la fuente de su alma y de su vida. Por eso los ángeles saben simplemente por el habla qué tipo de persona es cada uno; conocen la cualidad del sentimiento por el sonido y la cualidad de la mente por las articulaciones del sonido o las palabras. Los

[a] Hay una respiración en los cielos, pero es más interior: 3884, 3885; según la experiencia: 3884, 3885, 3891, 3893. La forma en que los ángeles respiran difiere y varía en función de sus estados: 1119, 3886, 3887, 3889, 3892, 3893. Las personas malvadas son completamente incapaces de respirar en el cielo y se asfixian si llegan allí: 3893 *[3894]*.

ángeles más sabios conocen por unas pocas frases cuál es el sentimiento dominante de alguien, pues es a eso a lo que principalmente están atentos.

[3] Es sabido que todas las personas tienen diversos sentimientos: uno en momentos de felicidad, otro en momentos de tristeza, otro en momentos de ternura y compasión, otro en momentos de honradez y verdad, otro en momentos de amor y solicitud, otro en momentos de celos o ira, otro en momentos de simulación y engaño, otro en momentos de búsqueda de respeto y honores, etc., pero en todos hay un sentimiento o amor dominante, y, dado que los ángeles más sabios lo perciben, saben por la conversación el estado global de la otra persona.

[4] Se me ha dado conocimiento de ello a través de una abundante experiencia. He visto cómo los ángeles pueden conocer toda la vida de una persona simplemente escuchándola. Me han dicho que saben todo sobre su vida a partir de unas pocas ideas individuales, pues éstas les permiten conocer el amor que le gobierna, que contiene todo como en un modelo o patrón. Saben también que el «libro de la vida» de un ser humano no es nada más que eso[139].

237. El lenguaje angélico no tiene nada en común con el lenguaje humano excepto unas pocas palabras nuestras cuyo sonido refleja algún sentimiento, y en este caso no se trata de las palabras mismas, sino de su sonido, tema del que se hablará más adelante[140].

El hecho de que el lenguaje angélico no tenga nada en común con el lenguaje humano queda patente en la incapacidad de los ángeles para pronunciar una sola palabra del lenguaje humano. Lo han intentado, pero no podían. Las únicas cosas que pueden pronunciar son las que están en perfecta concordancia con sus propios sentimientos. Todo lo que no está de acuerdo con ellos repugna a su propia vida, puesto que su vida es materia de sentimiento y su lenguaje fluye de él.

Se me ha dicho que el lenguaje primordial de los seres humanos sobre la tierra compartía esta naturaleza porque les fue dado desde el cielo, y que el hebreo se le asemeja en algunos aspectos.

238. Puesto que el lenguaje de los ángeles corresponde a los sentimientos de su amor, y puesto que el amor del cielo es amor al Señor y amor al prójimo (véase *supra*, §§ 13-19), podemos imaginar cuán elegante y deliciosa es su conversación. Afecta no sólo a los oídos, sino también a los niveles más profundos de la mente de quienes la escuchan. Había en una ocasión un espíritu particularmente duro de corazón que estaba ha-

blando con un ángel; se conmovió tanto por lo que el ángel le dijo que rompió en lágrimas, diciendo que no podía evitarlo, pues, aunque nunca había llorado antes, era el amor el que hablaba.

239. El lenguaje de los ángeles está también lleno de sabiduría, puesto que fluye de los niveles más profundos de su pensamiento y su pensamiento más profundo es sabiduría, así como su sentimiento más profundo es amor. Su amor y su sabiduría se unen en el habla. En consecuencia, su habla está tan llena de sabiduría que puede expresar con una sola palabra lo que nosotros no podemos decir con mil; y los conceptos de su pensamiento pueden abarcar igualmente cosas que nosotros no podemos comprender, y mucho menos articular[141]. Por eso se dice que las cosas que se han visto y oído en el cielo son inexpresables, cosas que ojo no vio ni oído oyó[142].

[2] También de esto se me ha otorgado conocimiento a través de la experiencia. En ocasiones he sido llevado al estado de los ángeles y en él he hablado con ellos. En tales ocasiones, lo comprendía todo, pero cuando volvía a mi estado original y por tanto al proceso normal de pensamiento de la conciencia física y quería recordar lo que había escuchado, no podía hacerlo. Había miles de cosas que no encajaban en las ideas naturales y eran por tanto inexpresables, salvo por sutiles cambios de la luz celestial, pero de ningún modo mediante palabras humanas.

[3] Las ideas individuales de los ángeles que dan origen a sus palabras son también variaciones de la luz del cielo; y los sentimientos que provocan los sonidos de las palabras son variaciones del calor del cielo. Esto se debe a que la luz del cielo es la verdad o la sabiduría divina y el calor del cielo es el bien o el amor divino (véase *supra*, §§ 126-140), y los ángeles reciben su sentimiento del amor divino, y su pensamiento de la sabiduría divina[b].

240. Como el lenguaje de los ángeles fluye directamente de sus sentimientos (puesto que sus ideas individuales son formas diversas en que se desglosan sus sentimientos, como se señaló en el § 236), los ángeles pueden expresar en un minuto más de lo que nosotros podemos decir en media hora, y pueden transmitir en pocas palabras cosas que necesitarían

[b] Los conceptos a partir de los que hablan los ángeles se expresan por maravillosas variaciones de la luz del cielo: 1646, 3343, 3693.

muchas páginas de escritura. También de esto he sido testigo mediante numerosas experiencias[c].

Las ideas individuales de los ángeles y las palabras de su lenguaje forman una unidad a la manera que una causa eficiente lo hace con un efecto; pues lo que se presenta en las palabras como efecto es lo que reside en las ideas como causa[143]. Por eso una sola palabra contiene tanto dentro de sí misma.

Cuando los detalles del pensamiento de los ángeles y los detalles consecuentes de su lenguaje se presentan en forma visual, parecen una ola sutil o atmósfera fluida en la que hay incontables elementos en el orden que les es propio, elementos de su sabiduría que entran en el pensamiento de los otros y conmueven sus sentimientos. Las ideas particulares de cualquiera –sea un ángel o uno de nosotros– pueden presentarse visualmente a la luz del cielo cuando esto place al Señor[d].

241. Los ángeles que viven en el reino celestial del Señor hablan igual que los ángeles del reino espiritual del Señor. Sin embargo, los ángeles celestiales hablan desde un nivel de pensamiento más profundo que los ángeles espirituales. Además, como los ángeles celestiales están en armonía con el bien del amor al Señor, hablan desde la sabiduría, mientras que los ángeles espirituales –que están en armonía con el bien de la caridad para con el prójimo (que es en su esencia la verdad, véase § 215)– hablan desde la inteligencia. Pues la sabiduría procede del bien y la inteligencia de la verdad.

Las palabras de los ángeles celestiales son como una corriente ligera, suave y virtualmente continua, mientras que las de los ángeles espirituales son algo más sonoras y vigorosas. Además, las vocales *U* y *O* tienden a predominar en el habla de los ángeles celestiales, mientras que entre los

[c] En su lenguaje, los ángeles pueden expresar en un momento más que nosotros, en nuestro lenguaje, en media hora, y esto incluye cosas que por naturaleza no encajan en las palabras del lenguaje humano: 1641-1643, 1645, 4609, 7089.

[d] Existen innumerables cosas en una sola idea: 1008, 1869, 4946, 6613-6615, 6617, 6618. Nuestras ideas se abren en la otra vida, con una vívida presentación visual de su cualidad: 1869, 3310, 5510. Lo que parecen: 6201 *[6200]*, 8885. Las ideas de los ángeles del cielo interior se asemejan a la luz de una llama: 6615. Las ideas de los ángeles del cielo exterior se asemejan a nubes brillantes y pálidas: 6614. Se vio una idea de ángel cuyos rayos se dirigían hacia el Señor: 6620. Las ideas del pensamiento llegan a todas partes en las comunidades angélicas: 6598-6613.

ángeles espirituales son la *E* y la *I* las vocales más frecuentes[144]. Las vocales representan el sonido y en el sonido están los sentimientos; pues como ya señalamos (§ 236), el sonido del habla de los ángeles responde a sus sentimientos, y las articulaciones del sonido, o palabras, corresponden a las ideas individuales que resultan de sus sentimientos. Por esta razón, las vocales no pertenecen al lenguaje, pero sirven para elevar las palabras, por medio de los sonidos, hacia los diversos sentimientos según el estado de cada individuo. Por eso en hebreo las vocales no se escriben y se pronuncian de forma variable[145]. Esto permite a los ángeles reconocer la cualidad de los demás en cuanto al sentimiento y al amor.

Además, el lenguaje de los ángeles celestiales carece de cualquier consonante dura y rara vez junta dos consonantes sin insertar una palabra que comience por vocal. Por eso la partícula *y*[146] figura con tanta frecuencia en la Palabra, como pueden comprobar los que leen la Palabra en hebreo, lenguaje en el que dicha palabra es suave, comenzando y terminando con sonido vocálico. Lo mismo podemos observar en alguna medida en el vocabulario de la Biblia hebrea, ya sea en las palabras que pertenecen a una categoría celestial o en las que pertenecen a una categoría espiritual, es decir, ya impliquen lo que es bueno o lo que es verdadero; las expresiones que implican lo que es bueno hacen un amplio uso de las vocales *U* y *O* y en alguna medida de la *A*, y las expresiones que implican lo que es verdadero emplean la *E* y la *I*.

Puesto que los sentimientos se expresan principalmente por medio de sonidos, las palabras que utilizan la *U* y la *O* son utilizadas en el lenguaje humano para expresar grandes asuntos, como cielo *[coelum]* y Dios *[Deus]*. Los sonidos musicales tienen esta misma tendencia[147], cuando tratan de estos temas, pero no cuando tratan de cosas menores. Por eso el arte musical es tan apto para expresar diversos tipos de sentimientos.

242. Hay una cierta armonía en el habla angélica que es indescriptible[e]. Esta armonía resulta del hecho de que los pensamientos y sentimientos que dan origen al habla fluyen y se extienden de acuerdo con la forma del cielo, siendo la forma del cielo la que determina cómo se asocia y comunica cada uno. (Véase *supra*, §§ 200-212, sobre la manera en que la forma del cielo determina cómo se asocian los ángeles y el flujo de sus pensamientos y sentimientos.)

[e] En el lenguaje angélico hay un acorde armónico y descendente: 1648, 1649, 7191.

243. El mismo tipo de discurso que encontramos en el mundo espiritual es innato en todos nosotros, pero está en la parte más profunda de nuestro intelecto. Sin embargo, dado que para nosotros no se manifiesta en palabras análogas a nuestros sentimientos, como sucede con los ángeles, no somos conscientes de que lo poseemos. No obstante, y debido a esa circunstancia, tenemos acceso al mismo lenguaje que los espíritus y los ángeles cuando llegamos a la otra vida y sabemos cómo hablar con ellos sin que se nos haya enseñado[1]. Pero diremos más sobre este asunto en páginas posteriores[148].

244. Como ya dijimos, en el cielo existe un solo lenguaje para todo el mundo; pero varía en el sentido de que el lenguaje de los que son más sabios es más profundo y está más lleno de matices en los sentimientos y las ideas específicas. El lenguaje de los que son menos sabios es menos profundo y no tan pleno, y el lenguaje de los más simples es todavía menos profundo, consistiendo en realidad en palabras que simplemente tienen significados a la manera en que lo tienen las palabras que nosotros utilizamos en la tierra.

Hay también un lenguaje de expresiones faciales que da lugar a un sonido modificado por las ideas, y un lenguaje en el que las imágenes del cielo se combinan con ideas y en el que las ideas se presentan visualmente. Hay también un lenguaje de movimientos corporales que responde a los sentimientos y representa las mismas cosas que sus expresiones verbales. Hay un lenguaje de sentimientos y pensamientos compartidos; hay un lenguaje semejante al trueno, y existen también otros lenguajes.

245. El lenguaje de los espíritus malvados e infernales es semejante, porque también es consecuencia de sus sentimientos, pero procede de malos sentimientos y de conceptos inmundos que resultan completamente repugnantes a los ángeles. Esto significa que los lenguajes del infierno son opuestos a los lenguajes del cielo. Los inicuos no pueden soportar las palabras angélicas, y los ángeles no pueden soportar el habla

[1] El lenguaje espiritual o angélico está dentro de nosotros, aunque no seamos conscientes de ello: 4014 *[4104]*. Las ideas de nuestra persona interior son espirituales, pero mientras vivimos en este mundo las percibimos en formas naturales porque pensamos en el nivel natural: 10236, 10240, 10550. Después de la muerte, tenemos acceso a nuestras ideas más profundas: 3226, 3342, 3343, 10568, 10604. Éstas constituyen entonces nuestro lenguaje: 2470, 2478, 2479.

infernal. Para los ángeles, el habla infernal es como un olor fétido que ataca la nariz.

El lenguaje de los hipócritas –aquellos que pueden imitar a los ángeles de luz– es como el de los ángeles en lo que se refiere a las palabras, pero exactamente opuesto respecto de sus sentimientos y pensamientos individuales. Por eso cuando se percibe la cualidad interior de su discurso, como les sucede a los ángeles sabios, suena como un crujir de dientes y les provoca horror.

Cómo nos hablan los ángeles

246. Los ángeles que hablan con nosotros no lo hacen en su propia lengua, sino en la nuestra, o en otras con las que están familiarizados, pero no en lenguas de las que no tengamos ningún conocimiento. La razón de que así sea es que cuando los ángeles hablan con nosotros se vuelven hacia nosotros y se unen a nosotros, y una consecuencia de esa unión es que las dos partes tienen el mismo proceso de pensamiento. Como nuestro pensamiento está íntimamente unido a la memoria, y el lenguaje fluye de ella, las dos partes comparten el mismo lenguaje. Además, cuando los ángeles o los espíritus se nos acercan y se nos unen volviéndose hacia nosotros, entran en nuestra memoria de forma tan completa que parece como si ellos mismos supieran todo lo que nosotros sabemos, incluyendo nuestra lengua.

[2] He hablado con los ángeles sobre esto y les he dicho que probablemente suponían que hablaban conmigo en mi lengua materna simplemente porque así parecía, cuando en realidad no eran ellos los que hablaban, sino yo. Esto es una consecuencia del hecho de que los ángeles no puedan pronunciar una sola palabra del lenguaje humano (§ 237). Además, el lenguaje humano es natural, y ellos son espirituales, y los seres espirituales no pueden producir nada natural. Contestaron que sabían que cuando hablaban con nosotros se unían con nuestro pensamiento espiritual, pero puesto que el pensamiento espiritual fluía en el pensamiento natural, y este pensamiento natural está íntimamente ligado a la memoria, les parecía como si nuestro lenguaje fuera el suyo, lo mismo que todos nuestros conocimientos adquiridos. Así es porque place al Señor que exista ese tipo de unión y presencia interior del cielo en nosotros. Sin embargo, decían, la humanidad se encuentra ahora en tal estado que este tipo de unión no es ya con los ángeles, sino con los espíritus que no están en el cielo[149].

[3] He hablado también con los espíritus de este asunto; pero ellos preferían creer que no éramos nosotros los que hablábamos con ellos, sino ellos los que hablaban con nosotros, de manera que en realidad nosotros no sabíamos lo que sabemos, sino que eran ellos los que sabían, lo que significaba que todo lo que sabemos procede de ellos. Quise convencerles mediante numerosos argumentos de que no era así, pero fracasé.

Explicaremos más adelante a quiénes nos referimos al hablar de «ángeles» y a quiénes al hablar de «espíritus», cuando lleguemos a nuestra descripción del mundo de los espíritus[150].

247. Ángeles y espíritus están tan estrechamente unidos a nosotros que les parece que nuestras características son suyas, y ello se debe a que dentro de nosotros existe una unión tan íntima de los mundos espiritual y natural que son virtualmente uno. Sin embargo, cuando nos separamos del cielo, el Señor dispuso que hubiera ángeles y espíritus con cada uno de nosotros y que estuviéramos gobernados por él a través de ellos. Ésta es la razón de que exista una unión tan estrecha.

Habría sido diferente si esa separación no se hubiera producido, porque entonces podríamos haber sido gobernados por el Señor a través de un influjo general del cielo sin tener ángeles ni espíritus asignados a nosotros.

Hablaremos de ello más adelante, cuando describamos cómo el cielo está unido a nosotros[151].

248. Cuando los ángeles y los espíritus hablan con nosotros, las palabras suenan tan audibles como cuando hablamos entre nosotros, pero no es audible para los demás, aunque estén a nuestro lado, sino solamente para nosotros. Esto se debe a que las palabras de un ángel o un espíritu fluyen primero en nuestro pensamiento y después, por una ruta interior, en nuestro órgano auditivo, como si lo activara desde dentro. Cuando hablamos entre nosotros, las palabras fluyen primero en el aire y llegan a nuestro órgano auditivo activándolo por vía externa. Es decir, que la conversación con un ángel o un espíritu la oímos desde dentro, pero las palabras activan nuestro mecanismo auditivo tanto como en nuestras conversaciones habituales y, en consecuencia, resultan igualmente audibles.

El hecho de que las palabras de un ángel o un espíritu fluyan al oído desde dentro se me hizo claro por la forma en que fluían también a mi lengua y la hacían vibrar ligeramente, aunque no con el mismo movi-

miento real que cuando articulamos los sonidos del habla en la formación de las palabras.

249. Sin embargo, muy rara vez se permite actualmente hablar con los espíritus, pues es peligroso[a]. Entonces, los espíritus saben que están con nosotros, lo que de otra manera no sabrían. Los espíritus malos por naturaleza abrigan un odio mortal contra nosotros y no desean otra cosa que nuestra total destrucción, en cuerpo y alma. Esto es lo que realmente sucede con las personas que regularmente se pierden en engaños, hasta el punto de perder el contacto con las alegrías propias de su persona natural.

Hay algunos que llevan una vida solitaria que a veces oyen a los espíritus y hablan con ellos sin riesgo; pero el Señor mantiene a estos espíritus separados para que no sepan que están con estas personas. La mayor parte de los espíritus no son conscientes de que existe otro mundo aparte del suyo ni, por tanto, que existen personas en otros lugares. Por eso no se nos permite que hablemos con ellos, pues si lo hiciéramos, se enterarían.

Quienes están absortos en cuestiones religiosas, tan inmersos en ellas que prácticamente las ven dentro de sí mismos, también empiezan a oír a espíritus que hablan con ellos. Esto se debe a que cuando voluntariamente nos absorbemos en asuntos religiosos de cualquier clase, sin la interrupción de alguna actividad útil en el mundo exterior, estos asuntos entran profundamente en nosotros y adquieren substancia de manera que ocupan todo nuestro espíritu, penetran en el mundo espiritual y actúan sobre los espíritus que allí se encuentran. Sin embargo, las personas así son visionarias o fanáticas, y, no importa a qué espíritu oigan, creen que se trata del Espíritu Santo, aunque los espíritus a los que oyen sean fanáticos. Éstos ven las cosas falsas como verdaderas, y al verlas como verdaderas se convencen a sí mismos y convencen también a aquellos en los que influyen. Puesto que esos espíritus imponen obediencia y han comenzado a incitar a la gente a hacer el mal, han sido gradualmente apartados. Los espíritus fanáticos pueden distinguirse de los otros porque

[a] Nos es posible hablar con los espíritus y los ángeles, y los antiguos hablaban a menudo con ellos: 67, 68, 69, 784, 1634, 1636, 7802. En algunos planetas, ángeles y espíritus aparecen en forma humana y hablan con la gente: 10751, 10752. Aunque, actualmente, en nuestro planeta es peligroso hablar con los espíritus a menos que tengamos una fe verdadera y estemos guiados por el Señor: 784, 9438, 10751.

creen que son el Espíritu Santo y que lo que dicen es divino. Cuando el hombre los honra con un culto divino, ellos no tratan de hacerle daño.

He hablado con ellos de vez en cuando y las cosas indecibles que infunden en sus adoradores han salido a la luz. Viven todos juntos hacia la izquierda[152], en un área desierta.

250. La posibilidad de conversar con los ángeles no se concede, sin embargo, más que a aquellos que están centrados en las verdades que fluyen del bien, especialmente quienes reconocen al Señor y la naturaleza divina en el interior de la naturaleza humana, porque ésta es la verdad en la que existe el cielo. Pues como ya dijimos, el Señor es el Dios del cielo (§§ 2-6); la naturaleza divina del Señor constituye el cielo (§§ 7-12); la naturaleza divina del Señor en el cielo es amor a él y caridad para con el prójimo (§§ 13-19); y el cielo en su conjunto, comprendido como una sola entidad, representa un solo hombre, al igual que cada comunidad del cielo; y cada ángel individual tiene una forma humana perfecta debido a la naturaleza humano-divina del Señor (§§ 59-86). Vemos a partir de aquí que esta conversación con los ángeles no se concede sino a las personas cuyos niveles más profundos han sido abiertos por las verdades divinas hasta llegar al Señor, puesto que es en éstos donde el Señor fluye en nosotros, y cuando el Señor fluye, también fluye el cielo.

La razón de que las verdades divinas abran nuestros niveles más profundos es que hemos sido creados de tal modo que nuestra persona interior es una imagen del cielo, y la exterior una imagen del mundo (§ 57); y nuestra persona interior es abierta solamente por la verdad divina que procede del Señor, porque éste es la luz y la vida del cielo (§§ 126-140).

251. El influjo del Señor en nosotros actúa sobre la frente, y desde ahí en toda la cara[b]. El influjo de los ángeles espirituales que están con nosotros actúa sobre nuestra cabeza en su conjunto, desde la frente y las sienes hasta toda la región que cubre el cerebro, porque esta área corresponde a nuestra inteligencia. En cambio, el influjo de los ángeles celestiales actúa

[b] La frente corresponde al amor celestial, y por tanto significa ese amor en la Palabra: 9936. El rostro corresponde a nuestros niveles más profundos, que tienen que ver con el pensamiento y el sentimiento: 1568, 2988, 2989, 3631, 4796, 4797, 4800, 5165, 5168, 5695, 9306. Además, el rostro está formado para que se corresponda con nuestra naturaleza interior: 4791-4805, 5695. Por eso el rostro en la Palabra significa nuestra naturaleza profunda: 1999, 2434, 3527, 4066, 4796.

en la parte de la cabeza que cubre el cerebelo y que se llama occipucio, desde una oreja a la otra y bajo el cuello, puesto que esta área corresponde a nuestra sabiduría.

Toda la conversación de los ángeles entra en nuestros pensamientos por esos dos caminos. Esto me ha permitido advertir qué ángeles hablaban conmigo.

252. Quienes hablan con los ángeles del cielo también ven las cosas que están en el cielo, porque ven a la luz del cielo lo que rodea sus niveles más profundos. Y no sólo eso, sino que a través de los ángeles ven las cosas que están en nuestra tierra[c]. Para quienes hablan con los ángeles, el cielo está realmente unido con nuestro mundo, y nuestro mundo con el cielo; pues, como ya dijimos (§ 246), cuando los ángeles se vuelven hacia nosotros se unen a nosotros de forma tan completa que les parece exactamente como si todo lo nuestro fuera suyo. Esto se aplica no sólo a los elementos de nuestro lenguaje, sino a lo que atañe a nuestra vista y oído. Además, nos parece exactamente como si las cosas que fluyen en y a través de los ángeles fueran realmente nuestras.

Los humanos más antiguos de nuestro planeta disfrutaban de este tipo de unión con los ángeles del cielo, por eso llamamos Edad de Oro a aquellos tiempos. Reconocían lo Divino en forma humana y, por lo tanto, reconocían al Señor, hablaban con los ángeles del cielo como si lo hicieran con los miembros de su familia, y los ángeles del cielo hablaban con ellos de la misma manera; y, en ellos, el cielo y este mundo eran una sola cosa.

Pero después de aquellos tiempos, los hombres se fueron alejando paso a paso del cielo por amarse a sí mismos más que al Señor y al mundo más que al cielo. Por eso comenzaron a sentir los placeres del egoísmo y el amor al mundo separadamente de los placeres del cielo, hasta el punto de que finalmente no conocieron ya ningún otro placer. Entonces se cerraron sus niveles más profundos, los niveles que se abren en el cielo, mientras que sus niveles exteriores se abrieron al mundo. Una vez sucedido esto, nos encontramos iluminados con respecto a las cosas de este mundo y en la oscuridad con respecto a las cosas del cielo.

253. Desde aquellos tiempos, la gente rara vez ha hablado con los án-

[c] Los espíritus no pueden ver, a través de nosotros, nada de lo que está en este mundo subsolar; pero han visto a través de mis ojos, y por qué: 1880.

geles del cielo, aunque algunos han hablado con espíritus que no están en el cielo. Nuestros niveles interior y exterior pueden, por su naturaleza, volverse hacia el Señor como su centro común (§ 124), o hacia nosotros mismos, y por consiguiente lejos del Señor. Quienes están vueltos hacia el Señor están vueltos también hacia el cielo, mientras que los que están vueltos hacia sí mismos están vueltos también hacia este mundo; y quienes están vueltos hacia el mundo son difíciles de elevar. Sin embargo, son elevados por el Señor en la medida en que pueden serlo, por un giro de nuestro amor; y esto se realiza por medio de las verdades de la Palabra.

254. Se me ha dicho cómo el Señor habló a los profetas por cuya mediación se escribió la Palabra. No hablaba con ellos a la manera en que lo hacía comúnmente con los antiguos, por un influjo en su naturaleza más profunda, sino a través de espíritus que les enviaba y a los que el Señor colmaba con su apariencia. De esta manera, les inspiró las palabras que ellos a su vez comunicaron a los profetas, pero no se trataba de influjo, sino de orden directa. Puesto que en aquellos tiempos las palabras procedían directamente del Señor, todos los detalles están llenos de lo Divino y contienen en sí mismos un sentido interior de tal naturaleza que los ángeles del cielo los entienden en un sentido espiritual y celestial, mientras que nosotros los entendemos en un sentido natural. De esta manera, el Señor une el cielo y la tierra a través de la Palabra.

También se me mostró cómo el Señor llena los espíritus con su naturaleza divina por medio de su apariencia. Los espíritus colmados con lo Divino por el Señor no tienen ninguna idea de no ser realmente el Señor o de que no es el Señor quien habla, situación que se prolonga mientras ellos están hablando. Después comprenden y admiten que son espíritus y que no hablaban por sí mismos, sino desde el Señor.

Puesto que éste era el estado de los espíritus que hablaron con los profetas, ellos mismos decían que Jehová hablaba. En realidad, los espíritus se llamaban a sí mismos Jehová, como se puede ver no sólo en los libros proféticos, sino también en los libros históricos de la Palabra[153].

255. Para aclarar cómo es la unión de los ángeles y los espíritus con nosotros puedo citar algunos ejemplos memorables que servirán para ilustrar el tema y nos permitirán extraer alguna conclusión. Cuando los ángeles y los espíritus se vuelven hacia nosotros, les parece exactamente como si nuestro lenguaje fuera suyo y no tuvieran ningún otro. Esto es debido a que en esas ocasiones están inmersos en nuestro lenguaje, y ni

siquiera recuerdan el suyo. Cuando nos vuelven la espalda, sin embargo, vuelven a su lenguaje angélico y espiritual y no conocen el nuestro. Lo mismo ha sucedido conmigo cuando he estado en compañía de los ángeles y en un estado como el suyo. Entonces he hablado con ellos en su lenguaje y no sabía nada del mío. Ni siquiera podía recordarlo. Sin embargo, cuando ya no estaba en su compañía, volvía a mi propia lengua.

[2] También vale la pena señalar que cuando los ángeles y los espíritus se vuelven hacia nosotros, pueden hablar con nosotros incluso desde una gran distancia. Han hablado conmigo desde lejos de manera tan audible como si estuvieran cerca. Con todo, cuando nos vuelven la espalda y hablan entre ellos, nada de lo que dicen nos resulta audible aunque eso suceda muy cerca de nuestros oídos. Esto me ha permitido ver que en el mundo espiritual toda unión depende de la dirección en que se vuelvan quienes allí se encuentran.

[3] También vale la pena señalar que varios de ellos pueden hablar al mismo tiempo con un hombre y ese hombre con ellos. Envían a uno de ellos al individuo con el que quieren hablar, y ese espíritu mensajero se vuelve hacia la persona en cuestión mientras los otros se vuelven hacia el espíritu mensajero y así concentran sus pensamientos, que el espíritu mediador transmite. Les parece a esos mensajeros como si hablaran por sí mismos, y a los otros como si lo hicieran ellos mismos. Así, la unión de varios con uno se realiza volviéndose hacia él[d]. Pero hablaremos más adelante de estos espíritus enviados, llamados agentes, y de la comunicación que se produce a través de ellos[154].

256. No se permite a ningún ángel o espíritu que hable con uno de nosotros desde su propia memoria de ángel o espíritu, sino sólo desde la del hombre en cuestión. En realidad, los ángeles y los espíritus tienen memoria, como la tenemos nosotros. Si un espíritu hablara con nosotros desde su memoria, entonces nos parecería que sus pensamientos son nuestros, cuando realmente pertenecen al espíritu. Es como recordar algo que nunca hemos visto ni oído. Esto me ha sido dado a conocer por medio de la experiencia.

[d] Los espíritus enviados por unas comunidades a otras son llamados «agentes»: 4403, 5856. Las comunicaciones se producen en el mundo espiritual por medio de esos espíritus mensajeros: 4403, 5856, 5983. Los espíritus que han sido enviados y sirven de agentes no piensan por sí mismos, sino por los espíritus que los envían: 5985, 5986, 5987.

Por eso algunos de los antiguos pensaban que después de unos miles de años regresarían a su vida anterior y a sus acciones, y creían, de hecho, haber regresado. Lo deducían de que a veces brotaban en ellos recuerdos de cosas que nunca habían visto ni oído. Esto se debía al influjo de la memoria de los espíritus en los pensamientos de los hombres.

257. Hay también espíritus llamados naturales y físicos que no se unen a nuestros pensamientos como los otros espíritus cuando vienen a nosotros, sino que más bien entran en nuestro cuerpo y asumen todos sus sentidos, hablando por nuestra boca y actuando por nuestros miembros. Les parece enteramente como si todo lo nuestro fuera suyo. Éstos son los espíritus que poseen a los seres humanos; pero han sido apartados resueltamente y arrojados al infierno por el Señor; por eso posesiones de este tipo ya no suceden en nuestros días[e].

Materiales escritos en el cielo

258. Puesto que los ángeles tienen lenguaje y su lenguaje está compuesto por palabras, también tienen materiales escritos, y a través de esos materiales escritos, como a través de su conversación, expresan lo que su mente piensa. A veces me han enviado textos, como las hojas escritas a mano o impresas y publicadas en nuestro mundo. Incluso las he leído del mismo modo, pero no se me ha permitido entender de ellas más que algunas cosas aquí y allá. Esto se debe a que no es acorde con el orden divino el ser enseñado mediante materiales escritos del cielo, sino solamente por la Palabra, puesto que ésta es el único medio de comunicación y unión entre el cielo y la tierra, y por tanto entre el Señor y la humanidad.

Deducimos a partir de Ezequiel que las páginas escritas en el cielo les fueron mostradas también a los profetas:

[e] La posesión física o externa no sucede ya actualmente con la frecuencia de antes: 1983. Sin embargo, ahora existen más posesiones mentales, internas, que antes: 1983, 4793. Somos poseídos más interiormente cuando mantenemos pensamientos obscenos y difamaciones contra Dios y el prójimo y cuando evitamos hacerlos públicos solamente por las restricciones externas impuestas por el miedo a perder la reputación o el respeto, a ser perjudicados económicamente, o por temor a la situación legal o a perder la vida: 5990. Sobre los espíritus diabólicos que poseen principalmente nuestros niveles más profundos: 4793. Sobre los espíritus diabólicos que quieren poseer nuestros niveles más externos, que están confinados en los infiernos: 2752, 5990.

Y miré, y he aquí una mano extendida hacia mí, y en ella había un rollo de libro. Y lo extendió delante de mí, y estaba escrito por delante y por detrás (Ezequiel 2, 9-10)[155].

Y en Juan:

Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos (Apocalipsis 5, 1).

259. La existencia de materiales escritos en el cielo está prevista por el Señor a causa de la Palabra, pues en su esencia la Palabra es la verdad divina de la que los ángeles y las personas de la tierra obtienen toda su sabiduría. En realidad, ha sido dictada por el Señor, y lo que el Señor ha dictado y dicta pasa sucesivamente a través de todos los cielos hasta llegar a nosotros. De esta manera, está adaptada tanto a la sabiduría de los ángeles como a nuestra inteligencia. En consecuencia, los ángeles tienen una Palabra que leen igual que nosotros leemos la nuestra. Extraen de ella sus principios doctrinales y de ella proceden sus sermones (§ 221). Es la misma Palabra; pero su significado natural, que para nosotros es su significado literal, no existe en el cielo. Allí, en cambio, existe un significado espiritual, que es su sentido interior. La naturaleza de este significado puede verse en el opúsculo *El caballo blanco*[156].

260. En otra ocasión me fue enviada del cielo una hoja con unas pocas palabras escritas en letras hebreas. Se me dijo que cada letra encerraba tesoros de sabiduría y que éstos estaban contenidos en las curvas y vueltas de las letras, y, por consiguiente, también en los sonidos. Pude comprender así el significado de las palabras del Señor: «Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley» (Mateo 5, 18)[157]. Se sabe en la Iglesia que la Palabra es divina hasta en el trazo más pequeño, pero dónde en cada punto está escondido lo Divino, eso no se conoce todavía, por eso debe explicarse. En el cielo interior la escritura consta de diversas inflexiones y curvaturas, y estas formas concuerdan con la forma del cielo. A través de ellas, los ángeles expresan los tesoros de su sabiduría, incluyendo muchas cosas que no pueden decir en palabras. Créase o no, los ángeles conocen esta escritura sin práctica ni maestros. Están dotados interiormente de ella, como están también dotados de lenguaje (§ 236), por eso esta escritura es

escritura celestial. La razón de que estén dotados interiormente de ella es que el alcance de los pensamientos y sentimientos de los ángeles, y por tanto toda comunicación de su inteligencia y sabiduría, se produce de acuerdo con la forma del cielo (§ 201). Por eso su escritura fluye de la misma forma.

Se me ha dicho que antes de que se inventaran las letras, los humanos más antiguos de nuestro planeta tenían ese tipo de escritura, y que se transfirió a las letras hebreas, que en los tiempos antiguos eran todas curvas, sin ningún rasgo recto como tienen ahora. Por eso hay cosas y tesoros divinos del cielo contenidos en la Palabra incluso en sus jotas y tildes y en los signos más pequeños.

261. Esta escritura, que emplea símbolos con forma celestial, se utiliza en el cielo interior, cuyos habitantes gozan de mayor sabiduría que los otros. Expresa los sentimientos de los que fluyen sus pensamientos en secuencias ordenadas según el asunto de que se trate. Por eso estos escritos encierran tesoros que no pueden ser totalmente extraídos por el pensamiento. También se me ha permitido ver esos escritos.

Sin embargo, en los cielos inferiores no hay escritos materiales de ese tipo. Allí los escritos materiales son mucho más parecidos a los de nuestro mundo, con letras semejantes a las nuestras. No obstante, son también ininteligibles para la gente de la tierra, porque están escritos en lenguaje angélico, y el lenguaje angélico, por naturaleza, nada tiene en común con nuestras lenguas (§ 237). Expresan los sentimientos por medio de las vocales; con las consonantes expresan los conceptos particulares que se derivan de los sentimientos, y con las palabras expresan el significado de los asuntos (§§ 236, 241).

Además, esta escritura expresa en unas pocas palabras más de lo que nosotros podemos describir en varias páginas. También he visto estos materiales escritos.

Esto significa que tienen una Palabra escrita en los cielos inferiores, y una expresada en formas celestiales en el cielo interior.

262. Hay que saber que en los cielos la escritura fluye espontáneamente del pensamiento, con tanta facilidad como si el pensamiento se proyectara a sí mismo. La mano no vacila sobre la elección de las palabras concretas, porque las palabras –las habladas y las escritas– responden a sus pensamientos naturales, y todo lo que de ese modo responde es natural y espontáneo.

En el cielo hay también cosas escritas sin el empleo de las manos, simplemente como respuesta a pensamientos; pero éstas no perduran.

263. También he visto materiales escritos en el cielo compuestos nada más que de números dispuestos en orden y en series, como los textos formados de letras y palabras; y se me ha dicho que tales escritos proceden del cielo interior, cuya escritura celestial (descrita *supra*, §§ 260-261) se manifiesta como números para los ángeles de los cielos inferiores cuando el pensamiento de los cielos superiores fluye hacia abajo. También se me ha dicho que estos escritos numéricos encierran misterios, algunos de los cuales no pueden ser comprendidos por el pensamiento ni expresados en palabras. En realidad, todos los números se corresponden con algo y tienen un significado en función de su correspondencia, como las palabras[a], pero con la diferencia de que los números representan entidades generales y las palabras entidades específicas. Puesto que una entidad general contiene innumerables entidades específicas, los escritos numéricos encierran más misterios que los alfabéticos.

Pude ver así que los números en la Palabra significan cosas, lo mismo que las palabras. El significado de los números simples, como 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 12, y el de los números compuestos, como 20, 30, 50, 70, 100, 144, 1.000, 10.000, 12.000 y otros, puede verse en *Los arcanos celestiales*, donde se trata de tales materias[158].

En el cielo, en este tipo de escritos, el número del que los siguientes, en series ordenadas, dependen se pone siempre en primer lugar, como su tema; pues ese número es una especie de título de la materia sometida a consideración, y los números que vienen a continuación sirven para delimitar la materia de manera más específica.

264. Si los hombres no tienen y no quieren tener más idea del cielo que la de una atmósfera insubstancial en la que los ángeles vuelan como mentes intelectuales carentes de los sentidos del oído y la vista, no podrán creer que los ángeles tienen lenguaje y escritura. Para ellos, todo se encuentra en la materia. Sin embargo, las cosas que están en el cielo tie-

[a] Todos los números, en la Palabra, significan cosas particulares: 482, 487, 647, 648, 755, 813, 1963, 1988, 2075, 2252, 3252, 4264, 4674 *[4670]*, 6175, 9488, 9659, 10217, 10253; mostrado desde el cielo: 4495, 5265. Los múltiplos significan lo mismo que sus factores: 5291, 5335, 5708, 7973. La gente antigua transmitía los arcanos celestiales mediante números, una especie de álgebra eclesiástica: 575.

nen una existencia tan real como las de nuestro mundo, y los ángeles que están allí tienen todo lo que necesitan para vivir y todo lo que necesitan para la sabiduría.

La sabiduría de los ángeles del cielo

265. La naturaleza de la sabiduría de los ángeles del cielo difícilmente puede ser comprendida, ya que transciende hasta tal punto la sabiduría humana que no es posible compararla con ella y nada que tenga este grado de transcendencia ofrece una imagen aprehensible. Hay algunos medios que pueden emplearse para su descripción, medios que hasta que se reconocen parecen como sombras en la mente y que más bien oscurecen la naturaleza del asunto. Con todo, hay cosas que se pueden conocer, y que, una vez conocidas, se pueden comprender a condición de que la mente *[mens]* se deleite en ellas; pues como el deleite surge del amor, lleva la luz consigo; y para quien ama los asuntos de la sabiduría divina y celestial, esa luz irradia desde el cielo y le ilumina.

266. Podemos deducir cómo es la sabiduría de los ángeles si tenemos en cuenta que viven en la luz del cielo, y que en su esencia la luz del cielo es la verdad divina o la sabiduría divina. Esta luz ilumina al mismo tiempo la visión interior de la mente *[mens]*, y la visión exterior, la vista de nuestros ojos. (Sobre la luz del cielo como verdad divina o sabiduría divina, véase *supra*, §§ 126-133.) También los ángeles viven en el calor del cielo, que en su esencia es el bien divino o amor divino, y de él procede su afecto y anhelo por la sabiduría. (Sobre el calor del cielo como bien divino o amor divino, véase *supra*, §§ 133-140.)

Los ángeles disfrutan de la sabiduría hasta el punto de que podría llamárseles «sabidurías», como podemos deducir del hecho de que todos los elementos de su pensamiento y su sentimiento fluyan según la forma celestial, forma que es la de la sabiduría divina, y además de que sus niveles más interiores, que están abiertos a la sabiduría, estén adaptados a esa forma. (Sobre los pensamientos y sentimientos de los ángeles, y por tanto también sobre su inteligencia y sabiduría, que fluyen según la forma del cielo, véase *supra*, §§ 201-212.)

[2] Por otra parte, podemos inferir la excelencia de la sabiduría de los ángeles del hecho de que sus palabras son palabras de sabiduría. Fluyen realmente de manera directa y[159] libre desde su pensamiento, que a su vez proviene de sus sentimientos, de manera que su discurso es su pensa-

miento procedente del[160] sentimiento en forma exteriorizada. Por consiguiente, nada los aparta del influjo divino: no hay nada exterior que, como ocurre en nuestro discurso, introduzca pensamientos acerca de otras cosas. (Sobre el discurso de los ángeles en tanto que procedente de su pensamiento y sentimiento, véase §§ 234-245.)

También contribuye a este tipo de sabiduría angélica el que todo lo que ven con los ojos y perciben con los sentidos está en armonía con su sabiduría. (Sobre el hecho de que todo lo visible en el cielo esté en correspondencia con los niveles más profundos de los ángeles y sea representativo de su sabiduría, véase *supra*, §§ 170-182.)

[3] Por otra parte, los pensamientos de los ángeles no están limitados y constreñidos por conceptos sacados del espacio y el tiempo, como lo están los nuestros; pues el espacio y el tiempo son propiedades de la naturaleza, y las propiedades de la naturaleza distraen a la mente de las cosas espirituales y privan de amplitud a nuestra visión intelectual. (Sobre el hecho de que los conceptos de los ángeles, al estar desprovistos de tiempo y espacio, sean ilimitados en relación con los nuestros, véase *supra*, §§ 162-169 y 191-199.)

Los pensamientos de los ángeles no se distraen con los asuntos materiales y terrenales ni se interrumpen por los requerimientos y las necesidades de la vida, y no se desvían por esas cosas de las alegrías de la sabiduría como ocurre con nuestros pensamientos en este mundo. Todo les es dado gratis por el Señor: son vestidos gratis, alimentados gratis, albergados gratis (§§ 181-190); y, además, se les provee de alegrías y placeres en proporción a su aceptación de la sabiduría del Señor.

Todo esto se ha dicho para mostrar de dónde obtienen los ángeles este tipo de sabiduría[a].

267. La razón de que los ángeles puedan aceptar tanta sabiduría es que sus niveles profundos están abiertos, y la sabiduría, como cualquier perfección, aumenta cuando nos acercamos a los niveles más profundos y cuando éstos están abiertos[b].

[a] Sobre la sabiduría de los ángeles, que es incomprensible e inexpresable: 2795, 2796, 2802, 3314, 3404, 3405, 9094, 9176.

[b] En la medida en que nos elevamos desde los asuntos más exteriores hacia los más interiores, entramos en la luz y por tanto en la inteligencia: 6183, 6313. Esta elevación sucede realmente: 7816, 10330. Elevarse desde los asuntos más exteriores hacia los más in-

En cada ángel hay tres niveles de vida que corresponden a los tres cielos (véase §§ 29-40). Aquellos cuyo primer nivel ha sido abierto están en el primer cielo o cielo más lejano. Aquellos cuyo segundo nivel ha sido abierto están en el segundo cielo o cielo intermedio. Aquellos cuyo tercer nivel ha sido abierto están en el tercer cielo o cielo interior. La sabiduría de los ángeles del cielo está en relación con esos niveles; la sabiduría de los ángeles del tercer cielo transciende inmensamente la sabiduría de los ángeles del cielo intermedio, y ésta, a su vez, transciende la de los ángeles de los cielos más lejanos (véase *supra*, §§ 209-210, y, sobre la naturaleza de los niveles, § 38).

Hay tales diferencias porque los elementos de los niveles superiores son particulares, y los de los inferiores son generales, y lo general incluye a lo particular. Las cosas particulares con relación a las generales son como los millares o las decenas de millares con relación al uno; y así es la sabiduría de los ángeles de un cielo superior con relación a la sabiduría de los ángeles de un cielo inferior.

Sin embargo, la sabiduría de estos últimos ángeles transciende igualmente la nuestra, pues nosotros estamos absortos en nuestros cuerpos y sus operaciones sensoriales, y las facultades físicas sensoriales están en el nivel más bajo de todos. Este hecho nos permite ver la naturaleza de la sabiduría de quienes basan su pensamiento en la información sensorial, esto es, de aquellos de quienes podríamos decir que están centrados en lo sensorial. En realidad, estas personas no tienen acceso a la sabiduría, sino solamente a los conocimientos[c]. Aunque es diferente para aquellos cuyos

teriores es como elevarse de la niebla a la luz: 4598. Nuestros niveles más exteriores están más lejos de lo Divino, y por tanto relativamente turbios: 6451; y también relativamente desorganizados: 996, 3855. Nuestros niveles más profundos son más perfectos porque están más cerca de lo Divino: 5146, 5147. En nuestra naturaleza interior hay miles y miles de cosas que exteriormente parecen una simple generalización: 5707. Por eso, cuanto más profundos son nuestro pensamiento y nuestra percepción, también son más claros: 5920.

[c] El nivel sensorial es el nivel más exterior de nuestra vida, asociado con nuestro cuerpo e inherente a él: 5077, 5767, 9212, 9216, 9331, 9730. Llamamos personas centradas en lo sensorial a quienes basan sus juicios y conclusiones en sus sentidos físicos y no creen nada a menos que lo vean con sus ojos y lo toquen con sus manos: 5094, 7693. La gente así piensa en su nivel más exterior y no profundamente desde el interior de sí mismos: 5089, 5094, 6564, 7693. Sus niveles más profundos están cerrados, de manera que no ven

pensamientos se elevan por encima de los asuntos sensibles, y aún más para aquellos cuyos niveles más profundos han sido completamente abiertos a la luz del cielo.

268. El hecho de que en el cielo exista una comunicación que abarca a todos nos permite deducir cuán grande es la sabiduría de los ángeles. La inteligencia y la sabiduría de cada ángel particular es compartida por los otros: el cielo es un lugar en el que cada cual comparte todo lo que tiene valor. Por eso la verdadera naturaleza del amor celestial consiste en desear que lo que es de uno pertenezca al otro; por eso en el cielo nadie considera su bien auténticamente bueno a menos que sea también de alguien más. Ésa es también la base de la felicidad del cielo. Los ángeles son introducidos en ella por el Señor, cuyo amor divino tiene esa misma cualidad.

También se me ha dado el conocimiento, por experiencia, de este tipo de comunicación en los cielos. En una ocasión, personas bastante simples fueron elevadas al cielo, y una vez allí llegaron también a una sabiduría angélica. Comprendían cosas que antes no podían comprender y decían cosas que no hubieran podido decir en su estado anterior.

269. Las palabras no son adecuadas para describir la cualidad de la sabiduría de los ángeles, que sólo se puede sugerir mediante algunas generalizaciones. Los ángeles pueden expresar en una sola palabra lo que nosotros no podemos decir con un millar. Además, en una sola palabra angélica hay cosas innumerables que están más allá de lo que pueden expresar las palabras humanas. En los detalles del habla angélica existen realmente tesoros de sabiduría mutuamente interrelacionados, completamente inaccesibles al conocimiento humano. Además, lo que los ángeles no pueden evocar con las palabras de su lengua lo expresan con el soni-

ningún elemento de la verdad espiritual que hay en ellos: 6564, 6844, 6845. En resumen, son personas que viven a la luz basta de la naturaleza y por tanto no perciben nada de lo que surge de la luz del cielo: 6201, 6310, 6564, 6844, 6845, 6598, 6612, 6614, 6622, 6624. Interiormente, se oponen a los principios del cielo y de la iglesia: 6201, 6316, 6844, 6845, 6948, 6949. Los eruditos que forman su mente contra las verdades de la iglesia son así: 6316. Las personas centradas en lo sensorial son especialmente taimadas y maliciosas: 7693, 10236. Razonan de forma perspicaz y con habilidad, pero sobre la base de su memoria física, que para ellos es el lugar donde se localiza toda inteligencia: 195, 196, 5700, 10236. Sin embargo, ésta se basa en las ilusiones sensoriales: 5084, 6948, 6949, 7693.

do, que encarna su sensibilidad hacia la disposición apropiada de las cosas; pues, como ya señalamos (§§ 236, 241), expresan sus sentimientos a través de sonidos, y los conceptos derivados de sus sentimientos, a través de palabras. Por eso se dice de las cosas que se pueden escuchar en el cielo que son inefables.

Los ángeles también pueden transmitir en unas pocas palabras hasta los menores detalles contenidos en un volumen entero, dando a cada palabra sentidos que la elevan a una sabiduría más profunda. Su lenguaje está de acuerdo por naturaleza con sus sentimientos, y cada palabra de acuerdo con sus conceptos. Realmente, las palabras varían con matices infinitos, según la forma en que expresan en una secuencia las cosas que son simultáneas en su pensamiento.

[2] Los ángeles interiores pueden incluso conocer toda la vida del que habla a partir del tono de su voz y de unas pocas palabras. A través de la forma en que el sonido se diferencia por conceptos en palabras, perciben realmente el amor que rige la vida del que habla, en el que, por decirlo así, está grabado cada detalle de su vida[d].

Vemos así cómo es la sabiduría de los ángeles. En relación a nuestra sabiduría, está en una relación de diez mil a uno. Es como la relación entre las energías motoras del cuerpo, que son innumerables, y un acto que resulte de ellas, que a nuestros sentidos le parece un simple acontecimiento; o como los miles de cosas que vemos a través de un microscopio perfecto comparados con la imagen confusa que vemos directamente con los ojos[161].

[3] Me gustaría también ilustrar el asunto con un ejemplo. Un ángel[162], valiéndose de su sabiduría, describía el proceso de regeneración[163] y pre-

[d] El amor que nos rige o gobierna está presente en todos los detalles de nuestra vida, y en consecuencia está presente en cada detalle de nuestros pensamientos y sentimientos: 4459, 5949, 6159, 6571, 7648, 8067, 8853-8858. Nuestra naturaleza está determinada por el amor que nos gobierna: 918 *[917]*, 1040, 8858; ilustrado por ejemplos: 8854, 8857. Lo que nos gobierna constituye la vida de nuestro espíritu: 7548. Éste es nuestro propósito esencial, nuestro amor esencial y el objetivo de nuestra vida, porque lo que nos proponemos es lo que amamos, y lo que amamos es lo que nos hemos planteado como objetivo: 1317, 1568, 1571, 1909, 3796, 5949, 6936. Por tanto, nuestro propósito, o nuestro amor dominante, o el objetivo de nuestra vida, determina el tipo de persona que somos: 1568, 1571, 3570, 4054, 6571, 6934 *[6935]*, 6938, 8856, 10076, 10109, 10110, 10284.

sentaba los arcanos que a ello hacían referencia, en número de cien. Exponía cada arcano con ideas que contenían otros aún más profundos, e hizo esto de principio a fin, explicando cómo la persona espiritual es concebida de nuevo, es luego llevada en el útero, por decirlo así, y después nace, madura y es perfeccionada gradualmente. Decía que podía multiplicar el número de arcanos por millares, y que las cosas de las que hablaba se referían sólo a la regeneración de la persona exterior. Innumerables eran las que hubiera podido contar acerca de la regeneración de la persona interior.

Estas y otras cosas del mismo tipo que he escuchado de los ángeles me han mostrado cuánta sabiduría tienen y cuánta ignorancia tenemos nosotros en comparación con ellos, con apenas algún conocimiento de lo que es la regeneración e inconscientes de cualquier paso cuando estamos siendo regenerados.

270. Tengo ahora que decir algo sobre la sabiduría de los ángeles del tercer cielo o cielo más interior, y en cuánto supera ésta a la sabiduría del primer cielo o cielo más exterior.

La sabiduría de los ángeles del tercer cielo o cielo más interior está más allá de toda comprensión, incluso para los ángeles del primer cielo o cielo más exterior. Esto se debe a que la naturaleza interior de los ángeles del tercer cielo está abierta en el tercer nivel, mientras que la de los ángeles del primer cielo se abre solamente en el primer nivel; y toda sabiduría aumenta cuando nos acercamos hacia el nivel más profundo y se perfecciona cuando éste se abre (§§ 208, 267).

[2] Puesto que el interior de los ángeles del tercer cielo está abierto en el tercer nivel, dichos ángeles tienen virtualmente grabadas en ellos las verdades divinas, pues las cuestiones internas del tercer nivel son más acordes con la forma del cielo que las de los niveles primero y segundo. La forma del cielo es según la verdad divina y, por tanto, está en concordancia con la sabiduría divina. Por eso estos ángeles parecen llevar grabadas las verdades divinas, como si les fueran instintivas e innatas. Debido a esto, tan pronto como escuchan las auténticas verdades divinas, las reconocen inmediatamente y las comprenden, y desde ese momento las ven virtualmente en su interior. Porque es característico de los ángeles de este cielo el no tratar nunca de descifrar[164] las verdades divinas, y mucho menos discutir sobre si una verdad particular es verdadera o no. No saben lo que es creer o tener fe, y dicen: «¿Qué es eso de la fe? Yo perci-

bo y veo que esto es así». Como ejemplo, ofrecen una comparación: sería como si uno estuviera viendo una casa y todo lo que hay en ella y en sus alrededores y le dijera a alguien que estuviera con él que debía creer que esas cosas existen y que son lo que parecen ser. O como si uno estuviera en un jardín con árboles y frutos y le dijera a su acompañante que debía tener fe en que allí había un jardín con árboles y frutos, cuando él los podía ver claramente con sus ojos. Por eso los ángeles no llaman nunca a la «fe» por su nombre y en realidad no tienen idea alguna de ella. Por eso no tratan de descifrar las verdades divinas, mucho menos de discutir si alguna verdad particular es verdadera o no[c].

[3] En cambio, los ángeles del primer cielo o cielo exterior no tienen grabadas las verdades divinas en su naturaleza interna, porque para ellos solamente se ha abierto el primer nivel de la vida. Por eso, tratan de descifrar, y quienes así cabilan ven poco más que el asunto con el que están devanándose la cabeza. No van más allá de ese tema salvo para encontrar apoyo a sus conclusiones, y una vez han decidido, dicen que éstas deben ser materia de fe y que deben ser creídas.

[4] He hablado de esto con los ángeles, que me han dicho que la diferencia entre la sabiduría de los ángeles del tercer cielo y la de los del primer cielo es como la diferencia entre algo claro y algo oscuro. También compararon la sabiduría de los ángeles del tercer cielo con un palacio lleno de cosas útiles, rodeado por todas partes de parques, con todo tipo de cosas espléndidas. Puesto que estos ángeles gozan de sabiduría, pueden entrar en el palacio y ver todo lo que hay allí. Pueden pasear por todo el parque y disfrutar de todo lo que ven. Sin embargo, es diferente para quienes tratan de descifrar las cosas, y mucho más para quienes las discuten. Éstos no ven las verdades a la luz de la verdad, sino que las adoptan de otras personas o del sentido literal de la Palabra, que no

[c] Los ángeles celestiales conocen muchas cosas y son mucho más sabios que los ángeles espirituales: 2718. Los ángeles celestiales no piensan ni hablan sobre la base de la fe, como hacen los ángeles espirituales, porque han sido dotados por el Señor con la percepción de todo lo que tiene que ver con la fe: 202, 597, 607, 784, 1121, 1387 *[1389]*, 1398, 1442, 1919, 7680, 7877, 8780, 9277, 10336. Respecto de las verdades de la fe, dicen simplemente, «Sí, sí» o «No, no», mientras que los ángeles espirituales tratan de razonar sobre si son verdaderas: 2715, 3246, 4448, 9166, 10786; donde se da una explicación de las palabras del Señor: «Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no» (Mateo 5, 36 *[5, 37]*).

comprenden en profundidad. Por eso dicen que las verdades deben ser creídas o que hay que tener fe en las cosas; cosas que entonces no quieren que nadie examine en profundidad. Los ángeles dicen que esas personas no podrían acceder al primer umbral del palacio, mucho menos entrar en él y pasear por sus parques, porque tropiezan al primer paso. Es diferente para quienes están inmersos en las verdades reales. Nada les impide avanzar sin límites; pues una vez han visto las verdades, éstas les conducen adonde vayan, incluso a los prados abiertos, porque cada verdad tiene un alcance infinito y está unida a muchas otras.

[5] Dicen también que la sabiduría de los ángeles del cielo interior consiste principalmente en que ven las cosas celestiales y divinas en los objetos particulares y las maravillas celestiales y divinas en las series de objetos, pues todo lo que aparece a sus ojos tiene una correspondencia. Cuando ven palacios y jardines, por ejemplo, su discernimiento no se queda en las cosas que están frente a sus ojos, sino que ven las cosas más profundas de donde brotan, es decir, las cosas a las que corresponden. Y así según una variedad constante de acuerdo con la aparición de los objetos; por eso en un momento dado existen innumerables cosas ordenadas y en una relación tan maravillosa para su mente, que parecen entrar en éxtasis. (Todo lo que es visible en los cielos corresponde a algo divino que está en los ángeles procedente del Señor, véase §§ 170-176.)

271. La razón de que los ángeles del tercer cielo sean así es que están centrados en el amor al Señor, y ese amor abre el interior de su mente en el tercer nivel, que queda abierto y con capacidad para retener toda forma de sabiduría. También se debería saber que los ángeles del cielo interior están siendo continuamente perfeccionados en sabiduría, y que esto sucede de manera diferente a como ocurre para los ángeles del cielo exterior. Los ángeles del cielo interior no acumulan las verdades divinas en su memoria ni las transforman en información, sino que, más bien, tan pronto como las oyen, las comprenden y las aplican a su vida. Por eso para ellos las verdades divinas están como virtualmente grabadas en su interior, porque todo lo que se confía a la vida es en esa medida interiorizado. Sin embargo, es diferente en cuanto a los ángeles del cielo exterior. Primero asignan las verdades divinas a la memoria y las almacenan en forma de información. Luego las recuperan y las utilizan para perfeccionar su entendimiento; y sin una comprensión en profundidad de su verdad, las quieren aplicar a la vida. Por eso, las cosas son relativamente borrosas para ellos.

Merece la pena señalar que los ángeles del tercer cielo son perfeccionados en sabiduría más por el oído que por la vista. Lo que escuchan por medio de la predicación no entra en su memoria, sino directamente en su percepción y en su voluntad y se convierte en materia de su vida. Sin embargo, lo que ven con sus ojos entra en su memoria, y piensan y hablan de ello. Esto me ha permitido comprender que el camino de la escucha es para ellos el camino de la sabiduría. También esto se debe a las correspondencias, puesto que el oído corresponde a la obediencia, y la obediencia tiene que ver con la forma en que vivimos; mientras que los ojos corresponden a la inteligencia, y la inteligencia es materia de doctrina[f]. El estado de estos ángeles se describe en numerosos pasajes de la Palabra; por ejemplo en Jeremías:

Daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande (Jeremías 31, 33-34).

Y en Mateo:

Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede (Mateo 5, 36 *[5, 37]*).

La razón de que todo lo que va más allá de esto proceda del mal es que no es del Señor; las verdades que residen en los ángeles del tercer cielo proceden del Señor ya que ellos están centrados en el amor a él. Amar al Señor en ese cielo es buscar y hacer la verdad divina, pues la verdad divina es el Señor en el cielo.

272. Hay también otra razón, más allá de las ya dadas, de que los ángeles puedan aceptar tanta sabiduría, una razón que en el cielo es en rea-

[f] Sobre la correspondencia del oído y la escucha: 4652-4660. El oído corresponde a la percepción y la obediencia, y, por tanto, se refiere a ellos: 2542, 3869, 4653, 5017, 7216, 8361, 9311, 9397, 10065 *[10061]*. Esto significa la aceptación de las verdades: 5471, 5475, 9926. Sobre la correspondencia del ojo y su visión: 4403-4421, 4523-4534. La visión de los ojos, por tanto, significa la inteligencia de la fe, y también la fe: 2701, 4410, 4526, 6923, 9051, 10569.

lidad la principal. Es que están libres de cualquier egoísmo[165]; y en la medida en que están libres de egoísmo pueden ser sabios en los asuntos divinos. El egoísmo es lo que cierra nuestra naturaleza profunda al Señor y al cielo y abre nuestra naturaleza exterior y la vuelve hacia nosotros mismos. Por eso todas las personas en las que predomina el amor egoísta están sumidas en abismos de oscuridad por lo que a las realidades celestiales se refiere, por mucha luz de que puedan disfrutar con respecto a los asuntos mundanos. En cambio, como los ángeles están libres de ese amor, gozan de la luz de la sabiduría. El amor celestial en el que están centrados –amor al Señor y amor al prójimo– abre los niveles más profundos porque estas formas de amor vienen del Señor y el Señor mismo está en ellas. (Estas formas de amor constituyen el cielo en general y el cielo en los individuos en particular: §§ 13-19.)

Puesto que el amor celestial abre nuestros niveles más profundos hacia el Señor, todos los ángeles vuelven su rostro hacia el Señor (§ 142): en el mundo espiritual, el amor es lo que orienta el nivel más profundo de cada uno hacia esa profundidad, y lo que orienta el nivel más profundo orienta también el rostro, pues el rostro actúa al unísono con el nivel más profundo y es realmente su forma externa. Además, como el amor orienta el nivel más profundo y el rostro hacia sí, también se une a ellos, puesto que el amor es unión espiritual. Por lo tanto, también comparte con ellos lo que es suyo. Es a partir de esta orientación y la consiguiente unión y participación como los ángeles obtienen su sabiduría (toda unión en el mundo espiritual acontece según la orientación que se adopta, § 255).

273. Los ángeles están siendo constantemente perfeccionados en sabiduría[8], pero no obstante no pueden ser tan perfectos en la eternidad como para que exista entonces una relación entre su sabiduría y la sabiduría divina del Señor, ya que la sabiduría divina del Señor es infinita y la de los ángeles finita, y no hay ninguna relación entre lo infinito y lo finito.

274. Puesto que la sabiduría perfecciona a los ángeles y constituye su vida, y puesto que el cielo con sus bendiciones fluye en los individuos según su sabiduría, allí todo el mundo la anhela y la busca del mismo modo que una persona hambrienta buscaría comida. En realidad, conocimientos, inteligencia y sabiduría son alimento espiritual como la comida es alimento natural. Se corresponden entre sí.

[8] Los ángeles están siendo perfeccionados hasta la eternidad: 4803, 6648.

275. En ningún cielo los ángeles –ni siquiera los ángeles de una misma comunidad– disfrutan de la misma sabiduría, sino que ésta difiere según los casos. Los del centro están en posesión de la mayor sabiduría, mientras que los que tienen menos están a su alrededor hasta los márgenes. La disminución de sabiduría según la distancia al centro es como la disminución de la luz difundiéndose en la oscuridad (véase *supra*, §§ 43, 128). Además, la luz que ellos tienen está en el mismo nivel que su sabiduría, puesto que la luz del cielo es la sabiduría divina y cada cual está en la luz en la medida en que la acepta. (Sobre la luz del cielo y las diferentes formas en que es aceptada, véase *supra*, §§ 126-132.)

El estado de inocencia de los ángeles en el cielo

276. No son muchos en nuestro mundo los que saben qué es la inocencia o cuál es su cualidad, y quienes están inmersos en el mal no lo saben en absoluto. Desde luego, es visible a nuestros ojos –algo en el rostro, y en la voz, y en los gestos, especialmente en los niños– y sin embargo no sabemos qué es, y mucho menos sabemos que es en ella donde el cielo está oculto en nuestro interior. Para darlo a conocer, me gustaría seguir un orden y hablar primero de la inocencia de la infancia, luego de la inocencia de la sabiduría y, por último, del estado del cielo respecto de la inocencia.

277. La inocencia de la primera infancia, o de los niños en general, no es inocencia verdadera, puesto que se trata solamente de una forma externa y no interna. Sin embargo, podemos aprender de ella cómo es la inocencia, puesto que irradia en sus rostros, en algunos de sus gestos y en sus primeros esfuerzos por hablar, y llega [a quienes están a su alrededor. La razón de que no sea inocencia verdadera es][166] que los niños no tienen ningún pensamiento interno; no conocen todavía lo que es bueno o malo, ni lo que es verdadero o falso, y este conocimiento es la base de nuestro pensamiento. [2] En consecuencia, no tienen previsión, ni premeditación, y por tanto ningún propósito de mal. No tienen una imagen de sí mismos adquirida mediante el amor a sí mismos y al mundo. No exigen reconocimiento por nada, sino que atribuyen todo lo que reciben a sus padres. Se contentan con las pocas cosas que se les da como regalo y las disfrutan. No están preocupados por el comer y el vestir ni tampoco por el futuro. No están centrados en el mundo ni codician[167] mucho de

él. Aman a sus padres, a su niñera y a sus amiguitos y juegan inocentemente con ellos. Están dispuestos a ser guiados, escuchan y obedecen; [3] y puesto que están en ese estado, aceptan todo como algo propio de la vida. Por eso tienen unos hábitos y un lenguaje adecuados, y poseen los rudimentos de una memoria y un pensamiento sin saber de dónde vienen esos dones; y su estado de inocencia es el medio para aceptarlos y absorberlos. Sin embargo, dado que esta inocencia es estrictamente una cuestión del cuerpo y no de la mente[a], como ya se ha señalado, es externa. Su mente no está todavía formada, puesto que la mente es el entendimiento y la voluntad y el pensamiento y el sentimiento que de ellos proceden.

[4] Se me ha dicho desde el cielo que los niños están especialmente al cuidado del Señor, y que existe un influjo desde el cielo central, donde hay un estado de inocencia, que atraviesa la naturaleza más profunda de los niños, afectándola en su paso sólo mediante la inocencia. Ésta es la fuente de la inocencia que podemos percibir en sus rostros y en algunos de sus gestos. Eso es lo que afecta profundamente a sus padres y genera el amor llamado *storge*[168].

278. La inocencia de la sabiduría es una inocencia real porque es interior, al ser una propiedad de la mente *[mens]* y, por lo tanto, de nuestra voluntad y nuestro consiguiente entendimiento. Cuando ahí existe inocencia, entonces hay también sabiduría, porque la sabiduría es una propiedad de la voluntad y el entendimiento. Por eso dicen en el cielo que la inocencia habita en la sabiduría y por eso los ángeles tienen tanta sabiduría como inocencia. Esto se confirma observando que quienes están en estado de inocencia no se atribuyen ningún bien, sino que lo adscriben y atribuyen todo al Señor. Quieren ser conducidos por él y no por sí mismos, aman todo lo que es bueno y se deleitan en todo lo que es verdadero porque saben y perciben que amar lo que es bueno –esto es, querer el bien y hacerlo– es amar al Señor, y amar lo que es verdadero es amar

[a] La inocencia de la infancia no es inocencia verdadera; la inocencia verdadera habita en la sabiduría: 1616, 2305, 2306, 3495 *[3494]*, 4563, 4797, 5608, 9301, 10021. El bien de la infancia no es un bien espiritual; éste nace a través de la implantación de la verdad: 3504. Sin embargo, la inocencia de la infancia es un medio a través del cual se siembra la inteligencia: 1616, 3183, 9301, 10110. Sin el bien de la inocencia en la infancia, seríamos salvajes: 3494. Lo que se absorbe en la infancia parece ser parte de nuestra naturaleza: 3494.

al prójimo. Viven contentos con lo que tienen, sea poco o mucho, porque saben que reciben tanto como es útil: poco si lo poco es bueno para ellos y mucho si lo mucho es bueno para ellos. No saben lo que es lo mejor para sí mismos: sólo el Señor lo sabe; y a sus ojos todo lo que él da es eterno. [2] No se preocupan por el futuro, sino que se refieren a la preocupación por el futuro como «afán por el día de mañana»[169], que dicen es miedo a perder o no obtener cosas que no son necesarias para las actividades útiles de la vida. Nunca actúan con sus amigos con mala intención, sino sólo con intención honrada, justa y buena. Dicen que actuar con mala intención es engaño, y lo evitan como el veneno de una serpiente pues es lo diametralmente opuesto a la inocencia. Puesto que su mayor deseo es ser conducidos por el Señor, y puesto que todo lo atribuyen a él, evitan estar centrados en el yo, y en la medida en que están apartados del yo el Señor fluye en ellos. Por eso no almacenan en su memoria lo que oyen de él, sea a través de la Palabra o a través de la predicación, sino que inmediatamente lo asumen, es decir, lo quieren y lo hacen. Su voluntad es su memoria. Parecen extraordinariamente simples en su forma externa, pero son interiormente sabios y providentes. Son aquellos a los que se refería el Señor cuando dijo: «Sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mateo 10, 16). Ésta es la naturaleza de la inocencia denominada inocencia de la sabiduría.

[3] Puesto que la inocencia no se atribuye ningún bien a sí misma, sino que todo lo atribuye al Señor, y puesto que la inocencia quiere ser conducida por el Señor, lo que genera la aceptación de todo el bien y la verdad que lleva a la sabiduría, hemos sido creados de manera que tenemos una inocencia exterior cuando somos pequeños, pero una inocencia interior en la vejez, para llegar a la última a través de la primera. Por eso, cuando nos hacemos viejos, nuestro cuerpo se deteriora y somos otra vez como los niños, pero como niños sabios o ángeles, pues en su sentido más elevado, un niño sabio es un ángel. Por eso «niño» significa en la Palabra una persona inocente, y «anciano», una persona sabia llena de inocencia[b].

[b] En la Palabra, «niños» significa inocencia: 5608; lo mismo que «criar a los niños»: 3183. Y «anciano» significa una persona sabia, o, de forma abstracta, sabiduría: 3183, 6523 *[6524]*. Hemos sido creados de manera que llegamos a ser como niños cuando nos acercamos a la vejez, pero con sabiduría en nuestra inocencia. Por eso podemos entrar en el cielo en ese estado y convertirnos en ángeles: 3183, 5608.

279. Lo mismo ocurre con todo el que está siendo regenerado. Regenerarse es renacer como persona espiritual. Cuando estamos siendo regenerados, somos llevados primero a la inocencia de la infancia, lo que supone comprender que no sabemos nada de la verdad y que no somos capaces de nada bueno por nosotros mismos, sino sólo por el Señor, y que anhelamos y buscamos lo que es verdadero y bueno simplemente porque es verdadero y bueno. Estos dones son otorgados por el Señor cuando vamos envejeciendo. Primero se nos concede el conocerlos, luego se nos lleva del conocimiento a la inteligencia, y finalmente de la inteligencia a la sabiduría, siempre de la mano de la inocencia, que es, como ya se dijo, el reconocimiento de que no sabemos nada de la verdad y de que somos incapaces de nada bueno por nosotros mismos, sino solamente por el Señor. Nadie puede aceptar el cielo sin esta creencia y esta percepción. Es el componente principal de la inocencia de la sabiduría.

280. Puesto que la inocencia es ser conducidos por el Señor y no por nosotros mismos, todos los que están en el cielo están en la inocencia, puesto que todos los que están allí quieren ser conducidos por el Señor. Saben que ser conducido por uno mismo es ser conducido por el egotismo y el egotismo es amor a uno mismo. Quienes se aman a sí mismos no están dispuestos a ser conducidos por nadie. Por eso los ángeles están en el cielo en la medida en que están en la inocencia; es decir, en la medida en que están absortos en el bien divino y la verdad divina, pues estar absortos en tales cosas es estar en el cielo. Por consiguiente, los cielos se diferencian según su inocencia. Quienes están en el primer cielo o cielo más exterior están en la inocencia del nivel más exterior o primero. Quienes están en el segundo cielo o cielo intermedio están en la inocencia del nivel intermedio o segundo. Quienes están en el tercer cielo o cielo más interior están en la inocencia del nivel más interior o tercero; por eso estos últimos son la verdadera inocencia del cielo, puesto que anhelan más que nadie ser conducidos por el Señor como los niños son conducidos por su padre. Por eso aceptan la verdad divina directamente en su voluntad y la llevan a la práctica, expresándola en la vida, ya la reciban de forma inmediata del Señor o de manera mediata a través de la Palabra y los sermones. Por eso su sabiduría supera con mucho a la de los ángeles de los cielos inferiores (véase §§ 270-271). Debido a la naturaleza de esos ángeles, están más cerca del Señor, que es la fuente de su inocencia, y están tan distanciados de su egotismo que parecen vivir en el

Señor. En su forma externa parecen simples, incluso niños o niñitos a los ojos de los ángeles de los cielos inferiores. Parece como si no tuvieran una gran sabiduría, aunque son los más sabios de los ángeles. En realidad, son conscientes de que no tienen ninguna sabiduría por sí mismos y de que ser sabio es admitir que lo que saben es nada comparado con lo que no saben. Conocer, reconocer y percibir, esto es lo que ellos denominan el primer paso hacia la sabiduría. Estos ángeles también están desnudos, porque la desnudez corresponde a la inocencia[c,170].

281. He hablado mucho con los ángeles sobre la inocencia y me han dicho que la inocencia es el ser *[esse]* de todo bien y que, por lo tanto, todo lo bueno es bueno en la medida en que hay inocencia en su interior. Por consiguiente, la sabiduría es sabiduría en la medida en que deriva de la inocencia, y lo mismo es cierto del amor, la caridad y la fe[d]. Por eso nadie puede entrar en el cielo a menos que tenga inocencia. Esto es lo que quería decir el Señor con estas palabras:

> Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él (Marcos 10, 14-15; Lucas 18, 16-17).

En este pasaje, como en otras partes de la Palabra, niños significa inocentes[e]. El estado de inocencia es descrito por el Señor en Mateo 6, 24-25 *[25-34]*, pero en correspondencias puras[171]. La razón de que el bien sea bien en la medida en que en él hay inocencia es que todo bien procede del Señor, y la inocencia es estar dispuesto a ser conducido por el Señor.

Se me ha dicho a menudo que la verdad no puede estar unida al bien

[c] Todos los que están en el cielo interior son inocentes: 154, 2736, 3887; y, por lo tanto, a los otros les parecen niños: 154. Están también desnudos: 165, 8375, 9960. Desnudez es inocencia: 165, 8375. Los espíritus atestiguan su inocencia quitándose la ropa y permaneciendo desnudos: 8375, 9960.

[d] Todo el bien del amor y la verdad de la fe tienen que tener inocencia en su interior para ser buenos y verdaderos: 2526, 2780, 3111, 3994, 6013, 7840, 9262, 10134. La inocencia es el elemento esencial de lo que es bueno y verdadero: 2780, 7840. No se admite a nadie en el cielo a menos que tenga una cierta inocencia: 4797.

[e] [La nota de Swedenborg remite aquí al lector a la nota del § 278, *supra*.]

ni el bien a la verdad salvo por medio de la inocencia. Por eso los ángeles no son ángeles del cielo a menos de que haya inocencia en ellos, puesto que el cielo no está en nadie hasta que la verdad se haya unido con el bien en su interior. Por eso la unión de lo verdadero y lo bueno se denomina matrimonio celestial, y el matrimonio celestial es el cielo.

Se me ha dicho también que el verdadero amor conyugal[172] deriva de la inocencia porque procede de la unión del bien y la verdad en que se encuentran las dos mentes, la mente del marido y la de la mujer. Cuando esta unión desciende, toma la apariencia de amor conyugal porque los esposos, como sus mentes, se aman uno a otro. Éste es el origen del juego inocente e infantil del amor conyugal[f].

282. Como la inocencia, para los ángeles del cielo, es el ser *[esse]* mismo de lo que es bueno, es evidente que el bien divino que emana del Señor es la inocencia misma, en la medida en que es este bien el que fluye a los ángeles, mueve sus naturalezas más profundas y los dispone y prepara para aceptar todas las bendiciones del cielo. Sucede más o menos lo mismo con los niños, cuya naturaleza más profunda es configurada por el paso de la inocencia del Señor, y que además están siendo continuamente dispuestos y preparados para aceptar el bien del amor celestial, porque el bien de la inocencia actúa desde su interior, siendo, como ya señalamos, el verdadero ser *[esse]* de todo bien. Esto muestra que toda inocencia procede del Señor, y por eso al Señor se le llama el Cordero del mundo, puesto que cordero significa inocencia[g].

[f] El verdadero amor conyugal es inocencia: 2736. El amor conyugal es querer lo que el otro quiere, mutua y recíprocamente: 2731. Las personas que viven en amor conyugal viven juntos en los aspectos interiores de la vida: 2732. Hay una unión de dos mentes, tan eficaz que ambas se hacen una por el amor: 10168, 10169. El origen y la esencia del verdadero amor conyugal derivan del matrimonio del bien y la verdad: 2728, 2729. Sobre algunos espíritus angélicos que podían percibir si existía una inclinación verdadera al matrimonio a partir de la imagen que percibían de la unión del bien y la verdad: 10756. El amor matrimonial actúa exactamente como la unión del bien y la verdad: 1094 *[1904]*, 2173, 2429 *[2729]*, 2503 *[2508]*, 3101, 3102, 3155, 3179, 3180, 4358, 5407 *[5807]*, 5835, 9206, 9207, 9495, 9637. Por eso, en la Palabra, «matrimonio» significa la unión del bien y la verdad como es en el cielo y como debería ser en la Iglesia: 3132, 4434, 4834.

[g] En la Palabra, cordero significa inocencia y el bien que ésta realiza: 3994, 10132.

Como la inocencia es el núcleo mismo de todo el bien del cielo, afecta también a las mentes con tal fuerza que les parece a quienes la sienten –lo que sucede cuando se aproxima un ángel del cielo interior– como si hubieran perdido el control de sí mismos. Se sienten impulsados por una alegría tal y están tan fuera de sí, por decirlo de algún modo, que parece como si todo el placer del mundo fuera nada en comparación con lo que sienten. Hablo de esto porque lo he experimentado.

283. Quien está en el bien de la inocencia es movido por la inocencia, y es movido por la inocencia en la medida en que está en ese bien. Sin embargo, quienes no están en el bien de la inocencia no son movidos por ella. Por consiguiente, todos los que están en el infierno son lo absolutamente opuesto a la inocencia. No saben lo que es la inocencia. Su naturaleza es tal que cuanto más inocente es alguien, mayor es su deseo de hacerle daño. Por eso no pueden soportar a los niños pequeños. Cuando los ven, se consumen en un perverso deseo de hacerles daño.

Esto me ha mostrado que el ego y el egoísmo que fomenta son opuestos a la inocencia, pues todas las personas que están en el infierno están atrapadas en su ego y por lo tanto en el egoísmo[h].

El estado de paz en el cielo

284. Quien no ha experimentado la paz del cielo no puede saber en qué consiste la paz que disfrutan los ángeles. Mientras estamos en nuestros cuerpos no podemos recibir la paz del cielo, por eso no podemos percibirla, pues nuestra percepción se sitúa en el nivel natural. Para percibirla, tenemos que estar en condiciones de que nuestro pensamiento sea elevado y sacado del cuerpo y llevado al espíritu para estar con los ángeles. Puesto que yo he percibido de esa manera la paz del cielo, puedo describirla, pero no en palabras, porque las palabras humanas no son adecuadas para hacerlo. Por medio de palabras sólo puedo describirlo comparándolo con esa paz de mente que tienen aquellos que están en Dios[173].

[h] El «ego» humano [latín, *proprium*, literalmente «lo que es propiedad de uno»] es amarse a uno mismo más que a Dios, y al mundo más que al cielo, y considerar al prójimo como nada comparado con uno mismo; lo que significa el amor a uno mismo y al mundo: 694, 731, 4317, 5660. Las gentes malvadas son tan completamente opuestas a la inocencia que no pueden permanecer en su presencia: 2126.

285. Hay dos cosas en lo más interior del cielo, inocencia y paz. Decimos que están en lo más interior porque proceden directamente del Señor. De la inocencia proviene todo el bien del cielo y de la paz proviene todo el deleite que ese bien procura. Todo bien tiene su propio deleite, y ambos –el bien y el deleite– son materia del amor. Por eso lo que se ama se denomina bien y se percibe como deleite. Se sigue de ahí que estas dos cualidades interiores, la inocencia y la paz, emanan del amor divino del Señor y conmueven a los ángeles en lo más profundo.

En el capítulo anterior, donde se trata del estado de inocencia de los ángeles del cielo, se ha mostrado que la inocencia es el núcleo mismo del bien. Ahora tengo que explicar que la paz es el núcleo del deleite que procede del bien de la inocencia.

286. En primer lugar, debo decir de dónde proviene la paz. La paz divina está en el Señor y surge de la unidad de su naturaleza divina y su naturaleza divino-humana[174]. La cualidad divina de la paz del cielo procede del Señor y surge de su unión con los ángeles del cielo, y específicamente de la unión del bien y la verdad en cada ángel. Éstas son las fuentes de la paz. Podemos por tanto concluir que la paz de los cielos es la naturaleza divina que derrama íntimamente sus bendiciones sobre todas las cosas buenas. Por eso es la fuente de toda la alegría del cielo. En su esencia, es la alegría divina del amor divino del Señor, que surge de su unión con el cielo y con todos los que allí se encuentran. Esta alegría, percibida por el Señor en los ángeles y por los ángeles desde el Señor, es la paz. Fluye desde allí para proporcionar a los ángeles todo lo que es bendito y delicioso y feliz, lo que se denomina «alegría celestial»[a].

287. Porque éstos son los orígenes de la paz, se llama al Señor Príncipe de la Paz y se dice que la paz procede de él y que la paz está en él. Por eso también los ángeles son llamados ángeles de paz, y el cielo, morada de paz, como en los pasajes siguientes:

[a] En este sentido superior, paz significa el Señor, porque él es la fuente de la paz; y en el sentido interior, significa cielo, porque las personas están allí en estado de paz: 3780, 4681. La paz de los cielos es la naturaleza divina afectando profundamente todo lo bueno y verdadero con una bienaventuranza que está más allá de nuestra comprensión: 92, 3780, 5662, 8455, 8665. La paz divina se produce en lo que es bueno, pero no en lo que es verdadero separado de lo que es bueno: 8722.

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, *Príncipe de paz*. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite (Isaías 9, 5-6 [6-7]).

La *paz* os dejo, mi *paz* os doy; yo no os la doy como el mundo la da (Juan 14, 27).

Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis *paz* (Juan 16, 33).

Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti *paz* (Números 6, 26).

Los mensajeros de *paz* llorarán amargamente. Las calzadas están deshechas (Isaías 33, 7-8).

Y el efecto de la justicia será *paz*; y mi pueblo habitará en *morada de paz* (Isaías 32, 17-18).

[2] También podemos deducir de otros pasajes que «paz» significa en la Palabra la paz divina y celestial, como por ejemplo Isaías 52, 7; 54, 10; 59, 8; Jeremías 16, 5; 25, 37; 29, 11; Ageo 2, 9; Zacarías 8, 12; Salmos 37, 37; y en otros lugares.

La paz significa el Señor y el cielo y también la alegría celestial y la delicia del bien, y por eso en los tiempos antiguos el saludo era –y lo es todavía– «la paz sea contigo». El Señor confirmó esto cuando envió a sus discípulos y les dijo: «En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: *Paz* sea a esta casa. Y si hubiere allí algún hijo de *paz*, vuestra *paz* reposará sobre él» (Lucas 10, 5-6). Por otra parte, el Señor mismo dijo «*paz* a vosotros» cuando se apareció a los apóstoles (Juan 20, 19. 21. 26).

[3] También se hablaba en la Palabra de un estado de paz cuando se dice que «es holocausto de olor grato a Jehová», como en Éxodo 29, 18. 25, 41; Levítico 1, 9. 13, 17; 2, 2. 9; 6, 8. 14 *[6, 15. 21]*; 23, 12-13. 18; Números 15, 3. 7. 13; 28, 6. 8. 13; 29, 2. 6. 8. 13. 36. «Olor grato», en el sentido celestial, significa una percepción de paz[b].

[b] En la Palabra, olor significa una percepción de algo agradable o desagradable, según la cualidad del amor y la fe de la entidad descrita: 3577, 4626, 4628, 4784, 5021 *[5621]*,

Puesto que la paz significa la unidad de lo Divino y lo humano divino en el Señor y la unión del Señor con el cielo y con la Iglesia y con todos los que están en el cielo, y también con todos los que en la Iglesia le aceptan, se instituyó el Sabbath como recuerdo de todo esto y como signo de quietud y paz. Se convirtió en el símbolo sagrado de la Iglesia, y por eso el Señor se llamó a sí mismo Señor del Sabbath (Mateo 12, 8; Marcos 2, 27-28; Lucas 6, 5)[c].

288. Puesto que la paz del cielo es una bienaventuranza divina que afecta profundamente con sus bendiciones al bien esencial que hay en los ángeles, sólo puede ser abiertamente percibido por ellos como el profundo deleite con el que están envueltos en el bien de su vida, como el placer que experimentan cuando oyen una verdad que está de acuerdo con su bien, y como la alegría intelectual cuando perciben la unión del bien y la verdad. Sin embargo, fluye en todos los actos y pensamientos de su vida y se da a conocer como alegría, aunque en forma exterior.

[2] La paz varía en cualidad y cantidad en los cielos, aunque en proporción a la inocencia de quienes están allí, porque inocencia y paz van de la mano. Pues como ya se señaló, la inocencia es la fuente de todo bien en el cielo, y la paz es la fuente de toda la alegría de ese bien. Podemos concluir, pues, que se puede decir más o menos lo mismo sobre el estado de paz que lo que se dijo sobre el estado de inocencia en el capítulo anterior, puesto que inocencia y paz están unidas a la manera en que lo están el bien y su deleite. Todo lo que es bueno es en realidad sentido por su deleite, y todo lo que es delicioso es reconocido en virtud de su bien.

10292. Y olor grato, en relación con Jehová, significa una percepción de paz: 925, 10054. Por eso el olíbano, las distintas clases de incienso y las fragancias de aceites y ungüentos llegaron a ser representativos: 925, 4748, 5621, 10177.

[c] En el sentido superior, el Sabbath significa la unidad de lo Divino con lo humano divino en el Señor; y en el sentido interior, la unión de lo humano divino del Señor con el cielo y la Iglesia. En un sentido general, significa la unión del bien y la verdad, y, por consiguiente, el matrimonio celestial: 8495, 10356, 10730. Por eso el descanso del Sabbath significaba el estado de esa unidad, porque entonces el Señor descansó, y por eso la paz y la salvación vienen a los cielos y la tierra; y en un sentido relativo, significa la unión del Señor con nosotros, porque entonces tenemos paz y salvación: 8494, 8510, 10360, 10367, 10370, 10374, 10668, 10730.

Siendo así, vemos que los ángeles del tercer cielo o cielo más interior están en el tercer nivel o nivel más interior de paz porque están en el tercer nivel o nivel más interior de inocencia, y que los ángeles de los cielos inferiores están en niveles menores de paz porque están en niveles menores de inocencia (véase *supra*, § 280).

[3] Si nos fijamos en los niños pequeños, vemos que la inocencia y la paz van unidas, de la misma manera que sucede con cualquier bien y su deleite. Al estar en inocencia, están también en paz; y al estar en paz, todo lo asociado con ellos tiene una cualidad festiva. Sin embargo, su paz es una paz exterior. La paz interior, como la inocencia interior, se encuentra solamente en la sabiduría; y puesto que habita en la sabiduría, se encuentra en la unión del bien y la verdad, puesto que éste es el origen de la sabiduría.

La paz celestial o angélica se produce en nosotros cuando estamos en armonía con la sabiduría debido a la unión del bien y la verdad, y nos vemos por tanto como contenidos en Dios. Sin embargo, mientras vivimos en este mundo esa paz permanece escondida en lo más profundo de nosotros. No obstante, es desvelada cuando dejamos atrás nuestros cuerpos para entrar en el cielo, porque entonces esas profundidades se abren.

289. Puesto que la paz divina surge de la unión del Señor con el cielo –y, en particular, con cada ángel individual en virtud de la unión de la verdad y el bien–, cuando los ángeles están en un estado de amor están en un estado de paz, porque es entonces cuando el bien que hay en ellos se une a su verdad (se ha explicado anteriormente que los estados de los ángeles cambian periódicamente, §§ 154-160). Sucede más o menos lo mismo en nosotros cuando estamos siendo regenerados. Cuando la unión del bien y la verdad se produce en nosotros, lo que sucede principalmente después de pruebas y tentaciones, entramos en un estado de deleite que surge de la paz celestial[d].

Esa paz es semejante a la mañana o al alba de un día de primavera, cuando, pasada la noche, todas las cosas de la tierra empiezan a tomar nueva vida con la salida del sol; el rocío que cae del cielo extiende por todas partes la fragancia de la vegetación que crece, y el calor suave de la primavera fertiliza los prados e infunde también su encanto a las mentes

[d] La unión del bien y la verdad en las personas que están siendo regeneradas se produce en un estado de paz: 3696, 8517.

humanas. Por eso el alba o la mañana de un día de primavera corresponde al estado de paz de los ángeles en el cielo (véase § 155)[e].

290. También he hablado con los ángeles de la paz, y les he dicho que en la tierra se habla de paz cuando terminan las guerras o se pone fin a los conflictos entre las naciones o a las enemistades y desacuerdos entre los individuos, y que se piensa que la paz interior es simplemente la paz mental que tenemos cuando las inquietudes han desaparecido, o especialmente el alivio y deleite que sentimos cuando las cosas discurren favorablemente para nosotros. Sin embargo, los ángeles me respondieron que esa paz mental, ese alivio y deleite cuando desaparecen las inquietudes y las cosas nos van bien, pueden parecer efectos de la paz, pero no proceden de una paz real salvo en las personas que están centradas en el bien celestial. Por eso la paz se produce solamente en ese bien. La paz fluye realmente en cada uno desde el Señor en el mismo corazón de cada cual, y desde el corazón baja y se extiende a la naturaleza inferior, provocando la paz de la mente interior *[mens]*, el alivio de la mente exterior *[animus]* y la consiguiente alegría.

Para quienes están absortos en el mal no existe sin embargo paz[f]. Hay una calma, tranquilidad y placer aparentes cuando logran sus objetivos, pero es algo meramente externo, sin ninguna substancia interior. Dentro hay rabia, hostilidad, odio, venganza, crueldad y todo tipo de deseos perversos. La mente exterior *[animus]* se precipita en estos sentimientos en cuanto ven a alguien que no está de su parte, y brotan a raudales siempre que no haya ningún temor que lo impida. Por eso su deleite se encuentra en la demencia, mientras que el deleite de quienes están en el bien se encuentra en la sabiduría. Es como la diferencia entre el infierno y el cielo.

La unión del cielo con el género humano

291. Es sabido en la Iglesia que todo bien procede de Dios y nada de nosotros, y por lo tanto que nunca deberíamos atribuirnos personalmen-

[e] El estado de paz en el cielo es como el estado de la mañana o la primavera en la tierra: 1726, 2780, 5662.

[f] Las ansias que surgen del amor a uno mismo y al mundo destruyen completamente la paz: 3170, 5662. Algunas personas encuentran paz en la agitación y en cosas semejantes que son lo contrario de la paz: 5662. No existe paz alguna hasta que las ansias de mal han sido expulsadas: 5662.

te nada bueno. Se sabe también que el mal procede del diablo. Por eso las personas que hablan desde la doctrina de la Iglesia dicen de quienes actúan bien y hablan y predican piadosamente que son guiados por Dios, y afirman lo contrario de las personas que actúan maliciosamente y hablan de manera blasfema[175]. Nada de esto podría suceder si no tuviéramos una unión con el cielo o con el infierno, y si esas uniones no se produjeran en la volición y en el entendimiento, puesto que es desde ahí desde donde el cuerpo actúa y habla la boca. Ahora hemos de describir esa unión.

292. En cada individuo hay espíritus buenos y espíritus malos. Estamos unidos con el cielo por medio de los espíritus buenos y con el infierno por medio de los malos. Todos ellos están en el mundo de los espíritus, que es un mundo intermedio entre el cielo y el infierno y del que se tratará más adelante de manera más concreta[176].

Cuando esos espíritus llegan a nosotros, ocupan nuestra memoria y desde allí entran en nuestro pensamiento: los espíritus malos entran en los asuntos de la memoria y el pensamiento que son malos, y los espíritus buenos en los asuntos de la memoria y el pensamiento que son buenos. Estos espíritus ignoran totalmente que están con nosotros. Más bien, cuando están, creen que todos esos asuntos de nuestra memoria y nuestro pensamiento son realmente suyos. Tampoco nos ven, porque su vista no se extiende a las cosas de nuestro mundo subsolar[a,177].

El Señor se preocupa mucho por impedir que los espíritus sepan con quién están[178]. Si lo supieran, hablarían con ellos, y entonces los malos espíritus los destrozarían; pues los malos espíritus, unidos al infierno, no quieren nada más que destruirnos, no solamente el espíritu (esto es, el amor y la fe), sino también el cuerpo. Es diferente cuando no hablan con nosotros. Entonces no saben que somos el origen de lo que ellos piensan –y de lo que se dicen entre sí, puesto que ellos hablan entre sí como hacemos nosotros– sino que creen que esos asuntos son sólo suyos. Valoran y aman lo que es suyo, por eso dichos espíritus están obligados a amarnos y valorarnos, aunque no lo sepan.

[a] Hay ángeles y espíritus con cada ser humano, y a través de ellos nos comunicamos con el mundo espiritual: 697, 2796, 2886, 2887, 4047, 4048, 5846-5866, 5976-5993. Separados de estos espíritus, no podríamos vivir: 5993. No somos visibles a los espíritus, ni ellos a nosotros: 5885 *[5862]*. Los espíritus no pueden ver nada del mundo subsolar de la humanidad, salvo las cosas visibles a los individuos con los que hablan: 1880.

Este tipo de unión ha llegado a ser para mí tan familiar a lo largo de años de constante experiencia que se ha convertido en un lugar común.

293. La razón de que los espíritus que están en relación con el infierno estén también unidos a nosotros es que nacemos en todo tipo de mal, de manera que nuestra vida primera no está hecha nada más que de mal. A menos que unos espíritus de naturaleza semejante se asociaran con nosotros, no podríamos vivir ni ser liberados de nuestros males y por tanto reformados. Por eso somos mantenidos en la vida por los malos espíritus y distanciados de ella por los buenos espíritus. Mediante la acción de unos y otros, nos mantenemos en equilibrio; y al estar en equilibrio, disfrutamos de una medida de libertad adecuada y podemos ser liberados de nuestros males y orientados hacia el bien[179]. Este bien puede ser así implantado en nosotros, lo que nunca podría suceder si no tuviéramos libertad; y la libertad no se nos podría conceder a menos que los espíritus del infierno actuaran por un lado y los espíritus del cielo por el otro, con nosotros en medio[180].

Se me ha mostrado que en la medida en que existimos a partir de nuestra naturaleza hereditaria y de nosotros mismos, no podríamos tener vida alguna si no se nos permitiera implicarnos en el mal. Tampoco tendríamos vida alguna si no tuviéramos libertad; no podemos ser obligados al bien: nada que sea obligado pasa a formar parte de nosotros. También se me ha mostrado que todo lo bueno que aceptamos en libertad es implantado en nuestra voluntad y se hace virtualmente nuestro[b]. Por eso tenemos una comunicación con el infierno y una comunicación con el cielo.

294. También debo describir la naturaleza de la comunicación del cielo con los espíritus buenos, la naturaleza de la comunicación del infierno con los espíritus malos, y la naturaleza de la consiguiente unión del cie-

[b] Toda libertad es asunto de amor y de sentimiento, porque lo que amamos, lo hacemos libremente: 2870, 3158, 8907 *[8987]*, 8990, 9585, 9591. La libertad es una cuestión de amor, que es su vida: 2873. Nada parece ser nuestro a menos que proceda de nuestra libertad: 2880. Necesitamos libertad para ser reformados: 1937, 1947, 2876, 2881, 3145, 3146, 3158, 4031, 8700. De otra manera, el amor por el bien y la verdad no podría ser concedido e implantado en nosotros como si fuera nuestro: 2877, 2879, 2880, 2888 *[2883]*, 8700. Nada que sea forzado se une a nosotros: 2875, 8700. Si pudiéramos ser reformados por la fuerza, entonces todo el mundo sería reformado: 2881. El uso de la fuerza en la reforma es perjudicial: 4031. El estado de algunas personas que han sido obligadas: 8392.

lo y el infierno con nosotros. Todos los espíritus que se encuentran en el mundo de los espíritus están en comunicación con el cielo o con el infierno, los malos con el infierno y los buenos con el cielo. El cielo se diferencia en comunidades, y también el infierno. Cada espíritu es miembro de alguna comunidad, está sostenido por un influjo que procede de ella y por lo tanto actúa en armonía con ella. Por eso nosotros estamos unidos con el cielo o con el infierno del mismo modo que estamos unidos con los espíritus. Realmente estamos unidos con alguna de sus comunidades, aquella a la que pertenecemos en función de nuestro sentimiento o nuestro amor; pues todas las comunidades del cielo se diferencian según sus sentimientos hacia el bien y la verdad, y todas las comunidades del infierno según sus sentimientos hacia el mal y la falsedad (sobre las comunidades del cielo, véase *supra*, §§ 41-45 y 148-151).

295. El espíritu asociado a nosotros está determinado por la clase de persona que somos respecto del sentimiento y el amor, aunque los buenos espíritus nos son asignados por el Señor mientras que somos nosotros quienes convocamos a los malos. Sin embargo, los espíritus que están con nosotros cambian, como cambian nuestros sentimientos. Esto significa que tenemos con nosotros un espíritu en la primera parte de la infancia, otro en la segunda, otro cuando vamos creciendo, otro al llegar a la edad adulta y todavía otro en la ancianidad. Durante los primeros años de la vida, están con nosotros los espíritus que están en la inocencia, es decir, espíritus que están en contacto con el cielo de la inocencia, el tercer cielo o cielo más interior. En la segunda parte de la niñez, estamos en compañía de espíritus que tienen un sentimiento afín con el conocimiento y que están en contacto con el cielo supremo o primer cielo. Cuando crecemos, durante la primera parte de nuestra edad adulta, están con nosotros los espíritus sensibles a los sentimientos por la verdad y el bien y por tanto con la inteligencia. Son espíritus que están en contacto con el cielo segundo o intermedio. En la ancianidad, están con nosotros los espíritus que están en la sabiduría y la inocencia, espíritus por lo tanto que están en contacto con el cielo más interior o tercero.

Ahora bien, esta asociación está dispuesta por el Señor para las personas que pueden ser reformadas y regeneradas. Es diferente para quienes no pueden ser reformados ni regenerados. Se les asignan también buenos espíritus para mantenerlos tan apartados del mal como sea posible, pero su relación directa es con los malos espíritus que están en contacto con

el infierno. Esto significa que las personas se asocian con unos espíritus u otros según sea su propia naturaleza. Si se aman a sí mismos, o aman el dinero, la venganza o el adulterio, estará con ellos el mismo tipo de espíritus que se instala, por decirlo así, en sus sentimientos malvados. En la medida en que no podemos ser mantenidos al margen del mal por los espíritus del bien, los espíritus del mal nos incitan, y en la medida en que un mal sentimiento prevalece, se aferran a nosotros y no quieren irse.

De esta manera, los malos están unidos al infierno y los buenos al cielo[181].

296. La razón de que seamos gobernados por el Señor a través de los espíritus es que no somos según el orden del cielo. En realidad, nacemos según los males que proceden del infierno y que son, por tanto, exactamente opuestos al orden divino. Esto significa que tenemos que ser devueltos al orden, y no podemos serlo si no es por medio de la acción de los espíritus. Sería diferente si naciéramos en el bien que concuerda con el orden del cielo. Entonces no seríamos gobernados por el Señor mediante la acción de los espíritus, sino mediante el orden mismo y, por tanto, mediante un influjo general[182].

Este influjo general determina la forma en que las cosas proceden del pensamiento y la voluntad y se proyectan en actos y, por lo tanto, determina nuestras palabras y acciones, puesto que unas y otras fluyen según el orden natural. Por eso los espíritus que están con nosotros no tienen nada que ver con esos procesos.

También los animales son gobernados por un influjo general procedente del mundo espiritual, porque son según el orden apropiado a su vida, orden que no pueden desvirtuar ni destruir, porque no tienen capacidad racional[c]. (Sobre la diferencia entre los seres humanos y los animales, véase *supra*, § 39.)

[c] La diferencia entre nosotros y los animales es que nosotros podemos ser elevados por el Señor hacia sí, podemos pensar en lo Divino y amarlo, y de esa manera podemos unirnos al Señor y tener vida eterna, lo que no sucede con los animales: 4525, 6323, 9231. Los animales son según el orden apropiado a su vida y, por tanto, nacen en cosas que son adecuadas a su naturaleza; pero nosotros no, por eso necesitamos ser conducidos al orden apropiado a nuestra vida por medios cognitivos: 637, 5850, 6323. El pensamiento desciende a las palabras y a la voluntad en las acciones según un influjo general: 5862, 5990, 6192, 6211. Sobre el influjo general del mundo espiritual en la vida de los animales: 1633, 3646.

297. Para continuar con el tema general de la unión del cielo con el género humano, tenemos que saber que el Señor fluye en cada uno de nosotros según el orden del cielo, en nuestra naturaleza interior y en la naturaleza exterior, y nos dispone para recibir el cielo. Gobierna nuestra naturaleza externa desde la interna, y la interna desde la externa al mismo tiempo, y así mantiene todo para nosotros en una relación coherente. Este influjo del Señor se llama influjo directo, mientras que el segundo influjo que se produce mediante la acción de los espíritus se llama influjo indirecto. El último está sostenido por el primero. El influjo directo, la acción del Señor, procede de su naturaleza humano-divina. Se introduce en nuestra voluntad, y a través de ella en nuestro entendimiento. Esto significa que entra en lo que es bueno en nosotros y a través de lo que es bueno en lo que es verdadero, o (lo que viene a ser lo mismo) en nuestro amor, y a través del amor en nuestra fe. Esto no ocurre al revés, mucho menos en la fe separada del amor o en la verdad separada del bien o en el entendimiento separado de la voluntad.

Este influjo divino es incesante y es aceptado en el bien en los que son buenos, pero no en los malos. En ellos, es rechazado, sofocado o distorsionado. Por eso llevan una mala vida que, espiritualmente entendida, es una muerte[d].

298. Los espíritus que están con nosotros –tanto los que están unidos al cielo como los que están unidos al infierno– nunca fluyen en nosotros desde su propia memoria y su pensamiento consiguiente. Si fluyeran a nosotros desde su pensamiento nos parecería exactamente como si todo

[d] Hay un influjo directo del Señor y también uno indirecto a través del mundo espiritual: 6063, 6307, 6472, 9682, 9683. El influjo directo del Señor está en los detalles más pequeños: 6058, 6474-6478, 8717, 8728. El Señor fluye en nuestras cosas primeras y en las últimas al mismo tiempo [véase la nota de Swedenborg en § 304: 3, *infra*], y cómo sucede esto: 5147, 5150, 6473, 7004, 7007, 7270. El influjo del Señor se produce en el bien que hay en nosotros y, a través de ese bien, en la verdad, y no a la inversa: 5482, 5649, 6027, 8685, 8701, 10153. La vida que fluye desde el Señor varía según nuestro estado y según nuestra apertura: 2069 *[1909]*, 5986, 6472, 7343. En los malos, el bien que fluye del Señor se transforma en mal y la verdad en falsedad; desde la experiencia: 3643 *[3642]*, 4632. Aceptamos el bien y la verdad consiguiente que fluyen incesantemente del Señor en la medida en que el mal y su consiguiente falsedad no cierran el camino: 2411, 3142, 3147, 5828.

lo que es suyo fuera nuestro (véase *supra*, § 256). Sin embargo, a través de ellos fluye a nosotros desde el cielo un sentimiento de amor a lo que es bueno y verdadero y desde el infierno un sentimiento de amor a lo que es malo y falso. Por eso, en la medida en que nuestros sentimientos estén de acuerdo con lo que fluye en nosotros, aceptamos su influencia en nuestro pensamiento, porque nuestro pensamiento interior está en completo acuerdo con nuestro sentimiento o amor. En la medida en que nuestro sentimiento no está de acuerdo, no aceptamos la influencia. De ahí podemos deducir que los espíritus no nos infunden pensamientos, sino solamente un sentimiento hacia lo que es bueno o un sentimiento hacia lo que es malo. Tenemos, pues, posibilidad de elección ya que tenemos libertad, y en nuestro pensamiento podemos aceptar lo que es bueno y rechazar lo que es malo, puesto que conocemos por la Palabra lo que es bueno y lo que es malo. Lo que aceptamos en el pensamiento procedente del sentimiento se vuelve parte de nosotros, mientras que lo que no aceptamos en el pensamiento procedente del sentimiento no se vuelve parte de nosotros. Esto nos permite determinar la naturaleza del influjo del bien del cielo y del mal del infierno en nosotros.

299. Se me ha permitido conocer de dónde procede la inquietud, el agotamiento mental y la tristeza de mente *[animus]* llamada melancolía. Existen espíritus que no están todavía unidos al infierno porque están en su primer estado (que será descrito después, cuando hablemos del mundo de los espíritus)[183]. Les gustan las substancias nocivas y medio digeridas como los alimentos que se vuelven excrementos en el estómago, por eso están presentes donde tales cosas se encuentran en el ser humano, porque se deleitan en ellas; y allí hablan entre sí de sus sentimientos malvados. El tono emocional de su conversación fluye a nosotros, y si es contrario a nuestro sentimiento, nos procura tristeza y una ansiedad melancólica; mientras que si concuerda con nuestro sentimiento, nos procura una sensación de felicidad y regocijo. Estos espíritus pueden ser vistos en la proximidad del estómago, algunos a la izquierda y otros a la derecha, algunos más abajo y otros más arriba, más cerca o más lejos, dependiendo de los sentimientos en que estén implicados[184]. Una abundante experiencia me ha convencido de que son la fuente de nuestra ansiedad mental. Los he visto, los he oído, he sentido la ansiedad que surge de ellos[185]. He hablado con ellos, se retiraron y la ansiedad cesó, regresaron y la ansiedad volvió. He observado su aumento y su disminución cuando esta-

ban cerca y cuando se alejaban. He comprendido, pues, que la ansiedad origina lo que es atribuido al dolor de estómago por aquellos que no saben lo que es la conciencia porque no tienen conciencia[e].

300. La unión del cielo con nosotros no es como la unión de una persona con otra, sino que es una unión con los niveles más profundos de nuestra mente *[mens]* y, por tanto, con nuestra persona espiritual o interior. Hay, sin embargo, una unión con nuestra persona natural o exterior por correspondencia, unión que será examinada en el capítulo siguiente, cuando tratemos de la unión del cielo con nosotros por medio de la Palabra.

301. También explicaré en el capítulo siguiente que la unión del cielo con nosotros y nuestra unión con él es de tal naturaleza que cada uno depende del otro.

302. He hablado con los ángeles sobre la unión del cielo con el género humano y les he dicho que quienes están en la Iglesia dicen realmente que todo lo bueno procede del Señor y que hay ángeles con nosotros, pero que pocos creen realmente que los ángeles estén cerca de nosotros, y mucho menos que estén en nuestro pensamiento y sentimiento. Los ángeles me han dicho que conocían este tipo de creencias vacías y estas cosas que se cuentan en el mundo, y especialmente (lo que no deja de asombrarles) en la Iglesia, donde se dispone de la Palabra que enseña sobre el cielo y la unión con él. Sin embargo, la unión es en realidad tan vital que no podríamos tener el menor pensamiento separados de los espíritus que están con nosotros. Nuestra vida espiritual depende de esto. Decían los ángeles que la razón de esta ignorancia es que los hombres creen que viven por sí mismos, sin ninguna relación con el Ser supremo de la vida[186], y no saben que existe relación a través de los cielos. Sin em-

[e] Los que no tienen conciencia no saben lo que es la conciencia: 7490, 9121. Hay incluso quienes se ríen de la conciencia cuando oyen que existe: 7217. Algunos creen que la conciencia no es nada; otros que es una especie de tristeza natural y dolorosa que surge de los acontecimientos en el cuerpo o de los acontecimientos en el mundo; otros que es algo que la gente común obtiene de su religión: 950. Hay una verdadera conciencia, una imitación de la conciencia y una falsa conciencia: 1033. El dolor de la conciencia es una ansiedad de la mente por lo que es injusto, deshonesto y malo que creemos es contrario a Dios y al bien del prójimo: 7217. Quienes están en el amor de Dios y la caridad hacia el prójimo tienen conciencia, pero no los otros: 831, 965, 2380, 7490.

bargo, si esa relación se rompiera, instantáneamente nos desplomaríamos sin vida. Si creyéramos las cosas como realmente son, que todo bien procede de Dios y todo mal del infierno, entonces no nos atribuiríamos el bien que hay en nosotros ni nos culparíamos por el mal. Siempre que pensemos o hagamos algo bueno, debemos fijarnos en el Señor, y debemos arrojar todo el mal que fluye a nosotros al infierno del que procede. Pero puesto que no creemos en ningún influjo del cielo o del infierno, sino que creemos que todo lo que pensamos y queremos está en nosotros y procede de nosotros, hacemos el mal por nosotros mismos y ensuciamos el bien con nuestro sentimiento de que lo merecemos.

La unión del cielo con nosotros a través de la Palabra

303. Los que piensan desde su racionalidad más profunda pueden ver que hay una relación de todas las cosas, a través de elementos intermedios, con el Principio[187], y que todo lo que no esté así conectado se desintegrará. Cuando piensan en ello, saben que nada puede existir por sí mismo, sino que necesita de algo anterior, lo que significa que todo remite a ese Principio. Saben que la conexión con lo que es anterior es como la de un efecto con su causa eficiente[188], puesto que cuando la causa eficiente es eliminada el efecto se disuelve y desaparece. Éste ha sido el pensamiento de los sabios, que han visto y afirmado que la existencia es un constante devenir[189], de manera que todas las cosas están viniendo constantemente al ser –esto es, al existir– desde ese Principio del que se originan.

Pero no hay forma de explicar en pocas palabras la naturaleza de esa conexión de cada cosa con lo que le precede y, por tanto, con el Principio que es fuente de todo, porque es variada y diversa. En general solamente podemos decir que hay una conexión del mundo natural con el mundo espiritual que tiene como resultado una correspondencia entre todo lo que hay en el mundo natural y todo lo que hay en el mundo espiritual. (Sobre esta correspondencia, véase §§ 103-115, y sobre la conexión y consiguiente correspondencia de todo lo que hay en nosotros con todo lo que hay en el cielo, véase §§ 87-102.)

304. Hemos sido creados así para tener una conexión y una unión con el Señor, mientras que con los ángeles solamente tenemos una asociación. La razón de que con los ángeles solamente tengamos una asociación, no

una unión, es que, a partir de la creación, somos como ángeles con respecto a los niveles más profundos de nuestra mente, con una determinación similar y una similar capacidad de comprensión. Por eso, si hemos vivido según el modelo divino, nos convertimos en ángeles después de la muerte y por eso entonces, como los ángeles, tenemos sabiduría. Así pues, cuando hablamos de nuestra unión con el cielo nos referimos a nuestra unión con el Señor y nuestra asociación con los ángeles, puesto que el cielo no es cielo por pertenecer a los ángeles, sino por la naturaleza divina del Señor. (Sobre el hecho de que la naturaleza divina crea el cielo, véase *supra*, §§ 7-22 *[7-12]*.)

[2] Pero el hombre, además, tiene algo que los ángeles no tienen, pues estamos en un mundo espiritual en virtud de nuestra naturaleza interior, pero también, al mismo tiempo, en un mundo natural en virtud de nuestra naturaleza exterior. Estas cosas exteriores que están en el mundo natural son los contenidos de nuestra memoria natural o exterior y sobre ese fundamento establecemos el pensamiento y la imaginación. En general, esto incluye nuestras cogniciones y conocimientos, junto con sus deleites y encantos en la medida en que tienen un sabor mundano, y todos los placeres que derivan de nuestros sentidos físicos; también están estos sentidos y nuestras palabras y acciones. Todo esto son las últimas cosas en las que el influjo divino del Señor viene a descansar, puesto que no se detiene a mitad de camino sino que continúa hasta su límite.

Podemos deducir de ello que la forma última del modelo divino está en nosotros, y por ser la forma última, es la base y el fundamento.

[3] Puesto que el influjo divino del Señor no se detiene a mitad de camino sino que continúa hasta su mismo límite, según se acaba de decir, y puesto que la región intermedia que atraviesa es el cielo angélico y el límite está en nosotros, y puesto que no puede existir nada desconectado, se deduce que existe una conexión y una unión del cielo con el género humano y que uno no puede perdurar sin el otro. Si el género humano se separara del cielo, sería como una cadena a la que se hubiera quitado un eslabón, y el cielo sin el género humano sería como una casa sin cimientos[a].

[a] Nada surge de sí mismo, sino de algo anterior; así, todas las cosas vienen de un principio y persisten por su conexión con aquello desde lo que se originan, de modo que existir es un constante devenir: 2886, 2888, 3627, 3628, 3648, 4523, 4524, 6040, 6056. El or-

305. Sin embargo, como hemos roto esta conexión al separar nuestra naturaleza interior del cielo y dirigirla hacia el mundo y hacia nosotros mismos por nuestro egoísmo y amor al mundo y nos hemos apartado así de manera que ya no servimos al cielo como base y fundamento, el Señor ha proporcionado un medio para que sirva de base y fundamento y mantenga la unión del cielo con la humanidad. Ese medio es la Palabra.

La forma en que la Palabra sirve de medio se ha mostrado extensamente en *Los arcanos celestiales*, con el material pertinente reunido en el opúsculo *El caballo blanco* y también en el «Apéndice a la doctrina celestial»[190]. Algunas de esas referencias se citan aquí en nota a pie de página[b].

den divino no se detiene en la mitad sino que sigue hasta su límite, y su límite está en nosotros; así el orden divino termina en nosotros: 634, 2853, 3632, 5897, 6239, 6451, 6465, 9216, 9217 *[9215]*, 9824, 9828, 9836, 9905, 10044, 10329, 10335, 10548. Los elementos interiores fluyen secuencialmente al exterior todo el camino hasta el final o límite y allí toman forma y persisten: 634, 6239, 6465, 9216, 9217 *[9215]*. Los elementos interiores toman forma y persisten en el exterior en una ordenación simultánea, que se describe: 5897, 6451, 8603, 10099. Así, todos los elementos interiores se mantienen conectados y unidos desde el Principio hasta lo último: 9828. Por esta razón, «el primero y el último» significa cada cosa en detalle, el todo: 10044, 10329, 10335; y por esta razón, la fuerza y el poder están en las cosas últimas: 9836.

[b] La Palabra en su sentido literal es natural: 8783; porque el nivel natural es el nivel supremo en el que las cosas espirituales y celestiales (las que son más interiores) vienen a descansar y sobre el cual descansan como una casa en sus cimientos: 9430, 9433, 9824, 10044, 10436. A fin de ser de esta naturaleza, la Palabra fue escrita en correspondencias puras: 1404, 1408, 1409, 1540, 1615 *[1619]*, 1659, 1709, 1783, 8615, 10687. Puesto que la Palabra es así en su sentido literal, es un receptáculo para el sentido espiritual y celestial: 9407; y está adaptada al mismo tiempo a nosotros y a los ángeles: 1769-1772, 1887, 2143, 2157, 2275, 2333, 2396 *[2395]*, 2540, 2541, 2545, 2553, 7381, 8862, 10322. Es lo que une el cielo y la tierra: 2310, 2495, 9212, 9216, 9357, 9396, 10375. La unión del Señor con nosotros a través de la Palabra por medio de su significado interior: 10375. Esta unión tiene lugar por medio de cada detalle en la Palabra, de modo que es más maravillosa que cualquier otra escritura: 10632-10634. Ahora que la Palabra ha sido escrita, el Señor nos habla a través de ella: 10290. En relación a los que están fuera de la Iglesia, que no tienen la Palabra y no conocen al Señor, la Iglesia donde la Palabra está y donde el Señor es conocido es como el corazón humano y los pulmones con respecto a las otras partes del cuerpo, que extraen su vida del corazón y los pulmones como si fuera una fuente: 637,

306. Se me ha dicho desde el cielo que los antiguos tuvieron una revelación directa porque su naturaleza interior estaba vuelta hacia el cielo, y que ésa era la fuente de la unión del Señor con el género humano en la antigüedad. Pero pasados aquellos tiempos, en lugar de esa revelación directa, pasó a haber una revelación indirecta mediante correspondencias. Todo el culto divino consistía en ellas; por eso las iglesias de entonces se denominaban iglesias simbólicas. Sabían lo que eran las correspondencias y las representaciones y tenían conocimiento de que todo en la tierra respondía a las cosas espirituales del cielo y de la Iglesia (o las representaba, lo que viene a ser lo mismo). De esta manera, los elementos naturales que constituían su culto exterior les servían como medio de pensar espiritualmente y, por consiguiente, de pensar con los ángeles.

Una vez perdido el conocimiento de las correspondencias y las representaciones, se escribió la Palabra; todas las palabras y los significados de las palabras que en ella aparecen son correspondencias y, por tanto, contienen ese sentido espiritual o interior en el que están los ángeles. Por eso cuando leemos la Palabra y la comprendemos en su sentido literal o exterior, los ángeles la comprenden en su sentido espiritual o interior. Esos dos tipos de pensamiento parecen diferentes, pero son uno, porque se corresponden.

Así pues, después de que nos hubimos separado del cielo y se hubiera roto la conexión, el Señor dispuso que hubiera un medio de unión del cielo con nosotros a través de la Palabra.

307. Me gustaría utilizar unos pasajes para mostrar cómo el cielo está unido con nosotros a través de la Palabra. La nueva Jerusalén es descrita en el Apocalipsis de la forma siguiente:

> Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron. Y vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo de Dios. La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él [el ángel] midió la ciudad con la caña, doce mil estadios[191]; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro, ciento cuaren-

931, 2054, 2853. Toda la Iglesia a lo largo y ancho del mundo es como un solo hombre a los ojos del Señor: 7395 *[7396]*, 9276. Por eso el género humano perecería si no hubiera una Iglesia en nuestro mundo en la que se encontrara la Palabra y se conociera al Señor: 468, 637, 931, 4545, 10452.

ta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel. El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. Las doce puertas eran doce perlas; y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio (Apocalipsis 21, 1-2. 16-18)[192].

Quienes leen esto lo entienden simplemente según su significado literal, a saber, que este cielo y esta tierra visibles perecerán y se establecerá una tierra nueva, que sobre esa tierra nueva descenderá Jerusalén, la ciudad santa, y que todas sus medidas serán como las descritas. Pero los ángeles que están con nosotros lo entienden de manera muy distinta, comprendiendo espiritualmente lo que nosotros tomamos en un sentido natural. [2] Para ellos, el cielo nuevo y la tierra nueva significan una Iglesia nueva; la ciudad de Jerusalén descendiendo de Dios desde el cielo significa su doctrina celestial revelada por el Señor; su longitud, anchura y altura, que son iguales a 12.000 estadios, significan todos los elementos de bien y de verdad que la protegen; la medida del muro, 144 codos, que es la medida de un hombre, es decir, del ángel, significa todas esas verdades protectoras captadas como un solo conjunto, y su cualidad; las doce puertas hechas de perlas significan las verdades introductorias (las perlas significan ese tipo de verdad); los cimientos del muro que están hechos de piedras preciosas significan los conocimientos en los que esa doctrina se basa; y el oro como cristal puro del que están hechas la ciudad y sus calles significan el bien del amor que constituye la doctrina y sus verdades transparentes. Así es como los ángeles comprenden todas estas cosas, pero no es como las comprendemos nosotros. Así es como nuestros conceptos naturales son transformados en conceptos espirituales entre los ángeles sin que ellos conozcan nada del sentido literal de la Palabra, es decir, sin que sepan nada del cielo nuevo y la tierra nueva, por ejemplo, o de la nueva ciudad de Jerusalén, su muralla, los cimientos de la muralla, o sus medidas. Sin embargo, los pensamientos de los ángeles forman una unidad con los nuestros porque se corresponden. Forman un solo conjunto casi como las palabras de un orador y la comprensión de esas palabras por un oyente que está centrado no en las palabras en sí, sino en comprenderlas. Esto puede permitirnos entender cómo el cielo se une a nosotros a través de la Palabra.

[3] Otro ejemplo de la Palabra:

En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria, y asirios entrarán en Egipto, y egipcios en Asiria, y los egipcios servirán con los asirios. En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra; porque Jehová de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad (Isaías 19, 23-25).

Podemos comprender cómo piensan las personas de la tierra y cómo piensan los ángeles cuando leen esto si observamos el sentido literal de la Palabra y su sentido interior. Pensamos, sobre la base de su sentido literal, que los pueblos de Egipto y Asiria se convertirán al Señor y serán aceptados por él, y que se unirán a la nación israelita. Los ángeles sin embargo piensan sobre la base de su sentido interior en los miembros de la Iglesia espiritual, que están descritos aquí en su sentido interior. Su nivel espiritual es Israel, su nivel natural es Egipto, y su nivel racional, que es el nivel intermedio, es Asiria[c]. Con todo, esos dos sentidos son uno porque se corresponden. Por consiguiente, cuando los ángeles piensan espiritualmente de esa manera y nosotros pensamos naturalmente como lo hacemos, estamos unidos casi como el alma y el cuerpo. El sentido interior de la Palabra es su alma, y el sentido literal es su cuerpo.

La Palabra es así de principio a fin; podemos ver, pues, que es un medio de unión del cielo con nosotros y que el sentido literal sirve de base y fundamento.

308. Hay también una unión del cielo mediante la Palabra con quienes están fuera de la Iglesia, donde la Palabra no se encuentra; pues la Iglesia del Señor está en todas partes y existe en todo aquel que reconozca algo divino y viva en la caridad. Esas personas son enseñadas por los ángeles después de su muerte y aceptan las verdades divinas[d]. Trataremos

[c] Egipto y egipcio en la Palabra significan lo que es natural, y por consiguiente lo que tiene que ver con el conocimiento que de ello se deriva: 4967, 5079, 5080, 5095, 5460 *[5160]*, 5799, 6015, 6147, 6252, 7353 *[7355]*, 7648, 9340, 9319 *[9391]*. Asiria significa el nivel racional: 119, 1186. Israel significa el nivel espiritual: 5414, 5801, 5803, 5806, 5812, 5817, 5819, 5826, 5833, 5879, 5951, 6426, 6637, 6862, 6868, 7035, 7062, 7198, 7201, 7215, 7223, 7956 *[7957]*, 8234, 8805, 9340.

[d] La Iglesia está específicamente donde la Palabra está y donde el Señor es conocido por medio de ella, es decir, donde las verdades divinas han sido reveladas desde el cielo: 3857, 10761. La Iglesia del Señor existe en todo el mundo con todos los que viven en el

más extensamente de ello en el capítulo correspondiente, cuando hablemos de los paganos.

A ojos del Señor, la Iglesia universal en la tierra es como un solo Hombre, como lo es el cielo (como se señaló *supra*, en §§ 59-72). Ahora bien, la Iglesia en la que está la Palabra y a través de la cual es conocido el Señor es como el corazón y los pulmones de ese Hombre. Es conocimiento común que las vísceras y los miembros del cuerpo deben su vida al corazón y los pulmones por diversos caminos. Así es también como vive el género humano que está fuera de la Iglesia en la que está la Palabra y que constituye los miembros de ese Hombre. La unión del cielo a través de la Palabra con quienes están a distancia puede compararse con la luz que se extiende en todas direcciones desde un centro. La luz divina está en la Palabra, y el Señor está presente allí con su cielo. Quienes están lejos también reciben la luz de esa presencia. Sería diferente si no existiera una Palabra, lo que puede comprenderse más plenamente por referencia a lo que antes se dijo sobre la forma del cielo que determina su forma de reunirse y comunicarse[193].

Sin embargo, este arcano es comprensible para quienes están en la luz espiritual, pero no para quienes están en la luz natural. Quienes están en la luz espiritual ven muy claramente cosas que quienes están en la luz natural no pueden ver en absoluto o solamente ven de forma vaga.

309. Si no hubiera existido este tipo de Palabra en nuestro mundo, la humanidad de la tierra se habría separado del cielo, y una vez separada del cielo no habría tenido ya ninguna capacidad racional. Nuestra capacidad racional humana surge en realidad del influjo de la luz del cielo.

En esta tierra somos por naturaleza incapaces de aceptar ninguna revelación directa y de aprender las verdades divinas por ese medio, a diferencia de los habitantes de otros planetas (de cuyas capacidades se ha tratado en un opúsculo separado dedicado a ellos)[194]. Estamos más absortos que ellos en preocupaciones mundanas y, por consiguiente, en asuntos superficiales[195], mientras que son los niveles más profundos los que están

bien de acuerdo con su religión: 3263, 6637, 10765. Todos los que viven en el bien de acuerdo a su religión y reconocen algo divino son aceptados por el Señor, dondequiera que estén: 2589-2604, 2861, 2863, 3263, 4190, 4197, 6700, 9256; y especialmente todos los niños, dondequiera que puedan haber nacido: 2289-2309, 4792.

abiertos a la revelación. Aunque los niveles exteriores fueran más receptivos, tampoco entenderíamos la verdad.

Esta naturaleza de los hombres de la tierra es claramente visible en los miembros de la Iglesia. Aunque sepan, por la Palabra, del cielo, el infierno y la vida después de la muerte, de hecho niegan esas cosas en el fondo. Esto incluye también a quienes tienen un especial prestigio por su esmerada educación, y de los que se podría pensar por tanto que son más sabios que los demás.

310. En ocasiones hablé con los ángeles sobre la Palabra y les dije que es contemplada despectivamente por algunos debido a su estilo vulgar[196]. No saben absolutamente nada de su sentido interior y por lo tanto no creen que ese tipo de sabiduría esté oculto en su interior. Los ángeles me dijeron que aunque el estilo de la Palabra pueda parecer vulgar en su sentido literal, es cualitativamente incomparable porque la sabiduría divina está escondida no sólo en el sentido global, sino en cada palabra, y que esta sabiduría brilla en el cielo. Quisieron decir que al ser verdad divina, es luz celestial, puesto que la verdad divina irradia en el cielo (véase *supra*, § 132). Añadieron que sin esa Palabra no habría ninguna luz del cielo entre los seres humanos de la tierra y, por consiguiente, no podrían estar unidos con el cielo; pues la cantidad de luz del cielo que hay entre nosotros determina la unión y por tanto la medida en que tenemos alguna revelación de la verdad divina a través de la Palabra. La razón de que exista gente que no conozca esta unión (a través del sentido espiritual de la Palabra que corresponde a su sentido natural) es que la gente de la tierra no sabe nada del pensamiento y conversación espiritual de los ángeles. No saben que es diferente de nuestro pensamiento y conversación natural; y quien no sabe esto posiblemente no puede conocer el sentido interior y por tanto no puede saber que es posible esa clase de unión.

Dijeron también que si supiéramos que existía un significado de ese tipo y nuestro pensamiento estuviera al tanto de ello cuando leemos la Palabra, nos introduciríamos en una sabiduría más profunda y estaríamos más estrechamente unidos al cielo, porque de este modo tendríamos acceso a ideas como las de los ángeles.

El cielo y el infierno proceden del género humano

311. En el mundo cristiano es completamente desconocido que el cie-

lo y el infierno proceden del género humano. Creen realmente que los ángeles fueron creados al principio y constituyen el cielo, y que el diablo o Satanás era un ángel de luz que se rebeló y fue arrojado con los suyos, lo que habría dado origen al infierno.

Los ángeles están muy sorprendidos de que pueda haber creencias de esta clase en el mundo cristiano, y aún más de que la gente no sepa absolutamente nada sobre el cielo, aunque esto sea una doctrina principal de la Iglesia. Al saber que este tipo de ignorancia prevalece, se han alegrado profundamente de que haya ahora complacido al Señor revelarnos tanto sobre el cielo –y también sobre el infierno– a fin de disipar en la medida de lo posible la oscuridad que surge diariamente en esta Iglesia que está llegando a su fin. [2] Por eso quieren que atestigüe en su nombre que en todo el cielo no existe un solo ángel que fuera creado como tal al principio, ni en el infierno un diablo que fuera creado ángel de luz y expulsado de allí. Antes bien, todos los que están en el cielo y en el infierno proceden del género humano: los que están en el cielo, de quienes han vivido en amor y fe celestial, y los que están en el infierno, de quienes han vivido en amor y fe infernal. El infierno en su conjunto es lo que se llama diablo y Satanás. El infierno de atrás, donde viven los llamados demonios malvados, es el diablo, y el infierno delantero, donde viven los llamados espíritus malvados, es Satanás[a]. Describiremos después cómo es cada infierno[197]. [3] Insistieron los ángeles en que la razón de que el mundo cristiano haya adoptado ese tipo de creencia sobre los seres del cielo y los seres del infierno es que han tomado unos pocos pasajes de la Palabra, comprendiéndolos solamente en su sentido literal, sin ninguna clarificación ni instrucción basada en la doctrina auténtica de la Palabra. El sentido literal de la Palabra, sin la luz de la doctrina auténtica, lleva a la mente a vagar en todas direcciones, dando lugar a la ignorancia, la herejía y el error[b].

[a] Los infiernos como un todo, o la población infernal *en masse*, son llamados el diablo y Satanás: 694. Los que eran diablos en el mundo son diablos después de la muerte: 968.

[b] La doctrina de la Iglesia debe derivarse de la Palabra: 3464, 5402, 6832 *[6822]*, 10763, 10765 *[10764]*. Sin doctrina, la Palabra no es comprendida: 9021 *[9025]*, 9409, 9424, 9430, 10324, 10431, 10582. La verdadera doctrina es una lámpara para el pueblo que lee la Palabra: 10401 *[10400]*. La doctrina auténtica debe ser proporcionada por quienes tienen

312. Esta creencia de las gentes de la Iglesia es también la causa de su creencia de que nadie irá al cielo o al infierno antes de que llegue la hora del Juicio Final, que según creen ellos será un momento en el que todo lo que se puede ver perecerá y aparecerán cosas nuevas, volviendo las almas a sus cuerpos y empezando una nueva vida como seres humanos a partir de esa nueva reunión. Esta creencia implica la otra, la de que los ángeles fueron creados al principio, pues no es posible creer que el cielo y el infierno proceden del género humano si se cree que nadie irá a él hasta el fin del mundo.

[2] Para convencer a todos de que no es así, se me ha permitido desde hace varios años tratar con los ángeles y hablar con quienes están en el infierno, a veces durante días enteros, y llegar así a un conocimiento del cielo y el infierno. La finalidad de todo ello es que quienes están en la Iglesia no permanezcan por más tiempo en sus erróneas creencias sobre la resurrección en el Día del Juicio o el estado de su alma en el ínterin, o sobre los ángeles y el diablo. Son éstas unas creencias equivocadas que acarrean la oscuridad y llevan a la duda y finalmente a la negación a quienes piensan en esas cosas sobre la base de su propio intelecto. Realmente se dicen a sí mismos: «¿Cómo puede ser que ese inmenso cielo y tantas estrellas sean destruidas y desaparezcan, junto con el sol y la luna? ¿Cómo pueden las estrellas, que son más grandes que la tierra, caer sobre ella? ¿Cómo pueden los cuerpos que han sido comidos por los gusanos, destruidos, descompuestos y esparcidos a los cuatro vientos, reunirse con sus almas? ¿Dónde han estado mientras tanto esas almas y cómo eran sin los sentidos que tenían en sus cuerpos?». [3] Hay otras muchas cosas como éstas, que no están de acuerdo con la fe porque son incomprensibles, y que destruyen en muchas personas cualquier creencia en una vida después de la muerte, en el cielo y en el infierno, y, junto con esto, el resto de los contenidos de la fe de la Iglesia[198]. Esta acción destructora puede observarse en las personas que dicen: «¿Quién ha vuelto del cielo para decirnos que existe, o del infierno para decirnos que

la iluminación del Señor: 2510, 2516, 2519, 9424, 10105. Quienes se quedan en el sentido literal de la Palabra, separados de toda doctrina, no alcanzan ninguna comprensión de las verdades divinas: 9409, 9410, 10582; y caen en numerosos errores: 10431. La naturaleza de las diferencias entre quienes estudian y enseñan la doctrina de la Iglesia derivada de la Palabra y aquellos que solamente se dedican a su significado literal: 9025.

existe? ¿Qué pasa con quienes son torturados por el fuego durante toda la eternidad? ¿Qué es ese Día del Juicio? ¿Lo habremos estado esperando en vano durante siglos?»; y todo esto unido a muchas otras cosas que suponen una negación de todo. [4] Muchos que son particularmente hábiles en los asuntos mundanos piensan así; por eso, para impedirles además que perturben y equivoquen a quienes tienen una fe simple y corazón sencillo y les lleven a una oscuridad infernal respecto de Dios, el cielo, la vida eterna y las otras cuestiones que se derivan de ahí, los lugares más profundos de mi espíritu fueron abiertos por el Señor, permitiendo que hablara después de su muerte con todas las personas que yo había conocido durante su vida física. Hablé con algunos durante días, con otros durante meses, y con otros durante un año. He hablado con tantos que no sería ninguna exageración decir que eran cien mil, muchos en el cielo y muchos en el infierno. He hablado con algunos dos días después de su muerte y les dije que en ese momento se estaban celebrando sus ritos funerarios a fin de que pudieran ser enterrados; a ello respondieron que era una buena cosa haberse desprendido de lo que les había servido de cuerpo para sus funciones en nuestro mundo, queriendo decirme que no estaban muertos en absoluto. Estaban tan vivos y tan humanos como siempre, habiendo cruzado simplemente de un mundo a otro. No eran conscientes de haber perdido nada, puesto que seguían estando como antes en un cuerpo, disfrutando de voluntad y entendimiento como antes, y tenían pensamientos y sentimientos, sensaciones y deseos semejantes a los que tenían en nuestro mundo.

[5] Hay muchos que, nada más morir, cuando descubren que son personas vivas como antes y que se encuentran en un estado similar (pues nuestro primer estado tras la muerte es como el que teníamos en la tierra, aunque cambie gradualmente hacia el cielo o hacia el infierno), han sentido una alegría renovada al comprobar que estaban todavía vivos, afirmando que nunca lo hubieran creído. Estaban absolutamente asombrados de haber permanecido en tal estado de ceguera e ignorancia sobre la vida después de la muerte, y todavía más de que esto suceda a los hombres de Iglesia, que podían saber más sobre tales asuntos que el resto del mundo[c].

[c] No son muchos en el mundo cristiano de hoy los que creen que resucitaremos de nuevo inmediatamente después de la muerte: Génesis 16 prefacio, 4622, 10758; sino sólo en el momento del Juicio Final cuando el mundo visible perezca: 10594 *[10595]*. La ra-

Ahora, por vez primera, veían la razón de su ceguera y su ignorancia, a saber, que sus preocupaciones exteriores, su interés por los asuntos corporales y mundanos, preocupaban y llenaban su mente de forma tan completa que no podían ser elevados a la luz del cielo para examinar los temas eclesiásticos más allá de las formalidades de la doctrina. Cuando se aman los asuntos corporales y mundanos tanto como se hace actualmente, nada sino oscuridad fluye en la mente cuando trata de ir más allá.

313. Muchos eruditos del mundo cristiano se quedan sin habla cuando se ven a sí mismos después de la muerte con cuerpo, con ropas, y en casas, a la manera que estaban en este mundo. Cuando recuerdan lo que habían pensado de la vida después de la muerte, el alma, los espíritus, el cielo y el infierno, se sienten desconcertados y dicen que habían estado pensando tonterías y que la gente de fe simple era mucho más sabia que ellos. Fueron examinados algunos eruditos que habían estado totalmente convencidos de este tipo de creencias y que lo atribuían todo a la naturaleza. Resultó que su naturaleza interior estaba completamente cerrada, mientras que su naturaleza exterior estaba abierta. Esto significaba que no miraban hacia el cielo, sino hacia el mundo, y por consiguiente hacia el infierno; pues en la medida en que nuestra naturaleza profunda está abierta, miramos hacia el cielo, mientras que en la medida en que está cerrada y nuestra naturaleza exterior está abierta, miramos hacia el infierno. Nuestros niveles más profundos están formados para la aceptación del cielo, y nuestros niveles más exteriores para la aceptación del mundo; y si aceptamos el mundo sin aceptar al mismo tiempo el cielo, estamos aceptando el infierno[d].

zón para esta creencia: 10594 *[10595]*, 10758. Sin embargo, el hecho es que resucitamos inmediatamente después de la muerte, y somos entonces completamente humanos en todos los aspectos: 4527, 5006, 5078, 8939, 8991, 10594, 10758. El alma que vive después de la muerte es nuestro espíritu, que es la persona esencial dentro de nosotros y tiene una perfecta forma humana también en la otra vida: 322, 1880, 1881, 3633, 4622, 4735, 5883, 6054, 6605, 6626, 7021, 10594; desde la experiencia: 4527, 5006, 8939; desde la Palabra: 10597. Una explicación del significado de los muertos que fueron vistos en la santa ciudad en Mateo 27, 53: 9229. Cómo somos revivificados de la muerte, desde la experiencia: 168-189. Nuestro estado después de haber sido devueltos a la vida: 317-319, 2119, 5079, 10596. Falsas ideas acerca del alma y su resurrección: 444, 445, 4527, 4622, 4658.

[d] El mundo espiritual y el mundo natural están unidos en nosotros: 6057. La persona

314. Podemos concluir que el cielo procede del género humano, como lo demuestra el hecho de que la mente angélica y la nuestra son muy semejantes. Ambas gozan de la capacidad de comprender, percibir y desear. Ambas están formadas para la aceptación del cielo. De hecho, nuestra mente es tan sabia como la mente angélica; pero no es tan sabia en este mundo porque está en un cuerpo terrenal, y en un cuerpo terrenal nuestra mente espiritual piensa de manera natural. Sin embargo, es diferente cuando se libera de su unión con el cuerpo. Entonces no pensamos ya de manera natural, sino espiritual, y cuando pensamos espiritualmente, pensamos pensamientos que son incomprensibles e inexplicables para la persona natural. Esto significa que somos tan sabios como los ángeles. Podemos deducir de ello que nuestra propia persona interior, que llamamos nuestro espíritu, es esencialmente un ángel (véase *supra*, § 57)[e]. Una vez es liberado del cuerpo terrenal, está en una forma humana que es igual a la de un ángel. (Sobre los ángeles en perfecta forma humana, véase *supra*, §§ 73-77.) Sin embargo, cuando nuestra persona interior no ha sido abierta hacia arriba sino solamente hacia abajo, entonces también estamos en forma humana después de ser liberados de este cuerpo, pero en una forma espantosa y diabólica porque no puede mirar hacia arriba, hacia el cielo, sino solamente hacia abajo, hacia el infierno.

315. Una vez que hemos conocido el orden divino, podemos comprender que fuimos creados para convertirnos en ángeles porque el límite último de ese orden se encuentra en nosotros (§ 304), lo que significa que en nosotros la substancia de la sabiduría angélica y celestial puede tomar forma y puede ser restaurada y multiplicada. El orden divino nunca se detiene a mitad de camino, para formar algo sin un límite, pues esto no es el orden en su plenitud y perfección. Más bien, lo impulsa hacia su frontera última[f], y cuando ha alcanzado ese límite

interior está formada según el orden del cielo, mientras que la exterior está formada según el orden del mundo: 3628, 4523, 4524, 6057, 6314 *[6013]*, 9706, 10156, 10472.

[e] Hay tantos niveles de vida en el ser humano como cielos, y éstos se abren después de la muerte en función de cómo hayamos vivido: 3747, 9594. El cielo está dentro de nosotros: 3884. Quienes viven una vida de amor y caridad tienen dentro de sí una sabiduría angélica, pero está oculta; y entran en uso de ella después de la muerte: 2494. En la Palabra, cualquiera que acepte el bien del amor y la fe del Señor es llamado ángel: 10528.

[f] [La nota de Swedenborg aquí remite al lector a la nota en el § 303, *supra*.]

toma forma; y entonces, por medio de lo que reúne en ese nivel se restaura a sí mismo y produce más, lo que se realiza por medio de la procreación. Por eso el semillero del cielo se encuentra en este nivel inferior.

316. La razón de que el Señor resucitara no sólo en cuanto a su espíritu sino también en cuanto a su cuerpo es que cuando el Señor estuvo en el mundo, glorificó toda su naturaleza humana, es decir, la hizo divina. En realidad, su alma, que recibió del Padre, era esencialmente la Divinidad misma, y su cuerpo se convirtió en imagen de esa alma (esto es, del Padre) y por consiguiente también se hizo divino. Por eso, a diferencia de cualquier otro hombre, resucitó en espíritu y cuerpo[g]. Mostró éste a sus discípulos –que creían estar ante un espíritu cuando le vieron– diciendo: «Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24, 36-38 *[24, 39]*). De esta manera indicaba que no era un hombre solamente en espíritu, sino también en cuerpo.

317. Para que se sepa que vivimos después de la muerte, y que entonces vamos al cielo o al infierno según haya sido nuestra vida, se me han mostrado muchas cosas sobre nuestro estado después de la muerte, cosas que serán presentadas ordenadamente más adelante cuando hablemos del mundo de los espíritus[199].

Los paganos, o los que están fuera de la Iglesia, en el cielo

318. La opinión general es que los que han nacido fuera de la Iglesia, aquellos a los que se designa como «paganos» o «gentiles», no pueden ser salvados porque no tienen la Palabra y por tanto no conocen al Señor; y sin el Señor no hay salvación[200]. Se puede saber, sin embargo, que estas personas también son salvadas simplemente por el hecho de que la misericordia del Señor es universal, es decir, se extiende a todos. Los que están fuera de la Iglesia nacen tan humanos como los que están dentro, que, en realidad, son comparativamente escasos. No es culpa suya si no conocen al Señor. Por eso cualquiera que piense con una razón iluminada puede comprender que nadie nace para el infierno. El Señor es

[g] Resucitamos en cuanto a nuestro espíritu: 10593, 10594. Sólo el Señor resucitó también en cuanto a su cuerpo: 1729, 2083, 5078, 10825.

realmente el amor mismo, y su amor es un deseo de salvar a todo el mundo. Por eso procura que todos tengan alguna religión, algún conocimiento del Ser Divino a través de la religión, y una vida interior. Vivir según los principios religiosos de cada uno es llevar una vida interior, pues entonces nos centramos en lo Divino; y en la medida en que nos centramos en lo Divino, no nos centramos en el mundo, sino que nos apartamos del mundo y por tanto de la vida mundana, que es una vida exterior[a].

319. Cualquiera puede comprender que tanto los gentiles como los cristianos se salvan si saben lo que constituye el cielo en nosotros; pues el cielo está dentro de nosotros, y quienes tienen el cielo en su interior entran en el cielo. El cielo dentro de nosotros es nuestro reconocimiento de lo Divino y el ser conducidos por lo Divino. El principio y fundamento de toda religión es el reconocimiento del Ser Divino; una religión que no reconozca al Ser Divino no es una religión. Los preceptos de toda religión se centran en el culto, esto es, en cómo lo Divino debe ser honrado para que podamos ser aceptables a sus ojos; y cuando esto ocupa plenamente la mente (o, en la medida en que lo deseemos o queramos) somos conducidos por el Señor.

Es reconocido que los gentiles pueden vivir una vida tan íntegra desde el punto de vista moral como los cristianos; muchos de ellos, en realidad, llevan una vida más íntegra. Se puede llevar una vida moralmente íntegra para satisfacer a lo Divino o para satisfacer a los hombres. Una vida íntegramente vivida para satisfacer a lo Divino es una vida espiritual. Las dos parecen semejantes en su forma externa, pero interiormente son totalmente diferentes. Una nos salva, la otra no. Por eso si vivimos una vida íntegra para satisfacer a lo Divino estamos siendo conducidos por lo

[a] Los paganos se salvan lo mismo que los cristianos: 932, 1032, 1059, 2284, 2589, 2590, 3778, 4190, 4197. Sobre los paganos y los que están fuera de la Iglesia en la otra vida: 2589-2604. La Iglesia específicamente definida está donde está la Palabra y donde el Señor es conocido a través de ella: 3857, 10761. Esto no significa, sin embargo, que se pertenezca a la Iglesia por haber nacido donde la Palabra está y donde el Señor es conocido, sino por vivir una vida de caridad y de fe: 6637, 10143, 10153, 10578, 10645, 10829. La Iglesia del Señor se encuentra entre todos aquellos que en todo el mundo viven en el bien según lo define su propia religión y que reconocen un ser divino; son aceptados por el Señor y entran en el cielo: 2589-2604, 2861, 2863, 3263, 4190, 4197, 6700, 9256.

Divino; mientras que si vivimos una vida íntegra para satisfacer al mundo, estamos siendo conducidos por nosotros mismos.

[2] Esto se puede ilustrar con un ejemplo. Si no hacemos daño a nuestro prójimo porque va contra nuestra religión y por tanto contra lo Divino, nuestra abstención del mal procede de una fuente espiritual. Pero si nos abstenemos de hacer daño a los otros simplemente porque tenemos miedo de la ley o de perder nuestra reputación, el respeto o algún beneficio –es decir, por el yo y el mundo–, esto procede de una fuente natural y estamos siendo conducidos por nosotros mismos. Esta última vida es natural, mientras que la primera es espiritual. Si nuestra vida moral es espiritual, tenemos el cielo dentro de nosotros; pero si nuestra vida moral es meramente natural, no tenemos el cielo dentro de nosotros. Esto se debe a que el cielo fluye desde arriba, abre nuestra naturaleza más profunda y fluye a través de esa naturaleza más profunda a nuestra naturaleza exterior; mientras que el mundo fluye desde abajo y abre nuestra naturaleza exterior, pero no nuestra naturaleza más profunda. Ningún influjo se produce desde el mundo natural al mundo espiritual, solamente desde el mundo espiritual al mundo natural; por eso, si el cielo no es aceptado al mismo tiempo, los niveles más profundos se cierran. Podemos ver a partir de aquí quiénes aceptan el cielo y quiénes no.

[3] Sin embargo, el cielo en un individuo no es el mismo que en otro. Difiere en cada uno de acuerdo a sus sentimientos hacia el bien y la verdad. Si las personas están absortas en un sentimiento hacia el bien por causa de lo Divino, aman la verdad divina, pues el bien y la verdad se aman mutuamente y quieren estar unidos[b]. Por consiguiente, los paganos que no tienen acceso a las verdades auténticas en el mundo las aceptan sin embargo en la otra vida a causa de su amor[201].

320. Había entre los gentiles un espíritu que había llevado en este mundo una vida buena y solícita de acuerdo con su religión. Cuando escuchó a unos espíritus cristianos discutir sus creencias (los espíritus que hablan entre sí razonan mucho más exhaustiva y agudamente que la gen-

[b] La relación entre el bien y la verdad se asemeja a un matrimonio: 1094 *[1904]*, 2173, 2503 *[2508]*. El bien y la verdad están comprometidos en un continuo esfuerzo hacia la unión, con el bien anhelando la unión con la verdad: 9206, 9207, 9495. Cómo y en quién se realiza esta unión entre el bien y la verdad: 3834, 3843, 4096, 4097, 4301, 4345, 4353, 4364, 4368, 5365, 7623-7627, 9258.

te de la tierra, especialmente sobre el bien y la verdad), se sorprendió al descubrir que se peleaban. Decía que no quería escuchar, puesto que discutían sobre la base de apariencias engañosas. El consejo que les dio fue: «Si soy bueno, puedo conocer por el bien todo lo que es verdadero, y puedo estar abierto a todo lo que no conozco».

321. Se me ha enseñado mediante numerosos ejemplos que si los gentiles han llevado una vida honrada, en la obediencia y el respeto a los otros y con caridad mutua según exige su religión, de modo que han alcanzado una medida de conciencia, son aceptados en la otra vida y son instruidos por los ángeles sobre las cuestiones del bien y la verdad con especial solicitud. Una vez han sido enseñados, se comportan modestamente de manera inteligente y sabia y aceptan y asumen diligentemente las verdades. Esto se debe a que no se han formado ningún principio falso que se oponga a las verdades de la fe, principios que deben ser suprimidos, y, menos aún, calumnian al Señor, como sucede con muchos cristianos cuya consideración del Señor es simplemente la de un ser humano ordinario. Los gentiles, por el contrario, cuando oyen que Dios se hizo una persona y se dio a conocer en el mundo, lo reconocen inmediatamente y reverencian al Señor. Dicen que Dios se dio a conocer a los hombres porque, después de todo, él es el Dios del cielo y de la tierra, y el género humano le pertenece[c].

Es una verdad divina que no existe salvación salvo la salvación del Señor, pero esto debe ser comprendido en el sentido de que no existe ninguna salvación que no proceda del Señor. Hay muchos planetas en el universo, todos ellos habitados. Difícilmente se sabe en alguno de ellos

[c] La diferencia entre el bien en el que están los paganos y el bien en el que están los cristianos: 4189, 4197. Sobre las verdades entre los paganos: 3263, 3778, 4190. Los niveles más profundos no están tan cerrados en los paganos como lo están en los cristianos: 9256. Ni puede haber tan densas nubes para los paganos que han vivido según su religión en mutua caridad como para los cristianos que no han vivido en absoluto en la caridad, y la razón de que esto sea así: 1059, 9256. Los paganos no pueden profanar los asuntos sagrados de la Iglesia de la forma en que pueden hacerlo los cristianos, porque no los conocen: 1327, 1328, 2051. Tienen miedo de los cristianos a causa de la forma en que viven: 2596, 2597. Los que han vivido bien de acuerdo con sus principios religiosos son enseñados por los ángeles y diligentemente aceptan las verdades de fe y confiesan al Señor: 2049, 2595, 2598, 2600, 2601, 2603, 2661 *[2861]*, 2863, 3263.

que el Señor asumió la naturaleza humana en el nuestro. Sin embargo, puesto que veneran al Ser Divino en forma humana, son aceptados y guiados por el Señor. Sobre este asunto, véase el opúsculo *Las tierras en el universo*[202].

322. Entre los gentiles hay personas sabias y personas simples igual que entre los cristianos. Para mostrarme cómo eran, se me ha permitido hablar con unas y con otras, a veces durante horas e incluso durante días. Actualmente, sin embargo, no existen sabios como los de los tiempos antiguos, especialmente de la Iglesia Antigua[203] (ésta cubría buena parte del Oriente Próximo[204] y fue el punto desde el que la religión se extendió a muchos pueblos no cristianos). Se me ha permitido mantener conversaciones personales con algunos de ellos para descubrir cómo eran.

Estuvo conmigo un individuo particular que había sido un sabio de su tiempo y que era por consiguiente muy conocido en el mundo erudito. Hablé con él sobre diversos temas y tengo razones para creer que era Cicerón. Puesto que yo sabía que era un sabio, hablamos sobre la sabiduría, la inteligencia, la configuración de la realidad, la Palabra, y finalmente sobre el Señor. [2] Sobre la sabiduría, dijo que no existía otra sabiduría que no fuera la de la vida, y que la sabiduría no podía ser un atributo de nada más. Sobre la inteligencia, dijo que procedía de la sabiduría. Sobre la configuración de la realidad, dijo que el orden del mundo procede de la Deidad Suprema, y que vivir de acuerdo con ese orden es ser sabio e inteligente. En cuanto a la Palabra, cuando le leí algo de los profetas se mostró encantado, especialmente ante el hecho de que los nombres de los individuos y las palabras se refiriesen a realidades más profundas. Le sorprendió mucho que los eruditos modernos no se deleitaran con su estudio. Pude sentir muy claramente que los niveles más profundos de su pensamiento o de su mente estaban abiertos. Dijo que no podía permanecer presente porque sentía algo demasiado sagrado para que lo pudiera soportar, que le afectaba muy profundamente.

[3] Finalmente nuestra conversación se volvió hacia el Señor, sobre su nacimiento en el mundo como hombre, pero concebido desde Dios; sobre cómo se despojó de la naturaleza humana materna y asumió una naturaleza humana divina; y sobre su ser único que gobierna el universo. Dijo que sabía mucho sobre el Señor, que tenía su propia forma de entenderlo, y que no había otro camino por el que el género humano se hubiera podido salvar. Durante todo ese tiempo, algunos malos cristianos

nos asediaron de formas diversas; pero él no les prestó ninguna atención. Dijo que no le sorprendía y que eso sucedía porque durante sus vidas físicas se habían empapado de ideas inconvenientes sobre esos temas y que hasta que esas ideas no fueran expulsadas no podrían abrirse a otras más acordes con la verdad como podían hacer los que eran simplemente ignorantes.

323. También se me permitió hablar con algunos otros que vivieron en los días antiguos y estaban entre los más sabios de su tiempo. Primero aparecieron frente a mí a cierta distancia, y desde allí podían observar los niveles más profundos de mi pensamiento. Esto significaba que podían observarme por completo, enterándose de toda la serie de pensamientos a partir de una sola de mis ideas y colmándolo de deliciosos elementos de sabiduría e imágenes admirables. Pude comprender así que eran de los más sabios y se me dijo que procedían de los tiempos antiguos. En ese momento se acercaron más, y cuando les leí algo de la Palabra, quedaron encantados. Yo podía sentir su mismo deleite y placer, que era el resultado de que cada detalle, incluso las cosas más insignificantes de lo que escuchaban de la Palabra, era una imagen y un indicador de realidades celestiales y espirituales. Dijeron que en sus tiempos, cuando vivían en nuestro mundo, su forma de pensar y hablar e incluso de escribir era semejante, y que eso constituía el centro de su sabiduría.

324. En cuanto a los gentiles de nuestros días, no son tan sabios, sino que muchos de ellos son simples de corazón. Sin embargo, aquellos que han llevado una vida de caridad reciben sabiduría en la otra vida. Puedo ofrecer un par de ejemplos.

Cuando leí los capítulos 17 y 18 del libro de los Jueces sobre Micaía (de cuya casa los hombres de Dan se llevaron el ídolo, los terafines y al levita)[205], estaba presente un espíritu gentil que había venerado un ídolo durante su vida física. Escuchó atentamente lo que le sucedió a Micaía y se sentía profundamente afligido por el ídolo que robaron los danitas. La tristeza le abrumaba y estaba tan profundamente conmovido que apenas sabía lo que pensaba debido a la profundidad de su dolor. Yo percibía su dolor y al mismo tiempo la inocencia de todos sus sentimientos. Estaban presentes algunos espíritus cristianos que se sorprendieron de que aquel idólatra se sintiera conmovido con tal misericordia y tal sentimiento de inocencia.

Más tarde, algunos espíritus buenos hablaron con él y le dijeron que

no debía venerar ídolos y que, siendo un ser humano, podía entender eso perfectamente. En lugar de adorar ídolos, su pensamiento debía ir más allá, hasta el Dios creador y gobernador de todo el cielo y toda la tierra, que era el Señor. Cuando se le dijo esto, pude sentir su profundo sentimiento de reverencia, que llegó hasta mí como algo mucho más sagrado que lo que se podía percibir entre los cristianos. Pude deducir de esto que los paganos entran en el cielo más diligentemente que los cristianos de hoy día, de acuerdo con las palabras del Señor en Lucas:

> Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y he aquí, hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros (Lucas 13, 29-30).

A causa del estado en que se encontraba, podía asimilar todos los temas de fe y podía aceptarlos con un profundo sentimiento interior. Había en él una misericordia llena de amor y había inocencia en su ignorancia; y cuando esta disposición está presente, todos los asuntos de fe son aceptados espontáneamente, por decirlo así, y con alegría. Después de esto, aquel espíritu fue aceptado entre los ángeles.

325. Una mañana oí un coro a lo lejos. Me di cuenta por las imágenes del coro que eran chinos, pues se podía ver una especie de cabra lanuda, un bizcocho de mijo y una cuchara de ébano, así como una imagen de una ciudad flotante[206]. Estaban deseosos de acercarse a mí, y cuando estuvimos juntos dijeron que querían estar a solas conmigo para manifestar sus pensamientos. Pero se les dijo que no estaban solos, y que los demás se sentían ofendidos de que quisieran estar solos, puesto que eran invitados. Cuando percibieron ese sentimiento de ofensa en su pensamiento, su humor cambió, pues habían infligido una ofensa a los demás al haber reivindicado como suyo algo que pertenecía a otros (en la otra vida, todos los pensamientos se comparten). Pude percibir entonces su tristeza. Esto significaba un reconocimiento de que podían haber molestado a alguien, y un sentimiento de vergüenza por ello, junto con otras emociones características de las personas honradas, de manera que se podía decir que estaban dotados de caridad.

Hablé con ellos brevemente después, y finalmente mencioné al Señor. Cuando le llamé «Cristo», pude sentir en ellos una especie de resistencia. Pero la razón estaba clara. Procedía de su experiencia en el mundo, de su

conocimiento de que los cristianos llevaban una vida peor que la de ellos, una vida carente de caridad. Cuando simplemente mencioné al «Señor», se sintieron no obstante profundamente conmovidos. Después los ángeles les enseñaron que la doctrina cristiana, más que cualquier otra del mundo, exigía amor y caridad, pero que no eran muchos los que vivían de acuerdo con ella.

Hay gentiles que durante su vida terrenal se enteraron de oídas de que algunos cristianos llevan una mala vida –una vida de adulterio, odio, murmuración, embriaguez y cosas semejantes– que les horrorizaba porque cosas como ésas son contrarias a su religión. En la otra vida vacilan particularmente en aceptar las verdades de la fe. Sin embargo, son instruidos por los ángeles de que la doctrina cristiana y la fe misma enseñan algo muy diferente, pero que los cristianos no viven según sus doctrinas como hacen los gentiles. Cuando comprenden esto, aceptan las verdades de la fe y adoran al Señor, pero sólo después de un tiempo.

326. Sucede con frecuencia que cuando los gentiles entran en la otra vida, si han adorado a algún dios bajo la forma de una imagen, estatua o ídolo, son presentados a personas que asumen los papeles de esos dioses o ídolos para ayudarles a librarse de sus ilusiones. Después de que han estado con esas personas durante unos días, las fantasías desaparecen.

Si han adorado a individuos particulares, entonces son presentados o a esas mismas personas o a individuos que desempeñan su papel. Muchos judíos, por ejemplo, son presentados a Abraham, Jacob, Moisés o David; pero cuando se dan cuenta de que son tan humanos como cualquier otro y que no tienen nada especial que ofrecerles, se quedan desconcertados, y son llevados a algún lugar que esté de acuerdo con su vida.

Entre los gentiles, los africanos son especialmente valorados en el cielo. Aceptan las cosas buenas y verdaderas del cielo más diligentemente que otros. Quieren que se les llame obedientes, pero no fieles. Dicen que los cristianos deben ser llamados «fieles», puesto que tienen una doctrina de fe, pero no ellos a menos que acepten la doctrina, o, como ellos mismos dicen, que *puedan* aceptarla[207].

327. He hablado con algunas personas que estuvieron en la Iglesia Antigua[208]. (Por «Iglesia Antigua» nos referimos a la cultura religiosa que prevaleció después del diluvio en muchos reinos, a lo largo de Asiria, Mesopotamia, Siria, Etiopía, Arabia, Libia, Egipto, Palestina hasta Tiro y

Sidón, y el país de Canaán a ambos lados del Jordán[d].) Las gentes supieron entonces que el Señor iba a venir, y en ellos se infundieron los bienes de la fe; pero apostataron y se hicieron idólatras. Están en la parte delantera, hacia la izquierda[209], en una zona oscura, y se encuentran en un estado lamentable. Tienen voces monótonas, aflautadas, y prácticamente carecen de pensamiento racional. Decían que habían estado allí durante siglos y que, a veces, se les permitía salir para prestar algún servicio doméstico a otros.

Esto me llevó a reflexionar sobre los muchos cristianos que no son idólatras exteriormente, pero lo son interiormente porque realmente se adoran a sí mismos y al mundo, y en el fondo niegan al Señor. Ésta es la suerte que les espera en la otra vida.

328. Se ha explicado en el § 308, *supra*, que la Iglesia del Señor está extendida por todo el mundo. Es universal, pues, y está formada por todos los individuos que han vivido en la virtud de la caridad según los principios de su religión. En relación con las personas de fuera, la Iglesia donde está la Palabra y es conocido el Señor es como el corazón y los pulmones del cuerpo humano, que dan vida a todos los órganos y miembros del cuerpo según su forma, localización y conexiones.

Los niños en el cielo

329. Algunas personas creen que solamente los niños nacidos en la Iglesia entran en el cielo, pero no los nacidos fuera de la Iglesia. Dicen esto porque los niños nacidos en la Iglesia son bautizados e introducidos en la fe de la Iglesia por el bautismo. No comprenden que nadie entra ni

[d] La primera o Antiquísima Iglesia en este planeta fue la descrita en los primeros capítulos del Génesis, iglesia que estaba por encima de todas las demás y tenía un carácter celestial: 607, 895, 920, 1121, 1122, 1123, 1124, 2896, 4493, 8891, 9942, 10545. Sus miembros estaban como en el cielo: 1114-1125. Hubo varias iglesias después del Diluvio, a las que se denomina «Iglesia Antigua»; junto con alguna descripción: 1125-1127, 1327, 10355. Cómo eran los miembros de la Iglesia Antigua: 609 *[607]*, 895. Las antiguas iglesias eran iglesias simbólicas: 519, 521, 2896. Había una Palabra en la Iglesia Antigua, pero se perdió: 2897. Cómo era la Iglesia Antigua cuando comenzó a declinar: 1128. La diferencia entre la Antiquísima Iglesia y la Iglesia Antigua: 597, 607, 640, 641, 765, 784, 895, 4493. Los estatutos, juicios y leyes que eran obligatorios en la iglesia judía eran en alguna medida como los de la Iglesia Antigua: 4288, 4449, 10149. El Señor era el Dios de la Antiquísima Iglesia y de la Iglesia Antigua, y era conocido como Jehová: 1343, 6846.

en el cielo ni en la fe por el bautismo. El bautismo sirve solamente como signo y recuerdo de que debemos nacer de nuevo, y de que quienes nacen en la Iglesia pueden renacer porque allí está la Palabra, la Palabra que contiene las verdades divinas que hacen posible la regeneración. La Iglesia está donde el Señor, que es la fuente del renacimiento, es conocido[a].

Sépase, por tanto, que cada niño que muere, no importa dónde haya nacido, en la Iglesia o fuera de ella, de padres devotos o irreverentes, es aceptado por el Señor después de la muerte, llevado al cielo, instruido según el orden divino y colmado de sentimientos por el bien y, a través de ellos, del conocimiento directo de la verdad; y luego, continuamente perfeccionados en inteligencia y sabiduría, todos esos individuos son llevados al cielo y convertidos en ángeles.

Cualquiera que piense racionalmente puede comprender que nadie nace para el infierno, sino que todo el mundo nace para el cielo. Nosotros seremos culpables si vamos al infierno, pero los niños no son todavía responsables de ninguna culpa.

330. Los niños que mueren siguen siendo niños en la otra vida. Tienen el mismo tipo de mente infantil, la misma inocencia en su ignorancia, la misma delicadeza en todas las cosas; están solamente en los rudimentos del proceso de convertirse en ángeles; pues los niños no son ángeles en ser, sino que están en camino de llegar a serlo. En realidad, todo el que deja este mundo permanece en el mismo estado vital: un bebé, en el estado de bebé, un niño en el estado de niño, un adolescente, adulto o anciano en el estado de adolescente, adulto o anciano. Ahora bien, este estado termina por cambiar. El estado de niño es mejor que los otros, sin embargo, con respecto a la inocencia, y en el sentido de que los niños no han permitido que los males enraícen en ellos al no haberlos vivido. Todo lo celestial puede sembrarse en la inocencia, porque la inocencia es el receptáculo de las verdades de la fe y los buenos sentimientos del amor.

331. La condición de los niños en la otra vida es inmensamente me-

[a] El bautismo significa regeneración por el Señor por medio de verdades de fe desde la Palabra: 4255, 5120, 9089 *[9088]*, 10239, 10386-10388, 10392. El bautismo es el signo de que una persona pertenece a la Iglesia donde el Señor, fuente del renacimiento, es reconocido: 10386-10388. El bautismo no da la fe ni la salvación, pero da testimonio del hecho de que los que serán aceptados en el cielo serán los que hayan renacido: 10391.

jor que la de los niños en nuestro mundo porque no están revestidos con un cuerpo terrenal. En su lugar, tienen un cuerpo angélico. El cuerpo terrenal es intrínsecamente pesado. No recibe sus sensaciones e impulsos primarios del mundo espiritual o interior, sino del natural o exterior; por eso los niños de este mundo aprenden mediante la práctica a andar, a hacer cosas y a hablar; incluso sus sentidos, como la vista y el oído, se desarrollan por la práctica. Es diferente lo que ocurre con los niños en la otra vida. Al ser espíritus, sus acciones nacen directamente de su naturaleza interna. Andan sin práctica e incluso hablan, aunque al principio expresen sólo sentimientos generales, todavía no diferenciados en conceptos mentales. Sin embargo, muy pronto son iniciados también en estos últimos, puesto que su naturaleza exterior está de acuerdo con su naturaleza interior. También entonces, las palabras de los ángeles fluyen de sus sentimientos, modificadas por las ideas de su pensamiento, de manera que sus palabras están en perfecta armonía con los pensamientos que surgen de sus sentimientos (véase *supra*, §§ 234-245).

332. Tan pronto como los niños son resucitados (lo que sucede inmediatamente después de su muerte), son llevados al cielo y entregados a ángeles femeninos que hayan amado tiernamente a los niños durante su vida física y que hayan amado también a Dios. Y esos ángeles que habían amado en este mundo a todos los niños con una especie de ternura maternal, aceptan a los nuevos como si fueran suyos, y los niños aman a esos ángeles femeninos como a sus madres, como si esto fuera innato en ellos. Cada uno de estos ángeles tiene tantos niños como su naturaleza maternal espiritual requiere.

Este cielo puede verse delante de la frente, directamente en la línea o radio en que los ángeles miran al Señor[210]. La razón de esta localización es que los niños están bajo el cuidado directo del Señor. En ellos fluye el cielo de la inocencia, que es el tercer cielo.

333. Los niños difieren en cuanto a su naturaleza. Algunos tienen la naturaleza de los ángeles espirituales, otros la naturaleza de los ángeles celestiales. Los niños de naturaleza celestial aparecen en la parte derecha del cielo, y los de naturaleza espiritual en la izquierda. Todos los niños del Hombre Universal que es el cielo están en la región de los ojos, con los de naturaleza espiritual en la región del ojo izquierdo y los de naturaleza celestial en la región del ojo derecho, pues a los ángeles del reino espiritual el Señor se les muestra frente al ojo izquierdo y a los ángeles del rei-

no celestial frente al ojo derecho (véase *supra*, § 118). Que los niños estén en la región de los ojos en el Hombre Universal o cielo, nos indica que están bajo la visión y el cuidado directos del Señor.

334. Debemos explicar brevemente cómo son educados los niños en el cielo. Aprenden a hablar del ángel que les cuida. Sus primeras palabras son solamente el sonido de su sentimiento, que gradualmente se hace más articulado en la medida en que las ideas que piensan entran en ellos, puesto que esas ideas que surgen de los sentimientos constituyen todo el lenguaje angélico, como puede verse en §§ 234-245.

Las primeras cosas instiladas en esos sentimientos (procedentes todos de su inocencia) son aquellas que ven con sus ojos y que les complacen de forma especial; y puesto que esas cosas son de origen espiritual, al mismo tiempo fluyen a ellos los aspectos del cielo que sirven para abrir su naturaleza más profunda. De esta manera se hacen cada día más perfectos. Cuando han completado la primera fase de su vida, son llevados a otro cielo donde otros instructores les enseñan, y así sucesivamente.

335. A los niños se les enseña especialmente mediante imágenes adaptadas a su naturaleza, imágenes que son más hermosas y más llenas de sabiduría que todo lo que se puede imaginar. De esta manera, se instila gradualmente en ellos una inteligencia que extrae su esencia del bien. En este punto puedo citar dos ejemplos que yo mismo he podido ver y que sirven para indicar la naturaleza del conjunto.

Al principio, representaban al Señor saliendo resucitado de la tumba y, al mismo tiempo, la unión de su naturaleza humana con su naturaleza divina. Esto se hacía de tal manera que sobrepasaba toda sabiduría humana y, al mismo tiempo, con inocencia infantil. Se representaba la idea del sepulcro, pero con el Señor presente de una forma tan remota que apenas se podía decir que fuera el Señor, como si estuviera muy lejos. De esta manera eliminaban la sensación de muerte que hay en la idea de sepulcro. Luego algo etéreo, algo que parecía vago y acuoso se introducía cuidadosamente en el sepulcro, referido a la vida espiritual representada por el bautismo, de nuevo desde una distancia apropiada.

Entonces vi una representación del Señor bajando hasta los cautivos y subiendo con ellos hasta el cielo, presentada con incomparable prudencia y reverencia. Para adaptarlo a la mentalidad infantil, había unas cuerdecitas, casi invisibles, extremadamente suaves y delicadas, que caían hacia abajo y sostenían al Señor en su ascenso. En todo esto, había un santo te-

mor para que nada en esas imágenes fuera tratado superficialmente, para que no hubiera nada que no fuera espiritual y celestial.

Había otras representaciones que también incluían a niños –por ejemplo, juegos convenientes a la mente infantil– por las que eran iniciados en el conocimiento de la verdad y el sentimiento del bien.

336. Se me mostró también la naturaleza de su delicado entendimiento. Cuando yo rezaba la Oración del Señor y ellos fluían a mis ideas desde su propio entendimiento, advertí que su influjo era tan delicado y suave que apenas era nada más que una sensación. Al mismo tiempo observé que su entendimiento había estado abierto al Señor, pues era como si lo que procedía de ellos fluyera simplemente a través de ellos. En realidad, el Señor fluye en las ideas de los niños, principalmente de los más interiores. No hay nada, como sucede con los adultos, que cierre sus ideas, ningún principio de falsedad que les impida la verdadera comprensión, ninguna vida de mal que les impida aceptar el bien y que les cierre, por consiguiente, el camino a la sabiduría.

Podemos deducir de todo esto que los niños no se convierten en ángeles inmediatamente después de la muerte, sino que son gradualmente llevados al cielo a través del conocimiento del bien y la verdad, todo según los designios del cielo; pues los menores detalles de su naturaleza son conocidos por el Señor, y así son conducidos, en concordancia con todos y cada uno de los impulsos de sus inclinaciones, hacia la aceptación de las verdades que surgen del bien y el bien constituido por la verdad.

337. También se me ha mostrado cómo todas esas cosas son instiladas empleando medios placenteros y deliciosos apropiados a su naturaleza. De hecho, se me ha permitido ver a niños atractivamente vestidos, con guirnaldas de flores sobre el pecho que brillaban con colores celestiales y encantadores, y otras semejantes alrededor de sus delicados brazos. Una vez incluso se me permitió ver a algunos niños con sus niñeras, en compañía de algunas mujeres jóvenes en un jardín paradisíaco –no un jardín de árboles comunes, sino de arcos abovedados formados por algo semejante a laureles que al imbricarse unos con otros formaban entradas en los caminos que ofrecen acceso al interior–, y esos niños vestidos con igual belleza. Al entrar, las flores de la entrada resplandecían con la luz más alegre que se pueda imaginar. Esto me permitió deducir la naturaleza de sus deleites y cómo eran introducidos en las bendiciones de la inocencia y la solicitud por medio de cosas encantadoras y deliciosas, con el Señor ins-

tilando constantemente bendiciones por medio de tan maravillosos y cautivadores dones.

338. Por un medio de comunicación que es común en la otra vida, se me ha mostrado cómo son las ideas de los niños cuando miran diversos objetos. Es como si todo estuviera vivo; así, en las menores ideas de su pensamiento hay una vida inherente. Deduje que los niños de la tierra tienen ideas más o menos similares cuando están en sus juegos, puesto que no tienen todavía el tipo de pensamiento reflexivo que tienen los adultos sobre lo inanimado.

339. Mencioné antes que los niños tienen una naturaleza celestial o una naturaleza espiritual. Se puede establecer con mucha claridad cuáles son de naturaleza celestial y cuáles de naturaleza espiritual. Los primeros piensan, hablan y actúan más suavemente, de manera que nada es perceptible, salvo lo que fluye del amor al bien, del amor al Señor y a los otros niños. Los otros no piensan, hablan ni actúan tan dulcemente. En cambio, hay algo así como una vibración de alas que aparece en todo lo que tiene relación con ellos. Esto puede percibirse lo mismo en su enfado que en otras cosas.

340. Muchos piensan que los niños permanecen para siempre como niños en el cielo y son como niños entre los ángeles. Los que no saben qué es un ángel ven confirmada su opinión en las imágenes que ven por todas partes en las iglesias, donde se representa a los ángeles como niños. Sin embargo, las cosas son realmente muy distintas. Es la inteligencia y la sabiduría lo que constituye un ángel, cualidades que no tienen cuando son niños. Los niños están con los ángeles, pero todavía no son ángeles. Tan pronto como son inteligentes y sabios se convierten en ángeles. En realidad –y esto es algo que me sorprendió– cuando llega ese momento ya no parecen niños, sino adultos, porque ya no tienen una naturaleza infantil sino una naturaleza angélica más madura. Esto va unido a la inteligencia y la sabiduría.

La razón de que los niños parezcan más maduros cuando son perfeccionados en inteligencia y sabiduría –es decir, que tengan el aspecto de adolescentes y adultos jóvenes– es que la inteligencia y la sabiduría son el alimento espiritual esencial[b]. Por eso las cosas que alimentan su mente ali-

[b] El alimento espiritual está constituido por los conocimientos, la inteligencia y la sabiduría, y por consiguiente por el bien y la verdad que son su fuente: 3114, 4459, 4792,

mentan también su cuerpo, lo que es un resultado de la correspondencia, ya que la forma del cuerpo no es otra cosa que la forma exterior de la naturaleza interior.

Hay que saber que los niños en el cielo no crecen más allá de la primera juventud, y que permanecen en esa edad para siempre. He podido asegurarme de que es así, pues he tenido ocasión de hablar con algunos que habían sido llevados como niños al cielo y habían crecido allí, con otros mientras eran todavía niños, y después, con los mismos cuando ya eran jóvenes; y les he oído hablar del desarrollo de su vida y del paso de una edad a otra.

341. Podemos deducir de lo que hemos dicho anteriormente (§§ 276-283) sobre la inocencia de los ángeles en el cielo que la inocencia es el receptáculo de todo lo celestial y, por lo tanto, que la inocencia de los niños es la matriz de todos los sentimientos hacia el bien y la verdad. Explicábamos allí que inocencia es querer ser conducido por el Señor y no por uno mismo, de manera que la medida en que estamos en la inocencia determina la medida en que estamos liberados de preocupaciones por nuestro ego. En la medida en que estamos liberados del ego, logramos una identidad otorgada por el Señor. La identidad del Señor es lo que se denomina la justicia y la dignidad del Señor.

La inocencia de los niños, sin embargo, no es una inocencia real, porque carece todavía de sabiduría. La inocencia real es sabiduría porque en la medida en que somos sabios queremos ser conducidos por el Señor; o lo que viene a ser lo mismo, en la medida en que queremos ser conducidos por el Señor, somos sabios.

[2] Por eso los niños son llevados desde la inocencia exterior que los caracteriza al principio, lo que se llama la inocencia de la infancia, hasta la inocencia interior que es la inocencia de la sabiduría. Esta última inocencia es el objetivo de todo el proceso de su instrucción. Por consiguiente, cuando llegan a la inocencia de la sabiduría, la inocencia de la infancia que les había servido como matriz en el entretanto se une a ellos.

5147, 5293, 5340, 5342, 5410, 5426, 5576, 5582, 5588, 5656 *[5655]*, 8562, 9003. Así, «alimento» en un sentido espiritual es cualquier cosa que procede de la boca del Señor: 681. «Pan» significa todo alimento en general, y por tanto todo bien celestial y espiritual: 276, 680, 2165, 2177, 3478, 6118, 8410. Por eso alimentan la mente que pertenece a la persona interior: 4459, 5293, 5576, 6277, 8418 *[8410]*.

[3] La naturaleza de la inocencia de los niños me fue descrita como algo leñoso y casi sin vida que era vivificado cuando los niños se perfeccionaban mediante los descubrimientos de la verdad y los efectos del bien. Después, la naturaleza de la inocencia real fue representada con un niño sumamente hermoso, desnudo y lleno de vida. Los realmente inocentes que están en el cielo interior se muestran a los ojos de otros ángeles como niños, algunos de ellos desnudos, puesto que la inocencia se representa como una desnudez sin vergüenza, como leemos respecto del primer hombre y su mujer en el jardín (Génesis 2, 25). También por eso, cuando perdieron su inocencia se avergonzaron de su desnudez y se escondieron (Génesis 3, 7. 10-11).

En resumen, los ángeles son más sabios cuanto más inocentes son; y cuanto más inocentes son, más se parecen a los niños. Por eso, en la Palabra, infancia significa inocencia (véase *supra*, § 278).

342. He hablado con los ángeles acerca de los niños, preguntándoles si estaban libres de males al no tener el conocimiento del mal que tienen los adultos. Se me dijo sin embargo que los niños están igualmente en el mal, incluso hasta el punto de que no son nada sino mal[c,211]. Sin embargo, a ellos, como a todos los ángeles, el Señor les oculta sus males y los mantiene fijos en el bien hasta el punto de parecerles que están centrados espontáneamente en él. Por eso, para impedir que los niños que han crecido en el cielo tengan una falsa idea de sí mismos –es decir, para que no crean que el bien que los rodea procede de ellos y no del Señor– son

[c] Todos nacemos en males de todo tipo, hasta el punto de que nuestra propia identidad no es nada sino mal: 210, 215, 731, 874-876, 987, 1047, 2307, 2308, 3518, 3701, 3812, 8480, 8550, 10283, 10284, 10286, 10731 *[10732]*. Por eso debemos renacer, esto es, ser regenerados: 3701. El mal que heredamos es amarnos a nosotros mismos más que a Dios y al mundo más que al cielo, y considerar a nuestro prójimo como nada en comparación con nosotros, salvo para nuestro beneficio y, por consiguiente, para nosotros mismos; de manera que la herencia es amor por uno mismo y por el mundo: 694, 731, 4317, 5660. Es de este amor a uno mismo y al mundo, cuando gobiernan, de donde vienen todos los males: 1307, 1308, 1321, 1594, 1691, 3413, 7255, 7376, 7480 *[7489]*, 7488, 8318, 9335, 9348, 10038, 10742; males que son un desprecio para los otros, hostilidad, odio, venganza, crueldad y engaño: 6667, 7372-7374, 9348, 10038, 10742; y de estos males viene todo lo que es falso: 1047, 10283, 10284, 10286. Estos amores irrumpen en la medida en que se les da rienda suelta y el amor a uno mismo aspira incluso al trono de Dios: 7375, 8678.

puestos ocasionalmente en contacto con sus males hereditarios y mantenidos en ellos hasta que saben, reconocen y creen cómo son realmente las cosas.

[2] Había un individuo que, al haber muerto en la infancia, había crecido en el cielo y sostenía esa opinión. Era hijo de un determinado rey y había caído en la vida de mal en que había nacido. Por su aura vital yo diría que tenía tendencia a dominar a los otros y que consideraba el adulterio como asunto sin importancia, males que formaban parte de su herencia paterna. Una vez reconoció que era así, fue sin embargo aceptado de nuevo entre los ángeles con los que había estado antes.

[3] En la otra vida, ninguno de nosotros sufre ningún castigo por el mal heredado, porque no es nuestro. No somos culpables de nuestra naturaleza hereditaria. Somos castigados sólo por todo mal que nosotros hayamos realizado, es decir, por cualquier mal hereditario que hemos reivindicado como nuestro actualizándolo en nuestras vidas[212].

La razón de que los niños que se han hecho adultos sean puestos en contacto con su mal hereditario no es hacerles sufrir un castigo; es que lleguen a saber que por sí mismos no son nada sino mal y que son llevados del infierno al cielo por la misericordia del Señor. Esto les impide vanagloriarse ante los otros por el bien que les espera, pues eso es contrario a la bendición del amor mutuo y está asimismo contra la verdad de la fe.

343. Varias veces he estado con algunos grupos de niños muy pequeños que todavía no habían aprendido a hablar[213]. Producían un sonido suave, informe, como si todavía no fueran capaces de actuar juntos como lo harían si fueran mayores. Lo que me sorprendió fue que los espíritus que estaban conmigo no podían dejar de intentar hacerlos hablar, pues ese tipo de impulso es innato en los espíritus. Sin embargo, observé que los niños siempre se resistían, no queriendo hablar así. Con frecuencia capté una reluctancia, una aversión, acompañada de un cierto resentimiento. Y cuando llegaban a tener una cierta capacidad de hablar, todo lo que decían era «eso no es así». Se me dijo que se trata de un tipo de prueba a que se somete a los niños no sólo para acostumbrarlos y enseñarles a resistir lo que es falso y malo, sino para evitar que piensen, hablen o actúen a las órdenes de otro, de manera que no se dejen conducir por nadie sino por el Señor.

344. Podemos deducir de lo dicho hasta aquí cómo es la educación de

los niños en el cielo: por medio de la comprensión de la verdad y la sabiduría del bien, son conducidos a una vida angélica que consiste en amor al Señor y en un amor mutuo presidido por la inocencia.

Un ejemplo puede servir para ilustrar cuán diferente es en muchos aspectos la educación de los niños en la tierra. Estaba en una calle de una gran ciudad y vi a varios niños peleándose. Se reunió una multitud que los observaba con placer, y me dijeron que los propios padres alentaban a los niños a peleas como ésa. Los espíritus y los ángeles buenos que lo veían todo a través de mis ojos sentían tal repugnancia que yo mismo podía sentir cómo se estremecían, especialmente ante el hecho de que los padres alentaran ese tipo de conducta. Dijeron que actuando de ese modo ahogarían en la edad más temprana todo el amor mutuo y toda la inocencia que los pequeños reciben del Señor y los llevarían al odio y la venganza. Por sus prácticas deliberadas sus niños no serían aceptados por el cielo, donde no existe nada más que amor mutuo. Los padres y madres que deseen el bien para sus hijos deberían tener cuidado con cosas como éstas.

345. Debemos describir también la diferencia entre las personas que mueren como niños y las personas que mueren como adultos. Los que mueren como adultos tienen un plano[214] adquirido en el mundo terrenal, material, y lo llevan consigo. Este plano es su memoria y su sensibilidad física, natural. Se estabiliza y luego queda inactivo; pero sirve no obstante a su pensamiento después de la muerte como un plano exterior porque su pensamiento fluye en él. Por eso la naturaleza de este plano y la forma en que su actividad racional responde a sus contenidos determina la naturaleza de los individuos después de la muerte.

Quienes han muerto en la infancia y han sido elevados al cielo no tienen, sin embargo, este tipo de plano. Tienen un plano natural-espiritual porque no llevan consigo nada del mundo material ni de sus cuerpos terrenales. Esto significa que no pueden dejarse arrastrar hacia sentimientos toscos y los pensamientos consiguientes, pues todo lo toman del cielo.

No solamente eso, los niños pequeños no saben que nacieron en la tierra, sino que piensan que nacieron en el cielo. Esto significa que no tienen conciencia de ningún nacimiento diferente del nacimiento espiritual que se realiza a través de la familiaridad con el bien y la verdad y por medio de la inteligencia y la sabiduría que hacen a las personas verdade-

ramente humanas. Puesto que esto procede del Señor, creen que ellos pertenecen al Señor, y les gusta que así sea.

No obstante, el estado de quienes han crecido en la tierra puede llegar a ser tan perfecto como el estado de los niños que han crecido en el cielo si se apartan de los amores físicos y terrenales, del amor a sí mismos y del amor al mundo, y aceptan en su lugar las formas de amor espiritual.

Los sabios y los simples en el cielo

346. Se piensa que los sabios tendrán más gloria y renombre en el cielo que los simples porque se dice en Daniel: «Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud[215], como las estrellas a perpetua eternidad» (Daniel 12, 3). Sin embargo, no son muchos los que saben lo que se quiere decir con «los entendidos» y «los que enseñan la justicia». Es opinión común que éstos son los que denominamos eruditos y doctos, especialmente los que han desempeñado funciones docentes en la Iglesia y han superado a los otros en doctrina y en predicación, y más aún si están entre aquellos que han convertido a otros a la fe. Todas las personas así son consideradas «entendidas» en el mundo; pero con todo, las personas de las que habla este versículo no son «entendidas» en el cielo a menos que su inteligencia sea la inteligencia celestial que vamos a describir.

347. La inteligencia celestial es una inteligencia interior que surge del amor a la verdad, no en busca de alguna alabanza por parte del mundo o del cielo, sino simplemente por la verdad misma, por ser profundamente conmovedora y deliciosa. Las personas que son movidas y deleitadas por la verdad misma son movidas y deleitadas por la luz del cielo; y si es así, entonces son movidas también por la verdad divina y realmente por el Señor mismo, puesto que la luz del cielo es la verdad divina, y la verdad divina es el Señor en el cielo (véase *supra*, §§ 126-140).

Esta luz penetra solamente en los niveles más profundos de la mente, puesto que sólo los niveles más profundos de la mente están formados para aceptarla; y en la medida en que penetra en ellos, conmueve y deleita porque todo lo que fluye allí desde el cielo y es aceptado contiene deleite y placer en su interior. Ésta es la fuente de un sentimiento auténtico de la verdad, un sentimiento de la verdad por sí misma. Las personas que participan de este sentimiento (o este amor, que equivale a lo mismo) disfrutan de inteligencia celestial y brillan en el cielo como el resplandor del

firmamento. La razón de que brillen es que siempre que la verdad divina aparece en el cielo, brilla (véase *supra*, § 132); y en razón de la correspondencia, el firmamento del cielo significa la inteligencia más profunda, tanto en los ángeles como en nosotros, que está en la luz del cielo.

[2] Sin embargo, quienes tienen amor a la verdad en razón de la alabanza de este mundo o la alabanza del cielo posiblemente no pueden brillar en el cielo, porque no son deleitados y movidos por la luz del cielo, sino solamente por la luz del mundo; y esta luz sin la luz celestial es pura oscuridad[a]. Es entonces la gloria del yo la que gobierna porque ése es el objetivo que se tiene a la vista, y cuando esa gloria es nuestro objetivo, entonces estamos centrados principalmente en nosotros mismos; y las verdades que son útiles como medio para nuestra propia gloria son consideradas solamente como medios para un fin y como esclavas. Pues siempre que amamos las verdades divinas en razón de nuestra propia gloria, centramos en nosotros mismos las verdades divinas y no en el Señor. Esto desvía nuestra mirada (que es una actividad de nuestro entendimiento y de nuestra fe) del cielo hacia el mundo y del Señor hacia nosotros mismos. Por eso estamos en la luz del mundo y no en la luz del cielo.

[3] Exteriormente, a ojos de los demás, parecen tan inteligentes y sabios como los que están a la luz del cielo, porque hablan más o menos de la misma manera. Incluso pueden parecer más sabios exteriormente, porque están vigorizados por su egoísmo y han aprendido a imitar los sentimientos celestiales. Pero interiormente, según los ven los ángeles, son totalmente diferentes.

De esto podemos deducir en alguna medida quiénes son «los entendidos [que] resplandecerán como el resplandor del firmamento». Ahora debemos explicar quiénes son «los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad».

[a] La luz del mundo es para la persona exterior; la luz del cielo, para la interior: 3222, 3223 *[3224]*, 3337. La luz del cielo fluye en nuestra iluminación natural, y como personas naturales somos sabios en la medida en que aceptamos la luz del cielo: 4302, 4408. Mirando desde la luz del mundo, es decir, con lo que se denomina iluminación natural, las cosas que están a la luz del cielo no pueden verse, pero sí sucede lo contrario: 9754 *[9755]*. Por eso las personas que están solamente en la luz del mundo no pueden ver las cosas que están en la luz del cielo [leemos *luce*, «luz», en lugar del absurdo *lude* de la primera edición]: 3108. La luz del mundo es oscuridad para los ángeles: 1521, 1783, 1880.

348. «Los que enseñan la justicia a la multitud» se refiere a los sabios. En el cielo las personas son llamadas sabias si están comprometidas en el bien, y están comprometidas en el bien cuando llevan las verdades divinas directamente a su vida, puesto que la verdad divina se convierte en bien cuando llega a ser materia de vida. Entonces se convierte verdaderamente en materia de voluntad y amor; y todo lo que pertenece a nuestra voluntad y nuestro amor es considerado bueno. Por eso se les llama sabios, porque la sabiduría es materia de vida. En cambio, de aquellos que no llevan directamente las verdades divinas a su vida, sino que las consignan primero en su memoria y luego las sacan para aplicarlas a la vida, se dice que son inteligentes. La naturaleza y el alcance de la diferencia entre los sabios y los inteligentes en los cielos ha sido presentada en el capítulo sobre los dos reinos del cielo, el celestial y el espiritual (§§ 20-28), y en el capítulo sobre los tres cielos (§§ 29-40).

De quienes están en el reino celestial del Señor, especialmente en el tercer cielo o cielo más interior, se dice que son justos porque no se atribuyen ninguna justicia a sí mismos, sino que toda justicia la atribuyen al Señor. La justicia del Señor en el cielo es el bien que procede del Señor[b], de manera que éstos son los que «enseñan la justicia», aquellos a los que se refiere el Señor cuando dice: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre» (Mateo 13, 43). La razón de que resplandezcan como el sol es que están en el amor al Señor desde el Señor, y este amor es lo que significa el sol (véase *supra*, §§ 116-125). Además, la luz que tienen es ardiente, y sus pensamientos individuales tienen algo de flamígero, pues están recibiendo el bien del amor directamente del Señor como el sol en el cielo.

349. Todos aquellos que han adquirido inteligencia y sabiduría en el mundo son recibidos en el cielo y se convierten en ángeles, según la cualidad y cantidad de su inteligencia y sabiduría individuales. Todo lo que hemos adquirido en este mundo permanece con nosotros. Lo llevamos

[b] La dignidad y la justicia del Señor son el bien que gobierna en el cielo: 9486, 9986. Los justos, o los que enseñan la justicia, son aquellos a quienes la dignidad y la justicia del Señor les han sido asignadas, y los injustos son aquellos que tienen su propia justicia y dignidad: 5069, 9263. La naturaleza en la otra vida de las personas que han reclamado la justicia para sí: 942, 2027. La justicia en la Palabra se adscribe al bien, y el juicio a la verdad, por eso hacer justicia y juicio es hacer el bien y la verdad: 2235, 9857.

con nosotros tras la muerte, donde es aumentado y completado, siempre según el grado de nuestro sentimiento y deseo de verdad y de bien, y no más allá de ese grado. Las personas que han tenido poco sentimiento y deseo reciben poco, pero sin embargo tanto como puedan aceptar en su nivel. Las personas que han tenido un intenso sentimiento y un gran deseo reciben mucho. El nivel real de sentimiento y deseo es como una medida que se llena hasta que rebosa. Esto significa más para las personas cuya medida es grande y menos para las personas cuya medida es pequeña. Así es porque el amor, al que sentimiento y deseo pertenecen, acepta todo lo que se ajusta a él; por eso, tanto como ama, así recibe. Éste es el sentido de las palabras del Señor: «Porque a cualquiera que tiene se le dará y tendrá más» (Mateo 13, 12; 25, 29); «Medida buena, apretada, remecida y rebosando» (Lucas 6, 38).

350. En el cielo son aceptados todos los que han amado la verdad y el bien por ser verdadero y bueno. Las personas que han amado mucho son las únicas a las que se llama «sabias», y a las personas que han amado menos se les llama «simples». Los sabios en el cielo están en una luz abundante, mientras que los simples en el cielo están en una luz menor, siempre en función de su nivel de amor al bien y la verdad.

Amar la verdad y el bien porque es verdadero y bueno es quererlo y hacerlo, pues las personas que quieren y actúan son las que aman, no las que no quieren ni actúan. Los primeros son los que aman al Señor y son amados por el Señor, porque el bien y la verdad son del Señor; y puesto que son del Señor, el Señor está en ellos (al estar presente en lo que es bueno y verdadero); por eso está con las personas que aceptan el bien y la verdad en sus vidas deseándolo y haciéndolo.

Visto en sí mismo el ser humano no es nada sino su bien y su verdad, pues el bien es la substancia de la voluntad y la verdad es la substancia del entendimiento, y la cualidad de la volición y el entendimiento determina nuestra propia cualidad como personas. Deducimos de aquí que somos amados por el Señor en la medida en que nuestra voluntad está formada por el bien y nuestro entendimiento por la verdad.

Ser amados por el Señor es también amar al Señor, porque el amor es recíproco. El Señor capacita a lo amado para amar.

351. En este mundo se cree que las personas que están llenas de conocimientos –sean referentes a las doctrinas de la Iglesia y la Palabra o a las artes y las ciencias– ven las verdades más profunda y claramente que

las otras, y que son por tanto más inteligentes y sabias. Esas personas creen lo mismo de sí mismas. Debemos explicar ahora qué son la inteligencia y la sabiduría verdaderas, y qué son la inteligencia y la sabiduría espurias.

[2] La verdadera inteligencia y la verdadera sabiduría ven y comprenden lo que es verdadero y bueno; sobre esa base ven lo que es falso y malo y distinguen certeramente entre ellos; y hacen esto desde la intuición y la percepción interior. Hay un nivel más profundo y otro nivel más externo en todo individuo, comprendiendo el más profundo lo que pertenece a la persona interior o espiritual y el exterior lo que pertenece a la persona exterior o natural. La forma en que los niveles más profundos están formados y se unen con los exteriores determina la forma en que vemos y percibimos. Nuestros niveles más profundos solamente pueden ser formados en el cielo, mientras que los exteriores se forman en este mundo. Cuando los niveles interiores se han formado en el cielo, entonces todo lo que allí sucede fluye a los niveles exteriores que se derivan de este mundo y así se forman de modo que se corresponden con aquéllos, esto es, para que puedan actuar unitariamente con los niveles interiores. Una vez que se ha realizado este proceso, vemos y percibimos desde dentro.

La única forma en que los niveles interiores pueden formarse es mediante nuestra fijación en la Deidad y en el cielo, pues como ya se señaló, los niveles más profundos se forman en el cielo. Nos centramos en la Deidad cuando creemos en ella y la aceptamos como fuente de toda verdad y todo bien y, por consiguiente, de toda inteligencia y toda sabiduría. Creemos en la Deidad cuando queremos ser conducidos por ella. Ésta es la única manera de que nuestros niveles más profundos se abran.

[3] Cuando nos consagramos a esta fe y llevamos una vida acorde con ella, disfrutamos de la capacidad de comprender y ser sabios. Sin embargo, para ser inteligentes y sabios es conveniente que aprendamos muchas cosas no sólo sobre las cuestiones celestiales, sino también sobre las terrenales. Aprendemos sobre las cosas celestiales por la Palabra y la Iglesia, y sobre las terrenales por las artes y las ciencias. En la medida en que aprendemos y aplicamos nuestro aprendizaje a nuestras vidas, nos hacemos inteligentes y sabios, pues en esa medida nuestra visión profunda, la visión de nuestro entendimiento, y nuestro sentimiento profundo, que es el sentimiento de nuestra voluntad, son perfeccionados.

De estas personas, los simples son aquellos cuyos niveles profundos han sido abiertos, pero no han sido tan desarrollados a través de las ver-

dades naturales, civiles, morales y espirituales. Captan estas verdades cuando las oyen, pero no las ven dentro de sí mismos. En cambio, los sabios son aquellos cuyos niveles más profundos han sido no solamente abiertos, sino también desarrollados. Ven ambas verdades dentro de sí y las captan.

Vemos así qué son la verdadera inteligencia y la verdadera sabiduría.

352. Por pseudointeligencia y pseudosabiduría nos referimos a no ver y percibir lo que es verdadero y bueno (y tampoco por lo tanto lo que es falso y malo) desde dentro de uno mismo, y limitarse a creer que las cosas son verdaderas y buenas o falsas y malas porque alguien lo dice, y entonces ratificarlo. Quienes así hacen no ven lo que es verdadero sobre la base de su verdad, sino solamente por la autoridad de alguien, y pueden agarrarse tanto a algo falso como a algo verdadero y creer en ello, e incluso racionalizarlo hasta que realmente parezca verdadero. Todo lo que se racionaliza adquiere la apariencia de verdad, y no hay nada que no pueda racionalizarse. Los niveles más profundos de tales individuos se abren sólo hacia abajo, y sus niveles más externos se abren en la medida en que confirman sus opiniones. Por eso la luz desde la que ven no es la luz del cielo, sino la luz del mundo, lo que se denomina «iluminación natural»[216]. A esa luz, las cosas falsas pueden brillar como si fueran verdaderas. En realidad, desde el momento en que hay una convicción completa, pueden incluso brillar intensamente, aunque no a la luz celestial.

Las personas menos inteligentes y sabias de este tipo son aquellas que se han convencido de muchas opiniones, y las más inteligentes y sabias las que se han convencido de menos.

Vemos así qué es la pseudointeligencia y la pseudosabiduría.

[2] Sin embargo, esta categoría no incluye a las personas que de niños creyeron como verdadero lo que escucharon a sus maestros, si posteriormente en su juventud, cuando empezaron a pensar por sí mismos, no se mantuvieron en esas opiniones sino que, sintiendo el anhelo de la verdad, se esforzaron en buscarla y se sintieron interiormente conmovidos cuando la encontraron. Puesto que son impulsados por la verdad misma, ven lo que es verdadero antes de hacer de ello una cuestión de convicción[c].

[c] Es parte de la sabiduría ver y comprender si algo es verdadero antes de que alguien lo ratifique, no ratificar lo que dicen otros: 1017, 4741, 7012, 7680, 7950. Ver y comprender lo que es verdadero antes de que sea ratificado se concede solamente a las personas

[3] Un ejemplo puede servir para ilustrarlo. Algunos espíritus estaban empeñados en una conversación sobre la razón de que los animales nazcan con el conocimiento de todo lo que es apropiado a su naturaleza, y los seres humanos, no. Se les dijo que eso se debe a que los animales están plenamente integrados en el orden apropiado a su vida, mientras que nosotros no; por eso tenemos que ser introducidos en ese orden por medio de cogniciones y conocimientos. Si naciéramos según el orden de nuestra vida, que es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, naceríamos en inteligencia y sabiduría y por consiguiente en la aceptación de todo lo que es verdadero en la medida en que nuestra intuición lo captara. Los buenos espíritus vieron y comprendieron inmediatamente que esto era así desde la luz de la verdad. Sin embargo, algunos espíritus que se habían convencido sólo de la fe y habían dejado a un lado el amor y la caridad no podían comprenderlo, porque la luz de las falsas convicciones oscurecía para ellos la verdad.

353. Por inteligencia y sabiduría falsas nos referimos a toda inteligencia y sabiduría que esté desprovista del conocimiento de lo Divino. En realidad, quienes no reconocen al Ser Divino sino que colocan a la naturaleza en lugar de lo Divino piensan sobre la base de sus cuerpos físicos. Están centrados solamente en los sentidos, no importa cuán doctos y eruditos puedan ser considerados en este mundo[d]. Sin embargo, su instruc-

que son impulsadas por la verdad en razón de la verdad y de la vida: 8521. La luz de la ratificación es una luz natural y no una luz espiritual; es una luz sensorial que puede encontrarse también entre los inicuos: 8780. Todo puede ser racionalizado, incluso lo falso, de manera que parezca ser verdadero: 2482 *[2477]*, 2490 *[2480]*, 5033, 6865, 8521.

[d] El nivel sensorial es el nivel más exterior de nuestra vida, apegado e incrustado en nuestros cuerpos: 5077, 5767, 9212, 9216, 9331, 9730. Decimos que son personas centradas en los sentidos si evalúan y deciden todo sobre la base de sus sentidos físicos y no creen nada a menos que lo vean con sus ojos y lo toquen con sus manos: 5094, 7693. Quienes son así construyen su pensamiento en su mente más externa, y no interiormente dentro de sí mismos: 5089, 5094, 6564, 7693. Su nivel más profundo está cerrado, de manera que no pueden ver nada de la verdad divina: 6564, 6844, 6845. En resumen, están en una iluminación natural ordinaria y no pueden ver nada que proceda de la luz del cielo: 6201, 6310, 6564, 6844, 6845, 6598, 6612, 6614, 6622, 6624. Por eso se oponen tan radicalmente a todo lo que supone el cielo y la Iglesia: 6201, 6316 *[6310]*, 6844, 6845, 6948, 6949. Los eruditos que se han convencido en oposición a las verdades de la Iglesia están centrados

ción no se eleva por encima de las cosas que en este mundo están frente a sus ojos, cosas que mantienen en su memoria y examinan casi físicamente. Esto sucede aunque las mismas ramas de conocimiento sirvan a la gente verdaderamente inteligente como medio de formar su entendimiento. Por «ramas de conocimiento» me refiero a las diversas disciplinas experimentales como Física, Astronomía, Química, Mecánica, Geometría, Anatomía, Psicología, Filosofía e Historia Política, así como a los campos de la literatura y la crítica y el estudio del lenguaje.

[2] Hay dignatarios de la Iglesia que niegan lo Divino. En efecto, no elevan su pensamiento por encima de los asuntos sensibles de la persona exterior y consideran que el contenido de la Palabra no es diferente del conocimiento de cualquier otra cosa; no tratan ese contenido como tema de pensamiento o de cualquier consideración minuciosa mediante la mente racional iluminada. Esto se debe a que sus niveles profundos están cerrados, y junto con ellos, los niveles más externos que están próximos a esos niveles profundos. La razón de que estén cerrados es que han vuelto su espalda al cielo e invertido las cosas que allí podían ver, cosas que son las propias de los niveles más profundos de la mente humana, como señalamos anteriormente. Por eso no pueden ver lo que es verdadero y bueno, porque esos asuntos están para ellos en la oscuridad, mientras que lo que es falso y malo está a la luz.

[3] No obstante, la gente centrada en los sentidos puede pensar lógicamente, y algunos de ellos incluso con más habilidad y penetración que otros. Sin embargo, apoyados en su propio saber, se fían de las engañosas apariencias sensibles y como pueden pensar lógicamente de esa forma, piensan que son más sabios que los demás[c]. El fuego que alimenta su razonamiento es el fuego del amor a sí mismos y al mundo.

Son las personas entregadas a la falsa inteligencia y sabiduría, aquéllos

en los sentidos: 6316. Una descripción de la naturaleza de las personas centradas en los sentidos: 10236.

[c] El pensamiento lógico de las personas centradas en los sentidos es hábil y agudo porque concentra toda la inteligencia en el discurso realizado desde la memoria física: 195, 196, 5700, 10236. Sin embargo, todo esto se apoya en una engañosa apariencia sensorial: 5084, 6948, 6949, 7693. Las personas centradas en los sentidos son más astutas y viciosas que otras: 7693, 10236. Los antiguos llamaban a la gente así «serpientes del árbol del conocimiento»: 195-197, 6398, 6949, 10313.

citados por el Señor en Mateo, que «viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden» (Mateo 13, 13), y también aquellos a los que se refieren las palabras: «Porque escondiste estas cosas de los sabios y los entendidos, y las revelaste a los niños» (Mateo 11, 25).

354. Se me ha permitido hablar con muchos eruditos después de marcharse de este mundo, con algunos que fueron renombrados y celebrados en todo el mundo literario por sus escritos, así como con algunos que no fueron tan conocidos pero que sin embargo tenían en su interior una sabiduría oculta.

Aquellos que en el fondo negaban a la Deidad, la reconocieran o no en voz alta, se habían vuelto tan estúpidos que apenas podían comprender alguna verdad profana, y mucho menos alguna verdad espiritual. Yo podía comprender y ver que los niveles interiores de su mente estaban tan cerrados que parecían tinta negra (cosas como éstas se hacen visibles en el mundo espiritual), y esto significaba que no podían soportar ninguna luz celestial ni permitir la entrada a ningún influjo del cielo. La negrura que envolvía sus niveles más profundos era mayor y más extensa en quienes se habían convencido de su oposición a lo Divino por medio de su erudición secular.

En la otra vida, las personas así aceptan alegremente cualquier cosa falsa. La absorben como una esponja absorbe el agua; y rechazan cualquier cosa verdadera como algo óseo y elástico rechaza cualquier producto que caiga sobre ello. Se dice también que si las personas se convencen a sí mismas de su oposición a lo Divino y de su defensa de la naturaleza, sus niveles profundos se vuelven realmente óseos. Incluso sus cabezas se vuelven callosas, como si estuvieran hechas de ébano, y esto alcanza igualmente a su nariz, señal de que ya no tienen ninguna percepción.

Las personas así están hundidas en cenagales, donde son acosados por las alucinaciones en que se convierten sus falsedades. Su fuego del infierno es su ardiente deseo de gloria y de fama, que los lleva a atacarse entre sí y a atormentar con celo infernal a todo el que no los adora como a dioses. Se hacen esto unos a otros de forma sucesiva.

En esto se convierte todo el saber terrenal que no acepta la luz del cielo mediante el reconocimiento de lo Divino.

355. Podríamos deducir cómo son cuando llegan al mundo espiritual después de la muerte simplemente por el hecho de que en ese punto todo lo relativo a su memoria natural queda inactivo, al igual que todo lo

que está directamente unido a sus sentidos físicos, como las disciplinas académicas que enumeramos anteriormente. Lo que permanece es únicamente la capacidad racional que ahora sirve como base al pensamiento y al discurso. En realidad llevamos con nosotros toda nuestra memoria natural, pero sus contenidos no están abiertos a nuestro examen y no entran en nuestro pensamiento como cuando estábamos vivos en este mundo. No podemos recuperar nada de ello y presentarlo a la luz espiritual porque los contenidos no son objeto de esa luz. Sin embargo, las capacidades cognitivas o racionales que adquirimos a través de las artes y las ciencias mientras vivimos en la carne se adecuan a la luz del mundo espiritual. Por eso, en la medida en que nuestro espíritu se ha hecho racional por medio de las cogniciones y conocimientos adquiridos en este mundo, somos racionales después de nuestra partida del cuerpo. Pues entonces somos espíritus, y es el espíritu el que piensa dentro del cuerpo[f].

356. Es diferente para las personas que han adquirido inteligencia y sabiduría por medio de cogniciones y conocimientos, personas que han aplicado todo al servicio de su vida y, al mismo tiempo, han reconocido al Ser Divino, han amado la Palabra y han llevado una vida espiritual y moral (como se describe *supra*, en § 319). A ellos, el saber les sirvió de medio para ser sabios y para alimentar su fe. Los niveles más profundos de su mente son percibidos e incluso se ven como si fueran transparentes a la luz, con un color brillante, llameante o azul, como el de los diamantes, rubíes o zafiros traslúcidos, en concordancia con la confirmación de sus conocimientos acerca de lo Divino y las verdades divinas. La inteligencia verdadera y la sabiduría verdadera aparecen así cuando se presentan visualmente en el mundo espiritual. Esto procede de la luz del cielo, que es la verdad divina que emana del Señor, fuente de toda inteligencia y sabiduría (véase *supra*, §§ 126-133). [2] Los planos focales de esta luz, en los que las sombras son como colores, son los niveles más profundos de la mente; y esas sombras o variaciones de color son producidas por las confirmaciones de las verdades divinas descubiertas a través de la natura-

[f] Los conocimientos conciernen a nuestra memoria natural, que conservamos mientras estamos en el cuerpo: 5212, 9922. Llevamos con nosotros toda nuestra memoria natural después de la muerte: 2475; desde la experiencia: 2481-2486; pero por muchas razones, no podemos sacar de ella las cosas como hacíamos en este mundo: 2476, 2477, 2479.

leza, es decir, mediante aprendizaje[g]. En realidad, la mente interior examina el material existente en la memoria natural y emplea el fuego del amor celestial para refinar, por decirlo así, las cosas que allí se encuentran, para sacarlas y purificarlas hasta el punto de convertirlas en conceptos espirituales. No somos conscientes de que esto ocurre mientras estamos en el cuerpo físico porque en ese estado, aunque pensemos espiritual y naturalmente, no observamos todavía lo que pensamos espiritualmente, sino sólo lo que pensamos naturalmente. Sin embargo, una vez hemos llegado al mundo espiritual, no somos conscientes de lo que antes pensábamos naturalmente, en este mundo, sino solamente de lo que pensábamos espiritualmente. De esta forma es como cambia nuestro estado. [3] Podemos ver así cómo nos hacemos más espirituales por medio de las cogniciones y los conocimientos y cómo éstos son medios de llegar a ser sabios solamente para las personas que reconocen al Ser Divino en la fe y en la vida.

Estas personas son recibidas en el cielo antes que otras y viven allí con los que están en el centro (§ 43) porque están en una luz mayor que los demás. Son los inteligentes y sabios que brillan en el cielo como el resplandor del firmamento y resplandecen como estrellas, mientras que las personas simples son las que han reconocido al Ser Divino, han amado la Palabra y han llevado una vida moral y espiritual, pero no han desarrollado de la misma manera los niveles más profundos de su mente mediante las cogniciones y el aprendizaje. La mente humana es como un suelo cuya calidad depende de la forma en que se cultiva.

Referencias a los pasajes de *Los arcanos celestiales* relativos a los diferentes tipos de conocimiento

[4] Deberíamos instruirnos mediante cogniciones y conocimientos porque es así como aprendemos a pensar, luego a separar lo que es verdadero y bueno, y en definitiva a ser sabios: 129, 1450, 1451, 1453, 1548, 1802. Los conocimientos empíricos constituyen la base elemental sobre la

[g] En el cielo pueden verse los colores más hermosos: 1053, 1624. En el cielo los colores proceden de la luz, y son sus modificaciones o sus sombras: 1042, 1043, 1053, 1624, 3993, 4530, 4742, 4922. Son manifestaciones de la verdad del bien, y se refieren a los aspectos de inteligencia y sabiduría: 4530, 4677, 4922, 9466.

que se construye y fundamenta nuestra vida moral y cívica así como nuestra vida espiritual; y se aprenden con idea de emplearlos: 1489, 3310. Las cogniciones abren el camino a la persona interior, y luego unen a esa persona con la exterior en proporción a la acción útil: 1563, 1616. Nuestro funcionamiento racional nace de los conocimientos y las cogniciones: 1895, 1900, 3086. Pero esto no sucede por medio de las cogniciones en sí, sino a través del deseo de llevarlas a la práctica: 1895.

[5] Hay conocimientos que están abiertos a las verdades divinas y conocimientos que no lo están: 5213. La información vacía debe ser suprimida: 1489, 1492, 1499, 1580 *[1581]*. La información es «vacía» si tiene como objetivo fortalecer el amor a nosotros mismos y al mundo y si nos aleja del amor a Dios y a nuestro prójimo. Esto se debe a que esas influencias cierran la persona interior, incluso hasta el punto de que no podamos aceptar nada del cielo: 1563, 1600. Los conocimientos pueden ser un medio para la sabiduría o un medio para la locura. A través de ellos la persona interior está abierta o cerrada, y el funcionamiento racional es alimentado o destruido: 4156, 8628, 9922.

[6] La persona interior se abre y es progresivamente completada por medio de conocimientos si tenemos la actividad constructiva como objetivo, especialmente la actividad que se centra en nuestra vida eterna: 3086. Entonces las características espirituales y celestiales de nuestra persona espiritual alcanzan los conocimientos que están en nuestra persona natural y toman de ellos lo que es oportuno: 1495. Entonces el Señor toma todo lo que es útil para la vida celestial de los conocimientos de nuestra persona natural, por medio de la persona interior, y así la perfecciona y eleva: 1895, 1896, 1900-1902, 5871, 5874, 5901. Los conocimientos que no son convenientes o que se oponen a este proceso son dejados a un lado y eliminados: 5871, 5886, 5889.

[7] La visión de la persona interior selecciona de los conocimientos de la persona exterior solamente aquellos puntos que convienen a su amor: 9394. A la mirada de la persona interior, los puntos que convienen a su amor están a plena luz, en el centro, mientras que los que no convienen están afuera, a los lados, en las sombras: 6068, 6085 *[6084]*. Los conocimientos que convienen son implantados en nuestro amor paso a paso, y, por decirlo así, habitan en él: 6325. Naceríamos en el discernimiento si naciéramos en el amor al prójimo, pero como nacemos en el amor a nosotros mismos y al mundo, nacemos en completa ignorancia: 6323, 6325.

Conocimiento, discernimiento y sabiduría son hijos del amor a Dios y del amor al prójimo: 1226, 2049, 2116.

[8] Una cosa es ser sabio, otra tener discernimiento, otra conocer y otra actuar; sin embargo, en la medida en que estamos espiritualmente vivos, esas cosas se siguen ordenadamente y están juntas cuando actuamos, o en nuestras acciones: 10331. Además, una cosa es estar bien informado, otra conocer y otra tener fe: 896.

[9] El conocimiento objetivo de la persona natural o exterior está a la luz del mundo, mientras que las verdades que han llegado a ser materia de fe y amor, y así han nacido a la vida, están a la luz del cielo: 5212. Las verdades que son adecuadas a la vida espiritual son comprendidas mediante imágenes naturales: 5510. El influjo espiritual procede desde la persona espiritual o interior hacia los conocimientos que están en la persona natural o exterior: 1940, 8005. Los conocimientos son receptáculos y, por decirlo así, vasijas de los elementos buenos y verdaderos de la persona interior: 1469, 1496, 3068, 5489, 6004, 6023, 6052, 6071, 6077, 7770, 9922. Son como espejos en los que los elementos buenos y verdaderos de la persona interior aparecen como en una imagen: 5201. Están allí todos juntos en su forma más concreta: 5373, 5874, 5886, 5901, 6004, 6023, 6052, 6071.

[10] El influjo es espiritual y no físico: esto es, existe un influjo de la persona interior sobre la exterior y, por lo tanto, sobre sus conocimientos, pero no de la exterior sobre la interior y, por lo tanto, no de los conocimientos sobre las verdades de la fe: 3219, 5119, 5259, 5427, 5428, 5478, 6322, 9110, 9111 *[9401]*. Debemos comenzar desde las verdades de la enseñanza de la Iglesia, que están sacadas de la Palabra, y esta enseñanza debe primero ser reconocida: es legítimo considerar los hechos sobre esta base: 6047. Esto significa que, para quienes están positivamente dispuestos hacia las verdades de la fe, es legítimo emplear intelectualmente los conocimientos para confirmarlas, pero no para quienes estén negativamente dispuestos: 2568, 2588, 4760, 6047. Quienes no quieren creer las verdades divinas a menos que se les convenza con los hechos, nunca creerán: 2094, 2832. Entrar en las verdades de la fe desde los conocimientos empíricos es contrario al orden: 10236. Quienes hacen esto se vuelven necios en los asuntos que se refieren al cielo y a la Iglesia: 128-130. Caen en las deformaciones del mal: 232, 233, 6047. En la otra vida, cuando piensan en asuntos espirituales, parece como si estuvieran borrachos:

1072. Más sobre su naturaleza: 196. Ejemplos que ilustran que las cosas espirituales no pueden ser comprendidas a partir de los conocimientos empíricos: 233, 2094, 2196, 2203, 2209. Muchos sabios son más necios en los asuntos espirituales que las personas simples porque están negativamente dispuestos, confirmando sus opiniones por los conocimientos que tienen constante y abundantemente ante sus ojos: 4760, 8629.

[11] Aquellos que argumentan contra las verdades de la fe sobre la base de los conocimientos argumentan agudamente porque se basan en las ilusiones sensoriales, que cautivan y convencen ya que son difíciles de disipar: 5700. Cuáles son las ilusiones sensoriales y cómo son: 5084, 5094, 6400, 6948. Quienes no comprenden nada de la verdad y están también implicados en el mal pueden argumentar sobre lo que es verdadero y bueno en asuntos de fe sin comprenderlos: 4213 *[4214]*. La inteligencia no consiste en confirmar simplemente un dogma, sino en ver si es verdadero o no antes de que alguien lo confirme: 4741, 6047.

[12] Después de la muerte, el conocimiento empírico no es de utilidad; lo que es de utilidad son las cosas que hemos tomado para el entendimiento y la vida: 2480. Todo lo que hemos aprendido permanece después de la muerte; meramente se aletarga: 2476-2479, 2481-2486.

[13] Los mismos conocimientos que son falsos para las personas inicuas porque son aplicados a fines malvados, son verdaderos para las personas buenas porque son aplicados a fines buenos: 6917. Los conocimientos verdaderos no son verdaderos para las personas malas, aunque puedan parecer verdaderos cuando los dicen, porque hay mal en ellos: 10331.

[14] Un ejemplo del deseo ardiente de conocimiento que tienen los espíritus: 1993 *[1973]*. Los ángeles tienen un tremendo deseo de conocer y ser sabios, porque el conocimiento, la inteligencia y la sabiduría son alimento espiritual: 3114, 4459, 4792, 4976, 5147, 5293, 5340, 5342, 5410, 5426, 5576, 5582, 5588, 5656 *[5655]*, 6277, 8562, 9003. El conocimiento de los antiguos era un conocimiento de símbolos e imágenes, a través de los cuales llegaban a familiarizarse con los asuntos espirituales; pero actualmente este conocimiento se ha disipado por completo: 4749, 4844, 4964, 4965.

[15] Las verdades de nivel espiritual no pueden comprenderse sin el conocimiento de los siguientes principios universales:

1. Todo en el universo remite al bien y la verdad y a su unión para llegar a existir; esto es, al amor y la fe y su unión.

2. Los seres humanos tienen entendimiento y voluntad: el entendimiento es el receptáculo de la verdad, y la voluntad, el receptáculo del bien. Todo en nosotros remite al bien, la verdad y su unión, y todo en el universo remite al bien, la verdad y su unión.

3. Hay una persona interior y una persona exterior, tan distintas una de otra como el cielo de la tierra; sin embargo, deben hacerse una para ser persona verdaderamente humana.

4. La luz del cielo es la luz que está en la persona interior, y la luz del mundo es la luz que está en la persona exterior. La luz del cielo es lo que es esencialmente divino y verdadero, la fuente de toda inteligencia.

5. Existe correspondencia entre las cosas de la persona interior y las de la persona exterior, de manera que las cosas aparecen de modo diferente en uno y otro lado, tan diferente que no pueden identificarse sin el conocimiento de las correspondencias.

Sin el conocimiento de estos y muchos otros asuntos sólo se pueden concebir y formar ideas incongruentes sobre las verdades de los niveles espiritual y celestial. Esto significa que, sin estos principios universales, los conocimientos y las cogniciones de la persona natural apenas pueden servir para el discernimiento y desarrollo de la persona racional. Esto muestra cuán necesarios son los conocimientos.

Ricos y pobres en el cielo

357. Hay opiniones diversas sobre la aceptación en el cielo. Algunos piensan que los pobres son aceptados, pero no los ricos; otros, que ricos y pobres son igualmente aceptados; otros, por último, que los ricos no pueden ser aceptados a menos que renuncien a sus bienes y se conviertan en pobres; y todos ellos fundamentan sus opiniones en la Palabra. Sin embargo, en lo que se refiere al cielo, los que diferencian entre ricos y pobres no comprenden la Palabra. En el fondo, la Palabra es espiritual, aunque sea natural en la letra; de manera que si se toma la Palabra sola-

mente en su sentido literal y no en un sentido espiritual se extravían en todas direcciones, especialmente al considerar a ricos y pobres. Creen que es tan difícil para un rico entrar en el cielo como lo es para un camello entrar por el ojo de una aguja, y que es fácil para el pobre en razón de su pobreza, puesto que se dice: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lucas 6, 20).

Sin embargo, quienes saben algo sobre el sentido espiritual de la Palabra piensan de manera muy diferente. Saben que el cielo es para todo el que vive una vida de fe y amor, sea rico o pobre. Explicaremos más adelante lo que se quiere decir por «rico» y «pobre» en la Palabra.

A través de muchas conversaciones y tras vivir mucho tiempo con los ángeles se me ha concedido un conocimiento cierto de que los ricos entran en el cielo con tanta facilidad como los pobres, y de que a nadie se deja fuera del cielo por tener posesiones abundantes ni se le acepta a causa de su pobreza. Allí hay ricos y pobres, y muchos ricos están en mayor esplendor y felicidad que los pobres.

358. A modo de prólogo, podemos señalar que es completamente correcto adquirir riquezas y acumular bienes mientras no se haga mediante fraude o estratagemas malvadas[217]. Es correcto comer y beber con elegancia, siempre que no pongamos en ello nuestra vida. Es correcto vivir en una casa tan grata como corresponda a la propia condición, charlar con otros, frecuentar lugares de diversión o hablar sobre los asuntos mundanos. No es necesario pasear con apariencia devota y rostro compungido, apesadumbrado y cabizbajo. Podemos mostrarnos alegres y felices. No es necesario dar a los pobres excepto cuando el espíritu nos mueve a ello. En resumen, podemos vivir con todas las apariencias de la gente mundana. Esto no es ningún obstáculo para que seamos aceptados en el cielo siempre que recordemos a Dios de manera apropiada y actuemos honrada y justamente respecto de nuestro prójimo. Nuestra cualidad es en realidad la de nuestro sentimiento y nuestro pensamiento, o la de nuestro amor y nuestra fe. Todo lo que hacemos exteriormente toma su vida de ahí, pues actuar es desear y hablar es pensar. Esto es, actuamos desde nuestro deseo y hablamos a partir de nuestro pensamiento. Por eso, cuando se dice en la Palabra que seremos juzgados según nuestras acciones y recompensados según nuestras obras[218], eso significa que somos juzgados y recompensados según los pensamientos y los sentimientos que dan lugar a nuestras acciones, o que están en ellas, pues las acciones no

tienen ningún sentido fuera de esos contenidos. Su cualidad está totalmente determinada por ellos[a].

Vemos, pues, que nuestra naturaleza exterior no realiza nada. Es nuestra naturaleza interna lo que da lugar a la externa.

Tomemos como ejemplo a quienes se comportan honradamente y no estafan a los otros sólo por miedo a la ley y a la pérdida de la reputación, que llevan a la pérdida del respeto o de uno u otro beneficio. Si el miedo no se lo impidiera, estafarían a los otros tan a menudo como pudieran. Su pensamiento y su deseo son fraudulentos aunque sus acciones parezcan honradas en su forma externa. Puesto que no son honrados, sino interiormente fraudulentos, tienen el infierno dentro de sí mismos. Pero si las personas se comportan honradamente y no engañan a los otros porque hacerlo va contra Dios y contra el prójimo, entonces, aunque pudieran estafar a alguien, sería sin intención de hacerlo. Su pensamiento y su deseo son su conciencia, y tienen el cielo en su interior. En la forma externa, las acciones parecen iguales en ambos casos, pero interiormente son totalmente diferentes.

359. Podemos vivir como los demás en la forma externa. Siempre que haya un reconocimiento interior de la Deidad y un deseo de servir al prójimo, podemos hacernos ricos, comer opíparamente, vivir y vestir tan elegantemente como permita nuestra condición y oficio, disfrutar place-

[a] Se dice a menudo en la Palabra que seremos juzgados y recompensados de acuerdo a nuestras acciones y obras: 3934. «Acciones y obras» no significan en la Palabra acciones y obras en su sentido exterior, sino en su forma interior, porque incluso la gente malvada puede hacer exteriormente buenas acciones, mientras que solamente la gente buena puede hacer cosas que sean buenas tanto externa como interiormente: 3934, 6073. Nuestras obras, como todas las acciones, derivan su realidad, su forma y su cualidad de nuestros niveles más profundos, que pertenecen a nuestro pensamiento y deseo, porque emanan de allí; por eso la cualidad de los niveles más profundos determina la cualidad de las obras: 3934, 8911, 10331. Esto significa que dependen de la cualidad de nuestros niveles más profundos respecto del amor y la fe: 3934, 6073, 10331, 10333 *[10332]*. Significa también que nuestras obras contienen estas cualidades y, en realidad, son estas cualidades en la práctica: 10331. Ser juzgados y recompensados según nuestras acciones y obras es, pues, ser juzgados y recompensados según estas cualidades: 3147, 3934, 6073, 8911, 10331-10333. En la medida en que nuestras obras se centran en nosotros mismos y en el mundo, no son buenas; sólo lo son cuando se centran en el Señor y en nuestro prójimo: 3147.

res y diversiones, y cumplir las obligaciones mundanas requeridas por nuestra posición y nuestros negocios y la vida del cuerpo y de la mente. Así podemos comprobar que no es tan difícil seguir el camino al cielo como mucha gente cree. La única dificultad consiste en encontrar la fuerza para resistir al amor a nosotros mismos y al amor al mundo e impedir que esas formas de amor tomen el mando, pues son la fuente de todos nuestros males[b]. El hecho de que no sea tan difícil como se suele pensar es lo que el Señor quiso decir con estas palabras: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga» (Mateo 11, 29-30). La razón de que el yugo del Señor sea fácil y su carga ligera es que en la medida en que nos resistimos a los males que brotan del amor a nosotros mismos y al mundo, somos conducidos por el Señor y no por nosotros mismos. Entonces el Señor resiste a esas cosas dentro de nosotros y las quita de enmedio.

360. He hablado después de su muerte con algunas personas que durante la vida terrena habían renunciado al mundo y se habían entregado a una vida virtualmente solitaria, buscando tiempo para la meditación devota y retirando su pensamiento de los asuntos mundanos. Creían que ésa era la forma de seguir el camino al cielo. Sin embargo en la otra vida están melancólicos. Evitan a los que no son como ellos y sienten rencor por el hecho de no tener asignada mayor felicidad que los demás. Creen que la merecen y no se preocupan por los otros, y evitan las responsabilidades de una conducta solícita que es el medio de unión con el cielo. Codician el cielo más que los otros, pero cuando son llevados a donde están los ángeles, provocan una inquietud que trastorna la felicidad de los ángeles. Por eso se separan de los demás y se van a lugares solitarios donde llevan el mismo tipo de vida que habían llevado en el mundo.

[2] La única forma en que podemos ser formados por el cielo es a través del mundo. Ése es el objetivo último por el que todo sentimiento debe ser definido. A menos que el sentimiento se manifieste o fluya en la

[b] Del amor a uno mismo y al mundo vienen todos los males: 1307, 1308, 1321, 1594, 1691, 3413, 7255, 7376, 7480 *[7490]*, 7488, 8318, 9335, 9348, 10038, 10742. Desprecio de los otros es hostilidad, odio, venganza, crueldad y mentira: 6667, 7372-7374, 9348, 10038, 10742. Nacemos en estos amores, por eso nuestros males hereditarios están en ellos: 694, 4317, 5660.

acción, lo que sucede en las comunidades grandes, es sofocado hasta el punto de que, al final, ya no nos fijamos en nuestro prójimo, sino solamente en nosotros mismos. Podemos ver así cómo la vida de caridad hacia el prójimo –comportarse justa y honradamente en todas nuestras acciones y en todas nuestras responsabilidades– lleva al cielo, pero no una vida piadosa separada de la vida activa[c]. Esto significa que la práctica de la caridad y los beneficios que se siguen de este tipo de vida sólo pueden producirse en la medida en que estemos comprometidos en nuestras ocupaciones, y que no pueden producirse en la medida en que nos retiremos de nuestras ocupaciones.

[3] Pero permítaseme decir algo acerca de esto desde la experiencia. Muchos que en el mundo ponen sus energías en los negocios y el comercio, muchos que se hacen ricos, están en el cielo. Aunque no hay tantos que se hicieron un nombre y llegaron a ser ricos en el oficio público. Esto se debe a que estos últimos fueron inducidos al amor a sí mismos y al mundo por los beneficios y honores que se derivan de la administración de justicia, y por la situación lucrativa y honorable que se les concedió. A su vez, esto les lleva a desviar sus pensamientos y sentimientos del cielo y a dirigirlos hacia sí mismos; pues en la medida en que nos amamos a nosotros mismos y al mundo y nos centramos exclusivamente en el mundo y en nosotros mismos, nos alejamos de lo Divino y nos separamos del cielo.

361. Hablando en términos generales, lo que se reserva a los ricos en el cielo es esto. Viven más elegantemente que otros, algunos en palacios donde todo brilla como el oro y la plata. Tienen todo lo que necesitan para una vida útil. Sin embargo, no ponen sus corazones en tales cosas, sino en sus actividades útiles. Éstas son vistas con claridad y a plena luz, mientras que el oro y la plata son relativamente vagos y oscuros. La razón de que así sea es que en el mundo ellos quisieron ser útiles y habían deseado el oro y la plata solamente como medios subordinados. Así es cómo las cosas útiles brillan en el cielo: lo que trabaja para el bien, como el

[c] La caridad para con el prójimo consiste en hacer lo que es bueno, justo y honrado en todas nuestras acciones y en todas nuestras responsabilidades: 8120-8122. Así, la caridad para con el prójimo se extiende hasta las cosas más insignificantes que pensamos, queremos y hacemos: 8124. Sin una vida de caridad, no sirve de nada una vida de devoción, pero con ella es inmensamente productiva: 8252, 8253.

oro, lo que trabaja por la verdad, como la plata[d]. La cualidad de las funciones útiles que realizaron en el mundo determina su riqueza, su placer y su felicidad.

Las actividades útiles y buenas incluyen mirar por las necesidades de la vida y de la propiedad de uno mismo, y desear la riqueza para el propio país y para el prójimo, objetivos a los que un rico puede beneficiar en mayor medida de lo que puede hacerlo un pobre. Estas actividades son también útiles porque apartan la mente de la vida ociosa, que es destructiva, pues en el ocio nuestros pensamientos se vuelven hacia el mal debido a nuestra innata naturaleza malvada.

Estas actividades útiles son buenas en la medida en que lo Divino está en su interior, esto es, en la medida en que nos centramos en lo Divino y en el cielo y ponemos nuestro bien en ello y vemos en la riqueza solamente un medio subordinado.

362. Lo que espera a los ricos que no creen en el Ser Divino y rechazan las cosas del cielo y de la Iglesia es lo contrario. Están en el infierno, donde encuentran suciedad, miseria y necesidad. Cuando se ama la riqueza como un fin, se convierte en cosas como ésas, y no sólo la riqueza misma, sino también sus propios usos: una vida fácil, la complacencia en los placeres, la continua y despreocupada dedicación a prácticas inmorales, el desprecio a los otros y la exaltación de uno mismo por encima de los demás. Como esas riquezas y esas funciones no tienen nada de espiritual, sino que son estrictamente terrenales, se vuelven hacia la suciedad. El aspecto espiritual de la riqueza y sus usos es como el alma en el cuerpo y como la luz del cielo en la tierra húmeda. Así como un cuerpo sin alma se corrompe, así le sucede a la tierra húmeda sin la luz del

[d] Es a partir de la utilidad y en proporción a la utilidad como todo bien tiene su deleite: 3049, 4984, 7038; y también su cualidad; por eso la cualidad de la utilidad determina la cualidad del bien: 3049. Toda la felicidad y deleite de la vida viene de la utilidad: 997. En general, la vida es vida de actividades útiles: 1964. La vida angélica consta de los frutos buenos del amor y la caridad, y por consiguiente de ser útil: 453 *[452]*. El Señor, y por consiguiente también los ángeles, sólo se fijan en cuanto a nosotros en nuestros objetivos, que son las actividades útiles: 1317, 1645, 5844. El reino del Señor es un reino de funciones útiles: 453 *[454]*, 696, 1103, 3645, 4054, 7038. Servir al Señor es ser útil: 7038. Nuestra cualidad está determinada por las cosas útiles que realizamos: 4054, 6815; con ejemplos: 7038.

cielo. Así también son las personas a quienes ha seducido la riqueza y les ha separado del cielo.

363. Después de la muerte, nos espera a cada uno nuestro sentimiento o amor dominante. Nunca es arrancado a la eternidad porque nuestro espíritu es exactamente como nuestro amor; y (lo que no se ha sabido antes) el cuerpo de cada espíritu y de cada ángel es una forma exterior de su amor, que se corresponde exactamente con la forma interior que es el carácter y la mente de ese espíritu o ángel. Por eso podemos reconocer la cualidad del espíritu por el rostro, las actitudes y las palabras. Por eso nuestro propio espíritu es reconocido en este mundo siempre que no hayamos aprendido a disimular con el rostro, las actitudes y las palabras. Podemos deducir de esto que nuestra propia cualidad eterna es la de nuestro sentimiento o amor dominante.

He podido hablar con personas que vivieron hace más de diecisiete siglos, personas cuyas vidas respectivas son conocidas por los textos de la época; y me he convencido de que el mismo amor que tenían entonces les sigue sosteniendo ahora.

También podemos deducir que el amor a la riqueza y los usos que permite permanece también con nosotros para siempre, con la cualidad exacta adquirida en este mundo. Aunque hay una diferencia: para aquellos cuya riqueza les sirvió como medio para una vida útil, se transforma en deleite de acuerdo con su utilidad, mientras que para aquellos cuya riqueza les sirvió como medio de actividades perversas, se transforma en porquería, de la que disfrutan tanto como disfrutaron del mal uso de la riqueza en el mundo. La razón de que disfruten de la porquería es que los repugnantes placeres y ocupaciones que fueran su práctica en el mundo, y su avaricia (que es un amor a la riqueza sin pensar en su utilidad), corresponden a la suciedad. La suciedad espiritual no es otra cosa que eso.

364. Los pobres no entran en el cielo a causa de su pobreza, sino a causa de su vida. Nuestra vida nos sigue seamos ricos o pobres. No existe una misericordia especial para unos más que para otros[e]. Quienes han vivido bien son aceptados; quienes no han vivido bien son rechazados.

[e] No hay una misericordia directa, sino sólo misericordia a través de los medios; esto es, para aquellos que viven según los mandamientos del Señor; a ellos, en su misericordia, el Señor les conduce constantemente en este mundo, y después hasta la eternidad: 8700, 10659.

La pobreza puede seducir realmente a las personas y separarlas del cielo como puede hacerlo la riqueza. Hay muchas personas entre los pobres que no están contentas con su suerte, que codician mucho más y que creen que la riqueza es una bendición[f], por eso cuando no logran lo que quieren se enfurecen y abrigan malos pensamientos sobre la providencia divina. Envidian los bienes de los otros y si pudieran les embaucarían para apropiarse de sus asquerosos placeres.

Sin embargo, es diferente en cuanto a los pobres que están contentos con su suerte, son concienzudos y cuidadosos en sus tareas, prefieren el trabajo a la ociosidad, se comportan honradamente, son personas de fiar y llevan una vida cristiana. En ocasiones he hablado con campesinos y gente del pueblo que habían creído en Dios mientras vivían en este mundo y se habían comportado honrada y justamente en sus oficios. Como estaban movidos por el deseo de conocer la verdad, no dejaban de preguntarse sobre lo que era la fe y la caridad, puesto que habían escuchado muchas cosas sobre la fe en este mundo y escuchaban muchas cosas sobre la caridad en la otra vida. Así, se les dijo que la caridad es querer y hacer lo que es justo y recto, mientras que la fe es pensar lo que es justo y recto; por eso la fe y la caridad van juntas como la doctrina y una vida acorde con ella, o como el pensamiento y el deseo. La fe se convierte pues en caridad cuando deseamos y hacemos las cosas justas y rectas que pensamos. Cuando esto sucede, no son dos, sino una. Comprendieron esto perfectamente bien y se alegraron sobremanera, diciendo que en el mundo nunca habían pensado que creer fuera algo diferente de vivir.

365. Podemos deducir de esto que los ricos llegan al cielo tanto como los pobres, con tanta facilidad unos como otros. La razón de que la gente crea que es fácil para el pobre y difícil para el rico es que la Palabra es mal interpretada cuando habla de ricos y pobres. En el sentido espiritual de la Palabra, «rico» significa las personas que poseen abundantemente el entendimiento de la verdad y el bien, es decir, las personas de la Iglesia, donde está la Palabra. «Pobre» se refiere a aquellos que carecen de esa

[f] Las dignidades y las riquezas no son bendiciones reales, por eso las tienen tanto las personas buenas como las malas: 8939, 10755, 10776. La bendición real es la aceptación del amor y la fe del Señor y la consiguiente unión con él, porque esto nos procura felicidad para siempre: 1420, 1422, 2846, 3017, 3408 *[3406]*, 3504, 3514, 3530, 3565, 3584, 4216, 4981, 8939, 10495.

comprensión pero la anhelan, o a quienes están fuera de la Iglesia, donde no se encuentra la Palabra.

[2] La persona rica vestida de púrpura y lino fino que fue arrojada al infierno significa la nación judía. Como tenían la Palabra y estaban por lo tanto ampliamente dotados de conocimientos acerca del bien y la verdad, son llamados «ricos». Los adornos de púrpura significan la comprensión del bien, y el lino fino significa la comprensión de la verdad[g]. El pobre que yacía a la puerta y que deseaba deleitarse con las migajas que caían de la mesa del rico, que fue llevado al cielo por los ángeles, significa los gentiles que no comprendieron lo que es bueno y verdadero, pero sin embargo lo anhelaron (Lucas 16, 19-31).

El rico que estaba invitado al gran festín pero se excusó significa también la nación judía, y los pobres a los que se llevó en su lugar significa los no judíos que se encuentran fuera de la Iglesia (Lucas 12, 16-24 *[14, 16-24]*).

[3] Debemos explicar también lo que se quiere decir por el pobre del que dice el Señor: «Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios» (Mateo 19, 24). «Rico» significa aquí la persona rica en ambos sentidos, natural y espiritual. Ricos en el sentido natural son aquellos que tienen riqueza abundante y ponen en ella su corazón, mientras que en un sentido espiritual son las personas con grandes conocimientos e intuiciones (pues éstas son riquezas espirituales) y que quieren emplearlos para entrar en los círculos eclesiásticos y celestiales por su inteligencia. Puesto que esto es contrario al orden divino, se dice que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja. En este nivel de significado, el camello significa nuestra capacidad de aprendizaje y conocimiento en general, y el ojo de la aguja significa la verdad espiritual[h].

[g] Los adornos significan las cosas que son verdaderas, y por tanto las cogniciones: 1033 *[1073]*, 2576, 5319, 5954, 9212, 9216, 9952, 10536. La púrpura significa el bien celestial: 9467. El lino significa la verdad de origen celestial: 5319, 9469, 9744.

[h] Camello significa en la Palabra nuestra capacidad de conocer y el conocimiento en general: 3048, 3071, 3143, 3145. Lo que significa el cosido, el coser con una aguja, y por tanto la aguja: 9688. Comenzar por los hechos externos para lograr el acceso a las verdades de la fe es contrario al orden divino: 10236. Quienes así hacen se tornan necios en los asuntos del cielo y de la Iglesia: 128-130, 232, 233, 6047; y en la otra vida, cuando pien-

Actualmente, la gente no sabe que éste es el significado del camello y el ojo de la aguja porque no existe ya ningún acceso al conocimiento que enseñe lo que se quiere decir desde el punto de vista espiritual mediante las cosas que la Palabra dice literalmente. Hay un sentido espiritual en los detalles de la Palabra, y también un sentido natural; porque la Palabra fue escrita en correspondencias puras de las realidades naturales con las espirituales para realizar la unión del cielo con el mundo, o de los ángeles con nosotros, una vez ha desaparecido la unión directa. Vemos así quiénes son los ricos en la Palabra.

[4] Podemos deducir de muchos pasajes que en el nivel espiritual «el rico» se refiere en la Palabra a las personas que disfrutan de cogniciones de lo que es bueno y verdadero y que riqueza significa esas mismas cogniciones, que son riquezas espirituales: véase Isaías 10, 12-14; 30, 6-7; 45, 3; Jeremías 17, 3; 47, 7 *[48, 7]*; 50, 36-37; 51, 13; Daniel 5, 2-4; Ezequiel 26, 7. 12; 27, 1-36; Zacarías 9, 3-4; Salmos 45, 12[219]; Oseas 12, 9; Apocalipsis 3, 17-18; Lucas 14, 33 y otros pasajes. Sobre los pobres en el sentido espiritual como personas que no tienen cogniciones de lo que es bueno y verdadero pero que lo anhelan, véase Mateo 11, 5; Lucas 6, 20-21; 14, 21; Isaías 14, 30; 29, 19; 41, 17-18; Sofonías 3, 12. 18 *[13]*. Puede encontrarse una explicación del sentido espiritual de todos estos pasajes en el § 10227 de *Los arcanos celestiales*.

Los matrimonios en el cielo

366. Puesto que el cielo procede del género humano –lo que significa que allí hay ángeles de ambos sexos–, puesto que por la creación la mujer es para el hombre y el hombre para la mujer, cada uno para el otro, y puesto que este amor es innato en ambos sexos, se deriva de ello que en los cielos existen matrimonios como existen en la tierra. Sin

san en las cosas espirituales, es como si estuvieran borrachos: 1072. Más sobre su naturaleza: 196. Ejemplos que ilustran el hecho de que las cosas espirituales no pueden ser comprendidas si se consideran desde esa base: 233, 2094, 2196, 2203, 2209. Es correcto ir desde la verdad espiritual al conocimiento propio de nuestro nivel natural, pero no al contrario, porque hay un influjo de lo espiritual en lo natural pero no de lo natural en lo espiritual: 3219, 5119, 5259, 5427, 5428, 5478, 6322, 9110, 9111 *[10199]*. Primero debemos conocer las verdades de la Palabra y la Iglesia, y luego se puede tener en cuenta nuestro saber secular, pero no al contrario: 6047.

embargo, los matrimonios celestiales son muy diferentes de los terrenales. En las páginas siguientes explicaré cómo difieren los matrimonios de los cielos de los que se celebran en la tierra y en qué aspectos concuerdan.

367. El matrimonio en los cielos es la unión de dos personas en una sola mente. En primer lugar, debo explicar la naturaleza de esta unión. La mente consta de dos partes, una llamada entendimiento y otra llamada voluntad[220]. Cuando estas dos partes actúan como una sola, hablamos de la mente. En el cielo, el marido desempeña el papel que llamamos entendimiento y la esposa el papel que llamamos voluntad. Cuando esta unión –unión de sus naturalezas más profundas– desciende a su nivel inferior, a las naturalezas corporales, es percibido y sentido como amor. Ese amor es el amor conyugal[221].

Vemos, pues, que el amor conyugal encuentra su fuente en la unión de dos personas en una sola mente. En el cielo, esto se denomina «vivir juntos», y no se habla de «dos», sino de «una» persona. Por consiguiente, los dos esposos en el cielo no son dos ángeles, sino uno[a].

368. La razón para este tipo de unión de esposo y esposa en los niveles más profundos de su mente se retrotrae a la creación misma. El varón nace para centrarse en los procesos cognitivos, y por tanto basa su pensamiento en el entendimiento. En cambio, la mujer nace para centrarse en las intenciones, y por tanto basa su pensamiento en la voluntad. Podemos observar este hecho a partir de la tendencia o naturaleza innata de cada uno así como de su forma. En cuanto a la naturaleza innata, los hombres actúan sobre la base de la razón, mientras que las mujeres actúan sobre la base de sus sentimientos. En cuanto a la forma, el hombre tiene un rostro más tosco y menos atractivo, una voz más profunda y un cuerpo más fuerte, mientras que la mujer tiene un rostro más suave y atractivo, una voz más dulce y un cuerpo más delicado. Esto es como la diferencia entre el entendimiento y la voluntad o entre el pensamiento y el senti-

[a] La naturaleza y la fuente del amor conyugal son desconocidos en la actualidad: 2727. El amor conyugal es querer lo que el otro quiere; querer, pues, mutuamente y recíprocamente: 2731. Las personas que participan del amor conyugal viven juntas en el nivel más profundo de su vida: 2732. Es una unión de dos mentes de manera que se convierten en una debido a su amor: 10168, 10169; puesto que el amor de las mentes, que es un amor espiritual, es una unión: 1594, 2057, 3939, 4018, 5807, 6195, 7081–7086, 7501, 10130.

miento. Es también como la diferencia entre lo que es verdadero y lo que es bueno o entre la fe y el amor, puesto que la verdad y la fe están relacionadas con el entendimiento mientras que el bien y el amor están relacionados con la voluntad.

Por eso un niño o un hombre, en el sentido espiritual de la Palabra, significa el discernimiento de la verdad, mientras que una niña o una mujer significa el sentimiento por el bien. Por eso también se denomina mujer o niña a la Iglesia basándose en su sentimiento por el bien y la verdad y por eso también a todo el que está absorto en un sentimiento por el bien se le llama «virgen», como en Apocalipsis 14, 4[b].

369. El hombre y la mujer están dotados de entendimiento y voluntad, pero en los hombres es el intelecto lo que tiende a predominar, mientras que en las mujeres es la voluntad la que lo hace; y las personas se caracterizan por lo que predomina en ellas. Sin embargo, no existe ningún predominio en los matrimonios del cielo. La voluntad de la esposa pertenece realmente al esposo, y el entendimiento del esposo pertenece a la esposa. Porque cada uno quiere desear y pensar como el otro, mutua y recíprocamente. Así es como los dos se unen en uno.

Ésta es una unión verdaderamente eficaz. La voluntad de la esposa entra realmente en el entendimiento del esposo, y el entendimiento del esposo entra en la voluntad de la esposa, especialmente cuando se miran cara a cara, pues como ya se señaló, en el cielo se comparten los pensamientos y los sentimientos, y de forma especial entre la esposa y el esposo puesto que se aman uno al otro.

Podemos deducir de aquí que la unión de las mentes es lo que constituye un matrimonio y da nacimiento al amor conyugal en los cielos: cada uno quiere que lo que es suyo pertenezca al otro y este deseo es recíproco.

[b] «Niños» significa en la Palabra la comprensión de la verdad, o discernimiento: 7668; y «hombres» significa más o menos lo mismo: 158, 265, 749, 915, 1007, 2517, 3134, 3236, 4823, 9007. «Mujer» significa un sentimiento por el bien y la verdad: 568, 3160, 6014, 7337, 8994; y la Iglesia: 252, 253, 749, 770; y así hace una esposa: 252, 253, 409, 749, 770; con alguna diferencia: 915, 2517, 3236, 4510, 4822 *[4823]*. En el sentido superior, «marido y mujer» se refiere al Señor y su unión con el cielo y la Iglesia: 7022. Una mujer joven o una muchacha significa un sentimiento por lo que es bueno: 3067, 3110, 3179, 3189, 6731, 6742; y también la Iglesia: 2362, 3081, 3963, 4638, 6729, 6775, 6778 *[6788]*.

370. Los ángeles me han dicho que cuanto más comprometidos están los dos esposos en este tipo de unión, más unidos están en el amor conyugal y, al mismo tiempo, en inteligencia, sabiduría y felicidad. Esto es debido a que la verdad divina y el bien divino, fuente de toda inteligencia, sabiduría y felicidad, fluyen principalmente en el amor conyugal. Esto significa que el amor conyugal es la matriz esencial para el influjo divino porque implica el matrimonio de la verdad y el bien. Esto se debe a su vez a que la naturaleza de la unión del entendimiento y la voluntad determina la naturaleza de la unión de la verdad y el bien porque el entendimiento es receptor de la verdad divina, al estar formada de verdades, mientras que la voluntad es receptora del bien divino y está formada realmente de lo que es bueno. En realidad, todo lo que queremos es bueno en nuestra apreciación, y todo lo que comprendemos es verdadero para nosotros. Por eso es lo mismo que se hable de la unión del entendimiento y la voluntad o de la unión de la verdad y el bien.

La unión de la verdad y el bien da lugar a un ángel, y también a la inteligencia, sabiduría y felicidad de los ángeles. La naturaleza real de los ángeles depende de cómo se une en ellos la voluntad al bien y el bien a la voluntad. En otras palabras, la naturaleza de los ángeles depende de la forma en que su amor está unido a su fe y su fe a su amor.

371. La razón de que la naturaleza divina que procede del Señor fluya principalmente al amor conyugal es que el amor conyugal fluye de la unión del bien y la verdad, pues, como ya señalamos, no importa que se hable de la unión del entendimiento y la voluntad o de la unión del bien y la verdad. La unión del bien y la verdad encuentra su origen en el amor divino del Señor a todo lo que está en los cielos y en la tierra. El bien divino emana del amor divino y es recibido por los ángeles y por nosotros en las verdades divinas, siendo la verdad el único recipiente para el bien. Por eso, nada del Señor y del cielo puede ser aceptado por las personas que no están interesadas en la verdad. En la medida en que los elementos verdaderos están unidos a lo que es bueno en nosotros, estamos unidos al Señor y al cielo. Ésta es la verdadera fuente del amor conyugal, lo que significa que es la verdadera matriz para el influjo de lo Divino.

Por eso la unión del bien y la verdad en los cielos se denomina matrimonio celestial y por eso el cielo se compara a un matrimonio en la Palabra e incluso se le denomina «matrimonio». Por eso el Señor es lla-

mado el Novio y el Esposo, y al cielo y a la Iglesia se les llama la novia y la esposa[c].

372. Cuando el bien y la verdad están unidos en un ángel o en uno de nosotros, no son dos entidades sino una, puesto que el bien se sigue entonces de la verdad, y la verdad del bien. Esta unión es como la que se produce cuando pensamos lo que deseamos y deseamos lo que pensamos. Entonces nuestro pensamiento y nuestro deseo forman una unidad; el pensamiento forma o presenta en una forma lo que nuestra voluntad quiere, y nuestra voluntad le da su atractivo. Por eso también, en el cielo no se dice de los esposos que sean dos ángeles, sino uno.

Éste es también el sentido de las palabras del Señor:

¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo? Y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Así que no son ya más dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado (Mateo 19, 4-6. 11; Marcos 10, 6-9; Génesis 2, 24).

Aquí tenemos una descripción del matrimonio celestial de los ángeles y al mismo tiempo del matrimonio del bien y la verdad. «Que nadie separe lo que Dios ha unido» significa que el bien no debe ser separado de la verdad.

373. Podemos deducir de lo dicho hasta aquí cuál es el origen del verdadero amor conyugal, a saber, que primero toma forma en las mentes

[c] El verdadero amor conyugal encuentra su origen, su medio y su esencia en el matrimonio del bien y la verdad, por eso procede del cielo: 2728, 2729. Sobre los espíritus angélicos que pueden decir si hay una cualidad marital en los conceptos de unión del bien y la verdad: 10756. El amor conyugal es precisamente comparable a la unión del bien y la verdad, con alguna descripción: 1094 *[1904]*, 2173, 2429, 2503 *[2508]*, 3101, 3102, 3155, 3179, 3180, 4358, 5407 *[5807]*, 5835, 9206, 9495, 9637. Cómo y para quién se produce la unión del bien y la verdad: 3834, 4096, 4097, 4301, 4345, 4353, 4364, 4368, 5365, 7623-7627, 9258. Sólo las personas que están fijas por el Señor en lo que es bueno y verdadero conocen lo que es el verdadero amor conyugal: 10171. En la Palabra, matrimonio se refiere al matrimonio del bien y la verdad: 3132, 4434, 4834 *[4835]*. Es en el verdadero amor conyugal donde se encuentra el reino del Señor y el cielo: 2737.

de los individuos en el matrimonio y luego desciende y fluye a sus cuerpos, donde se percibe y se siente como amor. En realidad, todo lo que es percibido y sentido en el cuerpo tiene su origen en su complemento espiritual porque procede del entendimiento y la voluntad. Entendimiento y voluntad constituyen nuestra persona espiritual. Todo lo que desciende al cuerpo de nuestra persona espiritual es visible de algún otro modo; existe siempre una semejanza y una concordancia como la que se da entre el alma y el cuerpo, o entre una causa y su efecto, como puede deducirse de lo que se dijo en los capítulos sobre las correspondencias[222].

374. Oí una vez cómo un ángel describía el verdadero amor conyugal y sus placeres celestiales de la siguiente forma: Es la naturaleza divina del Señor en los cielos, esto es, el bien divino y la verdad divina, unidos en dos individuos hasta el punto de que no son ya dos sino uno. Dijo el ángel que en el cielo los dos esposos *son* ese amor porque cada uno es su propio bien y su propia verdad en el cuerpo y en la mente. Es así porque el cuerpo es la manifestación exterior de la mente, habiendo sido formado a su imagen. Por eso lo Divino se representa en dos personas que están envueltas por el verdadero amor conyugal; y según se representa lo Divino, así es el cielo, puesto que la totalidad del cielo es el bien divino y la verdad divina que procede del Señor. Por eso todo lo celestial tiene impreso este amor, junto con tantas bendiciones y deleites que no pueden ser enumerados. Al expresar el número con una palabra que sugería diez mil veces diez mil, el ángel se sorprendió de que las gentes de la Iglesia no supieran nada de esto cuando la Iglesia es el cielo del Señor en la tierra y el cielo es el matrimonio del bien y la verdad; y el ángel decía que se quedaba sin habla al pensar que el adulterio se practicaba e incluso se racionalizaba más dentro de la Iglesia que fuera de ella, pues espiritualmente entendido (es decir, según se lo entiende en el mundo espiritual), el placer del adulterio no es nada sino el placer de la unión de la falsedad y el mal. Es un placer infernal, pues es diametralmente opuesto al placer del cielo, que es el placer del amor de la verdad unida al bien.

375. Todo el mundo sabe que dos esposos que se aman están unidos íntimamente, y que la esencia del matrimonio es la unión de las disposiciones *[animus]* y las mentes *[mens]*. Por consiguiente, se puede comprender que la naturaleza esencial de las disposiciones y las mentes determine la naturaleza de la unión y del amor que sienten cada uno por el

otro. La mente no está formada de nada sino de cosas que son verdaderas y buenas, puesto que todo en el universo remite al bien y la verdad y a su conjunción. Por eso la cualidad de la unión de las mentes depende enteramente de la cualidad de los elementos verdaderos y buenos de que están formadas las mentes. Esto significa que la unión más perfecta es la unión de las mentes formadas por verdades y bienes auténticos.

Es necesario comprender que no hay mayor amor que el que existe entre la verdad y el bien, y de ese amor procede el amor conyugal[d]. Lo que es falso y lo que es malo también se aman mutuamente, pero ese amor se orienta hacia el infierno.

376. De lo que llevamos dicho sobre el origen del amor conyugal podemos concluir quiénes están realmente en él y quiénes no. Aquellos que están centrados en el bien divino de las verdades divinas están en amor conyugal; y el amor conyugal es auténtico en la medida en que las verdades que están unidas al bien son auténticas. Por otra parte, puesto que todo bien que está unido a las verdades procede del Señor, se sigue que nadie puede estar en un verdadero amor conyugal si no reconoce al Señor y su naturaleza divina, puesto que, fuera de ese conocimiento, el Señor no puede fluir y unirse a las verdades que están en nosotros.

377. Podemos deducir de esto que quienes están atrapados en falsos pensamientos no están inmersos en el amor conyugal, especialmente si esos falsos pensamientos proceden del mal. En las personas que están sumidas en pensamientos malvados, y por consiguiente falsos, los niveles más profundos de su mente están cerrados. Esto significa que no puede haber ninguna fuente de amor conyugal en ellos. Sin embargo, en un nivel inferior, en la persona natural o exterior separada de la interior, hay una unión de lo falso y lo malo, una unión que se denomina matrimonio infernal.

He podido ver cómo es el matrimonio entre las personas que están

[d] Todo en el universo, en el cielo y en la tierra, remite al bien y la verdad: 2451 *[2452]*, 3166, 4390, 4409, 5232, 7256, 10122; y a su unión: 10555. Hay un matrimonio entre el bien y la verdad: 1094 *[1904]*, 2173, 2503 *[2508]*. El bien ama la verdad, y desde su amor la desea y desea su unión con ella, por eso hay un esfuerzo incesante hacia la unión: 9206, 9207, 9495. La vida de la verdad procede del bien: 1589, 1997, 2579 *[2572]*, 4070, 4096, 4097, 4736, 4757, 4884, 5147, 9667. La verdad es la forma del bien: 3049, 3180, 4574, 9154. La verdad es al bien como el agua es al pan: 4976.

atrapadas en pensamientos falsos que tienen su origen en el mal, lo que se denomina el matrimonio infernal. Hablan entre sí e incluso cohabitan por lujuria, pero interiormente arden en un odio mutuo tan criminal que está más allá de toda descripción.

378. El amor conyugal no se produce entre personas de religiones diferentes, pues la verdad de una no está en armonía con el bien de la otra, y dos entidades desiguales y discordantes no pueden formar una sola mente a partir de dos. Esto significa que la fuente de su amor no tiene nada de espiritual en sí mismo. Si viven juntos en armonía, es por razones estrictamente naturales[e].

Por esta razón, los matrimonios en el cielo se contraen con personas de la misma comunidad, pues están centradas en formas similares de bien y de verdad, pero no con personas de fuera de su comunidad. Puede verse en §§ 41-45, *supra*, que todas las personas que están en una determinada comunidad están centradas en un bien y una verdad similares, y que difieren de quienes están fuera de la comunidad. Esto estaba también representado en la nación israelita en el hecho de que los matrimonios se contraían dentro de la tribu e incluso dentro del clan, y no fuera de ellos[223].

379. El auténtico amor conyugal no es posible entre un esposo y más de una esposa. La poligamia destruye, en verdad, la fuente espiritual del amor conyugal, cuyo propósito es formar una sola mente a partir de dos. Por consiguiente, destruye la unión profunda del bien y la verdad, que es la esencia misma de ese amor. El matrimonio con más de una persona es como un entendimiento dividido entre más de una voluntad o como una persona unida a más de una iglesia. Realmente, eso rompe la fe y deja de ser fe[224].

Los ángeles dicen que tomar más de una esposa es absolutamente contrario al orden divino y que saben eso por muchas razones, incluido el hecho de que en el momento en que piensan en un matrimonio con más de una persona, se alejan de su bienaventuranza interior y de su felicidad celestial. Parece como si estuvieran ebrios pues lo bueno se separa dentro de ellos de lo verdadero; y como los niveles más profundos de su mente entran en ese estado con sólo pensar en ello con el más mínimo deseo,

[e] Los matrimonios entre personas de religiones diferentes no están permitidos porque no existe ninguna unión de bien y verdad semejante en los niveles interiores: 8998.

perciben claramente que el matrimonio con más de una mujer cierra su naturaleza interior y hace que la lujuria invada el lugar que debe ocupar el amor conyugal. La lujuria aparta del cielo[f].

Añadieron que a las personas de la tierra les resulta difícil comprender esto porque muy pocos tienen experiencia del verdadero amor conyugal, y quien no vive en él, no tiene absolutamente ningún conocimiento del deleite interior que hay en ese amor. Sólo conocen el placer de la lujuria, placer que se torna desagradable después de que las personas han vivido juntas durante un tiempo. El deleite del auténtico amor conyugal, sin embargo, no sólo dura hasta la vejez en la tierra, sino que incluso se convierte en deleite celestial después de la muerte, cuando se llena con un deleite más profundo que se hace cada vez más perfecto hasta la eternidad.

Los ángeles dijeron incluso que las bendiciones del auténtico amor conyugal podían contarse por miles, ninguna de ellas conocida por los seres humanos o comprensible para el entendimiento de quien no esté en el matrimonio del bien y la verdad del Señor.

380. Cualquier deseo de control de uno sobre el otro destroza completamente el amor conyugal y su deleite celestial, pues, como ya se señaló, el amor conyugal y su deleite consiste en el deseo de cada uno de pertenecer al otro, de manera mutua y recíproca. El deseo de dominio en un matrimonio lo destruye porque la parte dominante quiere simplemente que su deseo sea el del otro, y no quiere aceptar en cambio ningún elemento del deseo del otro. Así pues, no es mutuo, lo que sig-

[f] Puesto que el esposo y la esposa deben ser uno y deben vivir juntos en el nivel más profundo de la vida, y puesto que los dos juntos forman un ángel en el cielo, el amor conyugal auténtico no puede existir entre un esposo y más de una esposa: 1907, 2740. Tomar más de una esposa al mismo tiempo es contrario al orden divino: 10835 *[10837]*. Es percibido muy claramente por quienes están en el reino celestial del Señor que no existe matrimonio salvo entre un esposo y una esposa: 865, 3246, 9902 *[9002]*, 10172; porque los ángeles allí están en un matrimonio del bien y la verdad: 3246. Se permitió a la nación israelita tomar más de una esposa y tener además concubinas, pero esto no es permisible para los cristianos. Esto se debe a que esa nación estaba centrada en las cosas exteriores separadas de las interiores, mientras que los cristianos pueden concentrarse en las más profundas y, por lo tanto, en el matrimonio del bien y la verdad: 3246, 4837, 8809.

nifica que no se comparte el amor y su deleite con el otro. Ahora bien, esta actitud de compartir y la unión que de ella se deriva es el verdadero deleite interior que llamamos la bienaventuranza del matrimonio. El amor al dominio ahoga esta bienaventuranza, y con ella absolutamente todo lo que de celestial y espiritual hay en el amor, hasta el punto de que se llega a perder todo conocimiento de su existencia. Se podría decir incluso que esa dimensión del amor es tan despreciada que la mera mención de la bienaventuranza del matrimonio provoca la risa o la cólera.

[2] Cuando un miembro de la pareja quiere o ama lo que hace el otro, entonces hay libertad para ambos, porque toda libertad procede del amor. Sin embargo, no hay libertad para ninguno cuando hay dominio. Uno de los dos es siervo; y también lo es el que domina, pues se conduce como siervo por su necesidad de dominar. Sin embargo, quienes no conocen la libertad del amor celestial no comprenden esto en absoluto. Deberían comprender a partir de las cosas que acabamos de decir sobre el origen y la esencia del amor conyugal que cuando el dominio entra en juego, las mentes no se unen, sino que se separan. El dominio sojuzga, y una mente sojuzgada no tiene voluntad o tiene voluntad de oposición. Si no hay voluntad no hay amor, y si hay voluntad de oposición, hay odio en lugar de amor.

[3] Las respectivas naturalezas profundas de quienes viven este tipo de matrimonio chocan y pelean entre sí, como es normal entre dos cosas que se oponen, por más que su naturaleza exterior pueda estar contenida y preservada por la tranquilidad. El choque y la pelea de sus naturalezas interiores brotará después de la muerte. Habitualmente permanecen juntos y entonces luchan entre sí como enemigos y cada uno atormenta a la otra parte, pues ambos actúan de acuerdo con el estado de su naturaleza profunda. En ocasiones se me ha permitido ver cómo luchan y se atormentan recíprocamente, en ocasiones con un gran despliegue de rencor y violencia. Los niveles más profundos de cada uno, al no estar ya constreñidos por consideraciones externas, tienen una cierta libertad en la otra vida para sus propósitos mundanos. Entonces las personas son exteriormente tal como son interiormente.

381. En ciertas personas hay algo semejante al amor conyugal, pero que no es tal a menos que esté centrado en el amor al bien y la verdad. Es un amor que se parece al amor conyugal por diversas razones: el inte-

rés por la atención y el cuidado del hogar, la sensación de seguridad, el estar en paz o con tranquilidad, el estar atendidos en la enfermedad o la vejez, o el trabajar juntos por los hijos. En algunos casos surge del miedo del cónyuge a lo que la gente pueda pensar, o por fines malévolos; y, en algunos casos, es la lujuria la que lo provoca.

El amor conyugal difiere también entre esposos. Puede haber más o menos en uno, poco o nada en el otro; y puesto que puede diferir, puede haber cielo para uno e infierno para el otro.

382a[225]. El auténtico amor conyugal se encuentra en el cielo interior porque allí los ángeles están absortos en el matrimonio del bien y la verdad e igualmente en la inocencia. Los ángeles de los cielos inferiores están también en amor conyugal, pero sólo en la medida en que están en la inocencia. Por eso entre los cónyuges que viven en amor conyugal los placeres celestiales son casi como juegos de inocencia para sus mentes, como los de los niños, porque no hay nada que no les deleite. El cielo fluye con su alegría en los detalles más pequeños de su vida. Por eso el amor conyugal es representado por una joven indescriptiblemente hermosa envuelta en una nube blanca. Se me dijo que toda la belleza de los ángeles en el cielo procede del amor conyugal. Los sentimientos y pensamientos que fluyen de él son representados mediante aureolas resplandecientes, con destellos como los de las piedras preciosas[226] o rubíes, todo esto acompañado de sentimientos de deleite que conmueven los niveles más profundos de la mente.

En una palabra, el cielo mismo se describe como amor conyugal porque el cielo es para los ángeles la unión del bien y la verdad, y es esta unión la que constituye el amor conyugal.

382b. Los matrimonios del cielo difieren de los matrimonios de la tierra en que los matrimonios terrenales tienen la finalidad de tener hijos, lo que no sucede en los cielos. En lugar de la procreación de hijos, hay allí procreación de lo que es bueno y verdadero. La razón de esta sustitución es que se trata de un matrimonio del bien y la verdad, como se dijo anteriormente, y en este matrimonio el bien y la verdad son amados por encima de todo, como lo es su unión; así, eso es lo que procrean los matrimonios en los cielos. Por eso en la Palabra nacimientos y generaciones significan nacimientos y generaciones espirituales, nacimientos de lo que es bueno y verdadero. La madre y el padre significan la prolífica unión de la verdad y el bien, los hijos e hijas son las cosas buenas y ver-

daderas que nacen, y los yernos y nueras significan las uniones de estos descendientes, y así con todo[g].

Podemos deducir de lo dicho que los matrimonios del cielo no son iguales a los matrimonios de la tierra. En los cielos, hay bodas espirituales que no deberían llamarse bodas, sino uniones de mentes, debidas a la unión del bien y la verdad. Sin embargo, en la tierra hay bodas, porque conciernen no sólo al espíritu, sino también a la carne. Por otra parte, puesto que no hay bodas en los cielos, los dos esposos no son llamados marido y mujer, sino que, debido al concepto angélico de la unión de dos mentes en una, cada cónyuge es identificado por una palabra que significa «perteneciente al otro».

Esto nos permite comprender lo que quieren decir las palabras del Señor sobre los matrimonios en Lucas 21, 35-36 *[20, 35-36]*.

383. También se me ha permitido ver cómo entraron los matrimonios en los cielos. En todo el cielo, las personas que son semejantes se reúnen, y las que son distintas se separan. Esto significa que cada comunidad consta de personas similares. Los semejantes son atraídos hacia los semejantes no por su propia voluntad sino por el Señor (véase *supra*, §§ 41-45). Igualmente, un cónyuge es atraído hacia el otro cuando sus mentes pueden unirse. Así, a primera vista se aman uno al otro profundamente, se ven mutuamente como casados, y contraen matrimonio. Por eso todos los matrimonios del cielo son obra solamente del Señor. También celebran una fiesta de bodas en la que se reúnen numerosas personas; estas fiestas difieren según las comunidades.

384. Los matrimonios en la tierra son el semillero del género huma-

[g] La concepción, el dar a luz, el nacimiento y las generaciones significan los acontecimientos espirituales de lo que es bueno y verdadero, o del amor y la fe: 613, 1145, 1755 *[1255]*, 2020, 2584, 3860, 3868, 4070, 4668, 6239, 8042, 9325, 10197 *[10249]*. Engendrar y nacer significan regeneración y renacimiento por medio de la fe y el amor: 5160, 5598, 9042, 9845. Una madre significa la Iglesia respecto de la verdad, y por tanto también la verdad de la Iglesia: 2691, 2717, 3703, 5580 *[5581]*, 8897. Los hijos significan los sentimientos por lo que es verdadero y por lo tanto las verdades: 489, 491, 533, 2623, 3373, 4257, 8649, 9807. Las hijas significan los sentimientos por el bien y, por lo tanto, las cosas que son buenas: 489-491, 2362, 3963, 6729, 6775, 6778, 9055. Un yerno significa algo verdadero unido a un sentimiento por el bien: 2389. Una nuera significa algún bien unido con su verdad: 4843.

no y también de los ángeles del cielo, pues como ya señalamos en el capítulo correspondiente, el cielo procede del género humano. Por esta razón, y porque tienen un origen espiritual (del matrimonio del bien y la verdad), y porque la naturaleza divina del Señor fluye especialmente en este amor, estos matrimonios terrenales son considerados como los más santos por los ángeles del cielo. Por consiguiente, el adulterio, como lo opuesto al amor conyugal, es considerado por ellos impío; pues así como los ángeles ven en las uniones conyugales el matrimonio del bien y la verdad, que es el cielo, así en el adulterio ven el matrimonio de la falsedad y la maldad, que es el infierno. Por eso, con sólo oír mencionar el adulterio, se alejan, y por eso el cielo está cerrado a quienes cometen adulterio por placer. Y cuando el cielo se ha cerrado, el hombre ya no reconoce lo Divino, ni nada de la fe de la Iglesia[h,227].

He podido percibir por el aura que emana del infierno que todos allí se oponen al amor conyugal. Era como un esfuerzo incesante por romper y destruir los matrimonios. Esto mostraba que el placer dominante en el infierno es el del adulterio, y que el placer del adulterio es también el placer de destrozar la unión del bien y la verdad, la unión que constituye el cielo. Se sigue de ahí que el placer del adulterio es un placer infernal, diametralmente opuesto al placer del matrimonio, que es un placer celestial.

385. Había algunos espíritus que me atormentaban con particular ingenio debido a su práctica durante su vida física. Hacían esto mediante un influjo bastante sutil, a modo de onda, cosa característica de los espíritus honrados; pero se percibía que había elementos de engaño y cosas parecidas en ellos, deseo de coger en una trampa y engañar. Finalmente, hablé con uno de ellos que había estado al mando de un ejército cuando vivía en el mundo, según me dijo. Percibiendo que había algo licencioso en sus pensamientos, hablé con él sobre el matrimonio en un lenguaje es-

[h] Los actos de adulterio son impíos: 9961, 10174. El cielo está cerrado para los adúlteros: 275 *[2750]*. Las personas que se complacen en los actos de adulterio no pueden entrar en el cielo: 539, 2733, 2747-2749, 2751, 10175. Los adúlteros son despiadados y no tienen religión: 824, 2747, 2748. Las ideas de los adúlteros son sucias: 2747, 2748. En la otra vida, aman la inmundicia y están en ese tipo de infierno: 2755, 5394, 5722. Los actos de adulterio en la Palabra significan las adulteraciones del bien, y la prostitución significa la distorsión de la verdad: 2466, 2729, 3399, 4865, 8904, 10648.

piritual, empleando imágenes que expresaban plenamente, aun siendo muy breves, mis sentimientos. Dijo que durante su vida física nunca había pensado en actos de adulterio.

Se me ocurrió decirle, sin embargo, que los actos de adulterio son indecibles, por muy diferentes e incluso permisibles que puedan parecer a la gente como él debido al placer que codician y sus consiguientes racionalizaciones. Él podía comprender esto sin dificultad porque los matrimonios son el semillero del género humano y, por consiguiente, el semillero del reino del cielo. Por este motivo, nunca debían ser violados, sino que debían ser considerados como algo sagrado. También podía comprenderlo pensando en el hecho, que él podía percibir al estar ahora en la otra vida, de que el amor conyugal descendía del Señor a través del cielo, y de que el amor mutuo, fundamento del cielo, procedía de ese amor como un hijo procede de sus padres. Estaba también el hecho de que basta con que los adúlteros se acerquen tan sólo a las comunidades celestiales, para que se den cuenta de su propio hedor y se lancen al infierno. Debía al menos saber que la violación del matrimonio va contra las leyes divinas y contra las leyes civiles de todos los reinos, así como es contrario a la auténtica luz racional porque, entre otras muchas cosas, es contrario tanto al orden humano como al orden divino.

Sin embargo, contestó que él no pensaba así durante su vida física. Quería utilizar especulaciones sobre si esto era verdadero o no; pero se le dijo que la verdad no admite especulaciones. Con especulaciones se puede apoyar todo lo que nos place, y por tanto también lo que es malo y falso. Debía empezar por pensar en lo que se le había dicho, porque era cierto. O, al menos, podía pensar en ello desde el principio ampliamente reconocido de que no se debería hacer nada a los otros que no queramos que los otros nos hagan. Así, si alguien hubiera practicado este tipo de engaño con su mujer, a la que amaba (como sucede en las primeras etapas de todo matrimonio), entonces cuando estuviera en la cima de su ardiente furia y expresara sus sentimientos, ¿no mantendría que el adulterio es detestable y, puesto que estaba intelectualmente dotado, no querría que todo el mundo apoyara su pretensión de que el adulterio debía ser condenado al infierno?

386. Se me ha mostrado cómo los placeres del amor conyugal llevan al cielo y cómo los placeres del adulterio conducen al infierno. El camino del amor conyugal hacia el cielo incrementa constantemente las ben-

diciones y delicias más allá de todo número o descripción. Cuanto más se avanzaba hacia el interior, más innumerables e indescriptibles eran, hasta alcanzar las delicias del cielo interior, el cielo de la inocencia. Todo esto se realizó con la mayor libertad, porque toda libertad procede del amor; por eso, la libertad mayor procede del amor conyugal, que es el amor celestial esencial.

Por otra parte, el camino del adulterio conduce al infierno, paso a paso hasta lo más inferior, donde no hay nada que no sea terrible y espantoso. Éste es el tipo de destino que espera a los adúlteros después de su vida en el mundo. Por «adúlteros» nos referimos a las personas que encuentran placer en los actos de adulterio y no en el matrimonio.

Lo que hacen los ángeles en el cielo

387. No hay forma de enumerar todas las funciones que tienen las personas en el cielo o de describirlas en detalle, aunque se puede decir algo sobre el tema en términos generales; son innumerables y varían también según las funciones de las comunidades. En realidad, cada comunidad desempeña una función única, puesto que las comunidades difieren según sus virtudes (véase *supra*, § 41) y, por tanto, según su función. Esto se debe a que en los cielos las virtudes de cada uno son virtudes en acto, es decir, funciones. Todos hacen allí algo específicamente útil, pues el reino del Señor es un reino de usos o utilidades[a,228].

388. Hay muchas formas de servicio en los cielos, como las hay en la tierra, puesto que allí hay asuntos eclesiásticos, civiles y domésticos. La existencia de los asuntos eclesiásticos se deriva de lo que se señaló anteriormente, §§ 221-227, sobre el culto divino; la existencia de los asuntos civiles, de lo que se dijo sobre las formas de gobierno en el cielo, §§ 213-220; mientras que la existencia de los asuntos domésticos se deduce de lo dicho sobre los hogares y casas de los ángeles, §§ 183-190, y sobre los matrimonios en el cielo, §§ 366-386. Por consiguiente, podemos ver

[a] El reino del Señor es un reino de utilidades: 453 *[454]*, 696, 1103, 3645, 4054, 7038. Servir al Señor es ser útil: 7038. Todo el mundo debe ser útil en la otra vida: 1103; incluso la gente mala e infernal, pero de manera diferente: 696. La cualidad de cada uno está determinada por la utilidad que satisface el individuo: 4054, 6815; con ejemplos: 7038. La bienaventuranza angélica consiste en acciones buenas y caritativas y, por consiguiente, en realizar usos o utilidades: 454.

que las funciones y servicios en cualquier comunidad celestial son múltiples.

389. Todo en el cielo está dispuesto según el orden divino, que está preservado en todas partes por la vigilancia de los ángeles, con los más sabios atendiendo a los asuntos del bien o utilidad común y los menos sabios a los detalles menores o particulares. Estos asuntos están subordinados, lo mismo que las utilidades, al orden divino. Esto significa también que la importancia que se atribuye a cada función depende de la importancia de su utilidad. Ahora bien, los ángeles no reivindican ninguna importancia para sí, sino que la atribuyen toda a la utilidad; y puesto que la utilidad es el bien que sirve y todo bien procede del Señor, atribuyen todo al Señor. Esto significa que si uno piensa primero en sí mismo y secundariamente en la utilidad en vez de pensar primero en la utilidad y secundariamente en sí mismo, no puede desempeñar ningún oficio en el cielo, porque está separado del Señor, al ponerse a sí mismo en primer lugar y a la utilidad en segundo. Al decir «utilidad» nos referimos también al Señor, puesto que como se señaló, la utilidad es un bien, y el bien procede del Señor.

390. Esto nos permite determinar cómo son las categorías de subordinación en el cielo, es decir, que amamos, valoramos y respetamos a los funcionarios según amamos, valoramos y respetamos las funciones que están asociadas a ellos, y que estos funcionarios son amados, valorados y respetados en la medida en que no se atribuyen su utilidad a sí mismos sino al Señor. En esa medida, son sabios, y la utilidad que realizan la realizan desde el bien. El amor, el valor y el respeto espirituales no son otra cosa que amor, valor y respeto por la utilidad propia de cada función, respeto por la función a causa de la utilidad y no por la utilidad a causa de la función. Si miramos a los demás desde una perspectiva espiritualmente verdadera, no los vemos de otra forma, pues toda persona es igual a otra, independientemente de que su rango jerárquico sea más elevado o más bajo. La única diferencia que observamos es una diferencia de sabiduría, y la sabiduría es amor a la utilidad, lo que significa amar el bienestar de nuestros conciudadanos, de nuestra comunidad o de nuestro país, y de la iglesia.

Esto es también lo que constituye el amor al Señor, puesto que todo bien que sea realmente un bien procede del Señor. También constituye el amor al prójimo, puesto que nuestro prójimo es el bien que

debe ser amado en nuestros conciudadanos, nuestra comunidad, nuestro país y nuestra Iglesia, y esto es lo que debe ser fomentado por sí mismo[b,229].

391. Todas las comunidades de los cielos se diferencian según sus formas de servicio, porque se diferencian según sus virtudes, como se ha señalado anteriormente (§§ 41-45). Sus virtudes son virtudes en acción o actos de caridad, que son servicios. Hay algunas comunidades cuya tarea es cuidar de los niños más pequeños; hay otras encargadas de enseñar y guiar a los niños mientras crecen; hay otras que se ocupan de los niños y niñas que están ya bien dispuestos debido a la manera en que fueron educados en este mundo y han llegado directamente al cielo, donde son instruidos y educados más o menos de la misma manera. Hay comunidades que enseñan a la gente sencilla del mundo cristiano y les guían en el camino al cielo, y hay otras que hacen lo mismo con diferentes pueblos no cristianos. Hay algunas que protegen a los nuevos espíritus, que acaban de llegar del mundo, de los ataques de los malos espíritus; y hay otras que asisten a la gente en la tierra inferior[230]. También las hay que asisten a los que están en los infiernos y los controlan para que no se torturen mutuamente más allá de los límites dispuestos. Hay igualmente algunas que cuidan de quienes están despertando de la muerte.

Hablando en general, los ángeles de todas las comunidades tienen como misión protegernos, apartarnos de los sentimientos malvados y de los pensamientos que provocan e infundir en nosotros buenos sentimientos en la medida en que estemos libremente abiertos a ellos. De este modo controlan nuestras acciones u obras alejando nuestras malas intenciones en la medida en que es posible hacerlo. Cuando los ángeles están con no-

[b] Amar al prójimo es amar no la función, sino lo que está en nuestro prójimo y es el origen de nuestro prójimo: 5025, 10336. Quienes aman la función más que la substancia y el origen de la persona aman el mal tanto como el bien: 3820; y ayudan por igual a la gente mala y a la gente buena aunque ayudar a los malos sea hacer daño a los buenos, lo que no es amar al prójimo: 3820, 6703, 8120. Los jueces que castigan a los malhechores para corregirlos e impedir que corrompan y dañen a las personas buenas aman a su prójimo: 3820, 8120, 8121. Cada individuo y cada comunidad, el país y la Iglesia, y, en el más amplio sentido, el reino del Señor, son «nuestro prójimo», y ayudarles por amor a su bienestar y según su estado es amar a nuestro prójimo: esto significa que su bienestar, que es en lo que hay que fijarse, es nuestro prójimo: 6818-6824, 8123.

sotros parecen habitar en nuestros sentimientos, cerca de nosotros en la medida en que estamos en el bien propio de la verdad, y distantes en la medida en que nuestra vida se aleja del bien[c].

Ahora bien, todas estas tareas las realiza el Señor por medio de los ángeles, puesto que los ángeles las hacen no por sí mismos sino desde el Señor. Por eso, en el sentido más profundo de la Palabra, «ángeles» no significa propiamente ángeles, sino más bien algo del Señor; y por eso en la Palabra los ángeles son llamados dioses[d].

392. Éstas son categorías generales de las actividades de los ángeles, pero cada individuo tiene su propia contribución específica que hacer. Por eso cada servicio general está constituido por incontables elementos que son denominados servicios mediatos, subordinados o de apoyo. Todos éstos están dispuestos y coordinados de acuerdo con el orden divino, y reunidos constituyen y completan la función englobadora que es el bien común.

393. Las personas del cielo que están implicadas en asuntos de la Iglesia son las que amaron la Palabra en el mundo y buscaron las verdades en ella con un interés activo, no por prestigio o beneficio, sino para servicio tanto de su vida como de la vida de los demás. En proporción a su amor y anhelo de servicio, son iluminadas y están en la luz de la sabiduría; y esta luz la reciben de la Palabra en los cielos, que no es Palabra natural como en el mundo, sino Palabra espiritual (véase § 259, *supra*). Tienen el don de la predicación; y de acuerdo con el orden divino, los que superan a los otros en la sabiduría que deriva de su iluminación están situados en una posición más elevada.

[2] Aquellos que amaron a su país y su prosperidad más que el bie-

[c] Sobre los ángeles en relación con los bebés, luego con los niños y posteriormente: 2303. Somos despertados de la muerte por los ángeles; desde la experiencia: 168-189. Los ángeles son enviados a los que están en el infierno para impedir que se atormenten entre sí de manera excesiva: 967. Sobre los servicios que los ángeles proporcionan a quienes llegan a la otra vida: 2131. Espíritus y ángeles están con todos nosotros, y el Señor nos conduce a través de espíritus y ángeles: 50, 697, 2796, 2887, 2888, 5847-5866, 5976-5993, 6209. Los ángeles tienen poder sobre los malos espíritus: 1755.

[d] «Ángeles» en la Palabra significa algo divino del Señor: 1925, 2821, 3039, 4085, 6280, 8192. Los ángeles son llamados dioses en la Palabra debido a su apertura a la verdad y el bien divinos del Señor: 4295, 4402, 8301, 8192.

nestar propio, que se condujeron honrada y justamente por amor de lo que es honrado y justo, se ocupan de los asuntos civiles. En la medida en que buscaron leyes de justicia impelidos por su amor, desarrollando así su inteligencia, disfrutan de la capacidad de realizar tales funciones en el cielo. Las realizan en el lugar o nivel apropiado a su discernimiento, que a su vez es equivalente a su amor por el servicio al bien común.

[3] Además, hay tantos oficios y ocupaciones en el cielo, tantas tareas, que son simplemente demasiadas para enumerarlas. Las que hay en el mundo son, en comparación, escasas. Por muy numerosos que sean los que están implicados en ellas, todos participan del amor a su trabajo y trabajan por deseo de servir, no por egoísmo ni por ansia de lucro. En realidad, no existe ningún ansia de lucro, puesto que todas las necesidades de la vida les son satisfechas de forma gratuita. Tienen casa, vestidos y alimentación gratuita. Podemos deducir de aquí que las personas que se amaron a sí mismas y al mundo más que al servicio no tienen ningún lugar en el cielo. En realidad, nuestro amor o afecto permanece invariablemente con nosotros después de nuestra vida en el mundo. No se desarraiga en la eternidad (véase *supra*, § 363).

394. Todo el mundo en el cielo está empeñado en su tarea según su correspondencia, y la correspondencia no se establece con el trabajo en sí, sino con la utilidad de cada tarea particular (véase *supra*, § 112); y todo tiene una correspondencia (§ 106). Cuando estamos empeñados en una actividad o tarea en el cielo que responde a su uso o utilidad, entonces estamos en un estado de vida más o menos parecido al que teníamos en este mundo. Esto se debe a que lo espiritual y lo natural actúan como uno por medio de su correspondencia, pero con la diferencia de que después de la muerte disfrutamos de un deleite más profundo porque estamos en una vida espiritual. Ésa es una vida más profunda, y por consiguiente más abierta a la bienaventuranza celestial.

Alegría y felicidad celestial

395. Actualmente, apenas nadie sabe lo que es el cielo o lo que es la alegría celestial. Las personas que piensan en ello proponen nociones tan pedestres y burdas que apenas tienen algo que ver con la realidad. He tenido una maravillosa oportunidad de aprender de los espíritus que estaban pasando de este mundo a la otra vida qué clase de idea tenían del cielo y de la alegría celestial, pues cuando son dejados a sí mismos,

como cuando estaban en el mundo, siguen pensando de la misma manera[231].

La razón de que no conozcan la alegría celestial es que las personas que piensa en ello basan todos sus juicios en las alegrías externas de la persona natural. No saben qué es la persona espiritual o interior, y en consecuencia tampoco saben en qué consiste su deleite y su bienaventuranza. Por eso, aunque quienes están en la alegría interior o espiritual les dijeran qué es la alegría celestial y cómo se experimenta, no podrían comprenderlo. Llegarían a un concepto desconocido y, por consiguiente, no podrían percibirlo, por eso se convierte en una de esas cosas que la persona natural desecha.

Todo el mundo es capaz de saber que cuando dejamos nuestra persona natural o exterior entramos en nuestra persona espiritual o interior; por eso también podemos saber que el placer celestial es espiritual e interior y no natural y exterior. Al ser espiritual e interior, es más puro y excelente y afecta a nuestros niveles más profundos, los niveles de nuestra alma o espíritu.

Podemos concluir de esto que su deleite es según fue previamente el deleite de su espíritu, y que los placeres del cuerpo, llamados «placeres de la carne», no tienen comparación con los del cielo. Todo lo que está en nuestro espíritu cuando dejamos el cuerpo permanece con nosotros después de la muerte, pues entonces vivimos como espíritus humanos.

396. Todos los placeres fluyen del amor, porque sentimos como agradable lo que amamos. No hay ninguna otra fuente de placer. De ello se sigue, pues, que la cualidad del amor determina la cualidad del placer. Los placeres del cuerpo o de la carne fluyen del amor a nosotros mismos y del amor al mundo, y éstos son también la fuente de nuestros impulsos y sus gratificaciones. Los placeres del alma o el espíritu, sin embargo, fluyen todos del amor al Señor y del amor al prójimo, que son también la fuente de los sentimientos por el bien y la verdad y de nuestra dicha más profunda. Estos amores y sus placeres fluyen del Señor y del cielo por un camino interior, desde arriba, y afectan a nuestra naturaleza más profunda. Los otros amores y sus placeres, sin embargo, fluyen de la carne y del mundo por un camino exterior, desde abajo, y afectan a nuestra naturaleza externa.

En la medida en que los dos amores del cielo[232] son aceptados y nos afectan, nuestros niveles más profundos –niveles de nuestras almas o espí-

ritus– están abiertos, y desvían la mirada del mundo para dirigirla hacia el cielo. En la medida en que los dos amores del mundo[233] son aceptados y nos afectan, nuestros niveles exteriores –niveles del cuerpo o de la carne– están abiertos, y desvían la mirada del cielo para dirigirla hacia el mundo. Así como fluyen los amores y son aceptados, así fluyen sus placeres, placeres del cielo en nuestra naturaleza profunda y placeres del mundo en nuestra naturaleza exterior, pues, como ya se señaló, todo placer procede del amor.

397. Por su misma naturaleza, el cielo está lleno de deleites, hasta el punto de que si lo viéramos como realmente es, comprobaríamos que no es otra cosa que dicha y placer. Así es porque el bien divino que emana del amor divino del Señor constituye el cielo en su conjunto y en detalle para todos lo que están allí; y el amor divino es la voluntad de que todo el mundo sea salvado y sea profunda y plenamente feliz. Por eso es lo mismo decir «cielo» que decir «alegría celestial».

398. Los deleites del cielo son indescriptibles e innumerables; pero nadie que esté inmerso en los placeres del cuerpo o de la carne puede comprender o creer nada sobre ellos. Como ya dijimos, esto se debe a que sus niveles profundos se apartan del cielo para orientarse hacia el mundo, es decir, hacia lo contrario. Pues nadie que esté inmerso en los placeres del cuerpo o de la carne (o en el amor a sí mismo y al mundo, que es lo mismo) siente ningún placer salvo en la fama, el lucro o la gratificación física y sensible. Éstos ahogan y sofocan los placeres más profundos del cielo de manera tan completa que ya ni siquiera se cree que esos placeres existan. Por eso se quedarían muy desconcertados si se les dijera que se les ofrecen otros placeres cuando la fama y el lucro se dejan a un lado; y se quedarían aún más desconcertados si se les dijera que los deleites que ocupan su lugar son innumerables y están más allá de cualquier comparación con los placeres del cuerpo y de la carne, especialmente los placeres de la fama y el lucro. Vemos pues por qué no se sabe en qué consiste la alegría celestial.

399. Podemos deducir la magnitud del placer celestial del hecho de que, allí, a todos parece delicioso compartir su placer y dicha con los demás; y puesto que todos piensan así en los cielos, podemos imaginar cuán inmenso es el placer del cielo. Pues como anteriormente expliqué (§ 268), en el cielo todos comparten lo que tienen con cada uno, y cada uno con todos.

Este tipo de participación fluye de las dos formas de amor que se dan en el cielo, que como ya dijimos son el amor al Señor y el amor al prójimo. Estas formas de amor quieren por naturaleza compartir sus placeres. El amor al Señor es así porque comparte todo lo que tiene con todo el mundo y desea la felicidad de todo el mundo. El mismo amor existe en quienes le aman, porque el Señor está en ellos. Así pues, los ángeles comparten sus deleites con todos los demás. Veremos más adelante que el amor al prójimo también es así. Podemos deducir de todo esto que estos amores, por naturaleza, quieren compartir sus deleites.

Es diferente para el amor a uno mismo y el amor al mundo. El amor a uno mismo arrebata y destruye todo deleite de los otros y lo desvía hacia sí mismo, pues sólo importa el bienestar propio. El amor al mundo pretende que las posesiones del prójimo sean suyas. Por naturaleza estas formas de amor quieren acabar con el deleite de los otros. Si tienen alguna tendencia a compartir, es por su propio interés y no por el de los otros; por eso, en relación a los demás (y salvo en la medida en que se pueden apropiar del deleite de los otros) no tienden a compartir sino a destruir.

Con mucha frecuencia se me ha mostrado mediante vívidas experiencias que así son el amor a uno mismo y el amor al mundo cuando están en posición dominante. Siempre que los espíritus que estaban sumidos en estas formas de amor cuando vivían como personas en este mundo se han acercado a mí, mi propio placer ha mermado hasta desaparecer. También se me ha dicho que si se dirigen hacia alguna comunidad celestial, el deleite de sus miembros disminuye en proporción directa a su presencia. Significativamente, los espíritus malignos disfrutan entonces. Pude entender así cuál es el estado de espíritu de quienes son así mientras está en el cuerpo, pues es básicamente el mismo que después de la separación del cuerpo. Ansían y codician los placeres o los bienes de los otros, y en la medida en que los consiguen, están satisfechos. Vemos, pues, que el amor a sí mismo y el amor al mundo son destructores de la alegría celestial y son, por consiguiente, diametralmente opuestos a los amores celestiales, cuya naturaleza consiste en compartir.

400. Debemos comprender que el placer que sienten quienes están absortos en el amor a sí mismos y al mundo cuando se acercan a alguna comunidad celestial es el placer de sus deseos, y esto es diametralmente opuesto al deleite del cielo. Alcanzan el placer que desean cuando logran

robar y arrebatar el placer celestial a quienes están absortos en él. Es diferente cuando no se produce ningún robo ni destrucción. Entonces no pueden acercarse porque en la medida en que lo hacen, se hunden en el dolor y el tormento. Por eso rara vez se atreven a acercarse. También esto me ha sido mostrado mediante una repetida experiencia, parte de la cual me gustaría transmitir.

[2] Nada desean con más fuerza los espíritus cuando llegan a la otra vida procedentes de este mundo que entrar en el cielo. Casi todos esperan poder hacerlo, pues creen que entrar en el cielo consiste simplemente en ser admitidos y aceptados. Como esto es lo que quieren, son aceptados en alguna comunidad del cielo exterior. Si se entregan al amor a sí mismos y al mundo, cuando alcanzan el primer límite de ese cielo empiezan a sentir dolor y a estar tan atormentados que les parece estar en el infierno más que en el cielo. Caen, entonces, precipitadamente hacia abajo y no descansan hasta que se encuentran con sus iguales en los infiernos.

[3] También ha sucedido a menudo que espíritus como ésos hayan querido descubrir qué es la alegría celestial y, cuando han oído que está en la naturaleza más profunda de los ángeles, hayan tratado de participar en ella. Si esto ha podido ocurrir es porque cuando los espíritus no están todavía en el cielo o en el infierno, se les concede todo lo que quieren si les puede beneficiar. Pero tan pronto como se estableció la comunicación, comenzaron a experimentar tal angustia que no podían controlar su cuerpo debido al dolor. Parecía como si les apretaran la cabeza hacia los pies y se tiraban al suelo, retorciéndose y enroscándose como serpientes, debido a su angustia interior. Éste era el efecto que el deleite celestial tenía sobre aquellos cuyos placeres resultaban del amor a sí mismos y al mundo. La razón es que estos amores son diametralmente opuestos, y cuando un amor se encuentra con su opuesto se produce ese tipo de dolor. Además, puesto que el placer celestial entra por un camino interior y fluye en un placer opuesto, esto invierte los niveles más profundos que están absortos en un placer de signo contrario, imponiéndoles la dirección opuesta. Todo ello desemboca en esta clase de torturas.

[4] Como ya he señalado, la razón de que esos amores sean contrarios entre sí es que el amor al Señor y el amor al prójimo quieren compartirlo todo con los demás. Éste es en realidad su deleite. Pero el egoísmo y

el amor al mundo quieren arrebatar las cosas a los otros para hacerlas suyas, y encuentran placer en la medida en que lo logran.

Esto nos permite comprender también por qué el infierno está separado del cielo. Todos aquellos que están en el infierno estaban completamente centrados en los placeres del cuerpo y de la carne mientras vivían en este mundo, debido a su amor a sí mismos y a su amor al mundo; mientras que todos aquellos que están en el cielo estaban centrados en el deleite del alma y el espíritu cuando vivían en el mundo, debido a su amor al Señor y a su amor al prójimo. Como estos amores se oponen entre sí, los infiernos y los cielos están totalmente separados, hasta el punto de que los espíritus que están en el infierno no se atreven a sacar un dedo o asomar la coronilla, pues en el momento en que lo hacen, por poco que sea, se encuentran envueltos en el tormento y la angustia. También esto lo he visto a menudo.

401. Mientras aquellos que están atrapados en el amor a sí mismos y al mundo viven en el cuerpo, sienten el placer que resulta de esos amores y de las gratificaciones que se derivan de ellos. Sin embargo, quienes están fijos en el amor a Dios y en el amor al prójimo no tienen, mientras viven en el cuerpo, ningún sentimiento evidente del placer que resulta de estos amores y de los buenos sentimientos derivados de ellos, sino sólo un sentimiento de bienestar que es apenas perceptible porque está oculto en su naturaleza profunda, velado por las sensaciones exteriores de su cuerpo y oscurecido por las inquietudes de este mundo. Sin embargo, nuestro estado cambia completamente después de la muerte. Entonces los placeres del amor a nosotros mismos y al mundo se transforman en sensaciones dolorosas y espantosas porque en ellas está lo que llamamos el fuego del infierno, y también en cosas asquerosas y sucias que responden a sus gratificaciones inmundas, todas las cuales, de manera sorprendente, se tornan ahora deliciosas para ellos.

En cambio, la débil sensación de placer, el casi imperceptible sentimiento de bienestar en que se encontraban aquellos que se centraban en el amor a Dios y en el amor al prójimo en el mundo, se transforma en deleite en el cielo, perceptible y palpable de innumerables formas. Esa sensación de bienestar que había estado escondida en su naturaleza profunda mientras vivían en el mundo queda ahora desvelada y se manifiesta como una sensación abierta, porque ahora están en el espíritu y ése era el deleite de su espíritu.

402. Todos los placeres del cielo están unidos a formas de servicio y habitan en ellas, porque las formas de servicio son los buenos efectos del amor y la caridad en que están inmersos los ángeles. Por consiguiente, la naturaleza del deleite de cada uno depende de la naturaleza de su servicio, y su intensidad depende de la intensidad del interés puesto en el servicio.

Podemos confirmar que los deleites del cielo son deleites de servicio comparándolos con nuestros cinco sentidos físicos. Cada sentido tiene su placer propio en concordancia con el servicio que realiza. La vista tiene su placer, el oído el suyo, el olfato el suyo, el gusto el suyo y el tacto el suyo. El placer de la vista deriva de la belleza y las formas, el del oído de las armonías, el del olfato de las fragancias, el del gusto de los sabores. Cualquiera que reflexione sobre ello conoce los servicios que los sentidos individuales realizan, y quienes están familiarizados con las correspondencias lo conoce más plenamente. La razón de que la vista tenga el tipo de placer que tiene radica en el servicio que desempeña para nuestra comprensión, que es la visión interior. La razón de que el oído tenga el tipo de placer que tiene radica en el servicio que realiza para la comprensión y la voluntad por medio de la atención. La razón de que el olfato tenga el tipo de placer que tiene radica en el servicio que realiza para el cerebro y los pulmones. La razón de que el gusto tenga el tipo de placer que tiene radica en el servicio que realiza para el estómago e, indirectamente, para todo el cuerpo al alimentarle. El placer conyugal, que es el placer del tacto más puro y delicado, supera a todos los demás debido a su servicio, la procreación del género humano y, de esta manera, de los ángeles del cielo.

Estos deleites son inherentes a los sentidos debido al influjo del cielo, donde todo deleite pertenece al servicio y está en concordancia con él.

403. Sobre la base de una opinión formada en el mundo, algunos espíritus creían que la felicidad celestial consistía en una vida de ocio, en la que uno era servido por los otros; se les informó de que no hay ninguna felicidad en holgazanear y obtener satisfacción de ello. Esto sería como querer la felicidad de los otros para uno mismo, en cuyo caso nadie podría ser feliz. Este tipo de vida sería una vida ociosa, no activa, que conduciría a la atrofia. En realidad, tendrían que haber sabido que, fuera de la vida activa, no hay felicidad ninguna, y que la ociosidad sirve en esta vida solamente como refrigerio, para poder volver a la vida activa con

más energía. Luego se les mostró de muchas maneras que la vida angélica consiste en acciones solícitas, acciones que valen la pena, que son útiles a los otros, y que toda la felicidad que los ángeles tienen se encuentra en el servicio, deriva del servicio y es proporcional al servicio.

A quienes tenían la idea de que la alegría celestial consiste en una vida de holgazanería, aspirando ociosamente a la bendición eterna, se les permitió percibir qué tipo de vida era ése, de modo que pudieran avergonzarse de esa idea. Vieron que es completamente miserable, y, una vez desvanecida esa alegría, se sintieron pronto disgustados y asqueados.

404. Algunos espíritus que se creían mejor informados que otros decían que en el mundo habían mantenido la creencia de que la alegría celestial consistía solamente en alabar y glorificar a Dios, y que ésa era una vida activa. Pero se les dijo que alabar y glorificar a Dios no es una clase apropiada de vida activa, puesto que Dios no tiene ninguna necesidad de alabanza y glorificación[234]. Más bien, Dios quiere que seamos útiles unos a otros, que hagamos las cosas útiles que se denominan obras de caridad. Sin embargo, no podían asociar la idea de alegría celestial a la de acciones buenas y caritativas, sino solamente una idea de esclavitud, a pesar de que los ángeles testificaron que era la vida más libre de todas porque surge de un sentimiento profundo y va indefectiblemente acompañada de un deleite indescriptible.

405. Casi todos los que llegan a la otra vida piensan que el infierno es el mismo para todo el mundo y que el cielo es el mismo para todo el mundo, cuando en realidad existen infinitas variaciones y diferencias en función de cada uno. El infierno no es nunca el mismo para dos personas distintas, ni tampoco el cielo, del mismo modo que ninguno de nosotros, ningún espíritu ni ningún ángel es nunca exactamente igual a otro, ni siquiera facialmente. Ante el mero pensamiento de que dos seres pudieran ser idénticos, los ángeles se quedaron horrorizados. Dijeron que toda unidad está formada por la armónica concordancia de numerosos componentes y que la naturaleza de la unidad depende de la naturaleza de la concordancia. Así es como cada comunidad del cielo forma una unidad y como todas las comunidades forman un solo cielo, lo que es realizado solamente por el Señor por medio del amor[a,235].

[a] Una unidad consta de diferentes componentes y su forma y cualidad deriva de ellos, así como su perfección deriva de la forma en que se armonizan y concuerdan: 457, 3241,

Las actividades útiles de los cielos se producen en variedad y diversidad similares. La función de un individuo no es nunca exactamente igual a la de otro, por eso el deleite de uno no es nunca igual al de otro. No sólo eso, los deleites de cada función son innumerables, y estos deleites innumerables son igualmente variados, aunque estén unidos en un orden que los capacita para centrarse en los otros como las funciones de los miembros, órganos y vísceras individuales en el cuerpo humano; o incluso más, como las funciones de cada vaso sanguíneo y cada fibra en esos miembros y órganos y vísceras. Éstos están todos interconectados de manera que se centran en lo que pueden ofrecer a los otros y, por lo tanto, al conjunto, poniendo la máxima atención en cada miembro individual. Actúan como uno debido a esta atención hacia el conjunto y el individuo.

406. En cierta ocasión hablé con algunos espíritus que acababan de llegar del mundo sobre el estado de la vida eterna. Recalqué el hecho de que es importante saber quién es el señor de un reino, cómo es su gobierno y cuáles son las formas que ese gobierno adopta. Así sucede cuando alguien visita un país extranjero en este mundo. Nada es más importante en tales casos que saber quién es el rey y cuál es su carácter, cómo es el gobierno y demás detalles acerca de la nación. ¡Cuánto más importante será esto en el reino al que se va a vivir para siempre! Por consiguiente se debe saber que es el Señor quien gobierna tanto el cielo como el universo, pues quien gobierna lo uno gobierna también lo otro. Esto significa que el reino en que ahora se encuentran pertenece al Señor y que las leyes de ese reino son las verdades eternas basadas todas en la ley de que se debe amar al Señor sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. E incluso más que eso, pues si se quiere ser como los ángeles, se debe amar al prójimo más que a sí mismo.

Cuando escucharon este último punto fueron incapaces de responder, porque habían oído algo parecido durante su vida física, pero no habían

8003. Existe una variedad infinita, y nada es nunca igual a ninguna otra cosa: 7236, 9002. Es lo mismo en los cielos: 5744 *[3744]*, 4005, 7236, 7833, 7836, 9002. Por consiguiente, todas las comunidades de los cielos y todos los ángeles individuales de una comunidad difieren entre sí porque están implicados en virtudes y servicios diferentes: 690, 3241, 3519, 3804, 3986, 4067, 4149, 4263, 7236, 7833, 3986. El amor divino del Señor los dispone a todos ellos en forma celestial y los une como si fueran un solo individuo: 457, 3986, 5598.

creído en ello. Preguntaron si existía ese tipo de amor en el cielo, si era posible que alguien amara a su prójimo más que a sí mismo. Se les dijo que en la otra vida todo bien se acrecienta inmensamente. La vida en un cuerpo físico no puede por naturaleza ir más allá del amor al prójimo como a sí mismo, porque está inmersa en lo que concierne al cuerpo. Sin embargo, una vez eliminado éste, el amor se purifica y finalmente llega a adquirir un carácter angélico, que consiste en amar al prójimo más que a uno mismo. Pues en los cielos hacer el bien por otro es un deleite y hacer el bien para uno mismo no lo es a menos que sea como ofrecimiento al otro y por la causa del otro. Esto es amar al prójimo más que a uno mismo.

En cuanto a la posibilidad de este amor, se dijo que se puede observar en este mundo a partir, por ejemplo, del amor conyugal que algunos sienten por su consorte, personas que preferirían morir antes que permitir cualquier daño a su pareja. Igualmente se podría considerar el amor de los padres a los hijos, el amor de la madre que moriría de hambre antes de permitir que la pasaran sus hijos; o la verdadera amistad que lleva a arrostrar peligros por los amigos. Podría incluso considerarse la amistad simulada de la cortesía formal en la que se pretende emular una amistad real ofreciendo lo mejor a las personas a las que se dice querer ayudar y expresando esa voluntad en palabras, aunque no surja del corazón. Finalmente, se podría considerar la naturaleza del amor, que consiste en encontrar alegría en servir a los otros por ellos mismos y no por uno.

Sin embargo, quienes se amaban a sí mismos más que a los otros no podían comprender esto, ni tampoco podían hacerlo quienes durante su vida física habían codiciado bienes materiales; y, menos que cualesquiera otros, los avaros.

407. Había un hombre que había sido especialmente poderoso durante su vida física y que en la otra vida seguía conservando el deseo de dominio. Se le dijo que ahora estaba en otro reino, en un reino eterno, y que su dominio estaba en el país de los muertos. Aquí, nadie era valorado por otra cosa que su virtud y su verdad, y por la misericordia del Señor que hubiera disfrutado durante su vida terrenal. Se le dijo también que este reino era semejante a los reinos terrenales, donde las personas eran valoradas por su riqueza y su relación con el soberano. Aquí, la riqueza era la virtud y la verdad, y la relación con el soberano era la misericordia que cada uno había disfrutado del Señor durante su vida en el

mundo. Quien quisiera regirse por otras normas sería un rebelde, pues estaría en el reino de otro. Sintió vergüenza cuando escuchó esto.

408. Hablé con algunos espíritus que pensaban que el cielo y la alegría celestial consistían en ser importantes; pero les dije que en el cielo los mayores son los menores, pues se dice de alguien que es «menor» cuando no tiene y no quiere tener poder o sabiduría por sí mismo, sino sólo por el Señor. Este tipo de «persona menor» tiene la mayor felicidad. Y como esas personas tienen la mayor felicidad, se deriva de ello que son las más importantes, pues todo su poder y toda su sabiduría las obtienen del Señor. Además, ¿qué significa ser el mayor sino ser el más feliz? La mayor felicidad es lo que busca el poderoso en su poder y lo que busca el rico en su riqueza.

Se dijo además que el cielo no consistía en querer ser el menor para ser más grande. Quienes así piensan suspiran por la grandeza y la anhelan. Significa más bien un deseo sincero de lo mejor para los otros más que para uno mismo, y servir a los otros por su felicidad sin ninguna idea de recompensa, sino simplemente por amor.

409. La verdadera alegría celestial tal como es en sí y por sí misma está más allá de toda descripción porque habita en la naturaleza más profunda de los ángeles. Fluye desde allí a los detalles de su pensamiento y sentimiento y desde éstos a los detalles de sus palabras y su acción. Es como si sus niveles más profundos se abrieran y quedaran libres para recibir un deleite y una dicha que se esparce a través de todas sus fibras y, por consiguiente, a través de todo su ser, dándole una especie de percepción y sentimiento que sencillamente no puede describirse. Todo lo que surge de los niveles más profundos fluye en los detalles que derivan de esos niveles y prolifera hacia los niveles exteriores, fortaleciéndose constantemente.

Cuando los buenos espíritus que no han experimentado todavía este placer (por no haber sido todavía elevados al cielo) lo perciben en la aureola de amor de algún ángel, se ven colmados por un deleite tal que experimentan una especie de dulce desmayo. Esto sucede a menudo a quienes quieren saber lo que es la alegría celestial.

410. Algunos espíritus querían saber lo que era la alegría celestial, por eso se les permitió sentirla hasta un punto en que ya no podían soportar más. Sin embargo, no se trataba de la alegría angélica, sino solamente de una ligera huella de la cualidad angélica, que se les permitió observar y compartir. Era tan ligera que era casi fría, sin embargo para ellos era su-

premamente celestial, pues estaba muy dentro en su interior. De aquí puede deducirse que no solamente existen niveles de alegría celestial, sino también que el nivel más profundo de un individuo apenas roza el nivel externo o algún nivel medio de otro. También se puede comprender que cuando alcanzamos nuestro nivel más profundo estamos en nuestra propia alegría celestial y que no podríamos soportar algo más profundo porque se volvería doloroso para nosotros.

411. Algunos espíritus que no eran malos se establecieron en un estado de tranquilidad, más bien como de sueño, y de esta manera fueron llevados al cielo respecto de los niveles más profundos de su mente; pues antes de que los niveles profundos de su mente sean abiertos, los espíritus pueden ser llevados al cielo e instruidos acerca de la felicidad de las personas que allí viven. Los vi descansar tranquilamente durante media hora y luego volvieron a la conciencia exterior en que habían estado antes, pero conservando el recuerdo de lo que habían visto. Dijeron que habían estado con los ángeles en el cielo y habían percibido cosas sorprendentes que brillaban como el oro, la plata y las piedras preciosas, con formas asombrosas que variaban de manera desconcertante. Decían que los ángeles no se deleitaban en particular en esas cosas externas, sino en lo que representaban: cosas divinas, indecibles, de sabiduría infinita; ésa era su alegría verdadera. Había muchas otras cosas que el lenguaje humano no puede describir, ni en su más mínima parte, cosas que no cabrían en conceptos relacionados con lo que tiene algo de material.

412. Casi todas las personas que llegan a la otra vida ignoran la naturaleza de la dicha y felicidad celestial, pues no conocen la alegría interior ni su cualidad, salvo sobre la base de su comprensión del buen humor y el placer físico y mundano. Al no conocerla, piensan que no es real, cuando en verdad los placeres físicos y terrenales no son nada en comparación con ella. Por eso, para que puedan conocerla y reconocerla, las personas honradas que no saben lo que es la alegría celestial son llevadas primero a unos lugares deliciosos que superan todo lo que se pueda imaginar. Como piensan que se trata del paraíso celestial, se les dice que ésa no es una verdadera felicidad celestial. Así se les permite reconocer estados más profundos de alegría cuando éstos se hacen perceptibles a su naturaleza profunda; posteriormente son transportados a un estado de paz que llega a su naturaleza interior. Reconocen que ninguna parte de ésta puede expresarse, ni siquiera comprenderse. Luego son llevados a un estado de

inocencia, hasta sentirlo en su máxima profundidad. De esta manera se les permite comprender lo que es el verdadero bien celestial y espiritual.

413. Para que pudiera conocer qué es el cielo y la alegría celestial y cuál es su naturaleza, el Señor me permitió sentir los placeres de la alegría celestial con frecuencia y con todo detalle. Como era una experiencia viva, pude en efecto conocerlos, pero no hay forma de describirlos. Sin embargo, algo debe decirse para proporcionar al menos alguna ligera idea sobre ellos. Hay una sensación de placeres y alegrías innumerables que se unen para presentar una sola realidad, una unidad o un sentimiento general que contiene una armonía de innumerables sentimientos que no llegan a la conciencia individualmente, sino sólo de manera vaga, porque la percepción es muy general. Sin embargo, era posible percibir innumerables elementos en su interior, dispuestos de una manera tan bella que está más allá de cualquier descripción. Las cualidades de estos elementos innumerables fluyen del mismo orden del cielo; y este tipo de orden se percibe hasta en los menores sentimientos, que se manifiestan y perciben solamente como una unidad muy general, dependiendo de la capacidad perceptiva del sujeto. En una palabra, hay infinitos elementos estructurados en una forma ordenada en cada entidad general, y no hay nada que no esté vivo y no afecte a todo desde el interior, pues las alegrías celestiales emanan del mismo centro.

He observado también que la alegría y el deleite celestial parecían proceder de mi corazón, extendiéndose muy sutilmente a través de todas mis fibras internas y desde allí a los haces de fibras, con una sensación de deleite tan profundo que mis fibras parecían no ser nada más que alegría y deleite, y todo lo que percibía y sentía parecía estar vivificado por la misma felicidad. Frente a estas alegrías, la alegría de los placeres físicos es como el polvo ordinario e irritante comparado con la brisa suave y pura.

Observé que cuando quería transmitir todo mi deleite a alguien, un deleite más profundo y pleno fluía incesantemente en su lugar. Cuanto más quería transmitirlo, más fluía; y percibí que esto procedía del Señor.

414. Quienes están en el cielo están continuamente progresando hacia la primavera de la vida. Cuantos más miles de años viven, más agradable y feliz es su primavera. Esta situación se prolonga eternamente, aumentando según el crecimiento y el nivel de su amor, caridad y fe.

Con el paso de los años, las ancianas que murieron a una edad avan-

zada –mujeres que vivieron con fe en el Señor, caridad hacia el prójimo y en feliz amor conyugal con sus maridos– se encuentran cada vez más en la flor de la juventud y con una belleza que sobrepasa toda idea de belleza que puedan contemplar nuestros ojos. Su bondad y caridad es lo que les da su forma y su imagen, haciendo que el placer y la belleza de la caridad resplandezca hasta en la menor curva de su rostro, de manera que se convierten en formas reales de la caridad. Algunas personas las han visto y se han quedado estupefactas. La forma de la caridad que se puede ver en el cielo es así porque es la caridad misma la que da y recibe forma visible. En realidad, esto sucede de manera que todo el ángel, especialmente su rostro, es virtualmente la caridad mostrándose a una percepción abierta. Cuando se contempla esta forma, su belleza es indecible, afectando con la caridad a la vida interior de la mente. En una palabra, envejecer en el cielo es rejuvenecer. Las personas que han vivido en el amor al Señor y en la caridad para con el prójimo son formas o bellezas de este tipo en la otra vida. Todos los ángeles son formas de esta clase, en una variedad infinita. Esto es lo que constituye el cielo.

La inmensidad del cielo

415. La inmensidad del cielo del Señor se sigue de muchas de las cosas que hemos planteado anteriormente, especialmente del hecho de que el cielo procede del género humano (véase §§ 311-317), no solamente de esa parte de él nacido en la Iglesia, sino también de la parte nacida fuera de ella (§§ 318-328). Esto significa que el cielo incluye a todo el que ha vivido una vida honrada desde el principio de nuestro planeta.

Quien conozca los continentes, las regiones y las naciones de este mundo puede saber que existe una multitud de pueblos en nuestro globo. Quien haga cálculos acerca de todo ello descubrirá que miles y miles de personas mueren cada día, lo que supone cientos de miles o millones cada año; y esto ha estado sucediendo desde los tiempos más antiguos, hace miles de años[236]. Todas estas personas han llegado al otro mundo, llamado mundo espiritual, después de su muerte, y a él siguen llegando.

No puedo decir cuántas de éstas son o serán ángeles del cielo. Se me ha dicho que la mayor parte de las personas de los tiempos antiguos se convirtieron en ángeles, porque pensaban más profunda y espiritualmente y estaban por tanto envueltas en un sentimiento celestial; mientras que en tiempos posteriores ya no fueron tantas porque según pasaba el tiempo

nos hicimos más superficiales y empezamos a pensar más en el nivel natural, lo que significa que nos encerramos en sentimientos más terrenales.

Esto nos permite entender en primer lugar que el cielo es enorme simplemente por los habitantes de este planeta.

416. La inmensidad del cielo del Señor puede deducirse también simplemente del hecho de que todos los niños, nacidos dentro o fuera de la Iglesia, son adoptados por el Señor y se convierten en ángeles, y su número asciende a un cuarto o un quinto del conjunto de la humanidad.

Puede verse *supra* (§§ 329-345) que cada niño –no importa donde nazca, en la Iglesia o fuera de ella, sea de padres devotos o impíos– es aceptado por el Señor cuando muere. Todo niño es llevado al cielo, se le instruye y se le infunde un sentimiento por el bien de acuerdo con el orden divino y por medio de ello un conocimiento directo de la verdad, y es luego perfeccionado en inteligencia y sabiduría, por decirlo así, y admitido en el cielo para que se convierta en ángel. Se puede deducir que una inmensa multitud de los ángeles del cielo tiene este origen desde el principio de la creación hasta el momento presente.

417. La inmensidad del cielo del Señor queda también confirmada por el hecho de que todos los planetas que vemos en nuestro sistema solar son tierras, y que hay además incalculables tierras en el universo, todas habitadas, como he analizado en otra obra titulada *Las tierras en el universo*, de la que me gustaría citar los siguientes párrafos:

Es de conocimiento común en la otra vida que existen numerosos planetas habitados y, por tanto, ángeles y espíritus que proceden de ellos, puesto que a todo el que quiere hablar con espíritus de otros planetas en razón del amor a la verdad y el deseo de ser útil se le permite hacerlo para que se convenza de la pluralidad de los mundos, para que aprenda que la humanidad no es sólo de la tierra, sino de innumerables planetas.

He hablado de esto de vez en cuando con espíritus de nuestra tierra, y he comprobado que personas intelectualmente dotadas podían saber, sobre la base de lo mucho que les es conocido, que existen numerosas tierras habitadas. Esto es, podían llegar a la conclusión racional de que cuerpos tan grandes como los planetas, algunos de los cuales son mayores que nuestra tierra, no son masas vacías creadas únicamente para girar alrededor del sol e irradiar su débil luz hacia otro planeta, sino que deben de tener una función más importante que ésa.

Quienes creen (como debe ser) que lo Divino creó el universo con el solo

propósito de que apareciera el género humano y un cielo procedente de él (pues el género humano es el semillero del cielo) no pueden dejar de creer que hay personas dondequiera que haya un planeta.

Es clarísimo que los planetas visibles a nuestros ojos, los de nuestro sistema solar, son tierras, porque son cuerpos materiales, puesto que reflejan la luz del sol; y cuando los miramos a través de un telescopio no los vemos como estrellas rojizas y llameantes, sino como tierras con bandas manchadas de color. Está también el hecho de que giran alrededor del sol, a través de las estaciones del Zodíaco, como hace nuestra tierra, lo que debe ocasionar los años y las estaciones del año que llamamos primavera, verano, otoño e invierno. Igualmente rotan sobre su eje lo mismo que nuestra tierra, lo que da lugar a los momentos del día denominados mañana, mediodía, tarde y noche. No sólo eso: algunos de ellos tienen lunas llamadas satélites, que tienen sus propias órbitas periódicas alrededor de su esfera igual que la luna está en órbita alrededor de nuestra tierra. El planeta Saturno, que está muy lejos del sol, tiene también un gran cinturón luminoso que da muchísima luz a ese planeta, aunque sea luz reflejada. ¿Cómo podría alguien que conozca todo esto y piense racionalmente decir que son cuerpos vacíos?

También he hablado con los espíritus sobre cómo se puede comprender que exista más de una tierra en el universo a partir de la idea de la inmensidad del cielo estrellado. Existen de manera incomprensible muchas estrellas en él, y cada una es un sol en su propio lugar y en su propio sistema, como nuestro sol, de magnitudes diferentes. Si se pensara esto detenidamente, se llegaría a la conclusión de que todo este inmenso universo no puede ser otra cosa que un medio para un fin, que es el objetivo de la creación, un reino celestial en el que lo Divino pueda habitar con los ángeles y con nosotros. El universo visible, el cielo tachonado con tantísimas estrellas, todas las cuales son soles, es en realidad un medio para la producción de planetas cuyos habitantes puedan constituir un reino celestial.

Teniendo en cuenta todo esto, las personas racionales no pueden pensar que tan inmenso medio hacia tal fin vendría a la existencia sólo para que hubiera una humanidad en una sola tierra. ¿Qué sería eso para un ser divino, un ser infinito, para quien miles o decenas de miles de planetas, todos plenamente habitados, son tan poca cosa que no significa prácticamente nada?

Hay espíritus cuya especial pasión es aprender directamente por sí mismos, porque éste es el único tipo de conocimiento que les procura algún placer. A estos espíritus se les permite por consiguiente viajar alrededor de este sistema solar e incluso dejarlo y visitar otros, para conseguir allí un conocimiento de pri-

mera mano. Me han dicho que existen planetas habitados no sólo en nuestro sistema solar, sino también fuera de él, en el cielo estrellado, y en un número inmenso. Esos espíritus proceden del planeta Mercurio.

Mediante un cálculo preliminar, si hubiera un millón de planetas en el universo con trescientos millones de personas en cada uno, y doscientas generaciones en seis mil años, y si a cada persona o espíritu le fueran asignados tres codos cúbicos, y si todas esas personas o espíritus se reunieran en un solo lugar, ni siquiera llenarían el espacio de nuestra tierra, y apenas más que el de un satélite de uno de los planetas. Esto significaría un espacio tan pequeño en el universo que apenas sería visible, puesto que apenas podemos ver esos satélites a simple vista. ¿Qué sería eso para el Creador del universo, para el que no sería suficiente aunque el universo entero estuviera lleno? El Creador es infinito.

He hablado de esto con los ángeles, que me han dicho que piensan más o menos lo mismo sobre la pequeñez del género humano en comparación con la infinitud del Creador. Sin embargo, ellos no piensan en términos de espacio, sino de estados, y para su mente no importa cuántas decenas de miles de planetas podamos nosotros concebir, pues seguiría siendo nada para el Señor[237].

La información sobre los planetas del universo, sus habitantes y los espíritus y ángeles que de ellos proceden puede encontrarse en el libro anteriormente mencionado[238]. Lo que allí se encuentra me ha sido revelado y mostrado para que todos sepan que el cielo del Señor es inmenso y procede del género humano, y también que nuestro Señor es reconocido en todas partes como Dios del cielo y de la tierra.

418. Podemos entender también qué inmenso es el cielo del Señor por el hecho de que el cielo como conjunto se asemeja a un ser humano y se corresponde también con todo lo que está en nosotros. Esta relación nunca puede ser completada porque existe correspondencia no sólo con los miembros, órganos y vísceras particulares del cuerpo, sino también, en sus detalles más pequeños, con todos los órganos y vísceras diminutos que hay dentro de él, incluso con los vasos y fibras; y no sólo con éstos, sino con las substancias orgánicas que reciben interiormente el influjo del cielo, influjo que facilita los procesos interiores que sustentan la actividad de nuestra inteligencia. En realidad, todo lo que sucede dentro de nosotros sucede en las formas de nuestra substancia; todo lo que no existe en una substancia como agente es nada. Existe una correspondencia de todas las substancias con el cielo, como se explica en el capítulo dedicado a las co-

rrespondencias de lo que hay en el cielo con lo que hay en el ser humano (§§ 87-102). Esta correspondencia nunca puede ser completada, pues cuanto mayor es el número de asociaciones de ángeles que respondan a cada miembro, más completo es el cielo. En los cielos, todas las formas de perfección aumentan como aumentan los números. Es así porque existe un objetivo para todo y una convergencia unánime de todo el mundo en ese objetivo. Ese objetivo es el bien común; y cuando éste se impone, los individuos se benefician del bien común y el bien de los individuos beneficia al bien del conjunto. Esto sucede porque el Señor orienta a todos en el cielo hacia sí (véase *supra*, § 123) y así los hace a todos uno con él.

Cualquiera que posea una cierta claridad racional puede comprender que la armonía y la concordia de muchas personas, especialmente de ese origen y unidos por ese tipo de vínculo, produce la perfección.

419. Se me ha permitido ver la extensión del cielo habitado y también la del cielo no habitado; y he visto que el cielo no habitado es tan inmenso que no podría llenarse en toda la eternidad aunque hubiera miles de millares de planetas con tanta gente en cada uno de ellos como hay en el nuestro. Sobre este tema, véase *Las tierras en el universo*, § 168.

420. Entendiendo literalmente ciertos pasajes de la Palabra, algunos piensan que el cielo no es inmenso, sino pequeño. Por ejemplo, hay lugares donde dice que solamente los pobres serán aceptados en el cielo, o sólo los elegidos, o solamente los que pertenecen a la Iglesia y no los de fuera, o sólo aquellos por los que intercede el Señor, o que el cielo se cerrará cuando se llene y que el tiempo para eso está predeterminado[239]. No comprenden que el cielo nunca se cerrará; que no existe ningún tiempo predeterminado, ni un número fijado; y que «los elegidos» son aquellos que viven en el bien y la verdad[a]; que «los pobres» son los que no han encontrado lo que es bueno y verdadero pero lo desean ardientemente (también se los llama «hambrientos» debido a ese anhelo)[b].

[a] Los elegidos son aquellos que llevan una vida de bien y de verdad: 3755, 3900. No hay elección ni aceptación en el cielo en razón de la misericordia tal como se entiende habitualmente, sino que está en función de la propia vida: 5057, 5058. No hay misericordia directa del Señor, sino solamente misericordia indirecta, esto es, para las personas que viven según sus preceptos, a quienes él, por misericordia, conduce constantemente mientras están en el mundo y después hasta la eternidad: 8700, 10659.

[b] Los pobres, en la Palabra, son los espiritualmente pobres, aquellos que no saben lo

Quienes piensan que el cielo es pequeño porque han interpretado equivocadamente la Palabra sólo pueden pensar que el cielo es meramente un lugar en el que todo el mundo se reúne. Sin embargo, el cielo consta, en realidad, de innumerables comunidades (véase *supra*, §§ 41-50). Además, sólo pueden pensar que el cielo se concede por misericordia directa y que, por lo tanto, consiste simplemente en la admisión y aceptación por buena voluntad. No comprenden que el Señor, por su misericordia, guía a todo el que le acepta, y que quienes le aceptan son los que viven según las leyes del orden divino, que son los preceptos del amor y la fe. No comprenden que ser conducido por el Señor desde la infancia hasta el final de la vida terrenal y luego hasta la eternidad es el verdadero significado de la misericordia. ¡Que sepan, al menos, que todos nacemos para el cielo, que son aceptados en el cielo todos aquellos que aceptan el cielo en sí mismos en este mundo y que quienes no lo aceptan se quedan fuera de él!

que es verdadero, pero quieren aprender: 9209, 9253, 10227. Cuando dice que están hambrientos y sedientos se refiere a su deseo de encontrar el bien y la verdad y ser conducidos así a la Iglesia y al cielo: 4958, 10227.

Parte II

El mundo de los espíritus y el estado del hombre después de la muerte

El mundo de los espíritus

421. El mundo de los espíritus[240] no es ni el cielo ni el infierno, sino un lugar o estado entre los dos. Es el lugar al que vamos inicialmente después de la muerte, siendo a su debido tiempo elevados al cielo o arrojados al infierno en función de nuestra vida en este mundo.

422. El mundo de los espíritus es un lugar a medio camino entre el cielo y el infierno y es también nuestro estado intermedio después de la muerte. Se me ha mostrado que es un lugar a mitad de camino al ver que los infiernos estaban debajo de él y los cielos por encima, y que es un estado intermedio porque mientras estamos en él, no estamos todavía ni en el cielo ni en el infierno.

El estado del cielo para el ser humano es la unión del bien y la verdad en su interior, y el estado de infierno es la unión de la maldad y la falsedad en su interior. Cuando el bien de una persona-espíritu está unido a la verdad, ese individuo llega al cielo, porque como ya dijimos, esa unión es el cielo en nosotros. Por otra parte, cuando el mal está unido a la falsedad dentro de nosotros, se llega al infierno, porque esa unión es el infierno en nosotros. El proceso de unión se produce en el mundo de los espíritus porque entonces estamos en un estado intermedio. Es lo mismo decir la unión del entendimiento y la voluntad o la unión de la verdad y el bien.

423. En primer lugar, debo decir algo sobre la unión del entendimiento y la voluntad y su semejanza con la unión del bien y la verdad, porque esta unión se produce en el mundo de los espíritus[241]. Cada uno de nosotros tiene un entendimiento y una voluntad; el entendimiento está abierto a las verdades y es formado desde ellas y la voluntad está abierta a las cosas que son buenas y es formada desde ellas. Así, todo lo que comprendemos y por consiguiente pensamos lo llamamos verdadero; y todo lo que queremos y por consiguiente pensamos lo llamamos bueno. Somos capaces de pensar desde nuestro entendimiento y así observar lo que es verdadero y lo que es bueno, pero sin embargo no pensamos lo

que es bueno y verdadero desde nuestra voluntad a menos que deseemos hacerlo. Cuando lo deseamos y lo hacemos a propósito, entonces está en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad y por lo tanto en nosotros. Pues el entendimiento solo no es lo que constituye la persona, ni tampoco la voluntad sola, sino el entendimiento y la voluntad juntos. Esto significa que cualquier cosa que esté en el entendimiento y la voluntad está en nosotros y, por tanto, se nos atribuye a nosotros. Todo lo que está solamente en el entendimiento está asociado a nosotros, pero no está en nosotros. Es solamente cuestión de nuestra memoria, un asunto de conocimiento en la memoria en el que podemos pensar cuando estamos en compañía de otras personas y fuera de nosotros mismos. Así, es algo de lo que podemos hablar y razonar e incluso algo que podemos imitar con los sentimientos y la conducta.

424. Nuestra capacidad de pensar desde nuestro entendimiento y no al mismo tiempo desde nuestra voluntad se nos proporciona para que podamos ser reformados, pues somos reformados por medio de las verdades; y las verdades, como ya se señaló, son asuntos del entendimiento. En realidad, nacemos en el mal total en lo que se refiere a nuestra voluntad, no deseando el bien a nadie sino a nosotros mismos; como sólo deseamos el bien para nosotros, nos alegramos cuando algún daño acontece a los otros, especialmente si es en nuestro provecho. Lo que realmente queremos es canalizar los bienes de los demás hacia nosotros, ya se trate de honores o riquezas, y somos felices en la medida en que lo logramos. Para corregir y reformar este tipo de deseo se nos da la capacidad de comprender las verdades y de emplearlas para dominar los impulsos perversos que brotan de nuestra voluntad. Por eso podemos pensar cosas verdaderas desde nuestro entendimiento y hablar de ellas y hacerlas aunque no podamos pensarlas desde nuestra voluntad hasta que hayamos cambiado nuestra naturaleza, de manera que por nosotros mismos, esto es, desde el corazón, las deseemos y las hagamos. Cuando tenemos esa naturaleza, entonces las cosas que pensamos desde el entendimiento pertenecen a la fe y las cosas que pensamos desde la voluntad pertenecen al amor. Esto significa que entonces la fe y el amor están unidos dentro de nosotros, como lo están el entendimiento y la voluntad.

425. En la medida en que las verdades del entendimiento se unen a los bienes de la voluntad, o en la medida en que deseamos y por tanto realizamos las verdades, tenemos el cielo dentro de nosotros, porque como

ya se dijo la unión del bien y la verdad es el cielo. Sin embargo, en la medida en que los elementos falsos del entendimiento están unidos a los elementos perversos de la voluntad, tenemos el infierno dentro de nosotros, porque la unión de la falsedad y el mal es el infierno. Con todo, en la medida en que las verdades del entendimiento no están unidas a los elementos del bien de la voluntad, estamos en un estado intermedio. Actualmente, casi todos estamos en un estado en el que conocemos cosas que son verdaderas y pensamos en ellas sobre la base de nuestros conocimientos y también desde nuestro entendimiento. Ponemos en acción muchas de ellas, o unas pocas o ninguna, o actuamos contra ellas debido a nuestro amor al mal y la consiguiente confianza en lo falso. Por eso, para que podamos obtener el cielo o el infierno, después de la muerte somos llevados primero al mundo de los espíritus, donde se produce la unión de lo bueno y lo verdadero para todos aquellos que deben ser elevados al cielo, o la unión de lo malo y lo falso para quienes deben ser arrojados al infierno. Esto se debe a que ni en el cielo ni en el infierno se permite que nadie tenga una mente dividida, es decir, comprenda una cosa y desee otra. Lo que deseamos lo comprendemos, y lo que comprendemos lo deseamos. Por consiguiente, todo el que en el cielo desea lo que es bueno comprende lo que es verdadero, y todo el que en el infierno desea lo que es malo comprende lo que es falso. Por eso, a la gente buena le son retirados los elementos falsos y se les dan las verdades convenientes y adecuadas a su virtud, mientras que a la gente perversa se le retiran las verdades y se le dan los elementos falsos convenientes y adecuados a su vicio. Esto nos permite comprender qué es el mundo de los espíritus.

426. Hay gran número de personas en el mundo de los espíritus, porque allí es donde se reúne inicialmente todo el mundo, donde todos son examinados y preparados. No existe un límite fijo para nuestra estancia allí. Algunos, nada más entrar, son enseguida elevados al cielo o arrojados al infierno. Otros permanecen allí durante unas pocas semanas, otros por unos años, aunque no más de treinta. La variación en la duración de la estancia se debe a la correspondencia o falta de correspondencia entre la naturaleza profunda y la exterior.

En las páginas siguientes se explicará cómo somos preparados y conducidos de un estado a otro.

427. Después de nuestra muerte, en cuanto llegamos al mundo de los

espíritus, somos cuidadosamente separados por el Señor. Los réprobos son puestos inmediatamente en relación con la comunidad infernal con la que su amor dominante les había asociado en el mundo, y los justos con la comunidad celestial con la que su amor, su fe y su caridad les había asociado en el mundo.

Aunque seamos separados de esta manera, estamos sin embargo juntos en ese mundo y podemos hablar con cualquiera cuando queremos, con los amigos y conocidos de nuestra vida física, y especialmente esposo o esposa, y también hermanos y hermanas. He visto cómo un padre reconocía a sus seis hijos y hablaba con ellos. He visto a muchas otras personas con sus parientes y amigos. Sin embargo, puesto que tenían disposiciones diferentes debido a su vida en el mundo, se separan después de un cierto tiempo.

Pero aquellos que entran en el cielo o en el infierno desde el mundo de los espíritus, no se ven más; ni siquiera se reconocen a menos que tengan una disposición semejante por una semejanza en el amor. La razón de que se vean en el mundo de los espíritus pero no en el cielo o en el infierno es que mientras están en el mundo de los espíritus pasan, uno tras otro, por diferentes estados, semejantes a los de su vida física. Sin embargo, pasado un tiempo se instalan en un estado que armoniza con su amor dominante. En ese estado, el reconocimiento mutuo surge únicamente de la semejanza del amor, pues como se explicó anteriormente (§§ 41-50) la semejanza une y la desemejanza separa.

428. Como el mundo de los espíritus es un estado intermedio entre el cielo y el infierno dentro de nosotros, es también un lugar intermedio, con los infiernos por debajo y los cielos por encima.

Todos los infiernos están cerrados por el lado que da a ese mundo, accesible solamente a través de agujeros y grietas como los de las rocas y a través de grandes resquicios que están vigilados para impedir que nadie salga sin permiso, lo que sucede en casos de necesidad real, como se analizará más adelante[242]. También el cielo está cerrado por todas partes, y el único acceso a la comunidad celestial es por un camino estrecho cuya entrada está igualmente guardada. Estas salidas y entradas son lo que se denomina las puertas del cielo y las puertas del infierno en la Palabra.

429. El mundo de los espíritus es como un valle rodeado de montañas y acantilados, con declives y pendientes aquí y allá. Las puertas a las comunidades celestiales son visibles únicamente a quienes están siendo

preparados para el cielo. Nadie más puede encontrarlas. Hay una entrada a cada comunidad celestial desde el mundo de los espíritus, con un solo camino que parte de él, pero que se bifurca en varias ramificaciones a medida que asciende.

Las puertas que dan a los infiernos son visibles solamente a quienes van a entrar en ellos. Se abren para ellos, y una vez se han abierto se pueden ver cuevas oscuras y cubiertas de hollín, que descienden hacia abajo hasta el abismo, donde hay más verjas. Un hedor fétido y repugnante sale de allí, hedor del que huyen los espíritus buenos, porque les repele, mientras que los espíritus perversos son atraídos hacia él porque lo encuentran delicioso. En realidad, así como encontramos deleite en nuestro propio mal en este mundo, encontramos deleite tras la muerte en el olor apestoso que se corresponde con nuestro mal. Podemos comparar esto con el deleite de las aves y los animales carroñeros como cuervos, lobos y cerdos, que vuelan o corren hacia los cadáveres putrefactos en cuanto perciben su olor. Oí a un hombre que vociferaba como si le estuvieran torturando ante una brizna de aire del cielo, pero que se sintió tranquilo y feliz cuando le llegó el aire del infierno.

430. También hay dos puertas en cada uno de nosotros, una que da al infierno y está abierta a las cosas falsas y perversas del infierno, y otra que da al cielo y está abierta a las cosas buenas y verdaderas del cielo. La puerta del infierno está abierta para aquellos que están sumidos en el mal y su falsedad consiguiente, aunque a través de las grietas fluye algo de la luz del cielo, lo que permite pensar, razonar y hablar. Por otra parte, la puerta del cielo está abierta a quienes están centrados en el bien y, por lo tanto, en la verdad. Realmente, hay dos caminos que conducen a nuestra mente racional, uno desde arriba o desde dentro, a través del cual entran el bien y la verdad del Señor, y otro desde abajo o desde el exterior a través del cual se infiltra el mal y la falsedad desde el infierno. La mente racional está en la intersección de esos dos caminos, y por eso, en la medida en que se permite entrar la luz del cielo, somos racionales; en la medida en que no, no somos racionales aunque nos parezca que lo somos.

He mencionado estas cosas para que pueda ser conocida nuestra correspondencia con el cielo y con el infierno. Mientras nuestra mente racional está en proceso de formación, se corresponde con el mundo de los espíritus. Lo que está por encima de ella se corresponde con el cielo, y lo

que está por debajo con el infierno. Las regiones superiores se abren y las inferiores se cierran contra el influjo del mal y la falsedad, para aquellos que están siendo preparados para el cielo; mientras que las regiones inferiores se abren y las superiores se cierran frente al influjo del bien y la verdad para las personas que están siendo preparadas para el infierno. Como consecuencia, estas últimas sólo pueden mirar hacia abajo, hacia el infierno, y las primeras sólo pueden mirar hacia arriba, hacia el cielo. Mirar hacia arriba es mirar hacia el Señor, porque él es centro común hacia el que todo se orienta en el cielo. Mirar hacia abajo, sin embargo, es apartar la mirada del Señor hacia el centro opuesto, el centro hacia el que todo mira y gravita en el infierno (véase *supra*, §§ 123 y 124).

431. En las páginas precedentes, la palabra «espíritus» se refiere a los que están en el mundo de los espíritus, mientras que «ángeles» se refiere a los que están en el cielo.

Cada ser humano es interiormente un espíritu

432. Cualquiera que lo considere detenidamente puede advertir que no es el cuerpo el que piensa, porque el cuerpo es material. Más bien es el alma, porque el alma es espiritual. El alma humana, cuya inmortalidad ha sido un tema tratado por numerosos autores, es nuestro espíritu; en realidad, es inmortal en todos los aspectos y es también lo que constituye el pensamiento en nuestro cuerpo[243]. Esto es debido a que es espiritual, y lo espiritual está abierto a lo espiritual y vive espiritualmente a través del pensamiento y la voluntad. Así, toda la vida racional que podemos observar en nuestros cuerpos pertenece al alma y de ningún modo al cuerpo. En realidad, el cuerpo es material, como ya señalamos, y la materia que es propia del cuerpo es un apéndice y casi un accesorio del espíritu. Su misión es permitir que nuestro espíritu desarrolle su vida y realice sus servicios en un mundo natural que es material en todos los aspectos y esencialmente inanimado. Puesto que la materia no está viva –sólo el espíritu– podemos concluir que todo lo que está vivo en nosotros es nuestro espíritu y que el cuerpo sólo le sirve exactamente igual que una herramienta sirve a una fuerza viva y activa. Por supuesto, podemos decir que una herramienta trabaja o se mueve o golpea, pero sería un error pensar que eso es una propiedad de la herramienta y no de la persona que la maneja.

433. Puesto que todo lo que está vivo en el cuerpo –todo lo que ac-

túa y siente debido a la vida– pertenece sólo al espíritu y no al cuerpo, se deduce que el espíritu es la persona real. En otras palabras, somos esencialmente espíritus y tenemos también básicamente la misma forma. Todo aquello que vive y siente en nosotros pertenece al espíritu, y no hay nada en nosotros, de la cabeza a los dedos de los pies, que no esté vivo y sensible. Por eso cuando el cuerpo se separa del espíritu, lo que se denomina «morir», seguimos siendo humanos y seguimos estando vivos.

He oído en el cielo que algunos, cuando mueren, mientras están en la fosa y antes de que hayan sido revividos, siguen pensando en sus cuerpos fríos y no pueden evitar sentir que están vivos, pero con la diferencia de que no pueden mover una sola partícula de la materia que constituye su cuerpo.

434. No podríamos pensar ni desear si no existiera ningún agente[244], ninguna substancia como origen y punto focal del pensamiento y el deseo. Nada que suceda separado de un agente substancial es pensable. Podemos decir esto pues no podríamos ver sin un órgano que sirviera de agente de nuestra vista ni oír sin un órgano que sirviera de agente de nuestra audición. Sin ellos, la vista y el oído no serían nada, no existirían. Lo mismo es cierto para el pensamiento, que es la visión interior, y para la atención, que es el oído interior. A menos que se produjeran en y desde los agentes que son formas orgánicas, como sujetos, no tendrían existencia en absoluto. Podemos deducir de esto que nuestro espíritu está también en una forma, y que está en una forma humana, que disfruta de órganos sensorios y sentidos tanto cuando está separado del cuerpo como cuando se encontraba en él. E igualmente que toda la vida del ojo, toda la vida del oído, en realidad toda nuestra vida sensorial, pertenece no al cuerpo, sino al espíritu, que preside estas funciones incluso en sus menores detalles. Por eso los espíritus ven, oyen y sienten como nosotros, aunque después de dejar el cuerpo esto no suceda en el mundo natural sino en el espiritual. El espíritu era sensible en el nivel natural, cuando estaba en el cuerpo, porque actuaba a través de la parte material que estaba añadida a él. Sin embargo, era también espiritualmente sensible en su pensamiento y en su voluntad.

435. He planteado esto para convencer a las personas racionales de que, en sí mismo, el ser humano es un espíritu, y que la naturaleza física que se le añade para poder actuar en el mundo material y natural no es la persona real, sino solamente una herramienta del espíritu.

Pero sería mejor presentar algunos ejemplos basados en la experiencia, porque los argumentos racionales están fuera de las posibilidades de muchos, y quienes se han convencido de las opiniones contrarias hacen de esos argumentos el terreno para su escepticismo argumentando sobre la base de las ilusiones sensoriales.

Quienes se han convencido de una opinión contraria tienden a pensar que los animales viven y sienten como nosotros, de manera que tienen también una naturaleza espiritual como la nuestra; con todo, ésta muere junto con su cuerpo. Sin embargo, la naturaleza espiritual de los animales no es igual que la nuestra. Nosotros tenemos una naturaleza más interior que no tienen los animales, una naturaleza en la que fluye lo Divino elevándola hacia sí, uniéndonos de esa manera a sí mismo[245]. Por eso nosotros, a diferencia de los animales, podemos pensar en Dios y en los asuntos divinos del cielo y de la Iglesia. Podemos amar a Dios debido a estos asuntos y al implicarnos en ellos, y así podemos unirnos a él; y nada que pueda estar unido a lo Divino puede ser destruido. Sin embargo, lo que no puede unirse a lo Divino se desintegra. En el § 39, *supra*, examiné esa interioridad que no tienen los animales. Vuelvo a mencionarlo aquí porque es importante disipar las ilusiones que muchas personas, que no pueden extraer conclusiones racionales sobre estos temas porque carecen de información o porque su intelecto no está abierto, se hacen a partir de la creencia de que los animales son como los humanos. Lo que dije entonces es lo siguiente:

Quisiera desvelar un secreto particular sobre los ángeles de los tres cielos del que nadie hasta ahora era conocedor, pues no se había comprendido la realidad de los niveles, analizados en el § 38. El secreto es éste: que en el interior de cada ángel –y dentro de cada uno de nosotros– hay un nivel central o superior, o algo central y superior, donde la vida divina del Señor fluye de forma íntima y eminente. Desde ese centro el Señor dispone dentro de nosotros todos los demás aspectos, relativamente internos, que se suceden en concordancia con los niveles del orden global. Ese nivel central o superior puede llamarse la puerta de entrada del Señor hacia los ángeles o hacia nosotros, su morada esencial dentro de nosotros.

Es ese nivel central o superior lo que nos hace humanos y nos diferencia de los animales, puesto que éstos carecen de él. Por eso nosotros, a diferencia de los animales, podemos ser elevados por el Señor hacia él hasta en los niveles más profundos de nuestra mente y de nuestro carácter. Por eso podemos creer en él,

amarle, y por consiguiente verle. Por eso podemos recibir la inteligencia y la sabiduría y hablar racionalmente. Por eso también vivimos para siempre.

Sin embargo, lo que está previsto y dispuesto por el Señor en ese centro no fluye abiertamente para la percepción de cualquier ángel, ya que supera el pensamiento angélico y transciende su sabiduría[246].

436. Mi abundante experiencia, que llenaría volúmenes enteros, como se suele decir, si debiera incluirlo todo, me ha enseñado que interiormente somos espíritus. He hablado con espíritus como un espíritu y he hablado con ellos como una persona en un cuerpo. Cuando he hablado con ellos como espíritu, ellos no podían decir que yo no fuera un espíritu, en una forma tan humana como la suya. Así es como les parecía mi naturaleza interior, porque cuando hablaba como espíritu ellos no veían mi cuerpo material.

437. Podemos entender que interiormente somos espíritus por el hecho de que después de separarnos de nuestro cuerpo, lo que sucede con la muerte, seguimos todavía vivos y somos tan humanos como antes. Para convencerme de esto, el Señor me ha permitido hablar con casi todas las personas que yo había conocido durante su vida física, con algunos durante unas pocas horas, con otros durante semanas y meses, y con otros durante años. Esto sucedió para que yo me convenciese y pudiera dar testimonio.

438. Puedo añadir que incluso cuando vivimos en nuestros cuerpos, cada uno de nosotros, en cuanto espíritu, está en una comunidad de espíritus, aunque no seamos conscientes de ello. Las personas buenas están en comunidades angélicas por medio de su espíritu y las malas están en comunidades infernales. Por otra parte, entramos en esas mismas comunidades cuando morimos. A quienes entran en compañía de los espíritus después de la muerte se les dice y se les muestra esto a menudo.

En realidad, mientras vivimos en el mundo no somos visibles como espíritus en nuestras comunidades espirituales porque pensamos en el nivel natural. Sin embargo, si el pensamiento se retira del cuerpo, podemos ser ocasionalmente visibles en nuestras comunidades porque entonces estamos en el espíritu. Cuando somos visibles, es fácil diferenciarnos de los espíritus que viven allí, pues nuestros espíritus caminan en actitud meditativa, en silencio, sin mirar a los otros, como si no les vieran; y en el momento en que cualquier espíritu nos habla, desaparecemos.

439. Para ilustrar el hecho de que interiormente somos espíritus, me gustaría explicar desde mi experiencia lo que sucede cuando somos *sacados del cuerpo* y somos *conducidos por el espíritu a otro lugar.*

440. En cuanto a la primera experiencia, es decir, el hecho de ser sacados del cuerpo, sucede de este modo: somos llevados a un estado particular que está a medio camino entre el sueño y la vigilia[247], y, en ese estado, parece exactamente como si estuviéramos despiertos; todos nuestros sentidos –la vista, el oído y, aunque parezca extraño, el tacto– están tan alerta como cuando estamos físicamente despiertos. Estos sentidos son más perfectos que lo que pueden serlo durante la vigilia física. Éste es el estado en el que las personas han visto espíritus y ángeles más vívidamente, incluso los han oído, y, aunque parezca extraño, los han tocado, sin apenas ninguna interferencia física. Es el estado que se describe como *ser sacado del cuerpo* y *no saber si uno está en el cuerpo o fuera de él.*

He sido admitido a ese estado tres o cuatro veces, simplemente para que pudiera conocer cómo era y también para mostrarme que los espíritus y ángeles disfrutan de todos los sentidos, lo mismo que nosotros, en cuanto a nuestros espíritus, cuando somos sacados del cuerpo[248].

441. En cuanto al segundo tipo de experiencia, ser conducidos por el espíritu a otro lugar, se me ha mostrado directamente lo que sucede y cómo sucede, pero solamente en dos o tres ocasiones[249]. Me gustaría citar una experiencia. Mientras caminaba por las calles de la ciudad y a través del campo, absorto en conversación con los espíritus, me parecía exactamente como si estuviera tan despierto y vigilante como siempre, caminando sin desviarme, y todo el tiempo con una clara visión. Veía las arboledas, los ríos, los palacios, las casas, la gente, etc. Sin embargo, después de haber estado caminando durante varias horas, me encontré súbitamente devuelto a la conciencia de mi visión física y comprendí que había estado en otro lugar. Profundamente sorprendido, percibí que había estado en lo que se suele describir como el estado del *ser conducido por el espíritu a otro lugar*; pues mientras duró, no pensaba en mi camino, aunque pudiera haber recorrido muchas millas, o en el tiempo, aunque pudieran haber transcurrido muchas horas, o incluso días. Tampoco fui consciente de ninguna fatiga. Así es como podemos ser conducidos por caminos que no conocemos en absoluto a algún lugar predeterminado, sin extraviarnos.

442. Sin embargo, estos dos estados, que son vividos por nosotros

cuando despertamos a nuestra naturaleza más profunda o (lo que es lo mismo) a nuestro espíritu, están fuera de lo ordinario. Me fueron mostrados simplemente para enseñarme cómo son puesto que son conocidos en la Iglesia. Pero me ha sido concedido hablar con los espíritus y estar con ellos como uno de ellos, incluso estando plena y físicamente despierto, experiencia que ha continuado hasta ahora durante años.

443. Se puede encontrar un fundamento adicional al hecho de que nuestro ser interior sea un espíritu en §§ 311-317, *supra*, donde se consideraba el hecho de que el cielo y el infierno proceden del género humano.

444. El hecho de ser interiormente espíritus hace referencia a nuestra capacidad de pensamiento y voluntad porque eso es lo que constituye nuestra verdadera naturaleza interior. Es lo que nos hace humanos, y la cualidad de nuestra humanidad depende de su cualidad.

La resurrección de la muerte y la entrada en la vida eterna

445. Cuando el cuerpo de una persona no puede ya realizar sus funciones en el mundo natural en respuesta a los pensamientos y sentimientos de su espíritu (que deriva del mundo espiritual), entonces decimos que el individuo ha muerto. Esto sucede cuando la respiración de los pulmones y el movimiento sistólico del corazón han cesado[250]. Sin embargo, la persona no ha muerto en absoluto. Solamente está separada de la naturaleza física que le era útil en el mundo. La persona esencial está todavía realmente viva. Digo que la persona esencial está todavía viva porque no somos persona por el cuerpo, sino por el espíritu. Después de todo, es el espíritu dentro de nosotros el que piensa, y el pensamiento y el sentimiento unidos nos hacen la persona que somos.

Vemos, pues, que cuando morimos simplemente nos trasladamos de un mundo a otro. Por eso, en el sentido interior de la Palabra, «muerte» significa resurrección y continuación de la vida[a].

446. La comunicación más profunda de nuestro espíritu se establece con nuestra respiración y el latido del corazón; el pensamiento se relaciona con nuestra respiración, y el sentimiento, atributo del amor, con el

[a] En la Palabra, muerte significa resurrección porque cuando morimos nuestra vida continúa: 3498, 3505, 4618, 4621, 6036, 6222 *[6221]*.

corazón[b]. Por consiguiente, cuando estos dos movimientos cesan en el cuerpo, hay una separación inmediata. Estos dos movimientos, el respiratorio de los pulmones y el sistólico del corazón, son los vínculos esenciales. Una vez se han separado, el espíritu es dejado a sí mismo, y el cuerpo, sin la vida ya de su espíritu, se enfría y se descompone.

La razón de que la comunicación más profunda de nuestro espíritu sea con nuestra respiración y nuestro corazón es que todos nuestros procesos vitales dependen de éstos, no sólo de manera general sino también específicamente[c].

447. Después de esta separación, nuestro espíritu permanece brevemente en el cuerpo, pero no después de la detención completa del corazón, momento que varía en función de la causa de la muerte. En algunos casos el movimiento del corazón continúa durante un rato, y en otros no. En el momento en que se detiene, somos despertados, pero esto sólo lo realiza el Señor. «Ser despertado» significa que nuestro espíritu es sacado de nuestro cuerpo e introducido en el mundo espiritual, que es lo que comúnmente se llama «resurrección».

La razón de que el espíritu no se separe del cuerpo hasta que cesa el movimiento del corazón es que el corazón responde al sentimiento, un atributo del amor, que es nuestra vida esencial, puesto que nuestro calor vital deriva siempre del amor[d]. Por consiguiente, mientras dura esta unión existe una correspondencia, y por tanto la vida del espíritu está todavía en el cuerpo.

[b] El corazón se corresponde con nuestra voluntad y, por tanto, también con el afecto del amor, mientras que la respiración de los pulmones se corresponde con nuestro entendimiento y, por lo tanto, con el pensamiento: 3888. En la Palabra, pues, el corazón significa voluntad y amor: 7542, 9050, 10336; y el alma significa el entendimiento, la fe y la verdad, de manera que «desde el alma y el corazón» designa lo que procede del entendimiento, la fe y la verdad, y lo que procede de la voluntad, el amor y el bien: 2930, 9050. Sobre la correspondencia del corazón y los pulmones [el latín *anima*, «alma», significa también «aliento»] con el Hombre Universal o cielo: 3883-3896.

[c] El latido del corazón y la respiración de los pulmones imperan en todo el cuerpo y fluyen juntos a todas partes: 3887, 3889, 3890.

[d] El amor es el ser mismo de la vida humana: 5002. El amor es calor espiritual y, por consiguiente, nuestra propia esencia vital: 1589, 2146, 3338, 4906, 7081-7086, 9954, 10740. El sentimiento es un corolario del amor: 3938.

448. No sólo se me ha dicho cómo se produce el despertar, sino que se me ha mostrado directamente, mediante la experiencia. Se me ofreció la posibilidad de una experiencia real para que pudiera tener un conocimiento pleno de cómo sucede[251].

449. Fui llevado a un estado en el que mis sentidos físicos eran inoperantes, muy semejante, pues, al estado de las personas que mueren. Sin embargo, mi vida y pensamiento profundos permanecían intactos, de manera que podía percibir y recordar lo que me estaba sucediendo y lo que les sucede a quienes son despertados de la muerte. Observé que mi respiración física estaba casi suspendida, con una respiración más profunda, una respiración del espíritu, que continuaba junto con una respiración física muy ligera y silente.

Al principio, pues, se estableció una comunicación entre el latido de mi corazón y el reino celestial, pues ese reino se corresponde con el corazón humano[c]. Vi también ángeles de dicho reino, algunos a distancia, pero dos de ellos sentados cerca de mi cabeza. El efecto fue la desaparición de todo mi sentimiento, pero para dejarme en posesión del pensamiento y la percepción. [2] Permanecí en este estado durante varias horas.

Luego los espíritus que estaban a mi alrededor se alejaron gradualmente, pensando que estaba muerto. Sentí un olor muy dulce, como el de un cuerpo embalsamado, pues cuando los ángeles celestiales están presentes todo lo que tiene que ver con un cadáver tiene un olor dulce. Cuando los espíritus perciben esto, no pueden acercarse. Así es también como los malos espíritus son mantenidos a distancia de nuestro espíritu cuando estamos siendo admitidos en la vida eterna.

Los ángeles sentados junto a mi cabeza estaban en silencio, compartiendo simplemente sus pensamientos con el mío (cuando éstos son aceptados por el muerto, los ángeles saben que el espíritu de la persona está listo para ser sacado del cuerpo). Llevaban a cabo esta comunicación de pensamientos mirando mi rostro. Así es realmente como se comunican los pensamientos en el cielo.

[3] Puesto que se me había dejado en posesión de pensamiento y percepción para que pudiera aprender y recordar cómo se produce el despertar, observé que al principio los ángeles inspeccionaban para ver si mis

[c] El corazón se corresponde con el reino celestial del Señor, y los pulmones con su reino espiritual: 3635, 3886, 3887.

pensamientos eran como los de los moribundos, que habitualmente piensan en la vida eterna. Querían mantener mi mente en esos pensamientos. Se me dijo más tarde que, cuando el cuerpo expira, nuestro espíritu es mantenido en su último pensamiento hasta que finalmente regresa a los pensamientos que fluían de nuestro sentimiento básico o dominante en el mundo.

Se me permitió percibir especialmente, e incluso sentir, que había una tracción, una especie de tirón de los niveles más profundos de mi mente y, por tanto, de mi espíritu, respecto al cuerpo; y se me dijo que eso era obra del Señor y que es lo que ocasiona la resurrección.

450. Cuando los ángeles celestiales están con las personas que han sido despertadas, no las abandonan, porque aman a todos. Pero algunos espíritus son simplemente incapaces de estar en compañía de los ángeles celestiales por mucho tiempo y quieren que les dejen. Cuando esto ocurre, llegan los ángeles del reino espiritual del Señor, a través de los cuales se nos concede el uso de la luz, puesto que antes de eso no podíamos ver nada, sino solamente pensar.

Se me mostró también cómo sucede esto. Parecía como si los ángeles descorrieran un velo desde mi ojo izquierdo hacia el centro[252] de la nariz, de manera que el ojo se abría y podía ver. En cuanto al espíritu, le parece como si realmente sucediera así, aunque sea solamente una apariencia. Cuando ese velo parecía estar descorrido, pude ver una especie de luz clara pero pálida, como la que vemos a través de los párpados cuando nos estamos despertando. Me parecía como si esa luz clara y pálida tuviera un color celestial, aunque más tarde se me dijo que varía. Después sentí como si algo estuviera siendo enrollado suavemente en mi rostro, y a continuación tuve acceso al pensamiento espiritual. Esa sensación de que algo del rostro se enrolla es una apariencia, pues representa el hecho de que nos trasladamos del pensamiento natural al pensamiento espiritual. Los ángeles se preocupan mucho de proteger el despertar de la persona de cualquier concepción que no tenga un cierto sabor de amor Luego dicen al individuo que es un espíritu.

Después que los ángeles espirituales nos han dado el uso de la luz, hacen por nosotros cualquier cosa que como espíritus recién llegados pudiéramos desear en ese estado. Nos hablan –al menos en la medida en que podemos comprenderlo– de las realidades de la otra vida. Ahora bien, si nuestra naturaleza es tal que no queremos ser enseñados, entonces una

vez hemos despertado queremos abandonar la compañía de los ángeles. Pero no son los ángeles los que nos abandonan, sino nosotros los que les dejamos a ellos. En realidad, los ángeles aman a todo el mundo. Ellos no quieren nada más que ayudar, enseñar, conducir hacia el cielo. Ésa es su alegría mayor.

Cuando los espíritus dejan la compañía de los ángeles, son recibidos por los buenos espíritus, que les acompañan y que también hacen todo lo que pueden por ellos. Sin embargo, si en el mundo habían llevado una vida que les hace imposible estar en compañía de la gente buena, entonces también de éstos quieren alejarse. Esto sucede tantas veces como sea necesario, hasta que encuentran la compañía de quienes, por su vida terrena, son adecuados para ellos. Ahí encuentran su vida; y, por extraño que pueda parecer, llevan entonces el mismo tipo de vida que habían llevado en el mundo.

451. La primera etapa de la vida después de la muerte dura tan sólo unos cuantos días. En las páginas siguientes se describirá cómo somos llevados entonces de un estado a otro hasta que finalmente llegamos al cielo o al infierno. También esto es algo que se me ha permitido conocer mediante una abundante experiencia.

452. He hablado con algunas personas el tercer día después de su muerte, cuando los acontecimientos descritos en los §§ 449 y 450 han sido completados. Hablé con tres que había conocido en el mundo y les dije que se estaban preparando los servicios funerarios para que sus cuerpos pudieran ser enterrados. Cuando me oyeron hablar sobre el hecho de que *ellos* pudieran ser enterrados se sintieron invadidos por una especie de desconcierto. Dijeron que estaban vivos, y que lo que se estaba enterrando era lo que les había sido útil en el mundo. Más tarde, se quedaron completamente sorprendidos, pues mientras habían estado vivos en sus cuerpos no habían creído en este tipo de vida después de la muerte, lo que sucede, en particular, con casi todos los que están en la Iglesia.

Algunas personas, durante su vida terrenal, no habían creído en ninguna vida del alma después de la vida del cuerpo. Cuando descubren que están vivos, se sienten profundamente confundidos. Sin embargo, quienes estaban plenamente convencidos de esto se unen con los que tienen ideas semejantes y se separan de los que han vivido en la fe. La mayor parte de ellos se vinculan a alguna comunidad infernal porque rechazan lo Divino y no soportan las verdades de la Iglesia. En realidad, en la medi-

da en que nos confirmamos en la oposición al ideal de la vida eterna del alma, nos confirmamos también en la oposición a las realidades del cielo y de la Iglesia.

Después de la muerte, estamos en forma humana completa

453. El hecho de que la forma[253] de una persona-espíritu sea la forma humana o, lo que es igual, que el espíritu sea humano en lo que a la forma se refiere, se deriva de lo que se ha dicho en capítulos anteriores, especialmente de la exposición de que cada ángel es una forma humana perfecta (§§ 73-77), que cada uno es interiormente un espíritu (§§ 432-444), y que los ángeles del cielo proceden del género humano (§§ 311-317).

[2] Esto se puede comprender más claramente si tenemos en cuenta que somos humanos debido al espíritu, no al cuerpo, y que nuestra forma física es añadida al espíritu de acuerdo con su forma, pero no al revés, puesto que un espíritu se reviste con el cuerpo que conviene a su forma. En consecuencia, el espíritu humano actúa sobre las partes individuales del cuerpo, hasta las más pequeñas, incluso hasta el punto de que cualquier parte que no sea activada por el espíritu, cualquier parte en la que no haya un espíritu actuando, no está viva. Cualquiera puede comprender esto al considerar que el pensamiento y el deseo activan absolutamente todo en el cuerpo y lo gobiernan de forma tan completa que nada disiente, y que si algo no consiente en ello no es parte del cuerpo. Es en verdad rechazado como algo sin vida. Pensamiento y deseo son atributos del espíritu, no del cuerpo.

[3] La razón de que no veamos la forma humana de los espíritus que han dejado el cuerpo ni a los espíritus que están todavía en aquellos con quienes nos encontramos es que nuestro órgano físico de visión, el ojo, es material en la medida en que puede ver en este mundo, y lo que es material ve solamente lo que es material. Sin embargo, lo que es espiritual ve lo que es espiritual; por eso, cuando el ojo material está cubierto y pierde su coordinación con el espíritu, entonces el espíritu es visible en su propia forma. Ésta es una forma humana no sólo para los espíritus que están en el mundo espiritual, sino también para los espíritus que están en las personas que vemos mientras todavía están en su cuerpo.

454. La razón de que la forma de un espíritu sea una forma humana es

que en consideración a nuestro espíritu hemos sido creados en forma de cielo, puesto que todos los elementos del cielo y del orden del cielo están resumidos en los elementos de la mente humana[a]. Éste es el origen de nuestra capacidad de aceptar la inteligencia y la sabiduría. No hay diferencia entre hablar de la capacidad de aceptar la inteligencia y la sabiduría o de la capacidad de aceptar el cielo, como se puede deducir de lo que se ha dicho anteriormente respecto de la luz y el calor del cielo (§§ 126-140), la forma del cielo (§§ 200-212), la sabiduría de los ángeles (§§ 265-275) y en el capítulo titulado «El conjunto del cielo, entendido como una sola entidad, refleja un único hombre» (§§ 59-67). Esto es ocasionado por la naturaleza humano-divina del Señor, que es el origen del cielo y de su forma (§§ 78-86).

455. Los individuos racionales pueden comprender lo que se ha dicho hasta aquí porque pueden ver esto a partir de la cadena de causas y de las verdades en su orden. Sin embargo, las personas irracionales no comprenden estas cosas. Hay varias razones para que no comprendan. La primera es que no quieren comprender, porque estas cosas contradicen las falsas opiniones que ellos han convertido en sus verdades. Las personas que no quieren comprender por esta razón cierran el camino al cielo en su capacidad racional. Aún así, el camino todavía puede abrirse siempre que su voluntad no ofrezca resistencia (véase *supra*, § 424). Muchas experiencias me han mostrado que las personas pueden comprender la verdad y ser racionales siempre que quieren. Muy a menudo, los espíritus perversos que se han vuelto irracionales por la negación de lo Divino y las verdades de la Iglesia en este mundo (convenciéndose de su negación) se han visto impulsados por la fuerza divina a mirar hacia personas que estaban en la luz de la verdad. Entonces han comprendido todo como lo hacen los ángeles y han admitido que éstos eran verdaderos y que lo comprendían todo. Sin embargo, cuando se han vuelto hacia el amor apropiado a sus deseos, ya no comprendían nada y decían justo lo contrario. [2] Incluso he oído decir a algunas personas infernales que conocían y reconocían que lo que hacían era malo y que lo que

[a] En nosotros están reunidos todos los elementos del orden divino y en virtud de la creación somos el orden divino en la forma: 4219, 4220, 4223, 4523, 4524, 5114, 5368, 6013, 6057, 6605, 6626, 9706, 10156, 10472. En la medida en que vivimos según el orden divino, en la otra vida tenemos el aspecto de un ser completo y hermoso: 4839, 6605, 6626.

pensaban era falso, pero no podían resistir la gratificación de su amor y, por tanto, de su voluntad. Esto inducía a su pensamiento a ver el mal como bien y la falsedad como verdad. Pude ver así que quienes están inmersos en ideas falsas a causa de su malicia podían comprender y podían por tanto ser racionales, pero no querían. La razón de que no quisieran es que amaban las ideas falsas más que las verdaderas porque las primeras sustentaban los proyectos perversos en que estaban empeñados. Amar y desear son lo mismo porque amamos lo que deseamos y deseamos lo que amamos.

[3] Puesto que por naturaleza somos capaces de comprender lo que es verdadero si queremos hacerlo, me ha sido concedido el privilegio de confirmar las verdades espirituales, verdades de la Iglesia y del cielo, mediante consideraciones racionales, con el fin de que las falsas nociones que han oscurecido el funcionamiento racional de muchos puedan ser disipadas mediante tales consideraciones racionales y sus ojos puedan, quizás, abrirse en alguna medida. Pues confirmar las verdades espirituales por verdades racionales es algo que les es conocido a todos aquellos que se centran en las verdades. ¿Quién podría comprender la Palabra simplemente desde su sentido literal a menos que viera algunas de sus verdades mediante la razón iluminada? ¿No es ésta la fuente de numerosas herejías procedentes de la misma Palabra?[b]

456. Una experiencia diaria a lo largo de muchos años me ha demostrado que, después de la separación del cuerpo, el espíritu humano es un ser humano y tiene forma de tal. He visto esto miles de veces, he oído a esos espíritus y he hablado con ellos incluso de cómo en el mundo la gente no cree que ellos sean lo que son, y de cómo los sabios piensan que

[b] El punto de partida deberían ser las verdades de la doctrina de la Iglesia tomadas de la Palabra, y estas verdades deberían ser reconocidas en principio; después, es totalmente correcto tomar en cuenta el conocimiento empírico: 6047. Por eso, si las personas tienen una actitud positiva hacia las verdades de la fe, es perfectamente correcto sostenerlas racionalmente con un conocimiento empírico; pero esto no es apropiado para quienes tienen una actitud negativa: 2568, 2588, 4760, 6047. Es conforme al orden divino pasar racionalmente de las verdades espirituales al conocimiento empírico, a las verdades naturales, pero no pasar de las últimas a las primeras, porque hay un influjo de las cosas espirituales en las naturales, pero no de las naturales o físicas en las espirituales: 3219, 5119, 5259, 5427, 5428, 5478, 6322, 9110, 9111.

aquellos que lo creen son unos ingenuos. Los espíritus se sintieron desalentados ante el hecho de que este tipo de ignorancia siga siendo común en el mundo y especialmente en la Iglesia. [2] Afirman ellos que esta creencia procede especialmente de las mentes académicas que han pensado acerca del alma sobre la base de la realidad sensorial física. Y de tales ideas la única concepción que se puede deducir es que el alma es pensamiento puro; y cuando éste carece de cualquier medio en el cual y sobre el cual pueda ser examinado, se convierte en una forma volátil, puro éter, que no puede sino disiparse cuando el cuerpo muere. Puesto que la Iglesia cree en la inmortalidad del alma basándose en la Palabra, no puede dejar de atribuirle algo vital, algo semejante al pensamiento. Sin embargo, no se le atribuye ninguna capacidad sensorial como la nuestra hasta que se reúne con el cuerpo. Su doctrina de la resurrección se basa en esta idea, en cuanto que su creencia es que habrá una reunión de alma y cuerpo cuando llegue el Juicio Final. El resultado es que cuando se piensa en el alma sobre la base de la doctrina y la especulación, no se comprende en absoluto el hecho de que el alma es el espíritu y que tiene forma humana. Sucede también que, actualmente, apenas nadie sabe qué es lo espiritual, y mucho menos que las personas que son espirituales, como los espíritus y ángeles, tienen una forma humana.

[3] Por eso casi todas las personas que llegan de este mundo se sorprenden tanto cuando descubren que están vivas y que son tan humanas como siempre, que ven, oyen y hablan, que sus cuerpos siguen dotados del sentido del tacto y que nada ha cambiado en absoluto (véase *supra*, § 74). Una vez han superado su sorpresa, se asombran sin embargo de que la Iglesia no sepa nada del estado después de la muerte y, por tanto, no sepa nada del cielo ni del infierno, aunque todos los que han vivido en este mundo están en la otra vida y son seres vivos. Como se preguntan por qué esto no se ha hecho manifiesto a los hombres a través de visiones, en la medida en que es esencial a la fe de la Iglesia, se les responde desde el cielo que esas visiones habrían podido producirse si el Señor lo hubiera querido, pues nada podía ser más fácil. Sin embargo, las gentes no creerían aunque vieran, porque se han convencido de las falsas ideas en sentido contrario. Por otra parte, es peligroso utilizar las visiones como medio para convencer de algo cuando se está inmerso en una opinión falsa, porque se cree al principio pero luego se niega. De esta manera, se profana la verdad, pues la profanación es creer y luego negar. Y

quienes profanan las verdades se ven obligados a bajar al infierno más inferior y horrible de todos[c].

[4] Éste es el peligro señalado por las palabras del Señor: «Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón; y se conviertan, y yo los sane» (Juan 12, 40); y el hecho de que las personas sumidas en falsas opiniones se nieguen a creer es lo que se quiere decir con las palabras: «Y Abraham le dijo [al rico que estaba en el infierno]: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos» (Lucas 16, 29-31).

457. Cuando entramos inicialmente en el mundo de los espíritus (lo que sucede poco después del nuevo despertar ya descrito), nuestro espíritu tiene un rostro y un tono de voz similares a los que tenía en el mundo, pues en ese punto nos encontramos en el estado de las preocupaciones externas, con las preocupaciones internas todavía no descubiertas. Éste es nuestro estado inicial después de la muerte. Más tarde, nuestro rostro cambia y se vuelve muy diferente. Llega a parecerse al sentimiento dominante en conformidad con el cual se encontraba el interior de la mente cuan-

[c] La profanación es la mezcla del bien y el mal y de la verdad y la falsedad dentro de nosotros: 6348. Las únicas personas que pueden profanar el bien y la verdad, o las cosas sagradas de la Palabra y de la Iglesia, son las que previamente han tenido conocimiento de ellas, tanto más si han vivido por ellas y después abandonan su fe, las niegan y viven para sí mismos y para el mundo: 593, 1008, 1010, 1059, 3398, 3399, 3898, 4289, 4601, 10284, 10287. Si volvemos a caer en los males primeros después de un arrepentimiento sincero, cometemos profanación; entonces nuestro estado posterior es peor que el primero: 8394. No se pueden profanar las cosas sagradas si no se han conocido, y todavía menos si ni siquiera se ha oído hablar de ellas: 1008, 1010, 1059, 9188, 10284. Los paganos que están fuera de la Iglesia y no tienen la Palabra son incapaces de profanación: 1327, 1328, 2051, 2081. Por eso las verdades más profundas no fueron reveladas a los judíos, porque si se les hubiesen revelado y las hubiesen conocido, las habrían profanado: 3398, 3489, 6963. El destino de los profanadores en la otra vida es el peor de todos porque el bien y la verdad que conocieron siguen estando allí, así como el mal y la falsedad; y puesto que coexisten, su propia vida se desgarra: 571, 582, 6348. Por eso el Señor tiene el mayor cuidado para impedir la profanación: 2426, 10384.

do estábamos en el mundo, el sentimiento característico del espíritu dentro del cuerpo, pues el rostro del espíritu es muy diferente del rostro del cuerpo. El rostro físico procede de los padres, pero el rostro espiritual procede del sentimiento, y es una imagen de él. El espíritu adquiere este rostro una vez que la vida física ha terminado, cuando los velos exteriores han sido eliminados. Éste es nuestro tercer estado[254].

He visto a algunos recién llegados del mundo y los he reconocido por su cara y su voz; pero cuando los vi después, no los reconocí. Quienes habían tenido buenos sentimientos tenían rostros adorables, mientras que quienes habían tenido sentimientos perversos los tenían feos. Visto en sí mismo, el espíritu no es sino los sentimientos, cuya forma exterior es el rostro.

La razón de que nuestro rostro cambie es que en la otra vida no está permitido fingir sentimientos que en realidad no se tienen, por eso no podemos tener un rostro que sea contrario a nuestro amor. Todos somos purificados hasta llegar a un estado en el que decimos lo que pensamos, y manifestamos mediante la expresión y los actos aquello que queremos. Por eso el rostro se convierte en forma e imagen de los sentimientos; y por eso todas las personas que se han conocido en este mundo siguen reconociéndose en el mundo de los espíritus, pero no en el cielo ni en el infierno, como ya se dijo (§ 427)[d].

458. Los rostros de los hipócritas cambian más lentamente que los de otras personas, porque por una práctica constante han creado el hábito de disponer su mente interior para fingir sentimientos buenos. Por eso, durante un tiempo largo, parecen muy atractivos. Sin embargo, como esa cara falsa se retira gradualmente y los elementos más profundos de su mente se disponen según la forma de sus sentimientos, finalmente son más feos que las otras personas.

[d] El rostro está formado para que se corresponda con la naturaleza interior: 4791-4805, 5695. Sobre la correspondencia del rostro y sus expresiones con los sentimientos de la mente: 1568, 2988, 2989, 3631, 4796, 4797, 4800, 5165, 5168, 5695, 9306. Para los ángeles del cielo, el rostro forma un solo conjunto con los niveles más profundos de la mente: 4796-4798, 4799, 5695, 8250. Por eso, en la Palabra, «el rostro» significa los niveles más profundos de la mente, o del sentimiento y el pensamiento: 1999, 2434, 3527, 4066, 4796, 5102, 9306, 9546. De qué manera el influjo del cerebro en el rostro ha cambiado con el curso del tiempo, y con ello, el rostro respecto a su correspondencia con la naturaleza profunda: 4326, 8250.

Los hipócritas son los que hablan como los ángeles pero interiormente respetan sólo la naturaleza, no al Ser Divino, y por consiguiente niegan las realidades de la Iglesia y del cielo.

459. Debe saberse que después de la muerte nuestra forma humana es más hermosa en la medida en que hemos amado más profundamente las verdades divinas y hemos vivido por ellas, puesto que nuestros niveles profundos son abiertos y configurados de acuerdo con nuestro amor a estas verdades y con nuestra vida. Así, cuanto más profundo y más acorde con el cielo es el sentimiento, más hermoso es el rostro. Por eso los ángeles que están en el cielo más interior son los más bellos, porque son formas del amor celestial. Por otra parte, quienes han amado las verdades divinas más externamente y por consiguiente las han vivido de manera más exterior, son menos bellos, pues sólo los aspectos más externos irradian desde su rostro, y el amor celestial más profundo –que expresa la forma del cielo como es en sí mismo– no brilla a través de esas formas más externas. Se puede percibir algo relativamente oscuro en su rostro, no animado por la luz de la vida interior que debería resplandecer a través de él. En resumen, toda perfección aumenta cuando uno se mueve hacia el interior y disminuye cuando se mueve hacia el exterior. Como aumenta o disminuye la perfección, así aumenta o disminuye la belleza.

He visto rostros angélicos del tercer cielo tan hermosos que ningún pintor, con toda su destreza, podría ofrecer una parte de su luz con sus pigmentos ni reflejar, ni en una ínfima parte, la luz y la vida que muestran. El rostro de los ángeles del cielo exterior puede sin embargo ser reflejado en alguna medida.

460. Finalmente, me gustaría transmitir un secreto que nunca antes ha sido conocido, a saber, que todo el bien y la verdad que procede del Señor y constituye el cielo tiene forma humana. Esto es cierto no sólo del conjunto en su globalidad, sino también de cada mínima parte. Esta forma influye en todo el que acepta el bien y la verdad del Señor, y da lugar a que todos tengan en el cielo una forma humana acorde con esa aceptación. Por eso el cielo es semejante a sí mismo en general y en particular, porque la forma humana es la forma del todo, de cada comunidad y de cada ángel, como ya se explicó en los cuatro capítulos que van del § 59 al § 86. Debo añadir aquí que ésta es también la forma de los detalles del pensamiento que procede del amor celestial en los ángeles.

Este arcano no se ajusta al entendimiento de los seres humanos en la

tierra, pero es claro para el entendimiento de los ángeles, puesto que ellos están en la luz del cielo.

Después de la muerte, disfrutamos de todos los sentidos, la memoria, los pensamientos y los sentimientos que teníamos en el mundo: no dejamos nada atrás salvo el cuerpo terrenal

461. Repetidas experiencias me han demostrado que cuando nos trasladamos del mundo natural al espiritual, lo que sucede cuando morimos, llevamos con nosotros todo lo que nos pertenece en cuanto seres humanos salvo el cuerpo terrenal. En realidad, cuando entramos en el mundo espiritual, es decir, en la vida después de la muerte, estamos en un cuerpo como lo estábamos en este mundo. Parece que no existe ninguna diferencia, puesto que no sentimos ni vemos que algo haya cambiado. Pero el nuevo cuerpo es espiritual, pues ha sido separado o purificado de la materia terrenal. Por otra parte, cuando algo espiritual toca y ve algo espiritual, es como cuando algo natural toca y ve algo natural. Así que cuando nos hemos convertido en espíritus, no tenemos ninguna sensación de no estar en el cuerpo que habitábamos en el mundo, y por lo tanto no comprendemos que hemos muerto.

[2] Como «persona-espíritu» disfrutamos de todos los sentidos interiores y exteriores que disfrutábamos en el mundo. Vemos de la manera acostumbrada, oímos y hablamos de la manera acostumbrada, olemos, saboreamos y sentimos las cosas que tocamos de la manera acostumbrada; queremos, deseamos, anhelamos, pensamos, reflexionamos, nos conmovemos, amamos y proyectamos de la manera acostumbrada. Los que eran estudiosos siguen leyendo y escribiendo como antes. En una palabra, pasar de una vida a otra, o de un mundo a otro, es como pasar de un lugar físico a otro; y llevamos con nosotros todo lo que nos pertenecía como personas hasta el punto de que sería injusto decir que hemos perdido algo de lo que nos pertenecía antes de la muerte, pues lo único que muere es el cuerpo terrenal. [3] Incluso llevamos con nosotros la memoria natural, puesto que conservamos todo lo que hemos oído, visto, leído, aprendido o pensado en el mundo desde la más tierna infancia hasta el final mismo de la vida. Sin embargo, puesto que los objetos naturales que residen en la memoria no pueden ser reproducidos en el mundo espiri-

tual, quedan latentes como lo están cuando no pensamos en ellos. Aun así, pueden ser reproducidos cuando al Señor le place. Hablaré más sobre ello, sobre la memoria y su condición después de la muerte, más adelante[255].

Las personas que están centradas en los sentidos son bastante incapaces de creer que así es nuestro estado después de la muerte porque no lo comprenden. Las personas centradas en los sentidos piensan solamente en el nivel natural, incluso sobre los asuntos espirituales. Por eso, todo lo que no sienten –esto es, todo lo que no ven con sus ojos físicos y no tocan con sus manos– dicen que no existe, como leemos acerca de Tomás en Juan 20, 25. 27. 29. La condición de las personas centradas en los sentidos ha sido descrita *supra*, en § 267 y en su nota c.

462a[256]. Sin embargo, la diferencia entre nuestra vida en el mundo espiritual y nuestra vida en el mundo natural es considerable, tanto respecto de nuestros sentidos externos y la forma en que nos afectan como de nuestros sentidos internos y la forma en que nos afectan. Quienes están en el cielo tienen los sentidos mucho más refinados. Esto es, ven, oyen y también piensan más perspicazmente que cuando estaban en este mundo. Esto se debe a que ven a la luz del cielo, que supera inmensamente la luz del mundo (véase *supra*, § 126), y oyen por medio de una atmósfera espiritual que sobrepasa inmensamente la atmósfera de la tierra (véase § 235). La diferencia en sus sentidos externos es como la que existe entre algo claro y algo ocultado por una nube, o como la luz del mediodía y la oscuridad del anochecer. Al ser la verdad divina, la luz del cielo permite que la vista de los ángeles observe y diferencie las cosas más insignificantes. [2] Además, su visión externa corresponde a su visión interna o discernimiento, puesto que para los ángeles una visión fluye en la otra y actúan como una sola facultad. Por eso son tan penetrantes. Su oído corresponde igualmente a su percepción, que es una función del discernimiento y la voluntad. Así, captan en el tono y las palabras de los hablantes los matices más insignificantes de su sentimiento y pensamiento: los matices del sentimiento, en el tono, y los matices del pensamiento, en las palabras (véase *supra*, §§ 234-245).

Sin embargo, los otros sentidos no son tan delicados en los ángeles como la vista y el oído, porque vista y oído sirven a su inteligencia y sabiduría, mientras que los otros no. Si los otros sentidos fueran tan sensibles, restarían luz y placer a la sabiduría de los ángeles e interpondrían un pla-

cer de motivaciones centradas en diversos apetitos físicos, apetitos que oscurecen y debilitan el intelecto en la medida en que crecen. Esto sucede también a las personas que están en el mundo, que se vuelven lerdos y estúpidos respecto de las verdades espirituales en la medida en que consienten al gusto y los atractivos sensuales del cuerpo.

[3] Lo que ya se dijo en el capítulo sobre la sabiduría de los ángeles del cielo (§§ 265-275) puede bastar para indicar que los sentidos más profundos de los ángeles del cielo, los sentidos de su pensamiento y sentimiento, son más delicados y perfectos que los que tenían en el mundo.

En cuanto a la diferencia del estado de las personas que están en el infierno con su estado en el mundo, también es substancial. La perfección y maravilla de los sentidos externos e internos de los ángeles del cielo corre pareja con su imperfección en los habitantes del infierno. Sin embargo, trataremos de su estado más adelante[257].

462b. En cuanto a la conservación de nuestra memoria cuando dejamos el mundo, se me ha mostrado mediante muchos ejemplos y he visto y oído muchas conversaciones de interés sobre ello. Me gustaría citar algunos ejemplos de forma ordenada. Ha habido personas que negaban los crímenes y transgresiones que habían cometido en el mundo. Para impedir que creyeran que eran inocentes, se reveló y sacó de su memoria, una cosa tras otra, todo lo que habían hecho en su vida desde el principio hasta el final. La mayoría de esas transgresiones eran actos de adulterio y promiscuidad.

[2] Había quienes habían engañado a otros con artimañas maliciosas y les habían robado. Uno tras otro fueron enumerados sus fraudes y robos, muchos de los cuales no eran conocidos prácticamente por nadie en el mundo salvo por ellos mismos. Los admitieron porque se les presentaban con la máxima claridad, junto con cada pensamiento, intención, placer y temor que habían estado presentes en su mente en cada ocasión.

[3] Había quienes se habían dejado sobornar y habían acumulado dinero mediante decisiones judiciales fraudulentas. Fueron igualmente examinados a partir de sus propios recuerdos, y todo fue enumerado desde su primer oficio hasta el final. Los detalles de cantidades y valores, de tiempo y disposición mental e intención, todo consignado en su recuerdo, fue sacado a la luz, con un centenar de ejemplos o más. En algunos casos, lo que es muy destacable, los mismos diarios en que habían registrado esos hechos se abrieron y se les leyeron, página a página.

[4] Había hombres que habían engañado a vírgenes, deshonrándolas y violándolas en su castidad. Fueron convocados a un juicio similar y se sacaron y enumeraron los detalles de su memoria. Los rostros reales de las vírgenes y otras mujeres se les presentaron como si estuvieran allí en persona, junto con los lugares, las palabras y los pensamientos. Se hizo tan instantáneamente como cuando realmente se es testigo de algo de forma directa. A veces, estas presentaciones se prolongaban durante horas.

[5] Había un hombre que pensaba que no había calumniado a nadie. Escuché la relación de todas sus calumnias y blasfemias, junto con las palabras verdaderas, y las personas a las que las había dirigido. Todo esto se presentó como si realmente estuviera ocurriendo, aunque él hubiera mantenido todas estas cosas cuidadosamente ocultas mientras vivía en el mundo.

[6] Había un hombre que había estafado a un pariente en su herencia mediante algunos pretextos engañosos. Fue convocado y juzgado igualmente. En concreto, las cartas y documentos que intercambiaron me fueron leídos en voz alta, y él dijo que no faltaba ni una sola palabra. [7] Aquel mismo hombre también había matado secretamente a un vecino envenenándole justo antes de su propia muerte, lo que se reveló de la manera siguiente. Se abrió una zanja bajo sus pies, y cuando se abrió, salió un hombre como si saliera de una tumba y le gritó: «¿Qué me has hecho?». Entonces, todo se descubrió: cómo el envenenador había hablado amistosamente con él y le había ofrecido una bebida, lo que había pensado de antemano y lo que sucedió después. Una vez esto fue revelado, el asesino fue condenado al infierno.

[8] En una palabra, todas las maldades, crímenes, robos, artimañas y engaños de todo espíritu perverso se sacaron a la luz. Se sacaron de su propia memoria y se mostraron. No hay lugar para el desmentido pues todas las circunstancias se presentan reunidas.

También oí que los ángeles habían visto y desplegado de la memoria de un individuo todo lo que había pensado día tras día, sin ningún error, recordándoselo como si él mismo hubiera vuelto a aquellos días.

[9] Podemos deducir de estos ejemplos que llevamos nuestra memoria con nosotros, y que nada está tan oculto en este mundo que no sea conocido después de la muerte y dado a conocer en público, según las palabras del Señor: «Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis di-

cho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos se proclamará en las azoteas» (Lucas 12, 2-3).

463. Cuando nos enfrentamos con nuestros actos después de la muerte, los ángeles a los que se les ha dado la tarea de examinar miran minuciosamente el rostro y continúan su examen por todo el cuerpo, comenzando por los dedos de una mano y luego de la otra y continuando por el conjunto. Cuando pregunté, se me explicó el porqué. La razón es que así como los detalles del pensamiento y la voluntad están inscritos en el cerebro pues es ahí donde están sus orígenes, así están inscritos también en todo el cuerpo, puesto que todos los elementos del pensamiento y la voluntad se inscriben en el cuerpo desde su origen y se definen allí en sus formas más externas. Por eso las cosas que están inscritas en la memoria desde la voluntad y el pensamiento consiguiente están inscritas no sólo en el cerebro, sino también en toda la persona, donde adoptan una forma que sigue el modelo de las partes del cuerpo. Pude ver por consiguiente que el conjunto de nuestra naturaleza depende de la naturaleza de la voluntad y el pensamiento consiguiente, de manera que la gente perversa es su propio mal y la gente buena es su propio bien[a].

Podemos también deducir de ahí lo que se quiere decir con el libro de la vida mencionado en la Palabra[258]. Es el hecho de que todas nuestras acciones y pensamientos están escritos en toda nuestra persona y parece como si se leyeran en un libro cuando son extraídos de nuestra memoria. Aparecen como en una imagen cuando nuestro espíritu es observado a la luz del cielo.

Me gustaría añadir algo importante sobre la memoria que conservamos después de la muerte, algo que me convenció de que no sólo los contenidos generales, sino incluso los detalles más pequeños que han entrado en nuestra memoria perduran y nunca se borran. Vi algunos libros con una escritura como la terrestre, y se dijo que procedían de la me-

[a] Los justos, los espíritus y los ángeles son su propio bien y su propia verdad: esto es, la naturaleza del conjunto de la persona depende de la naturaleza de ese bien y esa verdad: 10298, 10367. Esto se debe a que el bien constituye nuestra voluntad y la verdad constituye nuestro entendimiento, y el entendimiento y la voluntad constituyen la vida entera para una persona en este mundo, para un espíritu y para un ángel: 3332, 3623, 6065. Esto es lo mismo que decir que las personas de este mundo, los espíritus y los ángeles son su amor: 6872, 10177, 10284.

moria de las personas que los habían escrito, y que no se había perdido ni una sola palabra de las que figuraban en el libro que ellos habían escrito en el mundo. Se me dijo también que hasta los mínimos detalles podían recuperarse de la memoria de cualquiera, incluso cosas que las personas habían olvidado en el mundo. También se explicó la razón de que así fuera; a saber, que tenemos una memoria externa y una memoria interna, la externa apropiada a nuestra persona natural y la interna a nuestra persona espiritual. Los detalles de lo que hemos pensado, querido, dicho y hecho, incluso de lo que hemos visto y oído, están inscritos en nuestra memoria espiritual o interna[b]. No hay ninguna manera de borrar todo lo que hay allí, puesto que todo se escribe al mismo tiempo en nuestro espíritu y en los miembros de nuestro cuerpo, como se ha señalado ya. Esto significa que nuestro espíritu se ha formado en concordancia con lo que hemos pensado y lo que hemos hecho deliberadamente. Sé que todo esto parece paradójico y difícil de creer, pero, sin embargo, es cierto.

Que nadie crea, pues, que existe algo que hayamos pensado o hecho en secreto que permanecerá escondido después de la muerte. Que piense más bien que absolutamente todo aparecerá a la luz del día.

464. Aunque nuestra memoria natural o exterior sigue siendo parte de nosotros después de la muerte, no obstante las cosas meramente naturales que están en ella no son recreadas en la otra vida, sólo las cosas espi-

[b] Tenemos dos memorias, una externa y otra interna, o una natural y otra espiritual: 2469-2494. No somos conscientes de que tenemos esa memoria interna: 2470, 2471. En qué medida la memoria interna es superior a la externa: 2473. Los contenidos de nuestra memoria externa están en la luz del mundo, mientras que los contenidos de nuestra memoria interna están en la luz del cielo: 5212. Si podemos pensar y hablar inteligente y racionalmente, se debe a nuestra memoria interna: 9394. Absolutamente todo lo que hemos pensado, dicho, hecho, visto y oído está inscrito en nuestra memoria interna: 2474, 7398. Esa memoria es nuestro libro de la vida: 2474, 9386, 9841, 10505. En nuestra memoria interior están las cosas verdaderas que se han convertido en materia de nuestra fe y las cosas buenas que se han convertido en materia de nuestro amor: 5212, 8067. Las cosas que han llegado a ser una segunda naturaleza para nosotros y parte de nuestra vida, y por lo tanto se han borrado de nuestra memoria externa, están en nuestra memoria interna: 9394, 9723, 9841. Los espíritus y los ángeles hablan desde su memoria interior, por lo que tienen un lenguaje universal: 2472, 2476, 2490, 2493. Los lenguajes del mundo incumben a la memoria externa: 2472, 2476.

rituales que están relacionadas con las naturales mediante correspondencias. Con todo, cuando son presentadas visualmente, parecen iguales a como eran en el mundo natural. Esto se debe a que todo lo que vemos en los cielos aparece como era en el mundo, aunque en esencia no sea natural sino espiritual, como se ha explicado en el capítulo dedicado a las representaciones y las apariencias en el cielo (§§ 170-176).

[2] En lo que se refiere a nuestra memoria natural o exterior, en la medida en que sus contenidos se derivan de la materia, el tiempo, el espacio y todo lo que es propio de la naturaleza, no cumple la misma función para el espíritu que la que cumplía en el mundo. Esto se debe a que en el mundo, cuando pensábamos sobre la base de nuestra sensibilidad exterior y no al mismo tiempo sobre la base de nuestra sensibilidad intelectual o interior, pensábamos en el nivel natural y no en el espiritual. Sin embargo, en la otra vida, cuando nuestro espíritu está en el mundo espiritual, no pensamos en el nivel natural, sino en el espiritual. Pensar en el nivel espiritual es pensar inteligente y racionalmente. Por eso nuestra memoria natural o exterior está aletargada en lo que se refiere a las cosas materiales. Las únicas cosas que entran en juego son las que hemos logrado en el mundo a través de esas cosas materiales y que hemos hecho racionales. La razón de que nuestra memoria externa esté aletargada en lo que atañe a las cosas materiales es que no pueden ser recreadas. Los espíritus y los ángeles hablan en realidad desde los sentimientos y los pensamientos consiguientes de su mente, por eso no pueden expresar algo que no cuadre con éstos, como se puede deducir de lo que se dijo sobre el lenguaje de los ángeles en el cielo y su comunicación con nosotros (§§ 234-257). [3] Por eso, después de la muerte somos racionales en la medida en que nos hemos hecho racionales por medio de las lenguas, las artes y las ciencias en este mundo, pero no por la destreza que hayamos adquirido en su manejo.

He hablado con algunas personas a las que se consideraba sabios en el mundo debido a su conocimiento de lenguas antiguas como el hebreo, el griego y el latín, pero que no habían desarrollado su funcionamiento racional por medio de las cosas que estaban escritas en esas lenguas. Algunos de ellos parecían tan simples como quienes nada sabían de dichas lenguas; algunos parecían torpes, aunque seguían siendo orgullosos, como si fueran más sabios que los demás.

[4] He hablado con personas que habían creído en el mundo que la

sabiduría dependía de cuánto hayamos acumulado en la memoria y que por consiguiente habían llenado su memoria a reventar. Hablaban casi exclusivamente desde tales supuestos, lo que significa que no hablaban para sí mismos sino para los otros; y no habían desarrollado ninguna función racional por medio de las cosas que tenían en la memoria. Algunos eran torpes, otros necios, sin ninguna comprensión de la verdad, sin ningún discernimiento de lo que es o no verdadero. Se agarraban a cada noción falsa vendida como verdadera por las personas que ellos llamaban sabios. Realmente, eran incapaces de ver cualquier cosa como realmente era, de saber si era cierta o no, por eso no podían ver nada racionalmente cuando oían a otros.

[5] He hablado con algunas personas que habían escrito mucho en el mundo, algunos sobre muy diversas materias y que habían logrado una reputación internacional de eruditos. Algunos podían razonar sobre si las verdades eran verdaderas o no. Otros comprendían lo que era verdadero cuando se volvían hacia personas que estaban en la luz de la verdad; pero como todavía no querían comprender lo que es verdadero, lo negaban cuando se fijaban en sus propias opiniones falsas, es decir, cuando se centraban en sí mismos. Algunos no sabían más que las masas iletradas. Así pues, variaban según la forma en que habían desarrollado su capacidad racional a través de los tratados que habían escrito o copiado. Con todo, s las personas que se habían opuesto a las verdades de la Iglesia habían basado su pensamiento en las artes y las ciencias y las habían empleado para convencerse de principios falsos, no habían desarrollado su capacidac racional, sino solamente su destreza en la argumentación, capacidad qu en el mundo se confunde con la racionalidad, pero que es, en realidad una capacidad diferente a la razón. Es una capacidad para demostrar l que a uno le gusta, para ver las cosas falsas más que las verdaderas sobr la base de prejuicios e ilusiones. No hay forma de hacer reconocer la verdades a quienes así piensan, pues es imposible ver las verdades desd principios falsos, aunque sea posible ver lo que es falso desde principio verdaderos.

[6] Nuestra facultad racional es como un jardín o un macizo de flo res, como una tierra labrada de nuevo. Nuestra memoria es el suelo, la verdades científicas y las cogniciones son las semillas, y la luz y el calo del cielo las hacen productivas. No hay germinación sin estos últimos ele mentos. Por eso no hay ninguna germinación en nosotros a menos qu

se permita la entrada de la luz del cielo, que es la verdad divina, y del calor del cielo, que es el amor divino, y que son la única fuente de racionalidad.

Los ángeles están profundamente afligidos porque la mayor parte de los eruditos siguen atribuyéndolo todo a la naturaleza y, por lo tanto, cierran los niveles más profundos de su mente de manera que no pueden ver ninguna huella de verdad desde la luz de la verdad, desde la luz del cielo. En consecuencia, en la otra vida son privados de la capacidad de razonar con el fin de que no la empleen para difundir nociones falsas entre la gente sencilla y la confundan. Se les envía lejos, a zonas desiertas.

465. Un espíritu particular estaba irritado porque no podía recordar mucho de lo que había aprendido durante su vida física. Se afligía por el placer perdido puesto que ése había sido su deleite principal, pero se le dijo que no había perdido nada en absoluto, que lo sabía absolutamente todo, y que en el mundo en que ahora se encontraba no se le permitía recuperar cosas como ésas. Debería sentirse satisfecho puesto que ahora podía pensar y hablar mucho mejor y más perfectamente sin sumergir su funcionamiento racional en densas nubes, en preocupaciones materiales y físicas, como hacía antes, en asuntos que eran inútiles en el reino al que había llegado. Ahora tenía todo lo que necesitaba para la vida eterna, y ése era el único camino para llegar a ser bienaventurado y feliz, pues es el consuelo de la ignorancia pensar que la supresión y el letargo de los asuntos materiales en la memoria llevan a la desaparición de la inteligencia[259], cuando en realidad cuanto más pueda ser apartada la mente de las cosas sensoriales que son propias de la persona exterior y del cuerpo, más se eleva a las cosas espirituales y celestiales.

466. En la otra vida, se muestra en ocasiones cómo son los recuerdos presentándolos visualmente en formas que no se ven fuera de allí (muchas cosas que allí son presentadas visualmente son para nosotros aquí estrictamente conceptuales). Allí la memoria externa parece como un callo, mientras que la interna se parece a la substancia medular que se encuentra en el cerebro humano. Esto nos permite también reconocer su condición.

En efecto, la memoria de las personas que se han centrado solamente en la memorización durante su vida física, sin desarrollar su capacidad racional, tiene una cualidad encallecida de modo que parece dura y veteada con tendones en su interior. Para quienes han llenado su memoria con

falsas ideas aparece como algo peludo debido a la masa confusa de cosas desordenadas que se acumulan en ella. En aquellos que han cultivado la memoria con el amor a sí mismos y al mundo por encima de cualquier otra cosa, aparece como un conglomerado más o menos osificado. En quienes han tratado de sondear los arcanos divinos mediante la adquisición de información, especialmente filosófica, sin creer nada antes de haberse convencido mediante ese tipo de conocimientos, la memoria se presenta como algo oscuro, con una cualidad que realmente absorbe los rayos de luz y los transforma en oscuridad. En el caso de quienes han sido astutos e hipócritas, parece huesuda y dura como el ébano que refleja los rayos de luz.

Sin embargo, en las personas que se han centrado en el bien del amor y las verdades de la fe, no hay ninguna apariencia callosa. Esto es debido a que su memoria interior transmite rayos de luz a su memoria exterior, y esos rayos encuentran definición en sus objetos o ideas como si fueran su fundamento o base, y en ellos tienen sus receptáculos apropiados. Esto se debe a que la memoria exterior es el elemento más externo del orden, donde los asuntos celestiales y espirituales se detienen suavemente y allí se quedan cuando existen en ella contenidos de bien y de verdad.

467. Mientras vivimos en este mundo, si estamos empeñados en el amor al Señor y la caridad para con el prójimo, tenemos con nosotros y en nuestro interior una inteligencia y sabiduría angélica, pero ocultas en los abismos de nuestra memoria interior. No hay forma de que esa inteligencia y esa sabiduría puedan hacerse visibles antes de que dejemos nuestro cuerpo. Entonces, nuestra memoria natural se adormece y somos despertados en la conciencia de nuestra memoria interior y, finalmente, en nuestra verdadera memoria angélica.

468. Debo ahora explicar brevemente cómo se desarrolla nuestra capacidad racional. La auténtica capacidad racional está constituida de elementos verdaderos y no de elementos falsos. Lo que se construye con elementos falsos no es racional. Hay tres tipos de elementos verdaderos: cívicos, morales y espirituales. Las verdades cívicas tienen que ver con los asuntos judiciales y el gobierno de las naciones y, en general, con lo que es justo y equitativo. Las verdades morales tienen que ver con las cuestiones de la vida personal en su contexto comunitario y social; en general, con lo que es honrado y recto, y, en particular, con todo tipo de vir-

tudes. Sin embargo, las verdades espirituales tienen que ver con los asuntos del cielo y de la Iglesia, en general con el bien del amor y la verdad de la fe.

[2] Existen tres niveles de vida en cada individuo (véase *supra*, § 267). Nuestra capacidad racional se abre en el primer nivel por medio de las verdades cívicas, en el segundo por las verdades morales y en el tercero por las verdades espirituales.

Debemos comprender sin embargo que nuestra capacidad racional no se forma y se abre simplemente por el mero hecho de conocer esas verdades, sino por vivir de acuerdo con ellas. Vivir de acuerdo con ellas significa amarlas con un afecto espiritual; y amarlas con un afecto espiritual significa amar lo que es justo y equitativo porque es justo y equitativo, lo que es honrado y recto porque es honrado y recto, lo que es bueno y verdadero porque es bueno y verdadero. Por otra parte, vivir de acuerdo con ellas y amarlas con un afecto físico es amarlas por uno mismo, por la reputación, el prestigio o el beneficio que procuran. Por consiguiente, en la medida en que amamos esas verdades con un afecto carnal, no nos volvemos racionales, porque no las amamos; nos amamos a nosotros mismos, sirviéndonos de las verdades a la manera que los amos se sirven de sus esclavos. Cuando las verdades se convierten en esclavas, no llegan a ser parte de nosotros ni abren ningún nivel de nuestra vida, ni siquiera el primero. Antes bien, permanecen en nuestra memoria como información en forma material y unidas al amor a nosotros mismos, que es un amor físico.

[3] Podemos deducir de aquí cómo llegamos a ser racionales, a saber, llegamos a serlo en el tercer nivel a través de un amor espiritual al bien y la verdad con respecto al cielo y a la Iglesia; en el segundo nivel, a través del amor a lo que es honrado y recto; y en el primer nivel a través del amor a lo que es justo y equitativo. Estas dos últimas expresiones de amor se vuelven también espirituales por el amor espiritual al bien y la verdad que fluye a ellas y se une a ellas y forma, por decirlo así, su propio rostro en ellas.

469. Los espíritus y los ángeles tienen memoria como nosotros. Lo que oyen, ven, piensan, quieren y hacen permanece con ellos; y a través de su memoria están desarrollando constantemente su capacidad racional para siempre. Por eso los espíritus y los ángeles se perfeccionan en inteligencia y sabiduría a través de la experiencia de lo que es verdadero y bueno, igual que hacemos nosotros.

También a través de la experiencia se me ha mostrado que los espíritus y los ángeles tienen memoria. He visto que todo lo que habían pensado y hecho, en público y en privado, surgía de su memoria cuando estaban con otros espíritus. También he visto que algunas personas que se habían centrado en alguna verdad desde la simple virtud quedaban imbuidas de cogniciones y de la consiguiente inteligencia y luego eran elevadas al cielo.

Debe saberse, no obstante, que no quedaban imbuidas de cogniciones y de la consiguiente inteligencia más allá del nivel de sentimiento por el bien y la verdad que habían alcanzado en el mundo[260]. En realidad, los espíritus y los ángeles conservan la intensidad y la clase de sentimiento que tenían en el mundo, y que es posteriormente perfeccionado. También este perfeccionamiento continúa eternamente, puesto que todo es susceptible de variaciones y enriquecimientos infinitos por medios diferentes, y por eso puede multiplicarse y dar sus frutos. No hay ningún límite para un bien, puesto que su fuente no es otra que el Infinito.

El hecho de que los espíritus y los ángeles estén siendo perfeccionados constantemente en inteligencia y sabiduría por medio de cogniciones de la verdad y el bien ha sido recogido en los capítulos sobre la sabiduría de los ángeles del cielo (§§ 265-275); sobre los paganos o los que están fuera de la Iglesia en el cielo (§§ 318-328); y sobre los niños en el cielo (§§ 329-345). Esto sucede de acuerdo con el grado de sentimiento por el bien y la verdad que tenían en el mundo, y no más allá de él (§ 349).

Lo que somos después de la muerte depende del tipo de vida que hayamos llevado en el mundo

470. Todo cristiano sabe por la Palabra que la vida permanece con nosotros después de la muerte, puesto que se dice en muchos pasajes que seremos juzgados según las acciones y las obras y recompensados de acuerdo con ellas. Por otra parte, cualquiera que piense sobre la base del bien y la verdad real no puede dejar de advertir que quienes viven bien van al cielo y quienes llevan una vida perversa van al infierno. Sin embargo, las personas resueltas al mal no quieren creer que su estado después de la muerte depende de su vida en el mundo. Piensan, especialmente cuando su salud comienza a flaquear, que el cielo se concede a todos sobre la ba-

se de la sola misericordia sin que importe la forma en que se ha vivido, y que eso depende de una fe que mantienen separada de la vida.

471. Se dice en numerosos pasajes de la Palabra que seremos juzgados y recompensados según las acciones y las obras. Me gustaría citar aquí algunos de ellos.

Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras (Mateo 16, 17 *[16, 27]*).

Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor desde ahora. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen (Apocalipsis 14, 11 *[14, 13]*).

Y os daré a cada uno según vuestras obras (Apocalipsis 2, 23).

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras (Apocalipsis 20, 13. 15 *[20, 12-13]*).

He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según su obra (Apocalipsis 22, 12).

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato (Mateo 7, 24. 26).

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7, 21-23).

Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí, todos vosotros, hacedores de maldad (Lucas 13, 26-27).

Y yo les pagaré conforme a sus hechos, y conforme a la obra de sus manos (Jeremías 25, 14).

Jehová de los ejércitos, grande en consejo, y magnífico en hechos; porque tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus obras (Jeremías 32, 19).

Le castigaré por su conducta, y le pagaré conforme a sus obras (Oseas 4, 9).

Como Jehová de los ejércitos pensó tratarnos conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras obras (Zacarías 1, 6).

Cuando el Señor predice el Juicio Final, tiene en cuenta solamente las acciones, y dice que las personas que han hecho obras buenas entrarán en la vida eterna, y las que han hecho obras malas entrarán en la condenación (Mateo 25, 32-46). Hay también otros muchos pasajes que tratan de la salvación y la condenación.

Vemos que nuestra vida exterior consiste en nuestras obras y acciones, y que la cualidad de nuestra vida interior se manifiesta a través de ellas.

472. Sin embargo, «obras y acciones» no significa obras y acciones solamente a la manera que aparecen en la forma exterior. Incluye también su naturaleza más profunda. Realmente, todo el mundo sabe que todas nuestras obras y acciones proceden de la voluntad y el pensamiento, pues si no procedieran de allí no serían más que movimientos como los de las máquinas o los autómatas[261]. Por eso, una obra o acción en sí misma es simplemente un efecto cuya alma y cuya vida derivan de la voluntad y el pensamiento, hasta el punto de que es en realidad voluntad y pensamiento, en su forma exterior. Se deduce de ahí que la cualidad de la voluntad y el pensamiento que provocan la obra o acción determina la cualidad de la obra o la acción. Si el pensamiento y la intención son buenos, las acciones y las obras son buenas; pero si el pensamiento y la intención son malos, entonces las acciones y las obras son malas, aunque puedan parecer semejantes en la forma externa. Un millar de personas pueden comportarse de manera semejante –esto es, pueden hacer lo mismo, de forma tan parecida que exteriormente apenas se puede percibir diferencia–, pero, sin embargo, cada acción en sí misma es única, pues procede de una intención particular.

[2] Tomemos por ejemplo la conducta honrada y justa con un socio. Una persona puede comportarse honrada y justamente con alguien para parecer honrado y justo por interés personal y obtener respetabilidad; otra persona puede hacer lo mismo para conseguir algún beneficio mundano; una tercera buscando alguna recompensa o prestigio; una cuarta para cultivar una amistad; una quinta por miedo a la ley y a la pérdida de la reputación o el oficio; una sexta para enrolar a otros en su causa, aunque pueda ser una causa negativa; una séptima para engañar a alguien; y otras más por otras razones distintas. Pero aunque todas sus acciones parezcan buenas (pues comportarse honrada y justamente con un colega es bueno), sin embargo son perversas porque no se han hecho por honradez y rectitud, no porque se amen esas cualidades, sino por uno mismo y el mundo, porque eso es lo que se ama. La honradez y la rectitud son siervas de este amor, como los sirvientes de una casa a quienes su señor desdeña y despide cuando no sirven.

[3] En cuanto a las formas externas, todos ellos actúan de modo semejante a quienes se comportan honrada y justamente con sus colegas cuando actúan movidos por el amor a lo que es honrado y justo. Algunos de éstos actúan movidos por la verdad de la fe, o la obediencia, porque así se ordena en la Palabra. Otros lo hacen por el bien de la fe o la conciencia, porque son impulsados por un sentimiento religioso. Otros, por el bien de la caridad hacia su prójimo, porque el bienestar del prójimo debe ser tenido en cuenta. Otros, por el bien del amor al Señor, porque lo que es bueno debe hacerse por sí mismo, como también lo que es honrado y justo debe hacerse por la honradez y la justicia. Aman estas cualidades porque proceden del Señor, y porque la naturaleza divina que emana del Señor está dentro de ellas. Por eso, si las vemos en su verdadera esencia, son divinas. Las acciones o las obras de estas personas son interiormente buenas, por eso son también buenas exteriormente; pues como ya se señaló, la naturaleza de las acciones y las obras está enteramente determinada por la naturaleza del pensamiento y la voluntad de la que proceden, y separadas de ese pensamiento y esa voluntad no son acciones ni obras, sino solamente movimientos sin vida.

Podemos deducir de todo esto lo que se quiere decir por obras y acciones en la Palabra.

473. Puesto que las acciones y las obras son asuntos de la voluntad y el pensamiento, son también asuntos del amor y la fe hasta el punto de

que su cualidad es la cualidad de su amor y de su fe. Es decir, es lo mismo hablar de amor o de voluntad, hablar de fe o de pensamiento firme, puesto que lo que amamos también lo queremos, y lo que creemos también lo pensamos. Si amamos lo que creemos, también queremos hacerlo en la medida en que podemos. Cualquiera puede comprender que el amor y la fe habitan en la voluntad y el pensamiento y no fuera de ellos, pues es la voluntad lo que es encendido por el amor, y el pensamiento lo que es iluminado en asuntos de fe. Esto significa que sólo pueden pensar sabiamente quienes están iluminados; y según su iluminación, piensan lo que es verdadero y quieren lo que es verdadero, creen lo que es verdadero y aman lo que es verdadero[a].

474. Sin embargo debemos reconocer que la voluntad nos hace quienes somos. El pensamiento lo hace sólo en la medida en que surge de nuestra voluntad, mientras que las acciones y las obras proceden de ambos. En otras palabras, es el amor el que hace que seamos quienes somos; la fe lo hace solamente en la medida en que surge del amor, y las acciones y las obras proceden de ambos. Se sigue de esto que el amor o la voluntad es la persona real, pues las cosas que aparecen en la existencia pertenecen a la persona de la que proceden. Aparecer en la existencia es ser producido y presentado en una forma conveniente a la observación y la vista[b].

[a] Así como todo lo que ocurre en el universo de forma ordenada remite al bien y la verdad, así todo en nosotros remite a la voluntad y el entendimiento: 803, 10122. Esto se debe a que es nuestra voluntad la que recibe el bien y nuestro entendimiento el que recibe la verdad: 3332, 3623, 5332, 6065, 6125, 7503, 9300, 9930. Es lo mismo decir la verdad o la fe, puesto que la fe es un asunto de la verdad y la verdad es un asunto de la fe; y es también lo mismo decir el bien o el amor, puesto que el amor es un asunto del bien y el bien es un asunto del amor: 4353, 4997, 7178, 10122, 10367. Así pues, se sigue de ahí que el entendimiento es el receptáculo de la fe, y la voluntad, el receptáculo del amor 7178, 10122, 10367; y puesto que nuestro entendimiento puede aceptar la fe en Dios y nuestra voluntad el amor a Dios, podemos unirnos a Dios por la fe y el amor; y quien pueda unirse a Dios por la fe y el amor no morirá para siempre: 4525, 6323, 9231.

[b] Nuestra voluntad es la realidad esencial de la vida, puesto que es el receptáculo de amor o del bien; y nuestro entendimiento es la manifestación consiguiente de la vida porque es el receptáculo de la fe o de la verdad: 3619, 5002, 9282; por eso, nuestra vida voluntaria es nuestra vida primaria y nuestra vida intelectual es secundaria: 585, 590, 3619

Podemos deducir de esto qué es la fe separada del amor: nada de verdadera fe, sino tan sólo información sin ninguna vida espiritual. Esto es igualmente cierto para las acciones separadas del amor. No son acciones u obras de vida en absoluto, sino acciones u obras de muerte que contienen alguna apariencia de vida derivada del amor al mal y la fe en lo que es falso. Esta apariencia de vida es lo que llamamos muerte espiritual.

475. Debemos comprender también que en nuestras obras y acciones presentamos toda nuestra persona y que la voluntad y el pensamiento, o el amor y la fe que son nuestros componentes internos, no están completos hasta que están encarnados en las acciones y obras que son nuestros componentes externos. Estas últimas son en realidad las formas más externas en las que los primeros encuentran definición; y sin esa definición son como cosas indiferenciadas que todavía no tienen presencia real, cosas que por lo tanto no están todavía en nosotros. Pensar y querer, y no hacer, cuando hay posibilidad, es como tener una llama encerrada y sofocada en una vasija o como sembrar una semilla en la arena que no crece sino que muere junto con su poder germinativo. Pensar y querer y hacer es como una llama que derrama a su alrededor su luz y su calor, o como la semilla sembrada en el suelo, que se convierte en árbol o flor y llega a ser algo. Cualquiera puede comprender que querer hacer, y no hacer cuando se puede, no es realmente querer hacer, del mismo modo que amar, y no hacer el bien cuando se puede, no es realmente amar. Es solamente pensar que queremos hacer y amar; es, pues, un pensamiento aislado que se desintegra y desaparece. El amor y la voluntad son el alma de la acción o la obra, que forma su propio cuerpo en las cosas honradas y

7342, 8885, 9282, 10076, 10109, 10110. Es como la luz de un fuego o llama: 6032, 6314. Se sigue de esto que somos humanos debido a nuestra voluntad y entendimiento consiguiente: 8911, 9069, 9071, 10076, 10109, 10110. Todo individuo es amado y valorado por los otros en proporción a la virtud de su voluntad y el entendimiento consiguiente. Somos amados y valorados si queremos actuar bien y comprendemos bien, pero rechazados y despreciados si comprendemos bien pero no queremos actuar bien: 8911, 10076. Después de la muerte, conservamos la cualidad de nuestra voluntad y nuestro consiguiente entendimiento: 9069, 9071, 9386, 10153. Esto significa que después de la muerte conservamos la cualidad del amor y la fe. Ciertos elementos que pertenecen a la fe pero no al mismo tiempo al amor se desvanecen entonces porque no están dentro de nosotros y por lo tanto no son parte de nosotros: 553, 2364, 10153.

rectas que hacemos. Ésta es la única fuente del cuerpo espiritual, el cuerpo de nuestro espíritu; es decir, el cuerpo espiritual está enteramente formado de lo que hemos hecho con nuestro amor o nuestra voluntad (véase *supra*, § 463). En una palabra, toda nuestra condición y nuestro espíritu están encarnados en nuestras obras o acciones[c].

476. Podemos deducir de todo ello lo que se quiere decir al hablar de la vida que permanece con nosotros después de la muerte. Es realmente nuestro amor y nuestra consiguiente fe, no sólo en teoría sino también en acto. Así pues, son las acciones u obras, porque éstas contienen dentro de sí todo nuestro amor y nuestra fe.

477. Hay un amor dominante que permanece con cada uno de nosotros después de la muerte y nunca cambia en toda la eternidad. Todos tenemos muchos amores, pero remiten a nuestro amor dominante y son uno con él, o lo componen conjuntamente. Todos los elementos de nuestra voluntad que están en armonía con nuestro amor dominante se denominan amores porque son amados. Hay amores más profundos y amores más superficiales, amores que están directamente unidos y amores que están indirectamente unidos; hay amores más distantes y amores más próximos; hay amores que sirven de diversas maneras. Tomados todos juntos forman una especie de reino, por el modo en que están dispuestos dentro de nosotros, aunque seamos completamente inconscientes de su disposición. Sin embargo, esa disposición se hace visible en alguna medida en la otra vida porque allí el alcance o extensión de nuestros pensamientos y sentimientos depende de ella. Nuestros pensamientos alcanzan las comunidades celestiales si nuestro amor dominante está constituido por amores del cielo, pero se extiende hasta las comunidades infernales si nuestro amor dominante está constituido por amores del infierno.

[c] Las cosas más profundas fluyen ordenadamente en las más externas y finalmente en lo que es más exterior o final, que es donde encuentran presencia y permanencia: 634, 6239, 6465, 9216, 9217. No solamente fluyen, forma un conjunto simultáneo en ese nivel más exterior, en un orden particular: 5897, 6451, 8603, 10099. Por eso todos nuestros elementos más profundos se mantienen en relación y son estables: 9828. Las acciones u obras son las formas finales en las que existen nuestros elementos más profundos: 10331; por eso, ser pagado y juzgado según nuestras obras es ser pagado y juzgado según todo lo que pertenece al amor y la fe o a la voluntad y el pensamiento, puesto que éstas son las realidades más profundas en nuestras obras: 3147, 3934, 6073, 8911, 10331, 10333.

Sobre el alcance que tienen en las comunidades los pensamientos y sentimientos de espíritus y ángeles, véanse los capítulos anteriores sobre la sabiduría de los ángeles del cielo y sobre la forma del cielo, que determina su forma de reunirse y comunicarse [§§ 265-275, 200-212].

478. Lo dicho hasta aquí se dirige solamente al pensamiento racional. Para que todo ello pueda ser presentado a la observación sensorial me gustaría añadir algunas experiencias que pueden servir para ilustrar y apoyar las afirmaciones de que: *primero*, después de la muerte somos nuestro amor o voluntad; *segundo*, permanecemos igual para siempre respecto de nuestra voluntad o amor dominante; *tercero*, entramos en el cielo si nuestro amor es celestial y espiritual, y en el infierno si nuestro amor es carnal y mundano sin ninguna dimensión celestial ni espiritual; *cuarto*, nuestra fe no permanece con nosotros a menos que proceda de un amor celestial; y *quinto*, el amor en acción, y por lo tanto nuestra vida, es lo que permanece.

479. Abundantes experiencias han atestiguado que *después de la muerte somos nuestro amor o voluntad*. Todo cielo se diferencia en comunidades según las diferencias en la cualidad del amor, y cada espíritu que es elevado al cielo y se convierte en ángel es llevado a la comunidad en la que se encuentra su amor. Cuando llegamos allí nos sentimos como si estuviéramos en nuestro propio elemento, en casa, como si hubiéramos vuelto a nuestro lugar de nacimiento, por decirlo así. Los ángeles lo perciben y se asocian allí con sus almas gemelas. Cuando las dejan y van a alguna otra parte, sienten una atracción constante, un anhelo de regresar con sus iguales y por lo tanto a su amor dominante. Así es como se asocian en el cielo. Lo mismo puede decirse del infierno. También allí se asocian según amores que se oponen a los celestiales. Sobre el hecho de que tanto el cielo como el infierno estén constituidos por comunidades y que éstas estén diferenciadas según las diferencias de amor, véase *supra*, §§ 41-50 y §§ 200-212.

[2] Podemos deducir también que después de la muerte somos nuestro amor del hecho de que todo lo que no está de acuerdo con nuestro amor dominante es entonces separado y aparentemente alejado de nosotros. Para los justos, lo que es separado y aparentemente alejado es todo lo que está en desacuerdo y conflicto, lo que tiene como consecuencia que sean admitidos, por decirlo así, en su propio amor. Ocurre más o menos lo mismo con los réprobos, pero teniendo en cuenta que

lo que se aleja de ellos es lo verdadero, mientras que en el caso de los justos lo que se aleja es lo falso. En ambos casos, el resultado es que finalmente cada uno se convierte en su propio amor. Esto sucede cuando somos introducidos en nuestro tercer estado, que será examinado más adelante.

Una vez sucedido esto, volvemos constantemente el rostro hacia nuestro amor y constantemente lo tenemos ante los ojos independientemente del lugar al que se mire (véase *supra*, §§ 123-124).

[3] Todos los espíritus pueden ser conducidos a donde se quiera siempre que se les mantenga en su amor dominante. No pueden resistirse aunque sean conscientes de lo que sucede y piensen que quieren negarse. Los espíritus han intentado a menudo ofrecer resistencia, pero sin éxito. Su amor es como una cadena o una cuerda atada alrededor de ellos, con la que pueden ser arrastrados y de la que no pueden escapar. Lo mismo sucede con las personas en este mundo. También nuestro amor nos conduce, y es a través de nuestro amor como somos conducidos por los otros. Y lo es aún más cuando nos convertimos en espíritus, porque entonces no se nos permite presentar un amor diferente o fingir un amor que no sea el nuestro.

[4] Que nuestro espíritu es nuestro amor dominante se percibe con claridad en la otra vida en las relaciones con los demás, pues en la medida en que actuamos y hablamos de acuerdo con el amor de algún otro en esa misma medida el otro está plenamente presente, con un rostro que refleja plenitud, alegría y viveza. Sin embargo en la medida en que actuamos y hablamos contra el amor dominante de otro, su rostro empieza a cambiar, a difuminarse, y a hacerse indiscernible. Finalmente, desaparece como si ni siquiera estuviera allí. A menudo esto me ha producido asombro, ya que cosas de este tipo no pueden suceder en el mundo. Pero se me ha dicho que lo mismo sucede al espíritu dentro de nosotros, pues cuando apartamos nuestra atención de alguien, ese individuo no está ya en nuestra visión.

[5] He comprobado también que nuestro espíritu es nuestro amor dominante por el hecho de que todo espíritu pretende y se agarra a todo lo que conviene a su amor y rechaza y repele todo lo que no le conviene. Nuestro amor es como un bosque de suelo esponjoso, poroso, que absorbe todos los líquidos que promueven su crecimiento y repele los otros. Es como los animales de diversas especies. Reconocen sus alimentos ade-

cuados, buscan los que convienen a su naturaleza y evitan los que no les convienen. En realidad, todo amor quiere ser alimentado por lo que es apropiado para él, el amor perverso por falsedades y el bueno por verdades. En ocasiones se me ha permitido ver que personas sencillas y buenas querían enseñar a gente mala cosas verdaderas y buenas. Sin embargo, enfrentadas a esa enseñanza, las personas perversas huían; cuando volvían a su medio, se aferraban a todas las falsedades que convenían a su amor con gran deleite. También se me ha permitido ver a buenos espíritus hablando entre sí de las verdades, conversación seguida con interés por otros buenos espíritus que allí se encontraban, mientras que los espíritus perversos no prestaban ninguna atención, como si no oyeran nada.

En el mundo de los espíritus se pueden ver caminos, algunos de los cuales conducen al cielo y otros al infierno, llevando cada uno a una comunidad particular. Los buenos espíritus recorren sólo los caminos que conducen al cielo y a la comunidad que posee su misma cualidad de amor. No ven los caminos que llevan a otros sitios. Por su parte, los espíritus perversos sólo recorren los caminos que llevan al infierno y a las comunidades que allí se encuentran en el mal de su mismo amor. No ven los caminos que conducen a otros sitios; y si los ven, no quieren seguirlos.

Estos caminos del mundo espiritual son «apariencias reales» que corresponden a lo verdadero y lo falso; esto es lo que en la Palabra significa «caminos»[d].

Estas pruebas de la experiencia apoyan lo que se dijo anteriormente sobre fundamentos racionales, a saber, que después de la muerte somos nuestro amor y nuestra voluntad. Y se dice «voluntad» porque la voluntad de cada uno es su amor.

480. Una abundante experiencia me ha convencido también de que *después de la muerte permanecemos igual para siempre respecto de nuestra voluntad o amor dominante*. Se me ha permitido hablar con algunas personas que vivieron hace más de dos mil años, personas cuyas vidas se describen en los libros de historia y son por tanto conocidas. Descubrí[262] que seguían

[d] Sendero, camino, vía, callejuela o calle significan cosas verdaderas y que conducen a algo bueno, así como falsedades que conducen a algo malo: 627, 2333, 10422. Barrer un camino es prepararse para aceptar lo que es verdadero: 3142. Hacer conocido un camino, cuando se dice del Señor, es enseñar las verdades que conducen al bien: 10564.

siendo los mismos, tal como se describían, incluyendo el amor que era el origen y el elemento determinante de su vida.

Había otros que habían vivido hace diecisiete siglos, también conocidos por los libros de historia, y algunos que habían vivido hace cuatro siglos, otros hace tres, etc., con los que también se me permitió hablar, dándome cuenta de que el mismo sentimiento seguía gobernando en ellos. La única diferencia era que los deleites de su amor se habían transformado en los que les correspondían.

Los ángeles me han dicho que la vida de nuestro amor dominante no cambia nunca para nadie en toda la eternidad porque somos nuestro amor; por eso, cambiar ese amor en algún espíritu sería quitarle la vida y acabar con él.

También me han dicho que esto es debido a que después de la muerte no podemos ya ser reformados mediante la enseñanza a la manera en que podíamos serlo en este mundo, puesto que el nivel más exterior, constituido por las cogniciones y sentimientos naturales, está entonces latente y no puede ser abierto porque no es espiritual (véase *supra*, § 464). Las funciones más profundas de nuestra mente o espíritu *[animus]* descansan en este nivel como una casa descansa en sus cimientos, y por eso seguimos siendo siempre como ha sido la vida de nuestro amor en el mundo. Los ángeles están asombrados de que la gente no comprenda que nuestra naturaleza está determinada por la naturaleza de nuestro amor dominante y que muchos crean realmente que pueden ser salvados por una misericordia instantánea, simplemente sobre la base de su sola fe, sin importar el tipo de vida que hayan llevado, al no comprender que la misericordia divina actúa a través de unos medios. Esos medios implican ser conducidos por el Señor en el mundo así como después en el cielo, y quienes son conducidos por la misericordia son los que no viven en el mal. Ni siquiera saben que la fe es un sentimiento hacia la verdad que procede de un amor celestial que tiene su origen en el Señor.

481. Entramos en el cielo si nuestro amor es celestial y espiritual, y en el infierno si nuestro amor es carnal y mundano sin ninguna dimensión celestial ni espiritual. Me baso para esta conclusión en todos aquellos que he visto elevados al cielo y arrojados al infierno. Los que eran elevados al cielo habían llevado una vida de amor espiritual y celestial, mientras que los que eran arrojados al infierno habían llevado una vida de amor mundano y carnal. El amor celestial es amar lo que es bueno, honrado y jus-

to porque es bueno, honrado y justo, y hacerlo a causa de ese amor. Por eso tienen una vida de bien, honradez y justicia, que es una vida celestial. Si amamos estas cosas por sí mismas y las hacemos o las vivimos, también amamos al Señor sobre todas las cosas porque ellas proceden de él. También amamos a nuestro prójimo, porque esas cosas son nuestro prójimo que debe ser amado[c]. Sin embargo, el amor carnal es amar lo que es bueno, honrado y justo, no por sí mismo, sino por nosotros, porque podemos utilizarlo para obtener prestigio, posición social y beneficio. En este caso, en lo que es bueno, honrado y justo no miramos al Señor y al prójimo, sino a nosotros y al mundo, y disfrutamos del engaño. Cuando el motivo es el engaño, entonces todo lo que era bueno, honrado y justo pasa a ser en realidad malo, fraudulento e injusto. Esto es lo que amamos en la apariencia externa.

[2] Puesto que estos amores definen nuestra vida, todos somos examinados en cuanto a nuestra cualidad inmediatamente después de la muerte, cuando llegamos al mundo de los espíritus, y se nos pone en contacto con quienes tienen un amor semejante. Si estamos centrados en el amor celestial, se nos pone en contacto con quienes están en el cielo; y si estamos centrados en el amor carnal, se nos pone en contacto con quienes están en el infierno. Por otra parte, una vez se ha completado el pri-

[c] En el sentido superior, el Señor es nuestro prójimo porque debe ser amado sobre todas las cosas; sin embargo, amar al Señor es amar lo que procede de él porque él está en todo lo que procede de él, por eso nuestro prójimo es lo que es bueno y verdadero: 2425, 3419, 6706, 6711, 6819, 6823, 8123. Amar lo que es bueno y verdadero, que procede de él, es vivir de acuerdo con el bien y la verdad, y esto es amar al Señor: 10143, 10153, 10310, 10336, 10578, 10648. Cada individuo y cada comunidad, nuestro país y nuestra iglesia, y en el sentido más amplio, el reino del Señor, es nuestro prójimo; y hacer el bien a éstos, por amor al bien y de acuerdo con su estado, es amor al prójimo. Esto significa que su bien, lo que debemos tener en cuenta, es nuestro prójimo: 6818-6824, 8123. El bien moral, o lo que es honrado, y el bien cívico, o lo que es justo, son también nuestro prójimo: y actuar honrada y justamente por amor a lo que es honrado y justo es amar al prójimo: 2915, 4730, 8120-8123. Por consiguiente, la caridad para con el prójimo incluye todos los aspectos de nuestra vida, y hacer lo que es bueno y justo, y actuar honradamente desde el corazón en toda posición que mantengamos y en todo lo que hagamos, es amar a nuestro prójimo: 2417, 8121, 8124. La doctrina de la Iglesia Antigua era una doctrina de caridad, y ésta era la fuente de su sabiduría: 2417, 2385, 3419, 3420, 4844, 6628.

mer y segundo estado, los dos tipos de personas son separadas de manera que ya no se ven ni reconocen unas a otras. Realmente nos convertimos en nuestro propio amor no sólo en cuanto a los niveles más profundos de nuestra mente, sino también exteriormente, en rostro, cuerpo y palabras, puesto que nos convertimos en imágenes de nuestro amor incluso en las cosas exteriores. Quienes son amores carnales tienen un aspecto tosco, oscuro, pálido y deforme; mientras que quienes son amores celestiales tienen un aspecto vivo, claro, brillante y encantador. Son completamente diferentes en espíritu y también en el pensamiento. Los que son amores celestiales son inteligentes y sabios, mientras que los que son amores carnales son torpes y necios.

[3] Cuando se permite examinar los aspectos internos y externos de los pensamientos y sentimientos de quienes están en el amor celestial, parece como si los aspectos internos estuvieran hechos de luz, en algunos casos como la luz de una llama; y sus manifestaciones externas son de maravillosos y variados colores, como un arco iris. En cambio, los aspectos internos de las personas que están en el amor carnal parecen oscuros porque se encuentran como encerrados en ellos, en algunos casos como un fuego humeante en el caso de las personas que son interiormente rencorosas y embusteras. Sus manifestaciones externas tienen un color feo y deprimente (tanto el aspecto interior como el exterior de la mente y el espíritu son presentados visualmente en el mundo espiritual cuando place al Señor).

[4] Las personas que están en el amor carnal no ven nada en la luz del cielo. La luz del cielo es oscuridad para ellos, mientras que la luz del infierno, que es como luz de rescoldos incandescentes, les parece a ellos la luz del día. En realidad, en la luz del cielo su visión interior está privada de luz hasta el punto de que se vuelven locos. En consecuencia, huyen de ella y se esconden en cuevas y cavernas de una profundidad proporcional a las falsas convicciones que se derivan de sus perversas intenciones. Exactamente lo contrario ocurre con quienes están comprometidos en el amor celestial. Cuanto más profundo o alto entran en la luz celestial, más claramente lo ven todo y más hermoso les parece y más inteligente y sabiamente comprenden lo que es verdadero.

[5] Es imposible que quienes están en el amor carnal puedan vivir en el calor del cielo, porque el calor del cielo es el amor celestial. Sin embargo, pueden vivir en el calor del infierno, que es un amor cruel hacia

quienes no les apoyan. Los placeres derivados de este amor son el desprecio a los otros, la hostilidad, el odio y la venganza. Cuando están absortos en ellos están en su verdadera vida, sin conocimiento ninguno de lo que significa hacer el bien a los otros por la bondad y por el bien en sí mismo. Sólo saben hacer el bien por el mal y para el mal.

[6] Las personas que viven en el amor carnal tampoco pueden respirar en el cielo. Cuando los espíritus perversos son llevados allí, respiran como alguien que forcejea penosamente. Por otra parte, las personas que viven en el amor celestial respiran más libremente y se sienten más vivas cuanto más profundamente entran en el cielo.

Podemos deducir de esto que el amor espiritual y celestial es el cielo para nosotros porque todo lo celestial está inscrito en ese amor; y que el amor carnal y mundano separado del amor espiritual y celestial es el infierno para nosotros porque todo lo infernal está inscrito en ese amor.

Vemos pues que quienes entran en el cielo tienen un amor espiritual y celestial, y quienes entran en el infierno tienen un amor carnal y mundano sin amor espiritual y celestial ninguno.

482. El hecho de que *nuestra fe no permanece con nosotros a menos que proceda de un amor celestial* me ha quedado claro mediante tantas experiencias que si debiera contar lo que he visto y oído sobre ello, podría llenar un libro. Puedo afirmar esto: que no hay ni puede haber fe para quienes están absortos en el amor carnal y mundano separados del amor espiritual y celestial. Hay sólo un conocimiento o persuasión de que algo es verdadero porque sirve a su propio amor. Muchos de los que pensaban que habían tenido fe fueron puestos en contacto con quienes tenían una fe real; y una vez se estableció la comunicación, se dieron cuenta de que no tenían fe en absoluto. Incluso admitieron más tarde que creer simplemente en la verdad o en la Palabra no es fe; pues fe es amar la verdad con un amor celestial y querer llevarlo a la práctica y hacerlo con sentimiento profundo. Se me mostró también que esa persuasión que ellos llamaban fe era solamente como la luz del invierno en la que todo en la tierra se aletarga, afectado por el hielo y enterrado en la nieve porque no hay ningún calor en la luz. En consecuencia, cuando es tocada por los rayos luminosos del cielo, la luz de su falsa fe no sólo se extingue, sino que realmente se convierte en densa oscuridad en la que uno no puede verse a sí mismo. Al mismo tiempo, sus aspectos más profundos están tan oscurecidos que no pueden discernir nada y enloquecen finalmente a causa de sus falsas convicciones.

El resultado es que todas las verdades que han aprendido de la Palabra y de la enseñanza de la Iglesia, todas las cosas que afirmaban que formaban parte de su fe, desaparecen y en su lugar todo se llena de la falsedad que está en concordancia con el mal de su vida. Están inmersos en sus amores y en las falsas ideas que los sustentan. Y como las verdades contradicen las falsas y perversas ideas en las que están absortos, odian las verdades, les vuelven la espalda y las rechazan.

Puedo dar testimonio por todas mis experiencias relativas a lo que sucede en el cielo y en el infierno de que quienes han confesado la fe como mero asunto de doctrina mientras toda su vida se ha desarrollado en el mal, están en el infierno. He visto cómo miles de ellos eran arrojados al infierno y me he referido a ellos en mi opúsculo *El Juicio Final.*

483. *El amor en acción, y por lo tanto nuestra vida, es lo que permanece.* Esto es lo que se deduce lógicamente de lo que he mostrado a partir de mi experiencia y de lo que he dicho sobre las acciones y las obras. El amor en la práctica es la obra y la acción.

484. Debemos saber que todas las obras y acciones pertenecen a la vida civil y moral y, por tanto, se centran en lo que es honrado y recto y en lo que es justo y equitativo. Lo que es honrado y recto pertenece a la vida moral, y lo que es justo y equitativo a la vida civil. El amor del que proceden es celestial o infernal. Las obras y acciones de nuestra vida moral y civil son celestiales si las hacemos con amor celestial, porque las cosas que hacemos con amor celestial las hacemos desde el Señor, y todo lo que hacemos desde el Señor es bueno. Por el contrario, las acciones y obras de nuestra vida civil y moral son infernales si proceden de un amor infernal, puesto que todo lo que[263] hacemos con este amor, que es amor a nosotros mismos y al mundo, lo hacemos desde nosotros mismos, y lo que hacemos desde nosotros mismos es intrínsecamente malo. En realidad, vistos en nosotros mismos, o en términos de lo que es realmente nuestro, no somos nada sino mal[f].

[f] Nuestra naturaleza es amarnos a nosotros mismos más que a Dios y al mundo más que al cielo, y considerar al prójimo como nada en comparación con nosotros, y en esto consiste el amor a uno mismo y al mundo: 634 *[694]*, 731, 4317. Éste es el ego en el que nacemos, que es un mal denso: 210, 215, 731, 874–876, 987, 1047, 2307, 2318 *[2308]*, 3518, 3701, 3812, 8480, 8550, 10283, 10284, 10286, 10731 *[10832]*. De nuestro ego viene no sólo

Después de la muerte, los placeres de la vida se transforman en cosas que se corresponden con ellos

485. Expliqué en el último capítulo que nuestro sentimiento o amor predominante permanece con nosotros para siempre. Ahora debo explicar que los placeres de ese sentimiento o amor se transforman en cosas que se corresponden con ellos. «Transformarse en cosas que se corresponden» significa que se transforman en cosas espirituales que corresponden a las naturales. Podemos deducir que se transforman en cosas espirituales por el hecho de que mientras estamos en nuestro cuerpo terrenal estamos en el mundo natural; pero una vez hemos dejado atrás ese cuerpo, llegamos al mundo espiritual y adquirimos un cuerpo espiritual. (Sobre los ángeles con forma humana perfecta y que son personas después de la muerte, y sobre el cuerpo espiritual que llevan, véase *supra*, §§ 73-77 y §§ 453-460; y para una descripción de la correspondencia de las cosas espirituales con las naturales, véase §§ 87-115.)

486. Todos nuestros placeres se derivan de nuestro amor dominante, pues las únicas cosas que nos complacen son las que amamos; por eso, lo más placentero de todo es lo que amamos por encima de todo. Decir «nuestro amor dominante» o «lo que amamos sobre todas las cosas» son expresiones equivalentes.

Hay diferentes placeres, tantos, hablando en general, como amores dominantes diferentes, lo que significa tantos como seres humanos, espíritus y ángeles, puesto que ningún amor dominante es enteramente igual a otro. Por eso ningún rostro es exactamente igual a otro, pues el rostro es la imagen de la mente, y en el mundo espiritual es una imagen del amor dominante. Los placeres de cada individuo específico son también infinitamente variados y ningún placer es nunca enteramente igual a otro. Esto se aplica tanto a los placeres que vienen sucesivamente como a los

todo mal, sino también toda la falsedad: 1047, 10283, 10284, 10286. Los males que proceden de nuestro ego son desprecio hacia los otros, hostilidad, odio, venganza, crueldad y engaño: 6667, 7372, 7373, 7374, 9348, 10038, 10742 *[10743]*. En la medida en que nuestro ego gobierna, rechazamos, sofocamos o pervertimos el bien del amor y la verdad de la fe: 2041, 7491, 7492, 7643, 8487, 10455, 10743. Nuestro ego es el infierno para nosotros: 694, 8480. Cualquier bien que hagamos por medio de nuestro ego no es bueno, sino esencialmente malo: 8478 *[8480, 8487]*.

que se producen simultáneamente. No hay dos iguales. Sin embargo, los placeres específicos de un individuo dado remiten a ese único amor que es el amor dominante del individuo. En realidad, lo constituyen y, por lo tanto, se hacen uno con él. De la misma forma, todos los placeres en general remiten al amor único que es universalmente dominante: en el cielo, el amor al Señor, y en el infierno el amor a uno mismo.

487. La única manera de conocer las clases y cualidades de los placeres espirituales en que se transforman los placeres naturales después de la muerte es a través del conocimiento de las correspondencias. Este conocimiento enseña que no hay nada natural a lo que no responda algo espiritual, y enseña específicamente la identidad y naturaleza de todo lo que así se corresponde. Esto significa que las personas que tienen este conocimiento pueden reconocer y saber su estado después de la muerte con tal de que conozcan su amor y cómo se relaciona con el amor universalmente dominante al que, como acabamos de decir, todo amor remite.

Sin embargo, las personas apresadas en el egoísmo no pueden conocer su amor dominante porque aman todo lo que es suyo y llaman a sus males bienes. Y a las falsas nociones en que se apoyan y que emplean para racionalizar sus males las llaman verdades. Si quisieran, podrían conocer su amor dominante por medio de otros que son sabios, pues éstos ven lo que ellos no ven, pero esto es imposible para aquellos que, atrapados en su egoísmo, no tienen nada sino desprecio por cualquier enseñanza de los sabios.

[2] Por otra parte, quienes viven en el amor celestial aceptan la instrucción y ven los males en los que nacen tan pronto como aparecen en ellos. Los ven desde las verdades, pues las verdades hacen evidente el mal. En realidad, cualquiera puede ver lo que es malo y la distorsión que el mal causa, mirando desde la verdad que deriva del bien; pero nadie puede ver lo que es bueno y verdadero desde un punto de vista perverso. Esto es debido a que las ideas falsas que surgen del mal son oscuridad y se corresponden con ella. Por eso las personas que están atrapadas en ideas falsas que surgen del mal son como ciegos que no ven las cosas que están a la luz, y las evitan como la lechuza evita la luz del día[a]. Por otra parte,

[a] Por razón de correspondencia, la oscuridad significa en la Palabra las falsedades, y la oscuridad densa significa las falsedades que resultan del mal: 1839, 1860, 7688, 7711. La luz del cielo es oscuridad para los malvados: 1861, 6832, 8197. Se dice que quienes están en

las percepciones verdaderas que surgen del bien son luz y corresponden a la luz (véase *supra*, §§ 126-134). Así pues, quienes están centrados en las percepciones verdaderas que surgen del bien ven y tienen los ojos abiertos y pueden diferenciar entre las cosas que están a la luz y las que están en la sombra.

[3] También esto me ha sido confirmado por la experiencia. Los ángeles que están en los cielos ven y captan el mal y las incitaciones perversas que brotan ocasionalmente en ellos; y también pueden ver el mal y las incitaciones falsas de los espíritus que, en el mundo de los espíritus, están en contacto con los infiernos, aunque los espíritus mismos no pueden ver su propio mal y sus incitaciones a la falsedad. No comprenden la virtud del amor celestial, ni la conciencia, ni lo que es ser honrado y justo (excepto cuando es en su propio beneficio), ni lo que significa ser conducido por el Señor. Dicen que esas cosas no existen y, por lo tanto, no las tienen en cuenta.

Todo esto se ha expuesto para estimular a todos a examinarse a sí mismos y a identificar su amor dominante sobre la base de sus deleites, para que según su comprensión del conocimiento de las correspondencias, puedan conocer el estado de su vida después de la muerte[264].

488. A partir del conocimiento de las correspondencias se puede conocer cómo los placeres de la vida se transforman después de la muerte en lo que les corresponde; pero puesto que éste no es un conocimiento común, me gustaría proyectar alguna luz sobre el asunto con ciertos ejemplos tomados de mi experiencia.

Quienes están atrapados en el mal y se han formado falsas convicciones contra las verdades de la Iglesia, especialmente quienes han rechazado la Palabra, huyen de la luz del cielo. Se hunden en sótanos que muestran su oscuridad a través de sus aberturas y se meten en las grietas de las rocas, escondiéndose en ellas. Esto se debe a que han amado las ideas falsas y han odiado las verdaderas. Estos sótanos y las grietas en las rocas[b] y

los infiernos están en la oscuridad porque están absortos en las falsas nociones que se derivan del mal; con algún análisis: 3340, 4418, 4531. En la Palabra, los «ciegos» son los que están absortos en convicciones falsas y no quieren ser enseñados: 2383, 6990.

[b] En la Palabra, las grietas y fisuras en las rocas significan lo que es sombrío y falso en la fe: 10582; porque las rocas significan fe del Señor: 8581, 10580; y la piedra significa la verdad de la fe: 114, 643, 1298, 3720, 6426, 8608, 10376.

las cosas falsas, corresponden a la oscuridad[c,265]; y la luz corresponde a las cosas que son verdaderas. Encuentran agradable vivir allí, y doloroso vivir a la luz del día.

[2] Las personas que se deleitan en maquinar siniestros planes y en tramar proyectos engañosos en secreto también viven en estos sótanos y se introducen en lugares tan oscuros que nadie puede ver a nadie. Cuchichean entre sí por los rincones. En esto es en lo que se convierten los placeres de su amor.

Si se han interesado por las disciplinas académicas solamente para parecer eruditos, sin emplearlas para desarrollar su capacidad racional, deleitándose orgullosamente en los contenidos de su memoria, les gustan las zonas arenosas y las prefieren a los prados y jardines porque las zonas arenosas se corresponden con este tipo de estudios.

[3] Quienes están absortos en conocer las doctrinas de las iglesias, las de la suya y las de las otras, sin aplicarlas a su vida, aman las zonas pedregosas y viven entre montones de piedras. Evitan la tierra cultivada porque les resulta repulsiva.

Si han atribuido todo a la naturaleza –y a su propia prudencia– y han empleado ardides diversos para conseguir riquezas y un puesto elevado, se dedican en la otra vida al estudio de las artes mágicas, que son malos usos del orden divino, encontrando en ellas el mayor placer de su vida.

[4] Quienes han acomodado las verdades divinas a sus propios amores, y por tanto las han falsificado, aman los urinarios, pues los urinarios corresponden a los placeres de este tipo de amor[d].

Quienes estaban en una sórdida avaricia viven en cubículos y aman la porquería de los cerdos y los olores asquerosos que exhalan de la comida mal digerida en sus estómagos.

[5] Si han dedicado sus vidas totalmente al placer, a vivir elegantemente, dando gusto al vientre y el gaznate, amando esto como el mayor bien de su existencia, en la otra vida aman las heces y las letrinas, que encuentran deliciosas. Esto se debe a que placeres de ese tipo son miseria espiritual. Evitan los lugares que están limpios y sin basura porque los encuentran desagradables.

[6] Quienes se complacen en el adulterio pasan su tiempo en burde-

[c] [La nota de Swedenborg en este punto remite al lector a la nota de § 487: 2.]

[d] La profanación de la verdad se corresponde con la orina: 5390.

les donde todo es fétido y asqueroso. Les gustan esos lugares y evitan las casas honestas. Cuando se acercan a esas casas se sienten al borde del desmayo. Nada les complace más que romper matrimonios.

Las personas que se han inclinado a la venganza y que, por consiguiente, han adoptado una naturaleza salvaje y sádica, gustan de lugares como los depósitos de cadáveres y están en infiernos de ese tipo.

Otros corren suertes diferentes.

489. En cambio, los deleites de quienes han vivido en el amor celestial en el mundo se transforman en el tipo de cosas correspondientes que existen en los cielos, cosas que participan del sol del cielo y proceden de su luz. Las cosas que la luz hace visibles tienen ocultas en su interior las realidades divinas. Lo que llega a la vista procedente de ese origen conmueve los rincones más profundos de la mente de los ángeles y también los niveles externos de su cuerpo; y puesto que una luz divina (que es la verdad divina que emana del Señor) fluye en su mente, que ha sido abierta por el amor celestial, presenta exteriormente cosas que responden a los placeres de su amor. En el capítulo que trata de las representaciones y apariencias en el cielo (§§ 170-176) y en el dedicado a la sabiduría de los ángeles del cielo (§§ 265-275), he explicado que las cosas presentadas a la vista de los ángeles en los cielos se corresponden con su naturaleza profunda o con los elementos de su fe y de su amor, y por lo tanto con su inteligencia y sabiduría.

[2] Puesto que he empezado sosteniendo esta proposición general con ejemplos sacados de mi experiencia, para proyectar luz sobre lo que se había dicho previamente acerca de la base de las causas de las cosas, me gustaría también introducir en este punto algunos particulares sobre los placeres celestiales en que se transforman los placeres naturales para quienes en el mundo viven en un amor celestial.

Aquellos que han amado las verdades divinas y la Palabra con un sentimiento profundo, o desde el sentimiento por la verdad misma, viven en la luz, en altiplanicies que parecen montañas, y están constantemente bañadas por la luz del cielo. No saben nada de la oscuridad que tenemos por la noche en el mundo y viven en un ambiente primaveral. El paisaje les ofrece la visión de campos listos para la cosecha y viñedos. Todo lo que hay en sus casas brilla como si estuviera hecho de piedras preciosas. Mirar a través de sus ventanas es como mirar a través de cristal puro. Éstos son sus deleites visuales; pero, realmente, son placeres más profundos

por su correspondencia con las cualidades celestiales divinas, puesto que las verdades de la Palabra que habían amado se corresponden con los campos en sazón, las viñas, las piedras preciosas, las ventanas y los cristales[e].

[3] Quienes han aplicado las enseñanzas de la Iglesia que proceden de la Palabra directamente a su vida están en el cielo interior y más que nadie se encuentran absortos en los deleites de la sabiduría. Ven las realidades divinas en los objetos particulares. En realidad, ven los objetos, pero las realidades divinas correspondientes fluyen directamente a su mente y la llenan con un sentimiento de dicha que afecta a todas sus funciones sensoriales. En consecuencia, todo lo que ven parece reír, jugar y vivir (sobre esto, véase *supra*, § 270).

[4] Si las personas han amado la instrucción y han desarrollado su capacidad racional como corresponde, ganando así en inteligencia, y si han reconocido al Ser Divino al mismo tiempo, su complacencia en el conocimiento y su placer en el razonamiento se transforman en la otra vida en un deleite espiritual que es el propio del conocimiento inmediato del bien y la verdad. Viven en jardines donde se pueden ver áreas de césped y macizos de flores hermosamente dispuestos, rodeados de hileras de árboles con arcadas y paseos. Los árboles y las flores se renuevan cada día. Contemplar todo ello procura un placer permanente a su mente, y los cambios específicos reavivan continuamente su deleite. Además, como todo eso se corresponde con las cualidades divinas, y como esas personas tienen el conocimiento de las correspondencias, se ven constantemente colmados con nuevas cogniciones y de este modo están perfeccionando constantemente sus facultades racionales. Disfrutan de estos placeres porque los jardines, los macizos de flores, el césped y los árboles corresponden a las ciencias, las cogniciones y la inteligencia que de ello se sigue[f].

[e] La cosecha significa en la Palabra un estado de aceptación y crecimiento de la verdad del bien: 9291. El grano significa la concepción de la verdad: 9146. Las viñas significan la Iglesia espiritual y las verdades de la Iglesia: 1069, 9139. Las piedras preciosas significan las verdades del cielo y de la Iglesia que transparentan el bien: 114, 9863, 9865, 9868, 9873, 9905. Las ventanas significan la función intelectual de nuestra vista interior: 655, 658, 3391.

[f] Jardines, arboledas y parques significan inteligencia: 100, 103, 3220. Por eso los antiguos celebraban el culto en arboledas: 2722, 4552. Las flores y los macizos de flores signi-

[5] Si las personas han atribuido todo a lo Divino y han considerado la naturaleza como relativamente muerta, simplemente subordinada a los asuntos espirituales, y si se han convencido de esto, están en la luz celestial; todo lo que se presenta entonces a sus ojos tiene una especie de transparencia luminosa. En esa transparencia ven innumerables matices de luz que su visión interior absorbe, por decirlo así, directamente. Y así alcanzan los deleites más profundos. Los objetos de sus casas parecen diamantes con variaciones semejantes de luz. Se me ha dicho que sus muros parecen de cristal y, por consiguiente, son también transparentes; en su interior se puede ver formas fluidas representativas de las cosas celestiales, también en una variedad continua. Y esto se debe a que ese tipo de transparencia se corresponde con una comprensión que ha sido iluminada por el Señor, una vez eliminadas las sombras que surgen de la fe en las cosas naturales y el amor por ellas. Cosas como ésta –e infinitamente más– son las que cuentan quienes han estado en el cielo cuando dicen que han visto lo que el ojo no vio jamás, y que, mediante la comprensión de las cosas divinas que les han sido transmitidas por quienes allí están, han oído lo que el oído nunca oyó[266].

[6] Aquellos que no han actuado furtivamente sino que han querido que todo lo que pensaban se conociera abiertamente en la medida en que la ley civil lo permite, tienen en el cielo un rostro radiante puesto que no han pensado nada sino lo que era honrado y justo en razón de la Deidad. Debido a ese resplandor, los detalles de sus pensamientos y sentimientos son visibles en sus rostros como si se presentaran en su forma; y palabras y acciones son como imágenes virtuales de sus sentimientos. Son más amados que otros. Cuando hablan, su rostro se oscurece ligeramente, pero después que han hablado, las mismas cosas que han dicho se pueden ver plena y claramente en su rostro. Además, como todo a su alrededor corresponde a su naturaleza más profunda, adquieren un semblante que permite a los demás ver claramente lo que representan y significan. Los espíritus que se han complacido en actividades furtivas se apartan de ellos tanto como pueden, y parecen deslizarse alejándose de ellos como serpientes.

ican las verdades científicas y las cogniciones: 9553. Las pequeñas plantas, las hierbas y el césped significan las verdades científicas: 7571. Los árboles significan percepciones y cogniciones: 103, 2163, 2682, 2722, 2972, 7692.

[7] Las personas que han considerado el adulterio como algo incalificable y han vivido un amor casto en su matrimonio están más que los demás en el orden y la forma del cielo. Esto les otorga una belleza total y el estar continuamente en la flor de la juventud. Los deleites de su amor son indescriptibles y aumentan hasta la eternidad. Esto se debe a que todas las alegrías y delicias del cielo fluyen en ese amor, porque ese amor procede de la unión del Señor con el cielo y con la Iglesia, y en general de la unión del bien y la verdad, cuya unión es el cielo en general, y con cada ángel en particular (véase *supra*, §§ 366-386). Sus placeres externos son tan maravillosos que no pueden describirse en palabras humanas.

Sin embargo, lo que se me ha dicho sobre las correspondencias de los deleites para quienes están en el amor celestial es sólo una pequeña parte de la realidad.

490. Esto nos permite saber que después de la muerte nuestros placeres se transforman en lo que les corresponde, pero que el amor permanece igual para siempre, especialmente el amor conyugal, el amor a la justicia, la honradez, el bien y la verdad, el amor a los conocimientos y las cogniciones, el amor a la inteligencia y la sabiduría, y a todo lo demás. Las cosas que fluyen de estos amores, como arroyos manando de su fuente, son placeres que no solamente permanecen, sino que son elevados a un nivel superior cuando se transforman de naturales en espirituales.

Nuestro primer estado después de la muerte

491. Hay tres estados que atravesar después de la muerte antes de llegar al cielo o al infierno. El primer estado es el de las cosas más exteriores; el segundo, el de las más interiores, y el tercero, el de la preparación. Atravesamos esos estados en el mundo de los espíritus.

Sin embargo, hay quienes no atraviesan esos estados, sino que son elevados al cielo o arrojados al infierno inmediatamente después de su muerte. Los que son inmediatamente elevados al cielo son los que han sido regenerados y preparados para el cielo en este mundo. Los que han sido regenerados y preparados hasta ese punto sólo necesitan deshacerse de su impureza natural junto con su cuerpo y son inmediatamente llevados al cielo por los ángeles. He visto a personas a las que se llevaba al cielo una hora después de su muerte.

Por otra parte, quienes han sido profundamente malvados pero exteriormente se disfrazaban de bondad, quienes por consiguiente han aña-

dido el engaño a su malicia y han utilizado la bondad como medio para confundir a los demás, son arrojados directamente al infierno. He visto a personas así enviadas al infierno inmediatamente después de su muerte. Uno de los más embusteros fue de cabeza al infierno, con los pies por detrás; para otros es diferente.

Hay también quienes justo después de su muerte son enviados a unas cuevas y así son separados de quienes están en el mundo de los espíritus. Son sacados y devueltos en sucesivas ocasiones a esos lugares. Éstas son personas que han tratado a su prójimo con maldad bajo el pretexto de una conducta cívica.

Sin embargo, ésos son pocos comparados con el número de los que permanecen en el mundo de los espíritus, siendo preparados allí para el cielo o para el infierno según el plan divino.

492. En cuanto al primer estado, el de las cosas más externas, llegamos a él inmediatamente después de la muerte. Todo el mundo tiene aspectos más externos y aspectos más internos del espíritu. Recurrimos a los aspectos externos para adaptar nuestros cuerpos en el mundo –especialmente nuestro rostro, palabras y conducta– a nuestras interacciones con otras personas. Los aspectos más interiores de nuestro espíritu son los propios de la voluntad y el consiguiente pensamiento, que rara vez se muestran en el rostro, las palabras o la conducta. Somos educados desde la infancia a mostrarnos amables, benévolos y honrados, y a ocultar los pensamientos de nuestras intenciones. De esta manera, adquirimos un estilo de vida que es exteriormente moral y cívico sin que importe cómo somos interiormente. A resultas de este comportamiento habitual apenas conocemos nuestra naturaleza interna y no le prestamos atención.

493. Nuestro primer estado después de la muerte es semejante al estado en este mundo, puesto que estamos igualmente envueltos en asuntos de carácter externo. Tenemos rostro, voz y carácter similares; llevamos una vida civil y moral similar. Por eso nos da la impresión de que seguimos en este mundo, a menos que observemos cosas que están fuera de lo ordinario y recordemos que los ángeles nos dijeron que éramos espíritus cuando fuimos despertados (§ 450). Por eso, la misma vida continúa en la otra, y la muerte es sólo un tránsito.

494. Puesto que éste es nuestro estado como espíritus inmediatamente después de nuestra vida en el mundo, nuestros amigos y las personas que habíamos conocido en el mundo nos reconocen. Los espíritus per-

ciben quiénes somos no solamente por el rostro y la voz, sino también por el aura de nuestra vida cuando se acercan. En la otra vida, cuando pensamos en alguien hacemos surgir su rostro en nuestro pensamiento junto con muchos detalles de su vida; y cuando hacemos esto, el otro se hace presente. Cosas como ésta suceden en el mundo espiritual porque allí los pensamientos se comparten y el espacio no es lo mismo que era en el mundo natural (véase *supra*, §§ 191-199). Por eso tan pronto como llegamos a la otra vida somos reconocidos por nuestros amigos y parientes y por las personas que hemos conocido de una forma u otra. Además, hablamos con cada uno y seguimos viéndolos de acuerdo con nuestra amistad en el mundo. He oído a muchas personas que acababan de llegar del mundo que se llenaban de alegría al ver a sus amigos de nuevo, y sus amigos se alegraban de que ellos hubieran llegado.

Sucede con frecuencia que las parejas casadas se encuentren y se den la bienvenida uno a otro llenos de alegría. También permanecen juntos, durante un tiempo más largo o más breve según la felicidad con que hayan vivido juntos en el mundo. Finalmente, a menos que hayan estado unidos por un matrimonio verdadero (que es una unión de las mentes en el amor celestial), se separan después de haber estado juntos durante un tiempo.

Si las mentes de la pareja están en desacuerdo, y se repelen interiormente uno a otro, rompen en una hostilidad abierta y a veces se pelean realmente entre sí. Sin embargo, no se separan hasta que entran en el segundo estado, que será descrito enseguida.

495. Puesto que la vida de los espíritus recién llegados no es diferente de su vida en el mundo, y puesto que no saben nada de la vida después de la muerte, del cielo o el infierno salvo lo que han aprendido del significado literal de la Palabra y de los sermones basados en ella, una vez han superado su asombro de estar en un cuerpo y disfrutar de todos los sentidos que tenían en el mundo, viendo cosas familiares a su alrededor, quieren saber cómo son el cielo y el infierno y dónde están. Por consiguiente, sus amigos les hablan del estado de la vida eterna y les llevan a diversos lugares en compañía de personas diferentes. Van a distintas ciudades, a jardines y parques, a menudo magníficos porque cosas como ésas interesan a los asuntos externos en los que ellos están. Entonces, de vez en cuando, se les vuelven a hacer presentes los pensamientos que habían tenido durante su vida física sobre el estado del alma después de la muer-

te y sobre el cielo y el infierno. Esto les lleva a un cierto resentimiento por haber sido, ellos mismos y también la Iglesia, tan ignorantes sobre todas estas cosas.

Casi todos quieren saber si entrarán en el cielo. Muchos piensan que entrarán porque llevaron una vida moral y cívicamente respetable en el mundo, sin pensar que tanto las personas buenas como las malas llevan vidas similares, ayudando igualmente a los demás, yendo a la iglesia, escuchando sermones y rezando lo mismo que todos, completamente inconscientes de que la conducta externa y el cumplimiento del culto externo no sirven para nada; solamente las realidades interiores que dan lugar a las exteriores son eficaces. Apenas uno entre mil sabe lo que son las realidades internas o que es en ellas donde encontramos realmente el cielo y la Iglesia. Aún menos comprenden que la cualidad de nuestras acciones exteriores está determinada por la cualidad de nuestras intenciones y pensamientos internos y por la fe y el amor que hay en ellos y que dan lugar a nuestras acciones. Aunque se les diga, no comprenden el hecho de que pensamiento y voluntad son realmente lo que importa. Únicamente conceden importancia a hablar y actuar. Así son actualmente muchas personas que entran en la otra vida procedentes del mundo cristiano.

496. Finalmente, los buenos espíritus los examinan para determinar su naturaleza. Esto se lleva a cabo de varias maneras, porque en ese primer estado los que están en el mal pueden decir cosas verdaderas y hacer cosas buenas, igual que los que están en el bien. Como ya expliqué, esto se debe a que habían llevado una vida moralmente respetable en cuanto a las formas externas porque vivían bajo gobiernos y sujetos a leyes, y esto les proporcionó una reputación de rectitud y honradez que les hizo ganarse la consideración de las gentes y les proporcionó honores y grandes riquezas. Sin embargo, se puede distinguir a los malos espíritus de los buenos particularmente por el hecho de que los malos prestan mucha atención cuando la conversación trata de asuntos externos y poca cuando trata de temas internos, de los principios falsos y verdaderos de la Iglesia y del cielo. Oyen esas cosas, pero sin ninguna atención ni placer verdaderos. Se pueden identificar también por el hecho que se vuelven constantemente hacia determinadas regiones, y cuando se les deja siguen los caminos que llevan al infierno. Se puede reconocer el amor que los guía por las regiones hacia las que miran y por los caminos que siguen.

497. Todos los espíritus que llegan desde el mundo son puestos en contacto con alguna comunidad del cielo o del infierno. Sin embargo, esto se aplica únicamente a su naturaleza profunda, y su naturaleza profunda no es evidente para ellos mientras están centrados en los asuntos externos. Esto se debe a que sus intereses externos ocultan los internos, especialmente para quienes están implicados más profundamente en el mal. Sin embargo, salen al exterior cuando llegan al segundo estado porque sus niveles más profundos están abiertos y los exteriores se aletargan.

498. Este primer estado después de la muerte dura unos pocos días para algunas personas, meses para otros y un año para otros, pero rara vez más de un año para nadie. La diferencia entre los individuos particulares depende de la armonía o discordia entre sus naturalezas interna y externa. Estas naturalezas deben actuar como una sola y corresponderse. En el mundo espiritual no se permite a nadie pensar y pretender de una forma y hablar y actuar de otra. Todo el mundo debe ser una imagen de su sentimiento o amor, lo que significa que se debe ser exteriormente lo que se es interiormente. Por eso las preocupaciones exteriores de un espíritu son primero sacadas y ordenadas, de manera que puedan servir como un plano[267] de correspondencia a las interiores.

Nuestro segundo estado después de la muerte

499. Nuestro segundo estado después de la muerte se denomina estado de los intereses profundos porque se nos da entonces acceso a los aspectos más profundos de la mente, o de la voluntad y el pensamiento mientras que los intereses exteriores en los que estábamos centrados en e primer estado se aletargan.

Cualquiera que observe nuestra vida y nuestras palabras y acciones puede reconocer que todos tenemos una naturaleza más interior y otra más exterior, o una voluntad y un pensamiento más exteriores y otros más interiores. Podemos darnos cuenta de esto por el hecho de que en la vida civil pensamos de los demás en función de lo que hemos oído o hemos sabido de ellos por informaciones o conversaciones. Sin embargo, no hablamos con ellos de la misma manera que hablamos de ellos, y aunque sean malas personas, nos comportamos sin embargo cortésmente cuando los tratamos. Esto es particularmente evidente en personas taimadas y aduladoras cuyas palabras y acciones están totalmente separadas de sus pensamientos e intenciones, y en los hipócritas que hablan de Dios, e

cielo, la salvación de las almas, las verdades de la Iglesia, el bienestar del país y del prójimo como si estuvieran movidos por la fe y el amor cuando en el fondo piensan de otra manera y no se aman más que a sí mismos.

[2] Podemos deducir de esto que tenemos dos procesos de pensamiento, uno más exterior y otro más interior, y que hablamos sobre la base de nuestro pensamiento más exterior y sentimos de forma distinta sobre la base de nuestro pensamiento más interior. Además estos dos procesos de pensamiento han sido separados para impedir que el interior fluya al exterior y se haga de alguna manera visible.

Hemos sido así creados para que nuestro pensamiento interior pueda actuar al unísono con el exterior por medio de la correspondencia; actúan como uno solo cuando estamos en el bien, pues entonces pensamos y hablamos sólo lo que es bueno. Pero si estamos en el mal, el pensamiento interior no actúa al unísono con el pensamiento exterior, puesto que pensamos algo malo y decimos algo bueno. Esto significa que el modelo se invierte, puesto que el bien está para nosotros en el exterior y el mal en el interior. Como consecuencia, el mal controla el bien y lo reprime como a un esclavo del que se sirve como medio para conseguir sus propios fines, las metas de su amor. Puesto que este tipo de propósito está latente en el bien que decimos y hacemos, vemos entonces que el bien no es realmente bueno, sino que está infectado por el mal, por más bueno que pueda parecer en la forma externa a las personas que no saben de los asuntos internos. [3] Es diferente para quienes están en el bien. Para ellos, el modelo no está invertido; el bien fluye desde su pensamiento profundo a su pensamiento más exterior y por lo tanto a sus palabras y acciones. Éste es el orden en el que fuimos creados. De esta manera, nuestros aspectos profundos están en el cielo y en su luz, y puesto que la luz del cielo es la verdad divina que emana del Señor y es en realidad el Señor en el cielo (véase §§ 126-140), el Señor nos guía.

Menciono esto para mostrar que cada uno de nosotros tiene un pensamiento más interior y un pensamiento más exterior, y que ambos se pueden distinguir. Cuando digo «pensamiento» quiero decir también voluntad, puesto que el pensamiento procede de la voluntad. En realidad, nadie puede pensar al margen de la voluntad.

Todo esto deja clara la diferencia entre el estado que concierne al interior y el que concierne al exterior.

500. Cuando hablo de voluntad y pensamiento, «voluntad» significa sentimiento y amor, así como todo el deleite y placer que se deriva del sentimiento y el amor, puesto que éstos remiten a la voluntad como su base. Todo lo que queremos hacer, lo amamos y lo sentimos delicioso y agradable; y, a su vez, todo lo que amamos y sentimos agradable y delicioso queremos hacerlo. Sin embargo, el pensamiento implica también todo lo que utilizamos para apoyar nuestro sentimiento o amor, pues el pensamiento no es nada sino la forma de nuestra voluntad o el medio por el cual lo que deseamos aparece a la luz, y esta forma está construida por diversos análisis racionales que tienen su fuente en el mundo espiritual y son funciones integrales de nuestro espíritu.

501. Debemos saber que nuestra cualidad básica está enteramente determinada por la cualidad de nuestra naturaleza interna, no por lo que parecemos exteriormente al margen de la naturaleza interior. Nuestro aspecto interno es nuestro espíritu, y puesto que es desde el espíritu desde donde vive el cuerpo, nuestra vida es la vida de nuestro espíritu. Por consiguiente, según somos en nuestra naturaleza interior, así somos en la eternidad. Puesto que nuestra naturaleza exterior pertenece al cuerpo, se separa después de la muerte, y algunos de sus elementos que se agarran a espíritu se adormecen, sirviendo solamente como un plano[268] para las cosas más interiores, según expliqué anteriormente al describir la memoria que conservamos después de la muerte[269].

Vemos así lo que realmente nos pertenece y lo que no. Por lo que respecta a la gente perversa, los contenidos del pensamiento exterior que originan sus palabras y de la voluntad exterior que originan sus acciones no les pertenecen realmente. Lo que les pertenece son los contenidos de su pensamiento y de su voluntad interior.

502. Una vez se ha completado el primer estado –el estado de las cosas más externas descrito en el capítulo precedente– somos introducidos como espíritus en el estado de las cosas más internas, o en el estado de la voluntad interior y el consiguiente pensamiento, en que estábamos cuando fuimos abandonados a nosotros mismos en este mundo y nuestro pensamiento estaba libre y sin freno. Entramos en ese estado sin comprenderlo mucho, como sucede en el mundo cuando llevamos el pensamiento más próximo a nuestras palabras, el origen inmediato de nuestras palabras hacia nuestro pensamiento interior que está detrás y se deja allí por un rato. Cuando somos espíritus estamos en ese estado, somos nosotros mis-

mos y vivimos nuestra vida real, puesto que pensar libremente desde nuestro sentimiento es nuestra misma vida y nuestro yo.

503. Los espíritus que están en ese estado piensan desde su propia voluntad y por lo tanto desde su sentimiento o amor; y entonces su pensamiento forma una unidad con su voluntad, voluntad que apenas parece pensar, sino solamente desear. Ocurre casi lo mismo cuando hablan, salvo si hay algún miedo de que los pensamientos de su voluntad puedan aparecer al desnudo, puesto que su vida civil en el mundo había sembrado este miedo en su voluntad.

504. Todos, sin excepción, somos introducidos en ese estado después de la muerte porque es el apropiado a nuestros espíritus. El estado anterior era característico de nuestro espíritu cuando estaba en la vida pública, pero ése no es su verdadero estado. En cuanto al estado de las cosas externas con que nos encontramos inmediatamente después de la muerte (según se describió en los capítulos anteriores), hay muchas razones para concluir que no es el apropiado a nuestros espíritus. Por ejemplo, los espíritus no sólo piensan, sino que también hablan desde su sentimiento, puesto que es la fuente de su lenguaje, como está implícito en lo que se dijo en el capítulo dedicado al lenguaje de los ángeles (§§ 234-245). Pensábamos de la misma forma en el mundo cuando estábamos vueltos hacia dentro, porque en esas ocasiones no pensábamos sobre la base de nuestro lenguaje físico sino que simplemente contemplábamos, y podíamos pensar más cosas en un minuto de las que podríamos decir en media hora. Vemos también que ese estado de preocupaciones relativamente exteriores no es el apropiado a nosotros ni a nuestro espíritu, pues, cuando estábamos en la vida pública en el mundo, hablábamos de acuerdo con las leyes civiles y morales de la vida. Entonces nuestro pensamiento profundo controlaba nuestro pensamiento exterior como una persona controla a otra, para ver que no atraviese los límites de la conveniencia y la decencia. Se evidencia también por el hecho de que cuando pensamos en privado, pensamos lo que queremos decir y hacer para agradar a la gente, ganar amigos, asegurarnos la buena predisposición y la gratitud de los demás, a veces por medios tortuosos, esto es, de manera diferente que si actuáramos desde nuestra voluntad real.

Deducimos de todo esto que el estado de las cosas más interiores a que los espíritus son conducidos es su estado propio, lo que significa que era también el estado propio de los individuos cuando vivían en el mundo.

505. Cuando el espíritu está en ese estado más profundo, se hace evidente el tipo de persona que era realmente en el mundo, pues se comporta realmente de acuerdo con su naturaleza. Quienes en el mundo estaban dedicados interiormente al bien se conducen entonces sensata y sabiamente, más sabiamente que cuando vivían en el mundo, en realidad, porque han sido liberados de cualquier relación con el cuerpo y por lo tanto con las cosas terrenales que oscurecen y cubren con una especie de nube.

En cambio, quienes en el mundo estaban centrados en el mal se conducen de forma insensata y alocada, más aún que cuando estaban en el mundo, en realidad, porque son libres y ya no están constreñidos. Mientras vivían en el mundo eran exteriormente sensatos, pues imitaban a las personas racionales, pero cuando se quitan la envoltura exterior se descubre su locura interior.

Una persona perversa que pretende exteriormente ser buena puede compararse con una vasija cerrada, limpia y brillante, con todo tipo de porquería en su interior; como decía el Señor: «Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muerto y de toda inmundicia» (Mateo 23, 27).

506. Todas las personas que han vivido en el mundo centradas en el bien y han actuado de acuerdo con su conciencia –esto es, las personas que han reconocido al Ser Divino y han amado las verdades divinas, y especialmente aquellos que las han aplicado a su vida– parecen haberse despertado de un sueño cuando son introducidos en el estado interior, como las personas que pasan de la oscuridad a la luz. Piensan realmente desde la luz del cielo y por tanto desde la sabiduría profunda; y actúan desde el bien y, por tanto, desde el sentimiento más profundo. El cielo fluye a sus pensamientos y sentimientos con una profunda sensación de dicha y deleite que nunca antes habían conocido. Esto se debe a que están en contacto con los ángeles del cielo. Entonces reconocen al Señor y le adoran con su misma vida, pues están empeñados en su vida cuando están en este estado más interior (como se acaba de señalar en el § 505). Le reconocen y adoran también en libertad, puesto que la libertad pertenece a nuestro sentimiento más profundo. De esta manera, se apartan de la santidad exterior y entran en la santidad interior que es la esencia del culto verdadero. Éste es el estado de quienes han vivido una vida cristiana de acuerdo con los preceptos de la Palabra.

[2] Completamente opuesto, sin embargo, es el estado de las personas que llevaron en el mundo una vida centrada en el mal, que no tenían ninguna conciencia y negaron por consiguiente al Ser Divino; pues todas las personas que viven en el mal niegan al Ser Divino interiormente, por muy convencidos que puedan estar exteriormente de que no lo niegan, sino de que lo reconocen. Reconocer al Ser Divino y vivir en el mal son cosas opuestas. Cuando entran en el estado más profundo en la otra vida, parecen locos a quienes les oyen hablar o les ven actuar, porque sus impulsos perversos los empujan a todo tipo de acciones malvadas, de desprecio hacia los otros, de mofa y blasfemia, de odio y de venganza. Urden intrigas, algunas con tal ingenio y perversión que apenas se puede creer que algo así pueda existir en un ser humano. Son entonces libres para actuar según los pensamientos de sus deseos pues están libres de las cosas más exteriores que les constreñían en el mundo. En resumen, pierden su racionalidad porque en el mundo su razón no habitaba en su naturaleza profunda sino en la exterior. No obstante, se creen más sabios que cualquiera.

[3] Una vez que éstos se encuentran en el segundo estado, son devueltos al estado más exterior durante breves períodos de tiempo. Conservan entonces el recuerdo de cómo se conducían cuando estaban en el estado más interior. Algunos se sienten desconcertados y admiten que estaban locos. Otros no se alteran en absoluto. Algunos se ofenden por el hecho de que no se les permita estar todo el tiempo en el estado más exterior, pero se les muestra cómo serían si estuvieran constantemente en ese estado. Estarían todo el tiempo intentando hacer las mismas cosas furtivamente, engañando a las personas de fe y corazón simple con simulacros de bondad, honradez y justicia. Se destruirían completamente a sí mismos porque finalmente su naturaleza externa ardería con el mismo fuego que su naturaleza interna, y esto consumiría toda su vida.

507. Cuando los espíritus están en este segundo estado aparecen realmente como eran interiormente en el mundo. Las cosas que habían hecho y dicho en secreto se hacen públicas, porque ahora, como las cosas externas ya no los limitan, dicen lo mismo abiertamente; y siguen tratando de hacer las mismas cosas sin el miedo por su reputación que tenían en el mundo. Por otra parte, son entonces conducidos a muchos estados de sus males, de manera que se muestren a ángeles y espíritus como quienes realmente son. Así es como las cosas escondidas se revelan y las cosas ocul-

tas se descubren según las palabras del Señor: «Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas» (Lucas 12, 2-3); y también: «Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del Juicio» (Mateo 12, 36).

508. No hay manera de describir brevemente cómo son las personas en este estado porque su locura depende de sus impulsos, y éstos varían. Por eso me gustaría mencionar algunos casos particulares que permitirán sacar conclusiones sobre los demás.

Algunas personas se han amado a sí mismas sobre todas las cosas. Se han centrado en su propio prestigio, en sus deberes y situación social, y han hecho cosas constructivas no por sí mismas o por encontrar deleite en ellas, sino por su reputación, para quedar por encima de los demás, complaciéndose en su reputación y en su preeminencia. Cuando llegan al segundo estado son completamente estúpidos, porque cuanto más se aman a sí mismos más se distancian del cielo, y cuanto más se distancian del cielo más se alejan de la sabiduría.

[2] Hay personas atrapadas en el egoísmo y el engaño al mismo tiempo, personas que han empleado medios ilegítimos para elevarse a posiciones de prestigio. Traban amistad con las personas peores y estudian las artes mágicas, que son un abuso del orden divino, utilizándolas para acosar a quien no se somete a ellos. Maquinan conspiraciones, aman el odio, alientan la venganza y quieren acabar con todo el que no se somete a ellos. Se hunden en todas estas conductas en la medida que la horda perversa los apoya. Finalmente, especulan sobre la forma de subir al cielo para destruirlo, o sobre cómo podrían ser allí adorados como dioses. Su locura siempre los lleva a esto.

[3] Los papistas que son así son más locos que otros[270]. Acarician el pensamiento de que cielo e infierno están bajo su poder y que pueden perdonar los pecados a voluntad. Pretenden todo lo divino para sí y se dan a sí mismos el nombre de Cristo. Su creencia de que esto es verdadero es tan fuerte que cuando surge en sus mentes perturbadas los lleva a la oscuridad hasta el extremo de sentir dolor. Son más o menos iguales en los dos estados, aunque en el segundo carecen de racionalidad. Se encontrará información particular sobre sus formas de locura y su suerte después de este estado en la obra *El Juicio Final*[271].

[4] Hay personas que han atribuido la creación a la naturaleza y, por consiguiente, han negado en el fondo al Ser Divino, aunque no en voz alta, negando así todo sobre la Iglesia y el cielo. Se reúnen con sus iguales en este estado y llaman «Dios» a los que son particularmente astutos, honrando incluso a esos individuos con culto divino. He visto a personas como éstas en una reunión adorando a un mago, discutiendo sobre la naturaleza y comportándose como idiotas, como si fueran animales en forma humana. Algunos de ellos fueron designados para puestos elevados en el mundo y otros habían sido considerados doctos y sabios. Los detalles pueden variar.

[5] Se puede deducir de estos casos cómo son las personas cuyos niveles mentales más profundos están cerrados en la dirección del cielo. Esto es lo que le sucede a quien no acepta ningún influjo del cielo a través del reconocimiento del Ser Divino y de una vida de fe viva. Cada uno puede juzgar por sí mismo cómo sería si ésa fuera su naturaleza, si se le permitiera comportarse sin ningún miedo a la ley o sin temor por su vida, y sin ninguna coacción externa, es decir, sin peligro para su reputación, su posición social, su beneficio económico o los placeres consiguientes.

[6] Sin embargo, el Señor controla su locura para que no supere los límites de la utilidad, pues existe alguna utilidad para cada individuo. Los buenos espíritus ven en ella qué es el mal y cuál es su naturaleza, y cómo son las personas que no son guiadas por Dios. Los individuos abiertamente perversos también sirven para reunir a las personas de maldad similar y separarlas de la gente buena, para separar los elementos buenos y verdaderos que los inicuos exteriormente mostraban y fingían, y devolverlos a los males de su vida y a las falsedades de su maldad, preparándolos así para el infierno. [7] Pues no entran en el infierno hasta que están inmersos en su maldad y en las falsedades que se derivan de ella, ya que a nadie se permite tener una mente dividida, pensar y decir una cosa y desear otra. Allí, toda persona perversa piensa lo que es falso a causa del mal y habla desde esa falsedad del mal, procediendo ambos aspectos de su voluntad y por lo tanto de su amor, placer y gratificación. Así es como se comportaban en el mundo cuando pensaban en su espíritu, esto es, cuando pensaban en su interior, desde su sentimiento más profundo. Esto se debe a que la voluntad es la persona esencial, y no existe pensamiento salvo el que deriva de ella; y la voluntad es la naturaleza o característica

esencial del ser humano. Por eso, ser remitido a nuestra verdadera voluntad es ser remitido a nuestra propia naturaleza o condición y también a nuestra verdadera vida, puesto que es a través de la vida como adquirimos nuestra naturaleza. Después de la muerte, conservamos la naturaleza que habíamos adquirido en nuestra vida en el mundo, que para las personas perversas ya no puede ser modificada para mejor por la vía del pensamiento o la comprensión de la verdad.

509. Puesto que los malos espíritus se hunden en todo tipo de males cuando están en este segundo estado, es normal que sean castigados a menudo y con severidad. Existen muchos tipos de castigos en el mundo de los espíritus, y no hay ningún respeto por el rango, por si alguien ha sido rey o servidor en el mundo. Cada mal lleva consigo su propio castigo. Ambos van unidos y quienquiera que esté envuelto en el mal está envuelto también en el castigo del mal. Sin embargo, nadie sufre ningún castigo por las cosas hechas en el mundo, sino sólo por las malas acciones que entonces hace. Aunque viene a ser lo mismo, y no hay diferencia en decir que sufrimos castigo por nuestras malas acciones en el mundo o que sufrimos castigo por nuestras malas acciones en la otra vida, pues después de la muerte volvemos a nuestra vida, lo que significa que estamos envueltos en el mismo tipo de mal. Esto se debe a que nuestra naturaleza está determinada por el tipo de vida física que llevamos (§§ 470-484).

La razón de que sean castigados es que el miedo al castigo es el único medio de subyugar sus males en ese estado. El estímulo ya no sirve, ni la enseñanza, ni el miedo a la ley o el miedo por su reputación, pues actúan desde su naturaleza, que no puede ser obligada ni quebrantada por nada sino por el castigo.

Los buenos espíritus nunca son castigados, aunque hayan hecho cosas malas en el mundo. Esto se debe a que sus males no vuelven. Se me ha concedido un conocimiento de que sus males son de una clase o naturaleza diferente. No derivan de ninguna resistencia deliberada a la verdad y no proceden de ninguna maldad de corazón salvo la adquirida por herencia de los padres, a la que fueron llevados por el placer ciego cuando estaban envueltos en las cosas externas separadas de las internas.

510. Cada individuo llega a la comunidad en la que estaba su espíritu en el mundo. Cada uno, en cuanto espíritu, está realmente unido a alguna comunidad, sea celestial o infernal: los réprobos a las comunidades infernales y los justos a las comunidades celestiales. (En cuanto a que somos

llevados a nuestras comunidades después de la muerte, véase § 438.) El espíritu es llevado gradualmente hasta allí, y finalmente entra en ella. Cuando un espíritu perverso está en el estado más profundo, es dirigido gradualmente hacia su propia comunidad y finalmente colocado directamente ante ella, antes de que ese estado sea completado. Cuando el estado es completado, entonces el mismo espíritu perverso se hunde en un infierno en el que hay otros semejantes a él. Para la vista, ese acto es como si alguien cayera hacia atrás de cabeza. La causa de que así parezca es que esos espíritus están en un orden invertido. Han amado las cosas infernales y despreciado las celestiales. Durante este segundo estado, algunos espíritus perversos entran y salen de varios infiernos; pero no parecen entonces ir de cabeza como les ocurre a quienes están completamente perdidos.

La comunidad real en que sus espíritus estaban en el mundo se les muestra también mientras están en el estado de las cosas exteriores, para que sepan a partir de ahí que estaban en el infierno durante su vida física; sin embargo no se encuentran en el mismo estado que los que están en el infierno. Su estado es semejante, más bien, al de los que están en el mundo de los espíritus. Explicaré más tarde cómo es este estado comparado con el de aquellos que están en el infierno[271].

511. La separación de los espíritus perversos de los buenos se produce en el segundo estado, puesto que en el primero estaban todos juntos. La razón es que mientras los espíritus están centrados en sus preocupaciones externas la situación es la misma que cuando estaban en el mundo, los malos con los buenos y los buenos con los malos. Es diferente cuando han sido introducidos en su naturaleza interna y dejados a su propia naturaleza o voluntad.

La separación de los espíritus buenos y malos se realiza por medios diversos. Con frecuencia, llevándolos por las comunidades con que han estado en contacto por medio de sus buenos pensamientos y sentimientos durante el primer estado. Esto los lleva a comunidades a las que habían engañado por la apariencia exterior, haciendo creer que no eran malos. A menudo se les hace pasar a través de un gran arco, y su condición intrínseca aparece con toda claridad ante los buenos espíritus, que se alejan en cuanto los ven; al mismo tiempo también se alejan los espíritus perversos, dirigiéndose a la comunidad infernal que es su destino. Me abstengo de mencionar otros modos de separación, pero son numerosos.

Nuestro tercer estado después de la muerte, que es un estado de instrucción para los que entran en el cielo

512. Nuestro tercer estado después de la muerte, o tercer estado de nuestros espíritus, es un estado de instrucción. Este estado es para quienes entran en el cielo y se convierten en ángeles, pero no para quienes entran en el infierno, porque estos últimos no pueden ser enseñados. En consecuencia, su segundo estado es también el tercero, y termina cuando se vuelven directamente hacia su amor y por tanto hacia la comunidad infernal empeñada en un amor como el suyo. Una vez sucede esto, su voluntad y su pensamiento fluyen desde ese amor; y puesto que es un amor infernal, desean solamente lo que es malo y piensan únicamente lo que es falso. Éstos son sus placeres porque son el objeto de su amor, y se acompaña de su rechazo de todo lo que, siendo bueno y verdadero, sólo había servido a su amor como medio.

[2] Sin embargo, las personas buenas son llevadas del segundo estado al tercero, que es un estado de preparación para el cielo mediante la instrucción. En realidad, nadie puede ser preparado para el cielo sino mediante el conocimiento directo del bien y la verdad, y por lo tanto sólo por la enseñanza. Sin enseñanza, nadie puede conocer qué son el bien y la verdad espirituales y qué, el mal y la falsedad que se oponen a ellos. En este mundo podemos conocer qué son la verdad y el bien moral y civil, lo que se denomina justo y honrado, porque hay leyes civiles que enseñan lo que es justo, y también situaciones sociales en las que aprendemos a vivir por medio de leyes morales que establecen lo que es honrado y equitativo. Sin embargo, el bien y la verdad espirituales no se aprenden del mundo, sino del cielo. De hecho podemos conocerlos desde la Palabra y desde la doctrina de la Iglesia procedente de la Palabra, pero esto no fluye aún a nuestra vida a menos que estemos en el cielo en cuanto a los niveles más profundos de nuestra mente. Estamos en el cielo cuando reconocemos al Ser Divino y al mismo tiempo actuamos justa y honradamente, reconociendo lo que debemos hacer porque se nos manda en la Palabra. De esta manera vivimos justa y honradamente por lo Divino mismo y no por nosotros y el mundo como objetivos primeros. [3] Sin embargo, nadie puede comportarse así sin que antes se le hayan enseñado cosas como que Dios existe, que existen el cielo y el infierno, que existe una vida después de la muerte, que Dios debe ser amado so-

bre todas las cosas y nuestro prójimo como nosotros mismos, y que debemos creer lo que dice la Palabra porque la Palabra es divina. Sin reconocer y admitir estos principios, no podemos pensar de manera espiritual, y sin pensamiento sobre esos asuntos no podemos quererlos; pues no podemos pensar en lo que no conocemos, y no podemos querer lo que no pensamos. Sin embargo, cuando hacemos esas cosas, el cielo fluye, es decir, el Señor fluye en nuestra vida a través del cielo, pues fluye en la voluntad y a través de ella en el pensamiento, y a través de ambos en la vida, puesto que están en el lugar de donde procede nuestra vida. Vemos así que el bien y la verdad espirituales no se aprenden del mundo, sino del cielo, y que nadie puede prepararse para el cielo salvo mediante la instrucción.

[4] Entonces, en la medida en que el Señor fluye en nuestra vida, nos enseña, puesto que en esa misma medida enciende nuestra voluntad con un amor a la instrucción de lo que es verdadero e ilumina nuestro pensamiento para que conozcamos lo que es verdadero. En la medida en que esto se produce, se abre nuestra dimensión más profunda y el cielo es implantado en ella. Además, lo que es divino y celestial fluye en esa misma medida en las acciones honradas de nuestra vida moral y en las acciones justas de nuestra vida civil, haciéndolas espirituales, puesto que entonces las hacemos desde lo Divino, ya que las hacemos por lo Divino. Las acciones justas y honradas de nuestra vida civil y moral que realizamos desde esta fuente son efectos reales de la vida espiritual; y un efecto deriva todo su ser de su causa eficiente[272], porque la cualidad de la causa determina la cualidad del efecto.

513. La enseñanza es realizada por ángeles de distintas comunidades, principalmente de las regiones norte y sur, porque estas comunidades angélicas están centradas en la inteligencia y la sabiduría basadas en un conocimiento directo del bien y la verdad. Los lugares donde se imparte la enseñanza están en el norte, y existen varios, diferenciados y dispuestos según los géneros y especies de las virtudes celestiales, de manera que cada uno pueda ser enseñado de la manera adecuada a su carácter y receptividad. Estos lugares se extienden por un área amplia.

Los buenos espíritus que deben ser enseñados son llevados allí por el Señor después de que se ha cumplido su tiempo en el mundo de los espíritus. Esto no se aplica a todo el mundo, puesto que las personas que han sido enseñadas en el mundo ya han sido preparadas para el cielo por

el Señor y son llevadas hasta él por un camino diferente. Para algunos, esto se produce inmediatamente después de la muerte. Para otros, tras una breve estancia con los buenos espíritus para la eliminación de los elementos más bastos de sus pensamientos y sentimientos (adquiridos por las preocupaciones en cuanto al rango y la riqueza en el mundo), y su consiguiente purificación. Algunas personas son primero quebrantadas, lo que sucede en un lugar llamado «la tierra inferior», situado bajo los pies, donde sufren un tratamiento violento. Son personas convencidas de principios falsos, pero que sin embargo han vivido en el bien. Las convicciones falsas se aferran con fuerza, y hasta que son disipadas no pueden verse las verdades y por lo tanto no pueden ser aceptadas. De estas experiencias violentas y de las diferentes maneras en que se producen se trata en *Los arcanos celestiales* y algunas referencias a ese trabajo se añaden en nota[a].

[a] En la otra vida se producen experiencias violentas, es decir, algunas personas que llegan desde el mundo son violentadas allí: 698, 7122, 7474, 9763. Las personas rectas son violentadas en cuanto a los elementos falsos y las personas perversas en cuanto a los verdaderos: 7474, 7541, 7542. Las personas rectas pasan por las experiencias violentas para que puedan deshacerse de las preocupaciones terrenas y mundanas que adquirieron mientras vivían en el mundo: 7186, 9763; y para que las cosas malas y falsas puedan ser eliminadas dejando lugar al influjo del bien y la verdad del cielo del Señor, y dándoles capacidad para aceptarlas: 7122, 9331 *[9330]*. No podemos ser elevados al cielo antes de que cosas como ésas sean eliminadas porque se cruzan en el camino y no están de acuerdo con los valores celestiales: 6928, 7122, 7136 *[7186]*, 7541, 7542, 9763. Así es cómo se prepara a la personas que deben ser elevadas al cielo: 4728, 7090. Es peligroso para las personas entra en el cielo antes de haber sido preparadas: 537, 538. Sobre el estado de iluminación y l alegría de quienes están saliendo de la experiencia violenta y se elevan al cielo, y sobr cómo son aceptados allí: 2699, 2701, 2704. El lugar donde tienen lugar las experiencia violentas se denomina «la tierra inferior»: 4728, 7090. Una descripción de este lugar situado bajo los pies, rodeado por los infiernos: 4940-4951, 7090; desde la experiencia: 699. Lo infiernos concretos que atacan y violentan más que los otros: 7317, 7502, 7545. Quiene atacan y violentan a las almas rectas después las temen, huyen de ellas y las evitan: 7768 Estos ataques y experiencias violentas adoptan formas diferentes según la obstinación d los elementos perversos y falsos y la manera y el modo en que persisten: 1106-1113 Algunos sufren experiencias violentas voluntariamente: 1107. Algunos son violentado por los miedos: 4942; otros, al ser asaltados por las cosas malas que habían hecho en e

514. Quienes están en estos lugares de instrucción viven en lugares diferentes. Como individuos, están interiormente en contacto con las comunidades del cielo hacia las que se dirigen: así como las comunidades del cielo están dispuestas en forma celestial (véase *supra*, §§ 200-212), así también lo están los lugares donde se imparte la enseñanza. En consecuencia, cuando se mira a esos lugares desde el cielo, parecen un cielo a escala reducida. En longitud, se extienden de este a oeste, y en anchura, de sur a norte; pero la anchura parece ser menor que la longitud.

La disposición general es como sigue. Delante están las personas que murieron en la infancia y son educadas en el cielo hasta la edad de la primera adolescencia. Después de haber pasado su infancia con educadoras, son llevados a ese lugar por el Señor y allí son instruidos.

Detrás están los lugares donde se enseña a las personas que murieron de adultos y que en el mundo fueron atraídos por la verdad debido a la bondad de su vida.

Detrás de éstos están las personas que fueron devotas del Islam y habían llevado una vida recta en el mundo, que habían reconocido a un único Dios y reconocieron al Señor como el profeta esencial. Cuando abandonan a Muhammad porque no puede hacer nada por ellos, se vuelven hacia el Señor y le adoran, reconociendo su naturaleza divina; y entonces reciben instrucción en la religión cristiana.

Tras éstos, y más hacia el norte, están los lugares para la instrucción de diversos pueblos no cristianos que vivieron en el mundo rectamente de acuerdo con su religión, adquirieron una especie de conciencia y se comportaron de manera justa y honrada no por las leyes de su nación, sino por las leyes de su religión, creyendo que esas leyes son santas y no deben violarse mediante ningún tipo de acciones. Todos ellos reconocen gustosamente al Señor cuando han sido enseñados, porque en el fondo han mantenido que Dios no es invisible sino visible en forma humana. El nú-

mundo y las cosas falsas que habían pensado en el mundo, lo que da lugar a inquietud y remordimientos de conciencia: 1106. Algunos son violentados por el encarcelamiento espiritual, que es ignorancia y privación de la verdad unida al anhelo de conocer lo que es verdadero: 1109, 2694; algunos por sueños [*somnium*; la primera edición dice *somnum*, «dormir»]; otros, por un estado a medio camino entre el despertar y el sueño, con descripción: 1108. Quienes han reivindicado alguna atribución por sus actos parecen un bosque talado: 1110. Y así sucesivamente, con gran variedad: 699.

mero de éstos excede al de los demás, y los mejores de entre ellos pertenecen a África.

515. No todos son enseñados de la misma manera ni por las mismas comunidades del cielo. Los que han sido elevados al cielo desde la infancia son enseñados por los ángeles de los cielos interiores porque no han absorbido falsas ideas procedentes de las distorsiones de la religión ni mancharon su vida espiritual con impurezas debidas a la posición social y la riqueza en el mundo.

La mayoría de los que han muerto de adultos son enseñados por ángeles del cielo exterior, porque estos ángeles están mejor adaptados a ellos que los de los cielos más interiores. Estos últimos están centrados en una sabiduría profunda que el difunto todavía no puede aceptar.

Sin embargo, los musulmanes son enseñados por ángeles que se adhirieron hace tiempo a esa religión pero se volvieron luego hacia el cristianismo. Otros paganos también son enseñados por sus propios ángeles.

516. Toda la enseñanza procede de la doctrina extraída de la Palabra y no de la Palabra separada de la doctrina. Los cristianos son enseñados sobre la base de una doctrina celestial que está en total armonía con el significado interior de la Palabra. Los otros, como los musulmanes y los paganos, son enseñados sobre la base de doctrinas adecuadas a su comprensión. Éstas difieren de la doctrina celestial solamente en que la vida espiritual se enseña a través de una vida moral de acuerdo con los principios buenos de su religión, que constituían la base de su vida en el mundo.

517. La enseñanza en los cielos difiere de la enseñanza en la tierra en que allí las cogniciones no son confiadas a la memoria, sino a la vida puesto que la memoria de los espíritus está en su vida. Aceptan y absorben realmente todo lo que está de acuerdo con su vida, y no aceptan, y mucho menos absorben, lo que no lo está. Esto se debe a que los espíritus son sentimientos, y por lo tanto tienen una forma humana que se asemeja a sus sentimientos.

[2] Puesto que ésta es su naturaleza, alientan continuamente el deseo de conocer la verdad por una vida constructiva. El Señor vela para que amemos las actividades constructivas que convienen a nuestra disposición. Este amor se intensifica por nuestra esperanza de convertirnos en ángeles. Además, puesto que todas las actividades del cielo se centran en una utilidad común, que es el bien del reino del Señor (que ahora es nuestro

país), y puesto que cumplimos nuestras funciones individuales distintivas en la medida en que se centran directa e íntimamente en esa utilidad común, todas las innumerables funciones distintivas e individuales son buenas y celestiales. Esto significa que el sentimiento de lo que es verdadero está unido en cada uno al sentimiento de la utilidad, hasta el punto de que actúan como uno solo. De esta manera se siembra la verdadera comprensión de la utilidad, de manera que las verdades que aprendemos son percepciones verdaderas de lo que es útil. Así es como los espíritus angélicos son enseñados y preparados para el cielo.

[3] Hay diversas formas en las que se transmite el sentimiento por la verdad adecuado a la utilidad, muchas de ellas desconocidas en el mundo, principalmente por las descripciones de actividades útiles. Éstas pueden ser presentadas en mil formas distintas en el mundo espiritual, con esa gracia y encanto que impregna los espíritus desde los niveles más profundos de su mente hasta los más externos de su cuerpo, y que afecta por tanto a toda la persona. Como consecuencia, los espíritus se convierten virtualmente en sus vidas constructivas; por eso, cuando llegan a las comunidades que para ellos ha preparado su instrucción, están en su propia vida cuando están comprometidos en sus actividades útiles[b].

Podemos deducir de aquí que las cogniciones, que son una forma exterior de la verdad, no llevan a nadie al cielo. Más bien, lo que nos lleva es la vida útil concedida por medio de las cogniciones.

518. Había algunos espíritus que mientras estuvieron en el mundo habían pensado a su manera con la convicción de que entrarían en el cielo y serían aceptados antes que nadie porque estaban bien educados y sabían mucho sobre la Palabra y la doctrina de las iglesias. Se creían sabios y pen-

[b] Todo bien tiene su deleite por las actividades constructivas y de acuerdo con ellas; ésta es también la fuente de su cualidad, por eso la naturaleza de la actividad determina la del bien: 3049, 4984, 7038. La vida angélica consiste en las virtudes del amor y la caridad, y por lo tanto en acciones constructivas: 453 *[454]*. Para el Señor, y por tanto para los ángeles, nada importa en los seres humanos más que los objetivos que son actividades útiles: 1317, 1645, 5844 *[5854]*. El reino del Señor es un reino de actividades útiles: 453 *[454]*, 996, 1103, 3645, 4054, 7038. Servir al Señor es vivir de manera constructiva: 7038. Nuestra condición está determinada por sus utilidades: 1568, 3570, 4054, 6571, 6934 *[6935]*, 6938, 10284.

saban que eran aquellos a los que se refiere la profecía de Daniel 12, 3 que dice: «Resplandecerán como el resplandor del firmamento y como las estrellas»[273]. Fueron examinados para ver si sus conocimientos estaban en su memoria o en su vida. Quienes tenían un sentimiento real por la verdad –esto es, por los actos constructivos independientemente de motivos meramente físicos y mundanos, es decir, por actos que fueran esencialmente espirituales–, una vez instruidos, eran aceptados en el cielo. Se les concedía entonces conocimiento de lo que brilla en el cielo. Lo que brilla es la verdad divina (que es la luz del cielo) en la vida constructiva, que es el plano que recibe esa luz y la transforma en diversos tipos de resplandor.

En otros, sin embargo, la erudición estaba contenida sólo en su memoria. Habían adquirido así una capacidad de razonar sobre las verdades y de demostrar las que aceptaban como fundamentales, ideas que parecían verdaderas cuando se las demostraba, aunque fueran falsas. Estas personas no estaban en la luz del cielo, sino que estaban envueltos en una fe basada en el orgullo que caracteriza a tantos otros de inteligencia semejante, orgullo de ser especialmente eruditos y, por lo tanto, de estar destinados al cielo, donde les recibirán los ángeles. Debido a todo esto, para liberarles de su vanidosa fe, fueron llevados al primer cielo o cielo exterior para ser admitidos en una comunidad angélica particular. En cuanto entraron, su vista comenzó a oscurecerse por el influjo de la luz del cielo. Entonces sus intelectos se confundieron, y finalmente tenían que esforzarse por respirar como si estuvieran agonizando. No sólo eso, sino que cuando sintieron el calor del cielo, que es el amor celestial, empezaron a experimentar una agonía profunda. Entonces fueron expulsados y aprendieron que el conocimiento no hace al ángel, sino sólo la vida real que se alcanza mediante el conocimiento. Esto se debe a que en sí mismo y por sí mismo, el conocimiento está fuera del cielo; pero la vida ganada a través del conocimiento está en el cielo.

519. Después de que los espíritus han sido preparados para el cielo en estos lugares de aprendizaje (lo que no se prolonga por mucho tiempo porque están rodeados de conceptos espirituales que comprenden enseguida en gran cantidad), se les viste con vestiduras angélicas, habitualmente de lino blanco, se les lleva a un camino que conduce al cielo y allí se les entrega a unos ángeles guardianes. Luego son aceptados por los otros ángeles y puestos en contacto con sus comunidades con numerosas bendiciones. Entonces el Señor lleva a cada ángel a su comunidad. Este

se produce de diversas maneras, a veces con ciertos rodeos. Ningún ángel conoce los caminos por los que pasan, sólo el Señor. Cuando llegan a sus comunidades, se abre su naturaleza interna, y puesto que está en armonía con la naturaleza interna de los ángeles que son miembros de esa comunidad, son reconocidos inmediatamente y aceptados con alegría.

520. Me gustaría añadir algo notable sobre los caminos que desde esos lugares llevan al cielo, caminos por los que son admitidos los ángeles recién llegados. Existen ocho, dos por cada lugar de enseñanza. Uno lleva hacia el este y otro hacia el oeste. Quienes entran en el reino celestial del Señor son admitidos por el camino oriental, mientras que quienes entran en el reino espiritual del Señor son admitidos por el camino occidental.

Los cuatro senderos que conducen al reino celestial del Señor están adornados con olivos y diversos árboles frutales, mientras que los que conducen al reino espiritual del Señor están adornados con vides y laurel. Esto se debe a la correspondencia, puesto que las vides y el laurel corresponden a un sentimiento por la verdad y sus utilidades, mientras que el olivo y los árboles frutales corresponden a un sentimiento por el bien y sus utilidades.

Nadie entra en el cielo sólo por misericordia

521. Quienes no han sido instruidos sobre el cielo, el camino al cielo y la vida del cielo para las personas de la tierra, piensan que la aceptación en el cielo se debe a la pura misericordia extendida a las personas de fe, por las que el Señor intercede, de manera que la admisión depende solamente de la gracia[274]. Por consiguiente, creen que cualquiera puede ser salvado si el Señor lo quiere y algunos creen incluso que esto incluye a los que están en el infierno.

Pero quienes así piensan no saben nada de los seres humanos, no saben que nuestra cualidad depende de nuestra vida y nuestra vida depende de nuestro amor. Esto se aplica no solamente a los niveles profundos de la voluntad y el entendimiento, sino incluso a los aspectos externos de nuestro cuerpo, y la forma física no es otra cosa que una forma exterior en la que nuestra naturaleza profunda se manifiesta en la práctica. Esto significa que nuestro amor es nuestra persona en su conjunto (véase *supra*, § 363). No comprenden que el cuerpo no vive por sí mismo, sino por su espíritu, y que nuestro espíritu es nuestro sentimiento real, no siendo nuestro cuerpo espiritual más que nuestro sentimiento en el tipo

de forma humana que presenta después de la muerte (véase *supra*, §§ 453-460). Mientras estos hechos no sean conocidos, las gentes pueden creer que la salvación no es nada más que la determinación divina que llamamos gracia y misericordia.

522. En primer lugar, permítaseme explicar qué es la misericordia divina. La misericordia divina es misericordia pura hacia todo el género humano con intención de salvarlo, y es constante hacia cada individuo, sin excluir nunca a nadie. Esto significa que todo el que puede ser salvado es salvado. Sin embargo, nadie puede salvarse excepto por *medios* divinos, los medios revelados por el Señor en la Palabra. Medios divinos son aquellos a los que aludimos como verdades divinas. Éstas nos enseñan cómo debemos vivir para ser salvados. El Señor las utiliza para llevarnos al cielo e infundir la vida del cielo en nosotros. El Señor hace esto con todos, pero no puede infundir la vida del cielo en nadie que no se abstenga del mal, puesto que el mal intercepta el camino. Así, en la medida en que nos abstenemos del mal, el Señor, en su divina misericordia, nos conduce por medios divinos, desde la infancia hasta el final de la vida en el mundo y, por lo tanto, hasta la eternidad. Ésta es la misericordia divina a la que me refiero. Vemos, pues, que la misericordia del Señor es misericordia pura pero no inmediata: es decir, no salva a las personas cuando quiere sin que importe cómo han vivido.

523. El Señor nunca hace nada contrario a su orden porque él mismo es el orden. La verdad divina que emana de él es lo que establece el orden, y las verdades divinas son las leyes del orden por las que el Señor no conduce. Salvar a los hombres por misericordia inmediata es contrario a orden divino, y todo lo contrario al orden divino es contrario a la naturaleza divina.

El orden divino es el cielo para nosotros. Nosotros lo hemos distorsionado viviendo de manera contraria a sus leyes, que son las verdades divinas. El Señor nos devuelve al orden por pura misericordia, a través de las leyes del orden; y en la medida en que lo hace, aceptamos el cielo en nosotros mismos. Todo el que acepta el cielo entra en el cielo.

Esto nos muestra una vez más que la misericordia divina del Señor es misericordia pura, pero no inmediata[a].

[a] La verdad divina que emana del Señor es la fuente de su orden, y el bien divino es la esencia del orden: 1728, 2258, 8700, 8988. En consecuencia, el Señor es el orden: 191

524. Si pudiéramos ser salvados por la sola misericordia, entonces todo el mundo sería salvado, incluso los que están en el infierno. En realidad, no existiría el infierno, puesto que el Señor es la misericordia misma, el amor mismo, la bondad misma. Por eso va contra su naturaleza divina esencial decir que todos pueden ser salvados directamente y que él no los salva. Sabemos por la Palabra que el Señor quiere la salvación de todos y no quiere la condena de nadie.

525. Muchos que llegan a la otra vida desde el mundo cristiano llevan consigo la fe de que serán salvados por pura misericordia, porque la imploran. Sin embargo, cuando se les examina, resulta que piensan que entrar en el cielo es simplemente una cuestión de admisión, y que quienes habían sido admitidos estaban en la alegría celestial. No tienen la menor idea de lo que es el cielo o la alegría celestial. Se les dice entonces que el Señor no niega el cielo a nadie. Pueden ser admitidos en el cielo si desean y soportan estar allí. Algunos que lo querían fueron realmente admitidos; pero en el mismo umbral, al contacto con el calor del cielo (es decir, con el amor de los ángeles que allí se encuentran) y ante el influjo de la luz del

2011, 5110, 5703, 10336, 10619. Las verdades divinas son las leyes del orden: 2247 *[2447]*, 7995. El cielo en su conjunto está dispuesto por el Señor según su modelo divino: 3038, 7211, 9128, 9338, 10125, 10151, 10157. Así, la forma del cielo está en concordancia con el orden divino: 4040-4043, 6607, 9877. En la medida en que vivimos de acuerdo con el orden, es decir, en la medida en que vivimos queriendo el bien según la verdad divina, aceptamos el cielo en nosotros mismos: 4839. El ser humano está donde todos los elementos del orden divino están reunidos, y por la creación somos el orden divino en la forma porque somos sus receptáculos: 4219, 4220, 4223, 4523, 4524, 5114, 5368 *[4839]*, 6013, 6057, 5605, 6626, 9706, 10156, 10472. No nacemos en el bien y la verdad, sino en el mal y la falsedad, y por consiguiente no en el orden divino sino en un modelo contrario a él, y ésta es la razón de que nazcamos en la pura ignorancia y necesitemos nacer de nuevo o ser regenerados; el Señor realiza esto a través de las verdades divinas, para llevarnos de nuevo al orden: 1047, 2307, 2308, 3518, 3812, 8480, 8550, 10283, 10284, 10286, 10731. Cuando el Señor nos forma de nuevo o nos regenera, dispone todo en nosotros de acuerdo con el orden, o según la forma del cielo: 5700, 6690, 9931, 10303. Las cosas falsas y perversas son contrarias al orden, pero sin embargo quienes están absortos en ellas son gobernados por el Señor, no según el orden sino desde él: 4839, 7877, 10778 *[10777]*. Es imposible que alguien que vive en el mal sea salvado por pura misericordia, porque esto va contra el orden divino: 8700.

cielo (que es la verdad divina), se sintieron embargados de tal dolor en el corazón que les pareció encontrarse en los tormentos del infierno antes que en las alegrías del cielo. Sobrecogidos por esto, se han arrojado de cabeza hacia abajo. De esta manera han aprendido mediante una experiencia directa que nadie puede entrar en el cielo por misericordia directa.

526. En ocasiones he hablado con los ángeles sobre esto y les he dicho que muchas gentes de este mundo que han vivido resueltamente en el mal y han hablado con otros del cielo y la vida eterna, dicen que entrar en el cielo es simplemente cuestión de ser admitido sobre la base de la pura misericordia. Esto es cierto especialmente de las personas que hacen de la fe el único medio de salvación, puesto que basándose en este principio fundamental de su religión no se centran en la vida ni en los actos de amor que constituyen la propia vida. En consecuencia, no se centran en los otros medios que emplea el Señor para infundir el cielo en nosotros y abrirnos a la alegría celestial. Así pues, como rechazan todos los medios reales, el corolario necesario de su premisa es que entramos en el cielo sobre la base de la pura misericordia, creyendo que Dios Padre se sentirá conmovido por medio de la intercesión del Hijo. [2] Los ángeles respondieron que saben que ese tipo de dogma se sigue necesariamente de la aceptación del principio de la salvación por la sola fe y que tal dogma es el fundamental del que dependen los demás, y que en él no puede fluir ninguna luz del cielo, porque no es verdadero. Es por lo tanto la fuente de la ignorancia en que la Iglesia está actualmente enfangada: ignorancia sobre el Señor, el cielo, la vida después de la muerte, la alegría celestial, la naturaleza esencial del amor y la caridad, y en general sobre el bien y su unión con la verdad. Esto tiene como resultado la ignorancia sobre la vida humana, su origen y su cualidad. La vida no se obtiene nunca por el mero pensamiento, sino solamente por la voluntad y los hechos consiguientes. Es el resultado del pensamiento en la medida en que el pensamiento se deriva de la voluntad, por eso procede de la fe solamente en la medida en que la fe deriva del amor. Los ángeles se lamentan de que estas personas no comprendan que la fe sola no puede existir en nadie porque la fe separada de su fuente, que es el amor, es solamente información, o, para algunos, una forma de persuasión que tiene el aspecto de la fe (véase *supra*, § 482). Esta persuasión no es parte de nuestra vida, sino que está fuera de ella, puesto que está separada de nosotros si no es coherente con nuestro amor.

[3] Los ángeles me dijeron también que las personas que están atrapadas en este tipo de principio referente a los medios esenciales de nuestra salvación no pueden evitar creer en la misericordia directa porque pueden decir desde la luz natural y la experiencia visual que la fe por sí misma no constituye la vida humana, pues quienes llevan una vida perversa pueden pensar y convencerse de algunos principios lo mismo que los otros. Por eso creen que los inicuos pueden ser salvados tanto como los justos, con tal que en la hora de la muerte muestren confianza en la intercesión y en la misericordia obtenida por ella.

Los ángeles insisten en que nunca han visto que alguien que llevara una vida de maldad fuera aceptado en el cielo por misericordia directa, por muy fervientemente que hubieran hablado de la fe en el mundo, ni de la confianza que la *fe* expresa de forma eminente.

[4] Cuando se les pregunta si Abraham, Isaac, Jacob y David, o los apóstoles, no fueron aceptados en el cielo por misericordia directa, los ángeles responden que ninguno de ellos lo fue. Todos fueron aceptados sobre la base de su vida en el mundo; que ellos sabían dónde estaban, y que no eran más estimados que los demás. Añadieron que aparecían mencionados en la Palabra con tanto respeto porque remitían en su sentido más profundo al Señor; Abraham, Isaac y Jacob remiten al Señor en cuanto a su naturaleza divina y su divina naturaleza humana; David, en cuanto a su naturaleza divina regia; y los apóstoles, en cuanto a las verdades divinas. Los ángeles no perciben nada de ellos cuando la Palabra se lee en la tierra porque sus nombres no llegan hasta el cielo. En cambio, son conscientes del Señor, como ya se señaló. Así pues, la Palabra que está en el cielo (descrita *supra,* en § 259) nunca les menciona, pues esa Palabra es el sentido interior de la Palabra que existe en el mundo[b].

[b] En el sentido interior de la Palabra, Abraham, Isaac y Jacob significan el Señor respecto de su naturaleza divina y su divina naturaleza humana: 1893, 4615, 6098, 6185, 6276, 6804, 6847. Abraham es desconocido en el cielo: 1834, 1876, 3229. David significa el Señor respecto de su reinado divino: 1888, 9954. Los doce apóstoles representaban al Señor respecto de todos los elementos de la Iglesia y, por tanto, respecto de las cuestiones de la fe y el amor: 2129, 3354, 3488, 3858, 6397. Pedro representaba al Señor respecto de la fe, Santiago respecto de la caridad, y Juan respecto de las obras caritativas: 3750, 10087. La afirmación de que los doce apóstoles se sentarán en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel significa que el Señor juzgará según los elementos buenos y verdaderos de

527. Puedo dar testimonio por mi abundante experiencia de que es imposible implantar la vida del cielo en aquellos que han llevado vidas opuestas a él en el mundo. Ha habido algunos que de verdad creyeron que fácilmente aceptarían las verdades divinas después de la muerte, cuando las oyeran a los ángeles, que se convertirían en creyentes y llevarían una vida diferente, de manera que podrían ser aceptados en el cielo. Esto se ha intentado con algunos individuos (aunque solamente con personas que compartían este mismo tipo de creencia), a los que se les concedió para que pudieran comprender que no hay arrepentimiento posible después de la muerte. Algunos comprendieron las verdades y parecían aceptarlas; pero en cuanto volvieron a la vida de su amor las rechazaron e incluso razonaron contra ellas. Algunos las rechazaron en el acto, sin estar dispuestos siquiera a escucharlas. Otros querían que la vida del amor que habían asumido en el mundo fuera apartada de ellos y que en su lugar se derramara una vida angélica o celestial. Se dio permiso para que así se hiciera; pero en cuanto se les retiró la vida de lo que amaban, quedaron postrados como cadáveres, sin ningún control sobre sí mismos.

Estos y otros tipos de experiencia similares enseñan a la buena gente sencilla que no existe ninguna forma de cambiar la propia vida después de la muerte, ninguna forma de reescribir una vida perversa como vida buena, o una vida infernal como vida angélica. Esto se debe a que la naturaleza de cada espíritu, de la cabeza a los pies, está determinada por su amor y, por consiguiente, por su vida. Transformar esto en su opuesto significaría la destrucción total del espíritu. Los ángeles insisten en que es más fácil transformar una lechuza en paloma o en ave del paraíso que transformar un espíritu infernal en un ángel del cielo.

El lector puede ver en el capítulo correspondiente (*supra*, §§ 470-484) que nuestra naturaleza después de la muerte está determinada por lo que ha sido nuestra vida en el mundo. Podemos deducir de esto que nadie puede ser aceptado en el cielo sobre la base de la pura misericordia.

la fe y el amor: 2129, 6397. Los nombres de personas y lugares en la Palabra no entran en el cielo, sino que se transforman en cosas y estados; y, en realidad, los nombres ni siquiera pueden ser pronunciados en el cielo: 1876, 5225, 6516, 10216, 10282, 10432. Además, los ángeles piensan sin referencia al papel que las personas desempeñan: 8343, 8945 *[8985]*, 9007.

No es tan difícil llevar una vida encaminada al cielo como se suele creer

528. Algunas personas creen que es difícil vivir una vida orientada hacia el cielo, lo que se denomina una vida «espiritual», porque han oído que debemos renunciar al mundo y abandonar los deseos del cuerpo y la carne y «vivir espiritualmente»[275]. Todos entienden que eso consiste en despreciar los asuntos mundanos, especialmente los referidos al dinero y el prestigio, vivir en constante meditación devota sobre Dios, la salvación y la vida eterna, y dedicar la vida entera a la oración y la lectura de la Palabra y la literatura religiosa. Piensan que esto es renunciar al mundo y vivir para el espíritu y no para la carne. Sin embargo, la realidad es muy distinta, como he aprendido de mi abundante experiencia y conversación con los ángeles. En realidad, quienes renuncian al mundo y viven para el espíritu de esa manera adoptan una vida lúgubre, una vida que no está abierta a la alegría celestial, puesto que nuestra vida permanece con nosotros después de la muerte. No, si queremos aceptar la vida del cielo, debemos por todos los medios vivir en el mundo y participar en sus deberes y asuntos. De esta manera, aceptamos la vida espiritual por medio de nuestra vida civil y moral; no hay ninguna otra forma de que la vida espiritual pueda formarse en nosotros, ninguna otra manera de que nuestros espíritus puedan ser preparados para el cielo. Y esto es así porque vivir una vida interior sin vivir al mismo tiempo una vida exterior es como vivir en una casa que no tiene cimientos, en la que gradualmente se abren grietas, y que se va desmoronando hasta que se derrumba.

529. Si miramos críticamente la vida humana con una perspectiva racional, veremos que es triple: vida espiritual, moral y civil. Estas vidas son diferenciables: algunos llevan una vida civil pero no espiritual o moral, otros llevan una vida moral pero no espiritual, y otros una vida civil y moral y también una vida espiritual. Estos últimos son los que llevan la vida del cielo, mientras que los demás llevan la vida del mundo, divorciada de la vida del cielo.

En primer lugar, pues, podemos deducir que la vida espiritual no es separada de la vida natural o la vida del mundo, sino que está unida a ella como el alma al cuerpo; y si estuvieran separadas, sería, tal como hemos dicho, como una casa sin cimientos.

En realidad, vivir una vida moral y cívica es lo que hace el que lleva una vida espiritual, pues querer hacer el bien es la esencia de la vida es-

piritual y comportarse bien es la esencia de la vida moral y cívica. Si están separadas, la vida espiritual consiste solamente en pensar y hablar, y la voluntad se debilita porque no tiene ningún apoyo. Sin embargo, la voluntad es nuestra verdadera substancia espiritual.

530. Lo que sigue permitirá comprobar que no es en absoluto tan difícil llevar una vida que conduzca al cielo.

¿Quién *no puede* llevar una vida moral y cívica? Después de todo, somos introducidos en ella en la infancia y la conocemos por vivir en e mundo. En realidad, llevamos este tipo de vida seamos buenos o malos puesto que nadie quiere ser considerado poco honrado o injusto. Casi todo el mundo practica la honradez y la rectitud exteriormente, hasta e punto de parecer auténticamente honrado y recto, de parecer que actú desde una honradez y una rectitud auténticas. Las personas espirituale tienen que vivir más o menos igual y pueden hacerlo tan fácilmente co mo la gente natural, con la diferencia de que la gente espiritual cree e el Ser Divino y actúa honrada y justamente no sólo porque se sigan la leyes civiles y morales, sino también porque se siguen las leyes divinas. E realidad, puesto que piensan en las leyes divinas cuando actúan, están e contacto con los ángeles del cielo; y en esa medida, están unidos a ell y su persona interior –que es esencialmente una persona espiritual– s abre. Cuando ésta es nuestra naturaleza, el Señor nos adopta y nos con duce sin que nos demos cuenta, y todo lo que hacemos que es honrad y recto –los actos de nuestra vida moral y cívica– procede de una fuent espiritual. Hacer lo que es honrado y recto desde una fuente espiritual e hacerlo desde una honradez y rectitud auténticas, o hacerlo desde el cc razón.

[2] Exteriormente, esa honradez y esa rectitud se parecen a la honr dez y rectitud de la gente natural o incluso de la gente perversa e infe nal, pero interiormente son totalmente diferentes. Los malvados hacen l que es justo y honrado solamente por sí mismos y el mundo. Si no tu vieran miedo de la ley y sus castigos, de perder su reputación, su riqu y su vida, actuarían con la más completa falta de honradez y de rectitu Como no temen a Dios ni la ley divina, no tienen ninguna restricció interior que los contenga; así, en la medida en que pueden, estafan, r ban y saquean a los otros simplemente por placer. Su naturaleza interi se percibe con claridad observando a quienes siendo como ellos están e la otra vida, cuando la naturaleza exterior de todos se desprende y se r

vela la naturaleza interior, la naturaleza en la que seguirán viviendo hasta la eternidad (véase *supra*, §§ 499-511). Puesto que entonces actúan sin restricciones externas, que son (como acabamos de señalar) el miedo a la ley y a la pérdida de reputación, prestigio, beneficios o de la propia vida, actúan violentamente y se mofan de la honradez y la justicia.

[3] En cambio, quienes han vivido honrada y rectamente a causa de las leyes divinas actúan sabiamente cuando su naturaleza externa se desprende y se quedan en su naturaleza interna, porque están unidos a los ángeles del cielo, que comparten con ellos su sabiduría.

Esto nos permite deducir inicialmente que la gente espiritual puede comportarse básicamente igual que la gente natural en su vida cívica y moral, a condición de que estén unidos a la Divinidad en su persona interior, en su voluntad y en su pensamiento (véase *supra*, §§ 358-360).

531. Las leyes de la vida espiritual, las leyes de la vida civil y las leyes de la vida moral nos han sido transmitidas en los Diez Mandamientos. Los tres primeros contienen las leyes de la vida espiritual, los cuatro siguientes las leyes de la vida civil y los tres últimos las leyes de la vida moral. Exteriormente, la gente puramente natural vive según los mismos mandamientos que lo hace la gente espiritual. Adoran lo Divino, van a la Iglesia, escuchan los sermones, ponen cara de devoción, no matan ni cometen adulterio, no roban ni prestan falso testimonio ni despojan a sus colegas de sus bienes. Sin embargo, se comportan de esta forma solamente en su propio interés, para parecer buenos en el mundo. Interiormente, estas personas son exactamente lo contrario de lo que parecen ser exteriormente. Porque, en el fondo, niegan lo Divino y son hipócritas en el culto. En su pensamiento privado, se burlan de los ritos sagrados de la Iglesia, creyendo que sirven solamente para controlar a las masas ignorantes. [2] Por eso están totalmente separados del cielo. Así, puesto que no son espirituales, tampoco son personas civiles ni morales; pues aunque no maten, odian a todo el que se cruza en su camino y arden de venganza a causa de su odio. Si no fuera por la constricción de las leyes civiles y las restricciones externas ejercidas por sus miedos, matarían. Como esto es lo que ardientemente desean, se deriva de ello que están constantemente matando. Aunque no cometan adulterio, sin embargo, como creen que no hay nada malo en ello, son constantemente adúlteros, y realmente cometen adulterio en cuanto pueden y tan a menudo como tienen oportunidad. Aunque no roben, con todo, como codician

los bienes de los otros y consideran que la estafa y las estratagemas perversas son legalmente justificables, están robando constantemente en su mente. Lo mismo sucede con los otros mandamientos de la vida moral: no levantar falso testimonio ni codiciar los bienes de los otros. Todos los que niegan lo Divino son así, todos los que no tienen ninguna conciencia basada en la religión. Su naturaleza se pone claramente de manifiesto en la otra vida cuando son introducidos en su naturaleza profunda después de que su naturaleza exterior ha sido eliminada. Como están separados del cielo en ese punto, actúan al unísono con el infierno; por eso se asocian con las personas que allí viven.

[3] Es diferente para quienes, en el fondo, han reconocido a la Divinidad y han cumplido las leyes divinas en las acciones de su vida, viviendo según los tres primeros mandamientos del Decálogo pero también según los otros[276]. Cuando son introducidos en su naturaleza interna, después de que su naturaleza exterior se ha desprendido, son más sabios de lo que lo eran antes en el mundo. Entrar en su naturaleza interna es como salir de la oscuridad a la luz, de la ignorancia a la sabiduría, de una vida triste a otra bienaventurada, porque están en lo Divino y por lo tanto en el cielo.

He mencionado esto para que se conozca cómo es cada clase de persona, aunque ambos puedan llevar el mismo tipo de vida exterior.

532. Cualquiera puede reconocer que los pensamientos tienden a seguir la orientación de las intenciones, o a ir donde nosotros pretendamos El pensamiento es realmente nuestra visión interior y se comporta como nuestra visión interior. Se orienta hacia el punto que se elige como objetivo y allí se queda. En consecuencia, si nuestra vista o pensamiento interno se vuelve hacia el mundo y habita allí, nuestro pensamiento se hace mundano. Si se orienta hacia el yo y el prestigio social, se vuelve carnal. Sin embargo, si se vuelve hacia el cielo, se hace celestial. Por eso si se vuelve hacia el cielo es elevado; pero si se vuelve hacia el yo, es apartado bruscamente del cielo y se hunde en lo físico; si se vuelve hacia el mundo, se separa también del cielo y se difunde a todos los puntos que están ante nuestros ojos.

[2] Es nuestro amor el que crea nuestra intención y el que fija nuestra vista o nuestro pensamiento interior en sus objetos. Así, el amor a nosotros mismos dirige nuestro pensamiento hacia nosotros y lo que reivindicamos como nuestro, el amor al mundo lo dirige hacia los asuntos mun-

danos, y el amor al cielo lo dirige hacia los asuntos celestiales. Esto nos permite saber en qué estado están los aspectos interiores de nuestra mente una vez identificamos nuestro amor. Esto es, si amamos el cielo, están elevados hacia el cielo y abiertos hacia arriba. Si amamos el mundo y a nosotros mismos, están cerrados hacia arriba y abiertos hacia el exterior. De esta manera podemos deducir que si los aspectos más elevados de nuestra mente están cerrados a lo que está por encima de ellos, no podemos ya ver los objetos que pertenecen al cielo y a la Iglesia. Éstos están en la oscuridad para nosotros, y todo lo que está en la oscuridad lo negamos o no lo comprendemos. Por eso quienes se aman a sí mismos y al mundo sobre todas las cosas niegan en el fondo las verdades divinas, pues los niveles superiores de su mente están cerrados; y aunque digan algo sobre ellas desde su memoria, sin embargo no las comprenden. Tienen la misma actitud hacia esos temas que hacia los intereses físicos y mundanos; y puesto que son así, no pueden pensar en nada salvo en lo que entra por sus sentidos físicos, que son su único deleite. Su experiencia sensorial incluye también lo que es sucio, obsceno, irreligioso y criminal. No pueden ser apartados de esas obsesiones porque no existe en su mente ningún influjo del cielo, pues, como ya se ha señalado, su mente están cerrada a lo que está por encima de ellos.

[3] La intención que fija nuestra visión o pensamiento interior es nuestra voluntad, puesto que nuestras intenciones determinan nuestras metas, y nuestras metas determinan nuestros pensamientos. Por eso, si aspiramos al cielo, fijamos nuestro pensamiento en él, y con nuestro pensamiento, toda nuestra mente, que por consiguiente está en el cielo. Esto significa que nuestra mente mira las cosas del mundo como por debajo de sí misma, como alguien que está en el tejado de una casa. Por eso aquellos cuyos niveles mentales más profundos están abiertos ven los elementos falsos y perversos en ellos mismos, puesto que éstos están por debajo de su mente espiritual. A la inversa, si no están abiertos, no pueden ver sus elementos falsos y perversos porque están en esos elementos y no por encima de ellos. Podemos deducir de aquí de dónde procede nuestra sabiduría y de dónde nuestra insensatez, y cómo seremos después de la muerte cuando seamos dejados a nuestra intención y a nuestro pensamiento y entonces actuemos y hablemos de acuerdo con nuestra naturaleza interior.

Una vez más, hemos expuesto todo esto para mostrar cómo somos en

el interior, independientemente de cómo podamos parecer desde el exterior.

533. Vemos ahora que no es tan difícil como se piensa llevar la vida del cielo, porque se trata simplemente de reconocer, cuando surge algo atractivo que sabemos que no es justo o no es honrado, que no debe hacerse porque va contra los mandamientos divinos. Si nos acostumbramos a pensar así, y a partir de esa práctica se forma un hábito, nos vamos uniendo gradualmente con el cielo. En la medida en que estamos unidos al cielo se abren los niveles superiores de la mente, y en la medida en que se abren, vemos lo que es injusto y fraudulento; y en la medida en que lo vemos, esas cualidades pueden ser eliminadas. Pues ningún mal puede ser desterrado hasta que no se ha visto. Ése es un estado en el que podemos entrar gracias a nuestra libertad, puesto que todo el mundo es libre para pensar así. Sin embargo, una vez ha comenzado el proceso, el Señor obra sus maravillas en nosotros y hace no sólo que veamos los males sino que los rechacemos y finalmente nos alejemos de ellos. Éste es el sentido de las palabras del Señor: «Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga» (Mateo 11, 30).

No obstante, es importante comprender que la dificultad de pensar así y también de resistir al mal aumenta en la medida en que de manera deliberada hacemos el mal; en realidad, en la medida en que nos acostumbramos a hacer cosas malas, llegamos a un punto en que, finalmente, ya no las vemos. Entonces llegamos a amarlas y excusarlas para gratificar nuestro amor y las racionalizamos con todo tipo de engaños, considerándolas permisibles y buenas. Esto sucede a las personas que en la adolescencia se sumergen en todo tipo de mal sin restricción y rechazan en el fondo todo lo divino.

534. En una ocasión se me mostró el camino que conduce al cielo y el camino que conduce al infierno. Había un sendero amplio que se abría a la izquierda, al norte. Parecía haber muchos espíritus viajando por él. En la distancia pude ver una piedra muy grande donde finalizaba el camino ancho. Dos senderos se abrían desde la piedra, uno a la izquierda y otro, en el otro lado, a la derecha. El sendero de la izquierda era estrecho y limitado, conducía rodeando el oeste hacia el sur, y por tanto a la luz del cielo. El sendero de la derecha era ancho y abierto, y llevaba oblicuamente hacia abajo, hacia el infierno.

Al principio, todo el mundo seguía claramente el mismo sendero has-

ta la gran piedra, en el lugar de la bifurcación; pero en ese punto se separaban. Los justos se dirigían a la izquierda y caminaban por el sendero estrecho que llevaba al cielo. Los malos ni siquiera veían la piedra de la bifurcación, sino que tropezaban con ella y se lastimaban. Cuando se levantaban, se precipitaban por el camino ancho de la derecha, que llevaba hacia el infierno.

[2] Más tarde se me explicó el significado de todo esto. El primer sendero, el camino ancho por el que justos y réprobos iban juntos, charlando unos con otros como buenos amigos sin ninguna diferencia visible entre ellos, representaba a las personas que exteriormente llevan una vida honrada y justa, sin diferencias visibles entre unos y otros. La piedra que estaba en la bifurcación o esquina donde los réprobos tropezaban, y desde la que se precipitaban por el sendero que conduce al infierno, representaba la verdad divina, que es negada por las personas que están condenadas en el infierno. En el sentido superior, esta piedra significaba la naturaleza humano-divina del Señor. Sin embargo, quienes reconocían la verdad divina y también la naturaleza divina del Señor eran conducidos por el sendero que lleva al cielo.

Esto me demostró una vez más que los justos y los réprobos llevan exteriormente la misma vida, o recorren el mismo camino, tan diligentemente unos como otros. Sin embargo, quienes en el fondo reconocen lo Divino, especialmente quienes pertenecen a la Iglesia y reconocen la naturaleza divina del Señor, son llevados al cielo; mientras que quienes no lo reconocen son conducidos al infierno.

[3] Los caminos en la otra vida representan los pensamientos que fluyen de nuestros propósitos o intenciones. Los caminos que allí se presentan a la vista responden exactamente a los pensamientos de nuestra voluntad, y nuestra trayectoria sigue los pensamientos que fluyen de nuestros propósitos. Por eso se puede reconocer la cualidad de los espíritus y de sus pensamientos por sus caminos. Esto me mostró también el significado de las palabras del Señor: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7, 13-14). El camino que lleva a la vida es estrecho no porque sea difícil, sino porque muy pocos lo encuentran.

La piedra que vi en el punto en que finalizaba el ancho camino co-

mún y los dos caminos que parecían llevar en direcciones opuestas me aclararon el significado de las palabras del Señor: «¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo? Todo el que cayere sobre aquella piedra será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará» (Lucas 20, 17-18)[277]. La piedra significa la verdad divina, y la roca de Israel representa al Señor respecto de su naturaleza humano-divina. Los constructores son los miembros de la Iglesia. La cabeza del ángulo es el lugar de la bifurcación, y caer y quebrantarse es negar y perecer[a].

535. Se me ha permitido hablar con algunas personas en la otra vida que se han distanciado de los asuntos del mundo para vivir en devoción y santidad, y también con algunos que se han mortificado de diversas maneras porque pensaban que eso era renunciar al mundo y domar los deseos de la carne. Sin embargo, la mayoría de ellos había terminado llevando una vida sombría, distanciándose de la vida de caridad activa que sólo puede llevarse en el mundo, razón por la cual no podían asociarse con los ángeles. La vida de los ángeles es alegre y bendita. Consiste en actividades útiles que son actos de caridad. En particular, las personas que han llevado una vida apartada de las preocupaciones mundanas están enardecidas con el sentimiento de su propio valor y desean intensa y constantemente el cielo. Piensan en la alegría celestial como una recompensa, sin ningún conocimiento de lo que realmente es la alegría celestial. Cuando están con los ángeles y son introducidos en esa alegría –que no tiene ningún carácter de mérito y consiste en actividades y servicios públicos y en la dicha por el bien que se realiza con ellos– se sienten tan desconcertados como si estuvieran viendo algo totalmente extraño a su fe. Como no están abiertos a estas alegrías, se alejan y se asocian con personas que han llevado el mismo tipo de vida en el mundo.

[2] Hay otros que exteriormente han llevado una vida devota, constantemente en la iglesia y en oración. Han mortificado su alma mientras pensaban constantemente en sí mismos, en que eran mejores y más estimables que otros y en que serían considerados santos después de su muerte. No están en el cielo en la otra vida, porque han hecho todo eso con

[a] Una piedra significa la verdad: 114, 643, 1298, 3720, 6426, 8609, 10376. Por eso la ley se escribió en tablas de piedra: 10376. La roca de Israel es el Señor en cuanto a la verdad divina y su divina naturaleza humana: 6426.

las miras puestas ante todo en sí mismos. Como han ensuciado las verdades divinas por el egoísmo en que estaban inmersos, algunos de ellos están tan trastornados que piensan que son dioses. Por eso están con otros como ellos en el infierno. Algunos son ingeniosos y astutos y están en los infiernos por ser personas astutas que empleaban sus artes y artimañas para construir apariencias externas que llevaran a las masas a creer que ellos poseían una santidad divina.

[3] Esto incluye a numerosos santos católicos. Se me ha permitido hablar con algunos de ellos y se me ha descrito su vida con mucha claridad, la que habían llevado en el mundo y la que llevaban después.

He mencionado todo esto para que se sepa que la vida que conduce al cielo no es una vida separada del mundo, sino una vida en el mundo, y que una vida de devoción separada de una vida de caridad (que sólo es posible en el mundo) no conduce en absoluto al cielo. Más bien, es una vida de caridad, una vida de conducta honrada y recta en el cumplimiento de los deberes de cada uno, de las tareas y misiones que a cada cual corresponden, realizadas desde nuestra naturaleza más profunda y por lo tanto desde una fuente celestial. La fuente de esa vida está en nosotros cuando actuamos de manera honrada y recta porque actuar así es conforme a las leyes divinas. Esa vida no es difícil, pero sí lo es una vida de devoción separada de una vida de caridad. Una vida así separa del cielo tan ciertamente como se piensa que conduce hasta él[b].

[b] Una vida de devoción separada de una vida de caridad no conduce a nada, pero juntas llevan a cabo todo: 8252, 8253. La caridad hacia el prójimo es hacer lo que es bueno, justo y recto en cada tarea y en cada deber: 8120-8122. La caridad hacia el prójimo incluye absolutamente todo lo que pensamos, deseamos y hacemos: 8124. Una vida de caridad es una vida según los mandamientos del Señor: 3249. Vivir según los mandamientos del Señor es amar al Señor: 10143, 10153, 10310, 10578, 10648 *[10645]*. La verdadera caridad no se atribuye nada porque procede de un sentimiento profundo y el correspondiente placer profundo: 2340 *[2380]*, 2373 *[2371]*, 2400, 3887, 6388-6393. Nuestro carácter duradero después de la muerte está determinado por la cualidad de nuestra vida de caridad en el mundo: 8256. La dicha celestial fluye desde el Señor en una vida de caridad: 3363. Nadie es llevado al cielo simplemente por pensar, sino por desear y hacer junto con pensar: 2401, 3459. A menos de que la práctica del bien esté unida al deseo del bien y el pensamiento del bien, no existe salvación ni unión de nuestra persona interior con la exterior: 3987.

Parte III

El infierno

El Señor gobierna los infiernos

536. En lo anteriormente dicho sobre el cielo se ha aclarado en numerosos lugares (especialmente en §§ 2-6) que el Señor es el Dios del cielo y que el gobierno de los cielos en su conjunto está en manos del Señor. La relación del cielo con el infierno y del infierno con el cielo es la de dos opuestos que actúan uno contra otro, acción y reacción de la que deriva el estado de equilibrio en el que todo existe; y para que todo se mantenga en ese equilibrio es necesario que el gobernante de uno sea también el gobernante del otro. Es decir, a menos que el mismo Señor controlara los ataques de los infiernos y frenara su locura, el equilibrio sería destruido; y si el equilibrio fuera destruido, todo lo demás también lo sería.

537. Pero primero debemos decir algo sobre el equilibrio. Se sabe que cuando dos fuerzas actúan una contra otra y cuando una reacciona y resiste tanto como la otra actúa y empuja, ninguna predomina porque hay el mismo poder en ambos lados. Entonces, las dos fuerzas pueden ser movidas por una tercera, puesto que cuando ninguna de las dos predomina debido a su igual resistencia, la tercera fuerza lo controla todo y actúa tan fácilmente como si no existiera ninguna resistencia.

[2] Éste es el equilibrio que existe entre el cielo y el infierno. Sin embargo, no es el equilibrio que se produce entre dos personas que luchan físicamente y son tan fuertes una como otra; se trata más bien de un equilibrio espiritual de la falsedad contra la verdad y del bien contra el mal. La falsedad perversa alienta constantemente desde el infierno y la verdad benévola alienta constantemente desde el cielo. Éste es el equilibrio espiritual que nos proporciona la libertad para pensar y desear, puesto que todo lo que pensamos y deseamos depende o del mal y su consiguiente falsedad o del bien y su consiguiente verdad. [3] Por eso, cuando estamos en ese estado de equilibrio tenemos la libertad de dejar entrar y aceptar lo que es el mal del infierno y su consiguiente falsedad o de dejar entrar y aceptar lo que es el bien del cielo y su consiguiente verdad. Cada uno

de nosotros es mantenido en ese equilibrio por el Señor, que gobierna el cielo y el infierno[278].

Explicaré más adelante, en capítulo aparte, por qué nos mantenemos en esa libertad por medio del equilibrio y por qué el poder divino no aleja de nosotros el mal y la falsedad infundiendo en su lugar el bien y la verdad[279].

538. En ocasiones se me ha permitido sentir el aura de falsedad malévola que fluye del infierno. Era como un esfuerzo constante por destruir todo lo bueno y verdadero, unido a una cólera, una especie de rabia por no poder hacerlo. Especialmente era un esfuerzo para destruir la naturaleza divina del Señor por ser él la fuente de todo bien y de toda verdad.

He sentido un aura de verdad benévola del cielo que servía para limitar la ira del esfuerzo que subía del infierno, lo que producía un equilibrio. Percibí que la única fuente de esa aura era el Señor, aunque parecía proceder de los ángeles del cielo. Procedía únicamente del Señor y no de los ángeles porque todos los ángeles del cielo admiten que nada bueno y verdadero procede de ellos, sino que todo procede del Señor.

539. Todo el poder en el mundo espiritual pertenece a la verdad benévola y nada a la malévola falsedad.

La razón de que todo poder pertenezca al bien y la verdad es que la naturaleza divina esencial en el cielo es el bien divino y la verdad divina, y todo poder pertenece a lo Divino. La falsedad malévola no tiene ningún poder porque todo el poder pertenece a la verdad benévola, y no hay ninguna verdad benévola en la falsedad malévola. Por eso todo el poder está en el cielo, y nada en el infierno. En el cielo todos están centrados en lo que es verdadero por el bien, y en el infierno todos están centrados en lo que es falso por el mal. Ésta es la razón de que no se abra a nadie el cielo hasta que esté centrado en la verdad por el bien, y de que nadie sea arrojado al infierno hasta que esté centrado en la falsedad por el mal. En apoyo de esto, véanse los capítulos en que trato del estado primero, segundo y tercero después de la muerte (§§ 491-520); y sobre la verdad benevolente que posee el poder, véase el capítulo sobre el poder de los ángeles del cielo (§§ 228-233).

540. Éste, pues, es el equilibrio entre el cielo y el infierno. Quienes están en el mundo de los espíritus están en este equilibrio, puesto que el mundo de los espíritus está a medio camino entre el cielo y el infierno. Por eso también en el mundo somos mantenidos en el mismo tipo de

equilibrio, puesto que el Señor nos gobierna en el mundo por medio de los espíritus que están en su mundo propio, tema del que trataré en capítulo aparte[280].

Este tipo de equilibrio no sería posible a menos que el Señor gobernara y regulara el cielo y el infierno. De otra manera, la falsedad malévola atravesaría las fronteras y afectaría a la gente buena y sencilla que está en las regiones exteriores del cielo, personas que pueden ser más fácilmente engañadas que los verdaderos ángeles. Esto destruiría el equilibrio, y con la pérdida del equilibrio desaparecería nuestra libertad.

541. Igual que el cielo, el infierno se diferencia en comunidades. En realidad, existen tantas comunidades en el infierno como en el cielo, puesto que, para que haya equilibrio, cada comunidad celestial tiene su contraria en el infierno.

Sin embargo, las comunidades del infierno se diferencian según sus males y consiguientes falsedades porque las comunidades del cielo se diferencian según su buena voluntad y las consiguientes verdades. Podemos estar seguros de que existe algún mal opuesto a cada bien y alguna falsedad opuesta a cada verdad, pues nada existe que no esté en relación con su opuesto. Lo opuesto nos permite conocer su verdadera naturaleza y su verdadero nivel. La oposición es la fuente de toda percepción y sensación[281].

Por eso el Señor cuida constantemente de que cada comunidad del cielo tenga su opuesto en alguna comunidad del infierno y de que exista un equilibrio entre ellas.

542. Puesto que el infierno está diferenciado en tantas comunidades como el cielo, hay también tantos infiernos como comunidades en el cielo. Así como cada comunidad del cielo es un cielo a escala reducida (véase §§ 51-58), así también cada comunidad del infierno es un infierno a escala reducida.

Como hay tres cielos en total, hay también tres infiernos en total. Hay un infierno más profundo que es el opuesto al tercer cielo o cielo más interior; hay un infierno medio que es el opuesto al cielo segundo o medio; y hay un infierno superior que es el opuesto al primer cielo o cielo más exterior.

543. Debo explicar brevemente cómo están gobernados los infiernos. En su conjunto, los infiernos están gobernados por una efusión del bien divino y la verdad divina procedentes de los cielos que frena y controla el

esfuerzo general que fluye de los infiernos. Hay también una efusión específica desde cada cielo y desde cada comunidad del cielo.

Específicamente, los infiernos son gobernados por medio de ángeles a los que se les da capacidad para examinar los infiernos y controlar las locuras y disturbios que allí tienen lugar. A veces, los ángeles son enviados allí, y su misma presencia calma las cosas.

En general, todos los habitantes de los infiernos están gobernados por sus miedos, algunos por miedos sembrados en el mundo y todavía vivos. Sin embargo, como esos miedos no son suficientes y se debilitan gradualmente, son gobernados por el miedo al castigo, que es el medio principal para prevenir el mal. Hay muchos tipos de castigos, más suaves o más severos según el mal a que se apliquen. La mayor parte del tiempo son unos espíritus relativamente malévolos los que están en el poder, del que se han apropiado por su experiencia y astucia; tales espíritus son capaces de mantener a los demás en obediencia servil mediante los castigos y el miedo que éstos producen. Estos espíritus dominantes no se atreven a ir más allá de los límites fijados.

Debemos comprender que la única forma de controlar la violenta furia de los habitantes de los infiernos es a través del miedo al castigo. No existe ningún otro medio.

544. En el mundo se cree todavía que existe un diablo que gobierna los infiernos y que fue creado como ángel de luz, pero que fue arrojado al infierno con sus secuaces después de promover una rebelión. La razón de esta creencia es que la Palabra habla del diablo y de Satanás, y también de Lucifer; y en estos casos la Palabra se entiende literalmente. Sin embargo, en esos pasajes diablo y Satanás significan el infierno. El diablo significa el infierno hacia la parte posterior, donde vive la gente peor, las personas perversas llamadas demonios malvados; y Satanás significa el infierno que está hacia la parte delantera, donde viven las personas menos malévolas, los llamados espíritus del mal. Lucifer significa las personas que proceden de Babel o Babilonia, cuyo poder llega incluso hasta el cielo

Pero no existe ningún diablo al que le estén sometidos los infiernos pues todos los que están en los infiernos, como todos los que están en los cielos, pertenecen al género humano (véase §§ 311-317); además son millones los que han ido allí desde el principio de la creación hasta el día presente, y allí cada uno es un tipo de diablo en función de la oposición a la Divinidad que tuviera en el mundo (véase *supra*, §§ 311-312).

El Señor no envía a nadie al infierno: los espíritus van por sí mismos

545. Algunos albergan la idea de que Dios aleja su mirada de los hombres, los desprecia y los envía al infierno, y está enojado con ellos a causa de su mal. Algunos incluso llegan a pensar que Dios castiga a los seres humanos y les hace daño. Sostienen esta idea basándose en el sentido literal de la Palabra, donde se dicen cosas así, sin comprender que el sentido espiritual de la Palabra, que constituye el sentido de la letra, es totalmente diferente. La doctrina real de la Iglesia, que procede del sentido espiritual de la Palabra, enseña algo más. Enseña que el Señor nunca aparta su rostro de nadie ni hace daño a nadie, ni envía a nadie al infierno ni tampoco se encoleriza[a].

Todo aquel cuya mente está iluminada percibe esto cuando lee la Palabra simplemente por el hecho de que el Señor es la bondad misma, el amor mismo y la misericordia misma[282]. El bien no puede hacer daño a nadie. El amor y la misericordia no pueden perjudicar a nadie, porque eso es contrario a la misericordia y el amor, y es por tanto contrario a la naturaleza divina. Por eso las personas que piensan con una mente iluminada cuando leen la Palabra perciben claramente que Dios nunca se aparta de nosotros, y que por no apartarse, se comporta hacia nosotros con bondad, amor y misericordia. Esto es, nos desea el bien, nos ama y nos compadece.

Las mentes iluminadas ven también que el sentido literal de la Palabra, donde se dicen esas cosas, tiene un sentido espiritual oculto en su interior, un sentido necesario para explicar expresiones que en la letra están adaptadas a la comprensión humana, cosas dichas de acuerdo con nuestras concepciones primarias y generales.

546. Quienes están iluminados ven también que bien y mal son dos cosas opuestas, como opuestos son el cielo y el infierno, y que todo bien

[a] En la Palabra se dice del Señor que arde de ira, pero es la ira que está en nosotros; la Palabra dice esas cosas porque es lo que nos parece a nosotros cuando somos castigados y condenados: 798 *[5798]*, 6997, 8284, 8483, 8875, 9306, 10431. Incluso el mal se atribuye al Señor, aunque nada que no sea bien procede del Señor: 2447, 6073 *[6071]*, 6992 *6991]*, 6997, 7533, 7632, 7677 *[7679]*, 7926, 8227, 8228, 8632, 9306. Por qué la Palabra dice esas cosas: 6073 *[6071]*, 6992 *[6991]*, 6997, 7632, 7643, 7679, 7710, 7926, 8282, 9009 *9010]*, 9128. El Señor es pura misericordia y clemencia: 6997, 8875.

procede del cielo y todo mal del infierno. Por otra parte, puesto que la naturaleza divina del Señor constituye el cielo (véase §§ 7-12), nada fluye a nosotros desde el Señor sino el bien, y nada desde el infierno sino el mal. Así pues, el Señor nos aparta continuamente del mal y nos conduce hacia el bien, mientras que el infierno nos introduce continuamente en el mal. Si no estuviéramos entre los dos, no tendríamos pensamiento ni voluntad, mucho menos libertad o capacidad de elección. Tenemos todos estos dones debido al equilibrio entre el bien y el mal. Por eso, si el Señor se alejara y fuéramos abandonados a nuestro propio mal, ya no seríamos humanos.

Podemos constatar así cómo el Señor está constantemente fluyendo en cada uno con el bien, tanto en los réprobos como en los justos. La diferencia estriba en que está constantemente apartando a las personas malas del mal, mientras que acerca constantemente a las personas buenas hacia el bien. La razón de esta diferencia está en nosotros, puesto que somos nosotros quienes aceptamos[283].

547. Podemos deducir de esto que el mal que hacemos procede del infierno, y el bien, del Señor. Sin embargo, como creemos que todo lo que hacemos procede de nosotros mismos, el mal que hacemos se agarra a nosotros como si fuera nuestro. Por eso somos nosotros los culpables de nuestro mal, nunca el Señor. El mal dentro de nosotros es el infierno dentro de nosotros, pues no hay diferencia entre decir «mal» o «infierno». Puesto que somos culpables de nuestro mal, somos nosotros, no el Señor, quienes nos llevamos al infierno. El Señor, lejos de llevarnos al infierno, nos libera de él en la medida en que no deseamos ni amamos ser absorbidos en nuestro mal. Toda nuestra voluntad y todo nuestro amor permanecen con nosotros después de la muerte (véase §§ 470-484). Quienes han deseado y amado lo que es malo en el mundo desean y aman lo que es malo en la otra vida, y entonces no se les permite que se separen de ello. Por eso quienes están absortos en el mal están relacionados con el infierno y realmente están allí en espíritu; y después de la muerte desean ardientemente y por encima de todo estar donde está su mal. Por eso, después de la muerte somos nosotros, no el Señor, quienes nos arrojamos al infierno.

548. Debo referirme a cómo sucede esto. Cuando llegamos a la otra vida, somos protegidos por los ángeles que hacen todo por nosotros y nos hablan del Señor, el cielo y la vida angélica y nos enseñan lo que es bue-

no y verdadero. Sin embargo, si como espíritus somos de las personas que estuvieron familiarizadas con estas cosas en el mundo pero que las negaban o rechazaban en el fondo, entonces después de hablar algo sobre ello queremos alejarnos y marcharnos. Cuando los ángeles lo observan, nos dejan. Después de pasar algún tiempo con otras personas, finalmente trabamos amistad con aquellos que están entregados a males semejantes (véase *supra*, §§ 445-452). Cuando esto sucede, nos alejamos del Señor y volvemos el rostro hacia el infierno con el que estábamos unidos en el mundo, donde viven aquellos que están inmersos en un tipo de amor semejante.

Vemos así que el Señor conduce a cada espíritu hacia sí mismo a través de los ángeles y a través de un influjo desde el cielo, pero que los espíritus que están absortos en el mal se resisten activamente y virtualmente salen disparados lejos del Señor. Su mal –el infierno– tira de ellos como si fuera una cuerda; y como son atraídos y quieren seguir al mal debido su amor por él, se arrojan libremente al infierno.

Esto resulta difícil de creer en el mundo debido a las ideas que se tienen sobre el infierno. En realidad, ni siquiera parece así en la otra vida. Parece de otro modo a quienes están fuera del infierno, aunque no a los que se arrojan realmente a él. Éstos entran voluntariamente, y los que lo hacen por un ardiente deseo de mal parece como si saltaran de cabeza. Por eso parece como si fueran arrojados al infierno por el poder divino. Se dirá más sobre esto más adelante (véase *infra*, § 574)[284].

Podemos ver, pues, que el Señor no envía a nadie al infierno. Vamos por nosotros mismos, no sólo mientras vivimos en este mundo, sino también después de la muerte, cuando nos encontramos entre los espíritus.

549. La razón de que el Señor no pueda tratar a todo el mundo igual desde su esencia divina, que es bondad, amor y misericordia, es que nuestras preocupaciones falsas y perversas son un obstáculo que no sólo emota su influjo divino, sino que incluso lo rechaza. Estas inclinaciones falsas y perversas son como negras nubes que se interponen entre el sol y nuestros ojos y nos privan de la clara luz del sol. El sol trata continuamente de disipar las nubes, está detrás de ellas, actuando, y a veces algo de luz nebulosa se abre paso hasta nuestros ojos mediante varios rodeos. Lo mismo ocurre en el mundo espiritual. Allí el sol es el Señor y el amor divino (véase §§ 116-140), allí la luz es la verdad divina (§§ 126-140). Allí, las nubes negras son las falsedades del mal, y el ojo, nuestra capacidad de

discernimiento. En la medida en que estamos absortos en la falsedad malévola, hay una nube a nuestro alrededor cuya negrura y densidad depende del nivel de nuestro mal. Podemos ver en este símil que la presencia del Señor con cada uno es constante, pero nuestra aceptación es variable.

550. Los malos espíritus son castigados severamente en el mundo de los espíritus para disuadirles de hacer el mal. También esto parece proceder del Señor, pero, sin embargo, ningún castigo de los que allí se infligen viene del Señor, sino que proceden del mismo mal, puesto que cada mal está tan estrechamente unido a su castigo que no pueden separarse. La turba infernal no ansía ni quiere nada más que hacer daño, especialmente maltratar y torturar, y hace daño y maltrata a todo aquel que no está protegido por el Señor. Por eso, cuando se hace algún mal desde un corazón malvado, como éste rechaza cualquier protección del Señor, los malos espíritus asaltan al malhechor y le maltratan.

En alguna medida, esto puede ser ilustrado mediante las acciones perversas y su castigo en el mundo, donde están igualmente unidos. Aquí las leyes tienen una pena para cada crimen, de modo que quien se precipita en el mal se precipita también en su castigo. La única diferencia es que en el mundo el mal puede ser ocultado, lo que no sucede en la otra vida.

Podemos por tanto concluir que el Señor no hace daño a nadie. Lo mismo sucede en este mundo. No son el rey ni el juez ni la ley los responsables del castigo de la culpa, pues ellos no son responsables del mal del criminal.

Todos los que están en los infiernos están absortos en los males y las consecuentes falsedades que derivan de su amor a sí mismos y al mundo

551. Todos los que están en los infiernos están entregados a objetivos perversos y a las distorsiones que de ellos resultan. No hay nadie entregado a objetivos perversos que esté interesado en las percepciones verdaderas. Muchos malvados del mundo conocen las verdades espirituales, las verdades de la Iglesia, puesto que las aprendieron primero en la infancia y después en los sermones y en la lectura de la Palabra y han seguido dándolas por supuestas en sus conversaciones. Algunos incluso han llevado a otros a creer que eran cristianos en el fondo porque habían aprendido de

esas verdades cómo hablar con aparente afecto y comportarse honradamente como si estuvieran motivados por una fe espiritual. En cuanto a los que interiormente pensaron lo contrario y se abstuvieron cuidadosamente de hacer el mal en que pensaban simplemente a causa de las leyes civiles y por su reputación, posición social o los perjuicios que ello podría acarrearles, son malos en el fondo, y sólo físicamente están en el bien y la verdad, pero no con el espíritu. Por eso, cuando en la otra vida desaparecen las leyes externas y la naturaleza interior que constituía su espíritu queda al descubierto, están totalmente absortos en asuntos malos y falsos, despreocupados de lo bueno y lo verdadero. Entonces se puede ver que los valores buenos y verdaderos habitaban simplemente en su memoria como cosas que habían aprendido y que sacaban de ella cuando hablaban, imitando las buenas acciones como si estuvieran motivados por un amor y una fe espirituales.

Cuando las personas así son introducidas en su naturaleza interna –es decir, en su mal– ya no pueden decir nada verdadero. Solamente pueden decir lo que es falso porque sus palabras surgen de sus intenciones perversas. Es imposible decir algo verdadero con fines perversos, pues cuando hay un fin perverso el espíritu no está constituido más que por su propio mal, y lo que emana del mal es la falsedad.

Cada espíritu del mal es reducido a este estado antes de ser arrojado al infierno (véase *supra*, §§ 499-512). Esto se llama ser despojado de lo que es verdadero y bueno[a]. El despojamiento es simplemente el proceso de ser introducido en la naturaleza interna, en lo que es lo propio del espíritu, y en el espíritu mismo. Sobre este punto, véase *supra*, § 425.

552. Cuando un ser humano es así después de la muerte, entonces no es ya «persona espiritual» como era en el primer estado (descrito *supra*, §§ 491-498); es verdaderamente un espíritu, que tiene un rostro y un cuer-

[a] Antes de que la gente malvada sea arrojada al infierno, es despojada de lo que es verdadero y bueno, y una vez se han quitado esos elementos, entran voluntariamente en el infierno: 6977, 7039, 7795, 8210, 8232, 9330. El Señor no les despoja [del bien y la verdad], sino que lo hacen ellos mismos: 7642 *[7643]*, 7926. Cada mal tiene algo falso en su interior; por eso quienes están resueltos al mal están resueltos a lo que es falso, aunque algunos no lo comprendan: 7577, 8094. Las personas que están resueltas al mal no pueden evitar pensar falsamente cuando piensan en sí mismos: 7437. Todos los que están en el infierno dicen falsedades, con intención perversa: 1695, 7351, 7352, 7357, 7392, 7698 *[7689]*.

po que corresponden a la naturaleza interna de su mente *[animus]*. As pues, tiene una forma exterior que es la impresión o efigie de su naturaleza interna. Los espíritus son así una vez que se han completado los estados primero y segundo anteriormente descritos. Esto significa qu cuando son vistos por ojos espirituales se puede decir instantáneament cuál es su naturaleza no sólo por su rostro, sino también por su cuerpo, especialmente por sus palabras y conducta. Además, puesto que están e sí mismos[285], sólo pueden estar donde están las almas que les son seme jantes. [2] En el mundo espiritual hay una participación completa en lo sentimientos y pensamientos consiguientes; por eso los espíritus se diri gen espontáneamente hacia los espíritus semejantes, porque están moti vados por lo que los atrae y deleita. En realidad, se vuelven en esa direc ción porque así es como inhalan su vida, o realizan libremente s respiración[286], y no cuando se dirigen hacia cualquier otro lugar. Debe mos comprender que en el mundo espiritual la comunicación depend de la orientación del rostro, y que las personas que estén enfrente de no sotros son siempre las que están en un amor como el nuestro. Esto es as independientemente de la forma en que volvamos nuestros cuerpos (véa se *supra*, § 151).

[3] Por eso los espíritus infernales se apartan del Señor y se dirigen ha cia los objetos oscuros y tenebrosos que están en el lugar del sol y la lu na de la tierra, mientras que los ángeles del cielo se vuelven todos haci el Señor como sol y luna del cielo (véase *supra*, §§ 123, 143, 144, 151)

Esto nos lleva a la conclusión de que todos los habitantes de los in fiernos están absortos en los males y sus falsedades consiguientes, y tam bién de que se vuelven hacia sus amores.

553. Vistos a la luz del cielo, todos los espíritus de los infiernos apa recen con la forma de su propio mal. Cada uno es en realidad una ima gen de su mal, puesto que en cada individuo las naturalezas exterior interior actúan como una: los elementos más profundos se presentan la vista en los elementos exteriores, en la cara, el cuerpo, las palabras la conducta. Por eso, mirándolos, se puede decir cómo son. En genera son formas de desprecio hacia los otros, amenazas contra las persona que no los veneran; son formas de diversas clases de odio, de diversa clases de venganza. La violencia y la crueldad se muestran a través d ellas. Cuando los otros los alaban o reverencian o adoran, entonces su rostros se sosiegan y parecen casi felices y gratificados. [2] No hay ma

nera de describir brevemente todas las formas que adoptan, pues no hay dos iguales. Hay solamente una semejanza general entre los que están absortos en males similares y se encuentran por lo tanto en la misma comunidad infernal, semejanza que actúa como trasfondo común que da a los rostros individuales una especie de semejanza global. En general, sus rostros son espantosos, tan carentes de vida como si fueran cadáveres. Algunos rostros son negros, otros como pequeñas antorchas, otros con granos o con grandes llagas ulcerosas. En muchos casos no hay ningún rostro visible, solamente algo peludo y huesudo en su lugar, mientras que otros sólo muestran los dientes. Sus cuerpos son igualmente deformes, y sus palabras parecen encarnar la ira, el odio o la venganza, puesto que toda su articulación procede de su falsa percepción, y el tono, de su intención perversa. En una palabra, todos son imágenes de su infierno.

[3] No se me ha permitido ver la forma del infierno en su conjunto. Sólo se me ha dicho que de la misma manera que todo el cielo como una sola entidad se asemeja a un único hombre (§§ 59-67), así todo el infierno como una sola entidad se asemeja a un único diablo y puede manifestarse como la imagen de un solo diablo (véase *supra*, § 544). Sin embargo, he visto a menudo la forma que tienen los infiernos particulares o comunidades infernales, pues en su entrada (lo que se denomina las puertas del infierno) aparece a menudo una figura monstruosa que de manera general representa la forma de las personas que viven allí. La violencia de esos habitantes se representa entonces mediante espantosos horrores que me abstengo de mencionar.

[4] Debe saberse que los espíritus infernales tienen este aspecto a la luz del cielo, pero que entre ellos aparecen como humanos. Éste es un don de la misericordia del Señor, para que no se muestren tan repulsivos uno a otro como se muestran ante los ángeles. Sin embargo, esta apariencia es engañosa, puesto que en el momento en que entra un rayo de luz del cielo esas formas humanas se transforman en las formas monstruosas que esencialmente son, las formas ya descritas, pues a la luz del cielo todo se ve como realmente es. Por eso evitan la luz del cielo y se protegen en su propia iluminación, una iluminación como la de carbones al rojo vivo o, en algunos lugares, como azufre ardiente. Esta luz sin embargo se transforma en pura oscuridad cuando fluye algún rayo de luz del cielo. Por eso se describen los infiernos como si estuvieran en penumbra y oscuridad,

y por eso la penumbra y la oscuridad caracterizan las distorsiones malévolas peculiares del infierno.

554. Habiendo examinado las formas monstruosas de los espíritus en los infiernos, que como se señaló son todas formas de desprecio hacia los otros, de amenazas contra quienes no los respetan ni reverencian, de odio y venganza contra quienes no los apoyan, se me hizo claro que en general son formas de amor a uno mismo y al mundo y que los males que dan origen a esas formas individuales derivan de esos dos amores. Se me ha dicho también desde el cielo, y se me ha dado testimonio mediante abundante experiencia, que estos dos amores, el amor a uno mismo y el amor al mundo, gobiernan los infiernos y constituyen realmente los infiernos, y que el amor al Señor y el amor al prójimo gobiernan los cielos y constituyen realmente los cielos. También he aprendido que los dos amores del infierno y los dos amores del cielo son absolutamente opuestos.

555. Al principio pregunté por qué el amor a uno mismo y el amor al mundo son tan diabólicos, por qué las personas que están absortas en ellos parecen tan espantosas. Después de todo, en el mundo apenas dedicamos un pensamiento al amor a nosotros mismos. Nos fijamos solamente en esa inflación exterior del espíritu llamada orgullo, que consideramos que, al ser tan visible, es el único egoísmo. No sólo eso: si el amor a uno mismo no se expresa como orgullo, entonces se piensa en el mundo que dicho amor es el fuego vital que nos alienta a trabajar para conseguir una posición elevada y realizar cosas constructivas. Creemos que si no vemos ningún panorama de honor y de gloria en tales esfuerzos, nuestro espíritu se volvería perezoso. La gente se pregunta: «¿Quién haría algo decente, útil o notable si no es para ser alabado y respetado en las palabras y los pensamientos de los otros? ¿Y de dónde viene esto salvo del fuego de un amor a la gloria y los honores, esto es, al yo?». Por eso en el mundo la gente no comprende que en su propio amor a sí misma está el amor que reina en el infierno y que constituye el infierno dentro de nosotros.

Puesto que así es, en realidad, quisiera primero describir qué es el amor a uno mismo, y luego explicar que todo lo malo y falso surge de este amor[287].

556. El amor a uno mismo es quererse sólo a sí mismo, no a los otros –la Iglesia, el país o cualquier comunidad humana–, salvo si es por uno mismo. Es ayudar a los demás únicamente por la reputación, la situación

social y la gloria. A menos que éstos se aprecien en los servicios que ofrecemos, nos decimos en el fondo: «¿A mí que me importa? ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Qué puedo sacar de ello?». Por eso lo olvidamos. Vemos, pues, que quienes están absortos en el amor a sí mismos no aman a su Iglesia, ni a su país o comunidad, ni ninguna actividad constructiva. Se aman únicamente a sí mismos. Su único placer radica en la autogratificación; y puesto que el placer que se deriva del amor constituye la vida humana, su vida es una vida de su yo. Una vida del yo es una vida que depende de lo que pretendemos como nuestro, y en sí mismo lo que pretendemos como nuestro no es nada sino mal.

Quienes se aman a sí mismos aman también lo suyo, siendo específicamente lo suyo sus hijos, nietos y de manera más general todos los que se relacionan con ellos, a quienes llaman «los suyos». Ese amor es realmente amor a sí mismos, porque consideran a los otros como si estuvieran en ellos, y se centran en sí mismos centrándose en los otros. Estos «otros» que reivindican como suyos incluyen a todo aquel que los alaba, reverencia y adora.

557. Podemos deducir lo que es el amor a uno mismo comparándolo con el amor celestial. El amor celestial es amar la actividad constructiva por sí misma, o amar por sí mismas las cosas valiosas que hacemos por la iglesia, el país, la comunidad humana, o nuestros conciudadanos. Esto es realmente amar a Dios y amar a nuestro prójimo, puesto que todas las actividades constructivas y todas las acciones valiosas proceden de Dios y *son* el prójimo a quien debemos amar. En cambio, quienes aman estas actividades por amor a sí mismos las aman sólo como esclavas que les sirven. Se sigue de ello que las personas entregadas al amor a sí mismas quieren que su Iglesia, su país, la comunidad humana y sus conciudadanos sean sus sirvientes más que ser ellos quienes les sirvan. Se sitúan por encima de su prójimo y lo rebajan. Así, en la medida en que están entregados al amor a sí mismos, se separan del cielo porque se alejan del amor celestial.

558a[288]. Por otra parte, en la medida en que estamos en el amor celestial –que es amar las actividades valiosas y constructivas y ser movidos por un placer sincero cuando las ofrecemos a nuestra iglesia, nuestro país, la comunidad humana y nuestros conciudadanos– somos conducidos por el Señor, porque éste es el amor que él es y el amor que procede de él. Sin embargo, en la medida en que nos centramos en el amor a nosotros mismos –haciendo cosas valiosas y constructivas sólo para nosotros– nos con-

ducimos a nosotros mismos, y en esa medida, no estamos siendo conducidos por el Señor. De ello se sigue pues, una vez más, que cuanto más nos amamos a nosotros mismos, más nos alejamos de lo Divino y también del cielo.

Ser conducido por el yo es ser conducido por lo que reivindicamos como nuestro, y lo que reivindicamos como nuestro no es otra cosa que mal. Es realmente nuestra mala herencia, que implica amarnos a nosotros mismos más que a Dios y al mundo más que al cielo[b].

Estamos completamente absortos en nuestra imagen y, por lo tanto, en nuestro mal hereditario siempre que nos fijamos en cualquier cosa valiosa que hacemos, pues nos centramos en nosotros y nos separamos de lo que es bueno, en vez de centrarnos en lo que es bueno y separarnos de nosotros mismos. Así, en las actividades valiosas establecemos una imagen de nosotros mismos y no una imagen de lo Divino. Me he cerciorado de esto también por experiencia. Hay malos espíritus que viven a medio camino entre el norte y el oeste, por debajo de los cielos, que son particularmente hábiles en llevar a los espíritus rectos a su ego y por tanto en centrarlos en diversos tipos de mal. Hacen esto absorbiéndolos en el pensamiento sobre sí mismos, o bien abiertamente mediante palabras de alabanza y halago o encubiertamente dirigiendo sus sentimientos exclusivamente hacia sí mismos. En la medida en que lo logran, desvían el rostro de los espíritus rectos del cielo y oscurecen su entendimiento, haciendo surgir diversos males de su preocupación por sí mismos.

558b. Si se miran sus orígenes y su esencia, se puede ver que el amo a uno mismo y el amor al prójimo son opuestos. En las personas inmer

[b] El ego que obtenemos de nuestros padres por la herencia no es otra cosa que ma condensado: 210, 215, 731, 876, 987, 1047, 2307, 2318 *[2308]*, 3518, 3701, 3812, 8480, 855(10283, 10284, 10286, 10731 *[10732]*. Estar centrados en el yo implica amarnos a nosotro mismos más que a Dios y al mundo más que al cielo, y considerar a nuestro prójimo co mo nada comparado con nosotros, salvo cuando nos beneficia; por eso es amor a nosc tros mismos y amor a uno mismo y al mundo: 694, 731, 4317, 5660. Del amor a uno mi mo y al mundo cuando se colocan en primer lugar proceden todos los males: 1307, 130 1321, 1594, 1691, 3413, 7255, 7376, 7480 *[7490]*, 7488, 8318, 9335, 9348, 10038, 10742; l que son el desprecio por los otros, la hostilidad, el odio, la venganza, la violencia y el en gaño: 6667, 7372 *[7370]*, 7374, 9348, 10038, 10742; y de estos dos males, fluye todo lo fa so: 1047, 10283, 10284, 10286.

sas en el amor a sí mismas, el amor a su prójimo comienza en el yo. Pretenden que todo el mundo es su prójimo, y desde ahí como centro alcanzan a todos los que se alían con ellos, con intensidad progresivamente menor en función del amor que une a los otros con ellos. Consideran a las personas que están fuera de ese grupo despreciables, y a quienes se oponen a ellos y a sus fechorías los consideran enemigos. No importa lo que realmente sean, sabios, rectos, honrados o justos.

El amor espiritual al prójimo comienza sin embargo con el Señor, y se extiende desde él como centro a todos los que están unidos a él por el amor y la fe. Su extensión depende de la cualidad del amor y la fe[c].

Vemos, pues, que el amor al prójimo que comienza por nosotros mismos es lo contrario de un amor al prójimo que comience por el Señor. El primero procede del mal, porque procede de lo que exigimos como nuestro, mientras que el último procede de lo que es bueno, porque procede del Señor, que es el bien mismo. Podemos ver también que un amor al prójimo que proceda de nosotros y de nuestra propia imagen es un amor físico, mientras que el amor al prójimo que procede del Señor es celestial.

[c] Quienes no saben qué es amar al prójimo piensan que todo el mundo es su prójimo y que todo el que está en necesidad debe ser ayudado: 6704. Creen también que nosotros somos nuestro propio prójimo, y que el amor hacia el prójimo comienza por lo anto por nosotros mismos: 6933. Quienes se aman a sí mismos sobre todas las cosas, quieles por consiguiente son gobernados por el amor a sí mismos, también piensan que el mor al prójimo empieza por ellos mismos: 8120 [6710]. Una explicación de la forma en ue somos nuestro prójimo: 6933-6938. Sin embargo, las personas que son cristianas y man a Dios sobre todas las cosas piensan que su amor al prójimo comienza por el Señor, orque él debe ser amado sobre todas las cosas: 6706, 6711, 6819, 6824. Hay tantos tipos iferentes de prójimo como diferentes tipos de bien procedentes del Señor, y el bien de- e ser hecho de manera diferente con cada individuo en función de la cualidad del esta- o de ese individuo, lo cual es un asunto de prudencia cristiana: 6707, 6709, 6710 [6711], 818. Existen muchísimas diferencias; por eso los pueblos precristianos, que sabían lo que ra el prójimo, clasificaban los actos de caridad en varios órdenes y les daban nombres que s permitían saber en qué forma una persona u otra era su prójimo y cómo debía ser ayuada con prudencia: 2417, 6629 *[6628]*, 6705, 7259-7262. La doctrina de las iglesias preristianas era una doctrina de caridad para con el prójimo, y ésa era la fuente de su sabiuría: 2385, 2417, 3419, 3420, 4844, 6628 *[6629]*.

En una palabra, cuando estamos absortos en el amor a nosotros mismos, éste constituye nuestra cabeza, y el amor celestial constituye los pies. Sobre ese amor celestial nos mantenemos en pie, y, si no nos sirve, lo pisoteamos. Por eso parece como si las personas que son arrojadas al infierno se tiraran de cabeza, con la cabeza hacia abajo y los pies hacia el cielo (véase *supra*, § 548).

559. Por naturaleza, el amor a uno mismo crece salvaje en la medida en que se aflojan las riendas, esto es, en la medida en que las trabas exteriores constituidas por el miedo a la ley y sus castigos, el miedo a perder la reputación, la estima, los beneficios económicos, la posición social y la vida desaparecen. Crece en estado salvaje hasta el punto de querer gobernar no sólo el conjunto del globo, sino incluso el cielo y al Señor. No conoce ningún freno, ningún límite. Está latente en todo el que está centrado en el amor a sí mismo aunque pueda no verse en el mundo, donde las trabas que hemos mencionado pueden retenerlo.

No podemos dejar de verlo en las personas que están en el poder y en los reyes que no tienen el freno que supone este tipo de trabas. Se lanzan salvajes a la conquista de tantos territorios y reinos como puedan y aspiran a un poder y una gloria ilimitados[289]. Esto es aún más claro en la moderna Babilonia[290], que extiende su control hasta el cielo y transfiere todo el poder divino del Señor a sí misma e incluso ansía más.

El lector puede ver en mi obra *El Juicio Final* que quienes son así se oponen diametralmente a lo Divino y al cielo y que prefieren el infierno cuando llegan a la otra vida después de la muerte.

560. Si imaginamos una comunidad constituida por personas de esta clase, todas completamente entregadas al amor a sí mismas, sin preocuparse por los demás a menos que sean sus aliados, veremos que su amor no es diferente del que se tienen los ladrones entre sí. En la medida en que actúan de acuerdo, se abrazan unos a otros y se llaman amigos; pero una vez que dejan de cooperar y rechazan cualquier subordinación entre ellos, se atacan y destrozan mutuamente. Si su naturaleza profunda –la mente– fuera explorada, se comprobaría que está llena de un odio virulento por los otros, que en el fondo ridiculiza todo lo justo y honrado, que ridiculiza incluso a la Deidad, desdeñándola como algo carente de valor. Esto se descubre más claramente en las comunidades de los infiernos, que se describirán más adelante.

561. Los niveles más profundos de los pensamientos y sentimientos de

quienes se aman a sí mismos sobre todas las cosas se vuelven hacia ellos mismos y el mundo, y se alejan, por tanto, del Señor y del cielo. Por eso tales individuos son presa de todo tipo de males y por eso la naturaleza divina no puede fluir en ellos. Esto se debe a que en el momento en que fluye, queda sumergida en pensamientos sobre el sí y profanada y saturada de los males que surgen del hecho de estar centrados en sí mismos. Por eso todos ellos se alejan del Señor en la otra vida, se dirigen hacia la oscuridad que ocupa allí el lugar del sol del mundo y que está en el lado opuesto al sol del cielo, que es el Señor (véase § 123, *supra*). Oscuridad significa mal, y el sol de nuestro mundo significa amor a uno mismo[d].

562. En términos generales, las características negativas de las personas centradas en el amor a sí mismos son desprecio por los otros, envidia, enemistad hacia cualquiera que no esté de su parte, y la consiguiente hostilidad; odios diversos, venganza, astucia, engaño, dureza y crueldad. En cuestiones religiosas, esto no sólo se extiende a un desprecio por lo Divino y los dones divinos que son los elementos buenos y verdaderos de la Iglesia, sino que comprende también una ira hacia tales cosas, ira que se transforma en odio cuando nos convertimos en espíritus. Entonces, no solamente no podemos oír hablar de esos asuntos, sino que nos inflamamos en odio contra todo aquel que reconoce y adora lo Divino.

Hablé con un hombre que había sido poderoso en el mundo y se había amado demasiado a sí mismo. Cuando oía tan sólo mencionar lo Divino –especialmente cuando oía el nombre del Señor– se sentía tan excitado por la cólera y el odio que se consumía con ideas de asesinato. Cuando se desataban las riendas de su perverso amor, incluso deseaba ser el mismo diablo para dar satisfacción a su amor mediante incesantes ataques al cielo. Muchos individuos de la religión papal sienten este deseo en la otra vida cuando comprenden que el Señor tiene todo el poder y que ellos no tienen ninguno.

563. Se me aparecieron algunos espíritus en la región occidental, hacia el sur, que decían que se les había concedido gran honor en el mundo y que merecían ser ascendidos por encima de los demás y tener poder

[d] El sol de nuestro mundo significa el amor a uno mismo: 2441. «Inclinarse al sol» Deuteronomio 4, 19; 17, 3] significa adorar las cosas que son contrarias al amor celestial al Señor: 441, 10584. El «sol que calienta» [Éxodo 16, 21] significa la aparición del deseo ardiente de mal: 8487.

sobre ellos. Fueron examinados por los ángeles para ver cómo eran interiormente, y resultó que en sus oficios terrenales no habían prestado ninguna atención al servicio a los demás, sino solamente a sí mismos, lo que significaba que se habían puesto a sí mismos antes que el servicio. Con todo, puesto que estaban inflamados con la ambición de ser ascendidos, se les permitió que se unieran a un grupo que discutía algunos asuntos importantes. Se puede decir que eran incapaces de prestar la menor atención a las cuestiones reales que se discutían y de ver ningún asunto en profundidad. No hablaban sobre la base de los sentimientos constructivos de la discusión, sino solamente sobre la base de su propio ego. Esta conducta estaba motivada por el deseo de congraciarse con ellos mismos; por eso, fueron despedidos y se les dejó para que buscaran oficio en cualquier otra parte. Entonces, se fueron más hacia occidente, donde se les aceptó en diversos lugares, pero en todos los casos se les dijo que no pensaban nada más que en sí mismos y que sólo pensaban en las cosas con relación a sí mismos. Esto significa que eran espíritus estúpidos, como espíritus carnales y sensuales. Dondequiera que llegaban, eran rechazados. Pasado un tiempo, estaban completamente arruinados y tuvieron que pedir limosna[291].

Una vez más vi así que no importa cuán sabiamente pueda parecer que se habla en el mundo desde el fuego del egoísmo, pues se trata simplemente de memoria rutinaria y no de luz racional. Por eso en la otra vida, cuando ya no se permite a esos espíritus recuperar las cosas de su memoria natural, son más estúpidos que los demás, porque están separados de lo Divino.

564. Hay dos clases de poder. Una procede del amor a nuestro prójimo y la otra del amor a nosotros mismos. En esencia, estas dos clases de poder son exactamente opuestas. Quienes tienen poder por amor al prójimo desean el bien de todos y no quieren otra cosa que ser útiles, esto es, servir a los otros (servir a los otros significa desear el bien y ayudar a los otros, ya sea la Iglesia, el país, la comunidad o los conciudadanos). Éste es su amor y el deleite de su corazón. Cuando esas personas son elevadas a posiciones importantes se regocijan, pero no por causa del honor sino de las cosas constructivas que pueden hacer en mayor medida y en un nivel superior. Este poder es como el de los cielos.

[2] En cambio, aquellos cuyo amor a sí mismos les lleva a conseguir poder, no desean el bien a nadie más que a sí mismos. Cualquier servi-

cio que realicen por los demás lo hacen en realidad por su propia estima y reputación, puesto que solamente eso les sirve. Ayudar a los otros es para ellos simplemente un medio de ser servidos, respetados y honrados. Se esfuerzan por conseguir un puesto elevado no por el bien que puedan hacer por su país y su Iglesia, sino para ser reconocidos y ensalzados y por tanto para deleite de su corazón.

[3] El amor al poder permanece con nosotros después de la muerte. Sin embargo, a aquellos cuya autoridad descansaba en el amor al prójimo se les encomienda el poder en los cielos. En realidad, no son ellos quienes tienen poder, sino los servicios que aman, y cuando rige el servicio, rige el Señor. Sin embargo, aquellos cuya autoridad en el mundo descansaba en su egoísmo, llegan al infierno después de su vida en este mundo y son allí miserables esclavos. He visto a personas poderosas cuya autoridad en el mundo había estado basada en su egoísmo, abandonados entre los más miserables, algunos de ellos viviendo en letrinas.

565. En cuanto el amor al mundo, no se opone tan fuertemente al amor celestial, porque en él no existen tantos males latentes.

El amor al mundo es querer desviar la riqueza de los demás hacia nosotros por cualquier medio. Es poner nuestro corazón en la riqueza y permitir que el mundo nos aparte del amor espiritual que es el amor al prójimo y por tanto al cielo y a lo Divino.

Este amor adopta muchas formas. Podemos amar la riqueza para ser elevados a rangos superiores simplemente porque nos gustan las posiciones elevadas. Podemos amar un rango y una posición elevados por la riqueza. Podemos amar la riqueza por los diversos placeres que procura en el mundo. Podemos amar la riqueza simplemente por la riqueza, es decir, por avaricia, etc. El objetivo de ser rico es la utilidad de la riqueza, y el objetivo o utilidad es lo que da a un amor su cualidad. Esto es, la cualidad de un amor está determinada por el objetivo que se pretende. Todo lo demás sirve de medio para ello.

El fuego del infierno y el crujir de dientes

566. Hasta ahora, apenas nadie conocía el significado del fuego eterno y el crujir de dientes que en la Palabra[292] se atribuye a quienes están en el infierno. Esto se debe a que se piensa de manera materialista sobre las afirmaciones de la Palabra, ignorando su sentido espiritual. Algunos piensan que el fuego es un fuego material, otros que es el tor-

mento en general, otros que son los remordimientos de conciencia, otros que no son más que palabras destinadas a provocar el miedo al mal en nosotros. Algunos piensan que el crujir de dientes es una especie de chirrido, otros que se trata solamente de una especie de escalofrío como el que sentimos cuando oímos ese tipo de ruido producido por los dientes.

Sin embargo, cualquiera que esté familiarizado con el sentido espiritual de la Palabra puede comprender lo que son el fuego eterno y el crujir de dientes, puesto que hay un sentido espiritual en cada expresión y en el significado de cada expresión en la Palabra. En el fondo, la Palabra es espiritual, y el sentido espiritual sólo se puede expresar para nosotros en términos naturales porque estamos en un mundo natural y pensamos sobre la base de lo que encontramos en él.

En las páginas siguientes explicaré, pues, que el fuego eterno y el crujir de dientes son lo que los seres perversos encuentran después de la muerte, o lo que experimentan sus espíritus una vez están en el mundo espiritual.

567. Hay dos fuentes de calor. Una es el sol del cielo, que es el Señor, y la otra es el sol de nuestro mundo. El calor que procede del sol del cielo o del Señor es calor espiritual, que en su esencia es amor (véase *supra*, §§ 126-140). El calor que procede del sol de nuestro mundo, sin embargo, es un calor natural que en su esencia no es amor, sino que sirve al calor o amor espiritual como receptáculo. Podemos deducir que en esencia el amor es calor del hecho de que nuestra mente *[animus]* y nuestro cuerpo se encienden a causa del amor y de acuerdo con su intensidad y cualidad. Esto nos sucede tanto en invierno como en verano. Podemos también observar el calor de nuestra sangre. En cuanto al hecho de que el calor natural que surge del sol del mundo sirve al calor espiritual como receptáculo, esto lo podemos deducir de que el calor del cuerpo es estimulado por el calor del espíritu y lo incita. Podemos fijarnos de forma particular en los efectos del calor de la primavera y el verano sobre todas las especies animales, con sus ciclos amorosos anuales. [2] No es que el calor natural *haga* que esto suceda, sino que dispone los cuerpos para que sean receptivos al calor que fluye a ellos desde el mundo espiritual. Vemos que el mundo espiritual fluye en el natural a la manera en que una causa fluye en su efecto. Quienes piensan que el calor natural crea estos amores están muy equivocados, puesto que el influjo procede del mundo es-

piritual hacia el mundo natural y no del mundo natural hacia el espiritual; y todo amor es espiritual porque es la esencia misma de la vida. [3] Por otra parte, quienes creen que algo sucede en el mundo natural aparte del influjo del mundo espiritual están también equivocados, puesto que los fenómenos naturales surgen y perduran solamente a partir de los espirituales. Incluso los elementos del reino vegetal obtienen su poder de germinación de esta clase de influjo. El calor natural de la primavera y el verano dispone simplemente las semillas en sus formas naturales hinchándolas y abriéndolas para que el influjo del mundo espiritual pueda tener su efecto causal.

Menciono todo esto para aclarar que existen dos tipos de calor, espiritual y natural, y que el calor espiritual procede del sol del cielo y el calor natural del sol del mundo, y que el influjo y la cooperación establecen los efectos que vemos ante nosotros en el mundo[a].

568. Para nosotros, seres humanos, el calor espiritual es el calor de la vida, porque como ya señalábamos es esencialmente amor. Este amor es lo que significa el fuego en la Palabra. El fuego celestial significa amor al Señor y amor al prójimo, y el fuego infernal significa amor a uno mismo y amor al mundo.

569. El fuego o amor infernal tiene el mismo origen que el fuego o amor celestial, a saber, el sol del cielo o el Señor. Sin embargo, es trocado en fuego infernal por aquellos que lo reciben, pues todo influjo del mundo espiritual varía en función de cómo es recibido o según las formas en las que fluye. Lo mismo sucede con el calor y la luz del sol del mundo. El calor que desde ese origen fluye en los árboles y las flores produce la vegetación y los aromas suaves y agradables. El mismo calor cuando fluye en el estiércol o en la carroña produce descomposición y un hedor repugnante. Igualmente, la luz del mismo sol produce sobre un objeto colores hermosos, adorables, mientras que sobre otro produce colores feos y desagradables. Sucede lo mismo con el calor y la luz del sol del cielo, que es amor. Cuando el calor o el amor fluye en recipientes buenos, como los hombres y los espíritus o ángeles buenos, hace fértil su

[a] Hay un influjo del mundo espiritual en el mundo natural: 6053-6058, 6189-6215, 6307-6327, 6466-6495, 6598-6626. Hay también un influjo en las vidas de los animales: 3650; y también en los elementos del reino vegetal: 3648. Este influjo es un esfuerzo constante por actuar de acuerdo con el orden divino: 6211, 6212.

bondad; mientras que cuando fluye en hombres perversos produce el efecto contrario. Su perversidad o lo sofoca o lo desvirtúa. Igualmente, cuando la luz del cielo fluye en las percepciones verdaderas a partir de una voluntad buena, produce inteligencia y sabiduría; pero cuando fluye en distorsiones malvadas, se torna allí locura y diversos tipos de ilusión. Todo depende de la recepción.

570. Como el fuego infernal es amor a uno mismo y al mundo, es también el anhelo de estos amores, puesto que el anhelo es el amor en su extensión. Todo lo que amamos, lo anhelamos constantemente, y es nuestro deleite, puesto que sentimos deleite cuando logramos lo que amamos o anhelamos. No hay ningún otro origen del deleite de nuestro corazón. Así pues, el fuego del infierno es el anhelo y placer que brota de la fuente de estos dos amores. Estos males[293] son desprecio de los otros enemistad y hostilidad hacia las personas que no nos apoyan, envidia odio y venganza; y violencia y crueldad como consecuencia. Respecto de lo Divino, son rechazo y el consiguiente desprecio, mofa y blasfemia de los valores sagrados de la Iglesia. Después de la muerte, cuando no convertimos en espíritus, se transforman en furia y odio contra dichos valores (véase *supra*, § 562).

Por otra parte, puesto que esos males alientan constantemente la muerte y destrucción de todo el que vemos como enemigo, de todo el que es blanco de ese odio y venganza ardientes, el deleite de nuestra vida es el deseo de destruir y matar, o, en la medida en que no podemos hacerlo, de hacer daño, herir y lacerar.

[2] Éstos son los significados del fuego en la Palabra cuando trata de la gente perversa y los infiernos. Me gustaría citar unos pasajes que lo apoyan:

> Porque todos son falsos y malignos, y toda boca habla despropósitos, porque la maldad se encendió como fuego, cardo y espinos devorará; y se encenderá en lo espeso del bosque, serán alzados como remolinos de humo; y será el pueblo como pasto del fuego; el hombre no tendrá piedad de su hermano (Isaías 9, 17-19 [9, 17-19]).

> Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo; el sol se convertirá en tinieblas (Joel 2, 30-31)[294].

Y su tierra [se convertirá] en brea ardiente. No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo (Isaías 34, 9-10).

Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará (Malaquías 4, 1)[295].

Ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios, y viendo el humo de su incendio dieron voces, y el humo de ella sube por los siglos de los siglos (Apocalipsis 18, 2. 18; 19, 2 [19, 3]).

Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo (Apocalipsis 9, 2).

Y de su boca [de los caballos] salían fuego, humo y azufre; por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca (Apocalipsis 11, 17-18 [9, 17-18]).

Si alguno adora a la bestia, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre (Apocalipsis 14, 9-10).

El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego, y los hombres se quemaron con gran calor (Apocalipsis 16, 8-]9).

Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre (Apocalipsis 19, 20; 20, 14-15; 21, 8).

Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego (Mateo 3, 10; Lucas 3, 9).

Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego (Mateo 13, 41-42. 50).

Entonces [el Rey] dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25, 4 [25, 41]).

Ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga (Marcos 9, 43-49; Mateo 18, 8-9).

Entonces él [el rico] dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí porque estoy atormentado en esta llama (Lucas 16, 24).

En estos y otros muchos pasajes el fuego significa el anhelo de amor a uno mismo y de amor al mundo, y el humo del fuego significa la falsedad que procede de ese mal.

571. Como el fuego del infierno significa el impulso de hacer los males incitados por el amor a uno mismo y al mundo, y como este tipo de impulso es característico de todos los que están en el infierno (véase el capítulo anterior), cuando se abren los infiernos se ve el tipo de fuego humeante que se ve en las conflagraciones. Un fuego intenso surge de los infiernos donde gobierna el amor a uno mismo, y un fuego vacilante de los infiernos donde gobierna el amor al mundo.

Cuando los infiernos se cierran, ese fuego no es visible. En su lugar hay algo oscuro, como un humo espeso. Sin embargo, ese fuego es furor en el interior, como se deduce del calor que irradia. Es como el calor de las ruinas después de una conflagración, o, en ocasiones, como el calor de un horno encendido, o, en otras, como el de un baño caliente. Cuando este calor fluye en nosotros despierta nuestros deseos: el odio y la venganza en las personas perversas, y la demencia en las enfermas.

Este tipo de fuego o de calor es característico de quienes están absortos en los amores anteriormente citados porque en espíritu están en contacto con esos infiernos aunque vivan todavía en sus cuerpos.

Debe saberse, sin embargo, que los habitantes de los infiernos no están realmente en el fuego. El fuego es apariencia. En realidad no sienten ninguna quemadura, solamente el tipo de calor que conocían en el mundo. La razón de que parezca ser fuego es la correspondencia, puesto que el amor se corresponde con el fuego, y todo lo que vemos en el mundo espiritual obtiene su forma visible de su correspondencia.

572. Deberíamos recordar que este fuego o calor infernal se transforma en un frío intenso cuando el calor fluye del cielo. Entonces los que están en el infierno tiritan como si tuvieran un frío febril y están en un tormento interior. Esto se debe a su absoluta oposición a lo Divino; y el calor del cielo, que es el amor divino, apaga el calor del infierno, que e

amor por uno mismo, y junto con él, apaga también el fuego de su vida. Esto es lo que provoca el frío, el temblor y el dolor. Y también provoca entonces oscuridad, locura y confusión.

Esto, sin embargo, no sucede muy a menudo; solamente cuando es necesario sofocar las rebeliones que se escapan de las manos.

573. Como el fuego del infierno significa todo el anhelo de hacer el mal que fluye del amor a uno mismo, ese mismo fuego significa también el tipo de tormento que se produce en los infiernos. Pues los impulsos que ese amor genera inducen a hacer daño a todos aquellos que no muestran respeto, deferencia o reverencia a uno mismo. En la medida en que su rabia es excitada, así como el odio y la venganza que proceden de la rabia, se dedican a atacar furiosamente a los demás. Cuando este impulso es inherente a todo el mundo en una comunidad en la que no existen coacciones externas, ni temor a la ley ni a la pérdida de la reputación, la posición social, el beneficio económico o la vida, todos atacan a todos con una malevolencia generalizada. El más fuerte vence y sojuzga a los demás, torturando alegremente a todo el que no se le rinde. Este último deleite está unido al deleite de la tiranía hasta el punto de que son de igual intensidad, pues el sadismo es inherente a la hostilidad, la envidia, el odio y la venganza, que, como ya se señaló, son los males del amor a la crueldad.

Todos los infiernos son comunidades de este tipo, por eso todo el que está allí gusta de odiar a los otros en su corazón y estallar con violencia siempre que tenga fuerza para hacerlo.

Estos actos de violencia y crueldad son lo que se quiere decir cuando se habla del fuego del infierno, porque son la consecuencia de sus obsesiones.

574. Expliqué anteriormente (*supra*, § 548) que los malos espíritus se arrojan voluntariamente al infierno, por tanto debo ahora explicar brevemente por qué sucede eso cuando existe un tormento tal en el infierno.

Cada infierno exhala un aura de los anhelos que obsesionan a sus moradores. Cuando esa aura es experimentada por las personas que están obsesionadas con un anhelo similar, toca su corazón y los llena de deleite, porque el anhelo y el deleite son inseparables, pues todo lo que anhelanos nos es delicioso. Por eso los espíritus se vuelven en esa dirección y son impulsados hacia allí por el deleite de su corazón. Sin embargo, no saben qué tipo de tormento existe en el infierno, y quienes lo saben si-

guen no obstante firmes en su anhelo. En el mundo espiritual todos somos incapaces de resistir a nuestros impulsos porque los impulsos proceden de nuestro amor, y el amor procede de nuestro deseo, y el deseo procede de nuestra naturaleza, y allí todos actuamos desde nuestra naturaleza.

[2] Así pues, cuando los espíritus voluntaria o libremente llegan a su infierno y entran en él, son aceptados de manera cordial al principio y piensan que han llegado a un lugar en el que estarán entre amigos. Esto dura solamente unas pocas horas. Durante ese tiempo, son examinados para descubrir cuál es su grado de astucia y, por tanto, de poder. Una vez se ha completado este examen comienzan los ataques de maneras diversas, haciéndose cada vez más fuertes e intensos. La intensificación tiene lugar a medida que se va avanzando más adentro en el infierno, puesto que cuanto más se avanza y más se adentra uno, más malvados son los espíritus. Después de estos ataques, los espíritus malvados comienzan a atormentar a los recién llegados con castigos, hasta que finalmente son reducidos a la esclavitud.

[3] Sin embargo, dado que siempre están brotando movimientos de rebelión (pues allí todo el mundo quiere estar por encima de los demás y arde en odio contra todos, lo que genera continuamente nuevas rebeliones), el panorama cambia constantemente.

Quienes fueron esclavizados son liberados y ofrecen su apoyo a algún nuevo diablo para el sojuzgamiento de los otros. Entonces, los que no se someten ni se rinden son torturados de maneras diversas, y así sucesivamente.

Éstos son los tormentos propios del infierno a los que se refiere la expresión «fuego del infierno».

575. El crujir de dientes, sin embargo, es el conflicto constante y la disputa de las falsas convicciones de cada uno con todos los demás (y, por lo tanto, la guerra de todos los que mantienen falsas convicciones) unido al desprecio hacia los otros, la hostilidad, la burla, la mofa y la blasfemia. Todo esto acaba estallando en diversos tipos de carnicería. Todo el que está allí defiende sus convicciones falsas y afirma que son verdaderas. Desde el exterior de los infiernos, estos conflictos y luchas suenan como crujir de dientes, y se transforman en crujir de dientes cuando las verdades del cielo afluyen al infierno.

En estos infiernos habitan todos los que reconocieron a la naturaleza y negaron lo Divino. Quienes de manera deliberada se convencieron a sí

mismos están en los infiernos más profundos. Como no pueden recibir ningún rayo de la luz del cielo y por lo tanto no ven nada dentro de sí mismos, la mayoría se centra en sus sentidos y en sus cuerpos. Éstos son los que no creen nada que no puedan ver con sus ojos y tocar con sus manos. Así pues, para ellos todas las ilusiones sensoriales son verdades en las que basan sus razonamientos. Por eso sus razonamientos suenan como el crujir de dientes. Por eso en el mundo espiritual todos los razonamientos falsos chirrían, y los dientes se corresponden con los aspectos más exteriores de la naturaleza y con nuestra naturaleza más exterior, que es la relacionada con nuestros sentidos y nuestro cuerpo[b].

Sobre el crujir de dientes en los infiernos, véase Mateo 8, 12; 13, 42. 50; 22, 13; 24, 51; 25, 30; y Lucas 13, 28.

La maldad y las indecibles artimañas de los espíritus infernales

576. Quien piense profundamente y sepa algo del funcionamiento de la mente humana puede ver y comprender hasta qué punto son superiores los espíritus en relación a los hombres. En un minuto podemos considerar, examinar y decidir en nuestra mente más de lo que podemos decir en un discurso o escribir en media hora. Esto nos muestra cuánto mejor somos cuando estamos en el espíritu y, por lo tanto, cuando nos convertimos en espíritus, puesto que es el espíritu el que piensa y el cuerpo lo que el espíritu utiliza para expresar sus pensamientos mediante las palabras o la escritura.

Por eso quienes se convierten en ángeles después de la muerte tienen acceso a una inteligencia y una sabiduría indescriptibles respecto de la inteligencia y sabiduría que tenían mientras vivían en el mundo. Mientras vivían en el mundo, sus espíritus estaban confinados en un cuerpo y por consiguiente en el mundo natural. Por eso, cuando el espíritu pensaba espiritualmente, los pensamientos fluían en conceptos naturales, relativa-

[b] Sobre la correspondencia de los dientes: 5565-5568. Las personas meramente sensoriales se corresponden con los dientes y apenas tienen alguna luz espiritual: 5565. En la Palabra, un diente [leemos *dens* en lugar del obviamente erróneo *Deus*, «Dios»] se refiere al nivel sensorial, que es el nivel más exterior de la vida humana: 9052, 9062. El crujir de dientes en la otra vida procede de las personas que atribuyen todo a la naturaleza y nada a lo Divino: 5568.

mente generales, vulgares y vagos. Esto significa que no estaban abiertos a los innumerables elementos característicos del pensamiento espiritual. Los sumergían también en la espesura de las preocupaciones mundanas. Es diferente una vez que el espíritu ha sido liberado del cuerpo y ha llegado a su estado espiritual propio, lo que sucede cuando pasa del mundo natural al mundo espiritual que es apropiado para él. Deducimos de lo que ya se ha dicho que su estado en relación a los pensamientos y sentimientos es mucho mejor que su estado anterior. Por eso los ángeles piensan pensamientos que son indecibles e indescriptibles, cosas que no pueden llegar a nuestros pensamientos naturales. Sin embargo, de hecho cada ángel nació como persona en la tierra y vivió como tal, y entonces no se consideraba más sabio que cualquier otro.

577. El nivel de sabiduría e inteligencia de los ángeles es también el nivel de malicia y astucia entre los espíritus infernales. Es más o menos igual porque una vez el espíritu humano es liberado de su cuerpo se dedica plenamente a su virtud o a su vicio. Un espíritu angélico se dedica a su virtud, y un espíritu infernal a su vicio, pues cada espíritu es realmente su propio bien o su propio mal, porque eso es su propio amor, como hemos dicho y explicado anteriormente en diversas ocasiones. Esto significa que así como los espíritus angélicos piensan, desean, hablan y actúan desde su bien, así los espíritus infernales hacen lo mismo desde su mal. Pensar, desear, hablar y actuar desde el mal es hacerlo sobre la base de todo lo que está implícito en el mal. [2] Era diferente mientras vivían en la carne, porque entonces el mal de sus espíritus estaba bajo las restricciones que se aplican a todo en razón de la ley, el dinero, la posición social, la reputación y el miedo a perder todas esas cosas. Por eso el mal de sus espíritus no podía salir y mostrarse en su verdadera realidad. Además, el mal de sus espíritus estaba entonces escondido por velos de integridad, honradez y rectitud externas, y del sentimiento por lo que es verdadero y bueno, cualidades que esas personas presentaban y simulaban en sus palabras por razones mundanas. El mal permanecía siempre tan escondido y velado que ellos mismos apenas sabían que había tanta maldad y astucia en sus espíritus, y que, por consiguiente, eran ya intrínsecamente los demonios en que se convertirían después de la muerte, cuando sus espíritus entraran en posesión de sí mismos y desplegaran su naturaleza propia.

[3] El tipo de maldad que sale entonces a la superficie excede tod

creencia. Hay miles de cosas que brotan entonces desde el mal, incluyendo algunas que no se pueden describir con las palabras de lengua alguna. Se me ha permitido conocerlo e incluso observarlo mediante muchas experiencias, porque el Señor me ha concedido estar en el mundo espiritual en cuanto a mi espíritu mientras estaba en el mundo natural en cuanto a mi cuerpo. Esto puedo testificar: su maldad es tan grande que apenas una milésima parte de ella se puede describir. Por otra parte, si el Señor no nos protegiera, nunca podríamos escapar del infierno; pues con cada uno de nosotros hay espíritus del infierno y ángeles del cielo (véase §§ 292-293). Además, el Señor no puede protegernos a menos que reconozcamos lo Divino y llevemos una vida de fe y caridad. De otra manera, nos alejamos del Señor y nos dirigimos hacia los espíritus infernales y, por consiguiente, absorbemos en el espíritu el mismo tipo de maldad. [4] Sin embargo, el Señor nos aparta constantemente de los males que asimilamos y que atraemos asociándonos con esos espíritus, y nos conduce, si no por las restricciones interiores de la conciencia (que no aceptamos si negamos lo Divino), por las restricciones exteriores ya enumeradas: el miedo a las leyes y sus castigos, a la pérdida de dinero, de posición social y reputación. Las personas de este tipo pueden ser separadas de los males mediante los deleites de su amor y el miedo a perder esos deleites, pero no pueden ser introducidas en las virtudes espirituales. En la medida en que son introducidas en ellas, las convierten en engaños y artimañas pretendiendo ser buenos, honrados y justos con vistas a convencer y engañar a los otros. Este engaño se añade al mal de sus espíritus y le da forma, prestando su propia naturaleza al mal.

578. Los peores de todos son todos aquellos que han estado absortos en ocupaciones perversas debido a su amor a sí mismos y cuyo comportamiento interior ha sido siempre engañoso. Esto se debe a que el engaño impregna completamente sus pensamientos e intenciones y los infecta con veneno, destruyendo toda su vida espiritual. La mayoría de ellos están en los infiernos hacia la parte posterior y son llamados demonios. Se deleitan de manera particular en hacerse imperceptibles y flotar alrededor de los otros como fantasmas, haciendo daño de manera encubierta, vaporizando el mal a su alrededor como el veneno de las serpientes. Estos son torturados más severamente que otros.

En cambio, aquellos que no han sido mentirosos sino que han ido allí por su pérfida astucia y están sumidos en esos males a causa de su egoís-

mo, se encuentran también hacia la parte trasera, pero no tan abajo. Quienes están en estos males debido a su amor al mundo están hacia la parte delantera de los infiernos, y son llamados espíritus. No tienen el mismo tipo de males, el mismo tipo de odio y venganza que quienes están enredados en el amor a sí mismos, por eso no tienen el mismo tipo de maldad y de astucia. En consecuencia, sus infiernos son más suaves.

579. Se me ha permitido descubrir desde la experiencia la naturaleza de la maldad de las personas a las que nos referimos como demonios. Los demonios no fluyen en los pensamientos de los seres humanos, sino en sus sentimientos. Los observan y olfatean a la manera en que los perros olfatean a los animales salvajes en el bosque. Cuando observan buenos sentimientos, los transforman instantáneamente en malos utilizando deleites de otras cosas diferentes para extraviarles así de forma asombrosa. Lo hacen tan sutilmente y con una astucia tan malvada que la víctima nc se da cuenta de nada. Se cuidan especialmente de impedir que algo se entrometa en el pensamiento porque eso los pondría de manifiesto. En nuestro caso, se instalan cerca de la parte posterior de la cabeza.

Éstos son los que, en el mundo, sedujeron con engaños las mentes de los otros, utilizando los deleites de sus sentimientos o de sus impulsos para descarriarlos y pervertirlos.

Sin embargo, el Señor mantiene a estos espíritus alejados de cualquiera para el que haya alguna esperanza de reforma, pues no sólo pueden destruir la conciencia, sino también despertar los males heredados, que de otra manera estarían ocultos. Por eso, para impedirles que nos hagan caer en esos males, el Señor se asegura de que esos infiernos estén completamente cerrados. Cuando las personas de esa naturaleza llegan a la otra vida después de la muerte, son arrojadas inmediatamente a su infierno. Cuando se las examina parecen serpientes por su engaño y astucia.

580. Se puede deducir de sus artes incalificables cómo es la maldad de estos espíritus infernales. Tan numerosas son esas artes que enumerarlas llenaría todo un libro y describirlas exigiría volúmenes enteros. La mayor parte de ellas son desconocidas en el mundo. Una clase tiene que ver con el mal uso de las correspondencias; una segunda clase, con el mal uso de las características más superficiales del orden divino; una tercera, con la participación y la instilación de pensamientos y sentimientos de distracción, fijándolos interiormente, y la utilización de espíritus-señuelo a como de emisarios; una cuarta clase, con la manipulación mediante alu

cinaciones; una quinta clase, con proyecciones exteriores que permiten a los espíritus estar fuera de sus cuerpos; una sexta, con diversos tipos de imitación, persuasión y simulación[296].

Los espíritus de la gente perversa participan en esas artes de manera espontánea cuando son liberados de sus cuerpos. Estas artes son inherentes al mal en el que ellos se sumen.

Utilizan esas artes para torturarse mutuamente en los infiernos. Sin embargo, puesto que, con la excepción de las diferentes variedades de imitación, persuasión y simulación, tales artes son desconocidas en el mundo, me abstengo de describirlas en detalle, tanto porque no serían comprendidas como porque son inexplicables.

581. La razón de que el Señor permita las torturas en los infiernos es que no existe ninguna otra forma de que los espíritus malignos puedan ser controlados y subyugados. El miedo al castigo es el único medio de controlarlos y subyugarlos y mantener reprimida a la turba infernal. No hay ninguna otra forma, pues si no fuera por el miedo al castigo y la tortura, la maldad se transformaría en rabia y lo destruiría todo, como sucedería en cualquier reino de la tierra en el que no hubiera ni ley ni castigo.

Apariencia, situación y número de los infiernos

582. En el mundo espiritual, el mundo donde viven ángeles y espíritus, las cosas son más o menos iguales a las del mundo natural en que vivimos, tan similares que a primera vista no parece existir diferencia alguna. Allí se ven planicies, montañas, colinas y acantilados con valles entre ellos; se ven masas de agua y muchas otras cosas de las que encontramos en la tierra. Sin embargo, todas ellas proceden de una fuente espiritual, por eso son visibles a los ojos de los espíritus y los ángeles pero no a los nuestros, porque nosotros estamos en un mundo natural. Las personas espirituales ven las cosas que proceden de una fuente espiritual, y las personas naturales ven las cosas que proceden de una fuente natural. Esto significa que no hay ninguna manera de que nuestros ojos vean las cosas del mundo espiritual a menos que se nos permita estar en el espíritu, o bien una vez que nos hayamos convertido en espíritus después de la muerte. Por otra parte, los ángeles y los espíritus son completamente incapaces de ver nada en el mundo natural a menos que estén con alguno de nosotros a quien se le haya permitido hablar con ellos. Nuestros ojos están adaptados para recibir la luz del mundo natural, y los ojos de los ángeles y es-

píritus están adaptados para recibir la luz del mundo espiritual; sin embargo, los dos tipos de ojos parecen exactamente iguales.

Los seres naturales no pueden comprender que el mundo espiritual sea así, y los que están centrados en los sentidos todavía menos, pues éstos no creen en nada a menos que puedan verlo con sus ojos físicos y tocarlo con sus manos. Esto significa que creen solamente en lo que perciben mediante la vista y el tacto y que piensan sobre esa base; por eso su pensamiento es material y no espiritual.

Debido a esta semejanza entre el mundo espiritual y el mundo natural es difícil hacer comprender a algunos que, una vez muertos, no están ya en el mundo en que nacieron, en el mundo que acaban de dejar; por eso consideran la muerte nada más que como el paso de un mundo a otro semejante.

Sobre este tipo de semejanza entre los dos mundos, véase el análisis de las representaciones y apariencias en el cielo (*supra*, §§ 170-176).

583. Allí, los cielos están en el terreno más elevado, el mundo de los espíritus en las zonas inferiores y debajo de ambos se encuentran los infiernos.

En el mundo de los espíritus los cielos no son visibles para los espíritus a menos que su vista interior haya sido abierta. A veces, aparecen como blancas y centelleantes nubes. Los ángeles del cielo están en un estado más interior con respecto a su inteligencia y sabiduría, por eso están más allá de la vista de los hombres en el mundo de los espíritus.

Los espíritus que están en las llanuras y en los valles pueden verse entre sí, aunque, cuando se los separa (lo que sucede cuando son introducidos en sus naturalezas interiores), los espíritus malignos no ven a los buenos. Sin embargo, los buenos pueden ver a los malignos, pero se alejan de ellos, y los espíritus que se alejan se vuelven difíciles de ver.

Los infiernos mismos, sin embargo, no son visibles, porque están cerrados. Lo único que se puede ver son las entradas, llamadas «puertas» cuando se abren para admitir a espíritus como los que ya están allí. Todas las puertas de los infiernos se abren por la parte del mundo de los espíritus, ninguna por la del cielo.

584. Hay infiernos en todas partes. Están debajo de las montañas, colinas y acantilados y debajo de las llanuras y los valles. Las aberturas puertas de los infiernos que están debajo de las montañas, las colinas y los acantilados parecen a primera vista grietas o fisuras en las rocas. Algun

son bastante anchas y están abiertas, otras son estrechas y reducidas, y muchas de ellas accidentadas. Todas parecen oscuras y tenebrosas cuando se las mira, aunque los espíritus infernales que viven allí tienen esa clase de luminosidad que se asemeja a la de carbones ardientes. Sus ojos están adaptados a la recepción de ese tipo de luz. Esto se debe a que cuando vivían en el mundo estaban en oscuridad respecto de las verdades divinas, puesto que las negaban, pero estaban en una especie de luz en cuanto a sus falsas convicciones porque las afirmaban, lo que da a su vista la forma que tiene. Por eso la luz del cielo es oscuridad para ellos, y por eso cuando salen de sus cuevas no pueden ver nada. Esto deja perfectamente claro que estamos en la luz del cielo en la medida en que hemos reconocido lo Divino y hemos afirmado en nuestro interior los valores del cielo y de la Iglesia. Entramos en la oscuridad del infierno en la medida en que hemos negado lo Divino y afirmado dentro de nosotros los valores contrarios a los del cielo y la Iglesia.

585. Las entradas o puertas de los infiernos que están bajo las llanuras y valles tienen formas diferentes. Algunas son como las que están bajo las montañas, colinas y acantilados; otras son como cuevas y cavernas; unas, como grandes simas, ciénagas y pantanos; otras, como charcas estancadas. Todas están ocultas y son visibles únicamente cuando los espíritus malignos son arrojados allí desde el mundo de los espíritus. Cuando se abren, sale de allí algo semejante al fuego humeante que vemos en los incendios, o como una llama sin humo, o como esa especie de hollín que sale de una chimenea prendida, o como una oscura nube de tormenta. He oído que los espíritus malignos ni ven ni sienten esto porque cuando están en ello están en su elemento y por tanto en el deleite de su vida. Esto se debe a que esas apariencias corresponden a los males y distorsiones en que están absortos, correspondiendo el fuego a su odio y su venganza, y el humo y el hollín a sus distorsiones consiguientes, la llama a los males de su amor a sí mismos, y la oscura nube de tormenta a las distorsiones que de ello se siguen.

586. Se me ha permitido examinar los infiernos y ver cómo estaban allí dentro, pues cuando place al Señor un espíritu o un ángel que esté arriba puede explorar visualmente los abismos y examinar su naturaleza sin encontrar obstáculo alguno. También a mí se me ha permitido explorarlos de esa forma. Algunos infiernos me parecían como cuevas y cavernas que se adentraban en los acantilados y luego se inclinaban hacia los abismos oblicua o verticalmente.

Otros infiernos parecían como las guaridas o cuchitriles de los animales salvajes en la selva, otros como las cámaras y criptas abovedadas que se encuentran en las minas, con túneles que conducen hacia abajo. Muchos de los infiernos son triples. Los superiores son oscuros en su interior porque a sus habitantes les gustan las distorsiones malignas. Los inferiores sin embargo son llameantes, porque sus habitantes están entregados al mal en sí mismo. En realidad, la oscuridad se corresponde con las distorsiones malignas, y el fuego con el mal real. Esto es, los habitantes de los infiernos más profundos son los que actúan desde el mal en un nivel profundo, mientras que las personas de los infiernos que no están a tanta profundidad actúan desde los males en un nivel más superficial, esto es, sobre la base de sus distorsiones malignas.

En algunos infiernos se puede ver algo como las ruinas de casas y ciudades después de un fuego, donde viven y se ocultan los espíritus infernales.

En los infiernos más suaves se pueden ver chozas toscas, en ocasiones agrupadas formando algo parecido a una ciudad, con calles y callejones. En estas casas están los espíritus infernales, con disputas, hostilidades, peleas y violencias constantes. Las calles y callejuelas están llenas de ladrones y atracadores.

En algunos infiernos no hay nada sino burdeles de aspecto repugnante y llenos de todo tipo de suciedades y excrementos.

Hay también bosques oscuros donde los espíritus infernales merodean como animales salvajes; y hay cuevas subterráneas adonde huyen cuando son amenazados por otros. Hay también zonas desiertas en las que todo es árido y arenoso, con acantilados pedregosos aquí y allá, con cuevas en su interior, y también con chozas diseminadas por los alrededores. A estos lugares desérticos son exiliados de los infiernos quienes han sufrido hasta el límite, especialmente quienes en el mundo fueron más astutos que los otros en las artes de la manipulación y la intriga. Este tipo de vida es su suerte final.

587. En cuanto a la situación de los infiernos específicos, nadie puede conocerla, ni siquiera un ángel del cielo, sólo el Señor. Aunque, de manera aproximada, se conoce su situación por la región en que se encuentran. Como los cielos, los infiernos se diferencian en regiones; y en el mundo espiritual, las regiones están delimitadas en función de los amores, porque todas las regiones del cielo arrancan del Señor como sol, que

es el oriente. Así pues, puesto que los infiernos son lo opuesto a los cielos, sus regiones comienzan desde el lado opuesto, el oeste. Sobre este tema, véase el capítulo sobre las cuatro regiones del cielo (§§ 141-153). [2] Por eso los infiernos de la región occidental son los peores y los más temibles de todos, peores y más temibles cuanto más alejados se encuentran del este. Los habitantes de esos infiernos son personas que estuvieron absortas en el amor a sí mismas en el mundo y, por consiguiente, en el desprecio por los otros, en la hostilidad hacia quienes no les apoyaban, y en el odio y la venganza contra quienes no les admiraban y veneraban. En las regiones más alejadas viven las personas de la llamada religión católica que quisieron ser adoradas como dioses y que, por lo tanto, ardían en odio contra todo el que no reconociera su poder sobre las almas humanas y sobre el cielo. Tienen el mismo tipo de animosidad –el mismo tipo de odio y de venganza– hacia quienes se les oponen que tenían en el mundo. Se deleitan de manera especial en la crueldad, pero en la otra vida esto se vuelve contra ellos; pues en sus infiernos (y la región occidental está llena de ellos) se encolerizan entre sí porque todos pretenden poseer el poder divino. Se dice más sobre esto en mi obra *El Juicio Final.*

[3] Sin embargo, no podemos saber cómo están dispuestos los infiernos en esta región, solamente que los más espantosos están fuera, en la región norte, y los menos espantosos, hacia la región sur. Esto es, el horror de los infiernos disminuye de la región norte a la sur, y también, sucesivamente, a medida que se avanza hacia el este. Los que están hacia el este son aquellos que fueron insensatos y no creyeron en lo Divino, pero que no se entregaron al odio, la venganza o el engaño a que se entregaron los que están a mayor profundidad en la región occidental.

[4]. Actualmente, no hay infiernos en la región oriental. Las personas que allí estaban han sido trasladadas a la parte delantera de la región occidental.

Hay un buen número de infiernos en las regiones norte y sur. Allí la gente está absorta en el amor al mundo durante su vida y, por lo tanto, en diversos tipos de mal como la enemistad, la hostilidad, el engaño, el robo, el fraude, la avaricia y la inmisericordia. Los peores infiernos de esta clase están en la región norte y los más suaves en la sur. Su espanto aumenta cuanto más cerca están de la región occidental y más se alejan del sur, y disminuye hacia el este y también hacia el sur.

Detrás de los infiernos de la región occidental hay selvas densas don-

de los espíritus malignos vagan como animales salvajes, y sucede más o menos lo mismo en los infiernos de la región norte. Detrás de los infiernos de la región sur, hay desiertos como los descritos. Esto en cuanto a la situación de los infiernos.

588. En cuanto al número de infiernos, existen tantos como comunidades angélicas hay en los cielos, porque cada comunidad infernal se corresponde inversamente con cada comunidad celestial. Expliqué en el capítulo sobre las comunidades que constituyen el cielo (§§ 41-50) y en el capítulo sobre la inmensidad del cielo (§§ 415-420) que existen innumerables comunidades celestiales, todas diferenciadas en función de sus virtudes de amor, caridad y fe. Lo mismo es cierto para las comunidades infernales, que se diferencian en función de los males opuestos a aquellas virtudes.

[2] Hay una variedad infinita de todo tipo de mal, lo mismo que de todo tipo de bien. No comprenden esto quienes tienen solamente conceptos simplistas de males particulares como el desprecio, la hostilidad, el odio, la venganza, el engaño y cosas semejantes; pero hay que comprender que cada uno de éstos contiene numerosas formas diferentes, cada una de las cuales contiene a su vez formas particulares o distintivas, de modo que un volumen entero no sería suficiente para enumerarlas. Los infiernos están tan claramente ordenados de acuerdo con las características distintivas del mal de cada uno que nada podría estar dispuesto de manera más clara y definida. Podemos deducir de esto que están más allá de cualquier contabilidad, próximos o alejados unos de otros en función de las diferencias generales, específicas y particulares de sus males.

[3] Por otra parte, hay infiernos debajo de los infiernos. Algunos se comunican entre sí con un intercambio constante, muchos por emanaciones, todos de estricto acuerdo con las afinidades que tienen unos y otros en cada género y especie de mal.

Se me ha dado una idea sobre el número de los infiernos por el conocimiento de que hay infiernos debajo de cada montaña, colina y acantilado, de cada llanura y de cada valle, y que se extienden a lo largo, a lo ancho y en profundidad. En resumen, es como si todo el cielo y todo el mundo de los espíritus estuvieran sobre un infierno continuo excavado bajo ellos. Esto en cuanto al número de los infiernos.

El equilibrio entre el cielo y el infierno

589. Para que algo venga a la existencia, es necesario un equilibrio entre todas las cosas. Si no existe equilibrio, no hay acción y reacción porque el equilibrio se produce entre dos fuerzas, una que actúa y otra que reacciona. El estado de reposo que surge de una acción y una reacción semejantes se denomina equilibrio.

En el mundo natural, hay un equilibrio entre todas las cosas. Existe de forma general en las atmósferas, donde las capas inferiores reaccionan y resisten en la medida en que las capas superiores actúan y presionan. En el mundo natural también hay estados de equilibrio entre el calor y el frío, la luz y la oscuridad, lo seco y lo húmedo. Su condición media es el punto de equilibrio. Hay también equilibrio entre los miembros de los tres reinos de la tierra, mineral, vegetal y animal; pues nada ocurriría en esos reinos si no fuera por el equilibrio. En todas partes existe un tipo de esfuerzo que actúa desde un lado y otro que reacciona desde el otro.

[2] Cada acontecimiento, o cada resultado, se produce en un equilibrio, es decir, por una fuerza que actúa y otra que permite que se actúe sobre ella, o por una fuerza que fluye activamente y otra que acepta y cede de manera apropiada.

En el mundo natural, lo que actúa y reacciona se denomina fuerza o energía[297], pero en el mundo espiritual lo que actúa y reacciona se denomina vida y voluntad. Allí la vida es una fuerza viva y la voluntad una energía viva, y el equilibrio real se denomina estado de libertad. Este equilibrio espiritual o libertad se produce, pues, entre el bien que actúa desde un lado y el mal que reacciona desde el otro, o desde el mal que actúa desde un lado y el bien que reacciona desde el otro. [3] El equilibrio entre el bien activo y el mal reactivo se aplica a los justos, y el equilibrio entre el mal activo y el bien reactivo se aplica a los malvados. La razón de que el equilibrio espiritual sea entre bien y mal es que toda vida humana tiene que ver con el bien y el mal, y nuestra voluntad es su receptáculo.

Hay también un equilibrio entre la verdad y la falsedad, pero este equilibrio es secundario con respecto al que existe entre el bien y el mal. El equilibrio entre la verdad y la falsedad es como el equilibrio entre la luz y la oscuridad, cuyo efecto sobre los miembros del reino vegetal depende de la cantidad de calor o frío que hay en la luz o en la oscuridad. Se puede decir que la luz y la sombra no realizan nada, sino sólo el calor

que las acompaña, como puede deducirse de la cantidad igual de luz y oscuridad en invierno y en primavera.

La comparación de la verdad y la falsedad con la luz y la oscuridad radica en su correspondencia, dado que la verdad se corresponde con la luz y la falsedad con la oscuridad, y el calor se corresponde con la bondad del amor. Además, la luz espiritual es verdad, la oscuridad espiritual es falsedad, y el calor espiritual es la bondad del amor (sobre esto, véase el capítulo sobre la luz y el calor en el cielo, §§ 126-140).

590. Hay un equilibrio constante entre el cielo y el infierno. El esfuerzo de hacer el mal emana constantemente hacia arriba desde el infierno, y el esfuerzo de hacer el bien emana hacia abajo constantemente desde el cielo. El mundo de los espíritus está en este equilibrio (sobre su situación a medio camino entre el cielo y el infierno, véase *supra*, §§ 421-431).

La razón de que el mundo de los espíritus esté en este equilibrio e que después de la muerte entramos inicialmente en el mundo de los espíritus, donde nos mantenemos en el mismo estado en que estábamos en el mundo, lo que no podría suceder a menos de que existiera allí un equilibrio perfecto. Esto permite que se examine la condición de cada unc puesto que mantenemos la misma libertad que teníamos en el mundo. E equilibrio espiritual es un estado de libertad para nosotros y para los espíritus, como ya se señaló antes (§ 589).

Los ángeles del cielo pueden reconocer qué clase de libertad tiene las personas por una comunicación de sentimientos y los consiguiente pensamientos. También se hace visible a los espíritus angélicos por el camino que sigue cada cual, con los espíritus buenos siguiendo caminc que conducen al cielo y los espíritus malvados siguiendo caminos qu llevan al infierno. Estos caminos son realmente visibles en ese mundo, por eso los caminos significan en la Palabra las verdades que conduce a lo que es bueno, o, en sentido opuesto, las falsedades que llevan a l que es malo. También por eso ir a alguna parte, caminar y viajar signi fican en la Palabra los procesos de la vida[a]. Con frecuencia se me ha per

[a] Viajar significa en la Palabra un proceso de vida, como también ir a algún lado: 333 4375, 4554, 4585, 4882, 5493, 5606 *[5605]*, 5996, 5181 *[8181]*, 8345, 8397, 8417, 8420, 855 Ir y caminar con el Señor es aceptar la vida espiritual y vivir con él: 10567. Caminar vivir: 519, 1794, 8417, 8420.

mitido ver caminos como ésos, con espíritus caminando libremente por ellos, de acuerdo con sus sentimientos y los consiguientes pensamientos.

591. La razón de que el mal esté emanando continuamente hacia arriba desde el infierno y el bien emanando hacia abajo desde el cielo es que cada uno está rodeado por una atmósfera espiritual, atmósfera que fluye como en oleadas desde la vida de nuestros sentimientos y sus pensamientos[b]. Por otra parte, puesto que este tipo de aura fluye desde cada individuo, fluye también desde cada comunidad celestial y desde cada comunidad infernal, por consiguiente de todo el mundo al mismo tiempo, o desde todo el cielo y todo el infierno. La razón de que el bien fluya del cielo es que allí todo el mundo está envuelto en lo que es bueno, y la razón de que el mal fluya desde el infierno es que allí todo el mundo está envuelto en lo que es malo[298]. Todo el bien que procede del cielo es del Señor, puesto que los ángeles que están en los cielos son preservados del ego y se mantienen en la imagen del Señor, que es la bondad misma. Por otra parte, todos los espíritus que están en los infiernos están en su ego, y el ego de cada cual no es nada más que mal; y puesto que no es nada más que mal, es el infierno[c].

Podemos deducir de esto que el equilibrio que mantienen los ángeles en los cielos y los espíritus en los infiernos no es como el equilibrio que se alcanza en el mundo de los espíritus. El equilibrio de los ángeles en los cielos depende de hasta qué punto se hayan dejado absorber por el bien y hayan vivido en el bien en el mundo, y por tanto de cuánto se opusieron al mal; mientras que el equilibrio de los espíritus en el infierno depende de hasta qué punto se hayan dejado absorber por el mal o hayan

[b] Una atmósfera espiritual fluye en oleadas desde cada ser humano, espíritu y ángel, y los rodea: 4464, 5179, 7454, 8630. Fluye desde la vida de nuestros sentimientos y sus pensamientos: 2489, 4464, 6206-6207. La cualidad de los espíritus puede ser discernida a distancia por sus auras: 1048, 1053, 1316, 1504. Las auras de los réprobos chocan con las de los justos: 1695, 10187, 10312. Las auras tienen un amplio alcance en las comunidades angélicas, dependiendo del tipo y cantidad de su bien: 6598-6613, 8063, 8794, 8797; y en las comunidades infernales dependiendo del tipo y cantidad de su mal: 8794, 8797.

[c] Nuestro propio ego no es nada más que mal: 210, 215, 731, 874-876, 987, 1047, 2307, 3318 *[2308]*, 3518, 3701, 3812, 8480, 8550, 10283, 10284, 10286, 10731 *[10732]*. Nuestro ego es el infierno para nosotros: 694, 8480.

vivido en el mal en el mundo, y por tanto de cuánto han resistido al bien, en el corazón y en el espíritu.

592. Si el Señor no gobernara los cielos y los infiernos, no existiría ningún equilibrio; y si no existiera ningún equilibrio, no existiría ni cielo ni infierno. Absolutamente todo en el universo, todo lo que hay en el mundo natural y todo lo que hay en el mundo espiritual, está constituido por un equilibrio. Cualquier persona racional puede comprender esto. Si un lado predomina sobre el otro sin que éste le ofrezca ninguna resistencia, ¿no serán ambos destruidos? Esto es lo que sucedería en el mundo espiritual si el bien no reaccionara contra el mal y no reprimiera constantemente sus rebeliones. A menos que el poder divino, y no otro, haga esto, el cielo y el infierno perecerán, y con ellos todo el género humano. Digo «el poder divino y no otro» porque la individualidad de cada ángel, de cada espíritu y de cada uno de nosotros no es otra cosa sino mal (véase *supra*, § 591). Esto significa que ningún ángel ni espíritu puede resistir las influencias malignas que constantemente alientan desde los infiernos, puesto que todos nosotros nos inclinamos hacia el infierno debido a nuestro ego. Vemos así que si el Señor solo no gobernara los cielos y los infiernos, no habría salvación para nadie.

No sólo eso, sino que todos los infiernos actúan al unísono porque las energías malignas de los infiernos están todas interrelacionadas, a la manera en que lo están las energías buenas en los cielos; y nada sino el solo poder divino puede resistir todos los incontables infiernos que actúan de acuerdo contra el cielo y todos sus habitantes. Ese poder divino único emana del Señor.

593. El punto de equilibrio entre los cielos y los infiernos fluctúa de arriba abajo dependiendo del número de personas que entran en el cielo y que entran en el infierno, que viene a ser de miles cada día. Saber y comprender esto, ajustar y centrar el fiel de la balanza, es algo que ningún ángel puede hacer, solamente el Señor, puesto que la naturaleza divina emanante está presente en todas partes y en todas partes observa cada desviación. Los ángeles sólo ven lo que está a su alrededor, y ni siquiera sienten en sí mismos lo que sucede en su propia comunidad.

594. Todo en los cielos y en los infiernos está tan bien dispuesto que cada individuo está en un equilibrio personal. Podemos deducir esto, en alguna medida, de lo que ya se dijo respecto de los cielos y los infiernos. Esto es, todas las comunidades del cielo están diferenciadas de manera

muy precisa según los géneros y especies de sus bienes, y todas las comunidades del infierno según los géneros y especies de sus males. Por otra parte, hay una comunidad infernal correspondiente debajo de cada comunidad celestial, y esta correspondencia por oposición produce un equilibrio. Así pues, el Señor está asegurando constantemente que la comunidad infernal que está bajo una comunidad celestial no se haga demasiado fuerte. En la medida en que alguna empieza a hacerse demasiado fuerte, es controlada por diversos medios y se restablece el equilibrio de la relación. Mencionaré solamente algunos de los numerosos medios que se utilizan para ese fin. Algunos implican una presencia más fuerte del Señor. Otros suponen una comunicación más estrecha y la unión de una o más comunidades con otras. Otros, el exilio de algunos de los superabundantes espíritus infernales a lugares desiertos, o la transferencia de un infierno a otro, o también la reorganización de los habitantes de los infiernos, lo que se realiza de diversas maneras. Algunos suponen el ocultamiento de algunos infiernos bajo cubiertas más gruesas y pesadas, o su envío a lugares más profundos. Y hay todavía otros medios utilizados por los cielos que están sobre los infiernos.

Menciono esto para que se comprenda en alguna medida que solamente el Señor se encarga de mantener el equilibrio entre el bien y el mal en todas partes, y por tanto entre el cielo y el infierno. De este tipo de equilibrio depende la salvación de todos en los cielos y en la tierra.

595. Debe saberse que los infiernos están atacando constantemente el cielo y tratando de destruirlo y que el Señor lo protege constantemente preservando a sus habitantes de los males que se derivan de su preocupación por sí mismos y manteniéndolos inmersos en el bien que procede de él. A menudo se me ha concedido experimentar el aura que irradia de los infiernos, un aura de esfuerzos por destruir la naturaleza divina del Señor y por tanto también el cielo. A veces también he percibido fuerzas que bullen desde ciertos infiernos, generadas por los esfuerzos por liberarse y sembrar la destrucción. Por otra parte, los cielos no atacan nunca a los infiernos, puesto que el aura divina que emana del Señor es un esfuerzo constante por salvar a todo el mundo. Como los habitantes de los infiernos no pueden ser salvados (pues todos los que allí están se encuentran absortos en el mal y se oponen a la naturaleza divina del Señor), los ataques en el infierno se mantienen tan a raya como es posible, y la violencia recíproca es restringida para que no vaya más allá de ciertos límí-

tes. También esto se realiza por las innumerables formas que tiene lo Divino de ejercer su poder.

596. Los cielos están diferenciados en dos reinos, el reino celestial y el reino espiritual (véase *supra*, §§ 20-28). Igualmente, los infiernos se diferencian en dos reinos, uno opuesto al reino celestial y otro opuesto al reino espiritual. El opuesto al reino celestial está en la región occidental, y quienes viven allí son llamados demonios; mientras que el opuesto al reino espiritual está en la región norte y en la sur, y quienes viven allí son llamados espíritus.

Todos los habitantes del reino celestial están inmersos en el amor al Señor, y todos los habitantes de los infiernos opuestos a ese reino están inmersos en el amor a sí mismos. Todos los que están en el reino espiritual están inmersos en el amor al prójimo, y todos los que están en los infiernos opuestos a ese reino están inmersos en el amor al mundo. Esto me ha permitido ver que el amor al Señor y el amor a uno mismo son opuestos, como lo son el amor al prójimo y el amor al mundo.

El Señor cuida constantemente de que nada fluya desde los infiernos opuestos al reino celestial del Señor hacia los habitantes del reino espiritual. Si eso sucediera, el reino espiritual sería destruido, por las razones expuestas *supra*, en los §§ 578-579.

Éstos son los dos equilibrios generales que el Señor mantiene constantemente intactos.

Nuestra libertad depende del equilibrio entre el cielo y el infierno

597. Acabo de describir el equilibrio entre el cielo y el infierno y he mostrado que el equilibrio es entre el bien procedente del cielo y el mal procedente del infierno, lo que significa que es un equilibrio espiritual que es en esencia una forma de libertad.

Este equilibrio espiritual es esencialmente una forma de libertad porque está entre el bien y el mal y entre la verdad y la falsedad, y éstas son realidades espirituales. Así pues, la capacidad de proponernos el bien o el mal y de pensar lo verdadero o lo falso, la capacidad de escoger uno en vez de otro, es la libertad de la que hablo aquí.

El Señor concede esta libertad a cada individuo, y nunca se la quita. En virtud de su fuente, pertenece de hecho al Señor y no a nosotros, porque procede del Señor; sin embargo, se nos da junto con nuestra vida co-

mo si fuera nuestra. Y se nos da para que podamos ser reformados y salvados, pues sin libertad no puede haber reforma ni salvación.

Cualquiera que utilice algo de su capacidad racional puede ver que tenemos libertad para pensar bien o mal, honrada o fraudulentamente, justa o injustamente, y que podemos hablar y actuar bien, honrada y rectamente, pero no mala, fraudulenta y torcidamente debido a las leyes civiles, morales y espirituales que mantienen nuestra naturaleza externa dentro de unos límites.

Vemos, pues, que la libertad se aplica al espíritu, es decir, a lo que pensamos y nos proponemos, pero no a la naturaleza externa, es decir, a lo que decimos y hacemos, salvo que esto se siga de las leyes antedichas.

598. La razón de que no podamos ser reformados a menos que tengamos algo de libertad es que nacemos en males de todo tipo, males que deben ser expulsados para que podamos ser salvados. No pueden ser eliminados a menos que los veamos en nosotros, admitamos que están ahí, los rechacemos y finalmente nos separemos de ellos. Sólo entonces son eliminados. Esto no puede suceder a menos que estemos expuestos tanto al bien como al mal, puesto que es desde el bien como podemos ver los males, aunque no podemos ver lo que es bueno desde el mal. Desde la infancia aprendemos las cosas espirituales buenas que debemos pensar de la lectura de la Palabra y de los sermones. Aprendemos los valores cívicos y morales de nuestra vida en el mundo. Ésta es la razón principal de que debamos ser libres.

[2] La segunda razón es que nada llega a formar parte de nosotros si no es como consecuencia de algún sentimiento de amor. Verdaderamente, otras cosas pueden entrar en nosotros, pero no a más profundidad que en el pensamiento, ni alcanzar la voluntad; y nada que no entre en la voluntad es nuestro. Es así porque el pensamiento se deriva de nuestra memoria, mientras que la voluntad deriva de nuestra vida misma. Nada es nuestro a libre a menos que proceda de nuestra voluntad, o lo que viene a ser lo mismo, de un sentimiento particular que resulta del amor. Todo lo que deseamos o amamos, lo hacemos libremente. Por eso nuestra libertad y el sentimiento de nuestro amor o de nuestra voluntad son uno. Por eso también tenemos libertad para ser impulsados por lo que es verdadero y bueno, o para amarlo, de manera que llegue a ser parte de nosotros. [3] En una palabra, nada que no entre en nosotros libremente permanece con nosotros, porque no pertenece a nuestro amor ni a nuestra voluntad; y

nada que no pertenezca a nuestro amor o a nuestra voluntad pertenece a nuestro espíritu. El verdadero ser *[esse]* de nuestro espíritu es amor o voluntad; empleamos la expresión «amor o voluntad» porque todo lo que amamos, lo deseamos. Por eso no podemos ser reformados sino en estado de libertad.

Pero se habla más extensamente sobre nuestra libertad en los extractos de *Los arcanos celestiales* citados *infra*.

599. Para que podamos ser libres para ser reformados, estamos unidos en el espíritu al cielo y al infierno. Con cada uno de nosotros hay espíritus del infierno y ángeles del cielo. Por medio de los espíritus del infierno nos encontramos con nuestro mal, y por medio de los ángeles del cielo encontramos el bien que le debemos al Señor. En consecuencia, estamos en un equilibrio espiritual, esto es, en libertad.

Sobre la presencia con nosotros de los ángeles del cielo y los espíritus del infierno, véase el capítulo sobre la unión del cielo con el género humano (§§ 291-302).

600. Debemos comprender que nuestra unión con el cielo y con el infierno no es directamente con ellos, sino que está mediada por los espíritus que están en el mundo de los espíritus. De estos espíritus que están con nosotros, ninguno procede del infierno mismo o del cielo mismo. Estamos unidos al infierno a través de los espíritus malignos del mundo de los espíritus y con el cielo a través de los espíritus buenos de dicho mundo. Debido a esta disposición, el mundo de los espíritus está a medio camino entre el cielo y el infierno, situado en el punto de equilibrio.

Sobre la localización del mundo de los espíritus a medio camino entre el cielo y el infierno, véase el capítulo sobre el mundo de los espíritus (§§ 421-431); y sobre su situación en el punto de equilibrio entre el cielo y el infierno, véase el capítulo precedente (§§ 589-596).

Podemos comprender así de dónde obtenemos nuestra libertad.

601. Aún debo añadir algo más sobre los espíritus que están asociados a nosotros. Toda una comunidad puede establecer comunicación con otra comunidad o con otro individuo en cualquier lugar a través de un espíritu emisario. Este espíritu es llamado «agente» del grupo. Lo mismo sucede respecto de nuestra unión con las comunidades del cielo y con las comunidades del infierno, a través de espíritus asociados a nosotros en el mundo de los espíritus. Sobre este asunto, véase también las referencias de *Los arcanos celestiales* al final del capítulo.

602. Todavía debo hacer una última observación sobre nuestra intuición respecto de la vida después de la muerte que resulta del influjo del cielo en nosotros. Había unas personas ordinarias que habían vivido según las virtudes de su fe en el mundo. Fueron devueltos a un estado como el que tenían en el mundo (lo que le puede suceder a cualquiera cuando el Señor lo permite) y entonces se les mostró lo que pensaban sobre nuestro estado tras la muerte. Decían que en el mundo algunas personas inteligentes les habían preguntado sobre el alma después de su vida en el mundo, y ellos dijeron que no sabían lo que era el alma. Entonces les preguntaron qué pensaban de su estado después de la muerte, y dijeron que creían que vivirían como espíritus. Después, se les preguntó qué tipo de creencia tenían sobre los espíritus, y dijeron que los espíritus eran seres humanos. Se les preguntó entonces cómo sabían eso, y dijeron que lo sabían porque era verdadero. Aquellos hombres inteligentes se sorprendieron de que personas simples tuvieran ese tipo de fe cuando ellos mismos no la tenían.

Pude ver así que todo el que está unido al cielo tiene una noción instintiva sobre la vida después de la muerte. La única fuente de esa idea instintiva es el influjo del cielo, es decir, el influjo del Señor a través del cielo, por medio de los espíritus del mundo de los espíritus que nos son asignados. Esta idea instintiva es poseída por quienes no asfixian su libertad de pensamiento con suposiciones sobre el alma humana que han captado y confirmado por medios diversos, suposiciones como que el alma es puro pensamiento o algún principio animado cuya sede buscan en el cuerpo[299]. Sin embargo, el alma no es nada más ni nada menos que nuestra vida, mientras que el espíritu es la persona real, y el cuerpo es una cosa terrenal que llevamos con nosotros en el mundo. Es solamente un agente a través del cual nuestro espíritu, la persona real, actúa de manera adaptada al mundo natural.

603. Lo que he dicho en este libro sobre el cielo, el mundo de los espíritus y el infierno, será oscuro para quienes no encuentran ningún deleite en el conocimiento de las verdades espirituales; pero será claro para quienes se deleitan en ellas, especialmente para quienes están inmersos en un sentimiento de la verdad por sí misma, es decir, para quienes aman la verdad porque es verdadera. Lo que es amado entra de forma luminosa en los pensamientos de la mente, especialmente cuando lo que es amado es verdadero, porque toda verdad está en la luz.

Referencias a los pasajes de *Los arcanos celestiales* relativos a nuestra libertad, el influjo y los espíritus que son los medios de comunicación

[2] SOBRE LA LIBERTAD. Toda libertad es cuestión de amor o de sentimiento, porque todo lo que amamos lo hacemos libremente: 2870, 3158, 8907 *[8987]*, 8990, 9585, 9591. Puesto que la libertad es una cuestión del amor, es la vida de cada individuo: 2873. Nada parece formar parte de nosotros a menos que proceda de nuestra libertad: 2880. Hay una libertad celestial y una libertad infernal: 2870, 2873, 2874, 9589, 9590.

La libertad celestial procede del amor celestial, o de un amor al bien y la verdad: 1947, 2870, 2872, y puesto que el amor al bien y la verdad procede del Señor, somos verdaderamente libres solamente cuando somos conducidos por el Señor: 892, 905, 2872, 2886, 2890-2892, 9096, 9586, 9587, 9589-9591. El Señor nos introduce en la libertad celestial a través de la regeneración: 2874, 2875, 2882, 2892. Necesitamos libertad para ser regenerados: 1937, 1947, 2876, 2881, 3145, 3146, 3158, 4031, 8700. De otra manera, el amor a lo que es bueno y verdadero no podría ser sembrado en nosotros y llegar a ser parte de nosotros hasta el punto de que parezca nuestro: 2877, 2879, 2880, 2888. Nada que suceda bajo coacción se une a nosotros: 2875, 8700. Si pudiéramos ser reformados por la fuerza, todo el mundo sería salvado: 2881. La coacción en asuntos de reforma es destructiva: 4031. Todo culto ofrecido en libertad es culto, pero no el que es ofrecido bajo coacción: 1947, 2880, 7349, 10097. El arrepentimiento debe producirse en estado de libertad, y si se produce en estado de coacción no es efectivo: 8392. Qué es el estado de coacción: 8392.

[3] Se nos permite actuar desde la libertad que tenemos como seres racionales, para que se nos pueda dar; por eso, también tenemos libertad de pensar y querer incluso lo que es malo, e incluso de hacerlo en la medida en que las leyes no lo impidan: 10777. El Señor nos mantiene entre el cielo y el infierno y, por lo tanto, en un equilibrio para que podamos estar en libertad para ser reformados: 5982, 6477, 8209, 8907 *[8987]*. Lo que se siembra en libertad permanece con nosotros, pero no lo que se siembra bajo coacción: 9588. Por eso la libertad nunca se le arrebata a nadie: 2876, 2881. El Señor no coacciona a nadie: 1937, 1947.

Obligarse a uno mismo procede de la libertad, pero ser obligado no 1937, 1947. Debemos obligarnos a nosotros mismos a resistir al mal: 1937

1947, 7914; y también a hacer el bien, aparentemente por nosotros mismos, pero reconociendo sin embargo que procede del Señor: 2883, 2891, 2892, 7914. Nos hacemos cada vez más libres en las batallas contra la tentación en que salimos vencedores, porque entonces nos obligamos interiormente a resistir, aunque no lo parezca: 1937, 1947, 2881.

[4] La libertad infernal es ser guiado por el amor a uno mismo y el amor al mundo y sus deseos: 2870, 2873. Ésta es la única libertad que conocen los habitantes del infierno: 2871. La libertad celestial está tan distante de la libertad infernal como lo está el cielo del infierno: 2873, 2874. La libertad infernal, que es ser guiado por el amor a uno mismo y el amor al mundo, no es libertad sino esclavitud: 2884, 2890. Así pues, la esclavitud es ser guiado por el infierno: 9586, 9589, 9590, 9591.

[5] SOBRE EL INFLUJO. Todo lo que pensamos y deseamos fluye; aprendido de la experiencia: 904, 2886-2888, 4151, 4319, 4320, 5846, 5848, 6189, 6191, 6194, 6197-6199, 6213, 7147, 10219. Nuestra capacidad de examinar las cosas, pensar y sacar conclusiones analíticas procede del influjo: 1288 *[1285]*, 4319, 4320. No podríamos vivir ni siquiera un momento si estuviéramos privados del influjo del mundo espiritual; desde la experiencia: 2887, 5849, 5854, 6321. La vida que fluye desde el Señor varía en función de nuestro estado y de nuestra apertura a él: 2069, 5986, 5472, 7343. En la gente malvada, el bien que fluye a ella desde el Señor se transforma en mal, y la verdad en falsedad; desde la experiencia: 3643 *[3642 o 3743]*, 4632. Recibimos el bien y la verdad que fluyen desde el Señor en la medida en que el mal y la falsedad no lo interceptan: 2411, 3142, 3147, 5828.

[6] Todo el bien fluye desde el Señor y todo el mal desde el infierno: 904, 4151. Actualmente, se piensa que todo está en uno mismo y procede de uno mismo, cuando realmente todo está fluyendo a nosotros, como se puede aprender de la doctrina de la Iglesia, que enseña que todo bien procede del Señor y todo mal del diablo: 4249, 6193, 6206. Si nuestra creencia estuviera de acuerdo con la doctrina, no pretenderíamos que el mal es nuestro ni haríamos nuestro el bien: 6206, 6324, 6325. Qué feliz sería nuestro estado si creyéramos que todo bien fluye a nosotros desde el Señor y todo mal desde el infierno: 6325. Quienes niegan el cielo o no saben nada de él o no comprenden que existe un influjo que procede de él: 4322, 5649, 6193, 6479. Lo que es el influjo, ilustrado mediante comparaciones: 6428 *[6128]*, 6480 *[6190]*, 9407.

[7] Toda la vida fluye desde el primer manantial de la vida porque ésa es su fuente; y está fluyendo constantemente, por eso procede del Señor: 3001, 3318, 3237 *[3337]*, 3338, 3344, 3484, 3619, 3741-3743, 4318-4320, 4417, 4524, 4882, 5847, 5986, 6325, 6468-6470, 6479, 9276, 10196. El influjo es espiritual y no físico, lo que significa que el influjo procede desde el mundo espiritual al natural y no desde el natural al espiritual: 3219, 5119, 5259, 5427, 5428, 5477, 6322, 9110, 9111 *[9109]*. El influjo viene a través de la persona interior a la exterior, o a través del espíritu al cuerpo, y no al revés, porque nuestro espíritu está en el mundo espiritual y nuestro cuerpo en el mundo natural: 1702, 1707, 1940, 1954, 5119, 5259, 5779, 6322, 9380 *[9110]*. La persona interior está en el mundo espiritual y la exterior en el mundo natural: 978, 1015, 3628, 4459, 4523, 4524, 6057, 6309, 9701-9709, 10156, 10472. Parece como si hubiera un influjo desde nuestra naturaleza externa a la interna, pero es una ilusión: 3721. Hay un influjo en nuestro funcionamiento racional y a través de éste en nuestro proceso de información, y no al revés: 1495, 1707, 1940. Cómo es el modelo del influjo: 775, 880, 1096, 1495, 7270. El influjo procede directamente del Señor e indirectamente a través del mundo espiritual o cielo: 6063, 6307, 6472, 9682, 9683. El influjo del Señor entra en lo que es bueno en nosotros y, a través de lo que es bueno, en lo que es verdadero, pero no al revés: 5483 *[5482]*, 5649, 6027, 8685, 8701, 10153. El bien no permite aceptar el influjo del Señor, pero no la verdad separada del bien 8321. Nada que fluya a nuestro pensamiento nos hace daño, sólo lo que fluye a nuestra voluntad, porque esto se vuelve parte de nosotros: 6308.

[8] Hay un influjo general: 5850. Éste es una energía constante que favorece la acción de acuerdo con el orden: 6211. Esto es lo que fluye en la vida de los animales: 5850; y también en los miembros del reino vegetal: 3648. Además, nuestro pensamiento desciende a las palabras y nuestra intención a las acciones y modos de conducta en concordancia con este influjo general: 5862, 5990, 6192, 6211.

[9] SOBRE LOS AGENTES. Los espíritus que son enviados desde las comunidades de los espíritus a otras comunidades o a espíritus individuales se denominan «agentes»: 4403, 5856. Las comunicaciones en la otra vida se producen por medio de espíritus emisarios como éstos: 4403, 5856, 5983. Los espíritus que son enviados para actuar como emisarios no piensan por sí mismos, sino que piensan desde los espíritus que los nombran: 5985-5987. Más sobre estos espíritus: 5988, 5989.

Notas

Notas al § 1 [Prólogo del autor]

[1] «El Señor» se refiere a Jesús. Aunque la teología de Swedenborg es completamente monoteísta, utiliza para referirse a Dios numerosos nombres y términos tomados de los contextos filosóficos y bíblicos (Dios, el Ser divino, lo Divino, lo Divino Humano, la Unidad, el Infinito, el Principio, el Creador, el Redentor, el Salvador, Jehová, Dios Shaddai y otros muchos). El término que, sin embargo, aparece con más frecuencia es «el Señor» (latín *Dominus*), un título más que un nombre, que significa «el que está a cargo», y que se refiere a Jesucristo como manifestación visible del Dios único. Para una breve explicación de Swedenborg sobre sus razones para utilizar «el Señor», véase *Los arcanos celestiales* 14. [JSR]

[2] Swedenborg utiliza a menudo *ecclesia*, «Iglesia», para referirse al conjunto de la creencia y la práctica religiosas de una nación o un período dados. [GFD]

[3] En otro lugar Swedenborg explica la predicción del Señor como cuatro fases sucesivas de degeneración en la actitud de la Iglesia respecto del amor y la fe: cuestionamiento, desdén, destrucción y profanación del amor y la fe (véase *Los arcanos celestiales* 3754). [JSR]

[4] Con frecuencia las citas de Swedenborg de la Escritura siguen estrictamente la traducción latina de la Biblia de Sebastian Schmidt (1617-1696). Swedenborg también tuvo acceso a la versión interlineal de la Biblia del teólogo y lingüista español Benedicto Arias Montano (1527-1598), y puede estar de acuerdo con él, en contra de Schmidt (véase Montano 1657). La copia de la traducción de Schmidt utilizada por Swedenborg, con sus notas al margen, ha sido preservada en los códices 89-90 en la Biblioteca de la Real Academia de Ciencias de Estocolmo. También se encuentra disponible una reproducción fotolitográfica, editada por Rudolph Leonard Tafel (véase Swedenborg 1872). [GFD]. [Como ya se advirtió, en esta edición española se sigue la versión de la Biblia de Cipriano de Valera.]

[5] Como ocurre con otros muchos conceptos bíblicos, la interpretación del Juicio Final de Swedenborg es completamente diferente de la de las tradiciones teológicas de su tiempo. Oponiéndose a las ideas de que nuestra tierra y nuestra vida serán destruidas en una batalla final entre el bien y el mal, o de que la historia llegará a su final en una especie de conclusión cósmica, Swedenborg presenta el Juicio Final como un símbolo. En *Los arcanos celestiales* § 3353, escribe: «El Juicio Final no es otra cosa que el final de la Iglesia [la verdadera religión] en una nación y su comienzo en otra... cuando ya no hay ningún reconocimiento del Señor... ni fe... ni caridad». Para un análisis adicional, véase la introducción a este volumen, así como la obra de Swedenborg de 1758 *El Juicio Final*. [RHK]

[6] Como ejemplo de los «muchos» a que se refiere Swedenborg, se puede citar a dos de las figuras más destacadas en el estudio del Nuevo Testamento durante la época de Swedenborg: los alemanes Johann Albrecht Bengel (1687-1752) y Johann August Ernesti (1707-1781), del que se puede decir que contribuyó a sentar las bases para la crítica textual de la Biblia. Ambos fueron abogados apasionados del *sensus literalis* o sentido literal de la Biblia, particularmente en lo que respecta al Juicio Final. La reseña de Ernesti de *Arcana Caelesti [Los arcanos celestiales]*, que apareció en el prestigioso *Neue Theologische Bibliothek* (Ernesti 1760, 1: 6 515-527), criticaba con vehemencia la asignación por parte de Swedenborg de significados múltiples a las palabras del texto bíblico, actitud que Ernesti consideraba una regresión a los métodos de los comentarios no científicos, «alegóricos y místicos». Otro influyente teólogo alemán de la misma época, el pietista Friedrich Christoph Oetinger (1702-1782), que publicó reseñas de Swedenborg que eran favorables en otros aspectos, se colocó del lado de Bengel y Ernesti en el problema de la interpretación de la Biblia, criticando en una carta que «[Swedenborg] pone más confianza en su analogía de la historia o en su *scientiam correspondentiarum* [conocimiento de las correspondencias] que en la clara [Biblia] que no precisa interpretación» («dass er auf seine Ähnlichkeit der Geschichte, oder auf seine *scientiam correspondentiarum* mehr Vertrauen setzt, als auf das klare Wort, welches keiner Auslegung bedarf»; Ehman 1859, 750; texto atribuido a Oetinger por Benz [1947, 166-181]). Debería señalarse también que la referencia de Swedenborg a «muchos en la Iglesia» puede ser entendida como valoración de la opinión religiosa contemporánea, valoración fiable, puesto que entre sus parientes más próximos e influyentes se incluían un obispo y un futuro obispo. (Para una información adicional sobre Oetinger, véase *infra*, nota 198.) [RHK]

[7] «La Palabra» (latín *Verbum*) era la designación luterana preferida de la Biblia como verdad revelada, la «Palabra de Dios». Sin embargo, en su utilización de este término, Swedenborg se refiere específicamente a los libros de la Biblia que él considera poseedores de un significado completamente espiritual, especialmente el Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio), los libros históricos (Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes), los Salmos, los profetas mayores y menores (Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías), los Evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) y el Apocalipsis. Véase *Los arcanos celestiales* 10325 y otras dos obras de Swedenborg de 1758, *La nueva Jerusalén* 266 y *El caballo blanco* 16. Hay que señalar que en su obra de 1771 *La verdadera religión cristiana* parece usar el término en el sentido plenamente luterano, incluyendo pasajes de las epístolas de los apóstoles entre las citas de «la Palabra». Para la explicación de por qué no incluyó generalmente las obras de los apóstoles y Pablo, véase su carta a Beyer (15 de abril de 1766), citada en Acton 1955, 612-613. [GFD, JSR]

[8] Para Swedenborg el mundo material tiene como causa el mundo espiritual y, en consecuencia, lo refleja; es decir, los fenómenos y acontecimientos físicos *ofrecen imágenes de* los fenómenos y acontecimientos espirituales, es decir, «responden» o «corresponden» a ellos. Como señaló el propio Swedenborg en *Los arcanos celestiales* 4, el objetivo fundamental de este texto (su obra más amplia) era demostrar que la Biblia contiene niveles de

significado espiritual que podrían ser, al menos, parcialmente descubiertos por un conocimiento de las relaciones específicas de correspondencia. [GFD, RHK]

[9] *Los arcanos celestiales* (1749-1756) había sido publicada anónimamente, al igual que las obras aparecidas en 1758 *(Del Cielo y del Infierno; La nueva Jerusalén; El Juicio Final; El caballo blanco; Las tierras en el universo)*. Swedenborg no fue identificado como su autor hasta su clarividente experiencia del fuego de Estocolmo en 1759. Sobre este tema, véase Hjern 1990, 8-9. Una información más breve de este acontecimiento, en inglés, se puede encontrar en Dole y Kirven 1992, 50. [GFD, RHK]

[10] Véase *El caballo blanco*, una de las obras publicadas por Swedenborg en 1758 junto con *Del Cielo y del Infierno*. [GFD]

[11] La frase latina aquí traducida por «arcanos del cielo» es *arcana coeli*, una frase que evoca el título de la más importante obra teológica de Swedenborg, *Arcana Coelestia [Los arcanos celestiales]*, que expresa el mismo significado con una forma gramatical ligeramente diferente. [GFD]

[12] La expresión «en la actualidad los hombres de Iglesia» *(homo ecclesiae hodie)* describe la primera y permanente preocupación de Swedenborg, diferenciable de «muchos en la Iglesia» *(plerique hodie intra ecclesiam)*, que se refiere a los investigadores antes citados (véase *supra,* nota 6). Sus encuentros con los espíritus de hombres de Iglesia recientemente fallecidos (véase, por ejemplo, su obra de 1771 *La verdadera religión cristiana* 160: 3, 692-694, 713: 2, 738) le convenció de que la difundida ignorancia de las enseñanzas bíblicas (su preocupación aquí) y las distorsiones de las tradiciones teológicas de la Iglesia (véase, por ejemplo, *infra*, nota 17) ponían en peligro la capacidad del pueblo para vivir rectamente y prepararse para el cielo. Aquí cita esta circunstancia como explicación de su «llamada» y su revelación y como motivo de su obra. [RHK]

[13] «La venida del Señor» o «el adviento del Señor» se refiere aquí a cualquier ejemplo de la renovada presencia del Señor entre el pueblo, a cualquier analogía espiritual de la Encarnación del Señor. En sus últimas obras, Swedenborg comenzó a hablar explícitamente del «segundo adviento», un término que utilizó para describir los acontecimientos cósmicos y espirituales que incluían la revelación que –según él sentía– el Señor estaba realizando a través de sus propias experiencias espirituales. Véase, por ejemplo, su obra de 1771 *La verdadera religión cristiana* 115, 121, 123; y también su inscripción manuscrita sobre la cubierta interior de una copia de su publicación de 1769, *Breve exposición*: «Esta obra es parte de la llegada del Señor (escrita por mandato)». (Sobre esta inscripción, véase Tafel 1890, 757, y Sigstedt 1981, 375.) Las experiencias espirituales de Swedenborg –que se prolongaban desde hacía trece años en el momento en que escribió este pasaje, y que abarcaron un total de veintinueve años a lo largo de su vida – son la fuente principal de todos sus escritos. Puesto que él sentía que estas experiencias le eran proporcionadas por el Señor, constituían su primera autoridad. En *Los arcanos celestiales* 68 escribió: «Muchos pretenderán, imagino, que nadie puede hablar con espíritus y ángeles en tanto perdura la vida corporal, y que yo padezco alucinaciones, o que difundo estas historias a fin de aprovecharme de la credulidad del pueblo, o algo semejante. Pero nada de esto me preocupa. Yo he visto, he oído y he sentido». [GFD, RHK]

[14] Swedenborg se refiere aquí al concepto cristiano de la Trinidad: Padre (Dios), Hijo (Cristo) y Espíritu Santo. La unidad de estos trinos esenciales de naturaleza divina, junto con la preeminencia teológica del Señor *(Dominus)*, constituye una de las principales y más frecuentes preocupaciones de Swedenborg. (Sus enseñanzas sobre la Palabra y sobre la inseparabilidad de la fe y las obras son los únicos asuntos que para él se le pueden comparar en importancia.) Swedenborg consideró que el trinitarismo de su tiempo era esencial y desastrosamente triteístico, de modo que conducía a la adoración de tres dioses en lugar de uno. Para él, Jesús tuvo desde el momento de su concepción una naturaleza divina interior y una naturaleza humana exterior. Por un proceso de «combates de tentación» análogos a nuestras luchas contra las tentaciones, la naturaleza divina transformó o «glorificó» progresivamente la naturaleza humana. La expresión «el Señor», tal como fue utilizada por Swedenborg, se refiere siempre, bien a la naturaleza divina interior (véase *infra*, nota 16) o al Cristo resucitado y ascendido a los cielos, como el autodespliegue más pleno que sea posible de lo Divino infinito, que en sí mismo está radicalmente más allá de nuestro conocimiento. Es distinto del Padre/Creador y del Espíritu Santo, y sin embargo uno con ellos. Propone esta definición en *Los arcanos celestiales* 14 y la mantiene coherentemente desde entonces. Sus pasajes más amplios y completos sobre la trilogía trinitaria están en su obra de 1763 *La doctrina del Señor* y en los tres primeros capítulos de su obra de 1771 *La verdadera religión cristiana* (§§ 5-184). [GFD, RHK]

[15] La primera edición cita los versículos 10 y 11 de Juan 14, pero se alude también claramente al versículo 9. [JSR]

[16] Swedenborg utilizó el adjetivo substantivo *Divinum* para denotar la deidad tres-en-una en todos sus aspectos, casi exclusivamente con preferencia a *Deus* («Dios»), y como una alternativa coherente a «la Trinidad». «Lo Divino» también designa la cualidad que une con la Trinidad a cada una de las personas que la componen, como en § 3, «la naturaleza divina del Señor» *(Divinum Domini)*. [RHK]

[17] En una gran reestructuración de las visiones tradicionales del Juicio según la escatología y las creencias cristianas acerca de la salvación, Swedenborg describe el Juicio en el mundo espiritual como un proceso interno de adecuación de nuestro carácter y sus más fundamentales motivaciones a las realidades objetivas de la vida espiritual. En §§ 510 y 511, *infra*, describe la separación de los espíritus del mal y los del bien, y nos muestra a los «espíritus hundiéndose» en el infierno. El capítulo que incluye los §§ 545-550, *infra*, está encabezado por el epígrafe «El Señor no envía a nadie al infierno: los espíritus van por sí mismos» y desarrolla la idea en múltiples contextos. Aquí, en el § 2, las palabras «no se les permite» *(non licet)*, y «son expulsados» *(rejiceretur)*, se refieren al juicio que uno se hace a sí mismo. Lo mismo se aplica a «se les deja caer» *(demittuntur)* y «desterradas» *(relegantur)* en el § 3. Estas expresiones, que reflejan la apariencia de un juicio externo, no son comunes en su obra. [RHK]

[18] Podemos sospechar aquí una referencia indirecta a una afirmación que aparece en la obra que Swedenborg identificó como el credo atanasiano en el sentido de que, aunque «según la verdad cristiana debemos reconocer a cada Persona como Dios y Señor, no podemos, según la fe católica, decir que hay tres Dioses o tres Señores». Véanse sus últi-

mas obras, *La doctrina del Señor* 55, *Breve exposición* 35, y especialmente *La verdadera religión ristiana* 173: 2: «Ten cuidado, pues, de que la idea de tres dioses no enraíce en tu mente unque tu boca –que en sí misma no tiene ideas– diga "un dios". La parte de la mente ue está por encima de la memoria y piensa "tres dioses" y la mente por debajo de la memoria que hace que la boca diga "un dios", ¿no serían entonces como un comediante que epresenta dos papeles en el escenario, cambiando de uno a otro, diciendo una cosa en no y lo opuesto en el otro, y llamándose a sí mismo sabio en un momento e insensato l siguiente?». [GFD]

[19] El «influjo» (latín *influxus*) es un concepto crucial en la idea que tiene Swedenborg le la naturaleza humana. Tanto la verdad como la capacidad para identificar la verdad fluyen» desde el Señor a través del cielo hasta la comprensión humana, en cada momento de forma continua. Así el conocimiento –como la vida (y el propio ser)– no es un don stático sino una relación dinámica activa entre una persona y su contexto en la realidad spiritual. Véase *infra*, § 228, y la obra de Swedenborg de 1763, *Amor divino y sabiduría divina* § 340. El influjo entre los cielos es analizado *infra*, en §§ 207-209. [RHK]

[20] Se trata de una referencia a los seguidores del teólogo italiano Fausto Socino (1539-604) y de su tío Laelio Socino (1525-1562), que negaron la divinidad de Cristo. Para referencias a la postura de Swedenborg sobre la divinidad de Cristo, véase *supra*, nota 18. RHK]

[21] Para describir localizaciones en el mundo espiritual Swedenborg utiliza a menudo xpresiones relacionadas con el espacio tridimensional que carecen de un marco claro de eferencia –«un poco hacia delante, a la derecha» (§ 3), «en la parte delantera» (§ 327), partados» y «hacia la izquierda» (§ 249)–, o que tienen relación con algún órgano del uerpo humano; «estos espíritus pueden ser vistos en la proximidad del estómago, algunos a la izquierda y otros a la derecha, algunos más abajo y otros más arriba, más cerca o ás lejos» (§ 299). En el último caso no está claro si el cuerpo es el del propio wedenborg, o el del Hombre Universal (véanse §§ 59, 65, 66), o incluso el del Señor éase § 81); quizás es el resultado de una superposición perceptiva de los tres. wedenborg señala más adelante que las direcciones en el mundo espiritual son constans, independientemente de que cada cuerpo-espíritu se vuelva hacia un lado o hacia otro. ues el Este de los ángeles está siempre delante, el Oeste detrás, el Sur a la derecha y el lorte a la izquierda (véase §§ 141-142). «Delante» y «detrás» están entonces, presumiblemente, más lejos hacia el Este y hacia el Oeste respectivamente, esto es, más cerca y más jos del Señor en tanto que visible en el sol del cielo. «Más arriba» y «más abajo» denon presumiblemente niveles diferentes, como se describe en el § 38 (véanse también los § 22, 197). [JSR]

[22] La palabra latina aquí traducida por «materialistas» es *naturalistae*, utilizada por wedenborg para designar a aquellos que adoran el mundo natural en lugar de a Dios. En § 310 de la obra de 1764 *Divina providencia*, Swedenborg escribe: «Cada apariencia que tomada como verdad se convierte en falacia. En la medida en que las gentes se afirman n falacias se hacen materialistas. Y en esa medida no creen en nada salvo en lo que pueen percibir por alguno de los sentidos corporales». [RHK]

[23] Véase *infra*, §§ 318-328. Aunque Swedenborg era cuidadoso para remitirse a los pa-

sajes relevantes por número de capítulo, sus referencias a los encabezamientos rara vez son específicas. Donde encontramos tales referencias específicas (en el § 207 de *Los arcanos celestiales* se refiere, por ejemplo, al § 265) podemos suponer que añadió el número sobre la base de su primer borrador cuando escribió la copia definitiva. [GFD]

[24] La palabra latina aquí traducida por «cogniciones» es *cognitiones*. En *Los arcanos celestiales* 24, Swedenborg asigna *scientifica*, «datos» o «información acerca de», a la persona externa *(homo externus)* y *cognitiones* a la persona interna *(homo internus)*. El término *cognitiones* parece referirse siempre a un conocimiento directo, derivado de la experiencia. [GFD]

[25] Véase *infra*, §§ 334-337. [GFD]

[26] La primera edición dice 24-25. [JSR]

§§ 7-12

[27] Swedenborg identifica habitualmente «superior» con «interior» o «central»; e «inferior» con «exterior» o «externo». Para un análisis adicional, véase *infra*, nota 43. [GFD]

[28] Véase *infra*, §§ 139-140. [GFD]

[29] La frase latina aquí traducida por «perdurar es un constante venir a la existencia *(subsistere est perpetuo existere)* era una máxima filosófica de la época (véase *Los arcanos celestiales* 3483, 5084: 3; *La comunicación entre el alma y el cuerpo* 4) manejada frecuentemente por Swedenborg (véase *Los arcanos celestiales* 775, 3648, 4322, 4523: 3, 5116: 3, 5377: 1, 6040: 1, 6482, 9502, 9847, 10076: 5, 10152: 3, 10252: 3, 10266; *Del Cielo y del Infierno* 107, 301; *Amor divino y sabiduría divina* 152; *Divina providencia* 3: 2; *Amor conyugal* 380: 8; *La comunicación entre el alma y el cuerpo* 9; *La verdadera religión cristiana* 46, 224: 1). Lo significativo de la máxima es esto: aunque un animal dado pueda descender de sus ancestros, y una determinada roca pueda haber estado donde está durante milenios, según otra forma de considerarlo, el animal y la roca son creados de nuevo por Dios a cada instante. Su persistencia también puede ser entendida como un perpetuo nacimiento o venida a existencia. [JSR]

[30] Por «el Principio» Swedenborg designa aquí a Dios como el origen de todas las cosas; véase también *infra*, §§ 37, 303. [JSR]

§§ 13-19

[31] La palabra aquí traducida por «caridad» es *caritas*. En este punto y en el capítulo siguiente el término denota la práctica de enterarse de lo que el prójimo necesita, quererlo y hacerlo. En otros contextos –por ejemplo, más adelante, la discusión del rico y el pobre (véase especialmente el § 364)– se refiere a la idea de desear lo que es bueno para el prójimo. Una de las preocupaciones más urgentes de Swedenborg era el debate contemporáneo sobre la primacía relativa de la fe o la caridad (que puede ser considerada como solicitud hacia los otros o como «obras» que uno hace por los otros) en la teoría y en la práctica, que en su opinión había puesto en peligro la vida religiosa de su tiempo. Para él, la fe y la caridad eran inseparables excepto como conceptos, y su relación sería la que existe entre el pensamiento y la voluntad (véase *infra*, § 364). [RHK]

[32] La expresión «un solo ser» introduce aquí la idea de Swedenborg –desarrollada con mayor extensión *infra*, en §§ 94-101– de que el cielo entero tiene la forma de un solo e

píritu humano, modelado según la forma del Señor, que puede ser llamado el «Hombre Universal». Éste es un concepto de gran importancia que informa su ontología, su cristología, su antropología y su escatología. La formulación completa aparece en una serie de veinte ensayos entremezclados entre ciertos pasajes de *Los arcanos celestiales* (específicamente, siguiendo la exégesis de Swedenborg del Génesis, capítulos 23 a 43). Para estos ensayos, extractados y traducidos, véase Swedenborg 1984. [RHK]

[33] La idea del amor que se ofrece aquí aparece más plenamente definida en la obra de Swedenborg de 1763 *Amor divino y sabiduría divina* 1-46. [RHK]

[34] Para una visión global de los tres cielos véase §§ 29-40. [JSR]

[35] La expresión latina aquí traducida por «la imagen que proyecta» es *quoad personam*. Es probable que Swedenborg utilice aquí *persona* en su sentido clásico de «máscara». Téngase en cuenta su cita de *Los arcanos celestiales* 3820, con su contraste entre la *persona* y la fuente interior de la *persona*. En *Divina providencia* 217: 3 la palabra *persona* está también asociada con *functio et honor*, «función y estatus», un significado que es a menudo aplicable en otros lugares y que puede ser válido aquí. [GFD, RHK]

[36] La presente traducción sigue la práctica de Swedenborg de no indicar las elipsis en las citas bíblicas. [GFD]

[37] Juan 15, 12, aquí aludido pero no citado dice: «Éste es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado». [GFD]

[38] La palabra latina aquí traducida por «aura» es *sphaerae*, una palabra que Swedenborg utiliza a menudo para referirse a regiones o áreas de influencia. [GFD]

[39] En la nota de Swedenborg en este punto parece probable que la primera lista de referencias fuese a ser, probablemente, 10130, 10420 y 10702, y la segunda, 10130, 10189 y 10420, pero debido a su semejanza esencial las listas fueron combinadas. [GFD]

[40] Véase *infra*, §§ 141-153. [GFD]

[41] Este tema general es estudiado con cierto detalle en las referencias de *Los arcanos celestiales* al final del § 356, *infra*. [GFD]

§§ 20-28

[42] Para un esquema de los dos reinos en el cuerpo humano véase § 95; para un esquema de los tres cielos en el cuerpo humano, véanse §§ 29 y 65. [JSR]

[43] A lo largo de todas sus obras teológicas Swedenborg relaciona «alto» con interioridad y «bajo» con exterioridad; es decir, cuanto más alto es algo, más interior es, y cuanto más bajo, más exterior. (La relación es tan estrecha en todos los casos que los términos en cuestión parecen intercambiables.) Véase la introducción a este volumen; y para un desarrollo adicional del concepto relacional, véase la obra de Swedenborg de 1763 *Amor divino y sabiduría divina* 184-263, especialmente 205. [GFD, RHK]

[44] Siguiendo la práctica cristiana habitual en su tiempo, Swedenborg traduce a menudo el tetragrámaton de las Escrituras hebreas como «Jehová». [JSR]

[45] Puesto que la fe es una facultad intelectual, y la caridad es una forma particular de volición, la afirmación de Swedenborg constituye aquí una afirmación más generalizada de la unidad de la fe y la caridad para con el prójimo (véase *supra*, nota 31). [RHK]

§§ 29-40

[46] Las palabras latinas aquí traducidas por «exterior o primero», *ultimum seu primum*, podrían también ser traducidas por «último o primero»; una descripción paradójica que puede ser una de las expresiones del ingenio más bien lacónico que puede percibirse ocasionalmente en Swedenborg, junto con ejemplos de un humor más amplio. El significado alternativo, que iguala «exterior» con «inferior» («primero» en esta serie ascendente) es analizado *supra*, en las notas 27 y 43. [GFD, RHK]

[47] La palabra latina traducida por «disposición» es *animus*. Swedenborg tenía un concepto amplio de la «mente» con tres componentes: 1) *anima*, «el alma» (también traducido por «mente superior» o «conciencia espiritual»); 2) *mens*, «mente racional» (también traducido por «mente consciente»); y 3) *animus*, «mente inferior» (que podemos llamar neuroconciencia). Para un análisis de estos componentes, véase su obra temprana *Psicología racional* (Swedenborg [1742] 1950, §§ 462-476). [RHK]

[48] Puesto que la caridad hacia los otros es una volición (algo que hacer) y la fe una cognición (algo de lo que somos conscientes), este pasaje proporciona otra perspectiva sobre el énfasis caridad/fe de Swedenborg (véase *supra*, notas 31 y 45). [RHK]

[49] Véase especialmente *infra*, §§ 200-212. [GFD]

[50] Por «el Principio» Swedenborg designa aquí a Dios como origen de todas las cosas véase también §§ 9, 303. [JSR]

[51] Véase *supra*, nota 8. [GFD]

[52] La palabra latina aquí traducida por «imágenes» es *repraesentationes*, a veces traducida por «representaciones». Mientras una correspondencia *(correspondens)* necesariamente cambia para reflejar cambios en su causa interior, una representación *(repraesentatio)* no necesariamente lo hace. En *Los arcanos celestiales* 2988, Swedenborg utiliza como ejemplo de correspondencia una cara que expresa sentimientos reales, presentes. Un ejemplo de representación sería una apariencia exterior de cortesía que está reñida con los sentimientos. Véase también la definición de *representación, infra*, § 175. [GFD, RHK]

[53] La idea que Swedenborg tiene de los niveles *(gradus)* se expone de forma más completa en *Amor divino y sabiduría divina* 179-263. [RHK]

[54] Hay pocas referencias, si es que hay alguna, al cielo inferior o natural en el resto de la obra. Alguna alusión al cielo espiritual puede encontrarse en §§ 65: 2, 100, 207-210, 28 y 295. El cielo superior o tercero recibe la máxima atención, con referencias en §§ 49: 2 65: 2, 70, 75, 178, 206-211, 227, 260: 2, 267, 277: 4, 295, 382, 459 y 489. [GFD]

§§ 41-50

[55] «Estado» (latín *status*), término frecuentemente utilizado por Swedenborg en el sentido de «condiciones», es definido *infra*, en § 154, como «atributos de vida y de lo que pertenece a la vida». [RHK]

[56] Swedenborg pensaba que la relación entre las expresiones faciales visibles y los estados interiores mentales o espirituales son una excelente ilustración de sus conceptos clave de «representación» y «correspondencia» (véase *supra*, notas 8 y 52). Desarrolla más completamente el simbolismo en *Los arcanos celestiales* 2987-2990. [RHK]

[57] Véase *supra*, nota 38. [RHK]

[58] Véase *infra*, §§ 200-212. [GFD]

§§ 51-58

[59] La expresión latina aquí traducida por «cámaras del cielo» es *habitacula coeli*, probablemente una referencia a las «cámaras [hebreo מַעֲלוֹת, *ma'ălôṯ*] del cielo» en Amós 9, 6. La expresión «los cielos de los cielos» aparece en Deuteronomio 10, 14, 1 Reyes 8, 27 (= 2 Crónicas 6, 18), 2 Crónicas 2, 6, y Nehemías 9, 6. [GFD]

[60] Las referencias de Swedenborg a macrocosmo y microcosmo se relacionan con su imagen, más inclusiva, del Hombre Universal, mencionado *supra*, en nota 32. Aquí el ángel individual es un microcosmo de su comunidad, que es un microcosmo del cielo, a su vez microcosmo del Señor *(Dominus)*, que es lo máximo que podemos conocer del Dios triuno. Para Swedenborg el microcosmo derivaba funcionalmente del macrocosmo, el modelo coherente y necesario de la creación: una relación más compleja y comprensiva que los antiguos desarrollos cristianos del concepto, como, por ejemplo, el de Hildegarda de Bingen (1098-1179). [RHK]

[61] Swedenborg compartió la creencia de su tiempo de que hay una atmósfera más sutil que el aire, llamada «éter», que no se agotaría por la extracción del aire. Estaba convencido de que no podía haber un vacío absoluto, puesto que esto significaría una ruptura total en el tejido inconsutil de la realidad. Véase, por ejemplo, su obra de 1763 *Amor divino y sabiduría divina* 82. [GFD]

[62] Véase *supra*, nota 32. La idea del Señor único apareciendo de forma diferente en las distintas comunidades prefigura la enseñanza característica de Swedenborg de que todo pueblo tiene acceso a la salvación independientemente de su religión: véase su obra de 1764 *Divina providencia* 325. [RHK]

§§ 59-67

[63] Antes de escribir *Del Cielo y del Infierno*, Swedenborg había explicado en detalle la idea de cielo como Hombre Universal en los apartados intercapitulares de *Los arcanos celestiales*, cuya relación aparece en la nota de Swedenborg al § 98, *infra*. Véase también *supra*, nota 32. [GFD]

[64] La palabra latina aquí traducida por «forma exterior» es *ultimum*. Swedenborg utiliza siempre el adjetivo *ultimus* («final» o «último» de cualquier serie) para designar lo más alejado de lo Divino, y por consiguiente lo más externo. El término no siempre es derogatorio: por ejemplo, escribe en *Los arcanos celestiales* 7337: «La divina verdad que fluye del Señor contiene todo poder, de modo que hay poder incluso en los detalles más inferiores *[in ultimis]*»; y en *La verdadera religión cristiana* 212: «El sentido último *[sensus ultimus]*, el sentido natural llamado literal, es el contenedor, la base y el soporte de los dos sentidos interiores». Véase también §§ 209-221 de su obra de 1763 *Amor divino y sabiduría divina*. [GFD, RHK]

[65] Véase *supra*, nota 27. [RHK]

[66] La palabra latina aquí traducida por «comunidad» es *commune*, «cosa común». [RHK]

§§ 73-77

[67] En la época en que se publicó *Del Cielo y del Infierno*, habían transcurrido unos tre-

ce años desde el comienzo de las experiencias de Swedenborg en el mundo espiritual, como el propio Swedenborg señala *supra*, en § 1. [GFD]

§§ 78-86

[68] Sobre los socinianos, véase *supra*, nota 20. [RHK]

[69] Véase *infra*, §§ 318-328. [GFD]

[70] El tiempo es estudiado en los §§ 162-169 y el espacio en los §§ 191-199. Véase *infra*, nota 74 para un análisis más extenso. [GFD]

Notas a las referencias a pasajes de *Los arcanos celestiales* al final del § 86

[71] Sobre «la venida del Señor», véase *supra*, nota 13. [RHK]

[72] La traducción «no concuerda» se basa en la lectura de *cadat* en lugar del *cedat* de la primera edición. En otros lugares Swedenborg utiliza *cadere in ideam/intellectum*, literalmente «caer en una idea o acto de comprensión», en el sentido de «ajustarse a» o «concordar con». (Véase *Los arcanos celestiales* 2896: 2, 4096: 2; *Amor divino y sabiduría divina* 5 202.) Swedenborg utiliza *cedere*, «entregar», sólo en el sentido de «revelar». (Véase *Los arcanos celestiales* 1951, 8321: 2; *Amor conyugal* 218.) [GFD]

[73] La palabra latina aquí traducida por «procesión» es *procedens*, «salir desde». Véase *infra*, nota 104. [GFD, RHK]

§§ 87-102

[74] El lector filosóficamente preparado del siglo XVIII indudablemente entendería el término «extensa» como una referencia al contraste de Descartes entre la extensión *(extensio* de la materia y el pensamiento *(cogitatio)* de la mente. En el sistema de Descartes, *extensi* se refiere a la extensión espacial mensurable, mientras *cogitatio* niega esa dimensionalida y afirma (sólo) la realidad mental. [GFD]

[75] El uso coloquial de Swedenborg de *omne... sub sole est*, «todo... lo que está baj nuestro sol», no implica que estuviera limitado por la cosmología precopernicana. En e mismo año que *Los arcanos celestiales* (1758) publicó también *Las tierras en el universo*, obr en la que describe la vida en otros planetas de nuestro sistema solar y en galaxias distantes. De hecho, Swedenborg fue uno de los primeros teólogos en incorporar la perspecti va postcopernicana a un sistema teológico. Véase Kirven 1988, 361-370, especialment 368-369; y véase la descripción explícita que hace Swedenborg del sol que permanece in móvil mientras la tierra se mueve, *infra*, § 158. [RHK]

[76] Véase §§ 20-28. [GFD]

[77] Véase *supra*, nota 32. [GFD]

[78] En su obra de 1768 sobre el amor conyugal, Swedenborg proporciona una defini ción de este concepto que abarca tanto lo abstracto como lo personal: «El verdadero amo conyugal no es sino una unión de amor y sabiduría. Dos cónyuges que tienen este amo entre sí y cada uno para sí son un reflejo y al mismo tiempo una imagen de él» (*Amor con yugal* 65). Véase también *infra*, nota 172. [JSR]

[79] La expresión latina aquí traducida por «que tiene una visión profunda» es *acutae acie*

‹de filo cortante», con la elipsis de *oculorum*, «de los ojos». La frase completa aparece en *Amor conyugal* 13: 3; la elipsis en *La verdadera religión cristiana* 40 y 697: 1. [GFD]

[No todas estas correspondencias aparecen con claridad al ser traducidas al castellano. V. *de los T.*]

[80] El latín aquí traducido por «el brazo largo» es *extensas manus*; literalmente, «manos extendidas». [GFD]

[81] Véase §§ 291-302, especialmente § 302. [GFD]

[82] Sobre la «venida del Señor», véase *supra*, nota 13. [RHK]

§§ 103-115

[83] Los contenidos de §§ 103-115 son especialmente notables por haber sido escritos por un hombre de la Ilustración, en un momento en que la tendencia a analizar la naturaleza con las herramientas de la razón estaba ganando fuerza. En los prefacios a las obras científicas que precedieron a sus escritos teológicos, Swedenborg desarrolló muchos de los objetivos y las perspectivas de deístas como Matthew Tindal (1655-1733), incluyendo la confianza en el poder de la razón humana y la creencia en Dios como arquitecto de un mundo ordenado. Sin embargo la perspectiva de Swedenborg difería radicalmente de la de los deístas en su aceptación de una revelación empírica. (Los deístas se mostraban generalmente recelosos ante las creencias basadas en una revelación sobrenatural, ya fuese en la Biblia o en otros lugares.) La confianza de Swedenborg en las experiencias de revelación le permitieron combinar el método científico con una penetrante sensibilidad religiosa, de tal modo que invirtió el objetivo de la Ilustración: en lugar de centrar en la ciencia la esperanza de comprender el espíritu y comprender a Dios, en este pasaje y en otros lugares abogó por una búsqueda espiritual de Dios como medio de comprender la naturaleza y el universo material. Para un análisis de las relaciones de Swedenborg con el pensamiento deísta, véase Kirven 1965. [RHK]

[84] Aunque cabía esperar que Swedenborg utilizara el más concreto *correspondentia*, «cosas que corresponden», continuamente utiliza en este capítulo el abstracto *correspondentiae*, «correspondencias». [GFD]

[85] Véase *supra*, nota 29. [JSR]

[86] Sobre el uso de *ecclesia*, «iglesia» de Swedenborg, véase *supra*, nota 2. Por *ecclesia representativa*, traducido aquí como «iglesia representativa», se quiere decir una iglesia o cultura religiosa, que se centró en la cuidadosa realización de los actos prescritos, tuviesen o no sus miembros un sentido de las realidades espirituales que esos actos reflejaban. [GFD]

[87] La expresión latina aquí traducida por «el pan de la presencia» es *panes facierum*, «panes de caras», que sigue la versión de Schmidt 1696 (véase *supra*, nota 4) y refleja muy literalmente el hebreo לֶחֶם הַפָּנִים, *leḥem happānîm*. [GFD]

[88] La palabra latina aquí traducida por «funciones» es *usus*, que también se traduce a veces por «usos» o «utilidades». Swedenborg emplea este substantivo como sinónimo al menos parcial de «bien». Cuando «uso» o «utilidad» es sinónimo de «acción» (como en la idea de «realizar un uso») se refiere a una acción que es útil para alguien, es decir, que hace bien a alguien. Cuando indica un aspecto de una actividad o la persona que la realiza

(como en «el uso de un juez») se refiere a la ayuda que la actividad o persona proporciona. La idea de Swedenborg de «uso» es analizada en Van Dusen 1981. [RHK, GFD]

[89] La inusual palabra latina *coelicolae* para los habitantes del cielo sugiere que Swedenborg alude específicamente a Catulo 64: 409-411. Para análisis y contexto véase Frazier 1998. [JSR]

[90] Para una exposición amplia sobre las visitas de Swedenborg a los cielos de esas edades, véase su obra de 1768 *Amor conyugal* 74-78. [JSR]

§§ 116-125

[91] Las palabras latinas aquí traducidas por «he visto y oído» son *audivi et vidi*, recordando la expresión *ex auditis et visis*, «de las cosas oídas y vistas», en el título de este libro [GFD] [Se recuerda que el título completo de esta obra es originalmente *De coelo et eju mirabilibus, et de Inferno, ex auditis et visis. N. de los T.*]

[92] En más de una veintena de pasajes de sus obras teológicas, Swedenborg parece ha ber anticipado las modernas investigaciones del cerebro reconociendo diferentes funcio nes para los hemisferios izquierdo y derecho. Por ejemplo, *Los arcanos celestiales* 644 dic entre otras cosas: «La voluntad y el entendimiento son muy distintas entre sí... El cerebr humano está dividido en dos partes, llamadas hemisferios; a su hemisferio izquierdo per tenecen las facultades intelectuales, y al derecho las de la voluntad», una distinción no in compatible con las modernas atribuciones de las funciones intelectual, analítica, literaria y matemática al lado izquierdo del cerebro, y las funciones emocionales y estéticas, al de recho. [RHK]

[93] La versificación de Joel difiere de unas Biblias a otras. La primera edición d Swedenborg dice 4, 15, siguiendo la versificación latina; en otras versiones este pasaje e 3, 15. [JSR]

[94] Donde leemos *saccus*, «cilicio», por el *succus*, «zumo, jugo», de la primera edición; e original griego es σάκκος *(sákkos)*, «tela de cilicio». [GFD]

[95] Véase *infra*, § 147. El tema de presencia por vía de visión interior es desarrollado ade más en *Los arcanos celestiales* 6849: «El Señor se hace presente de una forma que no es otr que la visión interior, que resulta posible por la fe derivada del amor al prójimo». [GFI

[96] El «amor a sí mismo» –descrito aquí como lo opuesto al amor divino, en *Los arc nos celestiales* 1675: 6 como lo opuesto a «la esencia humana del Señor», e *infra*, en § 55 como lo opuesto al amor al prójimo– es para Swedenborg la esencia del mal humano. I único «amor» que puede ser malo es el amor a la dominación de los otros, pero éste también una forma del amor a sí mismo. Un análisis más amplio del amor a sí mismo apa rece *infra*, en §§ 556-565. Véase también nota 165. [RHK]

[97] En § 311, Swedenborg asocia respectivamente las denominaciones de «diablo» y «s tanás» con estas dos clases. Muy frecuentemente utiliza «espíritus» para referirse a quien después de la muerte están en proceso de preparación ya sea para el cielo o para el in fierno. [GFD]

[98] Véase §§ 141-153, 162-169 y 191-199. [GFD]

[99] Esta referencia difiere de las restantes de la lista en que no reproduce las palabras d título del capítulo aludido; la precisión oportuna se hace en los §§ 101 y 103. [GFD]

§§ 126-140

[100] Como era habitual en su tiempo, Swedenborg se refería a los Salmos como el «libro de David», y al Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) como los «libros de Moisés». [GFD]

[101] Años más tarde Swedenborg registró varios casos memorables de la verdad que brilla en el mundo espiritual. Cuenta que si los espíritus frotan su cara o su ropa con la Palabra, brillan con tanto resplandor como la luna o las estrellas (*Divina providencia* 256: 4), incluso tan brillantemente como si los espíritus mismos estuvieran en una estrella (*La verdadera religión cristiana* 209: 2). Dice también que los espíritus cortan papel en formas decorativas y escriben en ellos frases de la Palabra porque se convierten en formas brillantes en el aire (*La verdadera religión cristiana* 209: 2). Cuenta un caso memorable en que ve una mesa con intensa luz en la que una verdad escrita sobre papel brilla como una estrella, pero una verdad falsificada causa una explosión, apareciendo un espíritu inconsciente. En el mismo texto, ve una habitación en la que la Palabra está rodeada por unas gemas que producen un arco iris con fondos diferentemente coloreados dependiendo de qué clase de ángel esté mirando (*El Apocalipsis revelado* 566: 5-7). Véase también *El Apocalipsis revelado* 540; *Amor conyugal* 77: 2, 533. [JSR]

[102] El término «paraíso», *paradisus*, de Swedenborg incluye el sentido de «parque», «jardín». [GFD]

[103] No hay § 138 en la edición en latín. [GFD]

[104] «Existir» (latín *existere*, cuyo significado es «salir de»), «ser» *(esse)* y «proceder» (*procedere*, que significa literalmente «salir», «aparecer») son términos claves en la ontología de Swedenborg. Aunque palabras latinas comunes, presentan dificultades de traducción a causa de sus implicaciones metafísicas. Dos pasajes clásicos para un estudio adicional de estos conceptos en Swedenborg son *La verdadera religión cristiana* 210: «[Dios] es Ser *[Esse]* y Existencia *[Existere]*; y al mismo tiempo Procesión *[Procedere]*»; y *Amor divino y sabiduría divina* 14: «Ser *[Esse]* y Existir *[Existere]* son distinguibles en su unidad en el Hombre-Dios. Donde hay Ser *[Esse]*, hay Existir *[Existere]*; lo uno no aparece sin lo otro». [RHK]

§§ 141-153

[105] Este análisis refleja de forma clara y nada sorprendente la perspectiva de Swedenborg, que residió durante toda su vida en el hemisferio norte, y también su interés por la astronomía, a la que se había dedicado intensamente en años anteriores. [GFD]

[106] Las afirmaciones de este parágrafo desarrollan las relaciones entre *oriens*, «Este», Oriente»; *origo*, «fuente», «origen»; y *exoriri*, «subir», «levantarse», «salir». [GFD]

[107] Para las representaciones y apariencias, véase §§ 170-176; para el tiempo y el espacio en el cielo, véase §§ 162-169, 191-199. [GFD]

[108] Una posible interpretación de que la distancia entre el sol y la luna sea de treinta grados es que los ángeles celestiales ven al Señor (en forma solar) en una posición en el cielo que varía en treinta grados respecto de la posición en que los ángeles espirituales ven al Señor (en forma lunar). En consecuencia, el Este en el reino celestial estaría a treinta grados de distancia según la brújula respecto del Este en el reino espiritual; si ambos esquemas se superpusieran, habría dos conjuntos de direcciones cardinales separadas entre

sí por una rotación equivalente a un doceavo de circunferencia. Ambos reinos están, pues, orientados en direcciones más o menos semejantes, pero no exactamente en la misma. Sin embargo, no se deriva de ello ninguna confusión, porque los dos reinos están separados y ningún ángel tiene que vivir con los dos conjuntos de direcciones a la vez. [JSR]

[109] Véase especialmente § 587. [GFD]

§§ 154-161

[110] Véase §§ 170-176. [GFD]

[111] La palabra latina aquí traducida por «ego» o «imagen de sí» es *proprium* (lo propio de uno, cualquier cosa que sea). Swedenborg utiliza este adjetivo como substantivo para designar todo lo que constituye nuestra identidad personal, imagen de uno mismo, o sentido de sí. [RHK]

[112] La palabra latina aquí traducida por «tristeza» es *maestitia*. [JSR]

[113] Aunque al tema de cambios de estado en el infierno no se le concede atención explícita, está claramente implícito en §§ 562, 574 y 594. [GFD]

§§ 162-169

[114] Véanse §§ 191-199. [GFD]

§§ 170-176

[115] Por «libros históricos» Swedenborg entiende los siguientes: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel y 1 y 2 Reyes; por «libros proféticos»: Isaías, Jeremías, Lamentaciones, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías. Véase también *supra*, nota 7. [JSR]

[116] Aunque hay numerosas alusiones a la forma en que las cosas «aparecen», la referencia más explícita al tema se encuentra en § 479: 6. [GFD]

[117] La conclusión de esta frase es una cita de Isaías 64, 4, citada en 1 Corintios 2, 9 [GFD]

§§ 177-182

[118] Siguiendo la costumbre de su tiempo, Swedenborg ocasionalmente se refirió al libro del Apocalipsis simplemente como Juan. [GFD]

§§ 183-190

[119] El énfasis aquí están en volar o flotar sin cuerpo *en el aire físico* (compárese con § 264). En otro lugar Swedenborg describe ángeles, aunque sin alas, dotados de la capacidad de volar (*Amor conyugal* 2: 1; *La verdadera religión cristiana* 134: 5; compáres Apocalipsis 8, 13; 14, 6). [JSR]

[120] A menudo Swedenborg previene contra el uso del aprendizaje y la inteligencia de yo para determinar la verdad de una proposición. Por otra parte, frecuentemente sugier criterios racionales por los que se puede reconocer la verdad de una proposición. Tant

sus advertencias contra la erudición como su estímulo para usar la razón proceden de su convicción fundamental de que el origen de todo pecado –simbolizado por Adán comiendo del «fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal» en Génesis 3, 1-13– está en las gentes «que no creen en el Señor o la Palabra, sino sólo en sí mismos» (*Los arcanos celestiales* 231). Esto es, mantiene Swedenborg que si se cree en el Señor o la Palabra, el razonamiento es conducido por el Señor para reconocer lo que es bueno y lo que es verdadero; pero si se cree sólo en uno mismo, el razonamiento conduce a errores egoístas o mundanos. Véase también *supra*, nota 19 respecto a «influjo». [RHK]

§§ 191-199

[121] Véase especialmente la obra de Swedenborg de 1758 *Las tierras en el universo*. [JSR]

[122] En este punto, la primera edición omite la letra que indica la nota a pie de página de Swedenborg, pero está claro que su lugar apropiado es éste. [GFD]

[123] Un estadio es una antigua unidad griega de longitud equivalente aproximadamente a 185 metros. [JSR]

[124] Para la unidad de medida llamada estadio, véase *supra*, nota 123. Una distancia de 12.000 estadios es aproximadamente 2.220 kilómetros. [JSR]

[125] La versificación del salmo 31 difiere según las Biblias. La primera edición de Swedenborg dice 31, 9, según la versificación latina; en otras versiones este pasaje es el versículo 8. [JSR]

§§ 213-220

[126] La versificación de Isaías 9 difiere según las Biblias. La primera edición de Swedenborg dice 9, 6, siguiendo la versificación latina. En otras versiones este pasaje es el versículo 7. [JSR]

[127] La versificación de Jeremías 9 difiere según las Biblias. La primera edición de Swedenborg dice 9, 23, siguiendo la versificación latina. En otras versiones este pasaje es el versículo 24. [JSR]

[128] La versificación del Salmo 36 difiere según las Biblias. La primera edición de Swedenborg dice 36, 6-7, siguiendo la versificación latina. En otras versiones este pasaje son los versículos 5-6. [JSR]

[129] La expresión latina aquí traducida por «estructura organizada de funciones» es *regum usuum*, literalmente «un reino de usos». Swedenborg frecuentemente da pruebas de un vívido sentido de la naturaleza interactiva e interdependiente de la sociedad humana. Véase, por ejemplo, *Divina providencia* 4: 4. [GFD]

[130] Véase §§ 536-581, especialmente § 543. [GFD]

§§ 228-233

[131] Swedenborg registra experiencias de esta naturaleza desde los comienzos de su periodo teológico. Véase *El Antiguo Testamento explicado* (= Swedenborg 1927-1951) §§ 943, 1149-1150. [GFD]

[132] Es una referencia a *El Juicio Final*, obra de 1758. [GFD]

[133] La mayor parte de los ejemplos del uso del poder angélico mencionados aquí es-

tán incluidos en el relato de Swedenborg del Juicio Final, que cuenta como ocurrido en 1757. Para su descripción, véase la obra de 1758 *El Juicio Final*; para un análisis, véase páginas 32-36 de la introducción al presente volumen, y nota 5 *supra*. [JSR]

[134] Véase 2 Reyes 19, 35 (= Isaías 37, 36). [GFD]

[135] Aquí Swedenborg traduce la poco común expresión hebrea הַמַּשְׁחִית בָּעָם, *hammašhîṯ bā'ām* (¿«el destructor entre el pueblo»?) con extremo literalismo como *qui perdidit de populo*, «el que destruye del pueblo». [GFD]

[136] La primera edición dice *illam*, forma femenina del pronombre personal de la tercera persona del singular; se trata quizá de una errata por *illum*, que incluye a los dos géneros y significa «él o ella». [GFD, JSR]

[137] Véase §§ 299, 577-580. [GFD]

§§ 234-245

[138] La afirmación de Swedenborg de que en el cielo hay un único lenguaje parece contradecir sus primeras afirmaciones de que los ángeles de los cielos superiores e inferiores no pueden comunicarse verbalmente entre sí (§§ 35, 208-209). Señalando esta aparente contradicción, King (1999, 30-35) propone como solución que lo que Swedenborg designa por «lenguaje» y lo que designa por «habla» puede no ser lo mismo: el lenguaje universal del cielo puede ser «el casi infinito sistema de posibles usos de palabras para transmitir significados, mientras que el habla implica la actualización del lenguaje de una persona» (King 1999, 33). Véase también §§ 241 y 244 *infra*. [JSR]

[139] Para más detalles sobre el «libro de la vida», véase § 463 y los pasajes de la Biblia citados *infra*, en nota 258. [JSR]

[140] Véase § 269 *infra*. [GFD]

[141] En *Diario espiritual* (= Swedenborg 1983-1997 = Swedenborg 1998-2000) § 155 Swedenborg señala que a fin de expresar de algún modo las ideas angélicas en el lenguaje humano, las incontables cosas que el lenguaje angélico contiene simultáneamente «deben ser desplegadas en toda una secuencia, y con muchas digresiones, de manera extensa» *(succesive et per plures ambages prolixe explicanda essent)*. Esta entrada de su diario ofrece un raro vislumbre de la visión de un problema que él contemplaba como escritor. No tiene fecha, pero una entrada cercana (§ 165) está fechada el 2 de agosto de 1747. [GFD]

[142] Referencia a Isaías 64, 4, que se cita en 1 Corintios 2, 9. [GFD]

[143] Aristóteles propuso cuatro categorías fundamentales de causa: material, formal, eficiente y final, que se refieren respectivamente a la substancia de una cosa, su forma, agente por el que fue producida y la finalidad de su producción. El empleo por parte de Swedenborg de la terminología aristotélica de «causas» y «causa primera» puede tener más relación con la penetrante influencia de Aristóteles en el vocabulario y la sintaxis del pensamiento filosófico occidental que con cualquier dependencia respecto de Aristóteles *per se*. Su ontología, por citar un ejemplo notorio, incluye la de Aristóteles sin estar limitada por ella. Véase Kirven 1988, 361-364. [RHK]

[144] Presumiblemente, Swedenborg pensaba en las pronunciaciones latinas de estas vocales, pero no puede afirmarse con precisión cuáles serían sus modernos equivalentes fonéticos. Varias circunstancias pueden haber afectado a su pronunciación del neolatín

su tiempo; su lengua nativa era el sueco, pero conoció una gran variedad de lenguas; trabajó y estudió en Holanda, Inglaterra e Italia; aprendió latín de maestros cuyas particularidades en cuanto a la pronunciación nos son desconocidas. Además, cada una de estas letras puede tener más de una pronunciación en latín; y *U* e *I* también representan semivocales. Sólo la pronunciación latina de la *U* ha ocupado a estudiosos durante generaciones. Una conjetura aproximada, evitando toda pretensión de transcripción fonética, es que por *U* Swedenborg se refiere al sonido vocálico en las palabras inglesas *boot* y *foot* [es decir, como la *u* en español, ya sea más larga o más breve]; por *O* los sonidos en *snow*, *oar* y *not* [como la *o* en español, ya sea más abierta o más cerrada, más breve o más larga]; para *E* los sonidos en *gate y get* [como la *e* española, breve y abierta]; y para *I* los sonidos en *sheen* y *pit* [como la *i* española, ya sea breve o larga]. [JSR]

[145] Originalmente, en hebreo se escribían sólo las consonantes. Cuando el hebreo dejó de ser un lenguaje comúnmente hablado se añadieron indicaciones de vocales como guías de pronunciación. Al final del primer milenio, se hizo normativo un sistema palestino occidental para la representación de las vocales. El comentario de Swedenborg de que las vocales «se pronuncian de forma variable» refleja presumiblemente el hecho de que el sistema representó fielmente los ligeros cambios en la pronunciación vocal ocasionados por los cambios de acentuación. [GFD]

[146] En su análisis de la palabra hebrea correspondiente a *y*, Swedenborg se refiere al proclítico ו, *va*; o ו, *û*. Es digno de señalar que Schmidt 1696 (véase *supra*, nota 4) utiliza una amplia variedad de recursos para evitar la repetición del latín *et*, «y»; y que en estos ejemplos Swedenborg utiliza siempre *et*. [GFD]

[147] Esto puede ser una referencia a la técnica vocal de «cubrir» las vocales, transformándolas en un sonido «ah» cuando se pronuncian en registros altos. [GFD]

[148] Véase §§ 255, 334 y 463. [GFD]

§§ 246-257

[149] Esta afirmación es significativa en relación a la advertencia de Swedenborg sobre el peligro de las prácticas espiritistas realizadas con el fin de establecer comunicación con los muertos. El presente pasaje sugiere que en su visión hay una comunicación normal y aludable entre los espíritus y las personas; el peligro surge cuando la motivación para la comunicación es la curiosidad vana, la búsqueda de sensaciones o la avaricia, a que son traídos los espíritus no angélicos. Véase *infra*, §§ 249-250 y la obra póstuma de Swedenborg *El Apocalipsis explicado* (= Swedenborg 1994-1997) §§ 1182: 4-1183. [RHK]

[150] Véase § 431. [GFD]

[151] Véase *infra*, §§ 291-310. [GFD]

[152] Sobre el método de Swedenborg de referirse a las localizaciones en el espacio espiritual véase *supra*, nota 21. [JSR]

[153] Para una relación de los libros históricos y proféticos de la Palabra véase *supra*, nota 115. [JSR]

[154] Véase *infra*, §§ 601 y 603: 9. [GFD]

§§ 258-264

[155] La primera edición dice «11, 9-10». Probablemente el editor interpretó erróneamente el «II» de Swedenborg. [GFD]

[156] Véase *El caballo blanco*, una de las obras publicadas por Swedenborg en 1758 junto con *Del Cielo y del Infierno*. [GFD]

[157] «Jota» es la traducción tradicional de la palabra griega *ἰῶτα*, *iota*, que se refiere a la letra hebrea י, *yôḏ*, que era en tiempos de Jesús la letra más pequeña de los alfabetos arameo y hebreo. «Tilde» es la traducción tradicional de la palabra *κεραία*, *keraía*, en el texto griego, correspondiente a *corniculum* en el texto latino de Schmidt 1696 (véase *supra*, nota 4) y en Swedenborg. En latín y en griego designa el trazo elevado en la escritura «recta» utilizada en los textos sagrados hebreos después del siglo V a. C. Un equivalente en nuestro alfabeto podría ser el punto sobre la i o el trazo elevado de la ñ. [GFD]

[158] Obviamente, Swedenborg no utiliza aquí la palabra «compuestos» en el sentido moderno de «expresable en forma de producto de dos números primos distintos a 1 y a sí mismo», como tampoco quiere decir «primo» cuando dice «simple». «Simple» significa 12 o inferior a 12, y «compuesto» un número superior a 12 que resulta de la multiplicación de dos o más números simples (véase *Los arcanos celestiales* 487, 575). Quizá Swedenborg omite el 11 en esta lista porque, como dice en otro lugar, tiene un significado interior similar al 10 (*Los arcanos celestiales* 9616). Para las explicaciones de Swedenborg del significado de los números en general, véase *Los arcanos celestiales* 482, 487, 647, 648, 755, 813, 1963, 1988, 2075, 2252; y para el significado de los números particulares véase, siempre en *Los arcanos celestiales*: del 2, §§ 720, 900; del 3, §§ 482, 720, 900; del 4, § 1686; del 5, §§ 649, 798, 1686; del 6, §§ 62, 84-85; del 7, §§ 395, 433, 813: 2; del 8, § 2044; del 9, §§ 1987, 2025, 2075: 2; del 10, § 468: 4; del 12, §§ 575, 577, 648: 2; del 144, § 7973: 2-3; del 1.000, §§ 482, 2588: 4; del 12.000, § 7973: 2-3. Estas referencias unidas a abundantes manuscritos y publicaciones anteriores son una prueba del continuo interés de Swedenborg a lo largo de su vida por los números y las matemáticas. [JSR]

§§ 265-275

[159] Leyendo *et*, «y», en lugar de *ex*, «de», «desde». [GFD]

[160] Leyendo *ex* en lugar de *et*. [GFD]

[161] A raíz de su primer viaje fuera de Suecia, tras la graduación en Uppsala en 1709 Swedenborg mandó hacer o hizo por sí mismo un microscopio de cuarenta y dos aumentos que parece haber sido un verdadero tesoro para él. Véase Kirven y Larsen 1988 15. [GFD]

[162] El latín de este relato no contiene pronombres específicos de género, pero es muy probable que si el interlocutor hubiera sido un ángel femenino, Swedenborg habría señalado este hecho, como hace, por ejemplo, en *Amor conyugal* 293. [GFD]

[163] Por «regeneración» Swedenborg designa en general el proceso del renacimiento humano espiritual, y específicamente, la última fase de este proceso en el que el individuo obtiene un nuevo corazón o voluntad y una nueva mente o entendimiento. El proceso refleja gestación, nacimiento y primera y segunda parte de la infancia. Aunque Swedenborg se refiere extensamente a ello en *Los arcanos celestiales*, para una introducción

sucinta al proceso véase el capítulo sobre reformación y regeneración en *La verdadera religión cristiana* (§§ 571-620). [JSR]

[164] La palabra latina aquí traducida por «tratar de descifrar» es *ratiocinantur*, que Swedenborg rara vez utiliza en un sentido afirmativo o neutro. A menudo tiene la connotación de racionalización. [GFD]

[165] La expresión latina aquí traducida por «egoísmo» es *amore sui*, literalmente «amor a sí mismo», pero significando claramente «considerarse a sí mismo como lo supremamente importante». *Amor sui* es de hecho definido en otra de las obras de Swedenborg de 1758, *La nueva Jerusalén*, § 65, como «quererse sólo a uno mismo y no al prójimo salvo a causa de uno mismo». Más adelante, en el § 99 de esa obra, Swedenborg deja claro que si estamos obligados a mirar por nuestro propio bienestar es antes de nada con el fin de ser capaces de servir a los otros. Véase también la nota g al § 282, *infra*. [GFD]

§§ 276-283

[166] Parece que algo se ha omitido aquí, probablemente una línea completa de la copia definitiva de Swedenborg. La traducción de Ager (Swedenborg [1758] 1995) supone una restauración similar. [GFD]

[167] Leyendo *cupiunt*, «codician», por el *capiunt* de la primera edición, «coger», «agarrar». [GFD]

[168] «Storge» es una versión latinizada (y anglizada, como demuestra su presencia en el *Oxford English Dictionary*) de la palabra griega στοργή, *storgé*, que en tiempos de Swedenborg designaba el intenso, indiscriminado y casi instintivo amor que los padres tienen por su descendencia, especialmente por los recién nacidos. [JSR]

[169] La expresión latina citada aquí es *curam pro crastino*. Se trata de una referencia a Mateo 6, 34; en la traducción de Schmidt 1696 (véase *supra*, nota 4), *Ne sitis igitur soliciti in crastinum* [en la versión de Cipriano de Valera que seguimos en esta traducción al español: «Así que no os afanéis por el día de mañana». *N. de los T.*]. [GFD]

[170] Véase *supra*, §§ 177-179. [RHK]

[171] El pasaje citado se refiere a no preocuparse por el comer y el vestir, correspondencias que son ilustradas en los §§ 103-115, *supra*, bajo el epígrafe «Hay correspondencia del cielo con todas las cosas de la tierra», especialmente en el § 108. [RHK]

[172] El interés continuo de Swedenborg por el tema del amor conyugal está confirmado por las aproximadamente quinientas referencias al tema en *Los arcanos celestiales*, incluyendo un breve resumen de sus principios en §§ 10167-10175; en los §§ 366-386 de la presente obra (bajo el encabezamiento «Los matrimonios en el cielo»); en fichas y borradores de sus manuscritos; y en su obra *Amor conyugal*, publicada en 1768. Véase *supra*, nota 78, e *infra*, nota 221. [GFD, RHK]

§§ 284-290

[173] Este capítulo proporciona uno de los más claros ejemplos de los muchos pasajes en los que Swedenborg expresa la dificultad de proporcionar imágenes verbales, descripciones y explicaciones de sus experiencias espirituales. Su actitud parece derivar de su prolongado interés por las ciencias físicas y su devoción por lo que luego sería conocido co-

mo «método científico»: parece ser conocedor de que su metodología descriptiva es en sí misma parte de su mensaje. Véase también nota 141, *supra*. [GFD, RHK]

[174] Véase *supra*, nota 14. «La unidad de su naturaleza divina y la naturaleza divino-humana dentro de él» se refiere aquí a la primera «Persona» (lo Divino) y a la segunda «Persona» (la naturaleza divino-humana, el Señor) de la «Trinidad», enfatizando la unidad sobre la trinidad de la divinidad. [RHK]

§§ 291-302

[175] Este capítulo trata un tema por el que Swedenborg siempre manifestó un gran interés: a saber, la identificación de lo que es verdadero (y bueno) en la doctrina de la Iglesia y en la devoción popular, y la utilización de esas verdades para apartar a las gentes de las distorsiones que veía en las enseñanzas de la Iglesia de su tiempo. Véase *supra*, nota 12. [RHK]

[176] Véase especialmente §§ 421-431. [GFD]

[177] Véase *supra*, §§ 246-257, bajo el epígrafe «Cómo nos hablan los ángeles», especialmente el § 247. [RHK]

[178] Una excepción evidente a este principio puede ser encontrada en el § 137: 8 de *La verdadera religión cristiana* y una muy probable en el § 137: 12 de la misma obra. Aunque no se dan los nombres de las personas a que se refieren estos pasajes, las referencias geográficas dejan claro que se refieren a Johann August Ernesti (1707-1781; véase *supra*, nota 6) y al obispo Eric Lamberg (1719-1780) de la diócesis de Gotemburgo. [GFD]

[179] Éste es el tema central de los últimos capítulos del libro, §§ 589-603. [GFD]

[180] Esta idea de «equilibrio» es crucial en la enseñanza de Swedenborg sobre la «regeneración», el proceso de renacimiento o salvación por el que el Señor nos prepara para el cielo. Los dos pasajes clave que desarrollan la idea son *Amor divino y sabiduría divina* 21-24 y *La verdadera religión cristiana* 475-478. [RHK]

[181] Este capítulo y el precedente proporcionan un importante contexto para una de las afirmaciones clave de Swedenborg acerca de la naturaleza humana. «El Señor nos creó de tal modo que pudiéramos hablar con los espíritus y los ángeles mientras vivíamos en nuestro cuerpo, como ocurría realmente en la antigüedad. Después de todo, estamos unidos con los espíritus y los ángeles, pues nosotros mismos somos espíritus revestidos con carne. Al final, sin embargo, los hombres se sumieron tan profundamente en las preocupaciones corporales y mundanas que casi ninguna otra cosa llegaba a interesarles, y de este modo la vía de comunicación con el cielo se cerró. Pero en cuanto las preocupaciones corporales que nos absorben disminuyen, el camino se abre y nos encontramos entre espíritus, viviendo junto con ellos» (*Los arcanos celestiales* 69). [RHK]

[182] Aunque Swedenborg mantiene que «todos hemos nacido del cielo, y nadie ha nacido del infierno» (por ejemplo, *infra*, § 329), también dice que «hemos nacido en toda clase de males, y así por nosotros mismos estamos condenados al infierno... Por consiguiente necesitamos ser regenerados» (*Los arcanos celestiales* 10367). Este capítulo se refiere a la respuesta divina a esa necesidad. Swedenborg afirma que si alguna vez el Señor nos dejara solos con nuestros males ya no seríamos seres humanos (*infra*, § 546); la condición humana es, pues, la de ser salvados si así lo queremos. [RHK]

[183] Véase §§ 491-498. [GFD]

[184] Sobre las referencias de Swedenborg a las localizaciones en el espacio espiritual, véase nota 21, *supra*. [JSR]

[185] La frase recuerda la de *Los arcanos celestiales* 68, donde Swedenborg reconoce que aunque sus pretensiones de experiencia espiritual exigen la creencia, esto no le desalienta; porque como él dice: «He visto, he oído y he sentido». [GFD]

[186] La expresión latina traducida como «con el Ser primero de la vida» es *cum primo Esse vitae*. [GFD]

§§ 303-310

[187] Por «Principio» aquí Swedenborg designa a Dios como origen de todas las cosas; véase también §§ 9 y 37. [JSR]

[188] Véase nota 143, *supra*. [RHK]

[189] Véase nota 29, *supra*. [JSR]

[190] Las obras mencionadas aquí fueron publicadas por Swedenborg en 1758. El Apéndice a la doctrina celestial» es presumiblemente una referencia al material de §§ 255-366 de *La nueva Jerusalén*. [GFD]

[191] Véase *supra*, nota 124. [JSR]

[192] La cita también incluye material de los versículos 19 y 21. [GFD]

[193] Véase §§ 200-212. [GFD]

[194] Referencia a la obra de Swedenborg de 1758 *Las tierras en el universo*. [GFD]

[195] La palabra latina aquí traducida por «asuntos superficiales» es *externis*, que también podría ser traducida por «cosas externas». [GFD]

[196] En la Europa del siglo XVIII, donde la complejidad en los detalles era una moda que alcanzaba a todo, desde la música a la pintura y a la narrativa, un estilo superior significaba en la práctica una gran ornamentación. [GFD]

§§ 311-317

[197] Véase §§ 582-588. [GFD]

[198] El teólogo Friedrich Christoph Oetinger (1702-1782) y el filósofo idealista Friedrich von Schelling (1775-1854) lamentaron este escepticismo y aprobaron su refutación por parte de Swedenborg. Sobre Oetinger, véase especialmente Benz 1947; sobre Schelling, véase Horn 1954. [GFD]

[199] Véase §§ 421-535. [GFD]

§§ 318-328

[200] Este principio es más conocido actualmente según la forma de la sentencia de Cipriano (*circa* 200-258 d. C.), antiguo teólogo cristiano, según el cual «fuera de la Iglesia no hay salvación» (Walker 1970, 67 nota 22). [RHK]

[201] Las ideas de este capítulo –cómo una combinación de buenos motivos y buenas acciones conduce al cielo– se desarrollan más ampliamente en el capítulo encabezado por el epígrafe «No es tan difícil llevar una vida encaminada al cielo como se suele creer», §§ 528-535 *infra*. [RHK]

[202] La obra de Swedenborg *Las tierras en el universo* fue publicada en 1758 junto con *Del Cielo y del Infierno*. [GFD]

[203] La expresión latina traducida por «Iglesia Antigua» es *ecclesia antiqua*, denominación de Swedenborg de la iglesia que existió después de los tiempos marcados en la Biblia por el Diluvio (Génesis 6-9); Véase *supra*, § 115, e *infra*, § 327, para la visión de Swedenborg de una sucesión de «iglesias» desde los comienzos de la humanidad. [RHK, GFD]

[204] La expresión latina traducida por «Oriente Próximo» es *orbis Asiatici*, «mundo asiático». Para Swedenborg esta expresión no se refiere al continente ahora conocido como Asia, sino al mundo geográfico de la Biblia hebrea (véase la relación de nombres de lugares en § 324, *infra*). [JSR]

[205] La madre de Micaía había gastado mil cien siclos de plata en una imagen de talla y un ídolo de fundición. Micaía persuadió entonces a un joven levita llamado Jonatán, que se encontraba de paso, para que fuera su sacerdote a cambio de comida y casa. Pero seiscientos miembros de la tribu de Dan que buscaban un lugar para vivir robaron las imágenes de Micaía y persuadieron al joven levita para que dejara a Micaía y se convirtiera en su sacerdote. Micaía reunió a sus vecinos y reclamó a los hombres de Dan: «Tomastei mis dioses que yo hice y al sacerdote, y os vais; ¿qué más me queda?». Pero abandonó su pretensión de recuperarlos cuando vio que los seiscientos eran demasiado fuertes para su grupo. [JSR]

[206] Swedenborg dice en otro lugar que en el mundo espiritual los pensamientos y la asociaciones se proyectan de forma visible alrededor de quien las tiene. *Los arcanos celestiales* 6200 explica que cualquier cosa que uno piense se representa en el mundo espiritual como un punto central, alrededor del cual se puede ver cualquier cosa que se haya asociado alguna vez con ello. Por ejemplo, cuando Swedenborg pensaba acerca de alguien una imagen de esa persona aparecía en el centro, y, alrededor de él, aparecían formas visuales de todos los pensamientos y experiencias que Swedenborg había tenido alguna vez en relación con esa persona, moviéndose arriba y abajo como las alas de un pájaro (*Los arcanos celestiales* 6200). Aquí Swedenborg determina la nacionalidad de un grupo a partir de las imágenes que ve a su alrededor. [JSR]

[207] En varios pasajes –la mayor parte de ellos en *Suplementos* y *Diario espiritual*, pero muy especialmente también en *La verdadera religión cristiana*, especialmente §§ 837-839– Swedenborg describe a los espíritus y los ángeles que habían vivido su vida terrenal en África continental, especialmente en las zonas del interior (Véase *Suplementos* 76 y *Diario espiritual* [= Swedenborg 1889] § 4777), como especialmente dotados de percepción espiritual y discernimiento interior. Véase también *infra*, § 514, y el paralelo al presente pasaje en *Los arcanos celestiales* 2604. [RHK, JSR]

[208] La expresión latina aquí traducida por «Iglesia Antigua» es *ecclesia antiqua*; véase *supra*, notas 2 y 203. [RHK]

[209] Sobre el método de Swedenborg de referirse a las localizaciones en el espacio espiritual véase *supra*, nota 21. [JSR]

§§ 329-345

[210] Esta forma de describir la localización de un cielo particular, o más bien de un se-

mento específico del cielo, deriva del esquema presentado *supra*, en §§ 59-67 (el pasaje que sigue al epígrafe «El conjunto del cielo, entendido como una sola entidad, refleja un único hombre»), especialmente § 65. [RHK]

[211] Las frecuentes afirmaciones de Swedenborg de que todo el mundo –incluidos los niños– han nacido en males de alguna clase y de que en sí mismos no son nada sino mal son equilibradas por afirmaciones de que cada persona es creada a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1, 26, *Los arcanos celestiales* 51) con el cielo como meta, y que los medios de salvación son proporcionados por el Señor. De hecho, dice él, los seres humanos «como son en sí mismos» son hipótesis no existentes, puesto que la presencia que fluye del Señor es necesaria para la existencia momento a momento; todos nosotros en la tierra y todos los ángeles somos receptáculos de vida procedente del Señor (*Divina providencia* 4) y esa recepción es el comienzo de la vida y la regeneración (*Los arcanos celestiales* 20 y *passim*). Véase también *supra*, nota 182. Por otra parte, este pasaje no debe ser tomado como prueba de una actitud negativa hacia los niños. Los informes de los contemporáneos de Swedenborg sugieren que, de hecho, tenía un afecto espontáneo por los niños y una gran relación con ellos (véase Tafel 1890, 541, 723-725). [RHK]

[212] Compárese con Jeremías 31, 29-30. [RHK]

[213] La frase latina traducida por «que todavía no habían aprendido a hablar» es *quum adhuc prorsus infantiles essent*, literalmente «cuando eran todavía completamente infantiles». El contexto sugiere que *infantiles*, «infantil», es entendido en su sentido etimológico de «que no habla». [GFD]

[214] Un plano (latín *planum*) en la teología de Swedenborg es un campo de actividad, un nivel receptivo o área inferior en el que fluye o sobre el que cae un nivel superior, en el que se detiene y a través del cual opera. Por ejemplo, la conciencia individual es un plano en el que los ángeles fluyen especialmente (*Los arcanos celestiales* 6207). Si alguien carece de conciencia, el influjo de los ángeles no tiene plano en el individuo, es decir, no encuentra una morada, una plataforma, una «base de operaciones» en ese individuo. [JSR]

§§ 346-356

[215] La expresión latina correspondiente a «los que enseñan la justicia» [siempre según la versión española de Cipriano de Valera; según la versión inglesa, «los que han justificado a muchos»] es *justificantes*, utilizado en el sentido de absolver a los otros de culpa. GFD]

[216] La palabra latina traducida por «iluminación» es *lumen*, «luz», a menudo contrastado con un más enfático *lux*, aunque las dos palabras tienen la misma denotación básica. GFD]

§§ 357-365

[217] Este capítulo y los siguientes tratan un tema común en Swedenborg: que el estado y la motivación espiritual determinan la cualidad de un estado o acción, y que las condiciones y actividades materiales no son buenas ni malas en sí mismas al margen de esas motivaciones. Véase § 222, *supra*. [RHK]

[218] Véanse los pasajes citados en § 471, *infra*. [GFD]

[219] La primera edición dice aquí Salmos 40, pero aparentemente se trata del Salmo 45. Por otra parte, la versificación del Salmo 45 difiere según las Biblias. La primera edición dice versículo 13, siguiendo la versificación latina; en otras versiones este pasaje es el versículo 12. [JSR]

§§ 366-386

[220] Véase § 60, *supra*. [RHK]

[221] Swedenborg distingue con frecuencia entre diferentes clases de amor especificando su objeto (por ejemplo, «amor a uno mismo» *[amor sui]*, «amor al Señor» *[amor in Dominum]*), pero trata el «amor conyugal» *(amor conjugialis)* como una especie de término técnico, que tipifica una categoría. El pasaje proporciona una buena definición del término en un nivel. Sin embargo, Swedenborg ve en esta relación ideal entre el esposo y la esposa, en tanto se corresponde con las manifestaciones espiritual, celestial y divina del amor conyugal, la unión del amor al bien con el amor a la verdad, la unión del bien en sí mismo con la verdad en sí misma, y la unión del amor con la sabiduría en Dios. Esto se expone de manera más completa en su obra de 1768 *Amor conyugal*. [RHK]

[222] Véase §§ 87-102 y 103-115 *supra*. [JSR]

[223] Como prueba de que se casaban dentro de sus clanes, Swedenborg señala en otro lugar Génesis 24, 2-9, donde Abraham jura a su criado que encontrará una esposa a Isaac de su propia tierra y parentesco, con el resultado de que el hijo de Abraham se casa con la hija del sobrino de Abraham (véase *Los arcanos celestiales* 3024, especialmente el subcapítulo último). En realidad, como señala Swedenborg en el capítulo que se acaba de citar, los israelitas tenían prohibido casarse fuera de la familia en toda su extensión (Deuteronomic 7, 3). [JSR]

[224] En su más amplio tratamiento de la poligamia en *Amor conyugal*, Swedenborg afirma que esa práctica no es pecado para las personas a las que su religión se lo permite (§ 348), e incluso menciona un «cielo musulmán inferior» donde se practica la poligamia (§ 343). Insiste sin embargo en que la práctica impide llegar a ser verdaderamente espiritual (§ 347). [GFD]

[225] En la primera edición, este parágrafo y el siguiente están ambos numerados como 382. [GFD]

[226] La palabra latina traducida por «piedras preciosas» es *pyropsis*; en latín clásico se refiere al bronce rojizo; en Swedenborg se refiere a gemas rojas, a veces rubíes. El autor debe de haber sido consciente de su derivación de una palabra griega que significa «de aspecto ardiente». Hans Helander identifica la forma adjetival de la palabra como un posible «neologismo de sentido»; véase Swedenborg [1715] 1988, 27. [GFD]

[227] En otro lugar sugiere Swedenborg que el arrepentimiento nos da el poder de reabrir el cielo (véase *El Apocalipsis explicado* [= Swedenborg 1994-1997] § 798: 6). [JSR]

§§ 387-394

[228] Véase notas 88 y 129, *supra*. [RHK]

[229] Aquí la primera edición omite la letra que indica la nota a pie de página de Swedenborg, pero es evidente que su lugar es éste. [GFD]

[230] La tierra inferior se define en otro lugar como una región situada por debajo del mundo de los espíritus, cerca del infierno pero no en él. Véase § 513 y la nota *a* que allí figura, *El Apocalipsis revelado* 845, 2; *Los arcanos celestiales* 4728. [JSR]

§§ 395-414

[231] Para una exposición amplia de esa experiencia, véase *Amor conyugal* 2-25. [JSR]

[232] Los «dos amores del cielo» son el amor al Señor y el amor al prójimo. Véase *supra*, § 15. [RHK]

[233] Esto es, amor a uno mismo y amor al mundo. Véase *supra*, § 18. [RHK]

[234] Swedenborg inicia su obra de 1768, *Amor conyugal*, con una serie de historias sobre personas a las que se permitió experimentar lo que imaginaban que era el cielo, lo que en todos los casos se convierte, pasados unos días, en una pesadilla (§§ 2-25). Uno de esos relatos muestra a personas desengañadas de la idea de que el cielo es adoración y glorificación perpetuas de Dios (*Amor conyugal* 1-3, 9). [GFD]

[235] Esta pluralidad de individuos y comunidades celestiales, como las variaciones del aspecto del Señor ante individuos diferentes (§ 55, *supra*), subyace tras el universalismo de Swedenborg: hay un cielo para cada uno que ama al Señor y ama a su prójimo. [RHK]

§§ 415-420

[236] Aunque en la época de Swedenborg existían numerosas teorías respecto a la fecha de la creación, la más generalmente aceptada era el año 4004 a. C., establecida por James Usher (1580-1655), arzobispo de Armah, a partir de los datos cronológicos proporcionados por la Biblia. [JSR]

[237] Esta pasaje está extraído casi literalmente de §§ 2-4, 6 y 126 de la obra de Swedenborg de 1758 mencionada en el párrafo introductorio, *Las tierras en el universo*, parágrafos que a su vez están tomados de *Los arcanos celestiales* 6697-6698 y 9441. En la primera edición de la presente obra, el material aquí repetido está resaltado por comillas a la izquierda en cada línea de texto. [GFD]

[238] Véase § 321, *supra*. [GFD]

[239] Sobre que sólo los pobres son aceptados en el cielo, véase Mateo 19, 23-24, Lucas 14, 21; sobre que sólo los elegidos son aceptados, véase Mateo 24, 31, Marcos 13, 27; sobre que sólo los que están en la Iglesia son aceptados y no los de fuera, véase quizá Juan 3, 18; sobre que sólo aquellos por los que intercede el Señor son aceptados, véase Romanos 8, 29-34; sobre que el cielo se cierra cuando está lleno, véase quizás Apocalipsis 14, 3; y sobre que el tiempo para esto está predestinado, véase Apocalipsis 20, 2-7. [GFD]

§§ 421-431

[240] El «mundo de los espíritus» *(mundus spirituum)*, definido en este capítulo, es un término técnico que Swedenborg emplea a lo largo de todas sus obras. Se refiere a la región situada «a medio camino entre el cielo y el infierno» donde los seres humanos pasan su «estado intermedio después de la muerte» antes de ir al cielo o al infierno (§ 422). El mundo de los espíritus no debe ser confundido con el mundo espiritual *(mundus spiritualis)*,

aunque el primero es parte del último. Cuando se refiere al mundo espiritual, Swedenborg quiere decir cielo, mundo de los espíritus e infierno. [RHK, JSR]

[241] Éste es un tema que Swedenborg explica desde muchos ángulos, tal vez tratando de corregir lo que consideraba un fallo serio en el pensamiento contemporáneo: la creencia de que decidir entre la fe y la caridad, la verdad y el bien, el entendimiento y la voluntad suponía otras tantas disyuntivas. Véanse notas 31, 45 y 48, *supra*. [RHK]

[242] Aparentemente, esta promesa no se cumplió. La única mención a los espíritus procedentes del infierno en el resto del libro es la breve mención de los espíritus malignos que «entran y salen de varios infiernos» como parte de su segundo estado en el mundo de los espíritus (§ 510). [JSR]

§§ 432-444

[243] Swedenborg emplea «espíritu» *(spiritus)* para señalar casi siempre el aspecto no material de la vida humana, así como para nombrar todo el aspecto no material de la realidad, entre lo que se incluye el espíritu humano. «Alma» *(anima)* aparece con menos frecuencia, a veces (como aquí) como un término distinto, otras veces como sinónimo clarificador (por ejemplo, la expresión «alma o espíritu» en *Los arcanos celestiales* 443, 444, 446) y, menos a menudo, como término técnico en su teoría psicológica (véase nota 47, *supra*). [RHK]

[244] La palabra latina aquí traducida como «agente» es *subjectum*. «Agente» aquí es paralelo a «herramienta» *(instrumentum)* en § 432, *supra*; es más ilustrativo que técnico. [GFD, RHK]

[245] Aquí, y frecuentemente a lo largo de su obra, Swedenborg concede una importancia considerable a la distinción latina entre las formas comparativa y superlativa (véase, por ejemplo, § 33 y 270, *supra*): los animales poseen una «naturaleza espiritual» que podría ser denominada «interior» o «relativamente interior» *(interior)*, pero no tienen una naturaleza «más interior» *(intimum)*. [GFD, RHK]

[246] Este parágrafo es idéntico a § 39 *supra*, salvo por la sustitución de *velim*, «quisiera» por *ultimo licet*, «por último»; y la adición de *de quibus n: 38*, «analizados en el § 38». [GFD]

[247] Este estado es comúnmente denominado estado *hipnagógico*. [RHK]

[248] Swedenborg menciona en otro lugar que le fue permitido experimentar un fenómeno (escritura automática) solamente para instruirle y no para que pudiera desarrollarla como práctica habitual. Véase *El Antiguo Testamento explicado* (= Swedenborg 1927-1951) §§ 1150, 1892, 6884, y especialmente 7006. [RHK]

[249] Véase *El Antiguo Testamento explicado* (= Swedenborg 1927-1951) § 943. [JSR]

§§ 445-452

[250] En la época de Swedenborg, el movimiento respiratorio y cardíaco –medido tradicionalmente por el pulso y por el vaho sobre un espejo que se mantenía cerca de la nariz y la boca de una persona inconsciente– eran los indicadores comúnmente aceptados de vida (mientras que su ausencia definía la muerte). [RHK]

[251] Lo que sigue en § 450 es fundamentalmente una adaptación del material de *Los arcanos celestiales* 168-189 y 314-318. [GFD]

[252] La palabra latina aquí traducida por «centro» es *septum*, que tiene el mismo significado literal que la palabra «septo». [GFD]

§§ 453-460

[253] «Forma» se emplea aquí en el sentido aristotélico de «causa formal». Forma es distinto de «figura» en el sentido de que se refiere al aspecto de una cosa que adapta una substancia a una finalidad determinada; como una cuchara debe tener la *forma* de una concavidad para realizar su función, sea cual sea la figura o aspecto que la concavidad pueda adoptar (poco profunda, profunda, oval, etc.). Véase nota 143, *supra*. [RHK]

[254] Aquí no se define ningún segundo estado, pero los tres estados se describen con todo detalle en §§ 491-520, *infra*. [RHK]

§§ 461-469

[255] Véase *infra*, §§ 462b-469. [JSR]

[256] Este parágrafo y el siguiente están numerados como 462 en la primera edición. GDF]

[257] Véase especialmente §§ 551-575. [GDF]

[258] Apocalipsis 3, 5; 13, 8; 17, 8; 20, 12. 15; 21, 27; 22, 19; véase también Salmos 69, 28. JSR]

[259] La traducción «la desaparición de la inteligencia» está basada en el supuesto de que ay un error en la primera edición, que dice *intelligentia appareat*, lo que se traduciría por «la parición de la inteligencia», que es completamente contrario al sentido del capítulo. [GFD]

[260] La primera edición añade *non autem ultra eum*, «pero no más allá de», lo que sugiere que nos encontramos ante la reescritura incompleta de alguna frase como «...quedan mbuidos... de acuerdo con el nivel de su sentimiento... pero no más allá de él». [GFD]

§§ 470-484

[261] Las palabras latinas aquí traducidas por «máquinas» y «robots» son *automata* y *simuachra*. [JSR]

[262] La traducción «descubrí» corresponde a la expresión *illi comperti sunt* de la primera dición. Esta expresión latina parece ser empleada aquí y en la frase siguiente en un sentido pasivo más que en el habitual sentido deponente, literalmente, «fueron descubiertos/se descubrió» *(compertum)*. [GFD]

[263] Donde la traducción dice «todo lo que», la primera edición dice *qui*, forma masculina plural que no tiene sentido en este contexto. [JSR]

§§ 485-490

[264] Swedenborg proponía el autoexamen como un primer paso esencial en el crecimiento espiritual hacia la salvación, y como parte de lo que llamaba «arrepentimiento verdadero». Véase *Los arcanos celestiales* 1608: 2 y 7178; y especialmente *La verdadera religión ristiana* 535, 461 y 563. [RHK]

[265] Por paralelismo se podría esperar la afirmación de que los sótanos, las grietas y la scuridad corresponden a las cosas falsas. [GFD]

[266] Referencia a Isaías 64, 4, que se cita también en 1 Corintios 2, 9. [GFD]

§§ 491-498

[267] Sobre la naturaleza y función de un «plano», véase *supra*, nota 214. [JSR]

§§ 499-511

[268] Sobre la naturaleza y función de un «plano», véase *supra*, nota 214. [JSR]

[269] Véase §§ 461-469. [GFD]

[270] Swedenborg hace a menudo comentarios negativos sobre la religión católica romana. Ve especiales problemas con el papel de vicario del Papa, pues cree que el pode separa de Jesucristo. Sin embargo, aunque menciona a católicos malvados aquí y en §§ 535: 2-3 y 587: 2, observa que los católicos también van al cielo (*La verdadera religión cristiana* 567: 7; 821). En una relación de un caso memorable Swedenborg habla extensamente con el papa Sixto V (1520-1590), a quien presenta dirigiendo una numerosa comunidad en el mundo espiritual formada por católicos angélicos (*El Apocalipsis revelad* 752). [JSR]

[271] Véase §§ 548, 550. [GFD]

§§ 512-520

[272] Véase nota 143, *supra*. [RHK]

[273] Para un análisis de este pasaje bíblico, véase § 346 y siguientes. [JSR]

§§ 521-527

[274] Este capítulo resume la respuesta de Swedenborg a sus contemporáneos que creía que el alma podía ser salvada del infierno exclusivamente por «la sola fe», a través de l «sola gracia», o por la misericordia preferencial. Pensaba que éstos –igual que aquellos qu creían en la salvación por las acciones o «las solas obras»– habían distorsionado la ense ñanza bíblica sobre la unidad de la fe y las obras, y sobre el equilibrio de la misericordi divina y la libertad humana. Véase nota 31, *supra*. [RHK]

§§ 528-535

[275] Este capítulo equilibra el precedente, resumiendo la respuesta de Swedenborg aquellos que creían que las almas eran salvadas del infierno exclusivamente por las bue nas acciones u «obras», incluyendo la conducta piadosa en esta categoría. [RHK]

[276] La enumeración de Swedenborg de los Diez Mandamientos sigue a Schmidt 169 (véase nota 4 *supra*). Los tres primeros, aquellos que se refieren a la vida espiritual, inclu yen no tener otros dioses, no tomar el nombre de Dios en vano, y acordarse del sábad los cuatro de la parte central, que se refieren a la vida civil, incluyen honrar al padre y la madre, no matar, no robar y no cometer adulterio; y los tres últimos, que se refieren la vida moral, incluyen no prestar falso testimonio, no codiciar la casa del prójimo y n codiciar nada que pertenezca al prójimo. Véase *Los arcanos celestiales* 8860-8912 y *La ve dadera religión cristiana* 283-331. [RHK]

[277] El pasaje de Lucas cita Salmos 118, 22-23. Los pasajes paralelos a Lucas se encuen

tran en Mateo 21, 42 y Marcos 12, 10. Mateo 21, 44 incluye la mención de aquellos que caen sobre la piedra, aunque no se encuentra en Marcos. [GFD]

§§ 536-544

[278] La importancia de este equilibrio en la ordenación divina de la creación se muestra en la obra de Swedenborg de 1764 *Divina providencia* 21-23 (donde Swedenborg remite a los lectores a *Del Cielo y del Infierno* 589-603). [RHK]

[279] Véase §§ 589-603, y especialmente § 598. [GFD]

[280] Véase § 600. [GFD]

[281] Esta afirmación epistemológica tiene más de cincuenta paralelos en las obras teológicas de Swedenborg. La «percepción» *(perceptio)* se define así en *Los arcanos celestiales* 104: «La percepción es una cierta sensación interna procedente sólo del Señor, sobre si una cosa es verdadera y buena... Una persona que vive espiritualmente [pero no de manera celestial] no tiene ninguna percepción, pero tiene conciencia. Una persona espiritualmente muerta ni siquiera tiene conciencia». La cuestión aparece con mayor complejidad en *Divina providencia* 24: «Un opuesto destruye tanto como exalta las percepciones y las sensaciones: las destruye cuando las mezcla consigo mismo y las exalta cuando no lo hace... [por eso] el Señor separa más cuidadosamente lo que es bueno y lo que es malo dentro de nosotros... así como separa el cielo y el infierno». [RHK]

§§ 545-550

[282] En la visión de Swedenborg, percepción e iluminación están estrechamente interrelacionadas. Véase nota 281, *supra*. [RHK]

[283] Este capítulo proporciona una de las propuestas más importantes de Swedenborg respecto de la tensión entre el «nacer en el mal» y el «nacer para el cielo»: sugiere que el mal es real y presente, pero que también el Señor es real y presente, ofreciéndonos una ayuda omnipotente para resistir a los males si nosotros la aceptamos. [RHK]

[284] Éste es uno de los escasos ejemplos en que Swedenborg se refiere a un número de capítulo específico. Debemos suponer que insertó el número cuando preparaba la copia en limpio para el impresor, y que su primer borrador había llegado al § 574 por esa época. Puede observarse también que el § 574 empieza con una referencia a este pasaje. En su obra no publicada *El Apocalipsis explicado* (elaborada en 1757-1759; = Swedenborg 1994-1997), de la que tenemos el primer borrador y la copia definitiva, parece que Swedenborg actualizaba su copia en limpio frecuentemente y la escribía en capítulos breves. [GFD]

§§ 551-565

[285] La expresión latina aquí traducida «están en sí mismos» es *in se est*. [GFD]

[286] La palabra latina aquí traducida por «respiración» es *animam*, que significa tanto respiración» como «alma». [GFD]

[287] Véase nota 96 *supra* referente al «amor a uno mismo». [RHK]

[288] Este capítulo y el siguiente llevan ambos el número 558 en la primera edición. [GFD]

[289] De joven, Swedenborg había conocido personalmente y había gozado del favor del carismático rey sueco Carlos XII (1682-1718), cuyas ambiciones imperiales cayeron por

tierra en Poltava en 1709. Las aventuras expansionistas de Carlos dejaron finalmente a Suecia virtualmente arruinada. Mientras Swedenborg celebraba públicamente el heroísmo de Carlos en su poema en prosa *Elogio gozoso* (= Swedenborg [1714] 1985), en privado se desesperaba de la suerte de Suecia bajo su jefatura. [GFD]

[290] La equiparación de la Iglesia católica con la Babilonia del libro del Apocalipsis 14, 8; 16, 19; 17, 5; 18, 2. 10. 21 (y otros pasajes), se daba por supuesta en el pensamiento luterano del siglo XVIII. [GFD]

[291] Para un paralelismo que entra en mayores detalles, véase *El Apocalipsis revelado* 153. [JSR].

§§ 566-575

[292] Para una lista de tales pasajes en la Biblia, véase el final de § 575. [JSR].

[293] Parece muy probable una omisión en el texto entre la frase anterior y ésta, pues así lo sugiere la falta de antecedente para *illa*, «éstos», y por el hecho de que *mala*, «males», está en mayúsculas en la primera edición a pesar de estar precedido por dos puntos y no por uno. [GFD]

[294] La versificación de Joel difiere según las distintas versiones de la Biblia. La primera edición de Swedenborg dice aquí 3, 3-4, siguiendo la versificación latina; en otras versiones este pasaje es 2, 30-31. [JSR]

[295] La versificación del final de Malaquías difiere según las distintas versiones de la Biblia. La primera edición de Swedenborg dice aquí 3, 19, según la versificación latina; en otras versiones este pasaje es 4, 1. [JSR]

§§ 576-581

[296] Debido al carácter sintético de la descripción de Swedenborg y el desconocimiento de los fenómenos que describe, la traducción de este párrafo es relativamente conjetural. Sobre los emisarios, véase §§ 601 y 603: 9 *infra*. [GFD]

§§ 589-596

[297] La palabra latina traducida aquí por «energía» es *conatus*, palabra empleada en este sentido por Swedenborg y varios de sus contemporáneos, aunque su significado literal es «esfuerzo». [GFD, RHK]

[298] La palabra latina aquí traducida «en lo que es malo» es *malo*; la palabra *en* viene sugerida por el paralelo con la frase anterior *in bono*, «en lo que es bueno», aunque la preposición no aparezca en la primera edición. [GFD]

§§ 597-603

[299] Quizá Swedenborg piense aquí en sí mismo, puesto que había estado intensamente ocupado en una investigación de ese tipo cuando experimentó la llamada a su vocación de visionario. Su esfuerzo produjo la voluminosa obra titulada *Dinámica del domini del alma* (= Swedenborg [1740-1741] 1955), que consideró que había fracasado en su propósito principal, y las primeras fases de otra obra aún más ambiciosa, *El dominio del alm* (= Swedenborg [1744-1745] 1960). [GFD]

Obras citadas en las notas

Acton, Alfred. 1955. *The Letters and Memorials of Emanuel Swedenborg*, vol. 2, Swedenborg Scientific Association, Bryn Athyn (Pa.).

Benz, Ernst. 1947. *Swedenborg in Deutschland: F. C. Oetingers und Immanuel Kants Auseinandersetzung mit der Person und Lehre Emanuel Swedenborgs*, Vittorio Klostermann, Fráncfort del Meno.

Dole, George F. y Robert H. Kirven. 1992. *A Scientist Explores Spirit*, Swedenborg Foundation, Nueva York y West Chester (Pa.).

Ehman, K. C. E., ed. 1859. *Friedrich Christoph Oetingers Leben und Brief, als urkundlicher Commentar zu desen Schriften (Beyer und Rosen)*, J. F. Steinkopf, Stuttgart.

Ernesti, Johann August. 1760. Reseña de *Arcana Coelestia* [Los arcanos celestiales] de Emanuel Swedenborg, en *Neue Theologische Bibliothek* 1: 6, 515-527.

Frazier, Scott I. 1998. «Echoes from the Past: A Look at Classical Influences within Swedenborg's "Golden Age"», en *Scripta: Bryn Athyn College Review* 1: 27-44.

Hjern, Olle. 1990. *Swedenborg och hans vänner i Göteborg*, Nykyrkliga Bokförlaget, Estocolmo.

Horn, Friedemann. 1954. *Schelling und Swedenborg: Ein Beitrag zur Problemgeschichte des deutschen Idealismus und zur Geschichte Swedenborgs in Deutschland, nebst einem Anhang über K. C. F. Krause und Swedenborg sowie Ergänzungen zu R. Schneiders Forschungen*, Swedenborg-Verlag, Zúrich.

King, Kristin. 1999. «The Power and Limitations of Language in Swedenborg, Shakespeare, and Frost», en *Studia Swedenborgiana* 11. 3: 1-53.

Kirven, Robert H. 1965. *Emanuel Swedenborg and the Revolt against Deism*, University Microfilms, Ann Arbor.

–, 1988. «Swedenborg's Contributions to the History of Ideas», en *Emanuel Swedenborg: A Continuing Vision*, Robin Larsen (ed.), Swedenborg Foundation, Nueva York.

Kirven, Robert H. y Robin Larsen. 1988. «Emanuel Swedenborg: A Pictorial Biography», en *Emanuel Swedenborg: A Continuing Vision*, Robin Larsen (ed.), Swedenborg Foundation, Nueva York.

Montanus, Benedict Arias. 1657. *Biblia Universa... cum Latina Interpretatione*, Christian Kirchner, Lipsiae.

Schmidt, Sebastian, trad. 1696. *Biblia Sacra, sive Testamentum Vetus et Novum*, Joh. Friderici Spoor.

Sigstedt, Cyriel Odhner. 1981. *The Swedenborg Epic: The Life and Works of Emanuel Swedenborg*, Bookman Associates, Nueva York 1952. Reed., Swedenborg Society, Londres.

Swedenborg, Emanuel. 1872. Notas marginales en *Biblia Sacra, sive Testamentum Vetus et Novum*, Societas Photo-Lithographica, Estocolmo.

–, 1899. *The Spiritual Diary of Emanuel Swedenborg*, vol. 4. Swedenborg Foundation, Nueva York.

–, 1927-1951. *The World Explained*, 10 vols., Academy of the New Church, Bryn Athyn.

–, [1742] 1950. *Rational Psychology*, Swedenborg Scientific Association, Filadelfia.

–, [1740-1741] 1955. *The Economy of the Animal Kingdom*, 2 vols., Swedenborg Scientific Association, Bryn Athyn (Pa.).

–, [1744-1745] 1960. *The Animal Kingdom*, 2 vols., Swedenborg Scientific Association, Bryn Athyn (Pa.).

–, 1983-1997. *Experientiae Spirituales*, 6 vols., Academy of the New Church, Bryn Athyn (Pa.).

–, 1984. *Emanuel Swedenborg: The Universal Human and Soul-Body Interaction*, Paulist Press, Nueva York.

–, [1714] 1985. *Festivus Applausus in Caroli XII... in Pomeraniam Suam Adventum*, Acta Universitatis Upsaliensis, Uppsala.

–, [1715] 1988. *Camena Borea,* Acta Universitatis Upsaliensis, Uppsala.

–, 1994-1997. *Apocalypse Explained*, Swedenborg Foundation, West Chester (Pa.).

–, [1758] 1995. *Heaven and Its Wonders and Hell; from Things Heard and Seen*, Swedenborg Foundation, West Chester (Pa.).

–, 1998-2000. *Emanuel Swedenborg's Diary, Recounting Spiritual Experiences,* 2 vols., General Church of the New Jerusalem, Bryn Athyn (Pa.).

Tafel, Rudolph Leonard. 1890. *Documents concerning the Life and*

haracter of Emanuel Swedenborg, vols. 2-3, Swedenborg Society, Londres.

Van Dusen, Wilson. 1981. *Uses: A Way of Personal and Spiritual rowth*, Swedenborg Foundation, Nueva York.

Walker, Williston. 1970. *A History of the Christian Church*, Charles ribner's Sons, Nueva York.

Índice de pasajes escriturarios

Este índice se refiere a pasajes de la Biblia citados en el texto de Swedenborg, incluyendo sus notas a pie de página. Los números de la izquierda designan el capítulo, seguido por el versículo, con las siguientes modificaciones: las cifras en negrita designan versículos citados en su totalidad; las cifras en cursiva designan versículos extractados; las cifras entre paréntesis indican versículos meramente aludidos. Los números de la derecha indican los parágrafos de *Del Cielo y del Infierno*; los números de subparágrafo figuran a continuación separados por dos puntos.

Génesis
(Primeros capítulos) § 327 nota d
1 (3, 4) 137: 4
2 *24* 372
2 (25) 341
3 (7, 10, 11) 341

Éxodo
6 (6) 215 nota c
16 (21) 561 nota d
29 (18, 25, 41) 287: 3

Levítico
1 (9, 13, 17) 287: 3
2 (2, 9) 287: 3
6 (15, 21) 287: 3
23 (12, 13, 18) 287: 3

Números
6 **26** 287: 1
15 (3, 7, 13) 287: 3
24 (3) 76
28 (6, 8, 13) 287: 3
29 (2, 6, 8, 13, 36) 287: 3

Deuteronomio
4 (19) 122, 561 nota d
17 (3) 561 nota d
17 (3-5) 122

Jueces
17-18 (capítulos citados) 324

1 Samuel
9 (9) 76

2 Samuel
24 (15), **16, 17** 229

2 Reyes
6 **17** 76

Salmos

31 **8** 197
36 **5, 6** 216
37 (37) 287: 2
43 **3** 129
45 (12) 365: 4
103 **20** 229
104 **2** 129
118 **5** 197

Isaías

8 (8) 197
9 **6, 7** 287: 1
9 **7** 216
9 **17, 18, 19** 570: 2
10 (12-14) 365: 4
13 **10** 119
14 (30) 365: 4
19 **23-25** 307: 3
29 (19) 365: 4
30 (6, 7) 365: 4
30 **26** 119
32 **17, 18** 287: 1
33 **5** 216
33 **7, 8** 287: 1
34 **9, 10** 570: 2
41 (17, 18) 365: 4
42 **6** 129
45 (3) 365: 4
49 **6** 129
52 **1** 180
52 (7) 287: 2
54 (10) 287: 2
54 **13** 25
58 **2** 216
59 (8) 287: 2

Jeremías

8 (1, 2) 122
9 **24** 216
16 (5) 287: 2
17 (3) 365: 4
23 **5** 216
25 **14** 471
25 (37) 287: 2
29 (11) 287: 2
31 **33, 34** 25, 271
32 **19** 471
48 (7) 365: 4
50 (36, 37) 365: 4
51 (13) 365: 4

Ezequiel

2 **9, 10** 258
8 (15, 16, 18) 122
16 **10, 13** 180
26 (7, 12) 365: 4
27 (1-36) 365: 4
32 **7, 8** 119
40-48 (capítulos citados) 171, 197

Daniel

5 (2-4) 365: 4
7-12 (capítulos citados) 171
12 **3** 346, 518

Oseas

2 **19** 216
4 **9** 471
12 (9) 365: 4

Joel

2 (2), **10, 31** 119
2 **30,** (31) 570: 2

3 **15** 119

Habacuc
1 (6) 197

Sofonías
3 (12, 13) 365: 4

Hageo
2 (9) 287: 2

Zacarías
1 **6** 471
8 (12) 287: 2
9 (3, 4) 365: 4

Malaquías
4 **1** 570: 2

Mateo
3 **10** 570: 2
4 **16** 129
5 **18** 260
5 **37** 214 nota a, 270 nota e, 271
6 (25-34) 281
6 **33** 64
7 **13, 14** 534: 3
7 **21-23** 471
7 **24, 26** 471
8 (12) 575
10 **16** 278: 2
11 (5) 365: 4
11 **25,** (26) 353: 3
11 *27* 5
11 **29, 30** 359
11 **30** 533
12 (8) 287: 3
12 **36** 507
13 (6) 122
13 **12** 349
13 **13,** (14, 15) 353:3
13 **41, 42,** (50) 570: 2
13 (42, 50) 575
13 **43** 348
16 **27** 471
17 **2** 119, 129, 180
18 **8, 9** 570: 2
19 **4, 5, 6, 11** 372
19 **24** 365: 3
20 **26, 27, 28** 218
22 **11, 12,** *13* 180
22 (11-14) 48
22 (13) 575
22 **37-40** 19
23 **27** 505
24 (capítulo citado) 1 nota b
24 **17, 18** 208
24 **29** 119
24 **29-31** 1
24 (51) 575
25 (capítulo citado) 1 nota b
25 **29** 349
25 (30) 575
25 (32-46) 471
25 **41** 570: 2
27 (53) 312: 5 nota c
28 *3* 180
28 *18* 5

Marcos
2 (27, 28) 287: 3
9 **3** 129, 180
9 **43-49** 570: 2
10 **6-9** 372

10 **14, 15** 281
16 **5** 180

Lucas
3 **9** 570: 2
6 (5) 287: 3
6 **20, 21** 357
6 (20, 21) 365: 4
6 **38** 349
9 *29* 180
10 **5, 6** 287: 2
12 **2, 3** 462b: 9, 507
13 (25), **26, 27** 471
13 (28) 575
13 **29, 30** 324
14 *16-24* 365: 2
14 (21) 365: 4
14 (33) 365: 4
16 (19, 31) 365: 2
16 *24* 570: 2
16 **29-31** 456: 4
17 **20, 21** 33
17 **31, 32** 208
18 **16, 17** 281
20 **17, 18** 534: 3
20 (35, 36) 382b
22 **26** 218
24 **4** 180
24 **39** 316

Juan
1 **1, 3, 4, 10, 14** 137: 1
1 **4, 9** 129
1 *18* 84
2 (19, 21) 187
3 **19** 129
3 **36** 5
5 *37* 84
6 (45, 46) 25
6 **56** 147
8 **12** 129
8 (56) 84
9 **5** 129
10 *30, 38* 2
11 **25, 26** 5
12 **35, 36, 46** 129
12 **40** 456: 4
14 **2** 51
14 **6** 5
14 *9-11* 2
14 **21, 23** 16
14 **27** 287: 2
15 **4** 147
15 **4, 5** 11
15 **4, 5, 9, 10** 81
15 **10,** (12) 16
16 *13-15* 2
16 *15* 5
16 **33** 287: 2
17 *2* 5
20 **12** 180
20 **19, 21, 26** 287: 2
20 (25, 27, 29) 461: 3

Apocalipsis
1-22 (capítulos citados) 171
2 **23** 471
3 **4, 5** 180
3 (17, 18) 365: 4
4 *4* 180
5 **1** 258
6 **12, 13** 119
9 **2, 17, 18** 570: 2
14 (4) 368

14 **9, 10** 570: 2
14 **13** 471
16 (8) 122
16 **8, 9** 570: 2
16 **15** 180
18 **2, 18** 570: 2
19 **3** 570: 2
19 *14* 180
19 **20** 570: 2
20 **12, 13** 471
20 **14, 15** 570: 2
21 (capítulo citado) 187
21 **1, 2, 16-19, 21** 307: 1
21 **8** 570: 2
21 **16** 197
21 **17** 73
21 **24** 129
22 **12** 471